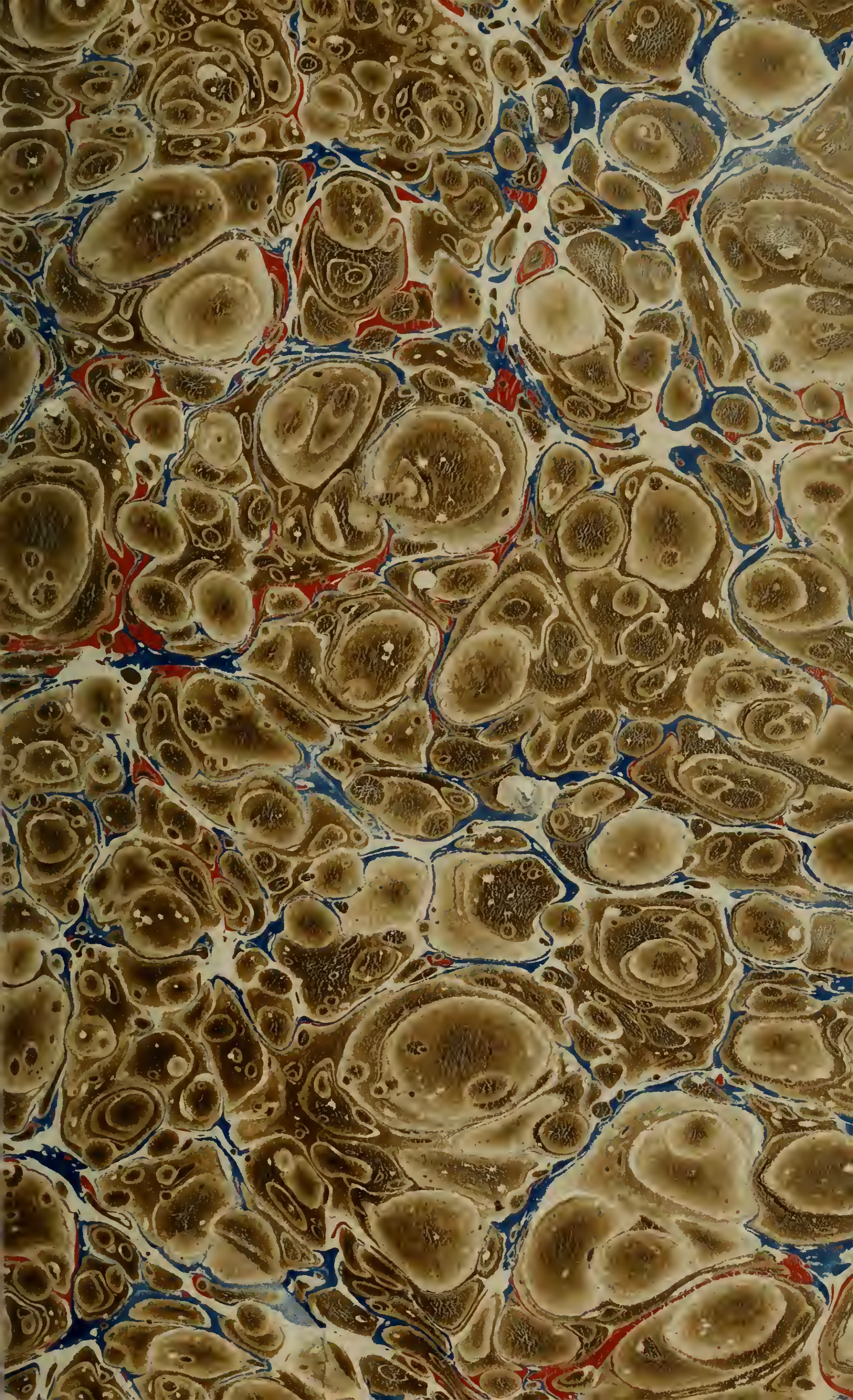

3 1761 07839661 1


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

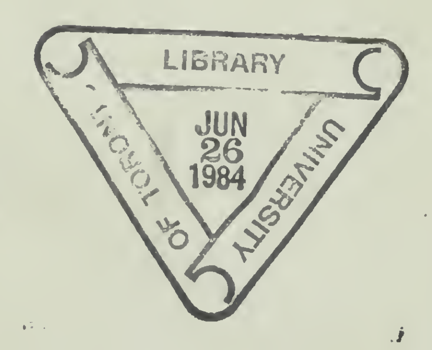


HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

Varios Prelados de España han concedido 1260 *dias de indulgencia á todas las publicaciones de la* Librería religiosa.



HISTORIA

RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS,

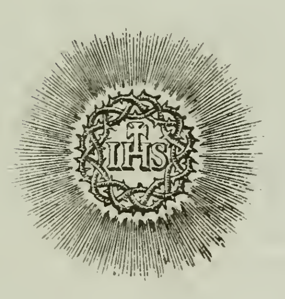
ESCRITA EN FRANCÉS

POR CRETINEAU-JOLI,

traducida al castellano

POR E. I. D. D. J. C.

TOMO III.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA:

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

1853.

HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO XIX.

El rey Jacobo I de Inglaterra deja concebir algunas esperanzas á los Católicos. —Recomiéndales el Papa la sumision.— Impulsan los Puritanos á Jacobo á que se convierta en perseguidor. —Los Anglicanos hacen causa comun con ellos. — Descontento de los Católicos. —Tratan los Jesuitas de apaciguarlos. —Conspiracion de la *Pólvora*. —Catesby, Percy y Juan Wright. —Duplicidad de los ministros ingleses. —Concluye España la paz con la Inglaterra.— Son excluidos de ella los Católicos. —Resuélvese Catesby á tomar algunas medidas. —Guy Fawkes. —Carta del P. Garnett sobre la situacion. — Ideas singulares con que tratan los conspiradores de adormecer su crímen.—Consultan á los Jesuitas. — Encúbrenles el atentado. —Sospechan de ellos los conjurados.—Confiésase Catesby con el P. Texmund, y le revela su proyecto. — Consulta este último al P. Garnett. —Mision de sir Baynham en Roma.— Carta de Tresham á lord Monteagle. —Descúbrese la conspiracion. —Jacobo y su Consejo.— Edicto del Rey contra los Católicos y los Jesuitas. —Son vencidos los conjurados en Holbeach, quedando muertos ó prisioneros la mayor parte de ellos.— Revela Tomás Bates una parte del complot.— Disculpan los conjurados á los Jesuitas.—El ministerio y los Anglicanos producen falsas acusaciones. —Ejecucion de ocho cómplices de Catesby. —Prision del P. Garnett y de los Jesuitas. —Interrogan al anterior.— Rodéanle de espías. —Su entrevista con el P. Oldecorne. — El sigilo sacramental y los Anglicanos. — Garnett en presencia de sus jueces. — El attorney (ó *procurador)* general Cooke y el embajador español. — Declaracion de Garnett. — Doctrina del *Equívoco*. — Suplicio del P. Oldecorne. — Garnett en el patíbulo. — Discusiones producidas por los falsos procesos que arroja la hereje Inglaterra al continente. — El P. Baudouin. — Confiscaciones y multas. — Juramento exigido por el Monarca.— El arcipreste Blackwell y los Jesuitas.— Belarmino y Jacobo Estuart. —Suplicio del P. Tomás Garnett. — El P. Ogilbay en Escocia. — Su interrogatorio y su muerte. — Belarmino y Baronio en el conclave. — Los Jesuitas en Venecia. — El Dux y Fra Paolo. — Ataques contra la Santa Sede. — Fulmina el Pontífice un entredicho contra la República. —

El Pregadi (ó *Senado)* y los Jesuitas. — Proscríbenlos en Venecia. — Fra Paolo y Fra Fulgencio tratan, de acuerdo con el Dux, de establecer el calvinismo. — Salen de Venecia los Jesuitas. — *Ande in malhora.* — Los Mínimos y Capuchinos imitan su resistencia á las órdenes del Senado. — Política veneciana. — El Consejo de los Diez y Enrique IV que se declara protector de los Jesuitas. — Hace las veces de mediador entre la Santa Sede y los venecianos. — Condiciones para el restablecimiento de los Jesuitas. — Opónese el Senado. — Los cardenales Joyeuse y Du Perron. — Suplica Aquaviva al Papa que renuncie al restablecimiento de los Padres en Venecia. — Causas que impedian este restablecimiento. — Intrigas de los Calvinistas y Anglicanos con Fra Paolo y Fra Fulgencio. — Tratan de protestantizar á Venecia. — Descubre Enrique IV el complot. — Ordena á su embajador Champigny que participe al Senado la conspiracion protestante. — Contestacion de este al Monarca. — Los Calvinistas y Fra Paolo se habian propuesto sostener el destierro de los Jesuitas para triunfar mejor de los católicos venecianos. — Nueva asamblea de los profesos en Roma. — Creacion de un Asistente para las provincias de Francia. — Carta de Enrique IV á la Congregacion. — Otra del mismo pidiendo la canonizacion de Ignacio y de Francisco Javier. — Asesina Ravaillac al Monarca. — Acusan á los Jesuitas el Parlamento y la universidad de participacion indirecta en este crímen. — Es condenado á las llamas el libro escrito por Mariana. — Predican contra los Jesuitas en la mayor parte de las iglesias de Paris. — La Reina regente, el canciller y el arzobispo de Paris desmienten estas imputaciones. — El *Anti-Coton.* — Contestacion de los Padres. — Bayle y los enemigos de la Compañía. — Denuncia la universidad al Parlamento la obra de Belarmino. — Es entregada á las llamas la obra del P. Suarez. — Pronúncianse en favor de los Jesuitas los Estados generales reunidos. — Armand de Richelieu, obispo de Luzon, y la universidad. — El tercer Estado propone á los Jesuitas para que la aceptasen cierta fórmula de juramento. — Recházanla el clero y la nobleza. — Sostiénela el Parlamento. — Anúlala el Rey. — Progresos de los Jesuitas en Francia. — Sus causas. — Protégelos el príncipe de Condé. — Los Padres son expulsados de Aix-la-Chapelle y de Praga por los Luteranos y Husitas. — El P. Suarez es condenado y aprobado en Roma. — Muerte de Claudio Aquaviva. — El P. Alberus, vicario general, convoca la congregacion. — Es elegido general el P. Mucio Vitelleschi.

Jacobo I, sucesor de Isabel, era un príncipe que solo gustaba de las contiendas escolásticas, y se complacia únicamente en las argucias de sus teólogos; si el trono de Escocia se habia convertido en una cátedra durante su reinado, el de la Gran Bretaña, cuando pasó á regirle, se transformó en una silla de pedagogo. *Maese Jacobo*, como solia llamarle Enrique IV, no abrigaba en su alma los arrebatos ni las odiosas pasiones de la Reina doncella, pero tampoco poseia sus brillantes cualidades. Irresoluto por carácter y espíritu quisquilloso, pródigo al par que avaro, ni sabia

hacer valer su voluntad ni seguir las buenas inclinaciones que su corazon le inspiraba. El ministro que, como Cecill ó Buckingam, sabia lisonjear su manía doctoral con mayor destreza ó frivolidad, era siempre el árbitro supremo de los negocios. Hubiérase dicho que Jacobo habia cambiado de sexo con la hija de Enrique VIII, transformándose en mujer. Por esto los ingleses consignaban su opinion, respecto á los caractéres de Isabel y su heredero, por medio de este verso latino:

Rex fuit Elisabeth, nunc est regina Jacobus.

Sin embargo, en su advenimiento al trono de Inglaterra, cobraron alguna esperanza los Católicos. Á pesar de que conservaban en el ministerio á Roberto Cecill, hijo del confidente de Isabel; creian que les tendria en cuenta los sacrificios que se habian impuesto para salvar á su madre María Estuart. En varias ocasiones habia manifestado un respeto profundo á la Iglesia romana y á su Pontífice, y aun se le habia visto proteger á los Jesuitas contra las persecuciones de su antecesora. El papa Clemente VIII recomendaba á los sacerdotes y demás católicos ingleses, la obediencia, la fidelidad y el amor hácia su Soberano, sometiéndose aquellos con júbilo á este triple deber. Feliz el Monarca al verles aceptar su dominacion, les prometió la tolerancia, y mas adelante la libertad. En los últimos años del reinado de Isabel, se habia comprometido en secreto á proporcionar amplias facultades á los Católicos, llegando hasta el extremo de entablar una seria correspondencia con los cardenales Aldobrandini y Belarmino. Tomás Percy, pariente del conde de Northumberland, aseguraba á sus compatriotas, que Jacobo le habia empeñado su real palabra de no gravar con mayores impuestos á los Católicos que á los Protestantes, y que serian admitidos como estos últimos á los empleos públicos.

Jacobo I no era cruel por instinto, ni malvado por cálculo: se le habia hecho creer que no era capaz de resistirse á su dialéctica la fe de ningun católico; y hubiera querido ganarlos á todos por medio de la discusion; mas Cecill y la secta de los Puritanos, que no tenian la misma confianza en la lógica del Rey, sin dejarle, no obstante, penetrar una sospecha que los hubiera perdido irremisiblemente en su ánimo, procuraban presentarle los Jesuitas y sus apasionados, como dispuestos á cualquiera hora á la

insurreccion. Habia suprimido por medio de un decreto verbal la multa de veinte libras esterlinas mensuales, impuesta por el fisco á los que no asistian á los sermones de los Anglicanos; pero no tardó en expedir otro en que se mandaba pagar este impuesto no solo en lo sucesivo, sino aun por lo pasado; llegando hasta el punto de obligar á pagar sus atrasos á varias familias con quienes Isabel habia contemporizado. En seguida, y sin aguardar á que finalizasen los períodos marcados para el pago, se les abandonó á la indigente avidez de los puritanos escoceses, que habian seguido al Rey á Inglaterra. Como eran insaciables, esperaban los Católicos, por medio de los ofrecimientos que les hacian, hasta arruinarse, librar al rey Jacobo de aquella mendicidad que tan odiosa le era, y los Puritanos se llenaron de riquezas por medio de sus exacciones.

Veinte y tres años antes habian redactado en Edimburgo un formulario que declaraba á la Iglesia universal como una tiranía, á su doctrina un tejido de imposturas, á sus decretos leyes opresivas, á sus definiciones blasfemias, á sus ritos y ceremonias supersticiones y sacrilegios, á la misa una invencion diabólica, á los siete Sacramentos signos bastardos, á la Penitencia un delirio frenético de las almas desesperadas, y al Pontífice, Antecristo. Esta profesion de fe fue fijada en las puertas de las iglesias, y era preciso suscribir á su contenido ó pasar la plaza de rebeldes. Predicando un dia Patricio Galway, ministro puritano, en presencia de Jacobo Estuart, se atrevió á decirle: «¡Escuchad, cielos y «tierra, mis palabras! Cuando os hallábais aun en Escocia, os «obligásteis con un voto á no dejar un solo papista en este reino «de Inglaterra, y á no tolerar ninguna de sus idolatrías; y tambien me lo prometísteis á mí mismo. Aquí traigo el testimonio de «aquel voto y de aquella promesa de que puedo dar fe ante todos «los hombres que me escuchan y os ven, y en el dia terrible del «juicio, en el valle de Josafat, daré testimonio de ello en presencia de todo el género humano.»

Los prelados anglicanos y Bancroft, obispo de Londres, empleaban el mismo lenguaje corroborativo de las palabras oficiales del Monarca que, en sus edictos y comunicaciones con el Parlamento, sostuvo no haber prometido jamás nada á los Católicos, proclamando en alta voz que sabria exterminarlos si osaban levantar la cabeza. Mientras que el Monarca tomaba partido contra

sus súbditos, Roberto Cecill, auxiliado por los puritanos escoceses, se ocupaba en poner en ejecucion el plan que hacia tiempo proyectaba. Los Jesuitas fueron proscritos, y todo católico por el solo hecho de su creencia, se vió destituido de sus funciones, y dado de baja en los cuadros del ejército y de la marina; prohibiósele el derecho de testar, y se le reputó inhábil para heredar, para percibir sus rentas, exigir la liquidacion de sus créditos y defenderse ante los tribunales. No se les desterraba ni se les decapitaba, es verdad, porque la libertad, tal como los Protestantes del siglo XVI la comprendian, se limitaba á formar de los Católicos otros tantos esclavos ó parias. Dejábase el Monarca asociar á estas ignominias, y el dia de la Ascension de 1603, en presencia de los grandes empleados de su corona, reasumió su política con respecto á los Católicos en los términos siguientes: «A nadie mas «que á sí mismos deberán inculpar de cuanto han padecido y de «cuanto puedan sufrir en adelante: dicen que se ven reducidos «á la mendicidad; esto proviene de la misma indigencia del se«ñor á quien sirven: al entregarse al diablo han elegido un mal «amo; nosotros, por el contrario, servimos á un Dios justo y to«dopoderoso para recompensarnos.»

Estas palabras, á mas de describir al hombre, nos explican los sucesos que van á desarrollarse, y sirven de punto de partida á la conspiracion de la *Pólvora*. Y no se crea que semejante proyecto se forjaba por la primera vez en la imaginacion de algunos individuos; porque pocos años antes, habian intentado los herejes de los Países Bajos en Amberes asesinar al célebre duque de Parma á favor de un barril lleno de materias combustibles, exponiendo al mismo peligro á todo el Consejo de Holanda por la satisfaccion de una venganza personal. Los Católicos, pues, no tuvieron la iniciativa de este crímen; plagiaron la idea á los sectarios, si bien, en la cruel aplicacion que trataron de hacer, desarrollaron de tal modo este pensamiento, que dejaron muy atrás á los que le habian concebido.

El autor de esta conspiracion, en que tantas veces se ha hecho sonar el nombre de los Jesuitas, fue sir Roberto Catesby, descendiente de una de las mas distinguidas familias de Inglaterra, quien habiendo hecho un triste ensayo de los placeres y ambiciones del mundo, se habia refugiado en la Religion como en un puerto de seguridad después del naufragio. Habia padecido y vis-

to padecer mucho por Dios, y el recuerdo de sus padecimientos, junto con el temor de experimentar otros nuevos, le impulsaron á buscar en su enérgica exaltacion un remedio eficaz para conjurar los previstos desastres, y creyó haberlo encontrado. Imaginóse, pues, que haria perecer de un solo golpe al Rey, al Parlamento y á todos los grandes del reino. Este proyecto, hijo de una imaginacion delirante, formó el pábulo y las delicias de su pensamiento; se ocupó dia y noche en combinarle, y cuando le hubo discutido consigo mismo, trató de buscar cómplices que no tardó en encontrar.

Asociáronsele en su idea Tom Winter, de la familia de Huddington, Tomás Percy de Northumberland y Juan Wright, uno de los caballeros mas cumplidos y el soldado mas valiente de los tres reinos; quienes, como otros nuevos Macabeos se propusieron arrostrar toda clase de torturas y toda clase de vergüenza por rescatar á sus hermanos en la fe. Viendo que una insurreccion á mano armada no les ofrecia suficientes garantías de triunfo, apelaron á la oficiosa intervencion de los príncipes católicos; mas como en aquel tiempo habia sabido Cecill pintar aun en Roma á Jacobo Estuart como un monarca tolerante y cási amigo de los Papistas, sus reclamaciones eran al momento sofocadas por las seguridades diplomáticas de los embajadores ingleses. Los príncipes del continente y hasta el soberano Pontífice creyeron que los Jesuitas y sus adictos exageraban el cuadro de sus padecimientos para excitar la conmiseracion de la Europa; y como impulsados por un sentimiento de lasitud que á veces se llega á apoderar hasta de los ingenios mas ilustrados, prestaron mas crédito á las imposturas de los verdugos que á los gemidos de las víctimas, los cuales venian con tanta frecuencia á perturbar su tranquilidad ó sus placeres, que su egoista ventura no se dignaba siquiera prestar oidos á los lamentos.

Si esta indolente lástima exasperó á algunos de los católicos, las amenazas oficiales los impulsaron á la desesperacion. Los hombres que bajo el nombre de Jacobo regian el timon del Estado, y los partidos que dominaban á este Monarca lisonjeando sus dogmáticas fantasías, arrancáronse al fin la máscara. Cuando Roberto Bancroft fue promovido á la silla arzobispal de Cantorbery, pudo decir sin empacho ni temor á los Católicos que le dirigian alguna súplica: « En tiempo de Isabel no pasaban vuestras tortu-

«ras de ser un juego, porque ignorábamos entonces quién suce-«deria á aquella reina; mas ahora que el Soberano, padre de «muchos hijos, disfruta tranquilamente del trono, no reposaré-«mos hasta ver el fin del último papista.» Los Puritanos invadian la cámara de los Comunes y sojuzgaban á la de los Lores; y si, alterando el texto de la sagrada Escritura, descubrian en la amenaza de Roboam los látigos con que Isabel habia castigado á los Católicos, en la misma hacian silbar á los escorpiones de que iba á cercarlos Jacobo [1].

El plan que se habia forjado en la mente de Catesby fue reconocido por todos los conjurados como el único capaz de salvarlos, como el solo practicable, y que un solo golpe bastaba para acabar con todos sus enemigos. Un triste abuso de la inteligencia humana fue suficiente para persuadir á cuatro jóvenes, distinguidos todos por su nacimiento, é incapaces todos ellos de concebir un asesinato individual, que su monstruoso atentado solo era una consecuencia precisa de la situacion; improvisáronse vengadores del catolicismo, y sin comunicar á nadie su designio, reconocieron con una ingenuidad que hace estremecer, que no se necesitaba consejo ni decision alguna sacerdotal para sentenciar lo que á sus ojos parecia una justicia palpable.

D. Velasco, condestable de Castilla, acababa de llegar á Flandes, comisionado por Felipe III para negociar un tratado con Jacobo I de Inglaterra: creyendo Catesby que ningun otro ejercia mas influjo sobre el plenipotenciario español que su amigo Winter, por haber este desempeñado varias misiones confidenciales cerca de Felipe II, le despachó en busca de aquel, á quien encontró en Berghem; pero no tardó en convencerse el conspirador, después de sus entrevistas secretas, de que el gabinete de Madrid no tendria ninguna especie de reserva en favor de los Católicos ingleses, y que terminada la paz bajo estas basas, su condicion pasaria á ser peor que antes: ya solo restaba buscar cómplices determinados. Entre los proscritos á quienes la paz firmada en 18 de agosto de 1604 iba á dejar sin recursos, hallábase en Ostende un oficial aventurero, llamado Guy Fawkes, dotado de

[1] En el libro III *de los Reyes*, XII, 11, dice Roboam: *Pater meus cecidit vos flagellis, ego autem caedam vos scorpionibus:* texto que los Puritanos amalgamaban á la conveniencia de sus pasiones, repitiendo desde sus púlpitos: *Elisabeth caedit vos flagellis, Jacobus autem caedet vos scorpionibus.*

un valor y una discrecion á toda prueba. Avistóse con el Catesby, y regresaron juntos á Londres, donde los cinco conjurados pusieron manos á la obra el 11 de diciembre. Alquiló Percy una casa con su jardin, contiguos al palacio de Westminster, después de haber levantado una pared, para ocultar la boca de la mina que pensaban abrir debajo el salon en que se reunia el Parlamento. Sabiendo el 25 de diciembre que se habia aplazado el Parlamento, suspendieron sus trabajos.

Los Católicos ingleses presentian que se les escapaba su última esperanza; habian creido por largo tiempo que en el momento en que cesasen las hostilidades entre la Gran Bretaña y los españoles, entrarian en una nueva era de salud; pero ya no podian hacerse ilusion alguna: Felipe III y el duque de Lerma los sacrificaban á ciertas exigencias políticas. Hubo un instante tambien en que los clamores de esta poblacion se hicieron oir con tan alarmante unanimidad, que se acusó hasta en Italia á los Jesuitas de haber hecho malquistar la paz, y de sostener el espíritu de sedicion entre las masas; pero luego que semejante imputacion llegó á oidos del P. Garnett, trató de disculpar á sus hermanos por medio de una carta, que contiene algunos fragmentos dignos de citarse.

«Este rumor, escribia al General de la Compañía, no necesita «refutarse en Inglaterra, donde sabe todo el mundo y ve por sus «propios ojos lo mucho que se afanan nuestros Padres para coo«perar á la conclusion de este tratado; y quien menos lo ignora «que nadie es el embajador español, que se ha valido de nosotros «en lo concerniente á este asunto. Aun hay mas: uno de los prin«cipales personajes de Inglaterra hacia observar, no há mucho, «que los Jesuitas eran hombres prudentes, instruidos y dotados «de una conciencia recta, alabándolos en particular por lo mu«cho que habian trabajado en favor de la paz, mientras que Was«ton confiesa que hubiera sido mayor el número de los conjura«dos, á no haber encontrado en nuestros Padres una oposicion «marcada. Y aunque no esté en nuestra mano impedir que haya «hombres revoltosos y temerarios entre los Católicos, podemos, «sin embargo, prometer, á Dios gracias, que la mayor parte de «ellos permanecerán tranquilos, á pesar de que algunos sugetos «poco adictos á nuestro Instituto aseguran en voz pública, que «gustamos mas de adular al Monarca cuando trabajamos por con-

«seguir la paz, que servir la causa de los Católicos, estimulán-«dolos al resentimiento. Pero si no tienen otra cosa que echarnos «en cara, lo sufrirémos sin dificultad, y aun nos glorificarémos «en ello.»

Tales eran las convicciones íntimas del P. Garnett, y tales sus correspondencias con Aquaviva. Algunas semanas antes, el 29 de agosto de 1604, testigo el referido Jesuita de la efervescencia de los Católicos, daba parte de sus temores al mismo jefe de su Órden en los términos siguientes: «Si sucediera, dice, que con «ocasion del tratado no obtuvieran algun alivio, ignoro con qué «paciencia tolerarian este último golpe. ¿Y qué partido tomaré-«mos? Nuestros Padres no bastarian á contenerlos dentro de los «límites del deber: téngalo en consideracion el soberano Pontí-«fice, y mande á estos católicos que no se atrevan á sublevarse.»

Entre tanto el conjurado Tom Winter, que habia concebido algunas dudas sobre la legitimidad de su empresa, trató de comunicarlas á Catesby, y ambos de consuno, para poner su conciencia al abrigo de toda acriminacion, se decidieron á tomar consejo de los Jesuitas mas ilustrados. Ambos miraban el asesinato del Rey y de los Protestantes como un acto digno de su decision; y en este concepto no se paraban en discutir sobre aquella idea de venganza que habia pasado á formar parte de sus íntimas convicciones: y como no hallaban en el interior de sus corazones ni en el sobresalto de su razon remordimiento alguno que oponerlas, se habian hecho criminales, digámoslo así, por inspiracion: á sus ojos los felices resultados hacian desaparecer todo crímen; pero no podia ocultárseles que, en la ejecucion de su plan, estaban condenados, por una especie de fatalismo, un gran número de católicos á perecer víctimas de él. Esta certidumbre horrorosa atormentaba sus conciencias; y para calmar escrúpulos tan extraños discurrieron un medio mas extraño todavía. El tratado de paz permitia á los Católicos entrar al servicio real en Flandes bajo las órdenes del archiduque Alberto: los conjurados lo solicitaron, y se les concedió. Empezaron desde luego á figurar preparativos de marcha, y entonces Catesby propuso á los sacerdotes de su comunion el siguiente caso de conciencia: «Supuesto «que los herejes colocan en primera fila á los Católicos con el ob-«jeto de que defiendan una fortaleza, á la que sin remedio debe «asaltar un enemigo de la misma comunion, ¿qué conducta de-

« berá observar este último? ¿Podrá perdonar á los culpables por « no derramar la sangre de sus hermanos, ó deberá sin remordi« mientos de conciencia dar el asalto segun uso de guerra? »

Catesby procuraba presentar con alguna confusion sus teorías sanguinarias, con el objeto de obtenerla tambien en la solucion de los teólogos. Porque, ¿qué semejanza podia darse entre un fuerte holandés, sitiado en regla, y el palacio de Westminster, en que debian reunirse el Monarca y los grandes cuerpos del Estado? De aquí es que los doctores á quienes habia consultado, contestaron en el sentido que deseaba Catesby; y hasta el mismo Padre Garnett sentó á su vez y de la manera mas afirmativa la cuestion propuesta. Esta decision tan legal como posible, pasó á ser mas adelante el argumento mas terrible contra el Jesuita, y en el que basaron su acusacion Eduardo Cooke y Roberto Abbot [1]. Tranquilizada ya su conciencia de un modo tan extraño, se reunieron los cinco conspiradores en una casa aislada, en donde les aguardaba el P. Gerard, y en la que, sin saberlo el Padre, hicieron entre sí, puestas las manos sobre el libro de los Evangelios, el juramento solemne de ejecutar su designio, y de guardarse un secreto inviolable. Díjoles el Jesuita la misa, y en seguida les dió la comunion, que recibieron en cumplimiento de su voto homicida; pero si se ha de dar crédito á los conjurados Winter y Fawkes, únicos que después revelaron este hecho importante, « el P. Gerard ignoraba absolutamente su proyecto. » Sin embargo, el fiscal público Cooke no pudo resignarse á registrar una deposicion que excluia al Jesuita del debate juicial, y escribió de su puño y letra, como dice el historiador Lingard, quien asegura haber visto con sus propios ojos el documento original, las siguientes palabras: *huc usque*, esto es, hasta entonces.

Si no queda demostrado que este acto de piedad sancionaba un crímen entre el sacerdote y los asistentes; si el P. Gerard al darles la comunion creyó solamente hacerlo con unos fieles proscritos, como él lo estaba, creemos que nadie puede acriminar su conducta. Aun hay mas; nosotros solo prestamos una fe relativa á los interrogatorios redactados por los Anglicanos; y aunque no osamos afirmar ni negar el hecho de la indicada misa y comunion que tantos argumentos han sugerido á los Protestantes, y de

[1] Cooke, *Actio proditoria*, pág. 106.— Abbot, *Autologia*, cap. IV, fol. 59.

los que se han servido para apoyar su sistema; tambien es cierto que el P. Gerard hallándose en plena libertad y en los últimos años de su vida, protestó sin cesar contra tamaño ultraje. Los interrogatorios de Winter y Fawkes han sido á veces falsificados, mientras que la defensa del Jesuita no ha padecido jamás alteracion: la conciencia pública nos parece el juez mas idóneo para pronunciar en un debate enteramente moral. Hé aquí la contestacion que dió en 1.º de setiembre de 1630: « Tomo á Dios por «testigo, decia este Padre, de que jamás he tenido noticia de se«mejante conspiracion, ni mas ni menos que un niño que acaba «de ver la luz, y que ni aun he oido hablar de ella á nadie, ni «sentido en mi corazon la menor sospecha respecto á la pólvora «que habian preparado para la mina. Todos los conspiradores fue«ron escrupulosamente interrogados cerca de mi persona, y aun«que algunos de ellos, á fuerza de torturas designaron á los sa«bedores del complot, todos negaron constantemente que yo fue«se de este número. Hasta el caballero Everardo Digby, de quien, «con alguna mayor apariencia de razon, hubieran podido sospe«char que me hubiese revelado el secreto, protestó en presen«cia del tribunal que aun cuando habia sido invitado diferen«tes veces para que afirmase que yo no estaba ignorante de la «trama, habia contestado siempre negativamente; añadiendo, «que siempre se habia retraido de participármela, temiendo que «tratase de disuadirle. Así es que á mas de que la mayor parte «de los consejeros conocieron mi inocencia, acrisolada por tan«tos testimonios unánimes, escribí yo una carta en que me justi«ficaba completamente; y cuando me encontraba, segun todas «las apariencias, próximo á caer en manos de los consejeros, «me ofrecí espontánea y libremente á todas las torturas imagina«bles, y aun á la infamia inherente á los perjuros, si llegaba el «caso de poder alegar una prueba valedera de que yo hubiese «tenido noticia de la conjuracion. Por espacio de tres años que «me tuvieron preso, bajo el reinado de Isabel, y en el que me «examinaron de mil modos y cuantas veces les plugo para saber «en general si me habia inmiscuido en los asuntos políticos, osé «desafiarlos á que me adujesen como prueba un solo rasgo de mi «mano, una sola palabra de mi boca, y no pudieron jamás ha«llar la mas leve sombra de indicio; ¿con cuánta mayor razon «hubiera debido rehusar el complicarme en un acto tan cruel

«como lo era esa conjuracion de la *Polvora?* Puedo asegurar con «toda verdad que, desde el instante en que abracé mi actual género de vida, no solamente no he deseado, á Dios gracias, la muerte ni el mas ligero daño á quien quiera que sea, sino que quizás no se lo desearia á mi mas encarnizado enemigo. ¿Cómo, «pues, habia de pensar en tomar parte en la destruccion repentina, imprevista y espantosa de tantos y tan encumbrados personajes que me merecian el mas profundo respeto? El conde de «Northampton (Enrique Howard) enseñó mi carta al Soberano, «quedando este tan satisfecho, que hubiera mandado cesar las «persecuciones contra mí, si Cecill, impulsado por su propio interés, no le hubiera indispuesto conmigo mucho mas que lo estaba anteriormente. Persuadido este ministro de que algunos de «los conjurados maquinaban contra su vida, y sabiendo que la «mayor parte de ellos me honraban con su amistad, esperaba que, «teniéndome en su poder, delataria yo á los que le aborrecian. «Por esta sola razon trató de persuadir al Rey, como una cosa «evidentemente probada, que yo me hallaba á la cabeza del complot. — Tal es tambien la pura y sencilla verdad: he ignorado «completamente todos esos preparativos de la pólvora y la mina; «he estado y estoy inocente de semejante conjuracion y de cualquiera otra; y por ser así, lo juro y lo afirmo por mi alma y sin «el menor posible equívoco: de tal manera, que si no corresponde «la verdad á mis palabras, si he tenido conocimiento alguno del «complot de que se trata antes de haberse públicamente divulgado, me confieso delante de Dios y de los hombres culpable de «perjurio; ni pido misericordia en el tribunal de Dios, sino en «cuanto es verdad que nada he sabido, y es muy probable que no «tardaré mucho en presentarme ante aquel tribunal supremo, «atendido á lo muy avanzado de mi edad.»

Entre un sacerdote que se defiende de este modo estando á las puertas del sepulcro, y unos magistrados que recurren á una impostura legal para apoyar la iniquidad, al menos debe sernos permitida la duda; y la duda nacida de un proceder tan artificiosamente urdido, es el colmo del oprobio, que sale á la faz de los ministros y legistas anglicanos.

Afiliáronse al mismo tiempo en el complot dos hermanos de los conjurados, llamados Cristóbal Wright y Roberto Winter, dándose en seguida principio al trabajo subterráneo; operacion tra-

bajosa á la verdad, porque filtrándose por la mina el agua del Támesis, los exponia á cada paso á mil peligros de toda especie. A fuerza de perseverancia consiguieron llegar hasta los cimientos de Westminster; y cuando lograron atravesar el muro, que tenia sesenta y cuatro pulgadas de espesor, empezó á simplificarse su plan. Habiendo descubierto por la senda un subterráneo abovedado que conducia hasta debajo la cámara de los Lores; Fawkes, que pasaba la plaza de criado de Percy, tomó de su cuenta este subterráneo, llenándolo en seguida de una gran cantidad de carbon y muebles; y á fines de abril de 1605 se hallaban depositados en ella treinta y siete barriles de pólvora, mas de lo que se necesitaria para volar una montaña.

Mientras se disponia todo para la ejecucion, Catesby, que se ocupaba en reclutar cómplices, después de haber calculado toda la extension de su obra y de haber tenido presente todos sus pormenores, quiso metodizar su conjunto. Era indispensable apoderarse de los jóvenes príncipes y de su hermana Isabel; tener en Douvres un buque dispuesto á hacerse á la vela para anunciar en el continente la revolucion operada, y mucho mas indispensable todavía el hacerse dueños de una fortaleza del reino para que sirviese como de punto de reunion para los pueblos. Pero el número de los conjurados, que Catesby no pudo hacer llegar sino á trece, no correspondió á la magnitud de la empresa.

El décimotercio les perdió, y la supersticion anglicana no dejó de dar importancia á este fatídico guarismo. Sir Everardo Digby, Tomás Bates, Ambrosio Rookwood, Jonh Grant, Roberto Keys y Francisco Tresham, nobles, ricos y considerados todos, se comprometieron á secundar á Catesby: contaba este con el dinero necesario y la discrecion de sus amigos; y mientras que por un lado se ocupaba en alentar las quejas que provocaban las medidas de Jacobo, se hizo por otro el instigador de la insurreccion, y la predicó en todas las reuniones católicas. Echando de ver que los Jesuitas no solo no se prestaban á coadyuvar sus designios, sino que, aun sin hallarse al corriente de ellos, se oponian á su marcha, exhortando su rebaño á la paciencia, les declaró una de esas guerras sordas, cuya clave solo pueden tener esos hombres que han participado de alguna trama política. Hé aquí lo que escribia el P. Garnett en 8 de mayo de 1605: «Aquí hay ahora po-
«cos católicos que no estén en la desesperacion: por casualidad

«ha llegado á mis oidos la noticia de que algunos de ellos se que-«jan amargamente de que los Jesuitas no secundan sus planes, y «que les impiden el procurarse la libertad por la fuerza. ¿Cuá-«les serán sus pensamientos? ¿Qué es lo que proyectan? No me «atrevo á investigarlo, mucho mas después que el Padre Gene-«ral nos ha prohibido entrometernos en los asuntos políticos.»

Mas adelante, sintiendo que se iba acumulando la tempestad sobre sus cabezas, á medida que tomaba incremento la persecucion, Garnett y demás colegas no ocultaban ya sus temores. Si Catesby se cubria con el velo del misterio, hablando reservadamente de esperanzas secretas y del venturoso dia de salud que iba á brillar para la Iglesia; el Jesuita, que trataba de preservar á los Católicos de toda idea de asesinato y anarquía, suplicaba por última vez á la Santa Sede, que amenazase con su anatema á los que intentasen asociarse á un complot, cualquiera que fuese. Quizás no habia mas que un medio para desviar las calamidades que, segun Garnett, amagaban el horizonte de la Gran Bretaña: el Gobierno hubiera debido formarse una especie de escudo de una sabia tolerancia; pero aquel no temia dejarse arrebatar de la cólera, como si hubiera querido precipitar la catástrofe. Los enemigos de la fe católica y de los Jesuitas, que estaban en el poder, enviaban á la tortura ó á la muerte á los fieles cuya ruina habian ya causado los edictos de Jacobo Estuart, mientras que los prelados anglicanos se enriquecian con sus despojos, y mientras que la codicia apoyaba el fanatismo de secta.

Estos dos móviles suscitaban en los corazones adictos á la comunion romana una fermentacion de descontento y de insubordinacion, que unos ministros sensatos hubieran debido sufocar. Pero estaban tan léjos de esto, que antes por el contrario, fingiendo el conde de Northampton desconocer el estado de los ánimos, escribia en el mes de julio de 1605 lo siguiente [1]: «Nuestro «bondadoso Monarca prohibe derramar la sangre de los Católicos, «con tal que en sus doctrinas ó en sus hechos no se advierta ten-«dencia alguna á las conspiraciones ó traiciones; pero siempre «que no cumplan con su deber, es el ánimo del Rey que sean «compelidos en justicia, que paguen las contribuciones con mas «exactitud de lo que lo han hecho en tiempo de la reina difunta; «y esto no es decir que yo piense que ninguno de ellos haya que-

[1] *Carta de Northampton*, Winwood, II, 95.

«dado ni quede desapercibido desde antes de la fiesta de san Mi-
«guel, y que sepan además que están sujetos á las censuras y ex-
«comuniones de la Iglesia, así como á todas las demás penalida-
«des que anteriormente no sufrian.»

Los Jesuitas, á pesar de su ascendiente sobre los Católicos, en vista de tantas miserias, no podian conservar sobre cada individuo una influencia que no ejercia el mismo Pontífice. Hablaban de longanimidad á unos soldados endurecidos en los peligros, de resignacion á unas almas ulceradas, y de gloriosas abnegaciones á unos caractéres de hierro amoldados á las empresas desesperadas por las luchas europeas y los infortunios de su patria. Catesby y sus amigos creyeron que semejantes exhortaciones no tenian otro objeto que el de enervar su valor, y sojuzgarlos al protestantismo. Verdad es que tuvieron lugar algunas explicaciones entre los conjurados y el P. Garnett; pero solo sirvieron para que Catesby le acusase de cobardía, y de que cuando él aspiraba á exasperar, los Jesuitas solo tendian á calmar. El mismo Garnett justificaba esta irritacion, dando parte de sus temores al General de la Compañía, con fecha de 24 de julio de 1605: «Todos los
«católicos ingleses, decia, no se prestan á las órdenes del Papa,
«y aun en vida del mismo Clemente VIII hubo algunos que osa-
«ron preguntar, si tenia el Pontífice potestad para prohibirles la
«defensa de su propia vida, añadiendo sin rodeos, que se guar-
«darán muy bien de participar sus ideas á los sacerdotes, y se
«quejan muy particularmente de nosotros porque nos oponemos
«á sus maquinaciones.»

Mas Catesby, que solo veia peligros en la perspicacia de los Jesuitas, creyó disminuirlos revelando su complot bajo el sigilo sacramental. Se dirigió al P. Oswald Texmund, llamado en Inglaterra el P. Greenwell, quien sorprendido y horrorizado, trató de disuadirle de semejante proyecto; pero Catesby no era hombre que con tanta facilidad se dejase convencer. Las instancias del P. Oswald en nada cambiaron su resolucion; únicamente logró que le autorizase para consultar con el P. Garnett, aunque siempre bajo el sigilo sacramental. Texmund (y esta es una falta que le hicieron cometer las dificultades de la posicion, y aun la inmensidad misma del atentado), Texmund comunicó á Garnett el crímen, de que era confidente involuntario, y Garnett, á quien su dulzura habia valido el sobrenombre de la *Oveja*, conoció que

su sentencia de muerte dependia de esta hora fatal; pues aunque conoció que el conspirador habia discurrido el mejor de todos los medios para condenarle al silencio, no le quedó otro recurso que el de resignarse.

Bajo la administracion de hombres tales como Cecill, hecho ya conde de Salisbury, y de lord Northampton, Garnett, cuyo carácter y talentos veneraban los Católicos, no podia menos de ser incluido en las persecuciones; porque nunca faltan sugetos que saben con un arte pérfido mezclar en los complots á los inocentes, cuya virtud y probidad les infunde temor. En cualquiera estado de causa, el Jesuita hubiera sido declarado cómplice de Catesby. Era peligroso; y ¿qué mas pruebas necesitaban Cecill y Northampton? pero la confesion de Catesby le colocaba en una posicion todavía mas embarazosa. No se le ocultaba lo horroroso de su posicion, y estaba persuadido de que los Anglicanos sabrian aprovecharse de las apariencias, para hacer responsables con razon ó sin ella á todos los católicos ingleses, así como á la Santa Sede y á la Compañía de Jesús. Garnett conocia bien, que argüir acerca del sigilo sacramental en presencia de los apóstatas de la segunda generacion, quienes no habian podido por sí mismos hacer la experiencia de este elocuente misterio de la discrecion sacerdotal, seria mirado como un subterfugio. El mismo Isaac Casaubon, aquel gran maestro del indiferentismo en materia de religion, no hubiera cedido á semejante sofisma [1]. Todas las peripecias que se podian originar de tan cruel revelacion, se ofrecieron sucesivamente á su espíritu; y dando órden á Texmund para que no perdonase medio hasta disuadir á Catesby de sus planes parricidas, trató de buscar una ocasion para verle y conversar con él.

Pocos meses antes el Padre habia decidido á Catesby á enviar á Roma á sir Edmundo Baynham, para informar al Pontífice del estado deplorable de los Católicos; y aunque Catesby no era su oráculo ni su jefe natural, como se ostentaba siempre el mas intrépido, y se dejaba ver sin cesar sobre la brecha, era tambien el único á quien con mas razon debian dirigirse si trataban de adormecer la desesperacion de los demás. Al formar Garnett esta embajada de concierto con el conspirador, pensó que recordán-

[1] *Epistola Isaac Casaubon, ad Front. Ducaen.*, fol. 103. *Fabula illa,* dice, *ficta est de Greemwelli confessione.*

dole los motivos que les habian inspirado á ambos, se veria precisado á retardar la explosion de la mina; pero por mas que rogó y suplicó, no pudo vencer su obstinacion. Como conspirador sagaz, fingió Catesby adoptar las buenas intenciones del Jesuita, con el fin de paralizarlas mejor, prometiendo no emprender cosa alguna antes de conocer los resultados de la mision de Baynham. Tranquilo entonces el P. Garnett, pudo escribir al General: «El «negocio de los Católicos está seguro, á Dios gracias; no creo «traten de moverse hasta saber la contestacion de Roma.»

Aproximábase la apertura del Parlamento: los conjurados, que habian tomado ya sus medidas, evitaban el encontrarse con los Jesuitas, y en particular con el P. Garnett; cuando hé aquí que Tresham, cuyos bienes habian estado siempre á disposicion de los conspiradores, solicita de estos que se le avise del peligro á su cuñado lord Monteagle. Catesby empézó á concebir sospechas; vaciló un instante, y al fin le autorizó para escribirle. Esta version, adoptada por los escritores protestantes, nos parece á la verdad poco digna de crédito; tanto porque Tresham y demás cómplices tenian otros mil medios para impedir que lord Monteagle asistiese á la sesion real, como porque unos conspiradores que escriben, y que por un sentimiento de amistad comprometen su porvenir, no tienen traza de verdaderos conspiradores. Imposible parece tambien de todo punto que hubiese exigido Tresham semejante condicion, y mucho mas imposible que Catesby se la hubiese otorgado. Exaltado por naturaleza, aunque fecundo en meticulosas precauciones, desconfiaba Catesby, á pesar de todo su catolicismo, hasta de la discrecion de los dos Jesuitas que poseian su secreto bajo el sigilo de confesion; Catesby, á la primera palabra de Tresham le hubiera muerto, y no seria la primera vez que los partidos extremos han sabido deshacerse de los que les hacen sombra. Repetimos que semejante version es de todo punto imposible.

Parécenos mas probable que Tresham, dotado de un carácter reservado y voluble, poseedor de una gran fortuna, y amigo de muchos altos dignatarios de la corona, solo habia ingresado en el complot con mucha repugnancia. Cuando llegó el momento de la explosion, temió mezclar su nombre con un atentado que iba á inundar de sangre su patria, y de vergüenza á la Iglesia católica de Inglaterra: reveló la conspiracion á Roberto Cecill, el

cual, dotado de todas las duplicidades de un cortesano y de todos los recursos de un hombre de Estado, dueño ya del secreto de los conjurados, trazóse desde luego el papel que debia representar en aquella tragedia, cuyo desenlace tenia en su mano. Hizo escribir á lord Monteagle el siguiente anónimo:

«Milord, las relaciones de amistad que me unen con algunos «de vuestros amigos me impelen á interesarme por vos. Si apre- «ciais vuestra vida, os suplico que busqueis alguna excusa para «dejar de asistir al Parlamento, porque Dios ha tratado de con- «currir con los hombres para castigar la impiedad de este siglo. «No despreciels el aviso que se os da; retiraos cuanto antes á «vuestra provincia, donde podeis aguardar los efectos de este «suceso sin aventurar nada de vuestra parte; y aunque no apa- «rezca exteriormente movimiento alguno, no por eso dejo de da- «ros este consejo. El Parlamento va á ser castigado con un golpe «terrible, y no verá la mano que le hiere: guardaos bien de des- «preciar este aviso, que puede seros útil, y no puede perjudica- «ros. El peligro pasará en menos tiempo que podeis gastar en «quemar esta carta. Espero que con el auxilio de Dios, á quien «suplico que os proteja, haréis un buen uso de este aviso.»

Monteagle era católico, y conocia además las disposiciones hostiles de algunos de sus correligionarios, y mas afortunado que Garnett y Texmund, podia sin faltar á un deber de conciencia poner al Gobierno de sus perseguidores al corriente de una conspiracion urdida contra él. La carta estaba sin firma, y el que la habia dejado á la puerta de su palacio era tambien un desconocido; pero como entraba en un círculo de ideas que se hacian tanto mas peligrosas cuanta mayor era la exasperacion de algunos católicos, se decidió á comunicar este anónimo al secretario de Estado. Estos sucesos ocurrian en 28 de octubre de 1605: la carta fue presentada en el Consejo de los ministros, quienes, inspirados por Cecill, no quisieron comprender su sentido enigmático, y resolvieron someterla al exámen del Monarca, como efectivamente lo hicieron en 1.° de noviembre al regresar Jacobo de Risthon. Este Rey estaba dotado, segun decian sus cortesanos, del don de la perspicacia, á mas de poseer una extraordinaria sagacidad para descifrar las cosas mas oscuras [1]; mientras que Jacobo, á quien no habia costado trabajo el persuadirse á sí mismo que era pro-

[1] *Historia universal*, por de Thou, libro CXXXV, tomo XIV, pág. 521.

tegido por el Espíritu Santo, y que un rayo de luz profética le iluminaba en los dias de crísis, tomó la carta, la leyó, profundizó su contenido, la comentó á su manera, y secundándole la destreza de Cecill en las tinieblas de la denuncia, llegó á conjeturar que se trataba de una mina y de un complot urdido contra la seguridad de sus dias. Verdad es que Cecill conocia toda la trama, aunque ignoraba el nombre de sus agentes, que Tresham habia rehusado divulgar; pero sabia ya lo bastanté para frustrar el atentado. Y como hábil cortesano que quiere lisonjear la vanidosa debilidad de su príncipe, se guardó muy bien de orientar á sus colegas, y preparó al Rey un triunfo de amor propio. Casaubon, el arzobispo anglicano Abbot, y todos los historiadores protestantes que rechazan con todo el calor de su inteligencia la inspiracion otorgada por Dios á algunas almas privilegiadas, se esforzaron, no obstante, en vida de Jacobo, á realzar en él esta circunstancia, encomiándola como uno de los mas asombrosos milagros del real taumaturgo. El mismo Jacobo, en su discurso de apertura del Parlamento, pronunciado en 9 de noviembre [1], y en sus obras publicadas por el obispo Montagne, se atribuye el mérito de haber descubierto sin ayuda de nadie el misterio que ocultaba la carta dirigida á Monteagle; pero Cecill en su correspondencia, es mas franco que lo habia sido en su conducta. «Ambos, dice [2], (habla del conde de Suffolk y de sí mismo), ambos concebimos la idea de que esta tentativa no podia efectuarse «no siendo por medio de la pólvora, y que esto seria mientras «que el Rey ocuparia su asiento en la asamblea, lo cual el lord «sumiller tuvo por mas fácil, por cuanto no se le ocultaba la existencia de una basta bodega por bajo de la Cámara, y acordamos no iniciar al Monarca en el secreto, hasta tres ó cuatro dias «antes de la apertura de las Cámaras.»

En tanto que Jacobo era el juguete de un drama representado en honor de su dignidad de profeta, sin que lo echase de ver siquiera, los Protestantes de la Gran Bretaña, que se hallaban interesados en ostentar el dedo de Dios preservando á la iglesia anglicana de todo peligro, aceptaron el hecho tal como Cecill oficialmente se lo referia. Tresham, sin embargo, no trataba de alucinarse; habia hecho traicion á sus amigos, y después de haber

[1] *Diario de los Lores*, II, 358.
[2] Winwood, II, 171.

salvado al Rey y á las dos Cámaras, vió que le restaba un deber que cumplir. Previno, pues, á Catesby y á sus cómplices, que el Gobierno se hallaba instruido de todo, y que no les quedaba otro medio de salvacion, que el de apelar á la fuga. Pero estas revelaciones, á las cuales les costó mucho dar crédito, no bastaron á detenerlos en la ejecucion de su crímen. Persuadidos de que Tresham inventaba lo que no era sino realidad, acordaron unánimes que Percy y Winter se colocarian á la cabeza del movimiento de Londres, mientras que Catesby y Juan Wright dirigirian el que debia estallar en el condado de Warwick. Estos últimos efectivamente partieron, quedándose Fawkes para pegar fuego á la mina.

El 5 de noviembre, dia fijado para la sesion real, sir Tomás Knevet, corregidor de Londres, baja al amanecer á la bodega designada por Cecill, donde, acompañado de la fuerza armada, descubre los barriles de pólvora, y se apodera de Fawkes, sobre el cual se encuentran tres mechas y una linternilla encendida. Convocóse al momento el Consejo de ministros, presidido por el Rey; comparece el conspirador, le interrogan, oculta su nombre y el de sus cómplices, y descubre todo su plan, declarando que la naturaleza y la piedad cristiana le daban un derecho para deshacerse de un príncipe hereje que no era su Rey, porque no podia ser el ungido del Señor [1]. Si su teología no pasaba de ser la teología de un soldado, puesta á la órden del dia por los Puritanos, partidarios de Jacobo Estuart; su valor no se desmintió tampoco, puesto que ni le intimidaron las amenazas, ni pudieron seducirle las promesas. Habíase transformado en otro Mucio Scævola, segun la expresion del mismo Jacobo [2], y esperó la muerte sin palidecer. Pregúntale un escocés, miembro del Consejo de Estado, que con qué objeto habia reunido tan enorme cantidad de pólvora: «Para hacer volar á los mendigos de Escocia hácia las «montañas de su patria,» contesta bruscamente el conspirador. Jacobo habia mandado que le aplicasen primero á la tortura menos terrible, y que fuesen ascendiendo por grados hasta la muerte [3]; pero Fawkes toleró con resignacion y valor todos estos diferen-

[1] *Crónica de Juan Stow, con el suplemento de Howes*, fol. 879, col. 2.ª (edic. de 1631).

[2] *Obras de Jacobo I*, edit. Howell, II, 201.

[3] *Instrucciones de Jacobo*, núm. 6, en la oficina de los archivos del Estado.

tes suplicios; y si al fin reveló su nombre y el de los conjurados, fue porque supo que todos ellos acababan de tomar las armas.

Mas el descubrimiento de semejante complot era un hecho de inmensas consecuencias para los Anglicanos, pues les daba un derecho para confundir en la misma acusacion á los inocentes y culpables, á los Soberanos de Europa y á los Jesuitas, al Pontífice y á los Católicos de los tres reinos. Así es que los Puritanos aprovecharon con avidez la ocasion que se les ofrecia, y excitaron al pueblo al asesinato, ultrajando en sus cátedras al monarca español, al soberano Pontífice, al archiduque Alberto, y á los Jesuitas y á los irlandeses; llegando á tal extremo la irritacion, y tomando un carácter de ferocidad tan particular, que podia muy bien acarrear los resultados mas funestos. Conociólo así Jacobo, y el 7 de noviembre publicó un decreto en el que aseguraba constarle de la fidelidad de los Católicos, á excepcion del corto número de los conjurados: « Porque los Católicos, decia, de« testan este execrable complot, y no hay uno solo que no se halle « dispuesto á derramar hasta la última gota de sangre en defensa « de su rey. » « En cuanto á los príncipes extranjeros, continuaba « Jacobo, solo los hombres malintencionados pudieran sospechar« los de haber tomado parte en esta horrenda conspiracion. »

El edicto del Rey aparecia fijado en las esquinas de la capital el dia 7 de noviembre, y á la mañana siguiente empeñaron los conjurados su primero y último combate: veinte y cuatro horas anduvieron errantes por los campos, en número de ciento poco mas ó menos, violentando las caballerizas, apoderándose de los caballos, y llamando á las armas á los Católicos; pero los Católicos se hacian sordos á su invitacion, no queriendo sancionar un crímen. Desde Dunchurck, á donde les habia citado sir Everardo Digby, pasaron á Holbeach, donde residia Esteban Littleton, uno de sus nuevos afiliados; y habiendo sabido que los shérifs de los condados de Warwick, Worcester y Strafford, trataban de perseguirlos, tomaron el partido de hacerles frente. Ricardo Walsh acudió con tropas de refresco, y les interceptó el único paso que les quedaba abierto.

Hallándose húmeda la pólvora de que se habian provisto, se ocuparon, el viernes 8 de noviembre, en hacerla secar antes del combate, cuando saltó una chispa, é incendiándose, abrasó las manos y rostros de la mayor parte de los conjurados: de manera,

que por un singular concurso de circunstancias se vieron estos hombres heridos por los mismos filos con que trataban de herir á sus semejantes. Fugáronse unos á través de los campos, y cubiertos de heridas, mientras que se dispusieron otros á vender caras sus vidas. Catesby, Percy y los dos Wright se lanzaron espada en mano sobre los soldados de Walsh, y perecieron luchando: Tomás Winter, Rookwood, Bates, Grant y Keys fueron hechos prisioneros: Digby, Roberto Winter y Littleton se abrieron paso, y algunos dias después cayeron en poder de las tropas de Jacobo, y los encarcelaron en la torre de Londres.

Hemos procurado seguir paso á paso tòdos los sucesos que se señalaron en la conspiracion de la *Pólvora*, cuyos autores acaban de sucumbir en una lucha desigual, ó se hallan en manos de la justicia de su país; pero hasta ahora no hemos visto figurar á los Jesuitas como instigadores ó cómplices del atentado, sin embargo de ser estos los principales sugetos á quienes Cecill y los Puritanos estaban interesados en complicar; porque cargándolos de un crímen inaudito, lograrian hacerlos odiosos á los Protestantes y aun á los Católicos. Érales por lo tanto preciso á toda costa crear al menos una complicidad moral. En la mayor parte de las tramas políticas, no toman las insurrecciones su verdadero nombre hasta después del triunfo ó de la derrota; gloriosas, si sus tentativas han sido coronadas con el éxito; rebeldes y culpables, si fueron sofocadas; pero en esta no era posible la alternativa: solo existia un crímen que justificar, un crímen que infamar; y mientras que el anglicanismo no supo aprovecharse de la feliz posicion de los sucesos, Cecill, el alto clero y los magistrados á quienes eligió el poder para instruir el proceso, no se ocupaban tampoco mas que de torturar los interrogatorios ó el silencio de los encausados, para arrancarles la confesion que debia perder á la Compañía de Jesús.

Se hizo entender á Bates que el Monarca le indultaria si abria un camino á las investigaciones de la justicia, y si sus declaraciones tendian á comprometer á los Padres. Seducido Bates por aquel rayo de esperanza que brillaba á su vista en las tinieblas de su calabozo, confesó cuanto sabia, es decir, que tres al menos de los conjurados tenian por directores de su conciencia á los Jesuitas Garnett, Texmund y Gerard; que él mismo habia visto al primero de los referidos conversar con Catesby, pocos dias antes

del 5 de noviembre; que habia llevado una carta del uno al otro, y que por último, sospechaba que Texmund tenia alguna noticia de la conspiracion, porque le unian á Winter los vínculos de la amistad. El presidente de Thou, historiador contemporáneo, no ignoraba ninguno de estos pormenores; pero le parecieron tan poco importantes, que ni aun los menciona siquiera en su narracion. Hé aquí cómo se expresa este escritor: «Habiendo sido in-«terrogados sin que se les aplicase á la tortura, porque Fawkes «fue el único que toleró una muy leve, contestaron cada uno en «particular, exponiendo los hechos tales como yo acabo de refe-«rirlos, y no complicaron cási á ningun sacerdote ni religioso. Al-«gunos han creido que la razon de su silencio, con respecto á este «asunto, estribaba en que todos ellos habian hecho juramento de «no acriminar á eclesiástico alguno, caso de ser capturados; y «aunque Francisco Tresham nombró á Enrique Garnett, escribió «antes de morir, desde su mismo calabozo y por consejo de su «mujer, una carta dirigida al conde de Salisbury, en la que des-«mentia la declaracion que habia hecho, y aseguraba bajo la fe «del juramento que Garnett no era culpable.»

Con un ministro tal como Cecill, y unos magistrados como los que suscitan los odios de partido ó de religion, eran mas que suficientes las deposiciones de Tresham y Bates. Poco cuidado les daba la inocencia ó la culpabilidad de los Jesuitas, y no tenian que discutir sobre la mayor ó menor verosimilitud de la acusacion. Porque las masas, á quienes queria dirigirse Cecill, prevenidas siempre, y siempre dispuestas á juzgar por la palabra del que lisonjea sus pasiones, debian aceptar sin exámen la calumnia que iba á propagar en las cátedras y folletos. El secretario de Estado habia contado, como su padre, con la humana credulidad, y esta no frustró sus esperanzas. El 15 de enero de 1606 vió la luz pública una proclama, en que á mas de ordenarse el arresto de los PP. Garnett, Texmund y Gerard, se decia[1]: «Se-«gun lo que resulta de los interrogatorios, es evidente y positivo «que los tres han sido fautores particulares del complot, y que «por consiguiente no son menos culpables que los autores y los «consejeros de la traicion.»

Hay épocas en la historia, en que la verdad y la justicia no son mas que pomposas palabras destinadas á encubrir la impostura y

[1] Rymer, XVI, 639.

la iniquidad. Los conjurados nó delataban á nadie, y sin embargo, como atestigua de Thou, les acusaron de un juramento de discrecion, que, aun admitida su problemática existencia, no era suficiente para inculpar á los Jesuitas, y más no existiendo testimonio alguno ni ninguna prueba; pero en Inglaterra no se paraban en estas pequeñeces. Si ninguno de los conspiradores habia hecho mencion de los Jesuitas, para eso estaban allí el ministerio, el clero anglicano y la magistratura, que si no habian tenido reparo en falsificar la palabra de Dios y la sagrada Escritura, truncando el sentido de las palabras y la lógica de los datos para fascinar á la opinion pública, mucha menos dificultad encontrarian en crear falsas declaraciones, y en forjar confesiones que jamás habian tenido lugar. Cuando en presencia de los acusados se leian estas piezas apócrifas, que mas adelante debian servir para que la historia pudiese formar su juicio, «rehusaban aque«llos, segun refiere Roberto Johnston en su *Historia* de Inglater«ra, reconocer como verdadero lo que allí estaba escrito [1];» llegando hasta tal punto la mala fe de los jueces, que cuando le comunicaron á Fawkes, cuyos interrogatorios se hallaban desnaturalizados del modo mas audaz, el acta de acusacion, contestó de la manera mas enérgica: «No niego, ni negaré jamás lo que «me concierne; únicamente niego lo que se ha intercalado en un «negocio, que tanto en su trama, como en su ejecucion, ha sido «exclusivamente nuestro. Si alguno de nosotros tiene algo que re«velar contra los Jesuitas, que hable; de lo contrario, decid, vos«otros, de quién es la deposicion de la cual pueda desprenderse «su culpabilidad. Y si no podeis hacerlo, ¿qué tienen que ver «los Padres en nuestro proceso? ¿por qué tratais de insertar en «él lo que está muy distante de la verdad?»

Tal era el lenguaje de Fawkes; y sin embargo, este sugeto era quien, segun dice el doctor Abbot [2], declaró «que el P. Garnett «hizo los posibles esfuerzos para que la mina no dejase de surtir «su efecto.»

Nueve eran solamente los procesados: Digby, los dos Winter, Rookwood, Grant, Keys, Fawkes, Bates y Littleton, los cuales comparecieron el 27 de enero ante la cámara estrellada, donde proclamaron la inocencia de los Jesuitas; y el 30 del mismo mes

[1] *Abnuebant vera esse quae dicerentur*, Hist. Brit. libro XII, fol. 410.
[2] *Antologia confesion de Fawkes*, por el Dr. Abbot.

espiraron en el patíbulo Tomás Bates, Grant, Roberto Winter y Digby; sufriendo los restantes igual suerte la mañana siguiente, y muriendo todos ellos con un valor y una piedad extraordinarias. Preguntáronle á Grant si no detestaba aquella trama como una impiedad: «He venido aquí para que me ahorquen, contes- «tó, y no para discutir acerca de los casos de conciencia; en un «todo me someto á la censura de la Iglesia católica.» Tomás Winter habló en nombre de todos, y en el mismo disculpó á la Sociedad, y en particular al P. Texmund, su confesor. Pero el que mas se cautivaba la admiracion y las miradas de la multitud, era sir Everardo Digby: jóven, hermoso como un ángel, opulento, y colmado de gracias y serenidad, se dejó ver al pié de la horca, y cuando le exhortaron los ministros á proclamar el arrepentimiento de su atentado: «No me parece, replicó, que en eso ha- «ya querido ofender á Dios; confieso que no me siento condena- «do por la voz de mi conciencia; verdad es que he violado las le- «yes del reino, no lo niego, y persuadido de esta verdad, acepto «de buen grado la pena que me imponen; pero me es muy dolo- «roso el considerar que voy á morir dejando al antiguo culto de «mis padres en el mismo estado de opresion.»

Estos hombres exaltados habian creido salvar la Religion por medio de un crímen, y morian con el sentimiento de haberla comprometido; pero al fin morian sin remordimientos de ninguna especie, porque opinaban que la enormidad de su crímen se habia borrado por la santidad de la causa. Habíanse engañado con una buena fe tan entera, que el mismo Enrique IV, uno de los monarcas mas expuestos quizá al puñal de los regicidas, no temió franquearles las puertas de Francia. «Muchos de ellos, dice de «Thou, fueron desterrados ó se vieron precisados á emigrar de «Inglaterra; pero todos ellos fueron acogidos favorablemente por «el gobernador de Calais, Domingo de Vic, quien habiéndoles «manifestado que compadecia su suerte y la de sus asociados, «añadiendo, para consolarlos, que la bondad de su Rey les fran- «queaba otra patria en lugar de la que habian perdido, uno de «ellos le respondió: *Echamos poco de menos nuestra patria, porque «los hombres probos y honrados la ven do quier que se encuentran: lo «que causa nuestra mayor afliccion, es el no haber podido conseguir el «grandioso y saludable proyecto que habíamos trazado* [1].»

[1] *Historia universal*, por de Thou, libro CXXXV, tomo XIV.

Nada montaba á sus ojos la muerte, el destierro, ni la desnudez; preciso era que hubiesen sufrido mucho, ó que su fe estuviese profundamente arraigada en sus corazones, para mostrar aquella perseverancia en el sentimiento de no haber podido consumar su crímen. Semejante aberracion en unos hombres, cuya virtud era tan evidente como su honor, acriminaba palpablemente el sistema religioso-político adoptado por Jacobo I y por sus ministros: solo profundizando las iniquidades calculadas de que fueron víctimas los Jesuitas durante el reinado de aquel Príncipe, llegamos á podernos formar una idea exacta de ambos sistemas.

En los dias 30 y 31 de enero, dos antes que pereciesen en el patíbulo los autores de la conspiracion, habia sido capturado el P. Enrique Garnett en Henlip, dentro del palacio de sir Abington, cuñado del baron de Monteagle, no sin haberse puesto en juego toda clase de amenazas, promesas y torturas para conseguir su captura. El Gobierno inglés, que no podia triunfar del silencio de los Católicos por ninguno de los medios oportunos, trató de poner en juego la disfamacion, una de las armas mas peligrosas en manos de un poder que no sabe hacerse respetar ni aun de sus mismos adversarios. Hartóse de calumniar, hasta que al fin, sus agentes, que habian ya violado todos los domicilios, consiguieron apoderarse de Garnett y de Oldecorne, y después de Owen y Ashley, servidores ambos de los dos Jesuitas, habiendo logrado refugiarse en el continente los PP. Oswald Texmund y Gerard, después de haber corrido riesgos de toda especie.

Veinte años hacia que el P. Garnett habia regresado á la Gran Bretaña, y diez y siete que dirigia esta provincia de su Órden. Y su reputacion era sin tacha; amábanle los Católicos, y no podian menos de apreciarle los Protestantes; mas todo el esplendor de sus virtudes no debia preservarle de los ultrajes que le reservaban Cecill y los Anglicanos. Eran estos demasiado perspicaces para no conocer que descargando el golpe en el jefe de los Jesuitas de Inglaterra, mostrándole como instigador de la conspiracion, haciendo ver que todo lo habia sabido, todo conducido, y ocultado todo, no habia necesidad de mendigar otras pruebas, ni de invocar otros testimonios contra la Sociedad de Jesús. Si el Provincial habia maquinado, ¿no habian debido seguir todos el mismo impulso? Si habia excitado á los conspiradores, ¿no se debian haber visto todos, aunque no fuese sino por cumplir con la obediencia, con-

denados á improvisarse los agentes de un complot cuya alma se habia constituido su superior? Los consejeros y magistrados de Jacobo I tenian una imaginacion creadora, al paso que su genio no dejaba de ser fecundo en expedientes; pero en la penuria de pruebas en que les habia colocado la sagacidad de Garnett, conocian que les hacia falta una basa mas sólida, un punto de apoyo en que basar sus alegatos. No le hallaban en las resultancias del proceso, porque los conjurados habian espirado en el campo de batalla ó en la plaza de Tiburn, resultando además tan pocos cargos contra los Jesuitas, que para explicar este silencio habia tenido que recurrir á un juramento impuesto y convenido de antemano; esperaron ser mas felices con el servidor del P. Garnett que lo habian sido con aquellos ocho caballeros nobles, quienes, al tolerar su justo castigo, todavía proclamaban la inocencia de los sacerdotes de la Compañía. Juan Owen, cuya salud estaba bastante quebrantada, pero que, en un cuerpo enfermizo, sentia latir un corazon siempre generoso, fue aplicado al tormento, donde á fuerza de suplicios intentaron el procurador general Eduardo Cooke y el lugarteniente de la Torre de Londres arrancarle algunas palabras ó una confesion, que tan fácil les hubiese sido aplicar á Garnett; pero nada pudieron conseguir, aun cuando le extrajeron las entrañas y le mutilaron de mil maneras, hasta verle espirar bajo la aterradora mirada de sus verdugos.

Jacobo (y este es un elogio debido á su memoria), habia mandado que no sometiesen á la tortura de la inquisicion anglicana mas que á Guy Fawkes; pero no tardaron en traspasar sus órdenes, aunque se esforzaron por paliar esta desobediencia, calumniando á Jonh Owen hasta en el género de muerte que habia padecido, y esparciendo la noticia de que se habia suicidado por no verse obligado á confesar lo que sabia acerca del complot. Como estos hombres hablaban en nombre de la religion y de la justicia, no faltó quien prestase asenso á sus dichos, aun cuando se apoyaban en una imposibilidad material. El presidente de Thou, que en su *Historia* se constituye eco fiel de sus palabras, dice [1]: «El infeliz criado se suicidó en el calabozo por no verse obligado «á confesar, ó impulsado quizás por su misma desesperacion; sir- «vióse de un cuchillo sin punta (por no habérsele permitido un «arma de otra especie), y abriéndose con él el vientre, se extra-

[1] De Thou, *Historia universal*, tomo XIV, libro CXXXV.

«jo los intestinos. Se procuró curarle; pero espiró antes de poder «contestar al interrogatorio.»

Los Anglicanos del siglo XVII eran demasiado hábiles carceleros para que se pueda sospechar de ellos el haber dejado á un preso de tanta importancia arma alguna de que pudiera hacer un mal uso. Inventaron el suicidio de Owen para encubrir su propia barbarie, y para dejar manchado el cadáver del infeliz, que murió entre tormentos, con un oprobio que dejase á los hombres prevenidos el poder explicar aquella muerte voluntaria por la desesperacion. Owen, suicidándose, hacia recaer su afrenta sobre su amo: aseguróse que él mismo se habia rasgado las entrañas.

Y aunque nada apoyaba la acusacion, no por esto desmayaron los acusadores: el P. Garnett habia sufrido ya mas de veinte interrogatorios en presencia de los ministros; habíanle torturado de mil maneras distintas, y todas estas violencias quedaban sin efecto, cuando recurriendo Popham y Cooke á la estrategia jurídica, empezaron á divulgar que el Jesuita confesaba el atentado. Segun una carta del P. Baudouin, el secretario del Rey escribió al ministro inglés en Bruselas [1] que Garnett confesaba ser el primer instigador de la conspiracion, mientras que los embajadores de las demás potencias cerca de Jacobo comunicaron á sus cortes la misma noticia. Se les engañaba con respecto á los lugares, con el objeto de que en sus correspondencias pudiesen propagar mejor el error que la malicia les inspiraba; pero semejante asercion de culpabilidad debia tener un término; y como se aproximaba, por otra parte, el juicio solemne, importaba no dar un chasco á la opinion tan diestramente dirigida: era verdaderamente un lazo tendido á los Jesuitas. De Thou explica del modo siguiente esta felonía, que, si está autorizada por la ley, debe al menos ser vituperada por la conciencia pública: «Sobornaron, dice el histo-«riador parlamentario, á un sugeto que, á favor de sus quejas «contra el Rey y sus ministros, y de sus lamentos acerca del es-«tado deplorable en que se encontraba la religion católica roma-«na en Inglaterra, logró persuadir á Garnett que era un católico «fervoroso, llegándose á ganar enteramente su confianza.»

Á Garnett, cuyo candor se asemejaba al de un párvulo, se le espiaba en sus discursos por la hipocresía legal; se le vigilaba en su sueño; se insinuaban en sus secretos, y se le facilitaban medios de

[1] *Carta del P. Baudouin*, 15 de abril de 1606.

corresponderse con sus hermanos y amigos: las cartas que escribia debian pasar inmediatamente de la mano de su compañero á las de los sugetos á quienes iban dirigidas; así al menos lo creia Garnett, y en este concepto conversaba con su compañero acerca de su contenido: dilatábase su corazon con aquel abandono de un encarcelado que recobra por un momento su libertad, para conversar sin testigos con los depositarios de su afeccion. Estas cartas, que aun se hallan conservadas en los archivos de la Torre de Londres como un testimonio palpable de su inocencia, eran al instante remitidas al ministerio; pero á pesar de todos estos amaños no encontraban en ellas ningun nuevo indicio: evadíase el Jesuita de todas las emboscadas, y hacia mas embarazosa que nunca la posicion de los adversarios de la Compañía. Por último y desesperado recurso se probó de hacerle acarar con el P. Oldecorne.

Denunciado este último por Littleton, habia sido llevado al tribunal de Worcester. Littleton era uno de los cómplices de Catesby, que para salvar su vida se habia hecho revelador de secretos. Sus declaraciones empero no versaban sobre ningun punto directamente relativo á la concepcion ó perpetracion del crímen; de manera que el acusado no tenia que defenderse sino de tres hechos posteriores al atentado. Acusábanle de haber invitado á Garnett á que se refugiase en la morada de sir Abington, de haber suplicado al P. Roberto Jones á que favoreciese la ocultacion de dos de los conspiradores, y de haber otorgado su aprobacion al complot. El Jesuita contestó á estas interpelaciones declarando lo siguiente: «He ofrecido un asilo á Garnett; pero me he negado á «procurar á los conjurados un medio de evasion;» y con respecto al tercer cargo, el mas grave quizás, dió la siguiente explicacion:

Que refiriéndole un dia Littleton que al ver Catesby incendiada su provision de pólvora en el momento de lanzarse al combate, habia entrado en cuentas consigo mismo manifestando cierto temor de haber ofendido á Dios, por lo mismo que se habia frustrado su empresa. A esta manifestacion de un arrepentimiento tardío, replicó Oldecorne con una teoría, que si bien verdadera en su principio, parecia adolecer en aquel momento de un exceso de indiferencia. «Los resultados, habia contestado, no justifican la «moralidad de una empresa; ni su buen éxito prueba que sea jus«ta, ni el que se haya frustrado prueba su injusticia: pues lo que

«decide de su justicia ó injusticia es el objeto que se propone y los «medios que se emplean para realizarla.» Y en seguida añadió: «Yo le cité en prueba de mi aserto la tribu de Benjamin dos veces «victoriosa, á pesar de haber mandado Dios á las otras tribus «que la atacasen; el ejemplo del fin desgraciado que tuvo san «Luis y los infructuosos esfuerzos de los Cristianos para defender «á la isla de Rhodas; díjele que lo mismo sucedia relativamente «respecto á la conspiracion de Catesby; que no se debia vitupe«rarla ni aprobarla por sus resultados; que era preciso juzgarla «estudiando su objeto y los medios de que se habian valido, y «que, no hallándome yo al alcance de semejante materia, no que«ria decidir cosa alguna: por último, que abandonaba el juicio «en manos de Dios y á las conciencias de los conjurados. Contesté «á Littleton con esta circunspeccion, porque recelaba que me ten«dia un lazo, y no quise que pudiese servirse de mi contestacion «para algun fin dañado.»

Es tan desventajosa la posicion de un acusado en presencia de unos magistrados hostiles por espíritu de partido, que aun la misma reserva de estas palabras debia necesariamente convertirse contra el que las pronunciaba: claro está que no determinaba la cuestion; pero á fuerza de atormentar su pensamiento, se llegó á inducir y se creyó demostrar, que el Padre habia declarado aquel complot lícito y justo segun la conciencia.

El espía que Cecill habia introducido en la prision de Garnett, después de haberle hablado varias veces de Oldecorne, le anunció que acababa de ser trasladado á la Torre, y habiendo aquel manifestado el deseo de verle, le prometió el espía favorecer su entrevista: era el último recurso de los ministros para salir con la suya. «El espía les condujo á ambos, dice de Thou, á un paraje «desde donde podian ser oidos fácilmente, y para que no llega«sen á sospechar la traicion, les facilitó tambien el que pudiesen «verse; pero ya habian tenido antes cuidado de ocultar en aquel «mismo sitio dos sugetos capaces de dar testimonio.»

Estos Jesuitas, á quienes describen sus adversarios como tan sagaces y diestros, no llegaron á sospechar siquiera la perfidia de que iban á ser víctimas: un desconocido facilitaba á dos criminales de Estado el medio de conversar juntos, y ni aun se les ocurre la idea de desconfiar de un hombre que contaba con tales recursos. Hablaron de su situacion, de sus padecimientos y de los

cargos que les acumulaban; en seguida, contestando Garnett á una pregunta que le hizo su compañero de prision, dejó escapar esta fatal palabra: «No existe, dijo, prueba alguna de que me ha- «yan participado esa trama: y un solo viviente podrá atestiguar «que yo tuve simplemente conocimiento de ella pocas semanas «antes de que se descubriese.»

Esta alusion indirecta á la confesion de Catesby, oida por el P. Texmund, y á ruego del mismo conspirador, consultada con el P. Garnett bajo el mismo sigilo, encerraba el gérmen de una acusacion entera, y abria á los Anglicanos un camino inesperado para atacar al dogma católico y á la Compañía de Jesús. Entran en ella con ardor los Anglicanos; los consejeros de la corona hicieron comparecer al Jesuita ante su tribunal, y sabido ya el hecho por boca del mismo Oldecorne, dieron principio al interrogatorio. Cállase el interrogado; le instan, niega; le someten á la accion de la tortura; le repiten una por una las palabras salidas de sus labios, y le piden una explicacion; confiesa entonces cuanto habia pasado, y añade: «No he denunciado á Catesby, porque el invio- «lable sigilo de la penitencia me sellaba los labios.»

Y decia verdad: habíase visto en la alternativa de incurrir en la muerte temporal como traidor, no revelando el misterio del tribunal sagrado, ó bien en la muerte eterna, cometiendo el sacrilegio de la indiscrecion; pero las leyes inglesas, basadas en los principios del calvinismo, no reconocian la Penitencia como sacramento, y por consiguiente el sigilo sacramental no tenia fuerza de obligatorio para ellas. Garnett se habia condenado á sí mismo; hallábase ya probada su participacion tácita, al menos en el complot: lo demás quedaba á cargo de Cooke. Una vez que ya se podia conducir al banquillo del acusado la religion católica con todos sus dogmas, puesto que entraba en la cuestion el Sacramento mas disputado, no tardaron en lanzarse á la arena el rey y los obispos anglicanos con el objeto de combatirla.

Entre tanto, conducido Oldecorne por segunda vez á Worcester, compareció ante sus jueces, que tenian un interés en que fuese reconocido como culpable; pero como en Londres no hubiera dejado de chocar esta injusticia, le confiaron á los magistrados de provincia. Es verdad que no se le habia probado delito alguno ni ninguna especie de crímen; pero era Jesuita, y esto bastó para que le impusiesen la pena capital.

La misma suerte participaron Juan Winter, el mas jóven de los tres caballeros nobles de este nombre, Rodolfo Ashley, sir Abington y Littleton. Oldecorne murió en un patíbulo el 17 de abril de 1606, porque plugo á los Anglicanos creer que habia aprobado la conspiracion de la *Pólvora*. Difícil seria encontrar en la historia complicidad moral mas insensata: para conseguirlo, seria preciso investigar las degradaciones de las épocas mas absurdamente revolucionarias.

Con arreglo á los términos de la ley anglicana, era Garnett criminal de lesa majestad por muchos respetos: Habiendo nacido súbdito de la Gran Bretaña, habia pasado al continente con el objeto de hacerse ordenar por autoridad del romano Pontífice; á su regreso á Inglaterra, habia desempeñado las funciones sacerdotales, y convertido al catolicismo á un gran número de herejes, los cuales se hicieron desobedientes al Soberano, no queriéndole reconocer como supremo árbitro de su conciencia religiosa; y además habia compuesto y publicado algunas obras, en las que se enseñaba que no se podia, sin incurrir en la nota de perjuros, asistir á las ceremonias y sermones de los Anglicanos. Todos estos actos incluian en sí la pena capital, y Garnett que lo sabia se gloriaba de ello en su interior; pero el anglicanismo habia encontrado una nueva mina, y era indispensable explotarla.

Conducido á la presencia de sus jueces; torturado por los ministros de Estado y el procurador general, que sucesivamente iban tomando la palabra; ultrajado á los ojos del jurado que lo permitia; calumniado en el exterior, y agobiado bajo la mole inmensa de datos truncados que le oponian, y á los que no le dejaban responder, y ni aun le permitian examinar so pretexto de su decantada autenticidad, halló el Jesuita en su misma conciencia el mas terrible de los reproches. Cooke tenia en su mano los procesos verbales que él mismo habia inventado, y buscaba por medio de todo género de preguntas capciosas que el Jesuita los reconociese como obra suya; se limitó á decir: «Los que han falsificado «los textos de la sagrada Escritura, ¿no serán capaces de adul«terar el pensamiento de un hombre?» Este argumento, que hubiera debido hacer saltar de sus bancos á unos magistrados íntegros y llenarlos de una justa indignacion, dejó tranquilos á estos hombres insensibles á la ofensa. No buscaban un culpable á quien decapitar, pues ya le tenian bajo los filos de la cuchilla; necesi-

taban un sacerdote católico, un Jesuita complicado en la conspiracion de la *Pólvora* por el sacramento de la Penitencia; y desgraciadamente por una fatalidad inexplicable, el mismo Garnett les proporcionó esta ocasion oportuna.

La causa podia muy bien haberse reasumido en términos bien sencillos: ¿El proyecto regicida de Catesby habia llegado á noticia del P. Garnett por otro conducto que el de la confesion, ó no? Sentada de este modo la cuestion, y empleando para resolverla en contra de la Sociedad cuantos medios se hallan autorizados por las leyes del país, cuanto exigian los intereses del Soberano, y aun vamos mas léjos, cuanta injusticia y arbitrariedad puede suministrar el odio de la herejía á la Religion, se hubieran economizado lo execrable de las blasfemias. Pero los teólogos y magistrados anglicanos, que veian llegada la ocasion de poder, á mansalva, calumniar á la Iglesia universal, y lisonjear la pasion dominante de su Rey, transformaron este procedimiento en una liza, en la que les fue permitido hacer ostentacion de su grosero saber, de su capciosa argumentacion y su insolente fraseologia [1]. Mientras que el procurador general y los ministros de Estado, que disertaban cási en presencia del Monarca, puesto que solo una cortina de terciopelo separaba á Jacobo del tribunal, empleaban cuanta ambigüedad era dable para estrechar al Jesuita, Cecill y Northampton, que católico la víspera, se habia improvisado anglicano por obtener el título de conde, se lanzaron sobre su presa con encarnizada voracidad, sentando el segundo el paralogismo siguiente, que tuvo ocupados mas de nueve horas á estos tres oradores, sin que les fuese dado salir del círculo que trazaran:

[1] Cooke, aquel procurador general de quien los Anglicanos han hecho una de las antorchas de su iglesia, y cuyas averiguaciones acerca de la conspiracion de la *Pólvora* han sido siempre para ellos un documento irrefragable, como si una averiguacion en materias políticas pudiese probar otra cosa que la cólera, la parcialidad, la ambicion ó tal vez la grosería de su autor. En prueba de ello al hablar esta *brillante* antorcha de la iglesia anglicana de los Padres del concilio de Trento, dijo que eran *indoctus gregis porcorum;* la cruz, rosarios y medallas no eran para él mas que *Stercora pontificia;* el cardenal Belarmino, *vetus et obsoletus impostor;* santo Tomás, san Buenaventura y demás doctores del catolicismo, *ridicula auctorum turba quorum tantum ad latrinas usus est; hominum pecus sordidum religionis et ecclesiae quorum insanis enthusiasmis spurcissime coinquinata fides et venenata quadam lue, turbidata atque infecta est:* el Papa era á sus ojos *homo peccati, Satana parente natus.* (Cooke, *Actio proditoria*, cap. IV y V).

«El que pudo saberlo y no lo quiso saber, decia el anglicano de «nuevo cuño, hubiera podido remediar el mal; luego no haciéndolo ha alentado el mal que se ha hecho, porque segun la regla «de los jurisconsultos: *Qui non prohibet cum potest, jubet.*» Hubiérase dicho que se les habia devuelto la cabeza del Jesuita para que les sirviese de pedestal para elevar mas alto su fortuna política; porque hablaron con tanta vehemencia, y se ostentaron tan arrogantes y tan cautelosamente injustos, que el mismo Jacobo, á pesar de ser amante de la controversia y quizás de la equidad, se vió precisado á intimarles que otorgasen algun momento de libertad al acusado. Las circunstancias mas fútiles, las palabras mas inocentes, los detalles mas inofensivos, las cartas mas sencillas, los pasos mas francos, todo fue acumulado, aunque con una de esas raterías groseras, cuya sola lectura llena de indignacion, pero que, ante un jurado prevenido, establecen otras tantas pruebas de culpabilidad. Cierto es que no habian economizado, con respecto á Garnett, la tortura de los botines de hierro y del caballete; pero aun reservaban otra para su enjuiciamiento. No podia aparecer conspirador sino violentando el sentido de las palabras, desnaturalizando los hechos, ó dando al pensamiento y á la expresion un valor que jamás tuvieran. Pero el procurador general y los ministros se encargaron de esta tarea, triste patrimonio judicial que se apropia todo acusador de oficio. Y no se contentaron con hipótesis religioso-políticas; entraron á rebuscar hasta en la vida privada del Jesuita; y desesperando de convencerle del atentado, acriminaron sus relaciones con Ana de Waux, una de esas santas mujeres que de cuando en cuando presenta la Iglesia católica á la faz de sus hijos, para que tuviese la gloria de morir en medio de tantos sacrificios y combates abismado bajo el peso de una calumnia, ó á impulso de una persecucion.

Garnett escuchó tranquilo todas estas interminables acusaciones, conteniendo en su corazon los transportes de generosa indignacion que hubieran debido arrebatarle, y contestando con imperturbable calma á aquellas vergonzosas imputaciones de que el anglicanismo no tenia necesidad, para asesinarle, como un hombre que conoce el destino de que está amenazado, y que desprecia lo bastante á sus enemigos para no tratar de confundirlos sino con sus mismos argumentos. D. Pedro Zúñiga, embajador de España, y los demás ministros de los príncipes católicos habian sido

invitados á oir la lectura de estas piezas á presencia del mismo Jesuita, el cual fue el primero en pedir comunicacion de autos, pidiéndola á su vez Zúñiga. «Mas claro es que la luz del dia, ha«bia exclamado Cooke [1], que el Jesuita Garnett ha sido el insti«gador y fautor del complot; no tenemos mas que examinar sus «declaraciones que están en nuestras manos.» Al ocuparse Garnett de su defensa, no se curó de convencer á unos jueces que le condenaban como partes; pero se hallaban en derredor suyo los plenipotenciarios de Europa, y era un deber suyo el patentizarles sobre cuán frágil basa se puede en los países de exámen y libertad entablar una acusacion capital. El Jesuita fue sentenciado á pena capital, sentencia que hubiera debido ejecutarse inmediatamente, si Cecill y Northampton hubiesen consentido en soltar tan pronto su presa. Pero Garnett les pertenecia por decreto de enjuiciamiento, y se decidieron á permitirle vivir treinta y seis dias mas, con el objeto de predisponer á esta ejecucion la opinion pública. Se le hicieron de nuevo interrogatorios; forjaron cartas en que se declaraba culpable de todos los hechos que negara en su proceso; escribieron centenares de libelos, con el fin de probar su criminalidad, é inventaron, para infamar á su cautivo, cuanto era posible inventar á la malicia humana. Al fin se le instó vivamente, y prometiéndole la vida, á que firmase los actos que en su proceso habian figurado. Pero Garnett no se dejó seducir ni menos intimidar; y cuando vieron que perdian las esperanzas de hacerle confesar una impostura, le intimaron que explicase la doctrina del equívoco. Al declarar que no habia tenido noticia de la conspiracion de la *Pólvora* hasta que se lo dijeron, bajo el sigilo sacramental, respondió Garnett haciendo traslucir su ciencia teológica por entre las cadenas del sentenciado: «Siendo, como lo «es, inicua y bárbara la costumbre de forzar á los hombres á de«latarse á sí mismos, es en semejante caso legítima y lícita la doc«trina del equívoco;» y en seguida añadió la siguiente declaracion escrita de su mano, que existe en los archivos de la chancillería inglesa: «Confieso que esta doctrina está conforme con mi «opinion y con la de los doctores, y la razon de ello es que, dado «el caso de ser legítimo el equívoco, el discurso ó declaracion que

[1] Meridiano sole clarius est Garnettum fuisse authorem et architectum conjurationis, idque ex ipsius confessione quam prae manibus habemus. (*Actio proditoria*).

«lo contiene no encierra mentira alguna, y por consiguiente pu-«diera ser corroborado sin perjurio por medio del juramento ó «cualesquiera otro medio, aun cuando fuese recibiendo la Euca-«ristía, si lo exigia una justa necesidad.—Enrique Garnett.»

«Un hombre que tales opiniones profesaba, dice el Dr. Lin-«gard en su *Historia*, no podia razonablemente agraviarse de que «el Rey se negase á creer sus protestas de inocencia, y si dejaba «libre la accion de las leyes.» Estas palabras del historiador inglés son muy favorables, y aunque hacen cargos al P. Garnett, no niegan que la doctrina de los Jesuitas deje de estar aprobada por la Iglesia entera, y que aun forma parte integrante de la jurisprudencia. Nadie, efectivamente, está obligado á delatarse á sí mismo, y en materia criminal no es el acusado quien debe y puede confesarse culpable: otros son los que han de aducir la prueba de los hechos que se le imputan, y estos últimos la buscan en otra parte que en su deposicion: al encausado solo le toca defenderse.

El 3 de mayo de 1606 fue conducido el Jesuita al pié de la horca. En una carta dirigida al duque de Arcos por D. Pedro de Zúñiga, embajador de España en Londres, con fecha de 13 de mayo, se leen todos los pormenores de la ejecucion. Este documento no estaba destinado á ver la luz pública; pero refiere este suceso con circunstancias tan opuestas á la relacion del Gobierno británico, que nosotros creemos deber prestar mas crédito á las palabras de un testigo desinteresado en la cuestion que á la narrativa de los ministros anglicanos, jueces y partes en el proceso. Luego que el Jesuita subió á la plataforma del patíbulo le dijo Enrique Montague, escribano de Londres: «He venido á este lu-«gar por órden expresa del Rey, y con el objeto de haceros re-«nunciar á esa obstinacion con que pretendeis hallaros inocente «del complot, para referir en seguida á S. M. que os habeis deci-«dido á pedirle perdon. —Jamás he ofendido al Rey, respondió «Garnett con calma; de consiguiente no tengo por qué pedirle «perdon: hice cuanto pude por disuadir de toda conspiracion, y «en especial de esta última: no puedo sér sentenciado á pena ca-«pital por haber guardado la fidelidad que exige el sacramento de «la Penitencia, ni mi silencio debe ser reputado como un crímen, «puesto que me iba en ello la condenacion eterna. Si á pesar de «eso el Rey y el Gobierno británico se creen ofendidos de aquel

«silencio á que me obligaba mi conciencia, les pido perdon de «muy buena gana. Dichas estas palabras, volviéndose Montague «á los espectadores exclamó: ¿Lo oísteis? El Jesuita desea que «S. M. le perdone la maldad de su conjuracion.—No decís la «verdad, contestó Garnett.—¿Osaríais negar ahora las declara- «ciones que tenemos en nuestro poder escritas de vuestra mano? «Segun ellas, Catesby y el P. Texmund os revelaron clara y fran- «camente el complot, y de ningun modo bajo el sigilo de la con- «fesion.—Jamás he dictado ni escrito semejantes cosas, replicó «el Jesuita.»

En tal extremo, pidió Montague á sus asesores la pieza original, y durante este intervalo añadió Garnett: «Jamás, jamás, ja- «más me presentarán un escrito de mi mano que afirme lo con- «trario de lo que siempre he dicho, y de lo que ahora mismo pro- «clamo en el momento de mi muerte.—Veamos los documentos, «exclamaban los asistentes impulsados por la ansiedad. Estos no «parecian, ó se les habian olvidado. Lleno de confusion entonces «Montague, se atrevió á decir: Se hallarán y se imprimirán.»

Efectivamente así ha sucedido; pero fue cuando el Jesuita ya no podia rechazar su orígen apócrifo, ó quedar confundido á vista de su autenticidad.

Era indispensable terminar aquella escena: aproxímase al paciente el diácono de San Pablo de Londres y le dice: «Recono- «ceis al menos que se os va á decapitar con justicia?—Sí, con- «testó Garnett, con justicia, segun vuestras leyes que no admi- «ten la obligacion del sigilo sacramental; pero muero injusta- «mente si se atiende á las equitativas leyes del sacerdocio.» Algunos minutos después exhaló el Jesuita el último aliento, y fue descuartizado por el verdugo.

La conspiracion de la *Pólvora* debia tener y ha tenido en la historia un profundo eco. El partido de los disidentes se hizo un arma ofensiva contra la Iglesia católica del crímen de algunos; y tratando de confundir con astucia la mentira con la verdad, acostumbróse al espíritu público á divagar por el campo de las hipótesis aceptadas por él como realidades, cuando se las ofrece la audacia. Y no bastaron solo los culpables para satisfacer esta necesidad eterna que experimentan los hombres de partido de maldecir y calumniar: era preciso contentar algunas enemistades impetuosas; y el anglicanismo, que se habia creado una religion

aparte, para consolidarla halló el medio de hacer que se sospechase siempre de la corte romana, de la Compañía de Jesús y del catolicismo. Mas abusó de este privilegio. Tenia un derecho para irritarse contra Catesby y sus cómplices, es cierto; pero este derecho, restringido en los límites de la razon, no podia convenir á sus interesados odios; así es, que después de haber hecho hablar á la ley, trató de reemplazarla con el odio. Tal es la marcha que siguen siempre los partidos; pero un Gobierno que debe y quiere ser respetado no debe ceder á sugestiones semejantes.

Si Garnett, á quien los Protestantes y los Católicos apellidaban el gran Jesuita, acababa de morir proclamando su inocencia, los Anglicanos hicieron de sus declaraciones una especie de bandera contra la Iglesia romana, y á la cabeza de esta cruzada de teólogos y legistas se vió, no sin asombro, marchar al mismo Jacobo. Colocándose este Monarca de frente contra la Santa Sede y los discípulos del Instituto, entabló desde luego una acusacion en forma [1]. Vióse en seguida descender tras él á la arena una nube de doctores y jurisconsultos, cuyos ataques contestaron Belarmino, Fronton-le-Duc y Juan Eudemon, suscitándose una polémica tan reñida de un lado como de otro, en la que se mezcló Isaac Casaubon á instancias de Jacobo; pero cuando llegó el caso, como siempre sucede, de que aquella no convenció á ninguna de ambas partes, cada cual permaneció en la opinion que sus creencias ó prevenciones le imponian.

Los Jesuitas citaban, en prueba de la inocencia de sus hermanos, algunas cartas autógrafas, cuyo depósito ofrecian; apoyábanse en la correspondencia de Garnett, Gerard y Texmund, y demostraban que estos tres Padres habian hecho cuantos esfuerzos eran imaginables para calmar la efervescencia de algunos católicos turbulentos y desgraciados: los Anglicanos replicaban que aquellas cartas eran apócrifas ó preparadas de antemano por los Jesuitas conspiradores, con el objeto de fascinar la opinion; pero no era este, á nuestro concepto, el mejor medio de trabajar porque se diese

[1] Léense estas palabras en el *Triplici nodo, cuneus triplex sive apologia pro juramento*, obra dada á luz por Jacobo I: «Ut omni rationi se purgare laboret (Pontifex) quominus ejus adminiculis fulta illa conjuratio videatur, «tamen negare non potest, primarios ejus in hoc regno administros et praecipua mancipia, Jesuitas, ipsissimos illius authores designatoresque fuisse. «Quo etiam crimine is qui princeps fuit cohortis (Garnett) mortuus est in «confessione; facinoris alios conscientia egit in fugam.

crédito á los documentos que producian ellos mismos, y que afirmaban ser emanados de los Jesuitas. Después de un atentado tan extraño, y cuyas consecuencias debian ser aun mas funestas á la religion católica que al rey Jacobo y á la Gran Bretaña, debieron por necesidad ofrecerse á la curiosidad pública muchas suposiciones, basadas en alegatos apócrifos; pero resta descubrir quiénes han sido sus autores. ¿Deberémos inculpar á los Jesuitas, que presentan á la historia sus piezas autógrafas, de las que existen varias á nuestra vista, ó bien á los ingleses, que jamás han podido aducir otros testimonios mas que aquellos, cuya existencia negaban los inculpados arguyéndolos de falsos [1]? Después de haber palpado las infamias de la justicia de partido; después de haberla seguido en las vergonzosas miserias de sus pasiones, ¿deberémos basar la creencia de los siglos sobre la afirmativa de un enemigo, ó sobre la palabra de un delator asalariado? Una experiencia demasiado triste nos ha hecho ser muy escépticos en materia de juicios políticos; hemos pasado tantas veces por el crisol de la impostura, y han protestado con tanta frecuencia las opiniones contra el encarnizamiento de que habian sido recíprocas víctimas, que para apoderarnos de algun punto de verdad, debemos buscarla en otra fuente, y no en ese conducto que se ha enturbiado á propósito por cálculo. Pesado todo bien en la balanza de la razon y de la imparcialidad, la correspondencia íntima de los sentenciados hace descender mas la balanza que las imposturas desleidas en informaciones, ó que el odio, aglomerando en un acta de acusacion mil circunstancias indiferentes elevadas á proporciones gigantescas.

La conspiracion de la *Pólvora*, que habia tenido su orígen en Londres, pasó á tomar incremento, segun los Anglicanos, en la capital de los Césares y en Flandes, hallándose especialmente complicado en ella el P. Baudouin, provincial de Bélgica, de quien escribia entonces Laucelot, obispo de Chichester: «que si «este Jesuita osase comparecer en Inglaterra, no podria jamás «resistir á la mole de deposiciones que aducirian contra él.» Jacobo I habia solicitado que le fuese entregado, y el archiduque Alberto se habia negado á ello; pero al regresar el Jesuita á Ro-

[1] Casaubon ha osado escribir que el P. Garnett habia confesado su crímen por su propia boca y de su misma mano. *Ore proprio, manu propria confessum.* (*Epistola ad Frontonem Ducaeum*, fol. 195).

ma, por los años de 1610, fue preso en los Estados del Elector palatino, y trasladado á Londres: reclamóle el Archiduque, y Jacobo dió su palabra de no hacerle mal alguno si llegaba á estar inocente. Asistió después el Monarca á cuantos interrogatorios hicieron sufrir al Padre, y aquel hombre que, en la informacion del attorney general, así como en los alegatos del proceso, habia sido declarado como uno de los fautores del complot, vió desvanecerse como el humo con su sola respuesta todas las imposturas de los magistrados. Cuatro años después de la muerte de Garnett, aquel Baudouin, cómplice del anterior á los ojos del anglicanismo, fue proclamado inocente. El mismo Rey llegó á confesar que este Padre no habia jamás tenido noticia alguna, ni aun indirecta, de la conspiracion, y sin mas le remitió á Bélgica [1].

Estos hechos no se escaparon á la sagacidad de Antonio Arnauld; los jansenistas, que le tenian por su oráculo, trataban de aniquilar á la Sociedad con su mano de hierro; pero al mismo tiempo les repugnaba el ver á este antagonista forcejando por sustraerse á las garras de la calumnia británica; Arnauld estudió las tramas atribuidas y echadas en cara á los hijos de Loyola, y se hizo un deber de demostrar la futilidad de tamañas imputaciones en su *Apología en favor de los Católicos.* Después de examinar un libro oficial que apareció en Londres con el título de *Conspiracion de Inglaterra,* dijo [2]: «Jamás hubiera un católico hablado de esa «suerte, aun cuando fuese de los que no son amigos de los Je- «suitas: preciso es que el demasiado celo por la religion protes- «tante haya cegado á su autor.» Y cuando siguiendo su materia pasa á examinar los diferentes atentados, de que Isabel y Jacobo hacen instigadores ó fautores á los Jesuitas, prueba Arnauld que semejantes complots han sido cási siempre obra exclusiva de los Anglicanos; y en seguida añade: «Únicamente la conspira- «cion de la *Pólvora* es la que se les puede imputar, hablando «en propiedad, no á la generalidad de los católicos, sino á algu- «nos de ellos.» Aquí resaltaba la verdad; pero esta no permitia calumniar á los Jesuitas, ni entregarlos al verdugo, ó secuestrar sus bienes, y para ello trataron de recurrir á la impostura. Res-

[1] Winkwod, II, 183.

[2] *Apología de los Católicos,* por Antonio Arnauld, 1.ª parte, página 444. (Lieja, 1680).

tábales indemnizar el celo de que habian dado pruebas; y como nada podian sacar de los Padres, que nada poseian en Inglaterra, dirigióse el tiro á los Católicos. Pretextando la cámara Estrellada que el conde de Northumberland, el vizconde de Montague y los lores Stourton y Mordaunt no hubieran asistido á la apertura del Parlamento si no se hubiera descubierto la conjuracion, los condenó el 1.° de junio de 1606 á pagar unas multas excesivas, que ascendieron, la de Stourton, á seis mil libras esterlinas; la de Mordaunt, á diez mil; y la de Northumberland á once mil: Montague, que era el rival de Cecill, se vió destituido de su empleo, declarado incapaz de ocuparle en el porvenir, y por último, encerrado en la Torre: arruináronle sus enemigos, porque era un gran hombre de Estado y católico.

Los Puritanos ni apreciaban al Rey ni aun simpatizaban con él; habíales hecho servir al triunfo de su cautelosa ambicion, y después del éxito miraba con desden aquellos instrumentos, cuyo ascendiente sobre las masas le habia llegado á intimidar: cuando queria arrojarles un hueso á tantos perros hambrientos de la revolucion, les entregaba algunos individuos de la Compañía.

Los Puritanos le detestaban; pero como aborrecian tanto al *papismo*, este odio de partido reemplazaba en sus corazones al que provocaba en ellos la ingratitud del Soberano. Habia Jesuitas á quienes perseguir; y esto bastaba para que los Puritanos se improvisasen los ejecutures de las bajas maquinaciones de Jacobo y de sus teólogos. No se constreñian á ningun juramento, ó se proponian como principio violarlos todos segun interesaba á sus pasiones. Creyeron no obstante que obligando á los Católicos á prestar uno, les seria permitido espigar en el campo de los secuestros, donde Jacobo y sus cortesanos no dejarian de hacer su cosecha. En 1607 propusieron una fórmula que ocultaba la apostasía de su religion, bajo el compromiso de fidelidad á su Soberano; y mientras que aseguraban á los Católicos que se les dejaria en completa libertad para prestarle ó no prestarle, se reasumia esta libertad para los que no le prestaban, á la pérdida de las dos terceras partes de sus propiedades para los que se negaban á pronunciarle, repartiéndose el resto al clero anglicano. El P. Ricardo Holtbey, superior de la mision por muerte de Garnett, fue el único que comprendió todo el daño que resultaria de este acto equívoco ó de doble sentido. No creia que fuese posible asociar-

se á él; y mientras aguardaba la decision de la Santa Sede, mandó á los cuarenta y dos Jesuitas diseminados por la Gran Bretaña, que no publicasen declaracion alguna con respecto á este asunto. El anciano Jorge Blackwell, que gobernaba esta iglesia en calidad de arcipreste, y cuyos padecimientos morales habian gastado su energía, aterrado al considerar las nuevas calamidades que amenazaban á su grey, se dejó arrastrar á concesiones cuya importancia no estaba á su alcance, autorizando á los Católicos para que sometiesen su fe al yugo que les impusieran los Protestantes. Pero consultado el Pontífice, expidió en 10 de octubre un rescripto, en el que prohibia el acceso á los templos de los herejes, y decretaba que el indicado juramento no podia ser prestado sin detrimento de salvacion.

El ejemplo de Blackwell que, cediendo á las sutilezas de Bancroft, arzobispo de Cantorbery, habia suscrito á los deseos de los Anglicanos, no era sin embargo muy contagioso. Los doctores de Jacobo, y aun el mismo Rey, trataron de explicar la letra de este juramento, y de poner en tortura su sentido, con el objeto de demostrar á los Católicos que lo que de ellos se exigia, era mas bien un acto de pura condescendencia que de apostasía, amontonando sofismas sobre sofismas para convencer á los Jesuitas; y estos hombres, á quienes tanto se ha procurado pintar como dispuestos siempre á recurrir al equívoco, y preparados á justificar los pecados excusables por la rectitud de intencion, permanecieron sordos al pacto conciliador que la perversidad puritana proponia á los católicos poco adheridos á su fe. El hijo del arzobispo de Yorck, Tobías Mathews, que habia renunciado á la herejía para entrar otra vez en la comunion romana, se pronunció con otros tres amigos suyos contra el juramento exigido, y sin mas se vió aherrojado en un calabozo; igual suerte sufrió el Jesuita William Wright, por haber protestado solemnemente contra la doctrina del anglicanismo que recomendaba el perjurio mental para llegar después al perjurio material. Encarnizábase Jacobo contra los Católicos con aquella pertinacia que constituia el fondo de su carácter dogmático; Belarmino apeló del rey de Inglaterra al rey de Inglaterra mismo, probando en un escrito en contestacion al *Triplici nodo,* remitido por Jacobo á todas las testas coronadas, que este mismo Príncipe habia negociado con Roma para volver al gremio del catolicismo. Hizo mas, declaró que, por medio del car-

denal Aldobrandini, y aun valiéndose de su misma persona, á pesar de ser Jesuita, habia solicitado el capelo para un escocés, con el objeto de entablar relaciones mas fáciles y seguras con el Pontífice [1].

Jacobo, pues, habia sido cogido in franganti delito de duplicidad; solo le quedaba un medio para apaciguar la cólera que semejantes revelaciones hacian fermentar en el corazon de los Puritanos, y este medio era el de darles Jesuitas que perseguir. Tomás Garnett, sobrino del decapitado Enrique Garnett, iba á ser deportado. Cecill no habia descubierto hecho ni indicio alguno por donde pudiese implicarle en la conspiracion de la *Pólvora;* pero era sacerdote de la Compañía, y este solo título bastaba para condenarle al ostracismo [2]. En la víspera de su partida, desciende Bancroft á su calabozo, y le propone que suscriba al menos en la forma al juramento prescrito á todo católico inglés; negóse empero el Jesuita á verificarlo, y le ofreció prestar uno, concebido en estos términos: «Declaro de boca ante la corte ce«lestial, y no digo en esto mas que la expresion sincera del ver«dadero sentimiento de mi corazon, que guardaré toda la fideli«dad y obediencia que se deben á S. M. mi legítimo rey Jacobo I, «segun las leyes de la naturaleza, de Dios y de toda la verdadera «Iglesia de Jesucristo. Si se tiene por insuficiente esta prueba de «mi lealtad, me remito al juicio de Dios y del mundo entero. Nin«gun monarca puede exigir mayor fidelidad que la prescrita por «la ley de Dios, ni súbdito alguno puede prometer ni jurar una «obediencia mayor que la aprobada por la Iglesia de Jesucristo.»

Al momento la proscripcion se trocó en pena capital, y se le cuadruplicaron los cargos. Segun el procurador general, era sacerdote romano, Jesuita, seductor de católicos y recusante. Gloriábase Tomás de los tres puntos de su acusacion; pero demostró hasta la evidencia que jamás habia seducido á los fieles, ni dado jamás consejos en oposicion con la obediencia debida al Soberano; aunque no por eso dejó de ser sentenciado. «El 23 de

[1] El pasaje á que aludimos está concebido en estos términos: «Praesertim «enim rex ipse ad Pontificem ipsum nec non ad cardinales Aldobrandinum et «Belarminum litteras scripsisse plenas humanitatis, quibus, praeter caetera, «petebat ut aliquis è gente scotorum cardinalis Sanctae Romanae Ecclesiae «crearetur, ut haberet Romae per quem facilius et tutius cum Pontifice negotia «sua tractaret.» (*In respons. ad lib. inscriptum* Triplici nodo, etc. fol. 152).

[2] Carta de Miguel Walpole á Parsons, de 16 de julio de 1608.

«junio de 1608, año sexto del reinado de Jacobo, dice la *Crónica «protestante* de Juan Stow, fue ajusticiado Tomás Garnett en la «plaza de Tiburn. Habíanle ofrecido la vida con tal que se deci-«diese á prestar el juramento, y rehusó lo uno y la otra.» El Padre Tomás, segun el relato de los mismos Anglicanos, habia muerto en defensa de su fe; el rey Jacobo escribia, sin embargo, en la misma época [1]: «Afirmo constantemente, y así lo he sentado en «mi *Apología,* que, así durante mi reinado como en el de la di-«funta reina, nadie ha sido ajusticiado por causa de conciencia «ó de religion.»

Esta solidaridad, invocada por el heredero de Isabel, era una impostura tan derisoria como cruel, lanzada á la faz de la Europa; y cuando los reyes mienten con las manos teñidas en la sangre de sus súbditos, esa sangre debe clamar venganza. Luego que, arrastrado en la fatal carreta, llegó el Jesuita al pié del patíbulo, el conde de Exeter, consejero de Estado, que le aguardaba en aquel sitio, de acuerdo con el predicante, le invitó á que hiciese lo que el Rey le mandaba, pudiendo, si gustaba, usar del equívoco ó restriccion mental. «Son tan poca cosa para mí la «libertad y existencia, contestó el Padre, que no merecen la pe-«na de que para salvarlos use del disimulo, y mucho mas en ma-«teria que de suyo no lo admite.» En seguida, después de haber referido todos los actos de su vida, y de haber anunciado, con una expresion que hace todavía mas elocuente el aspecto del cadalso, todo el placer de que estaba inundada su alma, añadió: «Señor, Dios mio, calmad vuestra indignacion, y no pidais ven-«ganza de mi sangre á mi patria ni al Rey: *Domine ne statuas illis «hoc peccatum.* Perdonad al sacerdote apóstata Rowse, que me ha «vendido; á Cross, que me prendió; al obispo de Londres, que «me ha cargado de hierros; á Wade, que ha deseado mi muer-«te; á Montague, en fin, y á los testigos. ¡Ojalá pueda verlos á «todos conmigo en el cielo!» Pocos minutos después entregó su cuello al verdugo y su alma en manos del Criador, á la edad de treinta y cuatro años.

No fue este el último Jesuita que en el reinado de Jacobo I fue sentenciado á pena capital por causa de religion: la sangre de los católicos escoceses é irlandeses, que trataban de protegerse contra las invasiones del protestantismo, era derramada á torrentes;

[1] *Praefatio defensionis pro juram. fidelitatis.*

y cuando la herejía no encontraba donde derramarla, llamaba en su ayuda las leyes de Dracon, promulgadas para la libertad de conciencia. Los Jesuitas trataban con peligro de sus vidas de sostener á los Católicos de estos dos reinos, que habian pasado á ser provincias inglesas, especialmente á los de Irlanda, destinados á tolerar toda especie de vejaciones; pero no tardaron en pagar con sus vidas el testimonio de su fe. Habian suplicado al P. Ogilbay los Puritanos de Escocia, que tuviese á bien acompañarles é ir con ellos á Glascow, para dirigirlos en su resolucion de abjurar el protestantismo: mas ápenas se habia presentado en dicha ciudad, confiado en su palabra, cuando se vió entregado por ellos en poder de los oficiales del Rey. En la correspondencia del Jesuita escocés con el General de la Compañía, se leen relatados hora por hora los padecimientos é interrogatorios á que fue sometido: nosotros traducirémos únicamente algunos pasajes. Condujéronle de Glascow á Edimburgo, donde probaron de intimidarle por medio de amenazas, al par que seducirle con las mas brillantes ofertas. Pero cuando advirtieron que se mostraba insensible á unas y otras, le dijeron, segun el texto del mismo Jesuita: «Os «resistís á obedecer al Rey, ¿no es verdad?—Estoy pronto á dar «al Rey todo lo que le es debido.—El Rey ha prohibido la cele«bracion de la misa, y sin embargo os atreveis á celebrarla.— «¿Deberé obedecer al Rey antes que á Dios? Pronunciad vos mis«mo: si el Monarca la condena como un crímen, ¿por qué no ha «de querer que se le tenga por un perseguidor?—No hubiérais «debido penetrar en el reino contra la voluntad del Monarca.—El «Soberano no puede prohibirme, sin un motivo legítimo, el res«pirar el aire de mi patria; yo soy tan ciudadano como el mismo «Jacobo Estuart.—Por su seguridad personal y por la de su rei«no, le es permitido desconfiar de los Jesuitas.—Que haga lo que «su madre y los demás monarcas de Escocia sus predecesores «han hecho, y nada tendrá que temer de nosotros. ¿Qué le de«bemos mas á él que nuestros antepasados á los suyos? Si sus «abuelos le han transmitido un derecho incontestable á la coro«na, ¿por qué ha de exigirnos mas de lo que le legaron en pa«trimonio? Sus antepasados no usurparon ni poseyeron la juris«diccion espiritual, ni profesaron otra fe que la católica roma«na.» Ogilbay continúa de este modo: «Interrogáronme sobre la «conspiracion de la *Pólvora*, á lo que contesté que no solo no ala-

«baba á los autores del parricidio, sino que los detestaba.—Pe-
«ro confesaréis al menos que los Jesuitas han sido sus directores.
«—Leed las actas del concilio de Constanza, y veréis que pre-
«cisamente son los herejes los que han enseñado excesos de ese
«mismo género, mientras que los Católicos los han vituperado
«eternamente. La doctrina del inglés Wiclef asegura que los súb-
«ditos pueden sentenciar á muerte á sus soberanos. La conspira-
«cion de la *Pólvora* ha sido obra exclusiva de un número insig-
«nificante de nobles. No fue lo mismo en 17 de setiembre cuando
«tratásteis de asesinar al rey Jacobo en su mismo palacio; pues
«entonces, el mas eminente de vuestros predicantes, vuestro
«Aquiles, como si dijéramos, vuestro Roberto Bruce, que aun
«vive, y no está léjos de este sitio, escribia al padre del marqués
«de Hamilton que viniese á arrancar la corona de las sienes de
«ese rey indigno, fautor de papistas, y que contase con su ayu-
«da y con la de los suyos.»

Los Protestantes que vieron por este interrogatorio y estas respuestas colocada la cuestion en un terreno bastante resbaladizo para ellos, condenaron á Ogilbay al suplicio del insomnio. Para conseguirlo, colocaron inmediatamente á su lado los verdugos, que succediéndose sin interrupcion, é introduciéndole en la carne alfileres, agujas y estiletes, llegaron á desterrar absolutamente el sueño de sus párpados. Abatióle tanto esta tortura, que confiesa en una de sus cartas no saber apenas lo que se decia. Trasladado otra vez á Glascow, le obligaban á comparecer ante un jurado compuesto de Puritanos, en el que los magistrados le hicieron la pregunta siguiente: «Si se os desterrase, ¿volveríais á
«entrar en Escocia?—Si estuviera proscrito por un crímen, se-
«guro no volveria; pero siendo desterrado por causa de religion,
«no tendria reparo en volver á mi país. ¡Ojalá cada uno de mis
«cabellos pudiese convertir mil herejes á la religion de nuestros
«padres!» No necesitaba el jurado otras pruebas: condenóle al momento á pena capital, y el 10 de marzo de 1615 murió el Jesuita en el cadalso, de la misma edad, y con valor idéntico al del P. Tomás Garnett.

La vida de los Jesuitas era un continuo combate. Apenas restablecidos en Francia, la conspiracion de la *Pólvora* los lanzó en Inglaterra en el abismo de todos los horrores de un atentado; y en las márgenes del Adriático estalló una nueva tempestad, que

á mas de estar destinada á exterminarlos, servirá de preludio á la separacion de la república veneciana y de la Santa Sede. El protestantismo contaba con algunos secretos apoyos, tanto en el Senado, como en la nobleza y señorío. El servita Fra Paolo habia llegado á captarse la confianza del Dux y del Consejo de los Diez. Teólogo del poder, é historiador popular, que transmitia tambien, como escritor, á sus obras aquella originalidad intrépida propia del Rialto ó de los Lagunas, habia formado el proyecto de vender su patria católica á la herejía. Para preparar esta revolucion era indispensable indisponer á Venecia con Roma, y obligar á san Marcos y á la Madona á romper las hostilidades con san Pedro. Fra Paolo, que ya estaba dispuesto á todo, no queriendo sin embargo atacar á la Santa Sede sin miramiento alguno, á imitacion de Fra Fulgencio, y mas disimulado que este otro, empezó á esparcir en los corazones de los venecianos ciertas dudas relativas á su independencia religiosa, excitando desconfianzas contra las pretendidas usurpaciones de la Iglesia romana, y describiendo á los Jesuitas con la mas atrevida expresion de la ambicion papal. Sabia muy bien que cada una de sus palabras hacia un extraordinario eco en las almas de aquellos patricios, dispuestos á emprenderlo todo por conquistar una libertad contra la libertad general; y sin salir de la oscuridad, llegaba paso á paso á la realizacion de sus planes calvinistas.

Hacia ya largo tiempo que duraba este estado de cosas: Fra Paolo, sin descubrir sus planes, lisonjeaba el orgullo de los venecianos, para arrastrarlos á un conflicto con la Santa Sede. El Consejo de los *Pregadi* [1] habia expedido tres decretos que viola-

[1] En la república de Venecia habia tres Consejos principales: *El gran Consejo*, compuesto de todos los nobles, el *Pregadi* ó *Senado*, y el *Colegio*, donde eran admitidos en audiencia los embajadores. El de los *Diez*, ó sea el tribunal establecido para conocer de los crímenes de Estado, no era contado en el número de los Consejos principales.

La *Señoría* ó septemvirato compuesto del Dux y seis consejeros, obtenia de derecho la presidencia de todos ellos. En la diplomacia se daba el título de *Señoría* al Gobierno veneciano.

El Senado estaba compuesto de tres clases: los senadores ordinarios, los agregados, y los simples asistentes, cuyo número ascendia al de trescientos; y dábanle el nombre de *Pregadi* ó *Asamblea de invitados*, porque en lo antiguo no habia dias señalados para las sesiones, y únicamente se invitaba á sus miembros á que se presentasen cuando habia algun negocio que discutir. Por esto se les llamaba *Pregadi*, cuyo nombre tomó el Senado veneciano.

ban las inmunidades eclesiásticas, y aun habia entregado al brazo seglar á dos sacerdotes acusados de magia y de delitos atroces. «El papa Clemente VIII, dice el presidente de Thou en su «*Historia universal*, lib. CXXXVII, este Pontífice tan recomendable «por su sabiduría como por su moderacion, habia siempre creido deber mirar como no realizados estos actos de jurisdiccion «que sancionaba el Senado cási á su vista. Paulo V su sucesor «pensó de un modo muy distinto.»

El cardenal Alejandro de Médicis fue elevado al solio pontificio en el conclave que se celebró á la muerte de Clemente VIII; pero no habiendo reinado el nuevo Pontífice mas que veinte y nueve dias, se volvió á reunir el sagrado Colegio. Era la primera vez que un Jesuita tomaba parte en la eleccion del Jefe de la Iglesia, y esta vez primera fue designado Belarmino como el futuro Papa. «Existian á la sazon dos cardenales señalados por su virtud y su ciencia; unidos ambos por los vínculos de una estrecha amistad, y cé«lebres tambien en el mundo católico; pero que á pesar de eso parecian rechazar la dignidad que la voz del pueblo les imponia; «Baronio y Belarmino pugnaban por cuál habia de ser mas humilde, así como en sus obras parecia que pugnaban por cuál «habia de ostentar mas erudicion y talento. Contaba el primero «con el apoyo de la Alemania, y con el de la Francia el segundo; «pero á pesar de que aquel gran analista eclesiástico poseia el «afecto del Jesuita, no quiso este otorgarle su voto: encontraba «en el sacro Colegio otro cardenal mas digno á sus ojos, y cuantas veces asistió al conclave, otras tantas dió su sufragio al cardenal de la Rochefoucault, contestando á los que le interrogaban sobre el motivo de su persistencia: *Hemos jurado todos elegir «al que tenga mas mérito: por mi parte no conozco otro que le encierre «en mas alto grado que el francés; de consiguiente, al otorgarle mi voto, no hago mas que satisfacer á nuestros juramentos y á mi concien«cia.*» Como cási siempre acontece en todos los conclaves, el que ingresó en él como Papa, salió solamente cardenal; y ni Baronio ni Belarmino, largo tiempo empatados en la votacion, se vieron llamados al trono del Pescador: el 15 de mayo de 1605 ciñó la tiara el cardenal Camilo Borghese, que tomó á su promocion el nombre de Paulo V.

Apenas sentado Paulo en la cátedra de san Pedro, se ocupó en revocar los decretos promulgados por el Senado veneciano, man-

dando que fuesen trasladados al Santo Oficio los sacerdotes encarcelados; pero habiéndose resistido aquel al precepto, lanzóse su anatema pontifical contra la Señoría. Ya se lo esperaba esta así: mas aunque habia tomado en consecuencia de ello sus medidas, prohibiendo bajo las penas mas severas á todo eclesiástico seglar ó regular el recibir ni publicar rescripto alguno papal, el breve pontificio fue sin embargo fijado en la noche del 2 al 3 de mayo en las puertas de cinco iglesias.

Mas el 6 del mismo mes contestó la República al entredicho por medio de un manifiesto, en el que, después de haber declarado injusta, ilegal y sin efecto la sentencia del Papa, se mandaba á todos y cada uno de los eclesiásticos residentes en el territorio de la Señoría, que la tuviesen por no promulgada, debiendo, para conformarse á las prescripciones del Senado, no interrumpir jamás los oficios divinos, y continuar el ejercicio del ministerio pastoral.

Los que á fuerza de sordas intrigas habian llegado á crear esta situacion, se daban buena prisa en explotarla, aplicando la pena del destierro y la confiscacion de bienes á todo sacerdote y á toda Órden religiosa que rehusaba obedecer su decreto. El 10 de mayo fueron remitidos al Senado los Jesuitas, que si tenian algun crímen que reprocharse, era el de haber faltado por imprudencia en el hablar, sosteniendo las censuras pontificias con una rigidez, que la generalidad estaba muy distante de aprobar. Pero esta rigidez, en aquellas circunstancias, era inherente á ciertas ramificaciones, cuyo misterio habian ellos penetrado, y que importaba descubrir aun á riesgo de ser sumidos por la tempestad luterana, cuya aproximacion preveian. Interrogólos el dux Leonardo Donato, que acababa de suceder á Marino Grimani, lo que pensaban hacer respecto á la bula pontificia, y estos hombres, de quienes asegura Canaye de Fresne [1], embajador de Enrique IV en Venecia, «que poseian de doce á quince mil escudos de renta «en el territorio de la República,» prefiriendo el deber que su conciencia les imponia á sus intereses personales, se atrevieron á contestar que «durante el entredicho, ni celebrarian la misa, ni «predicarian, y que si el Senado se obstinaba en obligarles á «ejercer estas funciones, ellos sabrian tomar el camino del des- «tierro.»

Los exaltados del Senado, cómplices todos de Fra Paolo, no

[1] *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne*, tomo III, pág. 17.

deseaban otra cosa; y segun dice el historiador Servita [1] en una obra que imprimió en Ginebra para que llevase mas patente el sello del sectario, «partieron á las dos de la noche llevando cada «uno de ellos un Crucifijo al cuello, para indicar que Cristo se «marchaba con ellos. Presenció este espectáculo una gran con«currencia que llenaba las calles y canales inmediatos á su posa«da.» «Cuando el superior, añade, que fue el último que entró en «la góndola, imploró la bendicion del vicario patriarcal, encar«gado de tomar la posesion de su iglesia, se oyó un clamor de «todo el pueblo que estaba presente: *¡Ande in malhora!* ¡Vaya en «hora mala!»

Sordos debieron estar sin duda los Jesuitas, ó muy generoso y dispuesto á olvidar estaria su corazon, cuando no llegó á su oido aquel clamoreo tan general, como pondera el Servita, ó aquel anatema, que viene á ser el santo y seña dados por la herejía, secretamente inoculada en Venecia; pues en el relato dirigido por los mismos proscritos al General de la Compañía, no vemos mencionada en él semejante maldicion. «Á eso de las oraciones, di«cen las *Cartas anuales* [2], llegaron las góndolas, colocamos en ellas «los pocos objetos que nos permitieron llevarnos, todo á vista de «los oficiales enviados para observar nuestros movimientos. Lue«go llegó el vicario general acompañado de sus ecónomos; y des«pués de haber rezado en nuestra iglesia las letanías y demás «oraciones para obtener un feliz viaje, nos dirigimos hácia las «góndolas. Al llegar á aquel sitio, donde estaban nuestros ami«gos inundados en lágrimas al contemplar nuestra marcha, á na«die se permitió hablar con nosotros. De este modo salimos de Ve«necia distribuidos en cuatro góndolas, y rodeados de los solda«dos encargados de nuestra custodia.»

Sin embargo, el fingido grito de *¡Ande in malhora!* anotado por el servita Fra Paolo, ha sido muchas veces echado en cara á los Jesuitas como el anatema unánime de todo un pueblo católico. Admitiéndole por verdadero, aunque destituido de pruebas, verémos el sentido que el Servita le adaptaba.

[1] *Storia particolare delle cose passate tra il Summo Pontifice, etc.*, lib. II, pág. 67 (edicion de Ginebra, 1624).

[2] *Litterae annuae Societatis Jesu, annis* 1606, 1607 *et* 1608, *datae more ex Provinciis ad R. P. Generalem Praepositum, ejusdemque auctoritate typis expressae.* (Moguntiae, 1618).

El ejemplo que habian dado los Jesuitas, prefiriendo el destierro á desobedecer á la Santa Sede, fue seguido al instante por los Teatinos, los Capuchinos y Mínimos: Vendurmino, patriarca de Venecia, se habia retirado á la ciudad de Padua; el patriarca de Aquileya se ocupaba en proclamar los derechos de la Silla apostólica, y otros varios sacerdotes sacrificaban del mismo modo su fortuna y su patria á un deber de conciencia; era, pues, preciso contener este impulso que habian comunicado los Padres del Instituto. En la Venecia de aquella época, jamás llegaba á extinguirse una calumnia; los años mismos, que hubieran debido borrar hasta su memoria, la prestaban una nueva vida en el instante en que necesitaba de ella la República para fortificar sus sospechas, ó para dar cierto colorido á sus injusticias gubernamentales; y como el Senado habia visto que los Jesuitas habian aceptado el destierro, trató de hacer odiosa su adhesion á la Iglesia, haciendo publicar que la Compañía era la que habia irritado á Paulo V contra el Senado. No contenta con proscribir á los discípulos de Loyola, trataba de ultrajarlos en su sacerdocio. Hé aquí cómo se expresa de Thou en su *Historia universal,* l. XXXVIII: « Después de su retirada, mandó el Senado proceder jurídicamente contra ellos, declarando en seguida el Consejo de los Diez, « que se habian quejado varios padres de familia y varios maridos, « de que no hallaban en sus hijos ni en sus esposas el respeto y « la ternura que tenian derecho á esperar, porque los Jesuitas habian insinuado á aquellas almas débiles que sus maridos ó padres estaban excomulgados; que habian interceptado la cartas « de cierto Jesuita al Papa, en las que le participaba que en solo « la ciudad de Venecia existian mas de trescientos jóvenes prontos á ejecutar cuanto el Papa dispusiese; y que por fin, el Senado habia descubierto que estos religiosos se servian del tribunal « de la penitencia para penetrar los secretos de las familias, y las « facultades y disposiciones de los particulares, informándose por « el mismo medio de los secretos, recursos y fuerzas del Estado; « de lo cual remitian cada seis meses al General una memoria redactada por sus provinciales ó visitadores; que luego de su partida de Bérgamo y de Padua, se habian encontrado en sus aposentos algunas cartas que no habian tenido tiempo de quemar, « las cuales justificaban demasiado los reproches que se les hacian. »

Este expediente era el mejor medio para hacer perder la popularidad al mejor ciudadano, ó á la Órden religiosa mas apreciada. Fra Paolo, que conocia á fondo sus compatriotas, echó mano de su pasion al secreto, y de aquella inquietud eterna que formaba el fondo de su política. Alarmado el Pregadi con esas revelaciones, que á mas de no confirmarse, se destruyen por su misma naturaleza, y guiado en su encono por algunos hábiles intrigantes, se encarnizó contra los Jesuitas persiguiéndolos continuamente, y publicando un decreto en 14 de junio de 1606, por el que los extrañaba perpetuamente del territorio de la República; ordenaba que jamás fuesen admitidos en ella, sino mediante el consentimiento de todo el Senado; y declaraba además, que antes de pasar á deliberar acerca de su nuevo llamamiento, se leerian en presencia del Consejo de los Diez, y de doscientos y treinta senadores, los cargos y los documentos de prueba, siendo despues indispensable, que de seis individuos del Senado votasen los cinco su restablecimiento.

El 18 de agosto publicó el Consejo de los Diez un nuevo decreto, por el que se prohibia á todas y cualesquiera personas, de cualquiera clase y condicion que fuesen, bajo pena de galeras, de destierro ó multa, el recibir cartas de Jesuita alguno, intimando además á los habitantes de la ciudad que comunicasen al Senado las que les fuesen dirigidas. Estas precauciones no parecieron aun suficientes para tranquilizar á los hombres que trataban de desprender á la ciudad de Venecia de la comunion romana. Habia decretado el Senado, que los bienes de los proscritos serian desde luego invertidos en obras pias; decreto que no obstó á que se conservasen intactos los de la Compañía, merced á la vigilancia que empleó Enrique IV, que se habia declarado su protector. Fra Fulgencio no aguardó, sin embargo, á que se verificase la particion anunciada por la Señoría: enemigo irreconciliable del Instituto, no tardó en zanjar la cuestion á la manera de los demás protestantes, apoderándose *auctoritate qua fungebatur*, de la casa profesa de los Jesuitas, sentándose como vencedor en los despojos del vencido. Indignóse al observar este rasgo de rapacidad el cardenal de Joyeuse, mediador en nombre de Enrique IV entre Roma y la República, y escribió al Monarca francés con fecha 3 de mayo de 1607 [1] lo siguiente: «Representé á los senado-

[1] *Manuscritos de la real biblioteca: Harlay*, 1013.

«res reunidos en colegio, habiéndome presentado para despe-
«dirme de la República, que semejante conducta podria ofender
«gravemente al Pontífice, quien no dejaria de imputar á un es-
«píritu de venganza el que domiciliasen á un sugeto que pasaba
«por hereje en una morada de donde acababan de expulsar á
«una Órden de tan distinguido mérito, pudiendo esto dar márgen
«á nuevos sinsabores. Á lo que me contestaron, que no solo Fra
«Fulgencio se habia introducido en ella sin su consentimiento,
«sino que habia sido contra su intencion, como podian acreditar-
«lo con el hecho de haberle intimado que la desocupase cuanto
«antes.»

Si la Santa Sede hubiese llegado á sospechar que la conspiracion tramada en Inglaterra y Ginebra con el objeto de protestantizar á Venecia, no hubiera suministrado realmente un pretexto de irritacion, no habria consentido la expulsion de los Jesuitas, expulsion que dejaba el campo libre á los sectarios. Los hijos de Ignacio habian sido expulsados el 10 de mayo de 1606, y el 11 de julio del mismo año designaba el embajador francés al ministro de Enrique IV, Villeroi, las disposiciones hostiles que observaba en Venecia, expresándose en los términos siguientes: «Ya
«se predican libremente en esta en todas las fiestas y por todos
«los barrios de la ciudad las nulidades y abusos de la excomu-
«nion; ya este populacho ha dado en mirar al Papa como enemi-
«go de su salvacion, que prefiere arrancar de sus almas la fe
«cristiana, á limitar su ambicion y su sed de atesorar; ya está
«por tierra la autoridad de los inquisidores, y los libreros hacen
«venir con entera libertad todos aquellos libros que impugnan el
«pontificado: ¡Dios sabe el efecto que esto producirá en los es-
«píritus italianos [1]!»

Seducido el Dux por el servita Fra Paolo, que le dirigia, dejaba penetrar con pretexto de libertad las calumnias de los herejes y las obras en que el protestantismo ponia sus doctrinas á disposicion de la República. Pero esto no bastaba todavía; los venecianos no abrigaban en sus corazones inclinacion alguna hácia Lutero y Calvino, antes bien era en ellos una necesidad la religion católica en todas sus solemnidades: estaban dispuestos á ultrajar al Papa como soberano temporal; pero su piadosa imaginacion se resistia á atacarle como jefe supremo de la Iglesia. Al pié

[1] *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne,* tomo I, pág. 79.

del púlpito, donde los teólogos partidarios de Fra Paolo y de Fra Fulgencio se ocupaban en declamar contra la Santa Sede, exclamaban horrorizados contra el predicante: *¡Ande in malhora!* llenos de una indignacion que todo el pueblo participaba. Para enconar mas la querella, creyeron deber buscar, en una guerra contra Roma, una ocasion de ruptura: para conseguirlo, se armaron ambas partes; y mientras esperaban la hora del combate, disertaron hasta lo infinito. El Pregadi contaba entre sus partidarios á los dos servitas, Fra Fulgencio y Fra Paolo, á los franciscanos Bonicelli, Giordano y Capello, y al elocuente observante Juan Marsilio, quienes, habiéndose insurreccionado contra la autoridad del Pontífice, debian necesariamente hallar un apoyo en todos aquellos á quienes incomodaba el yugo de semejante dominio. Los Jesuitas no estaban allí para defender al jefe de la cristiandad; pero el talento de Belarmino bastó para suplir al número: en sus escritos, cási tan ignorados hoy como los de su antagonista Marsilio, trató de vindicar á la Santa Sede de los ultrajes y calumnias, y en efecto lo consiguió. Estas discusiones semiteológicas y semipolíticas, resonando á lo léjos, habian llegado á poner en alarma á la Europa entera, que, en el fondo de tantos altercados, presenciaba el desarrollo de un cierto principio de independencia. Alarmado Enrique IV, se propuso pacificar la guerra que ya estaba próxima á estallar. Pero tenian otros proyectos los Protestantes. «El embajador de Inglaterra, decia de Fresne «en su correspondencia de 18 de agosto de 1606 [1], hace cuanto «puede por fomentar las disidencias que nuestro amo trata de ar«reglar, y aun se cree que hace grandes ofertas á esta República, «en caso de que persista en mostrarse irreconciliable con Su San«tidad, haciéndole una guerra á muerte; alegando además que las «fuerzas de su amo, y de sus amigos los príncipes protestantes, «bastan y aun sobran para arruinar al Papa y á todos sus partida«rios.»

Enrique IV, al ofrecer su mediacion, habia deseado manifestar al sumo Pontífice toda la sinceridad de su regreso á la fe católica, al paso que dar un público testimonio de su afecto á la Compañía de Jesús. Sus embajadores en Roma y en Venecia, especialmente el cardenal de Joyeuse encargado por él de esta negociacion, y el cardenal Du Perron, debian obtener á toda costa el

[1] *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne*, tomo III, pág. 170.

restablecimiento de la Compañía de Jesús en el territorio de la República, porque á los ojos del Monarca era esta una reparacion y una garantía contra las usurpaciones de los herejes. El Senado y el Dux se mostraron favorablemente dispuestos á la conclusion de la paz, aunque rehusaban, por algunas razones secretas, suscribir á la demanda de Enrique y á la de Paulo V. El Consejo de los Diez, conviniendo en todos los otros artículos, solo se mostraba inflexible al tratarse el asunto de la Sociedad de Jesús.

Enrique y Paulo V no cejaban en la idea del restablecimiento de la Compañía; pero viendo el primero que el Dux se resistia, le exigió por medio de su embajador participacion de los cargos que pesaban sobre la Órden; á cuya exigencia contestó de Fresne, escribiendo á Villeroi en estos términos: «Imposible me ha «sido de todo punto el ver las informaciones que se han hecho «contra los Jesuitas; pero un senador me ha proporcionado la «copia de una carta que va en este paquete, de una mujer de esta «ciudad que escribia á su marido, y cuyo original ha conserva«do, pretendiendo deducir de su contenido que trataron de su«blevar al pueblo, persuadiéndole que no fuese á la iglesia, y que «se condenaria si obedecía al Senado [1].»

Para un príncipe que acababa de atravesar todas las peripecias de la Liga, debió parecer sin duda muy poco concluyente una imputacion lanzada en términos tan vagos. Encargó Enrique al Embajador que se instase con mayor ahinco al Dux, estrechándole á que diese una respuesta mas decisiva; hízolo así, en efecto, y al dar cuenta de su comision con fecha del 4 de noviembre, se expresó de este modo: «El príncipe me ha contestado que si «en la generalidad de los religiosos cuyo restablecimiento exige «el Papa, se entendian comprendidos los Jesuitas, desde luego «me hacia saber que estos habian sido extrañados perpetuamen«te por un decreto del Senado, fundado en tan sólidas razones, «que tenia por imposible su revocacion. Alegué todos los moti«vos que pudo sugerirme el afecto con que S. M. honra á los Je«suitas, y los grandes servicios que han prestado y prestan dia«riamente á la Iglesia; y concluyendo que valia mas castigar á «los que resultasen culpables ó convictos de haber hecho ó dicho «alguna cosa contra la República, sin infamar á una Órden ente«ra, admitida en la cristiandad y aun por todo el mundo, y en la

[1] *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne,* tomo III, pág. 186.

«que el número de los inocentes debia ser incomparablemente «mayor que el de los culpables. Añadí además, que si bien no «tenia instrucciones expresas de mi Soberano para arrogarme la «defensa de los Jesuitas, podia afirmar, sin embargo, que mi au«gusto amo profesa tal afecto á dichos Padres, que difícilmente ac«cederia á que fuesen los únicos excluidos de esta reconciliacion; «y que léjos de alegrarse de ella, tendria con todo el resto del «cristianismo motivos para lamentar y quejarse de la severidad «de un Senado, por otra parte tan amigo de la justicia; pudien«do sostener que es inmerecida dicha severidad mientras se apo«ye en causas no conocidas.»

La Señoría de Venecia persistia en su repulsa, mientras que el Papa exigia como condicion primaria el restablecimiento de los Jesuitas, ya que por su causa se habian comprometido; pero el General de la Compañía, que hasta entonces habia permanecido neutral, juzgó oportuno intervenir en el negocio. Aquaviva, que vió las inmensas dificultades que se habian suscitado, no queriendo poner con el triunfo de su Órden un obstáculo eterno á la reconciliacion, suplicó al Pontífice, por medio del cardenal de Joyeuse, que se dignase renunciar á este artículo. Mas Paulo V, que era amante de la justicia, no consintió en adherirse á los deseos de aquel, hasta que estrechados de nuevo los venecianos explicasen los motivos ocultos de su obstinacion. El cardenal de Joyeuse, que estaba destinado á reconciliarlos con la Iglesia, revocando el entredicho, hizo todos los esfuerzos posibles para obtener este resultado; y en una memoria inédita dió cuenta á su soberano Enrique IV de la entrevista que tuvo con el Senado y el Dux, expresándose de este modo:

«Al hablarles de lo que restaba resolver, empecé con la ma«yor vehemencia por el asunto de los Jesuitas, asegurando que «el Papa me habia manifestado varias veces que romperia por to«do, antes que ceder en este punto; no ya en consideracion á los «Jesuitas, sino para poder contestar á los que le decian, que «abandonando este negocio, rebajaba la dignidad de la Santa «Sede.

«Cuando yo respondia á Su Santidad, les dije, que los Jesui«tas no habian sido expulsados por razon del entredicho, sino por «otras causas particulares, me replicó que todo el mundo veia y «creia su expulsion motivada en el entredicho; que muy pocos

«eran los que sabian esos pretendidos motivos, y que aun los que «los supiesen no les darian asenso.

«Añadí, que si llegaban á romper el tratado con respecto á este «artículo, tendrian contra sí el terrible fallo de todos los príncipes «de la cristiandad, los cuales no dejarian de inculparlos y vitupe-«rarlos; que la paz hecha sin este requisito vendria á ser un fan-«tasma de paz, una paz en apariencia, pero que en realidad se «convertiria en una guerra mas encarnizada que antes; que sus «embajadores no encontrarian á su llegada á Roma mas que tris-«teza y aversion, y el espíritu del Pontífice se hallaria agitado «por las enérgicas recriminaciones que le lanzarian todos los dias; «por último, que se engañaban si estaban persuadidos de poder «siempre llegar á tiempo, porque lo que ahora se les admitia co-«mo á oro, después no se les admitiria siquiera como á plomo.»

Avistáronse á la mañana siguiente Mocenigo y Badocro con el cardenal de Joyeuse, y le participaron á nombre del Senado «que «sus razones habian producido un gran resultado, y habian dis-«puesto en su favor á los miembros del Colegio; pero que encon-«traban tan difícil el hacer que el Pregadi adoptase su dictámen, «como transportar con sus manos la torre de San Marcos; y que «hallándose ligados, como lo estaban, con unas leyes en extre-«mo rígidas, por la sola forma de deliberar sobre esta materia, «les parecia que era sinónimo de haber lanzado al mar una pie-«dra, la que se hace imposible de recobrar.»

Esta piedra fue hallada no obstante por Enrique IV. Vamos ahora á profundizar el verdadero objeto de las hostilidades tan perseverantes del Dux, y de los partidarios de Fra Paolo Sarpi. Vamos á aclarar ahora el verdadero objeto de las no interrumpidas hostilidades del Dux, y de los partidarios de Fra Paolo. El 21 de abril de 1607 la república de Venecia se reconcilió con la Santa Sede; y el pueblo agrupándose en derredor del Legado para obtener la absolucion pontificia, se deshacia en transportes de júbilo. Al propio tiempo los cabecillas del protestantismo se ocupaban en anudar las tramas que acababa de romper el tratado de paz; tramas que, al mismo tiempo que suministraban la clave del encarnizamiento con que odiaban á los Jesuitas algunos individuos del Senado, servian para demostrar cuán sincera habia sido la conversion de Enrique IV. Verdad es que hasta ahora se han encontrado historiadores, que han puesto en duda la buena fe del

monarca francés respecto á su conversion, ó que, apoyados en vagas aserciones, han opinado que el vencedor de la Liga se habia quedado tan calvinista como antes; llegando otros hasta asegurar que, si la muerte no hubiese tan temprano cortado el hilo de sus dias, hubiera legado al mundo el escándalo de una apostasía; y no han faltado tambien algunos católicos que han sostenido esta opinion, que respira por todos sus poros la antigua levadura de la Liga. Pero los Protestantes han sido, sin embargo, mas equitativos, puesto que por boca del mismo Schœll han dado un testimonio que honra á las dos religiones: «Cualesquiera que «fuesen, dice [1], los motivos que en su orígen impulsaron á En«rique IV á abjurar el culto reformado, al cual se habia mostra«do tan adicto, su posterior conducta nos prueba hasta la eviden«cia, que habiendo llegado á convencerse de la santidad del que «abrazaba, fue católico de corazon y de alma hasta el instante de «su muerte.»

Tan distante estaba Enrique de ser calvinista, y conocia tan perfectamente los peligros que del calvinismo se originaban á la cristiandad y á la monarquía, que trató desde luego de oponerse á sus progresos con toda la fuerza de su política. Nunca habia podido comprender la obstinacion de Venecia en el asunto del destierro de los Jesuitas; pero una vez se le manifestó la causa de esta obstinacion, la echó en cara al Señorío.

Los proyectos de Fra Paolo y Fra Fulgencio habian abortado. Los herejes, ocultos en las orillas del Adriático, se habian lisonjeado de que, rehusando acceder á los deseos del Papa y del monarca francés en lo concerniente á los Jesuitas, conservarian largo tiempo las rivalidades, y que acalorando cada vez mas los ánimos, llegarian á conseguir la separacion tan deseada. La prudencia de Aquaviva desbarató este complot; aunque sin humillar del todo la arrogancia de los que le habian tramado. Como los Jesuitas no estaban ya en el territorio de Venecia para combatir á la herejía, esta, propagada por ambos Servitas que estaban siempre en relacion con los Calvinistas ginebrinos y anglicanos, no tardó en levantar la cabeza, y después de haber ganado para sí al dux Donato y á varios de los senadores, aguardó la hora propicia de aclimatarse en el país [2]. Iba ya á sonar esta hora por los años

[1] Schœll, *Curso de historia de los Estados europeos,* tomo 17, pág. 152.

[2] El conde Daru menciona estos hechos en su *Historia de la república de*

de 1609, cuando previniendo el golpe lanzado á la religion católica el rey Enrique IV, que seguia con una mirada atenta los manejos de los Hugonotes, llegó á fuerza de vigilancia á interceptar su correspondencia; y orientado por ella en las intrigas que el protestantismo trataba de ocultar á su perspicacia, se apresuró, como católico celoso, á remitir estos documentos á su embajador Champigny, quien con fecha 15 de setiembre del mismo año, le transmitió los resultados de su mision, diciéndole:

«Señor, las secretas cábalas, de las cuales hace ya tiempo que «tenia noticia, se han manifestado con toda evidencia por medio «de la carta cuya copia se dignó remitirme V. M., y que llegó á «mis manos en un tiempo en que calmadas las partes y no tenien-«do ya cosa alguna sobre que discutir, empezaban á mirarse con «mejor intencion, y podian tambien mirar con mas tranquilidad «el peligro á que acababan cási de sustraerse, y en el que, no «obstante, seria fácil que volviesen á caer si los remedios no hu-«biesen tenido la virtud de penetrar hasta el fondo del mal.

«Antes de comunicar á nadie dichas cartas, me ha parecido «conveniente suprimir cierta cláusula demasiado picante, diri-«gida particularmente á la persona del Dux, por no exasperar

Venecia, aunque no pasa á darles crédito, por parecerle extraordinaria semejante profesion de fe en un sugeto revestido del hábito religioso.

Sin embargo, religiosos fueron ó sacerdotes un Lutero, un Zwinglio, Calvino, Bucero, Carlostadio, Cranmer, Viret, Pedro Mártir y varios otros de sus colegas, creadores del protestantismo. Por mas que el historiador ponga en duda los hechos que refiere, prueban su autenticidad los despachos diplomáticos de Champigny. «Habiendo sido enviado á Venecia en 1609 un agente del elector «palatino, con el objeto de negociar en ella en favor de los príncipes protes-«tantes, hizo extraños descubrimientos, de que dió cuenta en sus partes. Lla-«mábase el enviado Juan Bautista Linkh, quien habiendo hecho conocimiento «con un cierto abogado veneciano llamado Pessenti, y observando este que en «sus entrevistas confidenciales elogiaba Pessenti los reglamentos de los prín-«cipes alemanes, especialmente los de los Protestantes, le confió que existia «en Venecia una asociacion secreta, compuesta de mas de mil personas, dis-«puestas todas á enajenarse de la corte romana; que este número iba cada vez «mas en aumento; que se contaban en él mas de trescientos patricios de las «familias mas distinguidas, y que esta sociedad estaba dirigida por los servi-«tas Fra Paolo Sarpi y su colega Fra Fulgencio.

«Linkh se dirigió al enviado de Inglaterra para saber si esto era así, y ha-«biéndoselo confirmado este último, se encaminaron juntos á visitar á los dos «Servitas. Después de haber cumplimentado á Sarpi, porque su fama habia lle-«gado mas allá de los Alpes, le manifestaron desear que Dios se dignase ben-

«irreconciliablemente á tan poderoso adversario, como por no «dar á otros motivo para quererse cubrir bajo la égida ducal, y «á todos un pretexto para difundir algun rumor de consecuen- «cia, que podria hacer nuestros buenos oficios menos agradables «á la República.

«Y como en estas cartas se hacia dos veces mencion de los Je- «suitas, me pareció conveniente, para eliminar hasta la mas le- «ve sombra de recelo, sobre si esto seria quizás un manejo di- «plomático para darlas valor, cercenar la primera cláusula, que «aunque hablaba de ellos, no era sin embargo muy necesaria.

«Hecho esto, y traducidas las cartas al italiano, empecé por «medio de un antiguo servidor de V. M., por exhibírselas á un «procurador de San Marcos, cuya adhesion á nuestra causa me «era bien conocida, el cual se quedó maravillosamente asombra- «do al saber tal noticia... Hízome observar que durante la Cua- «resma le habian participado dos capuchinos la existencia de es- «te ministro de Ginebra residente en la ciudad, el cual se habia «presentado á Fra Paolo con una esquela del embajador de In- «glaterra, y que si bien entonces no lo habia creido, ahora des- «cubria la verdad del hecho. Añadióme ser muy conveniente co-

«decir sus esfuerzos, á lo que contestó Sarpi que se lisonjeaba infinito al saber «que su nombre se habia divulgado entre los primeros hombres que habian «abierto los ojos á la verdadera luz. Luego empezó á explicarse respecto á lo «discordes que se hallaban los teólogos, especialmente en lo respectivo al sen- «tido de estas palabras: *Hoc est corpus meum;* y habiéndole preguntado Linkh «con qué medios contaba para llevar á cabo su obra, añadió que eso era me- «nester dejarlo en manos de Dios; que seria de desear que la Reforma fuese «primeramente establecida en las provincias alemanas confinantes con el ter- «ritorio veneciano, especialmente en la Carintia y la Carniola, una vez que «estaban situadas entre la Istria y el Friuli; que importaba mucho que los «príncipes protestantes conservasen relaciones mas íntimas con la República; «que mantuviesen constantemente en ella varios agentes, y que estos ejercie- «sen las funciones de su culto, porque las declamaciones de los ministros pro- «ducirian un buen efecto, al paso que abririan los ojos de aquel pueblo que no «distinguia entre Luteranos y Mahometanos. Años atrás, continuaba Sarpi, «no se consideraban en esta como cristianos á los hijos de la antigua Albion; «pero desde que tienen constantemente un embajador, se ha cobrado otra idea «muy diferente de su religion. Á mas de que no se han apaciguado de tal modo «las enemistades entre Roma y Venecia, que no hayan quedado algunos re- «sentimientos de que seria fácil aprovecharse: por último, añadia, que se «admiraba en gran manera del gran favor que Enrique dispensaba á los Je- «suitas.»

«municar este negocio á los inquisidores del Estado; que todavía «existian tres católicos rancios á quienes debia dirigirme, y se em«peñó encarecidamente en que comunicase estas notas al Cole«gio, diciéndome que seria el mayor beneficio que V. M. podia «hacer á la República.

«Al dia siguiente, después de haberme avistado con otro pro«curador de San Marcos, me dijo este que no tendria reposo al«guno hasta que el referido asunto fuese publicado y comunica«do al Colegio; que estaba convencido de que algunos senadores «no tomarian muy á bien esta noticia; pero que la mayor parte «de ellos tratarian de aprovecharse de ella.

«El 12 del actual fuí admitido á la audiencia, á la cual no asis«tió el Dux por hallarse indispuesto. Cuando me tocó el uso de «la palabra, dije, entre otras cosas, que contando V. M. con la «buena intencion del Señorío, se habia prometido siempre que «no sucederia aquí cosa alguna capaz de interesar al bienestar «de su reino, sin que al momento se la participasen con toda «sencillez, persuadido de que semejantes comunicaciones eran «un deber de la amistad: que un príncipe, no solo con su propia «prevision, sino tambien con los sabios y diligentes avisos de «sus amigos, como con otros tantos ojos vigilantes, llegaba á des«cubrir toda especie de arcanos, y á poner un remedio oportuno «y á sazon, á toda clase de enfermedades sociales; que esto ve«nia á ser tanto mas necesario entre amigos, cuanto que así co«mo siempre se trata de ocultar con toda sagacidad los asuntos «á los que les tocan mas de cerca, así tambien muchas veces su«cede que es el último á descubrir la verdad quien debiera sa«berla el primero.

«Advertíles que no queriendo V. M. faltar por su parte á cuan«to se habia prometido del Señorío, y habiendo llegado á descu«brir por medio de ciertas cartas escritas desde Ginebra por un «ministro de aquel país á otro ministro francés, una intriga se«creta que se tramaba en Venecia con perjuicio de la religion ca«tólica y de la feliz tranquilidad de esta República, me habia en«viado copia, cuya lectura podria declarar mejor que mis pala«bras lo que se trataba; que aun cuando V. M. no podia creer lo «que en ella se decia de la nobleza veneciana, las transmitia, sin «embargo, escritas en estos términos, porque, sabiendo bien por quién estaban trazadas y á quién iban dirigidas, podia respon-

«der de su autenticidad; por último, que yo las habia traducido «por mí mismo al italiano palabra por palabra.

«En seguida puse en manos del protonotario del Colegio to-«das las copias, y en tanto que este las leyó en alta voz, pude ob-«servar una gran emocion en los semblantes de la mayor parte «de aquellos señores.

«Y tomando el vicedux la palabra, después de haberme escu-«chado con gran atencion, se extendió cuanto pudo en su discur-«so respecto á las grandes pruebas que V. M. habia dado siempre «á la República de su franca y leal amistad; añadiendo, que este «noble y señalado servicio que acababa de prestarles en nombre «de V. M., les obligaria, no solo á ellos, sino tambien á sus des-«cendientes, á conservar un eterno recuerdo; que las aprecia-«ban de todo su corazon, y daban á V. M. las mas afectuosas gra-«cias; y esperaban de la bondad de Dios que se dignaria conser-«varlos en su primitiva religion; concluyendo con asegurarme, «que á la mayor brevedad presentarian al Senado este negocio.

«Jamás servicio alguno fue mejor recibido del Pregadi: cual-«quiera hubiese dicho al observar el consentimiento, ó por me-«jor expresarme, la cási universal aclamacion de este cuerpo, «que V. M., Señor, habia sobrepujado el colmo de todas las obli-«gaciones que le debia la República. Todos reconocian agrade-«cidos que V. M. les habia proporcionado el reposo, y dádoles «la paz por medio del tratado; pero que á pesar de eso, reputa-«ban aun mayor este último servicio. Concordes tres senadores «me lo han contado en los propios términos, manifestándome que «en todo el Senado no se oia otra cosa mas que bendiciones á «V. M., acompañadas de una firme resolucion de poner un coto «á semejantes manejos, y de consolidar enteramente la religion «de sus mayores; añadiendo, que si algunos estaban interesados «en sentido contrario, la parte mas sana sabria adoptar los me-«dios conducentes. Han tomado además cierta medida secreta, «haciéndoles jurar á todos los asistentes de no revelarla... Creo «que tratan de descubrir los sugetos que trataron con el referido «ministro mientras estuvo aquí; y la prueba de ello es, que el je-«fe del Consejo de los Diez me ha remitido algunos de los indivi-«duos de aquel cuerpo, con el objeto de pedirme con muchas «instancias que les declarase si habia algunos nombres en las in-«dicadas cartas.

«En suma, puedo asegurar á V. M. que esta accion le ha gran-«jeado mas gloria, y ha hecho mas bien á la Religion y á la tran-«quilidad de este Estado, que el que nadie hubiera osado prome-«terse; y cuando el Pontífice sepa la verdad entera, no podrá «menos de convenir en que después de Dios, debe á V. M. el «restablecimiento de su autoridad en un paraje tan importante.»

En este complot se halla contenida la causa del destierro de la Sociedad de Jesús, que habia llegado á ser el coco del calvinismo: antes de levantar la cabeza en las márgenes del Adriático, se habia propuesto abismar á los Jesuitas, sus formidables antagonistas, y lo llegó á conseguir; pero si pudo lisonjearse de haber realizado su obra, contando con la opinion de Enrique IV; este no tardó en demostrarles que sabia desbaratar sus planes. Como las proscripciones á perpetuidad son revisadas siempre por las generaciones sucesivas, los Jesuitas fueron otra vez restablecidos en Venecia cincuenta y un años después del decreto de ostracismo perpetuo, sancionado en 1606. Habíase ya extinguido hasta el recuerdo del calvinismo; Fra Paolo y su colega Fra Fulgencio se habian hundido en la tumba, y ya no quedaban mas que católicos en el territorio de la República.

No satisfecho Enrique con proteger á los hijos de Loyola residentes en su reino, los sostenia en el exterior, y solo anhelaba la propagacion de su Instituto. Con aquella activa prudencia que siempre desplegó en el trono, se le veia continuamente ocupado en engrandecerla, porque esto era á sus ojos sinónimo de otorgar á la educacion una preeminencia indispensable. Mucho habia hecho ya por la Compañía, pero entraba en sus cálculos el exceder á su misma voluntad. La sexta congregacion general, que se celebró en Roma durante estos incidentes, probó hasta la evidencia que el Monarca francés ni era injusto ni ingrato para con la Sociedad. El 21 de febrero de 1608 dió principio á sus sesiones por órden de Aquaviva una nueva asamblea de profesos, cuyo número ascendia al de sesenta y cuatro, la cual promulgó cuarenta y siete decretos. El primero, que concierne á la Francia, se reduce á cumplir una deuda de gratitud que la Órden entera tenia para con esta nacion, y una esperanza que manifiesta. Después que leyó Aquaviva, en presencia de los individuos que componian la congregacion, la carta que le habia remitido Enrique, decretaron por unanimidad que se nombrase un quinto asistente,

con el encargo de representar á las provincias francesas, siendo elegido el P. Luis Richeome. El papa Paulo V habia exigido que fuesen sometidos los asistentes á una eleccion extraordinaria; y queriendo la congregacion darle una nueva prueba de su obediencia, despues que hubo tomado las medidas que hacian indispensable la turbulencia de algunos genios díscolos, y los descontentos individuales nacidos del contacto de tantas divisiones, eligió á los PP. Mucio Vitelleschi, Fernando Alberns, Nicolás de Almazan y Antonio Mascareñas para las asistencias de Italia, Alemania, España y Portugal, cerrando en seguida sus sesiones, y separándose sus individuos en 23 de marzo de 1608.

Ya habia llegado Aquaviva á consolidar su poder; no le restaba ya mas que disfrutar en paz de los resultados de sus esfuerzos, cuando se vió agitada la Sociedad por nuevos disturbios. En medio de las continuas dificultades que habian ocupado su generalato, no se olvidaba Claudio de la gratitud que los Jesuitas debian á los fundadores de su Órden; pensamiento á que tambien se asociaba la Santa Sede, proyectando la canonizacion de Loyola y de Francisco Javier. Aun no hacia sesenta años que habian fallecido estos dos hombres, y la grandeza de sus obras y la multitud de sus milagros estaban ya tan justificados, que, renunciando la Iglesia á su habitual lentitud, ansiaba ofrecer á la piedad de los fieles el culto de estos dos Santos, que tan eminentes servicios le habian prestado. Todos los príncipes de la Europa unen sus instancias á las de la Compañía, pidiendo unánimes la canonizacion de ambos Jesuitas. Intervino como los demás Enrique, y remitió al soberano Pontífice en el mes de julio de 1609 una carta autógrafa, concebida en estos términos:

«Santísimo Padre: Como siempre hemos creido ser un deber «propio de un rey cristianísimo, hijo mayor y el mas querido de «la Iglesia, el cuidar de la memoria de aquellos ministros suyos «que, no solamente se consagraron, por medio de sus buenas «obras, vida ejemplar y singular devocion, á promover la gloria «de Dios, sino que aun despues de su muerte recibieron las gra«cias y la recompensa de la bondad divina, á quien sirvieron con «santas y religiosas acciones durante el curso de su vida mortal; «impulsados por un santo deseo de piedad, hemos escrito ante«riormente á Vuestra Santidad en favor de la canonizacion de los «bienaventurados PP. Ignacio de Loyola y Francisco Javier, fun-

«dador aquel de la Sociedad, y denominado el segundo el Após-«tol de las Indias. Al saber ahora que se halla próximo á termi-«narse el proceso acostumbrado en semejantes casos, no he-«mos podido recusarnos, atendido el conocimiento que tene-«mos de los méritos de ambos Padres, á la recomendacion que «hacemos á Vuestra Santidad por medio de este escrito, supli-«cándole se sirva dar la última mano á este negocio; y dado ca-«so de que llegase á faltar algun requisito para la perfeccion de «tan buena obra, esperamos se dignará suplirlo Vuestra Santidad «por medio de su bondad y prudencia, en consideracion al con-«suelo que deberán recibir las almas piadosas, y á la utilidad que «han reportado y reportan diariamente los que hacen profesion «de observar las reglas de la Órden fundada por aquellos. He-«mos mandado al señor de Breves, nuestro embajador, que ha-«ga todas las instancias posibles cerca de Vuestra Santidad: en «lo demás, nos remitimos á él, y rogamos á Dios que os tenga «en su santa guarda.»

El príncipe bearnés no estaba destinado á presenciar la consumacion de la obra que tan encarecidamente recomendaba: el puñal de un fanático fue clavado en su seno el 14 de mayo de 1610. El asesino Ravaillac creyó obrar por espíritu de religion, asesinando á uno de los monarcas mas religiosos de su siglo, al hombre cuyas virtudes y debilidades estaban marcadas con el carácter francés, y cuyos vastos proyectos iban á dar á su país la preponderancia en Europa. El honor de la humanidad exigia que semejante crímen se imputase únicamente á una imaginacion delirante; mas el Parlamento y la universidad no tardaron en hacerse de este crímen un arma ofensiva contra los Padres, objeto constante de su odio ó de sus celos. Enrique IV, segun una de sus expresiones, habia amado á diestro y siniestro á los Jesuitas, á la manera que amaba á Sully, á Crillon, á Jeannin, á de Ossat, á Lesdiguières, á Du Perron, á Villeroi y Mornay, sus compañeros de armas ó sus ministros, y á todos los que por su valor, diplomacia, ó una prudente administracion, cooperaban á la gloria y prosperidad de su reino. El Rey, conociendo que era poderoso, queria ser respetado: desde 1603 hasta su muerte habia reducido al silencio el encono del Parlamento y de la universidad, logrando tenerlos á raya; pero luego de haber derramado algunas lágrimas sobre aquella tumba fatalmente abierta, ya trataron de aprovecharse

del atentado de Ravaillac para romper los diques de su venganza largo tiempo reprimida.

En tanto que los PP. Ignacio Armand y Coton, acompañados de algunos otros Jesuitas se dirigian, en cumplimiento de la voluntad expresa de Enrique, á depositar en la casa de La Flecha el corazon real que acababa de poner en sus manos el príncipe de Conti, empezó á divulgarse la hablilla de que Ravaillac estaba de acuerdo con ellos. El asesino habia conversado seis meses hacia con el P. Aubigny, y esto habia sucedido una vez sola y en la iglesia de la casa profesa; y aunque habia declarado en medio de las torturas que á nadie habia comunicado su proyecto regicida, no fueron menester otras pruebas para que el Parlamento pudiese dar consistencia á sus sospechas. Ravaillac conocia al Padre Aubigny, y por consiguiente debia haber leido la obra de Mariana, *De rege et regis institutione*. QUID ADHUC EGEMUS TESTIBUS? En este libro, compuesto en latin á vista de Felipe II, y puesto en manos de Felipe III por su mismo padre, existen realmente algunas funestas expresiones contra los tiranos. Preconiza el regicidio con un bárbaro entusiasmo; y recorriendo estas páginas que parecen republicanas, no puede uno menos de deplorar el fatal abuso de un ingenio esclarecido y de una ciencia profunda; mas para destruir la acusacion hasta sus cimientos basta la contestacion de Ravaillac, quien, interrogado acerca de la obra, sostuvo que no conocia semejante obra, ni aun habia oido mentar á su autor: y era esto tan evidente, que, á mas de no haber penetrado hasta entonces en Francia mas allá de diez ejemplares de la citada obra, no tenia tampoco necesidad el asesino de ir á buscar modelos en la historia para arriesgarse á consumar su crímen. ¿No resonaban aun en sus oidos las decisiones del Parlamento, los decretos de la Sorbona, las imprecaciones de los oradores de la Liga, y aun los mismos discursos de los Jesuitas? ¿Necesitaba mendigar tan léjos las pruebas de complicidad moral, quien habia visto pregonar como proscritos del catolicismo á Enrique III y Enrique IV por el Parlamento, por la universidad, y por los predicadores? Lo cierto y positivo es, que Ravaillac no habia jamás leido la obra de Mariana, sino que era un visionario, sombrío, fanático é ignorante, que habia premeditado su crímen muy de antemano.

Ninguna de ambas corporaciones queria reconocer que sin advertirlo habian predispuesto el corazon de aquel hombre al asesi-

nato; pero ambas se dieron la mano para inculpar á la obra de Mariana y á los Jesuitas. El libro del Jesuita español era poco conocido en Francia; se apresuró el Parlamento á denunciarle á los doctores de la facultad de teología, quienes le condenaron con justicia, renovando además su antiguo decreto contra el doctor Juan Petit, y ordenando que el tratado *De rege et regis institutione* fuese quemado por mano del verdugo ante la puerta de Nuestra Señora de Paris. Ejecutóse la sentencia el mismo dia; pero por respeto á la memoria del gran Rey, ó por un resto de equidad, el Parlamento no quiso en su decreto añadir al autor de la obra el título de sacerdote de la Compañía de Jesús; sin duda por no hacer solidaria de su doctrina á una Sociedad que, aunque le contaba como uno de sus miembros, jamás habia aprobado su enseñanza.

La pérdida de Enrique IV debia ser para la Francia un manantial eterno de dolor, privando al Estado de un soberano vigilante, audaz y económico: dejando la corona en las sienes de un niño, y el país entregado á todos los embarazos de una regencia; embarazos que debian acrecer aun mas, las mal calmadas pasiones de la Liga, y las animosidades en materia de religion. En estos momentos aciagos, los parlamentarios, los universitarios y algunos miembros del clero, no temieron hacer causa comun con el protestantismo; y mientras el pueblo acudia á los templos para oir las oraciones fúnebres de un monarca que idolatraba, aprovecharon aquellos la ocasion para hacer que se sospechase de los Jesuitas. Felipe Cospeau, obispo de Aire, y Jaime Miron, obispo de Angers, los dominicos Coëffeteau y Deslandes habian ya protestado en la iglesia de *Nôtre Dame*, en la basílica de San Dionisio y en otras varias iglesias, contra semejantes imputaciones, y aun habian elogiado á la Compañía delante el féretro del Monarca. Pero la mayor parte de los oradores sagrados no quiso seguir este ejemplo, antes bien intentó desencadenar al pueblo contra los Jesuitas; osando decir un antiguo Celestino, llamado Dubois, la siguiente expresion: « Hay sabios en Francia y en Paris, los cua-« les, á pesar de conocer á Dios, enseñan cosas abominables, exe-« crables y contrarias á la ley: hablo de los que se han apropiado « el nombre de Jesús, de esos hombres que enseñan ser permiti-« do asesinar á los reyes. »

Mas adelante el mismo orador no se contentaba ya con acri-

minarlos; olvidando todo comedimiento, exclamaba: «¡Ah! se-«gundo Alejandro! monarca magnánimo y terror del mundo! si «os hubiérais dignado creer á vuestros fieles médicos, los seño-«res del Parlamento, estaríais rebosando de vida. Pero Enrique, «nuestro buen rey, ha muerto; demasiado lo sabemos. ¿Y quién «le ha asesinado? no lo sé. ¿Quién ha sido la causa? Leedlo, se-«ñores. El tigre es siempre tan enemigo del hombre, que solo con «ver su imágen se enfurece al momento, y anhela desgarrarle con «sus uñas. Esos hombres, enemigos de Dios, mas fieros aun que «los mismos tigres, no han podido mirar la imágen de la Divinidad «en nuestro buen Rey; y han osado asesinarle por mano de un «malvado. Señores parisienses, abrid los ojos; y ya que nos han «quitado á nuestro amado soberano, tratemos al menos de con-«servar el vástago que nos ha quedado. Roguemos á Dios por el «Rey, la Reina, y todo su Consejo; hagamos penitencia, porque «Dios nos ha castigado, y vivamos alerta: abramos los ojos por-«que tratan de quitarnos el Príncipe que tenemos: no nos deje-«mos deslumbrar por esas apariencias falaces, esas confesiones y «comuniones, esos discursos y conferencias espirituales, que no «son otra cosa mas que astucias y lazos del diablo.»

Aun no se habia empeñado la lucha en el Parlamento: conducíala la universidad hasta las gradas del templo; predisponian la multitud al desórden, y se aprovechaban, por último, de su luto para provocar sus iras. Pero la Reina regente, el canciller y el arzobispo de Paris creyeron llegado el momento de poner término á semejantes violencias; y en su consecuencia publicó el prelado una carta pastoral, cuyo original tenemos á la vista, y cuyo tenor es el siguiente:

«*Enrique de Gondi, arzobispo de Paris, consejero del Rey en su Consejo* «*privado, etc., etc.*

«Habiendo circulado varios rumores por esta ciudad desde la «época del cruel parricidio, verificado en la persona del Monar-«ca (Q. D. D. G.), con notable detrimento de los Padres Jesui-«tas, y deseando nosotros mirar por el honor y reputacion de es-«ta Órden, por habernos cerciorado de que tales rumores proce-«den únicamente de la antipatía y animosidad de algunos suge-«tos contra los mencionados Padres, declaramos á quienes con-

«venga por estas presentes, que cuanto se ha propalado hasta el «dia es una mera impostura y una calumnia justificada, inventa-«da maliciosamente contra ellos en perjuicio de la religion ca-«tólica, apostólica romana; y que no solamente se hallan incul-«pables de tamañas acriminaciones, sino que su Instituto, tanto «por su buena conducta y doctrina, como por el beneficio que «presta á la juventud, amaestrándola en las bellas letras, es útil en «alto grado á la Iglesia de Dios y al bienestar de este país. En fe «de lo cual expedimos estas presentes, firmadas de nuestra ma-«no, refrendadas por nuestro secretario, y selladas con el sello «de nuestras armas.

«En Paris á 27 de junio de 1610.»

El afecto que profesaba Enrique al P. Coton, y la confianza que le dispensaba, confiándole la educacion religiosa del Delfin, educacion á que habia deseado el Jesuita que presidiese su amigo el famoso Pedro de Berulle [1], suministró á los enemigos de la Sociedad un pretexto para asegurar que Coton era el hombre mas perjudicial á sus proyectos. El Monarca habia fallecido: era indispensable malquistarle con la Reina regente, para llegar con mayor facilidad á la ruina de la Órden entera. A su regreso de La Flecha, pudo leer el folleto intitulado el *Anti-Coton* [2]. A la sazon, como sucede en el dia, hallaba la calumnia un derecho de asilo entre los ignorantes y demás sugetos que no se toman el trabajo de discutir un hecho que lisonjea sus animosidades ó sus pasiones. Llamaban la impostura y la maledicencia á todas las puertas, seguras de encontrar do quiera espíritus crédulos y simpáticos. La presuncion de unos y el odio de otros se interesaban en propagar el libelo, por la eleccion del Jesuita Coton para confesor del jóven Rey. La acusacion era demasiado seria, pues afirma-

[1] El cardenal Pedro de Berulle fundó en Francia la Congregacion del Oratorio, proyecto que habian ya concebido el P. Coton y la madre María de la Encarnacion, y que mas adelante llevó á cabo su comun amigo... En el fondo venia á identificarse este Instituto con el de san Felipe Neri; pero con respecto á la forma existen varias diferencias que le constituyen una congregacion aparte. Sus individuos se consagraban, así como los hijos de Ignacio, á la educacion de los párvulos.

[2] Dase por sentado que este folleto ha sido parto de Pedro Dumoulin, ministro protestante de Charenton, y no falta quien le atribuya á Pedro Coignet y á César de Plaix, abogado de Orleans: lo cierto y positivo es que se imprimió por cuenta de los Calvinistas.

ban que se le habia procesado en Aviñon por cierto crímen de que se habia hecho culpable: no se trataba de nada menos que de una intimidad sacrílega del Jesuita con una religiosa. Partiendo de este principio, se extendia el autor del *Anti-Coton* renovando los antiguos ataques de que fuera anteriormente el blanco la Sociedad. Defendióse Coton presentando mil testimonios privados y públicos, eclesiásticos y civiles, que demostraban hasta la evidencia la calumnia. « Sin embargo, dice el escéptico Bayle [1], hay una « infinidad de sugetos que lo han creido á cierra ojos, asintiendo « con mayor obstinacion al aserto del *Anti-Coton,* que no alegaba « en favor suyo prueba alguna, ni testimonios auténticos, que al « mismo Jesuita, que comprobaba con alegatos fehacientes cuan- « to podian exigir los procedimientos jurídicos mas exactos, lo « cual solo puede proceder de una animosidad extraordinaria. »

Bayle, como astuto enemigo de la Religion y de la Compañía, no se ocupa en justificar al confesor del Rey; antes propone á sus imitadores un plan de ataque, y á continuacion añade: « No cabe « duda que los émulos de los Jesuitas les ocasionarian un daño « mas grave si midiesen con mas reflexion los golpes que les lan- « zan; porque aglomerando sin discernimiento las imputaciones « bien fundadas con las que carecen de apoyo, se favorece al acu- « sado, y se le suministra un pretexto para rechazar como falsas « las que están basadas en la verdad. Preciso es estar bien obce- « cado, para no prever que varios de los folletos que ven diaria- « mente la luz pública en contra de los Jesuitas, bastan para su- « ministrarles nuevas armas; de suerte que no podrian emplear su « dinero con mas ventaja, que asalariando por su cuenta á los au- « tores de tales historietas. »

Pero si el consejo de este escritor, que consumió su vida entera y un raro talento en impugnar todos los cultos, no podia ser mas juicioso, no obstante se avenia mal con los enconos transmitidos de generacion en generacion, y á esto debió el no ser admitido en aquella época, como ni lo será en lo sucesivo. Ante unos cargos materiales que por sí solos se destruian, los Jesuitas, siguiendo en esto al P. Coton, trataron de sincerarse con vehemencia; y agregándose á ellos algunos doctores de la Sorbona, entre los cuales se contaban Forgemoult, Garil Fortin y du

[1] *Diccionario histórico-crítico*, artículo *Loyola.*

Val [1], publicaron en 2 de enero de 1611 una aprobacion de la *Respuesta apologética al Anti-Coton*, donde se lee: «Nosotros los in«frascritos doctores, certificamos todos y cada uno haber visto y «leido con atencion el presente libro, intitulado, *Respuesta apolo«gética, etc.*, compuesta por uno de los Padres de la Compañía de «Jesús, y no haber hallado nada en oposicion á la doctrina de la «Iglesia católica, apostólica romana, de las universidades de la «cristiandad, y particularmente de la facultad de teología de Pa«ris; certificando, por el contrario, haber observado varios pun«tos demasiado notables en que se ponen al descubierto las astu«cias y calumnias de los herejes, que bajo el nombre de Jesuitas «atacan furiosamente al cuerpo universal de la Iglesia.»

Esta, que, por la voz de sus Pontífices, se hallaba al corriente de la verdad que con tanta energía proclamaban los cuatro doctores de la Sorbona, cubria al mismo tiempo bajo el amparo de su égida á la Órden de Jesús, á quien faltaba la proteccion de Enrique IV; pero despertábanse en cambio sobre la tumba del Bearnés las pasiones que con su política habia sabido adormecer, y exigian una víctima. Granger, rector de la universidad, trató de devolver al Parlamento en 26 de noviembre de 1610 lo que aquel le habia ofrecido, ó lo que viene á ser lo mismo, el Parlamento habia denunciado á la universidad la obra de Mariana, y el cuerpo universitario le denunció en cambio el tratado del cardenal Belarmino, *De Potestate summi Pontificis;* y á pesar de ser esta una obra que necesitaba ser reflexionada, el Parlamento lanzó sobre ella su anatema en aquella misma mañana, declarando que contenia doctrinas subversivas y erróneas. Quéjase el Nuncio de la Santa Sede al Consejo real, y el Consejo declara el auto del tribunal «excesivamente precipitado,» y manda que se sobresea.

Enrique IV habia vuelto á los Jesuitas el derecho de enseñanza en Paris por medio de un decreto expedido en 12 de octubre de 1609; Luis XIII confirmó en 10 de agosto de 1610 la autorizacion otorgada por su glorioso padre, y á tres dias después fue presentado al tribunal de justicia este nuevo decreto. Reuníase la facultad de teología, oponiéndose á que se le diese cumplimiento, mientras los Jesuitas no se sometiesen á los Estatutos de la uni-

[1] Du Val, uno de los mas eruditos personajes del siglo XVII, introdujo en Francia la Órden de los Carmelitas reformados por santa Teresa.

versidad. Empezóse un nuevo proceso en el que Martheliere por la universidad, y Montholon en favor de la Compañía, dieron principio á aquella interminable guerra de argucias, inaugurada en otro tiempo por Pasquier y Versoris, y en la que ya no se trataba entre ambas partes de justicia, sino que la rivalidad se habia interpolado en el litigio, aspirando á derrocar á su concurrente mas bien por la astucia que por el derecho. Después que Martheliere hubo hablado contra el Instituto, el rector de la universidad, Pedro Hardivilliers, arengó al Parlamento, haciéndole escuchar en un latin de una pureza ciceroniana los pesares de aquel cuerpo literario: «Sin embargo, señores, decia, si opinábais deber abandonar la existencia de la universidad á la impetuosidad de los Jesuitas, abrid antes vuestras togas, y recibid en vuestros brazos á la universidad espirante para recoger el último suspiro de la que es vuestra madre. Entonces todo lo que suceda por la caida de esta corporacion y por su total exterminio anunciará, no solamente por nuestra boca y por el eterno quebranto de las letras, sino tambien por vuestro órgano, á toda la posteridad, á las naciones y á los pueblos diseminados por toda la extension del globo, que no fuimos nosotros los que faltamos al Estado, sino que el Estado nos faltó á nosotros [1].» El Parlamento se dejó enternecer con la perspectiva de estas imágenes de un dolor elocuente; y como no habia podido condenar á las llamas la obra de Belarmino, dirigió sus miras á la del Padre Suarez, mandándola quemar en 27 de junio de 1613 por manos del verdugo [2].

Ya que la historia no es otra cosa que la expresion de la opinion pública de los siglos, cuyos hechos refiere, fuerza es confesar que la universidad no encontraba eco sino en el Parlamento: los Jesuitas eran unánimemente proclamados los únicos aptos para la educacion de la juventud, y la Francia entera no queria ser desheredada de aquella enseñanza cuyo freno sabian hacer apreciar los Padres. En Alemania los protestantes moderados, llevados de su ternura paternal, pedian y dotaban colegios á Jesuitas, y los dotaban con magnificencia; los católicos franceses no querian quedar atrás: y mientras el Parlamento, constituido en

[1] *Recopilacion de discursos.* (Paris, 1612).

[2] El libro del P. Suarez, escrito por órden del Papa, llevaba el título: *De defensione fidei adversus Anglos.*

instrumento ciego de una enemistad interesada, trataba de exterminarlos, los Estados generales del reino, reunidos en Paris á 2 de octubre de 1614, no creian deberse ceñir á semejante dependencia; en los apuntes de cada Órden se halla la peticion siguiente: «Queda ordenado que en el artículo anterior, promul-«gado en favor de los Jesuitas y de su restablecimiento, para la «instruccion y enseñanza pública en esta ciudad de Paris, así «como para la ereccion de otros nuevos colegios en otras ciudades «del reino, sea puesto é insertado entre los principales y mas im-«portantes artículos del acuerdo, y que se publique á los seño-«res, que cuidarán de pedir las respuestas, que recomienden «muy particularmente el que se otorgue cuanto mas antes una «contestacion favorable al efecto del referido artículo.»

Estos Estados generales se colocaban la nacion frente á frente consigo misma: si hasta entonces se habia visto agitada por disensiones eternas y profundas, desmesuradas ambiciones y calamidades sin cuento que habian puesto en conmocion los ánimos, á la sazon el clero y la nobleza se mostraron unánimes para solicitar el restablecimiento general é íntegro de la Sociedad de Jesús: si Enrique IV, por medio de la sabiduría de su Gobierno, habia llegado á neutralizar los enconos, y si todos y cada uno sentian la necesidad de continuar su obra, el clero y la nobleza no encontraban un remedio mas eficaz para extirpar de raíz los males, que confiar las generaciones nacientes á la citada Compañía; y por consiguiente, el primero elevó al Monarca la siguiente solicitud, que la segunda no hizo mas que reproducir:

«Si los inmensos servicios y aventajados frutos, dice el primer «cuerpo, que en todas épocas y aun en la presente han prestado «y prestan los individuos de la Sociedad de Jesús, especialmen-«te á vuestro reino, nos impelen á suplicar humildemente á V. M. «que en atencion á sus buenas letras y á la piedad que profesan, «les permita continuar la enseñanza y ejercer las demás funcio-«nes respectivas á su colegio de Clermont como lo practicaban «anteriormente; para terminar ahora las oposiciones que les ha-«cen la universidad y demás corporaciones, seria de desear que «V. M. las avocase á sí y á su Consejo, prohibiendo conocer de «ellas cualesquiera otra clase de jueces. Dígnese tambien V. M. «conservarlos en los sitios y lugares de vuestro reino, en que ac-«tualmente residen, concederlos á los que los pidan en lo suce-

«sivo, y abrigar bajo la proteccion de su real manto á toda la «Compañía, como se dignó hacerlo vuestro difunto padre.»

Armando de Richelieu, obispo de Luzon, que pronto debia ser el cardenal ministro, habiendo sido elegido por las tres Órdenes para arengar al Monarca después de la celebracion de los Estados generales, apoyado en unas expresiones que dejaban ya vislumbrar al gran político, recordó al Príncipe, cuya corona iba ya á glorificar, los servicios que los Jesuitas podrian prestar á la Francia; y habiéndose Luis XIII conformado con su dictámen, avocó la causa del reintegro de la Compañía, firmando un decreto con fecha 15 de febrero de 1618, por el que se la restablecia *totaliter*, y en cuyos considerandos se lee lo siguiente:

«Visto el relato hecho al Rey en su Consejo, de las súplicas de «los Estados generales celebrados en Paris, por el cual se re«presenta la necesidad que hay de restablecer en su antiguo es«plendor á las universidades de este reino, especialmente á la de «la referida ciudad, como capital y mansion ordinaria de los re«yes, y en la que se hallan establecidos los mayores y mas céle«bres Institutos de la nacion; deseando que el suyo sea en lo su«cesivo lo que fue en otro tiempo, es decir, un semillero de to«das las carreras y dignidades eclesiásticas y seglares, en don«de se formen los ingenios de los súbditos de S. M. aptos para «el culto divino y celosos de la verdadera religion, de la obe«diencia debida á los reyes, y del respeto y sumision á las leyes y «magistrados, los ya referidos Estados generales han requerido y «suplicado á S. M. que en consideracion á las buenas letras y pie«dad de que hacen profesion los Jesuitas, les permita enseñar en «su colegio de Clermont, y practicar las demás funciones or«dinarias en sus casas de Paris, como lo verificaban anterior«mente, y que se digne avocar á sí y á su Consejo las oposicio«nes hechas ó que se hagan en contrario; y enterado S. M. de que «luego que hubo cesado el referido colegio en sus ejercicios, no «solamente se alejaron de la mencionada ciudad los jóvenes pa«risienses, sino tambien los que á ella concurrian de todas las «provincias del reino, y aun del extranjero, quedándose cá«si desierta la universidad por verse privada de toda la juven«tud, que los padres ó encargados enviaban á estudiar á otras «ciudades dentro y fuera del reino, por carecer aquella de los «elementos suficientes para las ciencias, con notable perjuicio

«de S. M. y del público, se ha servido acceder á su instancia.»

Pretendíase la universidad hija primogénita de los reyes cristianísimos, venerándolos en tanto que satisfacian sus exigencias y caprichos; era una hija que aspiraba á dominar á su padre, y luego que se vió herida en sus intereses y orgullo, trató de oponerse á Luis XIII, decretando en 1.° de marzo de 1618 que nadie pudiese disfrutar del privilegio escolar sin haber estudiado tres años á lo menos con los profesores de la universidad. Este monopolio desagradó al Rey y á su Consejo, con tanta mas razon, cuanto que en aquella época no era la libertad de enseñanza una palabra aérea ni un vano simulacro; la instruccion pública no habia experimentado aun los extravíos de la ley, y se hallaba impresa en el corazon del Monarca y en la conciencia popular. Luis XIII anuló las disposiciones tomadas por la universidad.

Sin embargo, en el seno mismo de los Estados generales, reunidos en 1614, la minoría del pueblo, que sentia ya la perniciosa influencia del foro, habia propuesto un artículo cuyo tenor debia ser aceptado por todos los hombres encargados de la instruccion pública, por los predicadores y prebendados. Atribuyóse al abogado general Servin este artículo, que era un astuto resúmen de las libertades de la Iglesia galicana. Redactado en forma obligatoria de juramento, atentaba á la potestad de la Santa Sede, so pretexto de fidelidad al Soberano; ponia al clero en sospecha, y venia á ser un nuevo sistema de hostilidad, cuyos frutos esperaban recolectar mas ó menos tarde. Servin habia calculado de antemano que los Jesuitas se resistirian á suscribir á este artículo; pero no fue menos pronta la Iglesia galicana á rechazarle en los términos en que estaba concebido por boca del cardenal Du Perron, amigo y consejero de Enrique IV. El artículo estaba concebido en estos términos: «Para detener el curso de las perniciosas «doctrinas que se han introducido de algunos años á esta parte, «contra los reyes y demás poderes soberanos establecidos por «Dios para imperar sobre los demás seres; doctrinas preconiza«das por algunos genios sediciosos y turbulentos, que solo aspi«ran á ponerlos en una alarma continua, deberá presentársele al «Rey una solicitud, suplicándole se sirva decretar en la asamblea «de sus Estados y como ley fundamental del reino, que así como «en todos sus dominios se le reconoce por Soberano, sin que de«ba su corona mas que á Dios solo, tampoco hay poder alguno,

«sea cual fuere, espiritual ó temporal, que tenga derecho algu-
«no sobre su reino, ya sea para privar de él á las personas sa-
«gradas de nuestros monarcas, ó ya para dispensar ó absolver á
«sus súbditos del juramento de fidelidad y sumision que les de-
«ben, por cualquier pretexto ó motivo que sea; que todos los súb-
«ditos de cualquiera clase y condicion que sean, deberán mirar
«esta ley como santa, verdadera y conforme á la palabra de Dios,
«sin distincion, equívoco ó limitacion alguna; la cual deberá ser
«jurada y firmada por todos los diputados de la nacion y por to-
«dos los prebendados y empleados antes de ingresar en el ejerci-
«cio de sus funciones; que todos los preceptores, regentes, doc-
«tores y predicadores estarán obligados á enseñarla y publicarla;
«que la opinion contraria, es decir, que la opinion de que está
«permitido asesinar á nuestros reyes, deponerlos, insurreccio-
«narse y resistirse á sus órdenes ó sustrarse á su obediencia, por
«cualesquiera causa que sea, es impía, errónea, detestable, con-
«tra verdad y contra los estatutos de la Francia, que solo depen-
«de inmediatamente de Dios; que todos y cualesquiera libros que
«enseñasen tan falsa como perversa doctrina, deberán ser repu-
«tados como sediciosos y condenables; que todos los extranjeros
«que los escriban y publiquen serán mirados como enemigos ju-
«rados de la corona, así como deberán ser tratados como rebel-
«des todos los súbditos de S. M. que se adhieran á sus doctrinas,
«á mas de ser castigados como infractores de las leyes funda-
«mentales del reino y como criminales de lesa majestad; por úl-
«timo, que si se halla algun libro ó discurso escrito por algun
«extranjero, ya sea eclesiástico ó seglar, que contenga alguna
«proposicion contraria á la mencionada ley, ya sea directa ó in-
«directamente, deberán ser juzgados su autor ó autores, y con-
«denados con arreglo á la gravedad del hecho; estando obliga-
«dos los sacerdotes de la misma Órden, establecidos en Francia,
«á contestarlos, impugnarlos y contradecirlos inmediatamente,
«sin miramiento, ambigüedad ni equívoco, so pena de ser cas-
«tigados con las mismas penas que los contraventores, como cóm-
«plices de los enemigos del Estado. Este artículo deberá ser lei-
«do por todos y cada uno en particular, una vez cada año, tanto
«en los tribunales supremos, como en los bailíos y senescalías del
«indicado reino, en la apertura de las audiencias, para que se
«guarde y haga guardar con toda severidad y rigor.»

En 2 de enero de 1615 se presentó Du Perron en la cámara del Estado llano y dijo [1]: «El artículo ha sido redactado y propues-«to por hombres malintencionados, enemigos de la Religion y «del Estado, y con el objeto de aclimatar en este país las doc-«trinas de Calvino. Estos sugetos quieren, bajo la sombra de la «autoridad real, combatir contra la Iglesia y cuanto aquella en-«cierra de verdadero, é introducir una doctrina que no osarian «sostener en mi presencia.»

El cardenal diplomático era un terrible antagonista. Hijo de padres calvinistas y educado en la Reforma, no tardó, sin embargo, en abandonarla luego que vió sus inconsecuencias. Su implacable lógica habia, en presencia de Enrique IV, anonadado á Mornay, conocido con el nombre de *Papa de los Hugonotes*, y arrojando el guante á la faz del Estado llano á los autores y partidarios del mencionado artículo, ninguno de ellos se levantó á recogerle. Algunos dias después le rayó de sus actas el Estado llano. A peticion del abogado general Servin, se apoderó de él el Parlamento, tomándole por su cuenta, y autorizándole y tratando de obligar á los Jesuitas á aceptar esta doctrina, que redujo á cuatro artículos. Los Padres de la Compañía contestaron del modo siguiente:

«Suplicamos humildemente al tribunal que tenga por conve-«niente el que no aceptemos ni firmemos cosa alguna con res-«pecto á esos cuatro artículos, fuera de lo que hayan aceptado y «firmado los prelados, universidades y demás Órdenes religiosas «mas antiguas que la nuestra.»

Este objeto de no aceptar, oculto bajo la máscara de una modestia sagaz, lanzaba al Parlamento en una extraña perplejidad, de que se apresuró á sacarle el Consejo de la regencia; y el Soberano, que era una parte tan interesada al menos en la cuestion como el abogado Servin y el Parlamento, anuló el decreto presentado por este.

Estas discusiones, cuyo campo estaba reducido al parlamento de Paris, no paralizaban sin embargo la marcha de los Jesuitas: precisábales reparar los desastres ocasionados por la guerra civil, reconducir la paz al seno de las familias, estimular el celo de los Católicos, convertir á los Protestantes, y formar por último una generacion que no basase su gloria y prosperidad en las dis-

[1] *Arenga del cardenal Du Perron al Estado llano*, enero de 1615.

cordias intestinas; y como el gran Enrique y Richelieu habian llegado á comprender que la educacion era el freno mas saludable que se debia oponer á las ambiciones disfrazadas bajo la máscara de la fe y del patriotismo, trataron desde luego de investir á los Jesuitas con todo el lleno de su confianza y la de su consejo para calmar aquellas efervescencias tan pronto justas como culpables, aunque siempre perjudiciales y dañosas.

La educacion de la universidad no llenaba en manera alguna el plan de union adoptado. Este cuerpo literario producia sabios, mas no creaba ciudadanos: propagaba el amor á las bellas letras, y enseñaba las ciencias; pero infectada por la mescolanza de sistemas que se deslizaban en el seno mismo de la corporacion, y teniendo sucesivamente por jefes al protestante Ramus y al católico Hardivilliers, al realista Jacobo de Amboise y al republicano Edmundo Richer, no proponia jamás una doctrina uniforme ni abrazaba un plan fijo: errante y nómada en lo bueno como en lo malo, si panegirizaba hoy al inglés vencedor que entregaba á las llamas á la Doncella de Orleans [1], ensalzando mañana á la victoriosa Juana de Arc la elevaba hasta las nubes: de suerte que tanto en religion como en política se colocaba siempre al lado del que triunfaba; viniendo á ser un motivo de eterna inquietud para los ánimos reflexivos este sobresalto perpetuo y esta alianza adúltera de principios opuestos.

La Órden de Jesús, al contrario, ofrecia un maravilloso contraste de subordinacion, siendo tan constante en sus máximas y reglas, que se transmitian sucesivamente unos á otros los Jesuitas las tradiciones de enseñanza, á la manera que un padre lega su apellido á sus hijos. Ni aun habia lugar á la perplejidad: si los

[1] En el momento en que Juana de Arc iba á ser vendida al inglés, escribia la universidad al duque de Borgoña y á Juan de Luxemburgo en los siguientes términos: « Habeis empleado dignamente vuestro noble poder en el arresto de « esa mujer que se titula *la Doncella*, por medio de la cual el honor de Dios ha « sido infinitamente ofendido, la fe excesivamente herida, y la Iglesia deshon- « rada en gran manera, porque ha suministrado mas de un pretexto á la idola- « tría, errores, malas doctrinas y otras calamidades sin cuento. Pero de nada « serviria ese arresto si de él no resultase lo que es indispensable para satisfa- « cer á la ofensa que ha perpetrado contra nuestro Criador, contra su fe y su « santa Iglesia. Y estad seguro de que seria un delito contra la Majestad divina, « si sucediese que esta mujer fuese puesta en libertad. » *(Ensayo sobre las costumbres*, obras de Voltaire, tomo X, pág. 565, edic. de Ginebra).

universitarios parecian realmente haber hecho un voto de fortuna y orgullo, los Padres se consagraban á la indigencia y abnegacion. Enrique IV trató de mostrarse rey, confiando á los Jesuitas la educacion de la juventud, y la Francia en masa se vanagloriaba de recoger la herencia que la legara el Bearnés. Hubiérase dicho que se habia inoculado en las venas de todos sus habitantes una emulacion ávida de fundar colegios de la Sociedad, y de permitirles el derecho de ejercer do quiera su apostolado.

Mientras que el P. Juan Suffren, orador célebre de su tiempo, pasó á desempeñar el cargo de confesor de la Reina regente, el P. Marguestaud dirigia la conciencia de la princesa Isabel. El príncipe de Condé, vuelto ya á la fe de sus antepasados, y el mariscal de la Chartre dispensaban su proteccion á los Jesuitas en el ducado de Berry. El duque de Longueville favorecia su extension en Picardía, mientras que el cardenal de Joyeuse, arzobispo de Ruan, les fundaba una residencia en Pontoise y un seminario en su ciudad arzobispal. A su colegio de Paris reunian los Padres el de Trésorier, Cholets, Bayeux, Laon, Narbona, Dormans-Beauvais, de Plexis, de Marmontiers, de Reims, Seez y Mans; crearon nuevos establecimientos en Lyon, Amiens, Vendôme, Sens, Blois, Angulema, Poitiers y otras ciudades. Algunos años después, el de 1621, los estableció en Eu la duquesa de Guisa, Julia de Cléves. Mas con todo eso no eran sus colegios bastante capaces para contener los estudiantes que afluian de todas partes y para todas las carreras. Entre tanto, las provincias, á quienes aun no se les habia podido proveer de maestros en las ciencias humanas, recibian como precursores á los misioneros que los predisponian por medio de la fe para el beneficio de la educacion. Dirigiéndose estos á las poblaciones donde la Reforma habia ocasionado mas estragos, pasaron por Caen, se encaminaron á Rennes, y hasta el Santonge y la Gascuña escucharon su voz. En Lectoure abrió conferencias el P. Regourd con el pastor protestante Chammier, á las que asistieron los Católicos y extraviados, presenciando estos debates que duraron cinco dias el gobernador de la ciudad, Fontrailles, y su esposa. Vencido y confuso el hereje no tuvo otro remedio que el de apelar á la fuga; visto lo cual por el conde y la condesa de Fontrailles, que profesaban el calvinismo, entraron en el gremio de la Iglesia católica, arrastrando con su ejemplo un gran número de sectarios. El 25 de

agosto, dia en que se celebró por primera vez en todo el mundo católico y con la mayor solemnidad la fiesta de san Luis IX de este nombre, fue uno de los mas hermosos para la Francia. El Rey, su nieto, quiso tambien ir á venerar en la iglesia de San Luis, perteneciente á los Jesuitas, al nuevo elegido que el soberano Pontífice acababa de poner en los altares.

«Cuando el herejc, dice una antigua crónica [1], se reputa el mas «débil en cualesquiera lugar donde se halla, solo predica paz y «dulzura; mas luego que se reconoce con alguna ventaja, arroja «léjos de sí la hipócrita máscara, y por vias de hecho trata con fir«meza de hacerse el amo. Porque, llevando grabado en su cora«zon el principio enseñado por Calvino, en el sermon IX sobre «Daniel, de que la libertad de la Iglesia se gana y conserva úni«camente por medio de las armas, tendria un escrúpulo de no «practicarlo.» Y no son por cierto los Protestantes á quienes son adaptables estas expresiones: todos los partidos que aspiran al poder ó que se hallan de él separados, son susceptibles de esta invariable condicion. Se condenan á la moderacion y á la paz, mientras aguardan el dia en que la fuerza ponga en su mano los medios de poderse vengar, y en que la libertad que han reconquistado les sirva de cadena para aherrojar á sus semejantes; lamentan su esclavitud, mientras se hallan sumidos en la miseria, y se convierten en déspotas cuando han escalado la autoridad. Los extraviados de la Iglesia de Alemania eran los únicos que á la sazon se hallaban preparados para insurreccionarse contra la autoridad; y por cierto que aprovechaban la ocasion para entregar al pillaje los colegios de los Jesuitas. Mientras que la herejía se ocupaba en combatir á los Católicos, y pretendia buscar sus primeras víctimas expiatorias en sus eternos émulos los Jesuitas, difundia al mismo tiempo en Europa el rumor de que los pueblos habian sabido hacerse justicia de aquellos hombres codiciosos, intrigantes y crueles; poniendo en conmocion á las ciudades de Aix-la-Chapelle y Praga, á consecuencia de las acusaciones emanadas de semejantes sucesos.

El dia 11 de julio de 1611 proyectaron los Anabaptistas, Calvinistas y Luteranos, residentes en la antigua ciudad de Carlomagno, extraer de la cárcel á alguno de sus correligionarios; apoderáronse del ayuntamiento y de los magistrados, y una vez due-

[1] *Historia verdadera de lo que sucedió en Aix y en Alemania.* (Paris, 1611).

ños de la plaza, dirigieron sus ataques contra los Jesuitas. Esta pandilla de asesinos encuentra por acaso en las calles á los Padres Juan Flavio, Nicolás Smith y Bartolomé Jacquinot, superior este último de la casa profesa de Paris: persíguelos de muerte, sedientos de su sangre. Los ciudadanos pacíficos lograron arrancarlos del poder de los Hugonotes; pero estos en el silencio de la noche van á sitiar la casa profesa de la Compañía. El P. Felipe Bebio trata de arengar á la turba; es atravesado á estocadas, y la insurreccion penetra en el colegio, haciendo cautivos á los Jesuitas, y arrastrándolos hasta las puertas de la casa municipal, con el objeto de inmolarlos á su furor. El nombre de la Francia era á la sazon grande y respetado, y no consentia que ultrajasen y asesinasen impunemente á sus hijos, aun cuando perteneciesen á la Órden de los Jesuitas. Luego que supieron los herejes alemanes que entre las víctimas habia un francés, trataron de separar su causa de la de los demás compañeros suyos, y le ofrecen la libertad; pero Jacquinot declara que no la aceptará si no participan de ella los demás sacerdotes de la Compañía inocentes como él; y que de lo contrario, una vez que su crímen ó su inocencia eran idénticas á las suyas, ó habian de ser todos puestos en libertad, ó moriria gustoso con todos ellos. Esta firmeza intimidó á los rebeldes, y proporcionó un momento de intervalo á los Católicos, quienes se reunieron en grupos para apoyar á la autoridad, dando lugar á que los Padres regresasen á su casa enteramente saqueada y á su profanada iglesia, donde los Protestantes habian ejercido sus orgías sacrílegas.

El recuerdo de la Francia, suscitado en una sedicion alemana, habia salvado á los Jesuitas. El mismo año fueron menos venturosos en Praga; donde, aunque fue imposible articular un solo hecho contra los Padres residentes en Aix-la-Chapelle, ostentaron no obstante los sectarios un ingenio mas fértil en invenciones.

Juan Guillermo, duque de Juliers y de Cléves acababa de morir, y se encendió una guerra entre sus herederos de Neuburgo y de Brandeburgo. Leopoldo de Austria, obispo de Passau, recibió órden del Emperador de pasar á Juliers como mediador á la cabeza de un ejército. Se coligaron ambos pretendientes contra el pacificador que les imponian, y después de rechazarle, obligaron á sus tropas á refugiarse en Praga. Los Husitas y Luteranos, que siempre estaban dispuestos á sacar partido de las dis-

cordias civiles, corrieron al momento á las armas, y so pretexto de arrojar á los imperiales, se lanzaron á toda clase de excesos, saqueando el célebre convento de Benedictinos, el de los Predicadores y otro de Canónigos regulares, formando una hoguera con las imágenes de los Santos que habian destrozado, y precipitando en ella á catorce Franciscanos, á quienes acababan de despojar de sus hábitos, después de agobiarlos con toda especie de ultrajes é insultos.

El colegio de los Jesuitas no quedó exceptuado de los mismos desastres, incendios y devastacion; y tratando los herejes, al ver alarmada la ciudad, de cohonestar su alevosía, esparcieron la voz de que trescientos soldados y un gran depósito de armas se hallaban ocultos en aquel establecimiento [1]. El populacho acude en masa destrozándolo todo, y robando cuanto encontraba á mano, sin que en medio del pillaje se acordase nadie de los trescientos soldados que sirvieron de pretexto á la indignacion de unos, y á la avidez insaciable de otros. Verdad es que los herejes se contentaron con arruinar á los Padres á quienes por entonces habian salvado los Católicos; mas luego que se hubo calmado la efervescencia, se ocupó la herejía en legitimarla propagando la fábula que inventara en Praga. La fábula tampoco podia ser mas absurda, los magistrados la atestiguaban, é indicábalo el buen sentido; pero como era una calumnia inventada por los Protestantes, ha sido tambien aceptada por algunos espíritus crédulos.

No eran solo los herejes los que se encarnizaban contra la Compañía de Jesús, sus doctrinas y sus individuos. Una misma obra le habia valido á Belarmino el anatema de Sixto V, por no conceder al soberano Pontífice toda la plenitud de sus derechos, al paso que la condena el tribunal de Paris, por parecerle que atribuia ó consignaba á la Santa Sede una potestad excesiva. ¡Cuántos otros libros de teología y moral, compuestos por los Jesuitas, eran acriminados de revolucionar al mundo literato, porque ponian en circulacion ideas nuevas ó principios mas apropiados á las circunstancias! El P. Francisco Suarez, «en el cual, como dice «Bossuet, se recopila toda la escuela moderna,» y quien en concepto de Grocio, «era un filósofo y un teólogo tan profundo, que «seria difícil hallar otro igual,» habia tratado las materias mas

[1] Otra anécdota semejante á la del envenenamiento de las fuentes de Madrid.

arduas: en Francia fue condenado como un apoyador fanático de Roma, mientras que en Roma y en España se le acusaba de trastornador intelectual. La controversia suscitada por este Padre ha sido siempre explanada de tan mala fe, que bien merece ocupar un lugar en nuestras páginas, y que la presentemos bajo su verdadero punto de vista; tanto porque es una cuestion teológica, como por ser una cuestion que interesa á toda la cristiandad.

Enseñaban varios doctores que un sacerdote aprobado podia absolver á un sugeto ausente. El papa Clemente VIII, con decreto de 20 de agosto de 1602, declaró que no era lícito confesarse por carta, intérprete ó intermediario, ni con sacerdote alguno que no estuviese presente. El Jesuita Manuel Sa era el único individuo de la Sociedad que habia sostenido esta opinion como no desnuda de probabilidad. Suarez combatió el sistema emitido; y cuando pareció el decreto del Pontífice, trató de comentarle, pretendiendo que un eclesiástico presente podia absolver á cualesquiera cristiano que se hubiese confesado, de cualquier modo que fuese en su ausencia, por medio de un signo de fe ó de arrepentimiento.

Esta doctrina que explicaba un decreto pontificio, atribuyéndole un sentido que tal vez no encerraba, pareció desde luego una novedad contra la que declamaron las universidades españolas, y las cátedras y profesores italianos. Decíase que la decision de Clemente se veia impugnada, y esto bastó para que nombrando el Pontífice una comision de teólogos que examinasen el libro de Suarez, fuese censurada su proposicion al menos como equívoca. Suarez, que no habia creido meter tanto ruido con su proposicion, luego que supo que el Pastor universal de la Iglesia rechazaba su tesis, se apresuró á adherirse á su sentencia, y borró la teoría que habia formado con la fuerza de su raciocinio. Aconsejado por Domingo Grimaldi, nuncio apostólico que habia aprobado su obra, á que se presentase en Roma para justificarse, hízolo el Jesuita, aunque á su llegada á la ciudad eterna no encontró en la silla de san Pedro al mismo Pontífice que le habia censurado. Escuchóle bondadoso Paulo V, que habia sucedido á Clemente VIII, y después de oir los motivos que el Jesuita alegaba como valederos, los adoptó sin demora, consagrando la nueva idea en el Ritual romano, que mandó publicar en 1614, y autorizando á los sacerdotes para absolver á todos aquellos que

á consecuencia de un accidente ó enfermedad hubiesen perdido el uso de la palabra, con tal que hubiesen antes dado algunas señales de cristianos, aun cuando estas no fuesen manifestadas sino por relacion de testigos.

En tanto que la Compañía, tras tantos y prolongados choques, recobraba en el reino la influencia que tan diferentes causas la habian momentáneamente arrebatado, acababa de espirar en Roma el sugeto á quien, después de Dios y de la proteccion de Enrique IV, era deudora de semejante reaccion.

Agotadas las fuerzas de Aquaviva bajo el peso de los años, y del inmenso cúmulo de fatigas que durante el transcurso de su vida entera le habian sin cesar agitado, su espíritu siempre despejado, y su vigorosa constitucion dejaban esperar que quizás podria disfrutar de la ventura preparada por tantas tribulaciones, y comprada á costa de tantas fatigas. Aquaviva acababa de atravesar, por decirlo así, la edad de hierro de la Compañía, y legaba á su sucesor el gobierno de la de oro. Sintióse asaltado de un dolor violento que, en 24 de enero de 1615, le puso á las puertas del sepulcro; y aceptando sin temor ni tristeza este preludio de su muerte, después de bendecir á toda la Sociedad en las personas de los Padres que le asistian en su hora postrera, entregó su espíritu al Criador el 31 del mismo mes y año.

Una voz unánime proclamó en Roma y por todas partes con el sumo Pontífice, que la Iglesia universal y la Compañía acababan de tener una gran pérdida con la muerte de este hombre célebre, que sin salir de su esfera vió enlazado su nombre con los sucesos mas extraordinarios. Luchó con Sixto V; resistióse á Felipe II; combatió con Isabel de Inglaterra, y fue el amigo de Enrique IV de Francia. Durante su generalato, que pasó de treinta y cuatro años, oyó mas de una vez rugir sobre su cabeza y bajo sus piés el horrendo huracan que amenazaba hundir la Sociedad en masa, y supo resistir á los furiosos vendavales del orgullo, del poder y la insubordinacion, escudado unas veces en el respeto, y otras en la energía, pero siempre con aquella moderacion que es el mas brillante carácter de la fuerza. Apacible al par que severo, en medio de las dificultades que asediaban á cada paso su administracion, supo dar á su Compañía el mas hábil incremento; de suerte, que si aquella debe á Loyola su nacimiento, su educacion y progresos solo fueron obra de Claudio. «Ese régimen tan sa-

«bio y bien concebido, que en hecho de política puede llamarse «la obra maestra de la humana sagacidad, dice el filósofo Alembert[1], á ningun otro puede atribuírsele sino al general Aquaviva; porque él solo fue quien contribuyó, durante el espacio «de dos siglos enteros, al engrandecimiento y exaltacion de la «Órden.» Y efectivamente, cuando ocurrió la época de su fallecimiento, se habian multiplicado de un modo tal los Jesuitas que, á mas de hallarse diseminados por toda la extension del globo mas de trece mil individuos, poseian quinientas cincuenta casas repartidas en treinta y tres provincias.

El primer cuidado del P. Fernando Alberns, asistente de Alemania, que habia sido designado por Aquaviva al morir para que desempeñase el cargo de vicario general, fue el de convocar para el 5 de noviembre de 1615 la séptima asamblea de los profesos. Aquaviva, como todos los hombres que alcanzan una prolongada longevidad al frente de los negocios, habia concluido por domar las rebeliones y malas voluntades; pero apenas habia dejado de existir, cuando trató de fermentar el gérmen de una levadura comprimida largo tiempo por una mano vigorosa. Los españoles, que estaban persuadidos de que la autoridad recaeria en un sugeto de su nacion, cuando vieron que la mayoría de los votos estaba de parte del P. Mucio Vitelleschi, solicitaron la intervencion de los embajadores de España y Francia; intervencion que desde luego rechazó el duque de Estrées, y que aun cuando en un principio les fue ofrecida por Fernando de Castro, luego que este se enteró de la irregularidad de semejante pretension, no se atrevió á secundarlos. Viendo que les faltaban los apoyos diplomáticos con que habian contado, se dirigieron á la Santa Sede, elevándole amargas quejas contra Vitelleschi.

Paulo V, que era un Pontífice cuya perspicacia se dejaba sorprender raras veces, contestó á estas inculpaciones en los términos siguientes: «Si Vitelleschi es tal como lo escribís, tranquilizaos, no será elegido general; no creais que deba ocuparme «de ese nombramiento.»

El 15 de noviembre de 1615 fue elegido general el P. Mucio, natural de Roma, por treinta y nueve votos, de setenta y cinco; era en la actualidad provincial de Francia, y habia desempeñado con éxito los principales cargos de la Sociedad.

[1] *Destruccion de los Jesuitas*, por D'Alembert, pág. 23 (edic. de 1765).

El 26 de enero de 1616 terminó sus trabajos la congregacion, promulgando ciento y un decretos, de los que solos dos, el 13 y el 84, tienen una importancia histórica. Prohíbese por el primero á los Jesuitas el encargarse de los bienes de sus parientes ó de algun extraño, así como tambien el solicitar para ellos empleos ó dignidades, ya eclesiásticos ó civiles, sin obtener una licencia expresa del General; y para atar las manos á este último, le recomienda que no se propase á otorgar semejante permiso sino en casos raros y muy graves.

El tenor de este decreto tiene algun tanto de absoluto y ciertos visos de querer descargar sobre las familias el ostracismo, ó reducir los Jesuitas á que sean unos buenos parientes; pero se propusieron sus autores extingir de raíz las afecciones domésticas, que en el siglo XVI habian llegado á comprometer el ascendiente que los soberanos Pontífices y el clero merecian por tantos títulos. Los Jesuitas no trataron de censurar la conducta de los demás, ni emplearon expresiones acres para deplorar los resultados del nepotismo, pero hicieron todos los esfuerzos posibles para precaverlos. Y verdaderamente, que semejante prevision en el momento en que un Padre era llamado á dirigir las conciencias de los príncipes y magnates, no carecia de sabiduría y de prevision.

En el segundo decreto enumera la congregacion todas las operaciones que tienen visos de comercio, prohibiendo su uso á los individuos de la Compañía con este solo hecho, y contestando con antelacion á los censores parciales y á las injusticias de cálculo, que quisiesen explicar la grande obra de las misiones por una avidez insaciable de lucro.

Luego que la asamblea hubo tomado sus medidas con respecto al presente y al porvenir, se retiró, dejando al nuevo General la tarea fácil de regularizar el bien. La Compañía de Jesús iba en cambio á observar, que durante un siglo todo sonreiria á sus deseos; que los Pontífices y Reyes la harian su favorita; los ministros su confidenta; el espíritu público su directora; que todo, en fin, seria inspirado por ella, y que todo regresaria á ella como á su orígen. Nosotros tambien la hemos visto en pugna con las animosidades, con los peligros y con las hostilidades de toda especie; y vencedora siempre de sus antagonistas, émulos y rivales: réstala aun otra carrera mas difícil que correr, la de la prosperidad.

CAPÍTULO XX.

Xogun II, emperador del Japon.—Su política con respecto á los Cristianos y á los Jesuitas.—Suplicio del P. Machado.—Prision de Spínola.—Su interrogatorio.—Horrible calabozo en que fue encerrado con otros religiosos.—Sus cánticos de alegría.—Los Jesuitas japoneses tan valerosos como los europeos.—Crueldades de los ministros de Xogun.—Muerte de los PP. Barretto y Fonseca.—Llegada del P. Borghese.—Los protestantes holandeses é ingleses se unen á los idólatras por espíritu de interés mercantil y de proselitismo luterano.—Martirio del P. Spínola y demás cristianos.—El niño Ignacio y su madre.—Breve de Urbano VIII á los japoneses.—Martirio del P. Angelis.—Persecucion general bajo el imperio de Xogun.—Diego Carvalho y sus cristianos mueren en un estanque helado.—Aconsejan los Protestantes á Xogun que invente nuevos suplicios.—Martirio de los PP. Mateo Couros, Borghese, Acosta y otros varios.—El P. Sebastian Vieira.—Sus trabajos.—El P. Cristóbal Ferreira abjura el cristianismo á vista de los tormentos.—Sale de Roma el P. Mastrilli para arrancarle á la apostasía.—Su muerte.—El P. Rubini se sacrifica como Mastrilli y muere como este.—Ferreira reconoce su cobardía.—Espira en medio de las torturas.—Los protestantes holandeses y anglicanos hacen cerrar á los cristianos la entrada en el Japon.—Los Jesuitas en la China.—El P. Ricci, educado por Valiñani, penetra en la China.—Creencias de los chinos.—Inauguracion de las misiones.—Sus dificultades.—Los Jesuitas conducen los chinos á la fe por medio de la ciencia.—Fervor de los neófitos.—Modérale el P. Ricci.—Toma el traje de los letrados.—Esfuérzase á penetrar en Pekin.—Sospechas de los mandarines.—Funda Ricci la cristiandad de Nankin.—Progresos de la Religion.—Acogimiento favorable que dispensa al Jesuita el emperador Van-Lié.—Adquiérese una nombradía popular.—Convierte á algunos mandarines célebres.—Trata el pueblo á su vez de conocer la nueva ley.—Los PP. Cataneo, Pantoja, Diaz y Longobardi difunden el Evangelio en las provincias.—Celos de los letrados al ver que el pueblo era llamado como ellos al cristianismo.—Háceles comprender Ricci la igualdad evangélica.—Asesinato del P. Martinez en Canton.—Funda Ricci un noviciado en Pekin.—Sus trabajos y su muerte.—Persecucion suscitada en Nankin contra los Jesuitas.—Decreto de extrañamiento contra los Padres y fallecimiento de Van-Lié.—Invasion de los tártaros.—El P. Adan Schall.—Encárgale el Emperador la composicion del calendario.—Hace Schall revocar el decreto de extrañamiento.—Penetran los Dominicos en la China.—Discordias religiosas.—Sus causas y efectos.—Son llamados los tártaros para socorrer al Emperador, y se apoderan del trono.—El P. Faure.—Guerra civil en China.—Los Jesuitas en ambos campamentos.—Los PP. Coffler y Schall.—Conviértese

la Emperatriz al cristianismo.—Su carta al Papa y el P. Boym.—Es vencido Van-Lié. —Dinastía de Tsing.— El emperador Chum-Tchi honra con su amistad al Jesuita Schall.—Llega este á ser su confidente y favorito.—Es nombrado mandarin y presidente de matemáticas.—Muerte de Chum-Tchi. —Persecucion contra los misioneros.—Muerte de Schall.— Prision de los misioneros en Canton.

Mientras la Sociedad de Jesús acababa de entrar en Europa en el apogeo de su ventura, en el Japon se anunciaba esta por medio de las torturas; porque habiéndose visto Xogun á su advenimiento rodeado de tantas atenciones y cuidados, olvidó á los Jesuitas y demás cristianos. Sin embargo, su elevacion al imperio fue una señal de alto para los perseguidores, de reposo para los neófitos, y de consuelo para los Jesuitas, que en este intermedio penetraron en el país en número de treinta y tres, disfrazados de mil maneras distintas. Dotados de esa persistencia de todas las horas, mas admirable aun que la intrepidez, y vencedora tarde ó temprano de los obstáculos mas insuperables, continuaban en la oscuridad la obra que interceptara Daifusama. Pero por mas que evitaban la publicidad cuanto les era posible, no por eso hacian menos eco en el corazon de los bonzos los ataques lanzados por ellos á la idolatría. Los Jesuitas invitaban á seguir su marcha á los demás Institutos, que se decian sus rivales; y arrebatados estos por un celo que solo autoriza la prudencia en los casos desesperados, no queriendo que la luz evangélica permaneciese bajo el celemin, proclamaban en alta voz que era indispensable predicar abiertamente la fe del Crucificado, ó morir confesando la divinidad.

Esparcióse en esto la voz en Méjico, de que se habia concluido cierto tratado comercial entre los españoles y Xogun-Sama; asegurándose además, que los japoneses estaban prontos á recibir á todos los misioneros católicos, excepto los Jesuitas. Confiados en este rumor, desembarcaron veinte y cuatro Franciscanos en la isla de Niphon á fines de 1616, despertando con su llegada la cólera del hijo de Daifusama largo tiempo adormecida. Creyendo este Soberano que los misioneros eran emisarios del monarca español y precursores de alguna expedicion europea, después de fulminar un decreto mas conminatorio aun que los de su padre, pronunció sentencia de muerte contra todo japonés que osase albergar á un misionero, extendiéndola á los moradores de las diez

casas inmediatas á la en que ocultasen á un sacerdote. Pero los Jesuitas no necesitaban ser probados; hacia ya largo tiempo que toleraban en el Japon toda especie de privaciones y martirios. Para sostener la fe de los neófitos y calmar la cólera de Xogun, se resignaban á arrastrar una existencia miserable, que terminaba frecuentemente por la tortura: si bien es cierto que algunas veces, á imitacion del gran Atanasio, y tratando de hacerse mas útiles, apelaban á la fuga y se ocultaban. Mas este martirio de cada dia y de cada momento, y que exige quizás mas fuerza moral que el valor que arrostra los tormentos de algunas horas, este martirio prolongado é incesante, fue tambien acusado de cobardía. Los Franciscanos, que no querian limitarse á una vida nómada errando de selva en selva, buscando un asilo en el interior de las cavernas, ó guareciéndose en las malezas de las lagunas, y obedeciendo tal vez al impulso que arrastra á ciertas almas privilegiadas á las acciones brillantes, osaron despreciar los edictos del Emperador. Los pastores se habian hecho imprudentes hasta el heroismo, y la grey no se curó de salvar ni aun las apariencias, dando lugar á que Xogun tratase de tomar una venganza seria del menosprecio con que eran mirados sus mandatos.

Á pesar de que el Emperador no creia oportuno privarse aun del comercio de los portugueses, advirtiendo que en Nangasaki, ciudad neutral donde los Cristianos profesaban libremente su culto, hacian alarde de aquel fervor que no se deja intimidar á vista de las amenazas; ordenó á Sancho, príncipe de Ormura, que se apoderase de todos los misioneros residentes en aquella ciudad; órden que el hijo de Sumitanda se aprestó á ejecutar sin demora alguna. En tanto que este Príncipe, á quien el temor de perder la corona habia hecho de él un apóstata cási á pesar suyo, se ponia en disposicion de cumplimentar las órdenes que le confiaran, los Jesuitas apelaron todos á la fuga, diseminándose en distintas direcciones, á excepcion del P. Juan Machado, que cayendo en poder de los soldados, fue lanzado en un calabozo, en union del franciscano Pedro de la Ascension: el 21 de mayo de 1617 cayeron sus cabezas al filo de la cuchilla. Tres dias después de este acontecimiento, se vió asaltada en sus últimas trincheras la debilidad del príncipe de Ormura por la intrepidez de dos religiosos, Dominico el uno, y Agustino el otro, quienes, á vista del mismo perseguidor, erigieron una capilla, y celebraron en ella el sa-

crificio de la misa; pero no tardaron en expiar su audacia con sus vidas, en union de otros misioneros culpables del mismo valor.

Mientras que el P. Navarro, oculto en una de las grutas del Bungo, hacia de cuando en cuando sus excursiones para corroborar la fe de los catecúmenos, les enseñaba mas léjos el P. Porro el arte de padecer, y contenia su impetuosidad, advirtiéndoles que solo debian entregarse á la tortura cuando la persecucion les obligase á ello. Desde la isla de Niphon, una de las opulentas del imperio, daba abrigo á los PP. Baltasar Torres, Manuel Barretto, Benito Fernandez y Diego Yuqui, Jesuita japonés. Desde aquí se diseminaban por las inmediaciones de Sacai, Ozaca y Meaco; y Yuqui se atrevió á penetrar en el desierto, donde habian sido desterrados algunos príncipes cristianos. El P. Gerónimo de Angelis y el P. Carvalho recorrian, disfrazados de mercaderes, las montañas de Voxuan, consolando á unos, fortificando á otros, y multiplicando do quier el número de prosélitos; porque sabido es que el misterio tiene siempre cierto atractivo irresistible para los corazones. Xogun, que no ignoraba estos progresos, para oponerlos un dique ó erradicarlos de una vez, hizo correr raudales de sangre que inundaron á las capitales de Bungo, Chicungo y Nantago.

El célebre viajero Engelberto Kaempfer, que, á pesar de ser protestante, escribió teniendo á la vista los documentos y notas de los holandeses, atestiguó este entusiasmo, expresándose del modo siguiente: «La mas prolongada persecucion que se men«ciona en la historia, parece que no ofreció desde luego el resul«tado que el Gobierno se prometia; pues por mas que, segun las «cartas de los Jesuitas, llegase á 20,570 el número de las perso«nas que habian muerto en defensa de la religion cristiana en solo «un año; en los siguientes, cuando se habian mandado cerrar «todas las iglesias, hicieron 12,000 prosélitos. Los mismos escri«tores del Japon no niegan que el jóven emperador Fideyoro, «muerto en 1616 por su tutor, que se apoderó del trono, habia «sido sospechado de católico, y que la mayor parte de los corte«sanos, oficiales civiles y militares, hacian profesion del mismo «culto. El júbilo con que los recien convertidos toleraban toda «clase de torturas, y aun la muerte mas atroz antes que abjurar «la religion de su Salvador, no pudo menos de excitar la curio«sidad de varios individuos, que estaban ávidos de conocer cuál

«era aquella doctrina que proporcionaba tanta ventura á sus se-«cuaces en el trance de la muerte; pero apenas se les iniciaba en «los arcanos de aquella misteriosa ciencia, cuando, inflamados «por la persuasion, se resolvieron muchos á abrazarla.» (*Historia del Japon,* tomo II, p. 166).

Queda, pues, que por confesion de dicho autor, sugeto de autoridad ente los herejes, no era ya el fanatismo sino una conviccion íntima, nacida á vista de las torturas, la que producia nuevos discípulos del Crucificado: asesinaban para aniquilar el cristianismo, y la misma sangre derramada parecia fecundarlo.

El alma de todos estos trabajos apostólicos era el P. Spínola, que, oculto en la ciudad de Nangasaki, fue por último encarcelado con el coadjutor Ambrosio Fernandez, cargados de cadenas, y conducidos al tribunal del gobernador. Spínola nada habia hecho para provocar la cólera del Emperador; sin embargo, en el momento en que va á caer sobre su cabeza todo el lleno de la persecucion, conoce que la prudencia que habia recomendado tantas veces debe cesar en presencia de los magistrados; y dotado de una dignidad enérgica, habla sin temor ni recelo: «¿No «sabíais, le dice el gobernador, que Xogun-Sama os prohibe que «residais en su imperio? y si lo sabíais ¿por qué rehusais obe-«decer?» Entonces Spínola haciéndose un arma del respeto con que los japoneses acogen siempre las órdenes del Emperador, contestó: «Tambien yo os lo pregunto á mi vez: ¿qué resolve-«ríais si un rey del Japon os ordenase una cosa enteramente con-«traria á las instrucciones que os hubiese dado Xogun, soberano «de todos los demás? ¿á quién obedeceríais en ese caso? Tal es «nuestra posicion: el Soberano del cielo y de la tierra nos ha en-«viado á este país para que prediquemos el Evangelio; Xogun «quiere prohibírnoslo: ¿á cuál de los dos os parece que deberé-«mos someternos?»

Raciocinar con la justicia, que prevenida de antemano se dispone á cometer una iniquidad, es condenarse á sí mismo: Spínola no lo ignoraba; pero no pronunciaba esta defensa tan moderada en las expresiones como convincente en la idea, con el único objeto de que la escuchasen sus jueces; hallábanse presentes algunos cristianos, y se habia propuesto corroborar su fe, reduciendo al silencio á sus acusadores. Reserváronle para un suplicio mas cruel aun que la misma muerte, y le sumieron en un

calabozo horrible, en compañía de otros dos Dominicos, á quienes habian arrestado en el mismo dia. Luego que los tres misioneros observaron desde léjos el sitio destinado para servirles de calabozo, entonaron el *Te Deum*, á cuyo cántico de accion de gracias respondieron las voces de los sacerdotes, Dominico el uno, y Franciscano el otro, los que hacia ya mas de un año que yacian en aquella mazmorra; y al escuchar las primeras estrofas del himno ambrosiano, comprendieron que les llegaba una remesa de nuevos hermanos, y quisieron compartir la alegría de su triunfo. El coro formado por los que ingresaban en el cautiverio y por los que habian padecido ya sus torturas, se terminó en el momento mismo en que pudieron todos confundirse en el ósculo de paz.

Los Jesuitas europeos no eran los solos esforzados; habian sabido desarrollar con tan buen éxito la virtud evangélica, que encontraban imitadores, y aun á veces modelos en todas las clases: la segur del verdugo caia incesantemente sobre las cabezas de los neófitos, pero caia sin abatirlos ni aun hacerlos titubear. El Padre Leonardo Kimura fue presentado en 1619 ante el tribunal de Nangasaki. No se sabia que hubiese abrazado el cristianismo, ni por consiguiente que perteneciese á la Sociedad de Jesús; pero le sospechaban de haber ocultado al hijo de Taicosama, y de haber asesinado á un hombre por favorecer al príncipe. Kimura probó su inocencia, y fue puesto en libertad. Iba ya á salir del tribunal, cuando preguntóle el juez si podria indicar el asilo de algun Jesuita: «Conozco uno, dijo el interpelado, y puedo en«tregárosle.» Al escuchar estas palabras, abraza el juez al delator, y llama á la guardia para que le preste auxilio: «No nece«sitais incomodaros, continuó el Jesuita, no teneis necesidad de «prolongadas pesquisas, de armas ni de soldados: el Jesuita que «conozco se halla en vuestra presencia; soy yo.» Y después de tres años consumidos en el cautiverio y santificados por él y sus compañeros, fue quemado vivo con ellos.

Imaginando el gobernador condenar á otros experimentos mas crueles á varios misioneros de diferentes Órdenes que estaban en su poder, con el objeto de intimidar á los demás, inventó este nuevo Falaris japonés una prision de nueva especie: hízola construir sobre una colina que se introducia en el mar, cuidando de disponerla de tal modo que estuviese expuesta á todos los vientos: ancha de sesenta y cuatro pulgadas, y de altura noventa y

seis, formaba un conjunto, cuyas paredes se reducian á una empalizada que no preservaba de los rayos del sol, ni de los rigores del invierno. En el mes de agosto de 1619 fueron lanzados en esa especie de jaula, en la que era imposible sentarse ni estar de pié, los PP. Carlos Spínola y Fernandez, con otros catorce Franciscanos y Dominicos, cuya constancia en las torturas no podia menos de reanimar las de los demás cristianos, y corroborarlos en sus principios. Porque si Xogun habia calculado que esta muerte sin brillo, y entregándolos á todos los horrores del hambre, de la desnudez y putrefaccion, llegaria sin ruido á extinguir su celo; pronto semejante cálculo aumentó el número de los encarcelados: ya no eran solo los misioneros los que se consagraban á este género de tortura; varios japoneses solicitaban el honor de ser agregados á la Sociedad, y siendo admitidos por Spínola, se transformó idealmente en noviciado la jaula de los presos.

Spínola era ya una hermosa presa; pero el gobernador codiciaba otra mas rica: sabia que el P. Mateo de Couros, provincial del Japon, residia en Nangasaki, y tratando de sacrificar á cuantos fuesen sospechados de haberle ofrecido un asilo mas remoto ó mas próximo, sometió el barrio de los cristianos al mas atroz espionaje. Viendo Couros que estas pesquisas podian comprometer á sus neófitos, se colocó en un palanquin descubierto, y atravesó en la mitad del dia los barrios mas populosos de la ciudad, eludiendo con este audaz subterfugio todas las miradas inquisitoriales. Imposible era permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Esta necesidad de proporcionarse un abrigo le impulsó á visitar los puntos mas distantes del centro, haciendo servir al triunfo de la Religion la devoradora actividad á que le condenaban sus perseguidores. En poco tiempo recorrió quince reinos el P. Porro, cuyo ejemplo imitó el P. Angelis; mientras otros, como Barretto y Tonsco, espiraban bajo el peso de sus continuadas fatigas. Cinco Jesuitas habian muerto en 1619, y en 1620 fueron á reemplazarlos seis Padres de los que residian en Macao. Gerónimo de Angelis y Carvalho habian tenido maña para conjurar la tempestad en el principado de Voxuan, y aun habian decidido al Soberano de este país á remitir una embajada cerca del Pontífice y del Monarca español; pero, sabedor Xogun de esta noticia, le amenaza con todo el lleno de su cólera, y el príncipe se resigna á volverse perseguidor.

Viendo el Emperador que no podia intimidar á los Jesuitas, y que, á pesar de los suplicios que les aguardaban, llegaban á introducirse en el imperio, la tomó con los encargados de los buques que los desembarcaban en sus costas, y promulgó la pena capital contra cualquiera capitan ó piloto en quien recayese la sospecha de haberlos conducido. Pero aun no habian transcurrido dos meses desde la publicacion del edicto, cuando penetraron en el país los PP. Manuel Borghese, Camilo Constanzo, Antonio Soza, Miguel Carvalho y Tomás Tzugi, disfrazados unos de comerciantes, y de soldados otros.

Los holandeses é ingleses que, en un interés comun de comercio y proselitismo, se habian hecho auxiliares del Emperador y componian la parte mas activa de su policía, espiaban los buques, los registraban escrupulosamente para ver si ocultaban algun misionero, y terminada la tarea del protestante, daban principio á la del mercader. Era preciso cerrar á toda costa este imperio á los portugueses; y no encontrando otro medio mas á propósito, urdieron los herejes un complot que debian tramar los negociantes de la península Ibérica contra el emperador Xogun; y los mismos que lo habian inventado fueron á descubrirlo. Pero no tardó la iniquidad en darse á sí misma un completo mentís; en el Japon causó desastres incalculables, y los sectarios honrados y probos no se dignaron aceptarla en Europa. Juan Bautista Tavernier, que á la sazon viajaba por las Indias, y que logra la opinion de narrador imparcial, afirma en sus *Viajes:* «Que los mismos «holandeses le habian declarado en el Japon, que aquel preten- «dido complot no era mas que una impostura, forjada con el ob- «jeto de suplantar á los portugueses, y monopolizar el comercio «en favor suyo.» Es muy precioso sin duda este testimonio del viajero calvinista; aunque no era necesario, atendido que la historia ya desvanece semejante acusacion. No cita un solo nombre de misionero ó Jesuita que haya pensado en sojuzgar al dominio de España ó Portugal aquellas provincias ó reinos que poseian un gobierno regular; ofrecian, sí, á estas coronas aquellas tribus nómadas y abandonadas á sí mismas, que no podian aspirar á otra cosa mejor que á encontrar con la civilizacion un jefe y un apoyo en los reyes, cuya pujanza disfrutaba á la sazon de tan increible prestigio.

Los holandeses é ingleses fraguaban estas imposturas: inspec-

cionaban las mercancías, tasándolas al precio mas ínfimo; y comprometiéndose á importarlas en el país al mismo precio, se les otorgaba la facultad de monopolizarlas. Los Jesuitas eran el blanco eterno de su odio; pero sabian tambien estos frustrar sus planes, así como sustraerse á su persecucion. En falta de Jesuitas, se dirigian los Protestantes contra los otros religiosos. Habiendo comisionado el superior de los Dominicos, Collado, á varios neófitos para que libren al hermano Luis Florez, que en union del P. Agustin de Zúñiga habia sido entregado en poder del Monarca por estos especuladores, conseguido el resultado de tan audaz tentativa, sobrevinieron nuevas calamidades contra los Cristianos. Levantáronse en Nangasaki multitud de hogueras en que expiaron su crímen los autores del rapto; y no satisfecho el verdugo de abrasar carne humana, mandó á las llamas otros veinte y cuatro religiosos existentes en las jaulas de Ormura, el 10 de setiembre de 1622.

Avánzase Spínola á la cabeza de los siete novicios japoneses que habia educado para el cielo, y cuyos nombres eran Pedro Sampo, Gonzalo Fusat, Miguel Xumpo, Antonio Kiuni, Tomás Acafosi, Juan Changoquo y Luis Cavora: el sitio destinado para el suplicio era un promontorio inundado mas de una vez con la sangre de los misioneros, y denominado por los fieles el Monte sagrado: una multitud compacta rodeaba las hogueras destinadas á los sacerdotes europeos; los treinta y un cristianos indígenas que iban á perecer en el mismo dia debian ser decapitados: luego que ambos batallones de mártires estuvieron reunidos, el Padre Spínola entonó el *Laudate pueri Dominum,* á que contestaron los sacerdotes y demás cristianos á quienes esperaba la muerte, como tambien aquellos que entre la multitud se honraban con su amistad, parentesco ó constancia, haciendo resonar los aires con sonoros cánticos de alabanzas.

Habiéndole preguntado en cierta ocasion á Mauricio de Nassau cuál era el primer capitan de su siglo, contestó el fundador de la república bátava: «El marqués de Spínola es el segundo.» En el momento en que otro Spínola iba á dar el último combate por su Dios, si se les hubiese aproximado algun holandés á los Católicos, cuando entonaban su himno fúnebre, y les hubiera hecho esta pregunta: «¿Quién es el mas grande de todos estos sacerdo«tes?» ciertamente que á ninguno de ellos le hubiera inspirado

el amor propio ó la ambicion la célebre reticencia de Mauricio de Nassau; puesto que al contemplar todos á este anciano, cuyo nombre llenaba á la sazon la Europa entera, hubieran proclamado al Jesuita Spínola como el primero en santidad, ciencia y valor. Para dejar comprender la idea que los animaba, cedieron la palabra al anciano para que fuese el órgano de los sentimientos de todos. Hé aquí los términos en que se expresó el Jesuita: «Por «el júbilo que nos causa la vista del suplicio mas cruel, podeis «juzgar si hemos venido al Japon con el objeto de invadirle por «medio de las armas, ó si mas bien para mostraros el camino de «la felicidad inmortal, arrostrando toda clase de peligros, así en «el mar como en la tierra. La religion cristiana no enseña á bus«car un reino perecedero, ni las riquezas y dignidades transeun«tes; antes por el contrario nos enseña á despreciarlas. ¿Pudié«ramos nosotros ambicionar vuestras riquezas habiendo abando«nado espontáneamente las nuestras? Lo que ansiamos es vuestra «salvacion y vuestra eterna ventura: estas llamas que arden bajo «nuestros piés, y que van pronto á consumirnos, son para nos«otros el preludio de un eterno reposo.»

Al decir estas palabras, advirtió Spínola desde el centro de la hoguera á Isabel Fernandez, esposa del portugués en cuya casa habia sido arrestado, y recordando en aquel momento ciertas anterioridades, le pregunta en dónde está su pequeño Ignacio. Era este un hijo único de esta mujer, á quien cuatro años antes habia bautizado el Jesuita la víspera de su arresto. Isabel levanta al chiquillo, que como los demás cristianos estaba cubierto con el mas rico traje, y dijo: «Aquí está, Padre mio, y se regocija de «morir con nosotros;» y dirigiéndose en seguida al niño: «Mi«ra, continuó, al que te ha hecho hijo del buen Dios, y al que «te ha revelado una vida preferible mil veces á la que vamos á «dejar: implora, hijo mio, su bendicion para tí y tu madre.» Púsose el niño de rodillas, juntó sus manecitas, y, cási ya rodeado por las llamas, aquel confesor, experimentado por veinte años de tribulaciones, bendijo á ese mártir en la cuna. Un grito de conmiseracion se escapó de todos los labios: para comprimirle, dieron los jueces la señal de la ejecucion, y fueron cayendo sucesivamente las cabezas de los treinta y un cristianos. En el momento en que empieza á prender el fuego en las cuatro hogueras, fue tan intensa la accion de las llamas, que arrepentidos dos Fran-

ciscanos, abjuraron la fe que habian ido á predicar, y solicitaron la vida en premio de sus blasfemias; pero los verdugos los lanzaron al fuego, y perecieron con los mártires, cuyos últimos momentos fueron acibarados por su apostasía.

En 19 de setiembre del mismo año espiraron víctimas del mismo suplicio el P. Camilo Constanzo, Agustin Ota, Jesuita japonés, y el P. Navarro. En 1.º de noviembre fueron quemados vivos por haber predicado la fe del verdadero Dios, prohibida por el Soberano, los PP. Dionisio Tugivimo y Pedro Onizuka, á quienes la Compañía de Jesús habia recibido en su seno. De allí á poco empezó Xogun á modificar el sistema de sus predecesores: atacaba al cristianismo; pero lo hacia menos en sus fieles que en sus apóstoles, ya porque decapitando á los neófitos despoblaba su imperio, provocando tal vez una reaccion popular; como porque asesinando á los misioneros y haciéndoles imposible el acceso al Japon, era reducir á los Católicos á la apostasía, ó dejar al menos al nuevo culto una existencia cuyo término estaba calculado de antemano. Este cálculo no dejaba de ser acertado, y los Jesuitas conocieron que no les quedaba otro recurso que la muerte. Se consagraban á las torturas con una firmeza que mereció los elogios del sumo pontífice Urbano VIII, el cual dirigió á los japoneses un breve donde se lee: «Nos congratulamos del inmenso con-«suelo que os prestan los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo «celo debeis ciertamente recompensar con toda especie de bue-«nos servicios, y con todas las pruebas de gratitud. Podeis juz-«gar cuán preciosas deben ser vuestras almas á los ojos de la «Iglesia romana, cuando para rescatarlas os envia unos sacer-«dotes doctos y de una virtud poco comun, que cambian su pa-«tria por el destierro, y que arrostrando los peligros de un océa-«no fecundo en naufragios, arriban á vuestra patria, en don-«de saben que la rabia de los idólatras es aun mas furibunda que «todas las tempestades y tormentas.»

Pasados algunos meses, escribió el mismo Pontífice á los cristianos de Ozaca, Sacay y Meaco en los términos siguientes: «Nuestro muy amado hijo Sebastian Vieira, sacerdote de la Com-«pañía de Jesús, regresa hácia vosotros con un refuerzo de ope-«rarios, y pasando á través de mil peligros, léjos de intimidarse «á vista de las persecuciones, son estas un atractivo mas para «atraerle.»

Si el espectáculo de las torturas y de las hogueras no era suficiente á infundir pavor á los Jesuitas, sus catecúmenos no mostraban tampoco menos intrepidez. No quedaba ningun refugio á los misioneros; pero su persistencia á vista de los peligros da al Evangelio que anuncian aquella sancion que los mas elocuentes discursos no hubieran podido jamás prestarle: engrosábase cada dia el número de los neófitos en proporcion de las miserias de toda especie que les estaban reservadas; cada dia veian aumentarse la cristiana grey, y cada año parecia inaugurarse con el martirio de un Jesuita. En 1623 llególe su turno al P. Gerónimo de Angelis, que denunciado por un traidor en union del hermano Simon Jenpo, se fué á presentar á sus verdugos, ó sean los agentes del Emperador, que habia abdicado una parte de su autoridad en su hijo Xogun II; y aunque pudo sustraerse á las pesquisas por medio de la fuga, no quiso hacerlo, temiendo que esta alarmase á los Cristianos. El nuevo Emperador, que necesitaba captarse la confianza de los bonzos, y que trataba al mismo tiempo de hacerse agradable á los protestantes europeos, porque sabia que eran los enemigos mas encarnizados de la religion católica, mandó quemar vivos á los Jesuitas por haber predicado la ley de Cristo, y á los japoneses por haberla abrazado; padeciendo el mismo suplicio el P. Galvez, franciscano, Juan Fasa-Mon, primo del Emperador, cuyos piés y manos habian sido ya mutilados en testimonio de su fe, y otros setenta y cinco neófitos. Xogun II habia inaugurado su advenimiento al trono por medio de la persecucion, y le continuó, apoyándose en los delatores y los verdugos. Ofrecíanse grandes recompensas á los que descubriesen la huella de un sacerdote ó catecúmeno, y promulgó un nuevo edicto en el que se obligaba á comparecer á todo japonés ante los magistrados y dar parte de su culto. El fuego era el suplicio destinado á los Padres que eran arrestados durante los calores del estío; el invierno tuvo tambien su suplicio de estacion y de circunstancias.

El P. Diego Carvalho, uno de los primeros apóstoles de la Cochinchina, acompañado de Francisco Buzoni, habia regresado al Japon, donde solo le esperaban padecimientos inauditos. Oculto en el interior de un bosque, se ejercitaba en aleccionar á sus numerosos neófitos en la paciencia y en el valor; pero no tardó en ser preso como ellos, y el 21 de febrero de 1624, después de ser des-

pojados de sus vestidos, los sumergieron en un estanque helado; aunque este dia solo duró el suplicio unas tres horas. El 25 por la mañana, después de haber roto el hielo, lanzaron á los cristianos en el agua, conservándolos en ella durante seis horas; y esperando que á la noche sucederia un frio mas intenso, los dejaron perecer envueltos en los témpanos que se formaron en derredor suyo. En el mismo año espiró el Jesuita Miguel Carvalho, el dominico Pedró Vazquez y los Franciscanos Sotelo y Sassanda.

Si bien el gobernador de Filipinas y los oficiales españoles procuraban conjurar por medio de algunas embajadas los males que pesaban sobre estas cristiandades; solo lograron ver rechazadas tan bruscamente sus súplicas como sus amenazas. Los ingleses y holandeses, que habian sabido conquistar aquella opulenta colonia, trataron de emplear la sangre de los Jesuitas para cimentar su comercial pujanza; habian conseguido alejar á sus rivales, y necesitaban interceptarles toda idea de regreso, haciendo una pequeña excepcion en favor de los portugueses, á quienes, aunque les franquearon el puerto de Nangasaki, fue sin embargo obligándoles bajo pena de la vida á sujetar su cargamento y personal á la visita de los ingleses. Habian llegado estos, en union de los holandeses, á captarse de tal modo la confianza del Emperador, y habian sabido lisonjear y estimular de tal suerte su odio contra los Cristianos, especialmente los europeos, que imperaban en su lugar; y al paso que denunciaban á los misioneros, impelian á los comerciantes que desembarcaban en sus costas á hollar las imágenes que venera todo cristiano. La sed del lucro, combinada con el terror que infundian los idólatras y las pasiones protestantes, luchando por todas partes con la Iglesia católica, condujo bien pronto las cosas á una situacion desesperada. Xogun, estimulado por los ingleses, rompió los diques de su crueldad; y como los tormentos que hasta entonces habia hecho sufrir á los Cristianos producian pocos apóstatas, trató de usar de otros medios mas atroces. El fuego, los estanques helados y las torturas ordinarias habian sido, si no inútiles, á lo menos ineficaces; y por esto inventaron otros suplicios que fuesen matando poco á poco. Se azotó á los misioneros y demás fieles hasta dejar enteramente descubiertos sus huesos; arrancábanles las uñas, horadábanles los brazos, piernas, orejas y narices con zarzas ó

puntas aceradas; lanzábanlos en fosos llenos de víboras; se les disecaron y cortaron sus miembros unos tras otros, y los extendian desnudos en braseros encendidos. Compelíanlos á permanecer inmóviles y silenciosos, porque el movimiento mas imperceptible y el mas insignificante grito eran reputados como un signo de apostasía: condenábanlos á sostener en la mano vasos candentes; y si estos, agitados por el dolor físico, se caian antes que se hubiese consumido toda la mano, era una prueba de obediencia espontánea á los edictos del Emperador.

Y no paró en esto la imaginacion de los ministros de Xogun, estimulada por el odio mercantil de los Anglicanos. Hay en el Japon ciertos abismos de los que se evaporan infectos miasmas, producidos por la mezcla del fuego con el agua y lodo, cuyo solo contacto llena la piel de horrorosas úlceras, por cuya razon se les ha dado el nombre de *Bocas del infierno*. En ellos sumergian á los Jesuitas y demás cristianos, y sirviéndose de un embudo, les llenaban el cuerpo de un agua pútrida: otras veces los suspendian atados de los piés á la boca de la cloaca, colocando su cabeza entre dos tablas por encima del orificio. Apoyábase su mano derecha sobre una campana, á quien el menor movimiento ponia en vibracion; su primer toque, fuese voluntario ó forzado, se tenia por señal de apostasía. Como estos tormentos, cuyo horrible cuadro nos han descrito las relaciones de los mismos holandeses, debian por precision terminar en breve la existencia de los infortunados que los padecian; sus verdugos, que vigilaban porque la muerte no les arrebatase una presa tan preciosa á sus ojos, conservaban en aquel sitio un gran número de médicos asalariados, que pusiesen su ciencia y la eficacia de sus cordiales al servicio de la barbarie. No se trataba ya de torturar á los sacerdotes y sus neófitos, era preciso prolongar su existencia para eternizar su suplicio.

El protestante Kaempfer, sobrecogido por un rasgo de conmiseracion al relatar tantos padecimientos destinados á los Jesuitas y á sus catecúmenos, y siendo en este momento superior en él la verdad indignada al espíritu de secta, se expresa en estos términos [1]: «No pudiendo ser refutados con razones los recien con-«vertidos, pusieron en uso las espadas, horcas, hogueras, cru-«ces y otros argumentos formidables para convencerles y hacer-

[1] *Historia del Japon*, tomo III, pág. 346 (edic. de la Haya, 1732).

«les sentir sus errores. Pero á pesar de estos crueles tratamientos «y de toda la espantosa diversidad de suplicios inventados por «sus implacables verdugos, léjos de trastornar su virtud, se pue- «de decir para eterna vergüenza de los paganos, que los católi- «cos del Japon sellaban placenteros con su sangre los dogmas «del cristianismo, mostrando en las mismas cruces, en que esta- «ban clavados, tan raros ejemplos de confianza, que sus enemi- «gos se llenaban de admiracion y asombro.»

Y no fue este el único testimonio que arrancó á los Protestantes la fuerza de la conviccion y de la verdad: Reyes Gysbertez, que estuvo al servicio de la compañía holandesa en Nangasaki, desde 1622 hasta el de 1629, refiere como testigo ocular de la mayor parte de los martirios [1]: «Que el número de los cristianos «era incalculable, y que todos morian; y no encontraba suficien- «tes elogios para celebrar el heroismo de aquellos hombres, mu- «jeres y niños, á quienes la avidez de sus compatriotas y el odio «al jesuitismo condenaban á los mas inauditos suplicios.»

Así sucumbieron con algunos años de intervalo el P. Tzugi, el hermano Miguel Nagaxima, Antonio Iscida y otros varios religiosos de la Órden de san Agustin, santo Domingo y san Francisco. En 1631 falleció Xogun II, y heredó su corona y sus crueldades su hijo To-Xogunsama. El P. Mateo de Couros, provincial del Japon, Francisco Buldimo, el hermano Weyan Succunanga, los PP. Manuel Borghese, Giannoni, Pineda, Acosta, Soza y Mateo Adami espiran en los tormentos, con otros diez y seis Jesuitas japoneses en el espacio de algunos años.

En el de 1634 solo quedaba un pequeño número de misioneros, entre los que se hallaba el P. Sebastian Vieira. Dotado de una intrepidez superior á su talento, habia sido enviado cerca del soberano Pontífice para informarle de la situacion en que estaba la Iglesia japonesa, y habia tenido el honor de escuchar de boca de Urbano VIII la siguiente contestacion: «Regresad al sitio del «combate, y defended la fe aun á riesgo de perder la vida, pues «si llegare el caso de que derramáseis vuestra sangre por Jesu- «cristo, yo colocaré solemnemente vuestro nombre en el catálo- «go de los mártires.» El Jesuita no quiso detenerse un instante, y tres años después penetró en el Japon disfrazado de marinero chino. Aun no habian transcurrido veinte años desde que habia vuel-

[1] Thevenot, *Viajes curiosos*, parte II.

to á ver este país inundado con la sangre de tantos cristianos, cuando saludándole como á su lugar de reposo hasta la consumacion de los siglos, y sabiendo que tarde ó temprano caeria en manos del Emperador, trata de prepararse para cualquier género de muerte; pero debe á sus neófitos algunas lecciones de constancia antes de darles una última de valor, y por lo tanto esperó en las privaciones de toda especie y en el trabajo del dia y de la noche, la hora de su muerte. Esta no se hizo aguardar mucho: arrestado con otros cinco Jesuitas, ostentan á sus ojos los diversos instrumentos que se empleaban para la tortura, y le intiman la apostasía ó la muerte. Desátanle en seguida las manos para que pueda firmar por sí mismo la declaracion expresada por el Emperador, y escribe sin vacilar: «Desde que nací han transcurrido «sesenta y tres años, durante los cuales el Dios á quien adoro me «ha colmado de beneficios, mientras que las divinidades del Ja«pon nada han hecho ni pueden hacer en favor mio, y el Empe«rador no me ha hecho sino mal. Seria por lo tanto un insensato «si abjurase el cristianismo para incensar á unos ídolos de piedra, «y por obedecer á un mortal como yo.» Estas expresiones encerraban su condenacion: de allí á poco consiguió Vieira la gloriosa ignominia del martirio.

Ya no quedaba en el Japon mas que un solo Jesuita europeo, el cual en 1633, cediendo á la violencia de los dolores habia abjurado su fe y apostatado de su Órden. Llamábase el P. Ferreira, que habia tambien desempeñado en el Japon el cargo de provincial. Conmovidos los Católicos al observar este extraño espectáculo, al cual no los habian acostumbrado todos esos sacerdotes cuyo heroismo acabamos de bosquejar, no cesaban de lamentar semejante escándalo. La luz del cristianismo estaba próxima á extinguirse en este imperio, y la Compañía de Jesús no consentia en coronar sus esfuerzos con una apostasía. A los ojos de la Sociedad, el apóstata Ferreira, entregado á sus remordimientos ó á sus temores, era un objeto de baldon indeleble, cuyo recuerdo parecia ofuscar ante las generaciones futuras las maravillas que el catolicismo podia producir: importábala, pues, levantar al caido y hacerle abrir los ojos al arrepentimiento de su perjurio; objeto doble que el P. Mastrilli, natural de Nápoles, se sintió inspirado por Dios para llevar á cabo.

La entrada en el Japon se habia hecho mas imposible que nun-

ca; ni aun los portugueses conservaban su factoría de Nangasaki; porque, para asegurarse de que ya ningun católico entre en el imperio, los Protestantes han aconsejado á To-Xogun que condene al público escarnio los objetos mas sagrados al pensamiento de un cristiano. Todo el que en adelante entre en el Japon debe en el momento de poner el pié en tierra hollar la cruz que salvó al mundo. No ignora Mastrilli el rigor de este edicto; pero no eran capaces de intimidarle ni el rigor de los edictos ni el relato de las torturas mas atroces: la muerte le amenaza por todas partes, en las playas, en las ciudades y en las cabañas; y sin embargo emprende su viaje al frente de cuarenta misioneros, que si estaban convencidos de que no tendrian oportunidad de preconizar al Crucificado, esperaban al menos disfrutar la felicidad de morir por él. ¿Qué otra cosa es la sangre derramada sino la semilla mas abundante en cristianos? A través de una multitud de prodigios que señalan su ruta, y de las ovaciones que le prodigan todas las cortes, llega por fin Mastrilli al Japon, y desde allí, este hombre, embriagado en el amor de la cruz, escribe á su padre en estos términos: «Ignoro por dónde deba principiar ni por dónde concluir; pero «os lo diré todo en una palabra. San Francisco Javier ha por fin «llevado á cabo su obra. Debo la vida á un milagro suyo; otro «milagro me ha conducido á Filipinas, y por un tercero me ha «proporcionado pisar el tan ansiado Japon: ahora espero que tal «vez hará el cuarto para colocarme en medio de mis verdugos. «¡Ah! ¡cómo comprendo ahora el valor que encierran aquellas «sagradas palabras: *Non volentis neque currentis, sed miserentis est* «*Dei!*»

Corria el Jesuita en busca de aquel martirio que, para la Sociedad, era una especie de rescate, ó mas bien una expiacion de la apostasía de Ferreira, y el martirio no tardó tampoco en salirle al encuentro. Su marcha desde Roma hasta Nangasaki, si se ha de dar crédito á los analistas del Instituto, se redujo á una serie no interrumpida de hechos maravillosos. A nosotros no nos toca negarlo ni discutirlo, porque no fijamos la atencion en el taumaturgo, sino en el hombre intrépido. A la Iglesia toca el derecho de examinar estos prodigios: la historia solo debe apreciar su abnegacion, tributar un homenaje á la piadosa idea, y elogiar la audacia sobrehumana que le impelió hácia aquellas costas que no miran aun como inaccesibles los Jesuitas. Mastrilli se habia

destinado á las miserias de la cruz; y no tardó en ser arrestado, sometido á la tortura, y paseado ignominiosamente por las calles de la ciudad, llevando inscrita en la espalda su sentencia en la que se leia: *El emperador Xogunsama ha decretado por medio de sus gobernadores este suplicio, para castigar á este insensato que ha venido á este país á predicar una ley extraña y contraria al culto de Jaca, Amida y demás fotoques. Acudid todos y miradle como expia su crímen en la fosa para que los demás escarmienten con su ejemplo.*

Sesenta horas permaneció Mastrilli abocado al cráter de este abismo, que solo exhalaba miasmas pútridos; y pasado este tiempo mandó decapitarle. Pero aunque su muerte fue un medio eficaz para confirmar á los neófitos en la fe que habian abrazado, en nada modificó el plan de conducta de Ferreira, que, en 17 de octubre de 1637 fue testigo ocular de su suplicio. Tres años después asistió el apóstata á la ejecucion de los PP. Cassui, Jesuita japonés, Porro, Martin, Xini y Mancio Conixi, á cuyo espectáculo se vió sentenciado á concurrir, con el objeto de que el terror le confirmase en su apostasía.

Sin embargo, luego que To-Xogun, no satisfecho con haber creado mártires, trató de atentar á la libertad individual, prohibiendo á todo japonés salir de sus Estados, y ordenando que todos ellos llevasen en el pecho una señal visible de la idolatría, los cristianos de Arima se decidieron á protestar con las armas en la mano contra las arbitrariedades del poder: era el último esfuerzo de un pueblo que no consiente en ser esclavo; pero la insurreccion habia llegado ya tarde. Los Cristianos se habian encerrado en Ximabara, y tomada esta ciudad en 12 de abril de 1638, después de un asedio de tres meses, fueron todos degollados.

Algunos años después, el 1643, el P. Antonio Rubini, célebre en el Oriente por sus trabajos apostólicos, impulsado por los mismos motivos que Mastrilli, trató de ingresar en el Japon. «Ó he de penetrar libremente, escribia al General de la Compa-«ñía, y en ese caso llamaré en mi favor á mis hermanos, ó al «menos moriré en mi puesto de visitador del Japon, y entonces «comprenderá el mundo que la Sociedad ha hecho cuantos es-«fuerzos han estado á su alcance para introducir operarios en es-«te país, y para socorrer á los cristianos que han sucumbido.»

Habíaseles cerrado el imperio á los embajadores, así como á los misioneros, porque los Protestantes habian impulsado á Xo-

gun á promulgar el decreto siguiente: «Mientras el sol ilumine «al mundo, nadie sea osado á navegar por las costas del Japon, «ni aun en calidad de embajador, á excepcion de aquellos á quie- «nes les está permitido el tráfico por las leyes.» Púsose Rubini en camino con los PP. Alberto Mecinski, Antonio Capecci, Francisco Marquez y Diego Morales; pero sorprendidos en una playa desierta á donde los habian desembarcado, fueron arrastrados hasta Nangasaki, y conducidos á la presencia de Ferreira, que en aquella ocasion era su juez: «¿Quién sois, les pregunta, y por «qué venís á este sitio?—Somos sacerdotes de la Compañía de «Jesús, contestó Rubini, y venimos á predicar la fe de Jesucris- «to muerto por el bien de todos.—Abjurad vuestra fe, replicó el «renegado, y seréis colmados de honores y de riquezas.—Esa «proposicion podeis hacérsela á los cobardes, continuó Rubini; «porque nosotros esperamos tener suficiente valor para morir co- «mo cristianos y como sacerdotes.»

Estas palabras fueron para Ferreira un baldon, el cual se escapa por medio de la fuga á los reproches, y los cinco misioneros murieron en el suplicio que tanto habian anhelado. Ya no era posible hacerse ilusion: habíaseles arrebatado toda esperanza de triunfo; en adelante hubiera sido una temeridad exponer su existencia y su fe á un peligro cierto, sin ninguna probabilidad de un buen resultado. Vióse por lo tanto precisada la Compañía de Jesús á renunciar á esta gran conquista. Desde la época de san Francisco Javier, hasta la que describimos, es decir, en el espacio de cien años, habia hecho innumerables esfuerzos para legársela al cristianismo, poniendo en juego la paciencia, la virtud y el celo y la misma astucia; pero las pasiones idólatras, explotadas por el cálculo anglicano y por el odio de los Luteranos, triunfaron al fin después de una lucha inaudita; pero triunfaron de un Instituto diezmado, y triunfaban sobre todo con la desercion de uno de sus individuos.

Mas luego que el apóstata se vió agobiado bajo el peso de los años y remordimientos, este hombre, á quien el miedo habia transformado en perjuro, no quiso morir en el oprobio; en su juventud habia temblado ante el aparato de la tortura, y se propuso arrostrarla á la edad de ochenta años. La sangre que habia visto correr en holocausto de su redencion comunicó por fin una santa energía á su debilidad, y no pudiendo resolverse á termi-

nar con una apostasía la gloriosa historia de sus hermanos en el Japon, dando lugar en su corazon al arrepentimiento, exclamó en presencia del gobernador de Nangasaki con los ojos bañados en lágrimas: «He pecado contra el Rey del cielo y de la tierra, aban-«donándole por temor á la muerte; pero soy cristiano y Jesuita.» En su dolorosa pasion ostentó una firmeza cási juvenil, y el traidor á su Dios y á su Órden murió como confesor, después de sesenta y ocho horas de suplicio.

La religion católica sucumbia bajo el peso de las calumnias de los Protestantes, y bajo el egoismo mercantil de los herejes; el mismo Engelberto Kaempfer, el apologista de tantos horrores, se ve sin embargo obligado á hacer justicia á estos Jesuitas, á quienes importaba tanto á los holandeses y anglicanos dar á conocer como perturbadores, ávidos siempre de riquezas y de poder.

«Los Padres de la Compañía de Jesús, dice pág. 165, ganaban «la confianza del pueblo por su consoladora doctrina, en que res-«piraba la dulzura evangélica, tan nueva como desconocida de «los japoneses. Acreditábanse tambien por su ejemplar modestia, «su virtuosa conducta y por el modo desinteresado con que asis-«tian á los pobres y enfermos, no menos que por la pompa y ma-«jestad con que celebraban los oficios divinos.»

Hé aquí los únicos crímenes que, segun el testimonio de un hereje que escribia por cuenta de sus correligionarios, cometieron los Jesuitas en el Japon; crímenes que sin duda debieron parecer muy atroces á los ojos de los futuros comerciantes de Biblias, ó lo que es lo mismo, á esos anglicanos exportadores de la hez de sus manufacturas y poblacion, para hacer el contrabando religioso y el proselitismo mercante en los países nuevamente descubiertos. En la misma época en que la Religion perecia en el imperio japonés al par de la civilizacion, los Padres de la Compañía de Jesús, infatigables en sus tareas apostólicas, la establecian y la consolidaban en el celeste imperio. Si el camino del Japon se cerraba á su paso; si sus innumerables cristiandades se veian proscritas, la China se franqueaba á sus esperanzas, y los consolaba de su eterno destierro. Habia sido para Francisco Javier la tierra de promision, y como Moisés, le habia saludado con una mirada de proteccion, legando á sus hijos esta herencia, cuya grandeza dejaban presentir sus últimas palabras.

Algunos obstáculos insuperables, nacidos de la desconfianza

que cualquier extranjero inspiraba á los chinos, paralizaron los esfuerzos de los Jesuitas, llegados á este país con el objeto de caminar por las huellas de su modelo. Javier habia espirado en 1552 en las fronteras de este imperio, de donde fue desterrado cuatro años después el dominico Gaspar de la Cruz apenas hubo puesto el pié en tierra, por haber derribado una pagoda; pero los Jesuitas acechaban el momento propicio, y sin anticiparle con imprudentes demostraciones, estaban quietos á las puertas de la China, convencidos de que llegaria un dia en que este reino no podria escapárseles. Introdujéronse en ella efectivamente el P. Miguel Ruggini en 1581, y el P. Pazio en 1582, y prepararon el camino al P. Mateo Ricci, que al año siguiente logró por último plantar en él el estandarte de la cruz. Nacido este Jesuita en Macerata, en la Marca de Ancona, en el momento mismo en que Francisco Javier exhalaba su último aliento, fue recibido en la Compañía de Jesús; y educado por el P. Valiñani, á quien los reyes de Europa apellidaban el apóstol de Oriente, se consagró, como su maestro, á las fatigas y á la ignorada gloria de las misiones. Valiñani conocia á fondo y prácticamente la índole de estos pueblos, por haber estudiado sus gustos, costumbres, caractéres, y aun su docta ignorancia: puso un especial cuidado en formar algunos jóvenes que por la sencillez y atractivo de su carácter se pudiesen conciliar con el de los chinos, correspondiendo á sus miras los mencionados Jesuitas mejor que otros ningunos. Francisco Javier entraba en un país como conquistador, se insinuaba en él por medio de los prodigios, y se captaba su confianza por medio de aquel natural entusiasmo que comunicaba á la multitud. Valiñani por el contrario; no trataba de ejercer en los elementos aquel ascendiente de que Javier habia dado tantas pruebas; limitábase á las proporciones de la humanidad, y buscando en su energía y paciencia la palanca que debia derrocar las inexorables puertas de la China, se ocupó en la creacion de una especie de noviciado particular, en donde quiso que Ruggini, Pazio y Ricci aprendiesen á superar los obstáculos del idioma, y se iniciasen en los misterios de la historia del imperio celeste; mientras que otros se preparaban á secundar sus trabajos y á sustituirlos si llegaban á ser víctimas de la religion que estaban destinados á anunciar. Sus primeras tentativas fueron inútiles, porque los indígenas guardaban su patria como una ciudadela; y si hasta allí habian emprendido

muchas cosas, restábales aun mas que evitar. En una nacion susceptible y recelosa, que á mas de estar instruida se desdeñaba de aceptar todo lo que no la pertenecia, creyéndose la mas civilizada y gloriosa del mundo, no se podia proceder con el pueblo que la componia sino ganándole por medio de la lisonja, y amansándole poco á poco con aquella circunspeccion que hubiera sido capaz de sufocar el ardor en otras almas menos constantes que las de los Jesuitas.

Ricci habia estudiado en Roma las matemáticas bajo la direccion del P. Clavio. Luego de llegado á Chao-Hing, á donde le habia enviado el Virey, se captó el aprecio de los letrados, haciendo en su presencia algunas demostraciones astronómicas. Imaginábanse que la tierra era cuadrada, y que la China ocupaba la mayor parte del globo, pareciéndoles el resto del universo como unos puntos de poca importancia destinados á hacer que resaltase la magnitud de su patria; opinion que, sin ofender su orgullo nacional, modificó Ricci, cambiando el primer meridiano, y componiendo un mapa que en nada ofendia su amor propio ni la verdad. Conducido después naturalmente por la explicacion de la ciencia terrestre á proporcionarles algunas nociones de la del cielo, comentándoles la moral evangélica, formó en breve algunos neófitos; y como se habia provisto de dinero en Macao, para no excitar contra su indigencia el fastuoso desden del pueblo, compró una casa en Chao-Hing.

Los principios de esta mision estuvieron muy distantes de hacer el ruido que habian hecho las precedentes: este Jesuita no arrastraba al pueblo en pos de sus huellas, ni trataba de sojuzgarlos con el terror de las penas del infierno, ni los seducia con la perspectiva de las delicias del paraíso. Dejaba los chinos que discutiesen su creencia, y con esto reconocian en el Jesuita un bonzo tan ilustrado como fino en los modales; pero tenian cierta repugnancia en mirarle como un apóstol. Persuadido de que para avivar la fe era indispensable convencerlos poco á poco, en vez de tratar de conmoverlos, se dedicó á esta ingrata tarea, viviendo así algunos años; hasta que despojado en 1589 por el nuevo gobernador de la provincia de la casa que habia comprado, se vió obligado á refugiarse en Chao-Tcheou, donde la fama de erudito que le habia precedido, le valió un acogimiento favorable de los magistrados. Apenas se habia instalado en su nueva residen-

cia, cuando se le agregaron otros dos hermanos coadjutores, primicias que la China suministró á la Compañía, y un nuevo discípulo, denominado Chin-Taiso, hijo de un sugeto á quien sus talentos habian elevado á los primeros cargos. Era el nuevo alumno tan apasionado por las ciencias exactas, que no permitió á Ricci un momento de tranquilidad, hasta que prometiéndole satisfacer á sus deseos, dieron principio al estudio, viviendo juntos, y saliendo bien pronto el sabio, cristiano en la teoría. Entusiastas los mandarines de las ciudades vecinas de la ciencia de las matemáticas, y estimulados por el ejemplo de Chin-Taiso, acudian en tropel á la morada del Jesuita, que tan bien habia sabido desarrollar aquella naturaleza vigorosa, con el objeto de saludarle y recibir sus lecciones. Preséntase en seguida en la ciudad de Canton, á donde le llamaban los mandarines, que ansiaban escucharle. Rodéanle estos; óyenle con respeto, cuando les habla de Dios; con admiracion, cuando les hace sondear los abismos de la humana sabiduría; y convencidos en su interior de la verdad de su doctrina, le piden el Bautismo. Mas como el Jesuita se habia impuesto la ley de no otorgar este Sacramento sino después de prolongadas pruebas, ya porque conocia que tratándose de unos hombres tan instruidos, no le convenia dejarse arrastrar por un movimiento de entusiasmo, como porque sabia que la Religion no debia sostenerse por el mayor ó menor número, sino por la buena eleccion de los neófitos, concedió á algunos el favor que reclamaban, usó de dilaciones con otros, y se le rehusó á muchos mas.

Aumentábase poco á poco la falange de catecúmenos que, á imitacion de la Iglesia naciente, abrigaba algunos corazones que rebosaban en celo, pero en un celo imprudente y ciego, que acometia á los ídolos destrozándolos, entregándolos á la violencia de las llamas, y arrancándolos con furor de su pedestal. Verdad es que Ricci trató de oponerse á este imprudente fervor que podia comprometer la suerte futura del catolicismo; pero ya habia acudido tarde. La multitud no participaba de la opinion de sus mandarines; veia únicamente en los Jesuitas unos extranjeros, y este solo título era á sus ojos una sentencia de proscripcion: podia disponer de la fuerza bruta, y quiso emplearla durante el silencio de la noche. Los magistrados se habian propuesto emplear todo el rigor de las leyes contra los culpables; pero opúsose Ricci en union

de sus dos colegas, Antonio de Almeida y Francisco Petri, suplicándoles que se dignasen indultar á los asesinos, y tomando de su cuenta la defensa. Este inaudito espectáculo conmovió vivamente el instinto de virtud de las clases elevadas, exasperando cada vez mas al populacho. Pasados algunos dias espiraron Almeida y Petri en brazos de Ricci, á quien este duplicado fallecimiento dejaba solo al frente de la cristiandad, cuyos progresos habia sabido preparar con tanta destreza.

Ricci conocia á fondo las leyes y costumbres de los chinos: convencido de que para hacerse oir de las masas, cuya ignorancia solo podia compararse con su grosería y fanatismo, era indispensable inocular primero la Religion en los corazones elevados, porque este era el único medio de popularizarla; y conociendo igualmente que los mandarines no pasarian á aceptarla mientras no hubiese merecido la aprobacion del Soberano, cuyo voto forma en el celeste imperio, mas que en ninguna otra parte, la regla de conducta que deben seguir los súbditos, concibió la idea de presentarse en la corte. No ignoraba que la moral cristiana encontraria admiradores en ella, y que por este medio llegaria á trillar un camino por el que podria conducir insensiblemente á los mandarines á los misterios en que pensaba iniciarlos: pero oponíanse á su designio diferentes obstáculos. Uno era el de hallarse solo, si bien es verdad que este dejó de existir con la llegada del P. Cataneo y de algunos otros Jesuitas. El traje que llevaban los confundió con los bonzos; y conociendo Ricci la necesidad de adoptar otro que tampoco los expusiese á la befa de los malvados y al desprecio de los buenos, consultó al prelado administrador y al P. Valiñani, residente á la sazon en Macao; quienes aprobaron su idea, y desde entonces empezó á usar la toga de los letrados chinos, tomó su birrete, cuya prolongada forma se asemeja á las mitras de los obispos, y espió en seguida la ocasion favorable para penetrar en la corte.

En 1595 se esparce la voz en Pekin de que el monarca del Japon, Taicosama, ha resuelto hacer la guerra á la Corea, y que lle aria sus hostilidades hasta las fronteras de la China. El emperador Van-Lié reunió un consejo militar, en el que iba á presentarse el presidente del tribunal de la guerra. Al llegar este á Chao-Tcheon, manifestó un gran deseo de consultar á Ricci sobre la enfermedad de un hijo suyo, que hacia ya largo tiempo se halla-

ba postrado en el lecho del dolor, y desahuciado de los médicos. En su ansiedad paternal habia imaginado el presidente de la guerra, que un hombre llegado desde tan léjos para predicar el culto de un Dios, debia ejercer sobre la naturaleza un imperio á que se negaba el arte. El Jesuita prometió orar al cielo en favor de este hijo, objeto de tanto cariño, exigiendo como única recompensa que le permitiese acompañarle hasta la provincia de Kiangsi. Este viaje á través de la China, señalado por toda clase de sucesos y contrariedades, no debia tener otro resultado que el de revelar al misionero la industriosa actividad y las inmensas riquezas que contenia el país; pero era el primer europeo que pisaba el terreno de aquellas ciudades populosas y aquellas fértiles campiñas, y que descendia siguiendo la corriente de aquellos grandes rios, cuyas márgenes estaban circundadas de castillos. En Nankin pudo observar que el temor de la guerra acrecentaba los recelos de los chinos, y que siendo japonés para ellos cualquier extranjero, necesitaba mas que nunca valerse de la prudencia. Llegado ya á Pekin, y no queriendo confiar nada al acaso, se volvió á embarcar en el rio Amarillo, y aguardó circunstancias mas oportunas que no tardaron en ofrecérsele.

Con la muerte de Taicosama cambió la faz de los negocios, y con ellos la disposicion de los corazones, y la paz volvió por último al Jesuita su tranquilidad. Al aspecto de Nankin habia concebido el proyecto de elegir á esta ciudad como cabeza de un establecimiento de la Compañía; y despues de haber evaluado en detalle los recursos con que podria contar en este imperio, y los medios mas aptos para dirigir sus facultades intelectuales hácia el conocimiento del verdadero Dios, puso manos á la obra, tratando en primer lugar de refutar algunos sistemas erróneos que en la astrología estaban recibidos por los mandarines como puntos de doctrina. Su palabra habia adquirido tanto influjo en el ánimo de los letrados, que prevaleció en sus espíritus á la vergüenza de una confesion, siempre difícil de arrancar. El prestigio que les habia rodeado durante el transcurso de prolongados siglos, fué desvaneciéndose poco á poco ante aquel raciocinio siempre tranquilo y positivo, que siempre discutia con el compás en la mano; como les trazaba el camino de la verdad sin insinuarles que lo era tambien el del cielo, y como les trazaba de continuo nuevas sendas á su necesidad de conocer, acudian todos presurosos á escu-

char sus lecciones, y desde la inteligencia de los objetos físicos se remontaban á la de los morales, invitándole á que les explicase la naturaleza de Dios y los principios de la verdadera religion.

En tanto que el Jesuita les iniciaba en los misterios de su culto, deseando sus discípulos iniciarle á su vez en los del suyo, le hicieron asistir á los honores que en el templo real se tributaban á Confucio, su legislador y maestro, y le enseñaron su observatorio y su academia de matemáticas[1]. Luego que llegaron á Nankin los demás individuos de la Sociedad á quienes habia llamado Ricci, se ocupó este en hacer prosélitos; siendo el primero uno de los principales jefes del ejército, llamado Sin, quien convencido de las verdades eternas, tomó en el Bautismo el nombre de Pablo; ejemplo que después imitó su familia entera, formándose de este modo la iglesia de Nankin. Pero en tanto no olvidaba Ricci que era indispensable ante todo obtener una autorizacion del Emperador, porque era edificar sobre arena y arruinar sus mas caras esperanzas el propasarse á ejercer su ministerio sin contar con la aprobacion de Van-Lié. Con este motivo, se resolvió á pasar otra vez á Pekin; y habiéndole proporcionado los comerciantes portugueses residentes en Macao y en Goa las ricas telas é instrumentos astronómicos que se proponia ofrecer al Emperador como un presente de feliz advenimiento, marchó sin demora para aquella capital. Los presentes destinados á Van-Lié excitaron la codicia de cierto gobernador de provincia, que trató de confiscarlos en utilidad suya, ó de hacer al menos que le sirviesen para granjearse el favor del Soberano, presentándoselos como suyos. Por lo que el Jesuita vió de nuevo interceptada su marcha. El gobernador habia anunciado en Pekin que cierto extranjero, arrestado en su territorio, poseia una campana que tocaba por sí misma; definiendo de este modo un reloj. Este hecho pareció inexplicable á Van-Lié, el cual mandó que el extranjero se presentase inmediatamente en la corte, órden que obedeció el Jesuita, arri-

[1] Léese con asombro en una carta del P. Mateo Ricci, que los chinos poseian ya en el siglo XVI un magnífico observatorio, y que todo el patio de este edificio, donde vigilaban de continuo algunos astrónomos, estaba lleno de máquinas, entre las cuales observó algunas, que expuestas continuamente á la accion de los rayos solares y á la intemperie de las estaciones, no habian perdido nada de su lustre primitivo.

bando á Pekin á fines de julio de 1600. Acogióle el Monarca con bondad, y después de aceptar sus presentes, mandó construir una torre para el reloj, cuyo mecanismo era admirado por todos los chinos. Colocó en su aposento las imágenes del Salvador y de la Vírgen, otorgó al Jesuita la facultad de penetrar en el interior del palacio; á donde solo tenian derecho de entrar los altos funcionarios de la corona.

Siguiendo Van-Lié la costumbre de todos los soberanos orientales, y con el objeto de granjearse la veneracion de los pueblos, se sustraia á las miradas profanas, y solo estaba visible para sus concubinas y algunos pocos cortesanos privilegiados. Los mandarines y magnates del imperio eran únicamente admitidos á saludar su trono en los dias de gran solemnidad: favor que tambien obtuvo Ricci, y del que dedujeron otros mas importantes, hasta esparcirse la noticia de que conversaba íntima y familiarmente con el Emperador. El mismo Jesuita refiere que semejante rumor era infundado; puesto que ni aun se aproximó siquiera á la real persona durante todo el curso de su vida entera; pero creíanle tan avanzado en la intimidad del Emperador, que tomando cada vez mas incremento esta idea, le creó un poder tal, que todos ansiaban su amistad. Otorgóle tambien la suya el gran Colao, ó primer ministro de la China, y desde entonces el nombre de Ricci se hizo una autoridad en la capital.

Diez y siete años hacia que habia ingresado el Padre en el país, donde encontraba á cada paso nuevas dificultades, y en el que el temor y el orgullo alejaban á los indígenas de toda doctrina extraña; y durante este largo período de años, que hubieran agotado la paciencia de Job, se habia sometido á una infinidad de exigencias, haciéndose discreto y reservado, hasta ver llegar el dia en que le fuese permitido dedicarse con libertad á las misiones. Este dia amaneció por fin para la China: el Jesuita podia ya recolectar con júbilo la miés que habia sembrado con lágrimas; estábale ya permitido enseñar á los doctos é ignorantes las verdades del Evangelio, y tuvo la satisfaccion de ver que aceptando muchos de ellos la doctrina que les revelaba, y renunciando á sus pasiones, reconocieron al fin la divinidad del Crucificado. Y no solamente abrazaron el catolicismo los magnates Lig-Osun Fumocham y Li, el mas célebre mandarin de aquel siglo, con el único objeto de intitularse cristianos, sino que practicaban sus pre-

ceptos con tanta docilidad, que á mas de producir este cambio de creencia y costumbres una viva impresion en el pueblo, quiso tambien este á su vez iniciarse en los arcanos de una religion que se jactaban de profesar sus jefes, y cuyo influjo era tan poderoso que impelia á los corazones á ser castos. Pablo Sin, cuyo nombre se ha hecho tan ilustre en los anales del imperio chino como en los de la Iglesia, por su doble cualidad de principal dignatario de la corona y de mártir, se improvisó misionero en Nankin, y pertrechados todos en el apoyo que les prestaba Van-Lié, vieron fructificar su apostolado en todas las provincias. Mientras que los PP. Cataneo, Pantoja, Francisco Martinez, Manuel Diaz y el erudito Longobardi se ocupaban en esparcir en Canton y otras ciudades la semilla de la fe; y mientras que la multitud se estrechaba en derredor suyo escuchando atenta sus discursos, los mandarines, que miraban con ojos celosos y suspicaces aquella igualdad delante de Dios, acusaron á los Jesuitas, guiados por un extravagante espíritu de orgullo, de predicar al pueblo una ley que el Señor del cielo habia reservado únicamente á los letrados y á los jefes del reino; y agregándose los magistrados al dictámen de los doctos, se declararon contra las clases inferiores, á quienes importaba, segun ellos, mantenerse en una absoluta dependencia. El cristianismo tendió á emanciparlos; pero la política les aconsejaba no iniciarlos jamás en semejantes preceptos. Los Jesuitas recibieron órden de abandonar al pueblo á sus pasiones y á su ignorancia supersticiosa. No se proponia Ricci destruir el espíritu de raza; pero como en su corazon la salvacion de un hijo del pueblo era tan preciosa como la de un mandarin, trató de calmar la irritacion, y una vez conseguido su objeto, pudo continuar distribuyendo libremente á todos sin excepcion la palabra de vida y de libertad.

Sin embargo, esta iglesia naciente se vió expuesta á la persecucion en 1606, no por los chinos, sino por la autoridad eclesiástica. Habíase suscitado una diferencia entre el vicario general de Macao y un religioso de la Órden de san Francisco, á la que fue llamado como árbitro el rector de los Jesuitas, quien sentenció en favor del Franciscano. Indignado el vicario al ver que sus injusticias no eran sancionadas, lanzó un entredicho contra los Franciscanos, Jesuitas y gobernador, y aun sometió la ciudad entera á su anatema. De semejante complicacion podian nacer graves in-

convenientes, que los Jesuitas procuraron prevenir. Habian procurado conciliar todos los intereses; pero mal interpretada su intervencion, se procuró persuadir á los chinos residentes en Macao, que los Jesuitas eran unos ambiciosos; que solo aspiraban á colocar la diadema imperial sobre las sienes de uno de sus colegas; que habian construido sus establecimientos en los puntos mas elevados, para transformarlos en ciudadelas. Los chinos de Macao avisaron á los magistrados de Canton, y diseminando la alarma en las provincias, dieron lugar á que unos se apresurasen á repudiar el cristianismo, y se propusiesen otros degollar á los Padres, como en efecto lo verificaron con el P. Francisco Martinez, que llegado aquel mismo dia á Canton y denunciado por un apóstata, se le prende, y espira en medio de los tormentos mas atroces.

Mas la sangre que habian derramado, y el valor que habia demostrado el P. Martinez, proclamando hasta la muerte su inocencia y la de sus hermanos, produjeron una feliz reaccion en aquellos ánimos siempre tímidos, y que sospechaban de la demostracion mas inofensiva. Avergonzáronse del error en que habian caido, trataron de repararle; y aquella tempestad fue apaciguada por los mismos que estaban destinados á ser sus víctimas. Ricci, cuyo nombre habia adquirido en la capital y en el interior de las provincias tal celebridad, que los chinos le comparaban con su legislador Confucio, fue el conciliador universal. Habíase granjeado la gloria y el poder; pero no eran estas ventajas terrestres las que le habian hecho sacrificar su existencia á la propagacion del Evangelio. Lo único que deseaba era consolidar la obra que con tanto trabajo habia bosquejado. Después de establecer un noviciado en Pekin, recibió en él á varios jóvenes chinos, á quienes amaestró en la práctica de las virtudes, en el conocimiento de las letras y en el estudio de las matemáticas; y como si tantos afanes no fuesen mas que un juego para su ancianidad, escribia al mismo tiempo la relacion de los sucesos que pasaban á su vista. Ocupado sin cesar en agasajar á los mandarines y demás magnates á quienes la curiosidad ó el amor de la ciencia conducian á su morada, se dedicaba tambien á componer en idioma chino algunas obras de moral religiosa, algunos tratados de geometría, y explicaba la doctrina de Dios, al paso que los seis primeros libros de Euclides; pero no tardó en sorprenderle la muerte en medio de todos estos trabajos, y espiró en 1610, dejando á los chinos un

eterno recuerdo del hombre á quien respetan aun, y á los Jesuitas un modelo de firmeza y sabiduría. El funeral de Ricci, primer extranjero que obtuvo este honor en la capital, fue tan solemne como profundo era el sentimiento. Los mandarines y el pueblo acudieron, llenos de una admiracion dolorosa, á saludar los mortales despojos del Jesuita; y escoltado en seguida por los Cristianos, á quienes les precedió la cruz, fue depositado el cadáver, con arreglo á las órdenes del Emperador, en un templo consagrado al verdadero Dios.

Los chinos apreciaban la moral evangélica, porque convenia con su razon y sus instintos; pero repugnábales adorar á un Dios muerto en el Calvario. La cruz encerraba para ellos cierto misterio de degradacion, que anonadaba su inteligencia, y abatia su orgullo: así es que el emblema del cristianismo no se habia aun ostentado mas que en el altar ó en las reuniones privadas; pero con la muerte del P. Ricci salió, por decirlo así, de la oscuridad; y colocado bajo la salvaguardia de un cadáver venerado, pudo con libertad atravesar la ciudad entera.

Esta muerte inesperada exponia á ciertas variaciones el bien que Ricci habia preparado con tantas dificultades; mas no por eso desmayaron los Jesuitas. Un mandarin idólatra, llamado Chin, que no creyó oportuno deber permanecer indiferente espectador de los progresos que hacia el Instituto, hallándose de gobernador en Nankin por los años de 1617, empleó todo su poder en perseguir á los fieles. Mas conociendo que para dispersar el rebaño era indispensable atacar á los pastores, descargó todo el lleno de su rabia y encono contra los Padres, que se vieron azotados, desterrados, encarcelados y arrojados, por último, á las playas de Macao.

Tres años después (el de 1620) espiraba el emperador Van-Lié, amargadas sus últimas miradas con la vista de un cruel espectáculo. Thienmin, rey de los tártaros, habia invadido sus Estados, vencido su ejército, y sacado á los chinos de aquella inaccion tradicional, que pareció ser para ellos la condicion de su existencia. Tien-Ki, nieto de Van-Lié, que habia sido llamado para reparar estos desastres, tomó algunas medidas para oponerse al ejército tártaro, y aconsejado por los mandarines cristianos que llamase á los portugueses, para que su artillería estuviese mejor dirigida; pero los portugueses, añadian dichos mandarines, no prestarán su

auxilio, mientras los Jesuitas, ignominiosamente expulsados, no logren que el Emperador les haga justicia. Anuló por lo tanto el edicto de destierro que Van-Lié habia promulgado, y restableció en su imperio á los Padres.

La victoria coronó los esfuerzos de Tien-Ki, así como la fe coronaba á la sazon los afanes de los misioneros, que tenian que habérselas con un pueblo mas aferrado aun á sus ideas que á sus pasiones, y que solo aceptaba la doctrina cristiana después de haberla discutido y profundizado. Todo presentaba dificultades á los Jesuitas, y do quiera tropezaban con un escollo. Para presentar la definicion de Dios con claridad y precision, se vieron obligados á convocar en 1628 una asamblea de los individuos mas eruditos y experimentados. Hallándose diseminados estos por toda la extension del imperio, hubo algunos que para acudir á la voz de sus jefes tuvieron que caminar á pié mas de ochocientas leguas. Si á cada paso se suscitaban mil dudas, el temor de engañarse no atormentaba menos sus buenas intenciones, porque eran indispensables serios y prolongados estudios para conocer lo que importaba tolerar ó prohibir.

En esto llegó á Pekin el P. Adan Schall-Bell, natural de Colonia y nacido en 1591: profundo matemático, al par que gran astrónomo, se habia ya granjeado una reputacion de hombre universal, cuando Xum-Tchin, sucesor de Tien-Ki, le confió la correccion del calendario imperial. Prevalido del favor que disfrutaba cerca del Soberano, suprimió los dias faustos é infaustos, intercalados por la supersticion en los almanaques anteriores, con el objeto de dar mas extension al cristianismo; y mientras que en Si-Ngan-Fu estimuló á los paganos á construir espontáneamente una iglesia, supo obtener en Pekin un decreto del Emperador, por el que se les permitia á los Jesuitas anunciar el Evangelio en todos sus Estados. Consagrarse á esta mision, á la que solo estaban destinados aquellos sugetos que habian dado pruebas de una virtud acrisolada y de un ingenio vasto y profundo, era llevar su abnegacion hasta el heroismo; porque aquellos lejanos mares no habian visto aun surgir bajel alguno sobre sus aguas, y por lo tanto eran fecundos en naufragios. Hé aquí cómo se expresaba el P. Diaz, escribiendo al General de la Compañía en el mes de abril de 1635, y suplicándole que remitiese anualmente veinte misioneros: «Y no serian demasiados, aunque todos ellos, por una

«especial proteccion del cielo, pudiesen llegar vivos á Macao; «pero como no seria extraño que pereciesen la mitad en el dis- «curso del viaje, conviene remitir veinte para que podamos con- «tar con diez.»

Lamentábanse los Jesuitas del corto número de operarios evangélicos; y sin embargo, después de transcurrida la mitad de un siglo, hubo muchos que se ofrecieron espontáneamente á reemplazarlos, aguardando en Filipinas la ocasion favorable para introducirse en Fo-Kien por la isla Formosa; mas como estos no pertenecian á la Sociedad, tuvieron la desgracia de querer mirar con ojos europeos los usos que Ricci y sus compañeros se habian visto forzados á consentir. Los discípulos de Confucio se mostraban muy adictos á las costumbres y ceremonias de su patria, y por lo tanto, era preciso conciliar sus hábitos con las prácticas de la religion cristiana, ó renunciar á la mision. Conociendo esto la Santa Sede, habia autorizado á los Padres para que no modificasen sino lo que estuviese en oposicion con la fe y sana moral; y los Jesuitas, que habian tenido ocasion de estudiar sus creencias nacionales, y habian llegado á convencerse de que en las acciones de los letrados habia mucha menos idolatría que simple ceremonial, se propusieron tolerar un mal puramente material, que tarde ó temprano purificaria la doctrina de Jesucristo, y que con la misma enseñanza terminaria por abolirse ó santificarse. Pero los dominicos Ángel Cogni, Tomás Serra y Morales, no quisieron ó no supieron comprender esta condescendencia de los hijos de Loyola.

Desembarcaban, impulsados por este instinto tan natural al corazon humano, de obrar mejor, ó lo que es lo mismo, de superar á los que nos han precedido obrando de distinta manera; y sin tener nocion alguna de las ceremonias religiosas y civiles de la China, interpretaban en mal sentido cuanto chocaba á sus ojos. Con peligrosa precipitacion escribieron al arzobispo de Manila y al obispo de Zebú, participándoles que los Jesuitas permitian á los nuevos cristianos que se postrasen ante el ídolo de Chin-Hoam, á quien tributaban sus antepasados un culto supersticioso; que sacrificaban á Confucio, y que ocultaban el misterio de la Cruz. Semejantes acusaciones parecieron tan graves á los ojos de ambos prelados, que no pudieron menos de participarlas al Pontífice; si bien es cierto que mejor informados después escri-

bieron á Urbano VII, justificando á los Jesuitas, y aplaudiendo su celo.

Mas la justificacion habia llegado demasiado tarde. Los Dominicos y el franciscano Antonio de Santa María se habian ya trazado un plan de conducta, y adoptado ciertas preocupaciones; en una palabra, se acordaron que eran hombres, sin pensar que ante todo debian ser sacerdotes. Conducidos como por acaso á la provincia de Fo-Kien, una de las mas sepultadas en las tinieblas de la idolatría, y donde se hallaban de jefes de la mision los Padres Manuel Diaz y Julio Aleni, desempeñándola con tal éxito, que á mas de haber erigido ya siete iglesias arrastraban tras sí la multitud, ávida de escuchar sus palabras de salud. Quisieron los Padres templar con su experiencia el ardor de los que pretendian reformarlo todo sin reflexion; mas vieron menospreciados sus consejos, y humillada su experiencia. Ignorantes aquellos del idioma del país, se obstinaron en predicar por medio de intérpretes, y, con asombro de sus oyentes, que les escuchaban estupefactos, propalaron que Confucio y los antiguos reyes de la China estaban condenados, y que los Padres de la Compañía habian faltado á sus deberes de misioneros, permitiendo que los fieles se prostituyesen á tan vergonzosas libaciones.

Al oir tales palabras ya no conoce límites la cólera de los chinos. Los Cristianos hacen causa comun con los idólatras, y lanzan inmediatamente del territorio á los nuevos misioneros enviándolos á Meaco. Los magistrados no se contentaron con este acto de severidad, y expidieron un decreto de destierro contra los Padres Manuel Diaz y Julio Aleni, portadores del cristianismo á la provincia; y este último no pudo regresar hasta 14 de julio de 1637 y rescatar su iglesia. Tales eran los tristes auspicios con que se inauguraban esas prolongadas y culpables querellas que metieron tanto ruido en Europa y en la China [1]. A pesar de no ser

[1] Leibnitz, ese gran filósofo protestante del siglo XVII, en el cuarto volúmen de sus obras, *Praefatio in novissima sinica*, pág. 82, se expresa en estos términos:

«Hace ya muchos años que se trabaja en Europa por proporcionar á los chi- «nos la inestimable ventaja de conocer y profesar la religion cristiana, siendo «los Jesuitas principalmente los que, impulsados por un espíritu de caridad «muy apreciable, y reputados dignos de los mayores elogios por aquellos mis- «mos que los miran como enemigos, se ocupan de tan excelente obra.

«Sé muy bien que Antonio Arnauld, sugeto á quien se puede contar entre

este el momento oportuno de examinarlas, dirémos no obstante, que la caridad y el celo de la ciencia extraviaron á los Jesuitas: mas adelante entrarémos en esta curiosa discusion, en que intervino la Santa Sede; ahora solo nos resta seguir el curso de los acontecimientos.

Nuevas revoluciones políticas iban á estallar sobre la China con motivo de la aparicion de dos capitanes de bandidos, que se dejaron ver por los años de 1636. Licon, el mas poderoso, puso sitio á Pekin, se apoderó de la plaza, é iba á caer sobre el palacio del Emperador, cuando temiendo este llegar vivo á sus manos, se suicidó. Usanguey, uno de los jefes del ejército acampado en la frontera, fiel á la desgracia de su Príncipe, invocó el auxilio de los tártaros, que poco antes trataron de invadir el celeste imperio; y habiéndoselo otorgado su rey Zunté, porque la propuesta favorecia sus ambiciosos designios, reunieron ambas fuerzas, derrotaron á Licon, y le obligaron á renunciar su autoridad; aunque en cambio usurpó Zunté la corona, y se la transmitió á su hijo Chum-Tchi. Llega tambien un dia en que el pueblo mas instruido, mas culto y mas opulento, y por consiguiente, menos apto para arrostrar prolongados males, debe ser derrotado por el pueblo salvaje, pobre y robusto.

Estas discordias intestinas en nada paralizaban la propagacion de la fe. El P. Schall habia sembrado la palabra de Dios en la provincia de Chen-Si, y el P. Jaime Faure, Jesuita francés, recogió la cosecha. Esta fue abundante, y el número de los que hacia cristianos no debe atribuirse tanto á los prodigios que obraba como al espectáculo de sus virtudes.

Los príncipes de la familia tamingiena no consintieron, sin embargo, en dejarse arrebatar sin combatir el patrimonio que perteneciera en otro tiempo á Van-Lié, su abuelo; y refugiándose en las provincias meridionales de la China, levantaron en ellas el estandarte, y secundados por el virey y el general de la provincia de Quang-Si, Tomás Cheu y Lucas Sin, partidarios ambos del cristianismo, hicieron triunfar el principio de legitimi-

«los ornamentos del siglo actual, y á quien yo cuento en el número de mis «amigos, arrebatada de su celo, ha lanzado acriminaciones á los misioneros «que yo creo no haber sido siempre justas; porque me parece que los honores «tributados á Confucio, y tolerados por los Jesuitas, no debieran ser reputa- «dos como una adoracion religiosa.»

dad, y por los años de 1647 fue proclamado Jun-Lié emperador legítimo de la China. Después de batir en regla á los tártaros, penetraron en Kiang-Si, Honan, Fio-Kien y otras provincias, que arrastradas por la fidelidad y adhesion de ambos generales cristianos, acudieron en masa á someterse al nuevo Soberano.

Reducidos los Jesuitas, durante estas guerras civiles, al círculo de sus deberes religiosos, no habian querido tomar parte por la antigua ni por la nueva dinastía: creíanse encargados de tratar con los pueblos acerca de otros intereses de mas cuantía que lo eran los de la política; y, al dividirse en ambós campamentos, como para indicar desde luego la neutralidad que en ellos era prudencia guardar, llegaron á crearse una posicion independiente. Si la dinastía antigua tenia en su favor al P. Andrés Coffler y á Miguel Boym, la familia imperial de los tártaros honraba al Padre Adan Schall; y mientras que Jun-Lié imperaba ya en una parte de la China, por las conquistas de Cheu y Sin, el P. Coffler se captó la amistad del gran Colao, y este último habló á la Emperatriz y princesas acerca de este sacerdote extranjero, para quien no tenia misterios la ciencia. Introducido el Jesuita á peticion suya, les explica los misterios, la moral y los dogmas consoladores de la Religion; y estas mujeres, experimentadas ya por el destierro, y que solo encontraban en su existencia motivos de sobresaltos y amarguras, trataron de buscar en un lugar distinto del trono el refugio contra su infortunio. Mas, como nada en el mundo podia ofrecerles este asilo á no ser la religion cristiana, aceptáronla desde luego, recibiendo el Bautismo. La Emperatriz tomó en él el nombre de Elena, y pocos años después, el de 1650, dió á luz un niño á quien con anuencia del Emperador mandó bautizar con el nombre de Constantino.

Habia hecho tales progresos la Emperatriz en el fervor, que deseando remitir una carta autógrafa al soberano Pontífice, como efectivamente lo hizo, al par que darle una prueba de su piedad filial hácia el sucesor de los Apóstoles, designó como embajador al P. Boym, Jesuita polaco, quien saliendo de Pekin en 1651, llegó á Roma al año siguiente, y puso en manos del Papa y del General de su Órden las cartas que les dirigia la Emperatriz [1]. Apenas se habia marchado el P. Boym, cuando impaciente Chum-

[1] Existe en nuestro poder una de estas. Los caractéres chinos están trazados sobre un gran velo de seda amarilla guarnecido de franjas de oro.

Tchi al observar los triunfos de su rival, se arroja sobre las provincias que habian reconocido el gobierno de este. El Emperador quiere hacer frente á los tártaros, y vencido por estos, es asesinado en compañía del jóven Príncipe; llevándose el vencedor cautiva su esposa hasta Pekin, donde mandó guardar con ella todas las consideraciones debidas á su rango. Habiendo ya perdido con el trono á su esposo é hijo, trató de refugiarse á su piedad y á su religion, en las que halló el bálsamo consolador de todas sus desgracias.

Chum-Tchi era jóven, intrépido y prudente; apreciaba sobremanera al P. Schall, y por consiguiente, el afecto que el Jesuita le habia inspirado hácia el catolicismo, en nada se modificó con la victoria que habia conseguido sobre su legítimo competidor. Los misioneros diseminados por la China habian erigido un gran número de iglesias, y el Emperador mandó á sus generales que respetasen do quiera á los doctores de la ley divina llegados desde el Occidente. El poder de Chum-Tchi se desarrollaba tanto como sus talentos: habia llegado á ser grande en la guerra como en la paz, á la manera de todos los fundadores de dinastías. Ya no tenia enemigos; y los holandeses y los rusos le enviaron embajadores solicitando su alianza.

Después de conferir el título de mandarin al P. Adan Schall, á quien honraba con su amistad, le hizo presidente de los matemáticos del imperio; y le dió el nombre de Mafa, que equivale al de Padre, renunciando á la etiqueta de la corte para poder conversar con él mas familiarmente; y no solamente concedia á su Mafa el derecho de entrar á cualquiera hora en el interior de su palacio, sino que él mismo se trasladaba á su domicilio, donde, cosa inaudita en Pekin, pasaba largas horas con el Misionero. La conferencia principiaba constantemente por las observaciones astronómicas; y elevándose poco á poco el sacerdote á pensamientos mas dignos de su ministerio, recordaba al Monarca la ciencia de Dios, haciéndole pasar desde los fenómenos terrestres á las grandezas divinas, y dándole algunas lecciones de sabiduría, moderacion y justicia, en un lenguaje en que la verdad se dejaba ver disfrazada bajo el velo de una ingeniosa lisonja.

En las memorias dejadas por el Jesuita, se lee una de estas conversaciones, en la que, al paso que no puede uno menos de asombrarse al ver la franqueza del europeo, se siente conmovido al

reflexionar la confianza y abandono del tártaro. Chum-Tchi admiraba los preceptos del Evangelio; pero la violencia de sus pasiones le encadenaba al culto de los falsos dioses: comprendia y aprobaba cuanto encierra la Religion, exceptuando, sin embargo, el renunciamiento de los deleites, que fueron los que causaron su pérdida. Amaba con delirio á la mujer de uno de sus oficiales, con quien al fin se casó; pero después de algunos años de ventura, murió la nueva emperatriz. Como era idólatra y seductora, habia logrado con sus halagos hacerle abrazar de nuevo las supersticiosas creencias de que el P. Schall le habia desprendido. Desde este momento pasó el Emperador á ser otro hombre; sombrío y triste siempre, parecia no aspirar á otra cosa que á la tumba; únicamente el Jesuita conservaba su ascendiente sobre este Príncipe á quien consumia el dolor, y que espiró, por último, legando la corona á un niño que apenas contaba ocho años (1661).

Los cuatro regentes designados trataron de cumplir las intenciones del Monarca, y nombraron al Jesuita para preceptor del jóven heredero de la corona; pero los bonzos y mahometanos determinaron bien pronto á la regencia á proscribir al cristianismo, y en especial á los misioneros, creyendo, y con razon, que el favor que habia disfrutado Schall durante el anterior reinado pudiera renovarse en la mayoría de Kang-Hi. Con el objeto, pues, de destruir de un solo golpe las esperanzas de los Cristianos, cuyo número se aumentaba todos los dias [1], resolvieron los idólatras tentar un golpe de Estado contra los Jesuitas, y reuniéndolos en Pekin, los sumieron en los calabozos. Como el P. Schall habia sido el mas estimado, y por consiguiente el mas temible, trataron de agotar en él toda clase de torturas, condenándole desde luego á ser descuartizado. Pero, habiendo hecho gran impresion en el ánimo de los chinos lo avanzado de su edad, así como la ciencia y afabilidad que habia mostrado al pueblo en los dias de su poder, y habiéndose por otro lado ofrecido para morir en su lugar el P. Fernando Verbiest, natural de Brujas, como mas jóven, y cási tan célebre como el anterior, se enternecieron los magistrados y el populacho; y habiendo este implorado su perdon,

[1] Los Jesuitas poseian entonces 151 iglesias y 38 residencias en el territorio de la China; los Dominicos 21 iglesias y 2 residencias, y los Franciscanos 3 iglesias y una casa. Los primeros habian publicado 131 obras de religion, 133 de matemáticas y 55 de física y moral.

pudo el Jesuita espirar libremente el 15 de agosto de 1666, después de pasados cuarenta y cuatro años de apostolado, muriendo entre los brazos de Jacobo Rho y de Próspero Imporcetta, compañeros suyos, y que habian participado de sus trabajos.

Un año antes, las discusiones religiosas que se habian suscitado entre los Dominicos y Jesuitas, discusiones que Morales y Martini habian sostenido tal vez con mas erudicion que prudencia, estuvieron á punto de terminarse. La persecucion confundió en las mismas cadenas á los teólogos de ambos palenques. Veinte y tres se hallaban encarcelados en las mazmorras de Canton. Diez y nueve Jesuitas, tres Dominicos y un Franciscano, á quienes una misma comunidad de padecimientos y la perspectiva de una muerte próxima suministraron una idea de fraternidad cristiana; y aquellos hombres llegados desde tan léjos para conducir la paz á unas poblaciones idólatras, resolvieron las cuestiones con aquella calma que inspira la soledad.

Separados del resto de la tierra, y destinados á morir sin volver á ver su patria, quisieron al menos poner un término á las contiendas que los agitaban hacia ya tiempo, y después de un maduro exámen cada uno reconoció sus errores y arrebatos. Un hecho, desapercibido en la historia, pero que sin embargo obró una feliz reaccion en los cautivos, sirvió para probar que la caridad apostólica no perdia sus derechos aun en medio de aquellas controversias. Habíase escapado de la cárcel comun el Padre Navarrete, de la Órden de Predicadores; su evasion podia ser observada y excitar la cólera de los mandarines sobre los que quedaban aherrojados: inspirado del cielo el Jesuita Grimaldi, pasó á ocupar el puesto del fugitivo; dando con esto ocasion á que el P. San-Petri, del mismo Instituto que Navarrete, asombrado de aquella prueba de caridad, respondiese por medio de un testimonio solemne á las acusaciones dirigidas contra la Sociedad de Jesús, escribiendo estas notables palabras: «Certifico en primer «lugar, que segun mi parecer, cuanto practican los Padres mi«sioneros de la Compañía de Jesús, permitiendo ó tolerando cier«tas ceremonias que usan los chinos en honor del filósofo Con«fucio y de sus antepasados difuntos, no solo está exento de pe«cado, puesto que su conducta ha sido aprobada por la sagrada «Congregacion del Santo Oficio, sino que consideradas las creen«cias de las principales sectas de la China, esta opinion, á mas

«de ser mas probable que la contraria, es tambien mas útil, por «no decir necesaria, para abrir á los infieles las puertas del Evan-«gelio.

« Certifico en segundo lugar, que los Padres Jesuitas han anun-«ciado en este reino de la China á Jesucristo crucificado, y esto «no solamente de viva voz, sino por medio de las obras que han «publicado en gran número; que explican con gran cuidado á «sus neófitos los misterios de la pasion, y que en algunas de sus «residencias han establecido cofradías de la Pasion.

«Certifico en tercer lugar, y protesto con juramento, para el «efecto que se necesite, que no me ha impulsado á tributar este «testimonio que acabo de leer, ruego ni persuasion alguna; úni-«camente lo hago por amor á la verdad.»

Las cristiandades de la China se veian amenazadas á la vez por la persecucion suscitada por los regentes del imperio, y por las contiendas teológicas de las Órdenes religiosas; pero en Kang-Hi la mayoría hizo cesar las vejaciones que sufrian los Católicos, volvió á los misioneros su libertad, y otorgó á los Jesuitas un influjo mas grande aun que el que habia disfrutado hasta entonces; si bien es verdad que estas prosperidades inesperadas suministraron un nuevo pábulo á la efervescencia, y como lo verémos mas adelante, acarrearon la ruina de esta Iglesia.

CAPÍTULO XXI.

El seminario de Goa.—Misioneros en el Congo y en Guinea.—El P. Pedro Claver y los negros en Cartagena.—Caridad del Jesuita.—Medios de que se vale para dulcificar la suerte de los esclavos.—Sus misiones en las cabañas de estos.—Su muerte.—El P. Alejandro de Rhodes en Tong-King y en la Cochinchina.—Martirio de Andrés.—Proscripcion del P. Rhodes.—Llega á Roma y en seguida á Francia.—El Jesuita y M. Olier.—Encamínase á la apertura de la mision de Persia.—Los Jesuitas parias en el Indostan.—Producen un mal efecto sobre los bramas.—El P. Roberto Nobili en el Maduré.—Hácese Saniasis y adopta los usos y costumbres de los bramas.—Sus triunfos en el Maduré.—Acúsanle de fomentador de la idolatría.—Su muerte.—Los PP. Juan Britto y Constancio Beschi.—Los Jesuitas en Chandernagor, en los reinos de Arracan, Pegú, Cambodge y Siam.—El P. Sociro en la isla de Ceylan.—Su martirio.—Asesinan los Protestantes al P. Monreyro.—El P. Cabral en Tibet y en el Nepaul.—Los Jesuitas en el Marañon.—Triunfan de la crueldad de los Guaitaces.—Los PP. Medrano y Figueroa en Nueva-Granada.—Jesuitas traficantes.—Fulmina contra ellos su anatema el arzobispo de Santa Fe de Bogotá.—Los Jesuitas en el Canadá.—La Nueva-Francia y sus primeros misioneros.—Peligros á que se vieron expuestos.—Sus primeros prosélitos.—Los hurones y los iroqueses.—Los ingleses y franceses en la América septentrional.—Afecto de los indígenas por la Francia, y repulsion por los ingleses.—Triunfos de los Jesuitas.—Carácter de la mision.—Su género de vida.—Llaman los Jesuitas á las Hospitalarias y Ursulinas para la asistencia de los enfermos y educacion de las jóvenes salvajes.—Reducciones cristianas.—El P. Fogues y los iroqueses.—Su martirio.—Los Abenakis y los misioneros.—El P. Daniel y sus catecúmenos.—El P. Brebeuf y Gabriel Lallemand son asesinados por los iroqueses.—Martirio del P. Garnier.—El P. Poucet ajusta la paz con los salvajes que le habian mutilado.—Los Jesuitas entre los iroqueses.—Mision de Constantinopla.—El P. Canillac y Enrique IV.—El embajador de Venecia denuncia los Jesuitas al Divan.—El P. José y Coton.—Los Jesuitas en el Levante.—Cirilo Lucar y los Jesuitas.—Funda el P. Lambert la mision de los Maronitas.—Mision de las Antillas.

El imperio celeste, con todos sus numerosos letrados, y el inmenso número de colonos y moradores que cultivaban sus campiñas y poblaban sus villas, no bastaba á satisfacer el ardor apostólico y el ardiente celo de la salvacion de las almas que abrigaban los Jesuitas; cuya voz se dejaba escuchar á un mismo tiempo en

la Etiopia, en el Mogol y Ceylan, en las costas de Coromandel, Bengala, Filipinas, los desiertos de la Guinea, las Molucas y en las comarcas mas remotas del Asia, fecundadas con su palabra, su iniciativa, y hasta con su misma sangre. Do quiera que se encaminaban, domesticaban el instinto y las costumbres feroces de los salvajes; do quiera desarraigaban las antiguas supersticiones, y do quiera, después de haber padecido grandes trabajos, llegaban á triunfar de las pasiones bárbaras ó de los sentimientos de repulsion, que inspiran cási siempre los extranjeros en el ánimo de las poblaciones. En el Mogol, en Granganore y entre los cismáticos abisinios, se habian erigido varios colegios del Instituto por los años de 1616; mientras que en Goa, en esa Roma del Asia, donde reposaba el cadáver de Francisco Javier, adiestraban á los operarios que se debian encaminar á aquellas lejanas playas. Acostumbrábanlos en la penuria, en la beneficencia, abnegacion, sabiduría, y en las tribulaciones de la vida errante y glorias del martirio. En Asia, África y América, donde la Compañía habia vencido tantos obstáculos, no retrocedia ante ningun peligro; mientras que sostenia y aumentaba sus conquistas primitivas, procuraba incesantemente extender su impulsion, y pertrechada en sus pasados triunfos ó en sus reveses, que tambien eran victorias para ella, lanzaba nuevos misioneros á otros nuevos continentes.

El Monomotapa y la Cafrería acogian su enseñanza. En el Brasil y Méjico eran saludados los Jesuitas como sus libertadores. Se encaminaban á Hiagui, y fundaban un colegio en el Potosí, otros dos en Chile, y una nueva colonia en Porto-Seguro; mas no por eso dejaban de experimentar los tiros de la envidia, compañera inseparable del triunfo, la cual nunca perdona la dicha en los otros, y la calumnia, que no guarda consideraciones ni aun con la mas palpable abnegacion. Si los salvajes no los asesinaban á primera vista, pronto se les aficionaban, y corrian en pos de ellos como á hombres privilegiados por Dios. Les seguian con confianza y los escuchaban con respeto. Pero este mismo amor, cuyos testimonios evidentes resaltaban en el seno de las ciudades lo mismo que en los bosques, era una elocuente censura de la codicia de los europeos, ó de la negligente apatía de algunos miembros del clero secular. Semejantes demostraciones originaban ciertos hechos, que daban lugar á disensiones y querellas de amor propio ó de

preferencia, que si en Europa no pasaban de ser frívolas ó superfluas, entre aquellas poblaciones que aun estaban en la cuna del estado social tomaban el carácter de peligrosas. Los Jesuitas habian introducido el cristianismo en las principales regiones del Nuevo Mundo, centuplicando en ellas su accion: sus enemigos trataron de hacerles expiar la grandeza de sus obras por medio de mezquinas intrigas y de oscuros debates teológicos.

Tanto en Europa como en Asia habia Padres á propósito para morar en los palacios de los príncipes, dirigir las conciencias de los reyes, y aleccionar á los sabios. Tambien los hubo dispuestos á rescatar los cristianos cautivos y participar de sus cadenas. Al mismo tiempo que se les veia fundar residencias en Angola y en las costas de Guinea, se les observaba en Tetuan y en la costa del África, fortificando á los esclavos blancos, y diseminando la fe entre los negros del Congo y del interior del país; y cuando la ignorancia ó el embrutecimiento esterilizaban sus esfuerzos, se contentaban con plantar una cruz en la cumbre de una montaña como un signo de esperanza. Véianse precisados á luchar con enemigos de toda especie, que por avaricia se oponian á que se inspirasen sentimientos de humanidad á aquellos desgraciados, y los primeros elementos de la civilizacion. Los portugueses y españoles querian hacer de ellos unas acémilas, mientras que los herejes de Inglaterra y Holanda, pretendidos emancipadores del pensamiento y apóstoles de la libertad, les imponian unas cadenas todavía mas pesadas. Al objeto de impedir que los Jesuitas no paralizasen su odioso tráfico, surcaban los Protestantes los mares, y asesinaban á los misioneros. Los que escapaban á todos estos peligros tropezaban con otros al tocar en las playas, teniendo que luchar con los juglares de Quinola: apelando á la caridad y al raciocinio para destruir las creencias supersticiosas, las costumbres bárbaras y los sacrificios humanos sobre los sepulcros entreabiertos.

Mientras los Jesuitas consumian su existencia en semejantes cuidados, disputando á la rapacidad la última ráfaga de inteligencia de los negros, otro Padre se ofrecia á los de Colombia, haciéndose esclavo de los mismos esclavos, y aun favoreciéndoles con su amistad, á fin de aligerar el peso de sus cadenas y darles un amo menos exigente y mas compasivo que sus compradores. Nacido en Verdú en el principado de Cataluña, por los años

de 1581, podia Pedro Claver, por la nobleza de su orígen, aspirar á las mas encumbradas dignidades de la Iglesia, ó á los honores militares; pero consagrándose al Instituto de Jesús, fué á terminar sus estudios al colegio de Mallorca, donde habitaba á la sazon el anciano Alfonso Rodriguez, el cual después de haber pasado una buena parte de su vida en los negocios comerciales, se habia retirado del mundo para vivir en mayor intimidad con Dios. Simple coadjutor y portero del colegio, este humilde Jesuita, á quien el papa Leon XII colocó en el número de los bienaventurados por su decreto de 29 de setiembre de 1824, se unió íntimamente á Claver con los vínculos de la amistad; y al paso que se ocupaba en revelar á su jóven discípulo los misterios de la ciencia, trató de iniciarle en los de la santidad; predisponiendo tan perfectamente al novicio para las virtudes apostólicas, que ni todas las fatigas ni todos los peligros reservados á los misioneros fueron suficientes para entibiar su amor á los padecimientos, ni la inmensidad de su celo. Creyendo Claver que existia en el mundo una raza de hombres mas digna de compasion que los salvajes, quiso consagrar á ella todo el lleno de su caridad.

En el mes de noviembre de 1615 arribó á Cartagena, una de las ciudades mas considerables de la América meridional, y cuyo puerto venia á ser la escala del comercio europeo y el gran bazar donde se ejerció el tráfico de los negros, en el cual se les vendia, se les compraba y se les cargaba de trabajos; se les hacia bajar al fondo de las minas, aplicándolos á todas las torturas del hambre, de la sed, del frio y del calor para acrecentar sus tesoros; y cuando bajo aquel sol abrasador y bajo aquellas tempestades que consumen tan pronto las complexiones mas robustas, aquellos pobres esclavos habian agotado sus fuerzas para fertilizar un suelo ingrato, los abandonaban sus amos á la desesperacion de una vejez anticipada, y morian sin socorro, como habian vivido destituidos de toda esperanza.

Esta miseria, sostenedora del lujo y de la opulencia, no se les habia escapado á los Jesuitas. El P. Sandóval habia precedido á Claver en esta playa; y aunque nacido, como él, en la grandeza, se habia impuesto el deber de consolar y aliviar los padecimientos de tantos infortunados. Alfonso Rodriguez habia enseñado á Claver la teoría de la abnegacion, y Sandóval le hizo conocer la práctica. Apenas le hubo formado para el género de vida, ó por

mejor decir, para aquella continuidad de infortunios que necesitaba tolerar por un lado y dulcificar por otro, cuando el Jesuita, envejecido en las buenas obras, conoció que podia abdicar en sus manos el cetro de la humillacion. Púsose Sandóval á recorrer el desierto, abriéndose paso por entre los bosques mas espesos para anunciar á los negros libres la buena nueva de Jesucristo; espirando después este hombre, cuya familia nadaba en la opulencia, cubierto de úlceras que voluntariamente habia contraido por su caridad.

.No era la diversidad de lugares ó de climas, ni esa necesidad de cambio tan consoladora al corazon humano, lo que hacia confiar á Claver que veria compensados sus trabajos en Cartagena: miraba el porvenir con el mismo aspecto que al tiempo actual, lleno siempre de las mismas calamidades, y siempre portador de la misma ignorancia, los mismos terrores y las mismas enfermedades. Los negros eran los únicos que se renovaban. Cada dia comunicaba al Padre una monotonía de solicitudes, de afanosos cuidados y de cariño, que hubiera sido suficiente para dar al través con la paciencia mas ejercitada. Los esclavos morian pronto diezmados por los trabajos y el calor: los reemplazaban con otros, y venia á ser su obra la tela de Penelope. Pero no echaba mano de esa estéril filantropía que en las tribunas políticas ó en las academias hace derramar algunas lágrimas, oficialmente dictadas para fingir acerca de los infortunios de los hombres de color. El amigo de los negros no se contentaba con dejarse conmover desde léjos, escuchando los relatos novelescamente engalanados ó las frases humanitarias de los especuladores de obras buenas. Se habia, sí, decidido á participar de su miserable existencia, porque este era el único medio de enseñarles á no maldecirlo, y de conducirlos por grados desde la idolatría al cristianismo, y desde la esclavitud á la emancipacion.

Cuando entraba un buque en el puerto, acudia Claver con su provision de bizcochos, limones, aguardiente y tabaco, y prodigando sus caricias á aquellos esclavos embrutecidos con los trabajos de una larga travesía, temblando siempre bajo el peso de las amenazas ó del látigo. Les hablaba de un padre y de una patria que tenian en el cielo, ya que sus padres ó sus príncipes habian tenido la crueldad de venderlos. Recibia en sus brazos á los enfermos, bautizaba á sus niños, fortificaba á los robustos, y ha-

ciéndose su criado, les daba á conocer por señas que siempre y do quiera estaria á sus órdenes, pronto á compartir sus padecimientos y dispuesto á instruirlos, sin retroceder jamás, aun cuando le exigiesen el sacrificio de sus dias.

Á vista de los infortunios de que acababan de ser víctimas, y en presencia de los que les aguardaban aun, aquellos negros, que solo veian desprecio ó impasibilidad en la fisonomía de los blancos, no podian resistirse en depositar su confianza en aquel hombre, á quien sus compatriotas, acostumbrados ya al yugo europeo, saludaban como á un amigo. Una vez obtenida su confianza, trató Claver de inocular en ellos las máximas del Evangelio. Muchos obstáculos de varias clases tenia que vencer, tales como el de encontrar intérpretes, pagarlos y aleccionarlos en el arte de hacerse misioneros por sustitucion. Púsose Claver á mendigar de puerta en puerta tendiendo su mano en las plazas públicas; y después de haber arrancado á los colonos el permiso de visitar á los negros en sus casas ó en las minas, se dejaba ver este Jesuita catalan caminando á través de los campos, pálido siempre, devorado por una continua calentura, y con el cuerpo siempre extenuado por las mas crueles enfermedades, para conducir á los esclavos un rayo de esperanza y de salvacion.

Apoyado en su báculo, con un Crucifijo de bronce colgado al pecho, y agobiados los hombros bajo el peso de las provisiones que va á ofrecerles, recorre con un paso que la caridad transforma en ágil los caminos abrasados por los rayos del sol; atraviesa los rios, desafia el ímpetu de las lluvias y las variaciones del clima; y cuando sale de una casa en que la aglomeracion de esclavos condensa el aire infecto ya por el amontonamiento de tantos cuerpos contagiados, se presenta en seguida en el punto destinado para los enfermos. Como estos necesitan mas socorros y mas consuelo que los demás, su primera visita les pertenece de derecho. Una vez en él, les lava la cara, cura sus llagas, les distribuye los medicamentos y jarabes, les exhorta á sufrir por Dios que murió en la cruz para rescatarlos; y cuando ya ha logrado calmar todas las dolencias del cuerpo y del alma, reune los esclavos en derredor del altar erigido por sus manos, y pone ante sus ojos un cuadro de Jesucristo en el Calvario, de Jesucristo que tambien derramó su sangre por los negros: coloca en seguida los hombres á un lado y las mujeres á otro, sobre unas esteras que

él mismo ha colocado, y con aire radiante y extremada caridad da principio, en medio de aquellos seres degradados, desnudos y plagados de inmundicia, á las instrucciones que sabe amoldar á su natural rusticidad.

Prescindiendo de los negros públicamente esclavos, habia en Cartagena otros á quienes la codicia de sus amos tenia ocultos, y que por eximirse de pagar el diezmo impuesto por el monarca español, eran vendidos en secreto á ciertos comerciantes que los destinaban á los ingenios de azúcar. El estado de estos era, si cabe, aun mas infeliz que el de los demás. El Gobierno ignoraba esta clase de contrabando, y Claver lo adivinó, mas no con ánimo de denunciarlo, sino para que estos infelices no estuviesen mas privados de los beneficios del Evangelio que sus hermanos. Claver juró guardar el secreto, con tal que le permitiesen instruirlos y bautizarlos: secreto que se llevó consigo á la tumba.

No bastando á su celo el haber transformado en cristianos á tantos infortunados, trató de inculcarles los primeros rudimentos de la moral evangélica. La Sociedad le constituia esclavo de Dios; pero cuando fue llamado á pronunciar sus votos solemnes, queriendo sojuzgarse bajo un yugo mas pesado que al que aquella le imponia, firmó de este modo su profesion: *Pedro, esclavo de los negros para siempre.* Claver se entregaba todo entero al servicio de aquellas hordas groseras, y jamás se separó de ellas. Después de conferir el Bautismo á los menos estúpidos, quiso tambien inspirarles algunos sentimientos de humanidad: eran débiles, y temblaban en presencia de sus amos, y quiso realzarlos delante de Dios. Sus amos evitaban su contacto, porque el solo contacto engendraba exhalaciones fétidas; pero Claver, que solo veia en ellos unos cristianos, quiso que al menos en la iglesia de los Jesuitas reinase la igualdad como en el cielo y en la tumba.

Vitupéranle su celo, amenazándole con dejar desierta su iglesia, y el Jesuita contesta que si los negros han sido comprados como bestias por la barbarie de los hombres, no por eso han perdido el derecho de hijos de Dios; que tienen obligacion de cumplir los preceptos de la Iglesia, y que siendo él un pastor, debe distribuirles el pasto de la divina palabra. Con esto pudieron en adelante los negros acudir al santuario como los blancos, y mezclarse con los europeos.

En medio de tanta desolacion habian ido creciendo los mayo-

res vicios. El desenfreno se presentaba en toda su desnudez, acompañado siempre de los mas vergonzosos placeres, y solo germinaba enfermedades obscenas, y jamás suscitaba un remordimiento. El pudor era una frase desconocida para los negros, hasta que conduciéndolos Claver como por grados al conocimiento y práctica de la virtud, logró á fuerza de ternura y lecciones afectuosas inocular en su corazon los sentimientos de sobriedad y pureza. Resignado por espacio de cuarenta años á las peripecias de esta penosa existencia, de la que solo hemos descrito un dia, miraba á los leprosos y contagiados como otros tantos hijos de predileccion. Pero este anciano destinado á ver á la humanidad bajo tan espantosas y horribles fases, no tardó en adquirir las mismas dolencias que tantas veces habia mitigado. Empezó á perder poco á poco el uso de sus piernas y brazos, y por último entregó su alma en manos del que habia padecido por negros y blancos tan atroces torturas, el 8 de setiembre de 1654.

Como durante el transcurso de su prolongada existencia habia procurado confundir en el mismo amor al colono y al esclavo, al blanco y al atezado, se los vió después congregarse en un mismo sentimiento de admiracion, piedad y luto en derredor de su tumba. Si los magistrados de Cartagena y el mismo gobernador, don Pedro Zapata, á su frente, solicitaron el honor de costear á sus expensas el funeral de este Apóstol de la humillacion, los negros y aun los mismos marrones, ó los negros fugados á las montañas, asistieron á la pompa fúnebre, dejándose escuchar un solo grito desde el centro del palacio mas fastuoso, como en la choza mas humilde, que expresaba la gratitud y veneracion hácia este caritativo ser que tanto habia glorificado á la humanidad [1].

Mientras que el P. Claver revelaba al mundo el poder que puede ejercer la caridad de un hombre sobre las naturalezas mas ingratas, otro misionero de la Compañía, el P. Alejandro de Rhodes, nacido en Aviñon en 1591 franqueaba al cristianismo las puertas de la Cochinchina. Habia ya roto las de Tong-King, una de las mas importantes del An-Nam, predicado en ella el Evangelio; y á fines de 1624 penetraba en las montañas de la Cochin-

[1] Benedicto XIV confirmó en 1747 el decreto de la Congregacion de Ritos, que declaraba suficientes las pruebas del grado de heroismo en que el P. Claver poseia todas las virtudes, y Pio IX acaba de beatificar á este Javier de las Indias occidentales, nuestro paisano.

china. «El idioma de esta nacion, dice el Jesuita en una de las «relaciones de sus diversos viajes, me asombró en un principio; «porque forma como una continua música, y la misma palabra, y «aun la misma sílaba pronunciada de diferente manera, tiene «á veces veinte y cuatro significaciones enteramente distintas. «Cuando los oí hablar por primera vez, me parecia escuchar un «gorjeo de pájaros, y cási perdí las esperanzas de aprender aque- «lla baraunda.»

Sin embargo llegó á poseerle con perfeccion; si bien es verdad que desde 1624 á 1640 caminó sucesivamente por el Tong-King y la China, conversando con los reyes, y anunciando á los pueblos la palabra divina; hasta que en 1640 fue destinado definitivamente para ejercer su ministerio en la Cochinchina.

Y no era ciertamente á unos salvajes á quienes iba á predicar los dogmas del cristianismo; sabíalo muy bien el P. Rhodes, y conformándose con aquellas costumbres de obediencia ciega hácia el Soberano, y con aquella maravillosa aptitud para comprenderlo todo, hacia de aquellos pueblos una especie de clase de letrados. Pudo enseñarles á domar sus pasiones y á creer; y cuando hubo formado algunos fervientes prosélitos estalló la persecucion. En el mes de julio de 1644 acompañó al lugar del suplicio hasta verle morir, á un jóven á quien habia bautizado bajo el nombre de Andrés, que habia sido llamado al martirio ó al perjurio.

El rey de la Cochinchina trataba de paralizar los progresos del cristianismo derramando sangre. Imitáronle sus administradores en las provincias sin obtener mejor éxito. El gobernador de la de Cham-Tao manda abrir un registro de los neófitos, esperando que la mayor parte de ellos no se atreverian á insultar su cólera proclamándose cristianos. Ni uno solo retrocedió á vista de semejante exigencia, y todos se presentaron con júbilo confesando su religion. Como Alejandro de Rhodes era en su concepto el mas culpable de todos, le dió órden para que saliese inmediatamente del territorio imperial; mas «hallándome solo, dice el mis- «mo Jesuita, no me pareció conveniente abandonar á treinta mil «cristianos dejándoles sin pastor alguno; y retirándome de la «corte, permanecí oculto, habitando de dia en una barquichuela «con ocho de mis catecúmenos, y dirigiéndome por la noche á «visitar á los Cristianos que se reunian en ciertas casas.»

Mas esta existencia misteriosa vino á durar poco mas de un

año. Preso por último, y conducido á presencia del Monarca, fue sentenciado á pena capital. Su ciencia y dulzura le habian creado algunos partidarios en derredor del trono, los que intercedieron en su favor, y el Monarca conmutó su castigo en un destierro perpetuo. Viendo que ya no le quedaba medio para continuar su mision, se dirigió á Roma con el objeto de empeñar al soberano Pontífice á enviar obispos y operarios á aquel país en donde la Religion encontraba corazones tan fieles. Atravesó en seguida la Persia y la Media, llegó por último á Roma el 27 de junio de 1649, después de treinta y un años de excursiones y peligros de toda especie. «¿Qué hacemos en Europa, escribia en esta época, que «pueda igualarse con la gloria de estas conquistas? Uno solo de «nuestros Padres ha bautizado durante el espacio de un año seis «mil cristianos, dirige en la actualidad cuarenta mil, y cuida de «setenta iglesias. Nuestro buen maestro Jesucristo nos llama y «quiere ser nuestro capitan.»

Verdad es que el Jesuita era ya demasiado anciano para abrigar la esperanza de volver á ver á sus neófitos; pero tenia fe en su obra, fe en la Santa Sede y en el celo de sus sucesores. Acogido por Inocencio X con un afecto que igualaba á sus afanes, quiso este Pontífice, para honrar al Jesuita, cuyos servicios apreciaba la Iglesia, encargarle á él mismo de la ejecucion del proyecto que habia concebido. Con este designio corrió á Paris, donde residian á la sazon aquellos grandes hombres religiosos que dominaban al mundo con el brillo de sus talentos y la heroicidad de sus virtudes. Acababa de rehusar la dignidad y el título de obispo de que se habia dignado investirle Inocencio X, y se dirigia á Francia para suscitar los primeros pastores y crear misioneros. Conmovido Juan Jacobo Olier, fundador de la Congregacion de San Sulpicio al escuchar el relato del Jesuita, á pesar de hallarse agobiado bajo el peso de sus dolencias, se arrojó á sus piés, instándole para que le aliste en la santa milicia que está reclutando; pero sordo este último á sus instancias por verle ocupado en renovar con su Instituto el espíritu del clero francés, se mostró inflexible, y le negó su demanda. «Ocho dias hace, escribia á la «sazon Olier, que dí á conocer la soberbia de mi corazon, ma«nifestando el deseo que tenia de seguir á este gran apóstol del «Tong-King y la Cochinchina; pero cuando le hube hablado «acerca de este deseo, ó mas bien de este proyecto, aquel santo

«hombre, ó Nuestro Señor por él, me ha reputado indigno de «ello.»

Sin embargo, el Jesuita otorgó á varios jóvenes lo que habia negado á Olier, inspirado por el verdadero interés de la Iglesia; y cuando hubo preparado para el apostolado á los nuevos operarios, se lanzó él mismo en busca de nuevos peligros, á la manera de un antiguo atleta á quien rejuvenecen los combates. Al atravesar la Persia, habia tenido ocasion de ver que la miés podia ser abundante; y deseando consagrar sus últimos dias al cultivo de aquella comarca, suplicó al General de la Compañía que le autorizase para establecer en ella una mision. Su deseo fue bien acogido, y el que habia plantado la cruz en el Tong-King y la Cochinchina, pudo tambien enarbolarla en los muros de Ispahan, y algunos años después, el de 1660, espiró víctima de sus tareas apostólicas.

Aunque sin prestar á sus obras un sello semejante de gloriosa individualidad, marchaban otros Jesuitas por las huellas de los dos anteriores; sucumbiendo unos, como Vicente Álvarez, al filo de la cimitarra mahometana, y pereciendo otros, como Antonio Abrero, sumergidos en las olas á consecuencia de un naufragio. El 29 de junio de 1648 falleció Francisco Paliola en la isla de Magindanao atravesado por el puñal de un apóstata, y el 11 de noviembre del año siguiente espiraba el P. Vicente Damian, uno de aquellos misioneros que á la sazon aparecian milagrosamente: fue asesinado por los gentiles de las islas Filipinas. Mientras que Francisco Rozo combatia en el sínodo de Diampur, y expresándose en dialecto tamul, los errores del nestorianismo por los años de 1599, se ocupaba el P. Pimentel en la fundacion de una casa de la Compañía en Negapatan y un seminario en Santo Tomé. Simon Sa, que habia sido enviado como embajador á las costas de Coromandel, fue acogido en Bisnagar favorablemente por el Príncipe, á quien sus súbditos honraban con los pomposos títulos de rey de los reyes, esposo de la buena fortuna y soberano absoluto del Oriente, Mediodia, Aquilon, Occidente y el mar. El soberano de Gingea pedia Jesuitas para su reino, mientras que estos se ocupaban, comunicando un gran impulso al movimiento cristiano, en propagar la doctrina evangélica por todos los ámbitos del Indostan, desde el Ganges al Indo, y desde el valle de Cachemira á Golconda. Diseminados por aquellas regiones inmen-

sas, y perdidos, por decirlo así, en medio de aquellos pueblos que tenian un culto exclusivo, una ciencia y unas costumbres enteramente suyas, y que profesaban una antipatía hereditaria á los europeos, no habian conseguido aun vencer tantos obstáculos. Y si en la China habian debido á la docilidad de los magnates y literatos la introduccion del Evangelio, en el Indostan por el contrario, únicamente los parias adoptaron el emblema del cristianismo como el signo de su proscripcion, y como la aurora de una nueva esperanza.

Mas este mismo emblema, que para ellos era un signo de igualdad, ofendió altamente á las clases elevadas de los bramas y rajahs, que á través del madero del Calvario, vislumbraban de continuo la sangrienta espada de Alburquerque, ó la de los aventureros de profesion que habian acompañado al conquistador. Los parias habian buscado un refugio y un consuelo en el Evangelio: este Evangelio no tardó en ser declarado despreciable, por la sola razon de haberle adoptado los parias. Mas, como á los ojos de los misioneros era un tesoro mas inestimable la salvacion de aquellas clases malditas que lo podia ser la de los bramas, no contentos con inspirarles el sentimiento de la humana dignidad, sacaban del fango á las pobres hordas agobiadas hacia tantos siglos bajo el peso del anatema universal. Conocian que era indispensable inocular la fe en los corazones de las clases privilegiadas para hacer mas soportable la condicion de los primeros neófitos. No les faltaba buena voluntad; pero los medios no correspondian á su celo. En esto se dejó ver en el puerto de Goa por los años de 1605, Roberto de Nobili, cuyo nombre estaba unido á la cátedra de san Pedro por los pontífices Julio III y Marcelo II, y á la corona germánica por el emperador Oton III.

Nacido en Montepulciano en 1577, habia renunciado, como el cardenal Belarmino su tio, á los honores y cargos civiles y eclesiásticos por ingresar en la Compañía de Jesús, donde amaestrado por el P. Orlandini, se consagró desde luego á las misiones, y apenas habia cumplido los veinte y ocho años, cuando se presentó en el Nuevo Mundo, impulsado por la codicia de las conquistas evangélicas. Viendo que los misioneros de Carnate, Gingea y Tanjaur se hallaban en un estado de desaliento al observar que los bramas, ó sean los sacerdotes y doctores de la nacion, no se habian dignado siquiera descender del apogeo de su vanidad para hu-

millarse ante una religion que habian adoptado los parias, concibió la noble idea de seguir un rumbo contrario, imaginando que quizás produciria resultados mas felices un sistema diferente de accion.

Como en odio de los últimos rechazaban los primeros al cristianismo y los Jesuitas, Nobili, á quien habia caido en suerte la mision del Maduré, trata de hacerles aceptar el Evangelio por una via menos sospechosa á su orgullo. Improvísase brama, ó lo que es lo mismo, se amolda á las costumbres, habla el idioma y se apropia el traje de los saniasis [1]; y habitando como ellos en una choza de césped, se condena á una vida de austeridades y privaciones, absteniéndose de comer carne y pescado, y de beber toda clase de licores. Rasúrase la cabeza, con arreglo á su costumbre, dejándose un solo mechon de cabellos en el vértice; cálzase unos zuecos con hebillas de madera; colócase un gorro cilíndrico de seda de color de fuego, y de cuya parte superior pendia un largo velo que cubria sus espaldas; vístese con un traje de muselina, dejando ver unos ricos pendientes que flotaban sobre su cuello, y hácese una señal amarilla en la frente con el jugo de la madera de Sandonan.

Y cuando en el misterio de su gruta, á donde nadie se habia aproximado aun, ha conseguido identificarse con las costumbres y ceremonias del país, pone en práctica su proyecto, aprobado por el arzobispo de Cranganor y los Jesuitas; siendo tan completa su metamórfosis, que ni aun la perspicacia de los bramas pudo ver en él un europeo. Transformado ya en santo y sabio como ellos, le interrogan acerca del orígen de su nobleza; jura que desciende de una raza ilustre; registran su juramento, y se le confiere el nombre de Tatouva-Podagar-Souami, que significa hombre que ha pasado por maestro en las noventa y seis cualidades del verdadero sabio.

Acostumbran decir los indios que el oro y las perlas se ocultan, y que para conquistarlas son necesarias grandes fatigas. Nobili le habia meditado, y trató de aplicar el proverbio. Sabiendo por otro lado que la curiosidad no satisfecha es un fuerte estímulo, se propuso permanecer retirado, no haciendo ninguna visita y recibiendo las menos posibles, y de este modo llama la pública

[1] Los Saniasis son los bramas penitentes, la raza mas respetada del Indostan.

atencion. La fama de su sabiduría y de sus austeridades se difunde entre los bramas, y muchos de ellos manifiestan un deseo vivo de escucharle. Accedió por fin á sus instancias, y abriendo una escuela, y mezclando la enseñanza de la doctrina celestial con la terrestre, consiguió en poco tiempo hacerles admirar los dogmas y leyes de la religion cristiana. Cuatro años después de su arribo al Maduré, llegó á superar los obstáculos y á recoger el fruto de su perseverancia. Algunos bramas empezaban ya á postrarse ante la cruz, y el misterio de la igualdad humana se ennoblecia á sus ojos. El monarca de aquel país se habia propuesto abrazarle luego que lo hubo comprendido; pero aquellos bramas, que no habian aun sometido su orgullo á la humillacion del Calvario, asesinaron al príncipe en una pagoda, proclamando en seguida que los dioses habian arrebatado á su Rómulo indio, transportándole á la mansion de la gloria.

Pero si el Jesuita habia triunfado por un milagro de valor y paciencia, los europeos trataron de acriminar su triunfo, y le explicaban diciendo que se habia hecho brama, y que animaba á la supersticion é idolatría para añadir á la Compañía de Jesús un nuevo reflejo de poderío. En 1618 estaban tan acreditadas estas imputaciones, que fue citado á comparecer ante el arzobispo de Goa. Preséntase inmediatamente en aquella capital para cumplimentar las órdenes de sus superiores; pero apenas habia puesto el pié en ella, cuando advirtiendo el P. Palmerio, visitador de las Indias, y demás Jesuitas que se hallaban presentes, el nuevo disfraz que le cubria, lanzaron un grito de indignacion. Nobili lo habia previsto y traia preparada su defensa. Esta era perentoria, y desvaneció fácilmente las animosidades de sus colegas, sin embargo de no ser acogida tan favorablemente en el tribunal del arzobispo. La cuestion era delicada: desde Goa, donde cada uno la solventaba á medida de sus pasiones, de su fe y animosidades, la trasladaron al tribunal de la Santa Sede, donde aun en las mismas gradas del trono pontificio encuentra Nobili un censor en su mismo tio, el cardenal Belarmino. Apoyado en la pureza de sus intenciones, al par que convencido de que no habia otro medio para aclimatar el cristianismo entre los bramas, resistió con tanta energía á las objeciones que le hicieron, y probó con tanta elocuencia la madurez de sus planes, que el mismo Almeida, inquisidor de Goa, no pudo menos de rendirse á sus razones. El

Dominico defendia la causa del Jesuita, á quien el 31 de enero de 1623 autorizó Gregorio XV para que prosiguiese su proyecto, hasta nuevo exámen por parte de la Santa Sede.

Con el emplazamiento de la cuestion de los ritos malabares, pudo Roberto entregarse con seguridad de conciencia á sus extrañas tareas, que volvió á empezar efectivamente después de cinco años de debates, y que continuó hasta el dia en que, privado de la vista, no le fue ya permitido trabajar en la salvacion de los indios. Como les habia consagrado su juventud y aun su edad madura, tanto en su retiro de Jafanapatan, como en el colegio de Santo Tomé, quiso tambien dedicarles sus últimos momentos. Como la ceguera le impedia la vida activa, y no le permitia su caridad permanecer mucho tiempo en la inaccion, se dedicó á componer en cada uno de lòs dialectos del Indostan algunas obras, con el objeto de allanar las dificultades que ofrecia á los europeos tanta diversidad de lenguaje; y después de cumplido esto, falleció el Jesuita en 16 de enero de 1656, á la edad de ochenta años, siendo su sepulcro, que existe á poca distancia de Maduré, el objeto de la veneracion de los indios [1].

Para caminar por la senda trazada por este humilde sacerdote, que habia ganado mas de cien mil bramas al cristianismo, se necesitaban hombres excepcionales que renunciasen como él á sus gústos y hábitos, y capaces de crearse una existencia enteramente diversa de las costumbres de su patria. Un nuevo Jesuita, el P. Juan Britto, hijo de un virey del Brasil, se ocupó con algunos años de intervalo en fecundizar la mision interrumpida por muerte de Nobili. Arrancado este nuevo operario en 1672 á las lágrimas de su familia, á los ruegos de sus amigos, y á las súplicas de D. Pedro de Braganza, regente á la sazon de la corona de Portugal, corre al Maduré en la flor de su edad, y se hace saniasis. Dotado de un celo ardoroso, aunque temperado por la prudencia, y poseedor de la ciencia de las Indias así como de la de Europa, pudo fácilmente operar prodigios en el espacio de algunos años; pero no bastando á su caridad el círculo de Maduré, se lanza á través de Tanjaur y Gingea; franquea á sus compañeros el camino de Mysore; penetra en el Malabar; y predicando en todas partes la fe, tiene la felicidad de bautizar por su mano mas de treinta

[1] *Costumbres, instituciones y ceremonias de los pueblos de la India*, por el abate J. A. Dubois, tomo I, pág. 423.

mil paganos. Apaleado en unas partes; conducido en otras en triunfo; perseguido aquí, acogido acullá; cargado en un sitio de cadenas, y venerado en otro como un ser enviado del cielo, llega por último, después de veinte y tres años de persecuciones y goces, á caer en manos de los bramas, que en 4 de febrero de 1693 le acusan de hechicero, y le asesinan cobardemente. La muerte de Britto no cambió en nada el impulso comunicado por él á la Religion en aquel país. La Iglesia y la Sociedad contaron un mártir mas en sus anales, y el Indostan saludó tres años después á un nuevo misionero brama, que pasaba á dar la última mano á la obra que habia bosquejado Nobili: era este el P. Constancio Beschi, á quien apellidaban los indios el gran Viramamoun.

En tanto que el Maduré es evangelizado por los Jesuitas, que se amoldan á las costumbres de la nacion, se someten á todas las austeridades, al silencio y al martirio, por convertirla al cristianismo, el P. Melchor Fonseca ve construir á su presencia la primera iglesia de Bengala; y mientras que los moradores de Chanlernagor concurren á dedicar á Jesucristo el templo que ha érigido su piedad, los reinos de Arracan, Pegú y Cambodge escuchan con docilidad la doctrina de los Padres, y el de Siam llama á su seno al P. Tristan de Golayo.

Accediendo este á los deseos del soberano de aquel país, pasa á él con el P. Baltasar Segueira, establece la mision, y empieza á formar neófitos. Hallábanse ya instalados los Franciscanos en la isla de Ceylan, cuando en 1602 abordaron á ella los hijos de Ignacio, quienes principiaron, con anuencia de los primeros, á evangelizar aquellas poblaciones, trabajando con ellos los Padres Alejandro Hunner, Santiago Guzman, Antonio Mendoza y Pedro Euticio. Sus primeros ensayos fueron felices, mas sus triunfos acarrearon bien pronto la persecucion, de la que perecieron víctimas del acero homicida de los isleños Juan Metella y Mateo Palingotti, individuos ambos de la Sociedad. Este era un nuevo estímulo para los Jesuitas: si dos de ellos acababan de ser degollados, otros cuatro se presentaban para compartir los afanes apostólicos en union del P. Sociro, Jesuita, que se habia hecho estimar de los indígenas y portugueses. Era como un lazo entre vencedores y vencidos, haciendo la victoria mas clemente, y calmando los sinsabores de la derrota y de la esclavitud. Pero en 1627 llegó á ser la isla de Ceylan el teatro de una lucha mas encarnizada que nunca.

Preso Sociro por los bárbaros, y conducido á presencia de su jefe, indígnase este á la vista del Jesuita, cuyo nombre ha sonado tantas veces en sus oidos. Reprende agriamente á sus soldados de que hayan perdonado la vida del mas implacable enemigo de sus dioses; y apenas habian salido de sus labios las últimas expresiones, cuando cae el Padre acribillado de flechas. Del mismo modo murió en 14 de setiembre de 1628 el P. Mateo Fernandez, mientras que el Jesuita Bernardo Pocci sucumbia víctima de la espada de los gentiles.

No eran estos últimos los antagonistas mas temibles de la Compañía; los protestantes holandeses infestaban las costas de Goa para hacer en ellas su tráfico, y para interceptar el paso á los Jesuitas. Habiendo sido enviado un navío portugués con el objeto de vengar las tropelías de los Luteranos, quiso el Virey que los Jesuitas Manuel de Lyma y Mauro de Moureyra, formasen parte de la expedicion para animar á los marineros; pero no tardaron estos en ser acometidos, y á pesar de su resistencia, llegaron aquellos á incendiar el buque. Lánzase Moureyra al mar con la tripulacion; observando los herejes que habia un Jesuita entre aquellos hombres que buscaban en el Océano un refugio contra las llamas, se precipitaron todos sobre este último, y le asesinaron con sus arpones. En 16 de agosto de 1633 fallecia envenenado el P. Antonio de Vasconcellos, inquisidor general de las Indias, en el mismo dia que habia renunciado esta dignidad para consagrarse al Instituto de san Ignacio. El año siguiente espiró el P. Andrada con el mismo género de muerte. El protestantismo, que suscitaba en Europa todas las pasiones contra los Jesuitas, hallaba al mismo tiempo en las poblaciones bárbaras de las Indias una multitud de auxiliares que secundaban su odio.

Sin intimidarse á vista de las calamidades que les aguardaban, se lanzaban otros Padres en busca de nuevos neófitos. El P. Juan Cabral penetró en el Tibet por los años de 1628, é internándose en el centro del imperio, explicó al soberano los dogmas de la Religion, y asombrado este de la sublimidad del Evangelio, le otorgó la facultad de anunciárselo á sus súbditos. Hízolo así el Jesuita sin demora; á pesar de que los sacerdotes de los ídolos, saliendo de su apatía, y sabiendo cuán grande ascendiente podia tomar el cristianismo sobre el ánimo de los pueblos, trataron desde luego de exigir que se anulase la real autorizacion, amena-

zándole con sublevar al populacho contra el príncipe y contra sus colegas. Conociendo entonces Cabral que una persistencia demasiado tenaz no podria menos de ser peligrosa sin producirles ningun resultado feliz, y les cerraria para siempre la entrada en este reino, suplicó al rey que le permitiese retirarse, y no pudiendo pensar en el Tibet se encaminó á Nepaul.

El Asia y el África se cubrian de Jesuitas, multiplicándose igualmente en ambas Américas: hubiérase dicho que tan industriosa caridad ejercida con tantos pueblos conducidos á la civilizacion en todos los puntos del globo, no llenaba aun los deseos de los Padres, y que tan inmensas conquistas no bastaban para mitigar la sed de salvacion de las almas que les agitaba. Hacia ya tiempo que el Brasil y Méjico habian franqueado sus puertas á sus ambiciosos designios de emancipacion cristiana. En todas partes les aguardaban peligros que arrostrar y torturas que sufrir; pero no bastando todo esto para satisfacer su entusiasmo, querian conducir el emblema del cristianismo hasta los límites de las regiones mas ignoradas. El 30 de abril de 1643 se hicieron á la vela quince nuevos misioneros en el puerto de Lisboa para el Marañon, en cuyo punto habian fundado una residencia los Padres del colegio de Fernambuco, y era menester fecundizarla. Pero habiendo zozobrado el buque que los conducia, fueron todos tragados por las olas: pérdida que, sin embargo, no hizo desmayar en sus trabajos á los que se ocupaban en evangelizar á los salvajes del rio de las Amazonas.

Ni el océano con sus tormentas, ni los Protestantes con su encono, ni los sacerdotes de los falsos dioses con su venganza, eran capaces de intimidar á los Jesuitas, que contestaban á todas estas muertes con nuevos sacrificios: si acaban en una parte de sucumbir doce de ellos antes de haber podido luchar, en otra se presentan otros ocho misioneros, que penetrando hácia el Norte del Cabo Frio, y costeando á lo largo del mar, arriban por último, abrasados por los calores del trópico, al país de los Guaitaces, pueblo que por su ferocidad habia llegado á ser el terror de los marineros. Se alimentan de los cadáveres de los náufragos que el mar arroja á sus costas; pero cuando la borrasca no les suministraba provisiones para estos horribles festines, se emboscaban en la frontera, espiaban la marcha de los europeos, que huyendo de atravesar montañas inaccesibles ó enmarañadas sel-

vas, costeaban el océano, los capturaban á su paso, y los devoraban en seguida. Audaces y astutos, con un pié en las montañas, y con el otro en las orillas del mar, y dispuestos siempre al robo, al asesinato y á la perfidia, habian llegado á ser estos salvajes el azote de los portugueses.

El gobernador de Rio-Janeiro confió á los Jesuitas el cuidado de domesticar á unos pueblos tan feroces, que á mas de no conservar relacion alguna con las demás tribus brasileñas, se aislaban en su crueldad, y aun su mismo idioma diferia de todos los demás; por cuya razon aun los mas aguerridos rehusaban entrar con ellos en batalla. Tampoco conocian los Padres su lenguaje; pero introduciéndose en el país, luego que se hallaron en presencia de los bárbaros, tratan de hacerles comprender con señas el objeto de su excursion. La vista de aquellos hombres, que sin otras armas que una cruz y un breviario, desafiaban tranquilos su sed de sangre humana, aproximándose á ellos como esclavos ó amigos, hace conjeturar á los Guaitaces que su viaje encerraba algo de extraordinario. Rodean á los misioneros, los miran con un sentimiento de curiosidad y de compasion, y por último, nueve de ellos se deciden á seguir á los Padres al colegio de Rio-Janeiro. Con esto ya se habia dado un paso inmenso hácia la civilizacion: los Jesuitas triunfaban de la barbarie, y habian logrado inspirarla confianza; y la barbarie iba á someter su horrible voracidad á las leyes del cristianismo. Los nueve Guaitaces fueron formados, instruidos y bautizados; y luego que estos primeros neófitos regresaron, cargados de presentes, al país que los habia visto nacer, pudieron diseminar en él la semilla evangélica desarrollada después por los misioneros que los habian tomado salvajes, y se los devolvian cristianos.

Tambien la Nueva-Granada contabá en su seno á los PP. Alfonso Medrano y Francisco Figueroa, los que habiéndose lanzado en medio de aquellos desiertos por los años de 1598, después de haber principiado su mision predicando á los españoles en Santa Fe de Bogotá la reforma de costumbres y la caridad, prodigaron los tesoros de la Religion á los esclavos é indígenas. Mientras que en 1604 se ocupaban en la fundacion de un colegio en la referida ciudad, evangelizaban á sus moradores, y relacionándose con los naturales, compendiaban sus diferentes idiomas en uno solo, cuyo diccionario componia á la sazon el Jesuita José

Dadey. En 1620 se ocupaban las ciudades de Pamplona, Mérida y Honda en la fundacion de algunas casas de la Compañía. Los PP. Vicente Imperiali, José Alitran, Pedro Ossat, Juan Gregorio y Mateo Villalobos, diseminados por los bosques ó esparcidos por las ciudades, en union de otros miembros del Instituto, consagraban su existencia á la civilizacion de los salvajes, y á inspirar en los españoles las virtudes cristianas.

Al mismo tiempo que llegaban á Caracas los PP. Juan de Arcos y Cabrera por los años de 1628, penetraban en el interior del país los individuos de la misma Órden Domingo Molina, José Dadey, Miguel de Tolosa, Diego de Acuña y José Tobalino. Para lograr buena acogida se presentaban con las manos llenas de presentes. En un principio, el aspecto de los europeos, y aun el de los Jesuitas, producia en los naturales una impresion de terror, que daban á conocer por medio de gritos inarticulados. Huian los infelices al aproximarse los europeos, y se ocultaban en cavernas inaccesibles; resignándose á toda especie de torturas antes de verse reducidos á la esclavitud. Pero á poco hallaron los Jesuitas el secreto de sus escondrijos; y sin otra brújula que su celo, sin otro equipaje que la esperanza, y sin otro abrigo que los árboles de las selvas, ni otro alimento que las raíces, segun refiere la *Historia de la Nueva-Granada*, por José Casani, se lanzaron á través de aquellas llanuras inmensas y de aquellos bosques vírgenes. Para encontrar á los bárbaros, tenian que luchar con las distintas variaciones del clima, y les era preciso arrostrar la ferocidad de los leones, tigres y leopardos, de que estaba infestado el país. Estos reyes de las selvas no fueron jamás un obstáculo para los misioneros, pues aunque algunos desaparecieron despedazados por las uñas de las fieras, y perecieron otros ahogados en las ponzoñosas articulaciones de las serpientes, les fue permitido por último abordar á los salvajes. Empezaban en seguida por ofrecerles provisiones para saciar su hambre, y telas para que cubriesen su desnudez; prodigábanles millares de testimonios de su ternura; prometíanles vivir con ellos y por ellos, al paso que protegerles contra las invasiones de los europeos; y, en premio de tantas fatigas, solo les exigian docilidad para dejarse amaestrar en la fe y ser felices por su medio. Así es como subyugados por el atractivo de tanta caridad, aceptaban gustosos los indígenas el yugo de Dios, que los libraba del de los hombres.

Los Jesuitas llegaron á civilizar aquellas tribus selváticas, y se ocupaban en fundar algunas residencias entre ellas. El arzobispo de Santa Fe les retiró toda jurisdiccion eclesiástica, á consecuencia de haberse esparcido el rumor de que en todos los puntos principales habian establecido vastos depósitos de mercancías, enriqueciéndose por medio del comercio. Esta imputacion, que verémos renovada diferentes veces, y que al tratar del Paraguay la hallarémos convertida en una cuestion de Estado, se apoyaba únicamente en hechos que la malevolencia ó la codicia se hallaban interesadas en presentar por el lado desfavorable. Al arriesgarse los Jesuitas á surcar el océano, sacrificando su existencia y su patria, no se habian propuesto seguramente entregarse á operaciones mercantiles: algo mas elevado era el fin que se proponian. Es verdad que para sustraer á sus neófitos á la rapacidad y corrupcion de los europeos, les distribuian por su mano los vestidos cuyo uso les habian enseñado, haciéndose en algunos puntos, bien que rara vez, comerciantes del baratillo. El arzobispo cediendo á las instancias de algunos especuladores españoles, y sin oirlos, los reemplazó en las misiones creadas con sus sudores. Desterrados de este modo de sus reducciones de Nueva-Granada, salieron sin demora obedeciendo á una órden, cuyo exámen dejaban en manos de la Santa Sede.

Los antagonistas mas exaltados de la Sociedad; esos mismos hombres, que investigando incesantemente los archivos, y extrayendo del polvo de cuatro siglos los carcomidos manuscritos para desentrañar datos contra los Jesuitas, han tratado de arrancarlos de la tierra de los vivientes, no han podido alegar una sola prueba contra su voto de castidad, ni han podido acusar á uno solo de aquellos misioneros, que en medio de unas regiones donde imperaban, gobernaban y fallecian, á pesar de parecer en ellas el deleite una necesidad, de haber violado en lo mas mínimo esta virtud. El mismo Robertson, en su *Historia de la América*, tomo X, p. 27, confirma en estos términos la verdad de este aserto que jamás se ha desmentido: «Es singular, dice el escritor «protestante, que habiéndose convenido los autores en censurar «la sensualidad y el desenfreno de los religiosos españoles, em«pleando para ello las expresiones mas severas, concurran todos «á defender la conducta de los Jesuitas. Lo cierto es que, ó sea «porque amoldados á una disciplina mas perfecta que la de las

«demás Órdenes religiosas no disfrutaban tanta libertad, ó por «hallarse quizás animados por el interés de mantener ileso el ho-«nor de la Sociedad, tan apreciado individualmente por cada uno «de sus miembros, han conservado siempre una regularidad de «costumbres irreprensible. Debe tambien hacerse la misma jus-«ticia á los obispos y á la mayor parte de los dignatarios eclesiás-«ticos.»

La Francia no ha tenido hasta ahora misiones especiales; pero sus Jesuitas han secundado con toda su actividad el gran movimiento cristiano que procuraba imprimir la Santa Sede en el Nuevo Mundo. Enrique IV quiso utilizar la Compañía en las colonias con que dotaba su reino, estableciendo la mision del Canadá. Este movimiento civilizador pasó á ser una mina inagotable de riquezas y poderío para la Península ibérica: los Jesuitas sometian por medio de la fe una multitud mas inmensa de poblaciones á la corona de Carlos V y Felipe II, que las que conquistaran Pizarro y Cortés por medio de las armas; y mientras que les enseñaban á respetar y amar al Príncipe y á la nacion á quienes debian las luces del Evangelio, reemplazaban con la caridad, que doblega los mas perversos instintos, y con la educacion, que al fin triunfa de ellos, á las miserias de una vida nómada y á las crueldades de los primeros vencedores de aquellos países desconocidos. Comprendiendo Enrique IV, y después Richelieu, que la Francia no podia verse privada en lo sucesivo de esta palanca, y mas feliz tambien que Francisco I, cuyo almirante Verazani en 1523, y cuyo piloto Jaime Cartier en 1535, se habian contentado con izar su pabellon en los rios del Canadá, realizó el Bearnés el pensamiento de colonizacion francesa que habian en otro tiempo popularizado Cartier, Roberval, el almirante Coligny, el caballero de Gourgues, el marqués de la Roche y de Monti. Samuel de Champlain proyectaba en 1608 la fundacion de Quebec, y Petrincourt pasaba á desempeñar el gobierno de Port-Royal, siendo la primera de sus instrucciones el diseminar la fe por todos los medios posibles.

Con el objeto de dar mas extension á su pensamiento católico, encargó Enrique al P. Coton que designase dos individuos de su Órden para la mision del Canadá; pero Petrincourt, que abrigaba en su corazon la semilla del calvinismo, al paso que temia y detestaba á los Jesuitas, supo gobernarse tan perfectamente, que

se hizo á la vela sin ellos. Este incidente no desalentó sin embargo á los PP. Briard y Masse, quienes dirigiéndose desde Burdeos á Dieppe, solicitaron un flete en los navíos que estaban para hacerse á la vela. Los armadores, que todos eran herejes, les contestaron que de buen grado acogerian en sus buques á cuantos sacerdotes quisieran embarcarse para Nueva-Francia, y que aun los mantendrian á su costa; pero que por ningun precio admitirian á los Jesuitas. Y tenian razon; hay entre ellos y los sectarios una perpetua guerra, y sin cuartel: sabian que todo país donde los Jesuitas sentaban el pié se transformaba de salvaje en civilizado, y de gentil en cristiano católico; y no querian hacerse instrumentos de una nueva conquista en beneficio de la Santa Sede y de la Sociedad, sus eternas rivales.

Su negativa tenia algo de tan lógico, que solo una mujer pudo revocarla. La marquesa de Guercheville, promotora ardiente de la mision, durante el reinado de Enrique IV [1], supo sorprender la perseverancia de los Calvinistas, que se oponian á sus designios, con el aliciente del interés. Era rica, y dió á Biencourt, hijo del gobernador, sumas considerables: se asocia á la pesca y al comercio de peleterías que iba á emprender, exigiéndole por única condicion, que de las ganancias de su fondo debia sostener algunos misioneros: tratado ingenioso que franqueó á Briard y á Masse el camino del Canadá, á donde llegaron en 12 de junio de 1611.

Habian encontrado los Jesuitas opositores que trataban de interceptar su marcha, y no carecieron de ellos tampoco en el acto de desembarcar, hallándolos dispuestos para calumniar su mision. El contrato social realizado entre Biencourt y la marquesa Guercheville habia sido tan público, que nadie lo ignoraba; pero como la mayor parte de los colonos profesaban la secta de Calvino, se apoderaron del tratado comercial, y representaron á los Jesuitas como concurrentes peligrosos, que so pretexto de predicar el Evangelio desembarcaban en el Canadá con ánimo de arruinar

[1] La señora de Guercheville estuvo casada en primeras nupcias con el conde de La-Roche-Guyon. Talleman des Reaux refiere en el libro I de sus *Memorias*, que, « hallándose Enrique IV en Nantes, obsequió en gran manera á la con-« desa de La-Roche-Guyon, que era una señora hermosa y muy honesta; ha-« llando en ella tanta virtud, que para darla una prueba de su aprecio, la hizo « dama de honor de la Reina su esposa, diciéndola : *Seréis dama de honor, por-« que lo habeis sido hasta aquí.* »

su comercio. Esto no era verdad ni podia serlo; bastó para suscitar á los Padres nuevos obstáculos. Bajo aquel clima tan crudo, en aquellos sombríos bosques, en aquellas lagunas glaciales y en aquellas llanuras incultas, donde existian criaturas que solo tenian de humanas la apariencia, parécenos que los Jesuitas tenian otro asunto mas importante que desempeñar, y que sus transacciones exclusivas no parece regular que versaran sobre intereses terrenos: acudian con el objeto de practicar un gran deber; y como si los salvajes no fuesen suficientes con su ferocidad natural para entrabar los progresos del cristianismo, se lanzaban tambien los herejes á través de su paso.

Calumniábanlos, y no obstante se consagraron desde luego al trabajo. Para inaugurarlo, se dirigieron los misioneros primeramente al jefe de una tribu acadiana, llamado Marbertu, anciano centenario, á quien su valor y virtudes hacian respetar de todos, y que dotado de un ingenio perspicaz al par que de un juicio recto, no tardó en dejarse convencer, y el agua del Bautismo corrió sobre sus canas, aunque su ejemplo fue estéril por el pronto. Luego que Briard y Masse aprendieron á fuerza de estudio los rudimentos mas precisos de este idioma tan cadencioso como enérgico, se lanzaron en pos de los salvajes, dando principio á un apostolado difícil por medio de fatigas sin recompensa; tarea que practicaron hasta el año de 1613, en que los ingleses invadieron la naciente colonia. Rivales eternos de la Francia, al par que celosos de sus prosperidades, y dispuestos siempre á suscitarla enemigos, no podian los hijos de Albion habituarse con la idea de que en un tiempo dado sacaria del Canadá un nuevo manantial de riquezas, una salida fácil á su comercio, y un nuevo semillero de marineros para su escuadra. Los Jesuitas habian enarbolado el estandarte de la Cruz en las márgenes de San Lorenzo; allí, como en todas partes, podian muy bien someter aquellos pueblos á la religion de la metrópoli, y esto les bastaba para creer que habia sonado la hora de intervenir en el asunto. Inventando uno de esos errores británicos que encubren siempre un atentado contra el derecho de gentes, fingen tomar por piratas á los franceses; y sin preceder declaracion alguna de guerra, destruyen la aldea Pentacoët; arruinan enteramente á Port-Royál, asesinan al coadjutor Gilberto Thet, se apoderan de los Padres Briard y Masse, y los conducen prisioneros á la Gran Bretaña.

Varios sacerdotes Recoletos trataron de continuar la mision que con el extrañamiento de los Jesuitas se habia interrumpido; pero confesando su insuficiencia, solicitaron ellos mismos en 1625 caminar bajo la enseña del Instituto, en pos de las conquistas evangélicas. En esto, el duque Enrique de Ventadour, virey del Canadá, se ocupaba en Paris en proporcionar el pasaje de nuevos operarios para el continente americano: pensamiento que tambien secundaron el Jesuita Filiberto Noyron, su confesor, y el P. Coton, lo cual realizó enviando sucesivamente al mencionado país los PP. Juan Masse, Brebeuf, Lallemand, Fraqueneau, Noue, Lejeune Neyroy, y otros veinte sacerdotes mas de la Compañía.

Mientras que los hurones é iroqueses se hacian una guerra á muerte, los franceses, acorralados por los salvajes, no tenian hasta en el mismo Quebec otro alimento que las raíces que, á riesgo de perder la vida, iban á extraer de los bosques. El sitio de la Rochela habia servido de pretexto á los ingleses para apoderarse del Canadá: aliados de los protestantes franceses en Europa, los despojaban de sus posesiones coloniales; hasta que habiéndose concluido en 29 de marzo de 1632 el tratado de paz verificado en San German, á favor de ambas naciones, se vió precisada la Inglaterra á restituir á la Francia la referida colonia. Champlain, que habia sido su fundador, y que la habia defendido con valor al paso que gobernado con inteligencia, volvió á ella satisfecho de poder poner en planta sus planes ya formados en favor de los Jesuitas. Habia hecho comprender al cardenal de Richelieu, que para propagar el cristianismo en aquella parte de la América septentrional era indispensable no presentarle en fracciones, y sobre todo, rodear á los misioneros de autoridad y respeto; porque si se queria crear la unidad entre los indígenas, importaba primero hacérsela palpar entre los europeos.

En efecto, se prohibió á los Calvinistas el acceso al Canadá por medio de un real decreto; y una vez desembarazado el camino de todos los obstáculos, pudieron libremente los Jesuitas preparar el bien. Los canadienses habian tomado tal aversion á sus dominadores de la Gran Bretaña, que podia muy bien traducirse por uno de esos odios instintivos que se transmiten con la sangre. La mansion de los ingleses en aquel país, sus modales orgullosos y groseros, y especialmente su avidez, habian inspira-

do á aquellas tribus una especie de antipatía que no ha podido borrar el transcurso de dos siglos; agregándose á esto que poseian los naturales cierta afinidad de carácter é ingenio, al par que un valor y una ligereza que los hacia franceses cási á pesar suyo. Como los ingleses se hallaban expulsados de aquel continente donde habian provocado una eterna repulsion, pudieron los Jesuitas entregarse con toda libertad á popularizar la Religion y el nombre de la Francia; y como poseian el triple secreto de civilizar á los salvajes, de tolerar toda clase de miserias, y de morir con todo género de suplicios, hicieron uso de él en América, á la manera que lo practicaban sus hermanos diseminados por el Asia y el África, evangelizando en el seno de los reinos idólatras, en el interior de los bosques, y en los archipiélagos.

Las cuatro naciones mas poderosas que habitaban la mayor parte del Canadá, eran los hurones, algonquinos, iroqueses y montañeses: los primeros, que ocupaban una comarca entre los lagos Erié, Huron y Ontario, eran fecundos en recursos, elocuentes y esforzados, y tenian un ingenio despejado aunque algo inclinado á la superchería. Esta mezcla de buenas y malas cualidades estimuló á los misioneros á dirigirse desde luego á estos salvajes. Encamináronse á este punto los PP. Brebeuf, Daniel y Davost, mientras que otros se adelantaron hácia los Tres-Rios, donde trataron de despertar en el corazon de los naturales algun sentimiento de la Divinidad. Los canadienses, que vivian siempre en una lucha continua con las tribus vecinas, no creian sino en la fuerza bruta, no tenian idea alguna del cristianismo, y á pesar de eso eran extremadamente supersticiosos, y otorgaban su confianza á sus juglares. Empeñóse desde luego un combate entre sus maleficios y la moral cristiana, que fue prolongado, aunque por fin triunfó la moral de los groseros instintos y de la crueldad tradicional. Probóse lo mismo con los montañeses y los algonquinos, y produjo los mismos resultados. Cuando los misioneros hubieron interrogado sus trabajos pasados y sus esperanzas futuras, todos convinieron en que la tierra era fértil, y merecia ser bañada con sus sudores ó con su sangre.

En 1635 fundó el marqués de Gamaches un colegio en Quebec; pero era necesario un gran sacrificio para obligar á los indígenas á separarse de sus hijos, y de consiguiente nada estable ni posible podia ser realizado mientras que no renunciasen á aquella vi-

da nómada que los Jesuitas compartian con ellos, y cuyos inconvenientes conocian muy á fondo. Importaba reunirlos en sociedad, inspirándoles con las costumbres sedentarias la aficion á las artes mecánicas y á la agricultura; y habiéndolo así manifestado al gobernador de Sillery y á otras familias francesas, trataron estos de ponerlo en ejecucion. Enviáronle al P. Lejeune algunos operarios nuevos; construyeron algunas habitaciones y talleres, y dieron á esta primera colonia cristiana el nombre del Gobernador.

La mision del Canadá seguia diverso rumbo de las demás. Obraba apoyándose en los sacrificios de los seculares, que aliaban las mas veces el nombre de la Francia á los beneficios que los salvajes estaban llamados á disfrutar. No desconocian los Jesuitas que para consolidar su obra necesitaban nuevos auxiliares; porque sus dias estaban tan ocupados y tenian que atender á tan distintos negocios, que les era imposible dedicarse á la educacion de los jóvenes, y acudir al mismo tiempo al servicio de los ênfermos. Después de reservarse los ejercicios de la oracion y predicacion, como tambien la inspeccion del cultivo de los campos y demás obras exteriores análogas á su apostolado, seguian á los salvajes en sus lejanas correrías, sin abandonarlos jamás, ora bajo los ardores del sol como en medio de las nieves y hielos; exponíanse á sus infantiles caprichos; dejábanse arrastrar en pos de las fantasías de una imaginacion sin freno, y aun á veces se veian precisados á asistir á sus orgías, que pasaban á ser cruentas á causa de la embriaguez, aun entre los miembros de una misma familia. Otras veces los acompañaban por los rios, subiendo ó bajando con ellos, encorvándose para impeler los remos de sus piraguas de corteza de árboles, y sufriendo con ellos las fatigas del hambre, de la sed y de la intemperie; pero esta actividad sin objeto determinado, este espectáculo de reyertas sin motivo dado, y esta incesante mutacion de lugares, cuyo fin ni aun los mismos salvajes hubieran podido explicar, debian tener un término para los Jesuitas, y este término no podia ser otro que el establecimiento del cristianismo. Al sacrificarse á las penalidades de aquella existencia vagabunda y nómada; al separarse de sus hermanos durante el espacio de largos años, ora para internarse en los bosques para la caza de los osos y castores, ora para costear los rios y pantanos, existia en el corazon de cada uno de los misioneros un pensamiento ulterior de civilizacion y humanidad. Después de haber

habitado largo tiempo con estas hordas errantes, sometiendo sus gustos europeos y sus ideas mas gratas á las pasiones egoistas y turbulentas de aquellos bárbaros, llegaban á hacerse amar de ellos, por lo mismo que se habian asociado á sus placeres y dolores, y habian tomado parte en sus peligros; eran escuchados primero por un instinto de gratitud, después por otro de curiosidad; y como habian sido testigos de la intrepidez y virtudes de la *carne blanca* de Quebec, se dejaban ganar por una religion, cuyos ministros eran tambien sus compañeros y amigos.

Luego que el agua bautismal habia sancionado el neofitismo, se desarrollaba en aquellas naturalezas robustas la necesidad de ser hombres: habíales hecho el Jesuita, en medio de sus arriesgadas correrías, una pintura tan risueña de lo que es un pueblo reunido bajo las leyes del cristianismo, que extinguiéndose en ellos el instinto feroz, habian dado lugar en su corazon á ideas mas generosas; llamábalos á la civilizacion, y procuraba hacérsela comprensible y amable, ofreciéndosela especialmente bajo el aspecto mas consolador. Los misioneros alemanes, italianos, portugueses y españoles, residentes á la sazon en el Nuevo Mundo, no habian encontrado, ni en los recuerdos de su patria, ni tal vez en la misma sublimidad de su abnegacion, la caridad de aquellas mujeres, que agregaban la gracia y afabilidad de su sexo á la energia y entusiasmo del viajero sacerdote.

Solo los Jesuitas franceses llegaron á comprender, porque ya lo sabian, la especie de socorros que una mano mas delicada y una voz mas tierna debian ofrecer á los salvajes.

Sabian que en Francia la mujer era á la sazon llamada á ejercer un gran apostolado por medio de la caridad. Ella era en ese reino la fortuna del pobre, el consuelo del afligido, y una madre con un corazon virginal para los huérfanos. Abrazaba al mismo tiempo todas las miserias como otras tantas hermanas que reservaba el cielo á su ternura; renunciaba á la felicidad de la existencia para consagrar su juventud y belleza á cuantos seres padecian sobre la tierra. Los Jesuitas trataron de franquearle un campo mas vasto, pidiéndole que pase á santificar su mision, á inspirar á las jóvenes canadienses el instinto del pudor y de la virtud, y á prodigar á los enfermos las atenciones de la beneficencia cristiana. Oido este deseo por la duquesa de Aiguillon y la señora de La Peltrie, remitieron al Canadá algunas Hospitalarias

y Ursulinas de las residentes en Dieppe, dirigidas por el P. Bartolomé Vimond, superior general de la mision, quienes desembarcaron en Quebec el 1.° de agosto de 1639. Deseando hacer apreciar á los naturales la importancia del refuerzo que se les enviaba, al paso que iniciarlos en las consideraciones y honores con que debian acoger á la caridad; después de saludar la toma de posesion con salvas de artillería, se unieron el gobernador, los magistrados y el ejército para hacer mas solemne esta entrada triunfal; y al dia siguiente, aquellas religiosas, á quienes habia congregado un mismo heroismo, se separaron para ser, cada una, segun su regla, las criadas de los enfermos, ó las maestras de los salvajes, que las respetaban como al ángel del buen consejo, al paso que las hacian tomar parte en sus juntas, y escuchaban con docilidad su dictámen. Los Padres se valieron de este sentimiento, para dar incremento á la obra que las francesas habian emprendido.

En tanto habian conseguido los Padres resultados felicísimos: fundábanse por todas partes numerosas reducciones; y apenas estaban formadas se llenaban de hurones, algonquinos y montañeses. En Sillery, la Concepcion, San Ignacio, San José, San Francisco Javier, San Juan Bautista, San Joaquin, Santa Isabel, Santa María y otras varias poblaciones consagradas al reconocimiento ó á la piedad, existia un pueblo entero de hermanos, que vivian bajo la regla de los Jesuitas; continuando unos la obra de la mision á través de los bosques y de los rios, y madurándola otros en el seno de aquellas tribus, ó preparándola en el colegio de Quebec, y siendo para sus neófitos los *Hombres del Dueño de la Vida*, que les habian enseñado la sobriedad y el pudor, como tambien el trabajo y el amor á la familia. «Su devocion, refiere «un viajero inglés y protestante[1], hizo en mi ánimo una impresion «demasiado profunda para pasarla en silencio, y me condujo á «observar que son dignos de grandes elogios aquellos sacerdotes, «que por medio de un celo infatigable y con el ejemplo mismo de «sus virtudes, han convertido al cristianismo una raza de salvajes, «aumentando por la regularidad de su conducta el respeto que «aquellos piadosos indios les profesan, lo mismo que á su culto.»

Los iroqueses, raza indomable y cruel, siempre en guerra con

[1] *Viaje por el Canadá y por la bahía de Hudson,* traducido del inglés por Billecocq.

sus vecinos, y alimentándose siempre con la carne de los vencidos, eran los únicos que se resistian á todas las tentativas. Tomando un nuevo pretexto, para rechazar á los Jesuitas y atacar á los hurones, de la acogida que estos últimos habian hecho al cristianismo, y de ver que se habian hecho franceses por instinto y adopcion, sorprendieron estos salvajes al P. Fogues, en el momento en que seguia la corriente de un rio; y acometiendo á las piraguas que navegaban con él, después de vencer á los neófitos, prepararon un nuevo suplicio para los Padres. Iba Fogues acompañado del hermano Renato Goupil, cirujano coadjutor. Luego que los tuvieron en su poder, les arrancaron todas las uñas de las manos; cortáronles los dedos índices, é hicieron de sus cuerpos una sola llaga: en seguida, como si fuesen unos trofeos de victoria, paseáronlos de aduar en aduar, y los entregaron á la befa pública y á ese horrible martirio de detalle, cuyo horrible secreto solo poseen las mujeres salvajes. Dividiéronlos después á la manera de un botin, mientras que Renato sucumbió á los filos del hacha de su dueño. Fogues, á quien ya no quedaba mas que un soplo de vida, se propuso consagrarle en beneficio de sus verdugos: torturábanle estos noche y dia, y mientras que lo verificaban, les enseñó, mas con su paciencia que con sus predicaciones, cuán grande era el poder del cristianismo, logrando bautizar á algunos, y convirtiendo á muchos de ellos.

En tanto que los iroqueses hacian del Jesuita un esclavo ó mas bien un juguete, infiriendo este que aquellos bárbaros se disponian á penetrar á sangre y fuego entre los hurones, para penetrar mas fácilmente hasta el corazon de la colonia francesa, escribió al caballero de Montmagny, gobernador del Canadá, la siguiente carta, que fechada en 3 de junio de 1643, termina de este modo: «Los holandeses han tratado, aunque en vano, de hacernos «abandonar el país, y aun tratan de realizarlo en la actualidad, si «bien creo que será con el mismo resultado. Por lo que á mí res«pecta, estoy cada vez mas convencido de que debo permanecer «aquí hasta que plazca á Nuestro Señor, y no ausentarme de es«te sitio aun cuando se presente la ocasion. Mi presencia consue«la á los franceses, hurones y algonquinos, de cuyas razas he «bautizado mas de sesenta individuos, muchos de los cuales es«tán ya en el cielo. Este es mi único consuelo, así como tambien «la voluntad de Dios, á la que someto la mia.»

Los protestantes holandeses emplearon tanta tenacidad en la salvacion de este Jesuita, como encono habian mostrado sus compatriotas y los ingleses para perder en otras ocasiones á millares de individuos de la misma religion; de manera que consiguieron sustraerle á una muerte que hacia tan lenta como posible la crueldad de los salvajes, y el P. Fogues tuvo la fortuna de volver á pisar el suelo francés. La reina regente, Ana de Austria, saludó en él al mártir que proporcionaba á la madre patria una colonia floreciente; pero como no habia pasado á su patria con el objeto de buscar las ovaciones y honores, apenas hubo obtenido de la Santa Sede la facultad de celebrar el santo sacrificio con sus manos mutiladas, volvió á marchar al Canadá, donde los iroqueses, en cuyo beneficio habia consumido su salud y fuerzas, terminaron por último con su existencia, ciñéndole la corona del martirio.

Persuadidos estos salvajes de que los franceses no podrian olvidar con la muerte del Jesuita tan terrible ejemplo de crueldad, después de haberse arrojado á inauditos excesos de ferocidad contra el P. Bressain, osaron levantar un muro de sangre entre ellos y los amigos de los hurones, gloriándose de superarles en valor: pero de repente hallaron los franceses un socorro donde menos lo esperaban. Los Abenakis, el pueblo mas valiente y civilizado del Canadá, se declararon en favor del cristianismo. Moradora de las costas que separan á la Nueva-Francia de Nueva-Inglaterra, venia á ser esta tribu un antemural cási inaccesible contra la nacion cuyo enemigo se declarase. Testigos los embajadores que habian enviado los Abenakis con el objeto de visitar estas residencias, de las mejoras introducidas en las costumbres de los naturales, y sabiendo hacerse catequistas sin haber aun abrazado el catolicismo, sometieron al imperio de la Cruz la mayor parte de las tribus diseminadas por las vertientes del Rio-Rojo; pasando en seguida el P. Dreuillettes en el mes de octubre de 1646, y á solicitud de los indígenas, á cultivar aquella tierra, donde sin afanes de ninguna especie germinaba el Evangelio.

En esta misma época, poniendo los iroqueses en ejecucion su sistema devastador, hicieron caer de improviso á los Agniers y á los Tsononthouans sobre la colonia de San José. Hallábanse ausentes sus guerreros, no quedando mas que las mujeres y los niños en compañía del P. Daniel. Este habia envejecido entre sus

catecúmenos; habíase hecho en un todo con sus costumbres, viéndosele llegar muchas veces á Quebec con los piés descalzos, con el remo en la mano, y el cuerpo apenas cubierto con una andrajosa sotana, aunque inspirando siempre el respeto que nace de un entusiasmo útil. Los salvajes cayeron tan repentinamente sobre el pueblo, que se apoderaron de él, y degollaban á cuantos alcanzaban antes que nadie hubiese pensado en oponérseles. Instáronle á Daniel los naturales á que se sustrajese á semejante espectáculo de luto y desolacion; pero tenia párvulos que bautizar y ancianos que sostener; y queriendo cumplir hasta el fin con los deberes de su ministerio, se niega á recurrir á la fuga. No le quedaba otro medio que el de sacrificarse por sus neófitos, y se lanza al encuentro de los enemigos con el objeto de proteger la retirada de las mujeres. Intimidados los salvajes al aspecto de aquel sacerdote que, sin otras armas que su Crucifijo, se precipita á su frente, retroceden, vacilan, y no atreviéndose á aproximarse á este anciano que los exhorta tan generosamente, le asestan millones de flechas; pero Daniel vivia aun á pesar de hallarse con el cuerpo erizado de saetas: visto lo cual por un jefe de los Agniers, mas cruelmente intrépido que sus soldados, se avanza hácia el misionero, y le atraviesa el corazon con su espada.

Algunos meses despues sucumbian al mismo género de muerte los PP. Brebeuf y Gabriel Lallemand. La táctica de los iroqueses consistia en adormecer la confianza de los franceses y sus aliados, haciéndoles á cada paso proposiciones de paz; pero en seguida, y en el momento que menos temian una invasion, caian de improviso sobre las poblaciones, y asesinaban indistintamente cuanto encontraban á su paso. Resueltos en este dia á saquear la reduccion de San Ignacio y la aldea de San Luis, penetraron durante la noche en las moradas de los neófitos, dando apenas lugar á los mencionados Padres para reunir á los mas esforzados, á quienes condujeron al combate, dirigieron en la lucha, y bendijeron en la hora de la muerte: pero los hurones fallecieron todos, ó fueron hechos prisioneros, sobreviviéndoles únicamente los dos Jesuitas; pero es para espirar en torturas mas prolongadas.

Veinte y un años de apostolado bajo la influencia de aquella temperatura glacial y en medio de aquellos salvajes, cuyo genio feroz y maléfico habia doblegado tan admirablemente, no habian bastado á agotar las fuerzas de Brebeuf: como su talla de atleta y

su voz robusta correspondian á la energía de su alma, los salvajes echaron de ver que su presa era susceptible de ser torturada; pero el Jesuita tenia otros cuidados á que atender mas que los de su vida: era preciso exhortar á morir como cristianos á los que habian instruido en las virtudes evangélicas. En medio de las torturas mas atroces, predicaba todavía y predicaba siempre; y no pudiendo los iroqueses reducirle al silencio, aun cuando le aplicaban teas encendidas en todas las partes de su cuerpo, le introdujeron por la garganta un hierro encendido.

Al P. Gabriel, aunque mas jóven y mas débil, los salvajes le habian envuelto en cortezas de abeto, é iban á pegarlas fuego, cuando se arroja á los piés de Brebeuf, besa sus llagas ensangrentadas, y pide á este mártir que le bendiga. Brebeuf le sonrie, y con el cuello cargado de un collar de hachas candentes, tiene todavía aliento para rogar por su hermano. Viendo los iroqueses que nada era suficiente para acobardar su valor, inventan un nuevo bautismo; y derramándole agua hirviendo sobre la cabeza, devoran á sus ojos la carne de los franceses á quienes habian muerto, chupan su sangre, y dejan al misionero espirar en este tormento. El dia siguiente, 17 de marzo de 1649, falleció Lallemand, después de haber tolerado durante el espacio de diez y ocho horas el suplicio del fuego.

El 7 de diciembre del mismo año vió el P. Carlos Garnier embestir por los salvajes la reduccion de San Juan: los neófitos habian salido á su encuentro; y haciendo una retirada falsa los iroqueses, cayeron de allí á poco en las poblaciones indefensas. Garnier aconseja la fuga, como único recurso que quedaba á tantos desgraciados; pero él tenia un deber mas sagrado que desempeñar, y se veia rodeado de moribundos á quienes era preciso absolver, y de catecúmenos á quienes debia bautizar. Atravesado su cuerpo con dos balazos se levanta el Jesuita, vuelve á caer, y se arrastra sobre sus rodillas con el objeto de recibir el último aliento de un neófito: en seguida, recibiendo dos hachazos que le hienden la cabeza en dos partes, espira en el ejercicio y aun en el seno mismo de la caridad, como dice Charlevoix.

Solo á costa de tantos prodigios de abnegacion é intrepidez lograron los Jesuitas conquistar para la Francia las provincias del Canadá, popularizando en estas comarcas el nombre de su patria y el de la Compañía de Jesús.

Expuestos á los horrores del hambre, amenazados á cada instante por los iroqueses, y obligados á ocultarse en el fondo de los bosques cubiertos de un hielo eterno, los nuevos cristianos no desmayaban jamás ni desesperaban de su causa, que era la de su Dios. Mientras que el P. Nadal Chabanel, conduciendo una parte de ellos hácia unos asilos todavía mas seguros, desapareció durante el camino, ignorando si ha muerto entre los hielos, ó devorado por las fieras, ó bajo el acero homicida de los salvajes; los habitantes de otra colonia, situada en la isla de San José, suplicaban al P. Ragueneau, que se hallaba en medio de ellos, que los sustrajese á tantos peligros, y los pusiese en seguridad y al abrigo de la artillería del fuerte de Richelieu. Hízolo así el Jesuita, y colocándose á la cabeza de esta multitud, marcha con ella durante cuarenta dias á través de las montañas y precipicios, y llega por fin á Quebec, abandonando en seguida á los cuidados del gobernador de la ciudad y de las religiosas Hospitalarias aquella nacion que el Evangelio habia hecho francesa.

No todas las tribus fueron tan afortunadas como esta, pues hubo algunas de ellas á quienes jamás pudieron decidir á que desertasen su tierra natal, y que dejasen á merced de los salvajes los huesos de sus padres. Este sentimiento de piedad filial causó su perdicion, y desaparecieron arrebatadas por la tempestad suscitada por los iroqueses. Mientras que el 10 de mayo de 1652 moria el P. Jacobo Butend, Jesuita que habia plantado la cruz hasta en el territorio de los Altikameguos ó Peces-Blancos, atravesado por las balas de los iroqueses, mutilaban las manos al Padre Poncet en 21 de agosto del mismo año, sin que este se deje acobardar por el dolor. Sabedor de que el Consejo de los ancianos manifestaba serios temores acerca de la actitud que iban tomando los franceses, teme verlos oponerse con la fuerza á sus tropelías que nada justifica. Poncet aprovecha estas revelaciones, debidas á una cristiana iroquesa, y proponiendo la paz á los salvajes, les inspira un gran respeto hácia la bandera blanca. Conducido bien pronto en triunfo por los mismos que le habian mutilado, anuncia al Virey, que para el 8 de setiembre de 1652 firmarian la paz con él otras cinco tribus.

La paz no era, sin embargo, mas que un cambio de trabajos y peligros para los Jesuitas. Apenas concluido este tratado, marchó el P. Lemoyne á Onnontagué, donde se hallaban cautivos un gran

número de neófitos, cuya fe se habia visto y aun se veia expuesta á duras pruebas, pero que arrostraban con ánimo tranquilo, construyendo una iglesia y predicando el cristianismo hasta en las cabañas de sus vencedores. En 1634 penetraban en el país de los Agniers, siempre feroces, los PP. Chamnont, Dablon, Lemorcier, Fremin y Mesnad, con los coadjutores Bronard y Boursier, mientras que otros Padres se internaban en otros países, cuya diferencia de clima, nombre, lenguaje y costumbres, no bastaba á intimidar su audacia ni á extinguir su sed de salvacion de las almas. Los franceses cautivos, los hurones emigrados y los iroqueses convertidos, todos se confundian en un mismo sentimiento de amor fraternal. Así transcurrieron algunos años tranquilos unas veces, y agitados otras por algunas guerras poco importantes, sirviendo estas alternativas de paz y combates para que los Jesuitas pudiesen extender el cristianismo; pero las cosas cambiaron de aspecto, cuando llegando al Canadá los condes de Tracy y de Courcelles por los años de 1665, con una escuadra y el regimiento de Carignan, construyeron tres fuertes en la frontera de los iroqueses, con el objeto de oponer una barrera á sus correrías, y pudieron los Jesuitas entregarse con toda libertad á los ardores de su celo.

Enrique IV les habia franqueado el Canadá, y quiso introducirles en el Levante. La religion católica se habia extinguido poco á poco bajo la cimitarra de los Osmanlis, y tanto que apenas se podian contar algunas familias en los arrabales de Pera y Scutari que permaneciesen fieles á su antiguo culto. El cisma y la persecucion, el desprecio y los tormentos habian con el tiempo arruinado el cristianismo, del cual solo se conservaban algunos restos en las montañas del Líbano. Gregorio XIII habia provisto á esta mision, enviando cinco Jesuitas para fecundizarla, quienes después de obtener resultados felices, habian muerto cuidando á los apestados. Para mantener la fe en el Oriente, era indispensable la proteccion vigorosa y constante de una potencia europea: esto lo conoció muy bien Enrique IV, y trató de realizar por medio de los Jesuitas lo que los cruzados en otro tiempo no habian hecho mas que ensayar con la gloria de sus armas.

Pide al Gran Señor los firmanes necesarios, y el P. Canillac desembarcó en Constantinopla con otros cuatro sacerdotes de la Compañía de Jesús, por los años de 1609, y en el momento en

que expulsada aquella de la república de Venecía, se presentaba en esta ciudad á los adherentes de Fra Paolo, como un objeto de enemistad calculada. Creyendo el embajador de Venecia en Constantinopla hacer un acto de cortesanía, se declaró en las riberas del Bósforo enemigo capital de los Jesuitas, extrañados de las márgenes del Adriático, y los pintó al Divan como espías enviados por el Papa, y acusóles de fomentar la revolucion por todas partes.

Apenas instalados los Jesuitas en esta capital, se pusieron en relacion con los obispos y metropolitanos griegos, para cumplimentar las órdenes de la Santa Sede, que, no queriendo ofender las susceptibilidades musulmanas, les habia mandado no sacrificar los resultados de una cosecha cierta y abundante á la incierta esperanza de catequizar un número insignificante de turcos. Estaban en relacion con los patriarcas de Constantinopla y Jerusalen, les hicieron ver la necesidad de unirse, cuando repentinamente en 20 de octubre de 1610, pocos dias después de la muerte del embajador de Francia, baron de Salignac, fueron arrestados y conducidos al fuerte de los Dardanelos.

Altamente ofendido el baron de Sancy, sucesor de Salignac en la embajada, y creyendo que no debia permanecer espectador pasivo de semejante violacion del derecho de gentes, en la que se mostraban palpables las intrigas del Bailío veneciano, exigió del Gobierno que se pusiese inmediatamente en libertad á los Padres. La Francia se constituia su apoyo; el emperador Matías de Austria se hizo á la vez su defensor, y cuando se concluyó la paz entre el gabinete de Viena y la sublime Puerta, estipulóse entre otras cosas que los Jesuitas podrian predicar libremente en toda la extension del imperio otomano.

El P. José de Tremblay, aquel famoso capuchino tan asceta en el claustro como político en la corte, y que hubiera podido declararse rival de Richelieu si no hubiese sido su consejero y amigo, ejercia á la sazon el protectorado de su genio en las misiones de Levante. Los Jesuitas no podian atender á todos los trabajos, y el P. José, de concierto con el P. Coton, les envió algunos refuerzos, á los que agregándose los Franciscanos en 1625, empezaron de consuno la predicacion del Evangelio. Diez años antes se habian lanzado á la Mingrelia dos Padres del Instituto, al paso que penetraban otros en Paflagonia y Caldea, y el metropolitano de Gan-

gres proclamaba su union con la Iglesia católica, convencido por los discursos de los Jesuitas. Los Nestorianos de la Persia abjuraban sus errores, y la Grecia, la Siria, Persia y Armenia veian renacer en su seno el gérmen católico que tantos desastres habian ahogado. En Patras, en Nápoli y en el Peloponeso escuchaban la voz de los misioneros: la mision de Tesalónica prosperaba bajo la cuchilla de los perseguidores; la de Éfeso producia opimos frutos; y si por Esmirna, donde á la sazon erigian una casa, se abrian un paso para la Anatolia, por Damasco se franqueaban otro para la Palestina: en Scio adquiria progresos rápidos su nueva cristiandad; en Naxos se elevaba una nueva iglesia, y la de Santa Irene habia pasado á ser el refugio de los Católicos proscritos. En tanto que unos Jesuitas se establecian en Negroponto y Alepo, donde á la sazon el P. Guillermo Godet obraba numerosas conversiones entre los griegos y armenios, pasaban otros á las orillas del Eufrates y del Jordan, así como tambien á las ruinas de Babilonia y á la playa de Sara, donde combatian y toleraban para propagar la fe católica. Desde 1627 á 1638 fueron llamados los Padres á defenderla contra el patriarca de Constantinopla, Cirilo Lucaris. Astuto y audaz, tan diestro en la polémica como en la intriga, al paso que ambicioso y adulador, habia este candiota recorrido las principales universidades de Europa. Su espíritu consumado en el arte de disimular le granjeó el aprecio de los Protestantes y de todas las comuniones. Fue admitido en el consistorio de Ausburgo, al paso que el sínodo de Ginebra y el anglicanismo fundaron en él sus ensueños é ilusiones de omnipotencia en Oriente. Prometió introducir en él la Reforma, derramar las semillas del calvinismo, y predicar la preponderancia inglesa. Para acallar los recelos de la Iglesia romana, á quien habian empezado á alarmar sus relaciones, publicó Cirilo Lucaris una profesion de fe conforme en un todo con las doctrinas de la unidad católica; pero luego que fue promovido á la silla patriarcal de Constantinopla, y se aseguró del concurso de los príncipes protestantes, quitándose la mascarilla empezó á enseñar públicamente los errores de Lutero y de Calvino. Conmovidos los Jesuitas al observar este desafío lanzado á la faz del catolicismo, dieron parte de sus temores á los obispos griegos, quienes levantándose á su vez, desterraron á Rodas al mencionado patriarca; pero habiendo obtenido su libertad á solicitud de la Inglaterra y la Holanda,

vuelve á comparecer de nuevo en la capital, y vuelve á declamar con mas descaro que nunca á favor del nuevo culto que habia roto las cadenas de su cautiverio. Extrañado y reinstalado por siete veces distintas, pero atacando siempre á la Iglesia romana, y siempre hallando á los Jesuitas para oponerse á sus proyectos, no cesaba Lucaris de alarmar los ánimos, hasta que en 1638, y en el momento que marchaba para cumplir su octava condena, persuadido el Sultan de que quizás pudiera venir á parar en ser una tea de discordia contra el imperio otomano, dió orden para que le estrangulasen en las orillas del mar Negro.

En un Gobierno en que la arbitrariedad de los bajás solo estaba atemperada por el despotismo del Soberano, y en el que verificaba un acto religioso agradable á los ojos del profeta todo aquel que blasfemaba del nombre cristiano, la mision de los Jesuitas debia con precision verse expuesta á toda clase de pruebas: érales preciso triunfar de mil animosidades, amoldarse á costumbres ridículas y odiosas, satisfacer la codicia, no ofender jamás la orgullosa ignorancia de los agás, y mantener en una obediencia difícil á las familias católicas, á quienes el mas insignificante depositario de la autoridad se creia con derecho de sojuzgar á sus caprichos. Sometidos á una esclavitud de cada minuto, se vieron expuestos, durante el espacio de muchos años, á todas las extorsiones pecuniarias, inventadas por la avidez de los turcos, con solo el objeto de conservar la fe en el corazon de aquellas regiones que habian sido su cuna. En 1656, otro sacerdote de la Compañía de Jesús lanzaba sus conquistas á mayor distancia, fundando la mision de Anturah, entre los maronitas del Líbano.

Admirado Lamberto, comerciante marsellés y cuyos establecimientos cubrian la Siria, al observar la abnegacion de los misioneros, y queriendo asociarse á ellos de una manera mas activa que lo habia hecho hasta allí por medio de sacrificios pecuniarios, después de haber arreglado sus asuntos comerciales, se embarcó, con el objeto de comenzar en Roma su noviciado. Hecha su profesion, regresó transformado en humilde Jesuita, al mismo sitio donde en otro tiempo se habia mostrado opulento y poderoso, y estableció, de concierto con Abunaufel, á quien Luis XIV habia nombrado cónsul general de Francia en el Líbano, un lugar de asilo, donde los cristianos y musulmanes convertidos encontrasen siempre un refugio contra las persecuciones, y sacerdotes que reanimasen

su valor. El P. Nacchi, maronita de nacimiento, fue nombrado superior de la mision; y bien pronto este nuevo pueblo, formado de católicos dispersos, hizo saber á los maronitas fieles á la Iglesia, que tenian hermanos y amigos en todos los puntos del globo.

Mirábanse los maronitas como hijos adoptivos de Francia, y todos los dias oraban en la misa por el Monarca francés, á quien apellidaban el rey de los Cristianos. El sultan Achmet I, movido por el mismo ascendiente que se habian granjeado los Borbones en aquel país, decretaba lo siguiente: «Queremos y mandamos, «en consideracion á Enrique el Grande, que todos los súbditos y «amigos del rey de Francia puedan, bajo su proteccion y bande«ra, encaminarse á los Santos Lugares de Jerusalen y visitarlos «con toda libertad.»

En Scio y Esmirna habian pasado á ser los Padres los consoladores y guias de los europeos, y bajaban hasta á los calabozos de las Siete Torres. Marco Antonio Delfini, patriarca de Aquileya, era esclavo, y le ayudaban á sobrellevar su cautiverio de veinte y dos años: hacen regresar al culto católico al conde de Carlac-Fenelon que habia mamado la herejía calvinista, convirtiendo además á los mismos cónsules que tenia la Inglaterra en el Levante. Pónense de acuerdo con los patriarcas armenios, Andrés, Jacobo y Constantino, los que reconocen por último la autoridad de la Santa Sede, y dirigen á Urbano VIII y á Luis XIII con fecha del 20 de octubre de 1632 la siguiente carta, que firmaba la union que habian sabido los Jesuitas introducir en aquellos pueblos. Dice así:

«Muy perfecto y enviado de Dios, santísimo Padre, que ocu«pais en la actualidad el lugar de Jesucristo, y que estais senta«do en la cátedra de san Pedro, príncipe de los Apóstoles; y vos, «rey de los reyes y César de los Césares, Luis rey de Francia, á «quien el brazo divino ha colocado sobre el trono: inundados «nuestros ojos en lágrimas y con el rostro abatido de tristeza, os «escribimos esta humilde carta, á vosotros que sois nuestra es«peranza después de Dios, como tambien las columnas de los que «adoran la Cruz. Nosotros, pobres y llenos de pecados, sacerdo«tes armenios de Esmirna en union de todo el clero y de todos los «seglares, desde el mas grande al mas pequeño, os remitimos «esta carta, para suplicaros, gran Rey, que los misioneros que «nos enseñan el camino del cielo obtengan por vuestra órden y

«liberalidad regia, un alivio en su pobreza, juntamente con un «domicilio estable donde puedan enseñarnos á nosotros y á nuestros hijos la ley del verdadero Dios; y si os dignais humillaros «hasta escuchar la razon que nos impulsa á solicitar humildemente esta gracia, os dirémos que estos religiosos son unos sugetos «muy virtuosos, humildes y obedientes, que practican las buenas obras para dar gloria á Dios.

«Además os dirémos que desde que habitan en esta ciudad, se «han unido con un lazo estrecho de caridad los francos y los armenios, conversando mutuamente y sin etiquetas de ninguna «especie: cuando celebramos nuestras fiestas, los invitamos á que «concurran, ofreciendo en su presencia nuestro incienso, vistiéndonos con nuestros ornamentos sacerdotales, y celebrando nuestros oficios y nuestras ceremonias segun el rito armenio. De la «misma manera cuando los francos celebran sus fiestas nos invitan á tomar parte en ellas, y nos llevan á su iglesia, donde «ofrecen el santo sacrificio de la misa segun la costumbre de la «Iglesia romana: así es que vivimos ambas naciones en una armonía tan perfecta, que nada mas se pudiera desear.

«Pero si los misioneros, ya por la malicia de sus enemigos, ya «por exceso de pobreza, se ven precisados á salir de nuestra «ciudad, tememos, y con razon, que esta union se rompa. Tal «es el motivo, señores y dueños nuestros, vos santísimo Papa, y «vos gran Rey, que nos estimula á nosotros, pobres pecadores «armenios, á suplicaros que nos otorgueis la gracia que os pedimos con todas las instancias posibles, puesto que por mas distantes que estemos de vosotros, continuarémos con tanto fervor «como si estuviésemos inmediatos, suplicando á la Majestad divina que seais unos santos en el Señor, y que este sea siempre «con vosotros.

«En Esmirna, año de los armenios 1681, jueves 5 de octubre. — Firmado Juan Xalepti, metropolitano.»

Era tan evidente la favorable influencia de los Jesuitas, que después de pasado un siglo, y en el momento en que desaparecian arrastrados por la tempestad que les habian suscitado los mismos Borbones, el caballero de Saint-Priest, embajador á la sazon en Constantinopla, no temió por el interés de la verdad y de su nacion, atacar de frente las animosidades de la época. Dirigiendo este embajador al Gobierno de Luis XV una memoria

circunstanciada, respecto al influjo que el nombre francés estaba destinado á ejercer en el Oriente por medio de la propagacion del catolicismo, y conducido á exponer el estado de las misiones, escribia con fecha del 10 de noviembre de 1773:

«El número de los católicos rayas ha pasado á ser considera-«ble en Esmirna, y los Jesuitas hacian en esta ciudad tantos be-«neficios, como do quiera que han sentado el pié;» y mas adelante añadió, formando una especie de parangon entre el Instituto y las demás sociedades religiosas: «A mas de que ninguno de «aquellos frailes ejercia propiamente la mision, es necesario co-«nocer que los Jesuitas eran los únicos religiosos que se emplea-«ban en ella con celo; justicia que no puede uno menos de dis-«pensarles, y que ahora que ya no existen, no puede ser tampo-«co sospechosa. A ellos se debe en gran parte el progreso de la «religion católica entre los armenios y sirios, como se refiere «en la memoria presentada por el embajador del año último. De-«positarios de la confianza de los súbditos del Gran Señor, im-«porta conservar en sus funciones á los ex-Jesuitas, si no que-«reis comprometer los frutos que sembraron [1].»

Mientras que el Rey cristianísimo, el Pontífice y los demás príncipes católicos proscribian á los Jesuitas en Europa, el diplomático francés en el Oriente pedia su conservacion en nombre de la fe y de la dignidad nacional. El caballero Saint-Priest sin dejarse arrastrar por un entusiasmo inconsiderado, apreciaba los acontecimientos en los mismos lugares en que ocurrian, y así juzgaba con conocimiento de causa; pero desgraciadamente fue desatendido su dictámen.

Por el despacho de este diplomático se deja conocer cuál era el ascendiente que ejercian los Padres en el Levante: igual influencia habian adquirido en las Antillas francesas, cuyos indígenas pertenecian á esas tribus de caribes, que en su solo nombre parece incluyen cierto instinto de ferocidad; mas sus feroces instintos eran todavía muy inferiores á los de algunos aventureros ingleses, bretones y normandos que á la sazon infestaban los mares. Los flibusters ó hermanos de la costa se cougregaban en una comunidad de principios, crímenes y peligros, y por el solo derecho de una intrepidez á la que nada era capaz de intimidar, después de apoderarse de la isla de la Tortuga, ajenos á todo otro

[1] *Archivo de los negocios extranjeros y manuscritos del abate Brotier.*

sentimiento que al de una codicia sanguinaria, reinaban en ella en nombre de la fuerza y del terror. Luego que los Jesuitas obtuvieron de los flibusters la palabra de que jamás tratarian de poner trabas á su apostolado, los PP. Empteau y Jaime Bouton abrieron las Antillas á la fe católica. El segundo catequizaba durante el dia á los negros, y escribia por la noche la relacion de sus viajes [1]. En tanto que por los años de 1646 se ocupaban unos Padres en evangelizar á la Martínica, construyendo al mismo tiempo una iglesia en la Tierra Baja, costeaban algunos otros individuos de la misma Órden el rio de las Yerbas, llegaban á Guadalupe, ó abordaban en las islas de San Salvador, Santa Cruz, San Martin, San Bartolomé y San Cristóbal.

En la misma época penetraban en el interior de estos países, ansiando las conquistas de salvajes, los PP. Larcannier, Heland, Chemel y Dejean, y realizaban en las Antillas los mismos prodigios verificados en el Paraguay y el Canadá; pero allí lo mismo que en todas partes era la sangre de los Jesuitas la que cimentaba esta alianza que predisponia á los bárbaros á la civilizacion. Dotados estos Jesuitas de una nueva energía que les comunicara el martirio de sus colegas Aubergeon y Gueyma, ocurrido en 25 de mayo de 1654, se lanzaron en pos de las torturas y de la muerte; y después de una lucha reñida por largo tiempo, quedó la victoria por la Cruz, y los misioneros pudieron recoger con júbilo la miés que habian fertilizado con su sangre.

[1] Relacion impresa por Cramoisi, 1640.

CAPÍTULO XXII.

Los Jesuitas en el Paraguay. — Lo que en él hicieron, segun Buffon, Robertson y Montesquieu. — Descubrimiento y situacion del Paraguay. — Los Padres Barcena y Ángulo. — Romero y Monroy entre los Guaranis. — Primeras iglesias construidas por los salvajes. — Nuevo plan de misiones. — El Padre Paez, visitador en el Paraguay y en Tucuman. — Reunion de los Padres en Salta. — Odio de los salvajes contra los españoles. — Favorecen estos las misiones nacientes. — Exigen los Jesuitas mas humanidad de parte de los europeos. — Reyertas de los Jesuitas con los comerciantes y colonos españoles. — Abandonan los Padres á Santiago. — Retíranse á San Miguel. — Misiones entre los Diaguitas y los Lullos. — El P. Valdiva cerca del Monarca español. — Obtiene la libertad de los esclavos que abrazasen el catolicismo. — Los Padres Maceta y Cataldino en el Paranapané y en el Guaira. — Primera idea de la república cristiana. — Obstáculos suscitados por los españoles. — Fundacion de las reducciones. — Protégelas el Monarca español contra la codicia ó malevolencia de sus súbditos. — Los misioneros se constituyen en pacificadores. — Los españoles obligan á los Jesuitas á salir de la Asuncion. — Carácter de los salvajes. — Su inconstancia y sus astucias. — Peligros á que se ven expuestos los Jesuitas. — El P. Ruiz de Montoya. — El P. Gonzalez en el Paraná. — Vense precisados los Jesuitas á vivir aislados del resto de los europeos para conquistar á los salvajes. — Ignorancia y embrutecimiento de los indios. — Principian los Jesuitas á educarlos. — Medios de que se valen. — Improvísanse músicos en las orillas de los rios. — Establecen talleres, donde aplican á los salvajes á un trabajo adecuado á su gusto. — Comercio de la yerba del Paraguay. — Prohiben á los neófitos toda especie de relaciones exteriores. — Atribuciones de los Jesuitas. — Respeto con que se rodean. — Leyes promulgadas por ellos. — Espectáculo que ofrecen las reducciones. — Sus costumbres, fiestas, ocupaciones y ejércitos. — Explicacion de este gobierno. — Los obispos y los Jesuitas. — Prohiben el vino á los neófitos. — Motivos de esta abstinencia. — Felicidad que disfrutan las reducciones. — Sistema de posesion. — Cuadro de la vida de los neófitos. — El P. Romero entre los Guaycurus. — Montoya y los antropófagos de Guibay. — Gonzalez en las fuentes del Uruguay. — Nuevas reducciones. — Los salvajes y los Jesuitas. — Tratan de oponérseles los holandeses. — Martirio del P. Gonzalez. — Decláranse los Tetudos en guerra con los Jesuitas. — Calculada indolencia de los españoles. — Saqueo de las reducciones. — El P. Montoya propone la emigracion á los neófitos. — Resignacion de los Guaranis. — Las nuevas reducciones. — Los Jesuitas en Tapé. — El P. Espinosa es asesinado por los Guapalaches. — Muerte del P. Mendoza. — Sus neófitos tratan de vengarle. — Encamínanse á Madrid y á Roma los PP. Diaz Tano y Montoya con el objeto de solicitar la intervencion del Papa y del Monarca español en fa-

vor de los neófitos. — Carta del obispo de Tucuman al Rey. — El P. Osorio en Chaco. — Asesinan los salvajes á los misioneros. — Otorga el Monarca español á los neófitos la facultad de usar armas de fuego. — Este favor cambia enteramente la situacion.— El P. Pastor entre los Mataranos y Abipones. — Tropas formadas por los Jesuitas. — Destruyen á los Tetudos. — D. Bernardino de Cárdenas, obispo de la Asuncion, y los Padres. — Causa de sus disensiones. — Acusan á los Jesuitas de poseer minas de oro. — Asesinan á los PP. Romero y Arias.— Los comerciantes y colonos toman parte en favor del obispo de la Asuncion. — Asóciase á sus esfuerzos D. Juan de Palafox. — Orígen de estas contiendas.— Oponen la jurisdiccion del Ordinario á los privilegios de los misioneros. — Triunfan los Jesuitas de D. Bernardino.— Toman su defensa en Europa los Jansenistas y Protestantes. — Gaspar Artiaga y sus folletos. — Marchan los neófitos, conducidos por los Jesuitas, contra los indios insurreccionados. — Obtienen una completa victoria. — Negocian los Jesuitas la paz entre los españoles y los indios. — Los Jesuitas en Maryland. — Emigracion de los católicos ingleses.— El P. White y los salvajes.— Situacion de estas colonias cristianas.

Al contemplar Buffon el espectáculo de todos aquellos pueblos á los que los Jesuitas llevaban con el cristianismo los beneficios de una sociedad civilizada, escribia lo siguiente: «Es mayor el «número de hombres que han formado las misiones en las nacio-«nes bárbaras, que los que han podido destruir las armas victo-«riosas de los príncipes que los han sometido á su dominio. Esti-«mulados los salvajes por los ejemplos de dulzura, caridad, ir-«reprensible conducta y ejercicio de todas las virtudes, constan-«temente practicadas por los Jesuitas, han vencido su natural «desconfianza y ferocidad; é impulsados por su mismo instinto «han solicitado conocer aquella ley que los hacia hombres tan «perfectos, y después de someterse á ello, se han reunido en so-«ciedad. Nada ha podido hacer mas honor á la religion católica «que el haber conseguido civilizar aquellas naciones, y el haber «echado los cimientos de un imperio sin otras armas que las de la «virtud [1].»

Lo que el naturalista francés proclama con la autoridad de su genio, se halla comprobado con las expresiones siguientes del protestante Robertson: «En el Nuevo Mundo es, dice el histo-«riador anglicano al hablar de las misiones [2], donde los Jesuitas «han ejercitado sus talentos con mas brillo, y de la manera mas

[1] *Historia natural del hombre.*

[2] *Historia de Carlos V,* por Robertson, en 4.°, tomo II, pág. 229. (Amsterdam, 1771).

«útil á la felicidad de la especie humana. Mientras que los con-«quistadores de esta infortunada parte del globo no marchaban «á ella con otro objeto que el de despojar, encadenar y extermi-«nar á sus habitantes, los Jesuitas fueron los únicos que pasaron «á establecerse en aquellos climas con miras humanitarias.»

Y efectivamente, solo los Jesuitas pertrechados en la fuerza única del principio cristiano que, en una Órden así constituida, no se debilita jamás aun cuando se renueve, pudieron realizar una utopía que todos los filósofos habian imaginado, y que, sin embargo, era mirada como imposible por todos los hombres reflexivos. Desde la época de san Francisco Javier hasta el P. Brebeuf, los hemos visto en el Japon y en Etiopia, en las Indias y en el Perú, en el Brasil y el Mogol, en los archipiélagos mas áridos y en el Monomotapa, en el interior de las selvas vírgenes y en las riberas del Bósforo; ora bajo las erguidas copas de los cedros del Líbano, como en las abatidas chozas de los salvajes; así en la China, como en el Canadá, en el Maduré y en el Tibet, hacerse alternativamente, segun el consejo del Apóstol, enfermos con los que sufrian, pequeños con los débiles, ignorantes con los ingenios bárbaros, doctos con los talentos cultivados, diplomáticos con los potentados de la tierra, y dispuestos siempre á sacrificar su existencia por conquistar un alma, ó por anunciar la verdad á los hombres. Improvisándose letrados y mandarines en la China, esclavos de los negros en Cartagena, bramas penitentes y parias en el Indostan, cazadores errantes en el Canadá, y maronitas bajo las palmeras de la Judea, llegaron á desplegar do quiera un valor jamás desmentido en los suplicios, una actividad sin igual en los trabajos apostólicos, y una piadosa industria para encubrir al misionero bajo el disfraz mas favorable á su empresa.

Pero las dificultades de la política, las pasiones de los hombres, la insaciable avidez de unos, la codicia de otros, y mas particularmente las rivalidades, no les han permitido aplicar en su conjunto el sistema que Loyola les habia legado en gérmen. La Compañía de Jesús queria demostrar, que no hay cosa mas practicable que realizar por medio de la fe entre los salvajes la utopía consoladora que Platon y demás sabios de la tierra han tantas veces y tan inútilmente soñado; y firme en su propósito, no retrocedió un ápice hasta encontrar un punto del globo en el que la fuese permitido instruir, militar y derramar su sangre con entera li-

bertad. Este punto ansiado con tantas veras era el Paraguay; y si «debe gloriarse, dice Montesquieu [1], de haber sido el primero «que ha preconizado en estas comarcas la idea de la Religion «agregada al pensamiento de la humanidad, mucho mas debe «hacerlo; porque reparando los estragos causados por los espa-«ñoles, ha curado una de las mayores heridas que ha recibido «hasta el presente el género humano.»

Dueños absolutos de su voluntad, de la que solo debian dar cuenta á Dios, á la Santa Sede y al Monarca español, hicieron los Jesuitas en favor de aquellas tribus bárbaras un milagro de civilizacion, que se ha perpetuado hasta su caida: milagro continuo que vamos á tratar de describir.

El Paraguay, que hasta el año de 1608 estuvo unido al Brasil, pero que habiendo hecho progresos rápidos desde esta época bajo la conduccion de los misioneros, fue constituido en provincia de la Compañía de Jesús, es una vasta region, situada entre el Brasil, Perú y Chile, cuyo descubrimiento, verificado en 1516, se le debe al español Juan Solís, que fue después engullido por los salvajes al remontar el rio del mismo nombre que el país. Algunos años mas adelante, atraidos García y Sedeno por las inmensas riquezas de toda especie en que abundaba el país, y de las que referia maravillas la avidez cosmopolita, experimentaron la misma suerte en las costas de Paraná: habian ido en busca de tesoros, y siendo la astucia de los indígenas mayor que su audacia, no tuvieron otro remedio que el de perecer miserablemente. Entre tanto, el veneciano Sebastian Gabot, uno de tantos aventureros que á la sazon surcaban los mares por cuenta del príncipe que mejor recompensaba sus servicios, después de ofrecer á Carlos V el ensayar nuevas expediciones en derredor de aquellos rios cubiertos ya de sangre europea, se remontó hácia el orígen del Paraguay, y cambiando su nombre en el de Rio de la Plata, inauguró la toma de posesion degollando algunos indígenas.

Desde este momento hasta el dia en que el dominico Francisco Victoria, obispo de Santiago, apeló á los Padres de la Compañía, no cesaron los españoles de renovar sobre estas playas cuantos atentados contra la humanidad habian señalado la conquista del Perú. Pensando aquellos únicamente en enriquecerse, no trataban de civilizar á los bárbaros mas que para proporcionarse ope-

[1] *Espíritu de las leyes*, lib. IV, cap. VI.

rarios mas activos, ó esclavos mas inteligentes. Pero si la sed del oro aconsejaba quizás estas crueldades, la Religion se negó desde luego á prestarles su consentimiento; mucho mas cuando saliendo de Charcas en 1586 los PP. Alfonso Barcena y Angulo, con el objeto de cumplimentar las órdenes de su superior, se propusieron hacer que triunfase el Evangelio, donde hasta entonces solo habia imperado la fuerza bruta. Sus primeros ensayos en esta espinosa carrera fueron difíciles: érales preciso luchar contra el torrente de las prevenciones europeas, vencer la codicia, luchar con la desconfianza instintiva de los salvajes, é insinuarse en su confianza por medio de una incesante abnegacion. Los Jesuitas se sometieron gustosos á estos sacrificios, y de este modo multiplicaron en breve su apostolado. Fueron en su auxilio los PP. Juan Solano, Tomás Filds, Estebán de Grao y Manuel Ortega. Los dos primeros, Solano y Filds, habian ya visitado las tribus residentes en las orillas del Rio-Rojo, y estaban ya familiarizados con los peligros: subieron, pues, todos juntos hácia el orígen del rio, y llegaron al país de los Guaranis en 1588. El carácter indolente y apático de estas poblaciones las alejaba de todo lo que era virtud cristiana; pero luego que llegaron á comprender su belleza, escucharon con sumision las palabras de vida salidas de los labios de ambos Jesuitas: internáronse después en el interior de las selvas en pos de las hordas errantes, hasta que habiéndose declarado la peste en la Asuncion en el año de 1589, fueron remitidos á esta ciudad ambos Padres.

Entre tanto, dejábanse ver otros Jesuitas con la cruz en la mano en las riberas del Paraguay, por los años de 1593: eran estos los PP. Juan Romero, Gaspar de Monroy, Juan Viana y Marcelo Lorenzana, quienes después de haber predicado el Evangelio en Santa Fe y Córdoba del Tucuman, donde hicieron grande fruto, llevaron la semilla de su infatigable caridad á las tribus de los Guaranis y á las de los Omaguacas. La industriosa conmiseracion de estos sacerdotes, que se presentaban á los naturales sin mas armas que su confianza, las tiernas atenciones que les prodigaban, y el afecto que les mostraban, todo contribuia á domesticar sus sanguinarios instintos, y á dulcificar sus costumbres. Era indispensable expiar las crueldades de los primeros conquistadores para enseñar á los indios, á quienes las tropas españolas habian obligado á huir á los bosques, á bendecir el yugo del cris-

tianismo : tal fue la principal ocupacion de los hijos de Loyola ; y siguiéndolos paso á paso, no ha podido menos Voltaire de decir [1] : «La civilizacion del Paraguay, debida únicamente á los Jesuitas «españoles, parece ser en cierto modo el triunfo de la huma- «nidad.»

Elevábase un colegio en la Asuncion : en otros puntos se ocupaban los salvajes medio convertidos en construir iglesias, y los PP. Ortega y Villarnao se internaban en las montañas de la cordillera Chiriguana. Arrostrando peligros de toda especie, tanto en sus excursiones lejanas, como en los bosques poblados de serpientes, tigres y otros animales feroces; exponiéndose á otros peligros mayores de parte de los habitantes, y haciendo frente á los que les suscitaban los españoles, cuya irritacion no conocia límites, porque la marcha de los Jesuitas era una amarga censura de su política, caminaban los misioneros impávidos al desempeño de su cometido; y si hasta entonces nada habia podido contrarestar los progresos de la fe, en 1602 conocieron la necesidad de regularizarlos. Aquaviva seguia con su mente desde Roma la marcha de tantos operarios diseminados por aquellos continentes, y aplaudia sus trabajos ; mas para comunicarles mayor energía, creyó indispensable someterlos á una direccion uniforme. No bastaba á sus ojos el esparcir la semilla del Evangelio sobre un país cualquiera , sino que era preciso hacerla brotar, y cultivarla hasta su sazon, para que la cosecha fuese mas abundante. Aquellas misiones ambulantes, que se limitaban á atravesar el desierto , y á conducir el beneficio de una civilizacion pasajera á las extremidades del globo, solo podian, segun él, producir un recuerdo confuso en las almas de los salvajes. Aquaviva juzgó útil trazarlas un plan para moderar y dirigir los excesos del celo : el Padre Paez, visitador de las misiones trasatlánticas, fue el encargado de ponerlo en práctica.

Reuniendo el Visitador en Salta á todos los Jesuitas diseminados por el Tucuman, el Paraguay y las orillas del Rio de la Plata, después de convenir unánimes los congregados en que sus excursiones, necesarias en un principio para propagar la fe católica y aguerrir á los Padres, no eran ya tan indispensables, y que sin renunciar á ellas absolutamente, era preciso concentrar la accion con el objeto de imprimirla mas energía , resolvieron que se

[1] *Ensayo sobre las costumbres.*

debia obrar de consuno, y que se necesitaba someter el fervor apostólico á la táctica, como se somete la bravura individual del soldado. En tanto que esta asamblea de misioneros deliberaba sobre los medios mas idóneos para asegurar el triunfo de la fe y de la civilizacion, creyéndose los neófitos del Paraguay abandonados por los Jesuitas, manifestaron unos su sentimiento, y otros su cólera; pero estas sensaciones tan diversas, aunque emanadas de un mismo temor, no tardaron en confundirse en un mismo júbilo cuando vieron el regreso de los misioneros, y que se preparaban á trabajar en su felicidad.

Nombrado en 1605 provincial del Paraguay el P. Diego de Torres, llevó consigo desde Lima quince Jesuitas con el objeto de dar mas extension á las medidas adoptadas por la congregacion de Salta. Otros desembarcan en Buenos-Aires, punto central donde debia desarrollarse la mision. Pero en este país encontraron un obstáculo insuperable, que parecia oponerse á su marcha: los naturales, cuya gigantesca talla y feroces costumbres habian venido á ser un objeto de terror para los españoles, mostraban un odio implacable contra los que se proclamaban sus conquistadores, á quienes después de tener sitiados continuamente en sus ciudades, degollaban y devoraban en el momento que ponian el pié en la campiña. Su terror hallaba sin cesar un nuevo alimento, porque los españoles reducian á la esclavitud á cuantos prisioneros caian en sus manos; y aunque se habian proyectado medios para conciliar la avaricia de los europeos con el orgullo de los salvajes, todos ellos habian sido inútiles. Al ver, pues, que los Jesuitas se disponian á anunciar el Evangelio á estas poblaciones independientes, se persuadieron los españoles de que solo ellos conseguirian domarlos.

Acogieron, pues, con transportes de júbilo la llegada de los misioneros; mas al oir estos el relato de los padecimientos que el cautiverio de unos y la barbarie de otros reservaba á los naturales, no pudieron contener su indignacion. Se exigia de ellos que hiciesen servir la cruz á los mas sórdidos intereses; se quiso que con su elocuencia cubriesen los cálculos mas odiosos; les llamaban á remachar cadenas en el momento en que iban á ofrecer el presente de la civilizacion y la libertad, en nombre de aquel Dios que murió por todos; pero los Jesuitas tuvieron bastante carácter para negarse á semejantes proposiciones. En el Tucuman, como

en el Paraguay, pretendian los españoles servirse de su apostolado como de un medio mas seguro para contener en la obediencia aquellas tribus parias; pero los Jesuitas declararon que antes de dar principio á su mision, era preciso hacer menos gravoso el yugo que habian impuesto á los indios; y sus primeras palabras fueron una protesta contra los atentados de que eran testigos.

Esta firmeza debia producir resultados peligrosos, y arruinaba las esperanzas de los traficantes; los cuales creyeron que sitiando por hambre á los misioneros, vendrian á reducirlos á ser unos meros instrumentos de su avaricia, ó de lo contrario les obligarian á abandonar aquella tierra. Suprimiendo las limosnas, único medio de subsistencia que tenian los Padres, los redujeron á vivir solo de maíz y raíces. Viendo que estas medidas no bastaban para modificar sus proyectos de emancipacion, sublevan contra ellos á los magistrados y al clero secular; extiéndese la persecucion desde la Asuncion á Santiago: calumnian en Chile al P. Valdiva, el mas enérgico promotor de la emancipacion cristiana de los salvajes; y no pudiendo agotar la paciencia de los Padres, los atacan de un modo mas pérfido. Habian estos rehusado asociarse á sus cálculos, y los acusaban de aspirar á la dominacion exclusiva de las Indias. La ciudad de Santiago era el centro de donde salian todas estas imputaciones, para propagarse en las escalas donde traficaban los europeos. No creyendo oportuno los misioneros malgastar el tiempo en unas luchas, en que se enconaban los ánimos sin provecho alguno del cristianismo; y viendo que sus consejos no eran escuchados, y que sus instancias se estrellaban contra la mala voluntad de aquellas almas endurecidas por la codicia, abandonaron aquella ciudad para fijarse en la de San Miguel, que por su comercio y riqueza podia ser su rival.

Ofreciéronles sus moradores sin condicion alguna la hospitalidad, que la ciudad de Santiago habia tratado de venderles á costa del honor apostólico: fundaron un colegio en esta tierra de promision ó jardin encantado, cuya custodia estaba al parecer confiada únicamente á los rebaños de tigres; y recorriendo sin cesar los campos los PP. Juan Dario é Ignacio Marcelli, se lanzan desde este asilo en busca de los salvajes. Unos penetran en la morada de los Diaguitas, y otros en la de los Lullos; Dario y Marcel-

li se dirigen á proponer la paz á los Calchaquis, nacion que, como los Guapalaches, no cesaba de inquietar á los españoles. En este intermedio, arribó Torres á la Concepcion, y desde allí se encaminó á la Asuncion, á donde le llamaban el gobernador y el obispo del Paraguay.

Presentóse Valdiva en Madrid, con el objeto de exponer á Felipé III los obstáculos que la insaciable avidez de los españoles suscitaba á cada paso al cristianismo; y habiendo obtenido una audiencia de aquel Soberano, defendió en su presencia con tanto calor los derechos de los oprimidos indios, que, decidido Felipe á hacer que se cumpliese su voluntad, mandó que no se valiesen de otras armas para someter á su dominio á los habitantes del Paraguay mas que de la sola espada de la palabra de los misioneros; añadiendo, que no queria homenajes forzados, y que su intencion se reducia á sacar aquellas tribus de la barbarie, y hacerlas conocer al verdadero Dios; pero que jamás habia sido su ánimo el de hacerlas esclavas.

Tales eran las órdenes que el Jesuita Valdiva habia sugerido al rey de España, y de cuya ejecucion se encargó el P. Torres luego que tomó conocimiento de ellas. Dichos decretos consagraban el sistema de humanidad que hasta entonces habian predicado; el obispo del Paraguay y D. Arias de Saavedra no opusieron ningun estorbo. Antes resolvieron que se probaria colonizar, y emancipar poco á poco los salvajes por medio de la fe; y como los Guaranis eran la tribu mas próxima á la Asuncion, inauguraron con ellos sus ensayos.

Luego que los Jesuitas Simon Maceta y José Cataldino, después de haber salido de Roma en 10 de octubre de 1609, llegaron en febrero de 1610 al paraje que les habian designado en el Paranapané, los españoles procuraron entrabar los proyectos de ambos colegas, y murmuraron y aun prorumpieron en amenazas; pero pertrechados aquestos en la justicia de su causa, mas bien que en el deseo del monarca español, no se dejaron intimidar. El cacique que les acompaña les asegura del júbilo y gratitud con que iban á ser acogidos, porque la nacion entera los miraba como sus libertadores, y marchan, atravesando rios, salvando montañas. Apenas pisan el territorio del Guaira, se ven saludados y bendecidos en nombre de todas las familias, á quienes Ortega y Filds habian hecho cristianas por medio del Bautis-

mo, y á las que ellos iban á civilizar por medio de la emancipacion.

Aquellas tribus, errantes hasta entonces, que estaban dispuestas á aceptarlo todo de mano de los Padres, fundaron en el mismo sitio, testigo de la entrevista, la primera reduccion del Paraguay, cuna de las demás á quienes servirá de modelo. Esta reduccion tomó el nombre de Loreto, en memoria de la Vírgen, y como por una especie de homenaje tributado á la Madre de Jesucristo. Empezáronse á erigir casas como por encanto; pero, superando todas las previsiones el inmenso número de indios que se presentaban todos los dias, se vieron precisados á crear otra nueva, á la cual por un sentimiento de gratitud pusieron los Guaranis el nombre de San Ignacio. Los discípulos de este protegian la libertad; y sin embargo de ser europeos se oponian á las crueldades de los suyos, y les hacian conocer los dulces lazos de la patria y de la familia. Los salvajes comprendieron tanto desinterés, y se asociaron tan perfectamente á él con su confianza, que en este mismo año de 1616 fundaron dos nuevas reducciones.

Los Jesuitas realizaban en estas comarcas tan estupendos milagros de civilizacion, y ejercian tan grande prestigio, que ninguno de ellos retrocedió ante la idea de formar una república que, en su concepto, debia recordar al mundo estupefacto los hermosos dias del cristianismo naciente. Y este sueño y esta ilusion, cuya fantasía no hubiera osado concebir un monarca, intentaron realizarlo algunos pobres sacerdotes sin otras armas que un Crucifijo de madera, y sin otra fuerza que una perseverancia á toda prueba. Todo les era contrario y hostil; tenian que vencer y dirigir á unos bárbaros inconstantes, de carácter indócil, y cuya limitada razon solo en algunos momentos tenia en cuenta los sacrificios hechos en su favor. Y no era, sin embargo, de parte de aquellas tribus viciosas por instinto de donde aguardaban los mas fuertes obstáculos. Los españoles suscitaban otros mas duraderos, unas veces con su avaricia, otras con las intrigas de toda especie que aquella evocaba. Los traficantes europeos no habian renunciado á su patria con el *santo fin* de hacer felices á los salvajes, puesto que les importaba poco que fuesen cristianos ó dejasen de serlo, con tal que llegasen á formarse una fortuna colosal. Una vez lanzados á aquellas costas por la ambicion, solo aspiraban á separarse de ellas cuanto antes para pasar á España á

disfrutar del fruto de sus depredaciones; ó si consentian en establecerse en aquellas regiones, era solo con el objeto de basar su pujanza futura en el embrutecimiento de los indígenas. Semejante estado de cosas era un manantial de desórdenes; pero hablando el deber mas altamente en el corazon de los misioneros que todos estos temores, se lanzaron á la palestra para poner un término á semejantes abusos, granjeándose, por consiguiente, numerosos enemigos, cuyo furor no podria menos de aumentar una ocasion cualquiera. Como las primeras tentativas de los Padres habian sido coronadas con un éxito feliz, á pesar de haber apoyado la administracion civil y militar todos estos abusos, avanzaron cuanto les fue posible en la via de las mejoras sociales que se hâbian trazado, sin inquietarse por las inculpaciones de que iban á ser víctimas. Conocian el bien al paso que trataban de consumarle con reserva, y dejando á la experiencia el cuidado de vindicarlos.

La experiencia, empero, vino demasiado tarde como la justicia humana; mas entre tanto los Jesuitas se ocupaban en organizar las cristiandades. Enseñaban á los indígenas el camino de la civilizacion; pero el rey de España les habia prometido su apoyo, y sin este declaraban los Padres que les seria imposible resistir por mas largo tiempo á los ataques, ya clandestinos, ya manifiestos, á que se veian expuestos: Felipe III sancionó por medio de un decreto el impulso que habia dado á estas colonias nacientes. Nombrado un comisario real para que visitase los nuevos establecimientos, después de aprobar este cuanto habian bosquejado los Jesuitas, y deseando poner á los neófitos al abrigo de las tropelías, promulgó varias ordenanzas, otorgando cuanta latitud era dable á los misioneros. La ventura que disfrutaban estas colonias no pudo menos de tentar á otras tribus del Guaira, hostiles á los españoles, porque estos les arrebataban sus hijos y mujeres para esclavizarlos, y solicitaron el Bautismo. Los PP. Lorenzana y Francisco San Marino se encaminaron hácia ellos, aunque no encontraron los corazones tan bien dispuestos como los ánimos. Reducíanse sus demandas á que se les eximiese de la contribucion de sangre, á que les condenaba la codicia: y como el sentimiento cristiano no se desarrollaba en sus corazones con tanta energía como el amor á la independencia, después de pasado un año en las humillaciones y en los trabajos, pudo Lorenzana esperar al fin

que si no en aquella ocasion, mas en adelante quizás se mostrarian dóciles á sus lecciones.

Los Padres se colocaban espontáneamente entre dos peligros: por un lado tenian á los españoles que recelaban su ascendiente sobre los salvajes; por otro los mismos salvajes, los que descubriendo la huella de los europeos en el interior de las selvas, podian entregarse con ellos á mas terribles excesos. Luego que los españoles ejercian algun acto de violencia contra alguna tribu, y esta apelaba á las armas para vengarse de algun rapto, encargaban la negociacion de la paz á los misioneros: los misioneros atravesaban los rios y desiertos, ascendian á la cumbre de las montañas, y presentándose en medio de aquellas hordas errantes, á quienes la desesperacion ó la embriaguez del triunfo de un momento comunicaban nueva ferocidad, arrostraban los recelos de que eran objeto; encontraban en sus labios palabras de vida para lisonjear la vanidad de los indios; é insinuándose poco á poco en su confianza, llegaban á dominarlos sin temor á sus flechas ó á sus venenos. Lo primero que hacian los españoles era degollar á los caciques con el objeto de sojuzgarlos; y estos debieron ser los primeros en solicitar la intervencion de los Jesuitas, quienes, á mas de respetar su autoridad, colocaban bajo la salvaguardia del Monarca su vida amenazada de continuo. Así es que después que los Padres se hubieron convencido de la posicion en que se les habia colocado, al paso que se servian de estos jefes de hordas como de otros tantos protectores, ponian todo su conato en catequizarlos, seguros de que no podia menos de ser ventajoso el ejemplo procedente de tan alto.

D. Francisco de Alfaro, que á la sazon se hallaba en el Tucuman en calidad de comisario, en nombre de Felipe III, con poderes ilimitados, declaró por medio de un bando que los Guaranis y Guaycurus no estaban sujetos á la esclavitud; aboliendo en favor suyo el servicio personal. Los europeos creyeron desde luego que los Jesuitas eran los autores de esta pragmática, y deseando volverles guerra por guerra, les obligaron á salir sin demora de la Asuncion; mas, como se hacia cási imposible el poder pasarse mucho tiempo sin su auxilio, en el momento en que esta ciudad los expulsaba de su recinto, los ciudadanos de la de Santiago los llamaban á sus muros, y les fundaban un colegio destinado á la educacion de la juventud. Los Guaranis solo habian in-

tentado en un principio sustraerse á la esclavitud, haciéndose de los Jesuitas un antemural que protegiese su libertad, y esta misma esperanza habia atraido á muchos otros; pero en estas colonias no se amoldaban á los preceptos del Evangelio, ni aun á las obligaciones de la ley natural.

Feroces como antes, caprichosos é invenciblemente adictos á sus supersticiones, escuchaban la voz del Jesuita con apatía ó desconfianza; y, cuando instados á renunciar á sus costumbres vagabundas, no tenian razones que alegar, desaparecian en su mayor parte introduciéndose de nuevo en sus bosques y montañas, y prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos goces de la civilizacion cristiana. Otras veces, arrebatados por su crueldad instintiva, y concibiendo sospechas culpables, se insurreccionaban contra los misioneros, que con el objeto de garantirlos de los insultos exteriores, se exponian en el interior de las residencias á todos los ultrajes. Pero esta vida de tribulaciones á que se condenaban los Jesuitas en favor suyo, solo hacia en sus almas una impresion pasajera: contentábanse con admirar su caridad siempre activa, pero preferian evadirse de ella; y como el derecho de ser libres solo era á sus ojos sinónimo del de guerrear con sus vecinos y vivir á sus anchuras, se aprovechaban de todos los acontecimientos para volver á su vida errante.

Luego que se echaba de ver la desercion, salian los Jesuitas en busca de los prófugos: escoltados de los neófitos mas antiguos, se lanzaban á través de aquellas inmensas llanuras, sin alimentarse en estas arriesgadas excursiones mas que de frutas silvestres ó raíces amarguísimas. Bajo los rayos de un sol abrasador ó bajo una lluvia continua, caminaban sin tregua ni reposo, arrostrando el furor de los tigres, ó la mordedura de las serpientes, pasando los rios á nado, ó ascendiendo á las rocas mas escarpadas. Como para abrirse un camino era indispensable algunas veces que el hacha derribase los árboles, y se les resistia á los guias del misionero el trabajo, mucho mas cuando se veian precisados á detener su marcha ante los indios que huian ó lanzaban flechas, desertaban estos á su vez, abandonando á las torturas del hambre y del insomnio al mismo que impulsado por la caridad se sacrificaba por ellos. Estas penalidades de cada dia, agregadas á la expectativa de una muerte inevitable, no eran suficientes á alterar la serenidad del misionero: solo ó acompañado de algunos

fieles, continuaba investigando las grutas mas inaccesibles; y cuando, abrumado por la fatiga, ó cubierto de úlceras, que emponzoñaban á cada paso las picaduras de los mosquitos, tenia la suerte de encontrar el vestigio de algunos de sus desertores, olvidando todos sus padecimientos, entonaba el himno de la victoria, y los conducia al aprisco.

Esta lucha contra la necesidad de feroz independencia que aquejaba á los bárbaros, y que arrastraba tras sí enfermedades de toda especie, no bastaba á desanimar á ningun discípulo de Ignacio. No ignoraban que su destino se reducia tal vez á perecer miserablemente en aquellas madrigueras; pero no por eso abandonaban su puesto: y cuando en 1614 llegó á aquellas costas el P. Antonio Ruiz de Montoya, uno de los hombres mas ilustrados de su siglo, con el objeto de compartir las fatigas de Maceta y Cataldino, contaba la provincia del Paraguay ciento diez y nueve colaboradores. Pasados dos años, se diseminaron por el Guarambora, Uruguay y Paraná otros treinta y siete Jesuitas conducidos por el P. Viana. El P. Gonzalez de Santa Cruz se internaba en la mansion de los salvajes de Itapua, mientras que los PP. Moranta y Romero recorrian el país de los Guaycurus, y mientras que otros penetraban en el inmenso valle de los Algonquinos, deteniéndose de paso entre los Mahomas, y fertilizando las lagunas de Appupen. En todas partes hallaban, como en el desierto de Corrientes, indios armados de flechas y mazas, y que, con el cuerpo pintado de distintos colores, solo dejaban escapar de sus labios amenazas, ó expresiones emanadas de un estúpido orgullo. El P. Gonzalez subia el Paraná, cuando se encontró con una tribu nómada, cuyo jefe, levantándose á vista del Misionero, exclamó: «Sabe que ningun europeo ha pisado hasta ahora la yerba «de esta ribera, sin haberla bañado con su sangre. Tú vienes á «anunciarnos un nuevo Dios, y por consiguiente me declaras la «guerra; porque aquí solo yo tengo el derecho á ser adorado.»

Sin intimidarse el Jesuita, contesta con energía á la altivez del salvaje, explica las intenciones de que se halla animado, y á favor de su intrepidez y su dulzura, pudo continuar su viaje acompañado de toda esta tribu, cuya conquista habia hecho.

Prescindiendo de las reducciones establecidas ya en el Guaira, colonias que los Jesuitas habian disciplinado con gran dificultad, merced á la instabilidad natural de los indios, no se presen-

taba la cosecha bajo un punto de vista halagüeño. Amenazábales do quiera un peligro, sin que hubiese una seguridad de que pudiese recompensarle jamás un triunfo verdadero; y como los Jesuitas, por otro lado, eran únicamente aceptados como un baluarte contra las tropelías de los españoles, para evitar el terror que pudiera inspirar este nombre, se veian precisados á comunicar lo menos posible con los europeos. El gobernador del Paraguay, D. Arias Saavedra, habia manifestado muchas veces al P. Gonzalez el deseo de visitar estas residencias; mas el Jesuita le habia disuadido de este proyecto, que no podia menos de excitar nuevas sospechas en los ánimos de los Guaranis. La curiosidad pudo mas en él que la prudencia; y entrando á la cabeza de un batallon en aquellos asilos, que el odio al nombre español habia poblado, se presentó en ellos como amigo, como cristiano y como delegado del Rey católico. Acogiéronle con respeto los naturales; pero luego que vieron á los soldados, los Guaranis, que aun no habian abrazado el cristianismo, resolvieron interceptar el paso del rio y apoderarse de la persona del Gobernador. La conspiracion iba á tener efecto, cuando lanzándose el Jesuita, que no habia querido separarse del funcionario, en medio de aquellas hordas sedientas de sangre y de venganza, y emboscadas en una pendiente, y hablándolas con aquel tono de confianza tan natural en los misioneros, después de hacerlas deponer las armas, condujo á Tabasambé, su jefe, á la presencia del Virey.

Preciso era que los Padres hubiesen dispuesto muy de antemano el corazon de aquellos bárbaros para ejercer sobre ellos un influjo tan poderoso. Pero antes de referir sus prodigiosos efectos, será del caso remontarnos á su orígen, y estudiar en detalle este singular gobierno, especie de égloga político-religiosa que ha encontrado Teócritos y Virgilios en todos los historiadores, filósofos, y aun en los mismos escépticos. Las instituciones sancionadas por los Jesuitas y confiadas á los salvajes del Paraguay, han confundido en un mismo elogio al escritor religioso Muratori y al profano Voltaire, á este hombre que enseñaba á burlarse de todas las virtudes. Este país de las misiones, del que, segun las palabras de este último [1], «han sido á la vez fundadores, legisladores, pontífices y soberanos,» ha llamado por mucho tiempo la atencion del mundo entero: el mismo Raynal, ese sacerdote que

[1] *Ensayo sobre las costumbres.*

tantas blasfemias ha proferido contra el catolicismo, no ha podido menos de expresar, en su *Historia de las Indias*, el respetuoso sentimiento de admiracion de que estaba animado. « Cuando salieron « de manos de los Jesuitas en 1768, dice [1], las misiones del Pa- « raguay habian llegado al mas alto punto de civilizacion á que « se pueden conducir las naciones nuevas, y muy superior sin « duda á cuanto se conocia á la sazon en lo restante del Nuevo « Mundo. En este país se observaban las leyes; reinaba una poli- « cía admirable; las costumbres habian llegado al apogeo de su « pureza; una venturosa fraternidad enlazaba los corazones; ha- « bíanse perfeccionado las artes de la primera necesidad, y aun « las de lujo, y la abundancia era general, etc. »

Dedúcese de aquí, que aun sus mismos adversarios y enemigos declarados del cristianismo, se han visto precisados á confesar que los Jesuitas llegaron á realizar la utopía, que tantos socialistas visionarios solo han podido desarrollar en sus escritos: veamos ahora los expedientes á que recurrieron para obtener este resultado.

Alarmados los misioneros al ver que los indios eran de una inteligencia tan limitada, que no llegaban á comprender sino lo que estaba al alcance de sus sentidos, después de interrogarse si podrian admitirlos á la participacion de los Sacramentos, consultaron sobre este punto á los obispos del Perú, congregados en Lima, quienes decidieron unánimes que, á excepcion del Bautismo, no se debia pasar á conferirles otro sino con muchas precauciones. No por eso desmayaron los Padres. Después de amoldarse á la comprension de sus catecúmenos, los fueron guiando como por grados, á la manera que una madre atenta y cariñosa vigila los primeros movimientos de un hijo enfermizo; y estudiando con detencion aquella organizacion viciosa, aquel carácter sanguinario y aquel apego á la independencia, tan naturales en ellos, llegaron á convencerse de que aun habia en ellos elementos de vida. Es verdad que las pasiones degeneradas, y los instintos sanguinarios, habian cási sofocado el gérmen de la razon; pero este mismo gérmen parecia aun susceptible de producir. Los indios, que todo lo habian perdido en el naufragio de su inteligencia, conservaban aun una especie de talento para imitar las cosas que

[1] *Historia política y filosófica de las Indias*, tomo II, página 289. (Ginebra, 1780).

llamaban su atencion: incapaces de inventar; pero sabian imitar con prontitud el modelo que se les ponia delante.

En tanto que unos misioneros justificaban esta cualidad, sondeando otros la corriente de los rios, advirtieron en los salvajes un gesto musical innato en sus almas, y del que era fácil sacar partido. Observaron que cuando cantaban las alabanzas divinas, acompañaban sus piraguas los indios con un indecible sentimiento de placer, y se esforzaban á asociar con ellos sus voces. Esta observacion no fue perdida: descendieron los Jesuitas á tierra, se mezclaron con los grupos; y tratando estos Orfeos del cristianismo de hacerles comprender el sentido misterioso de los cánticos, después que llegaban á conseguirlo, proseguian su viaje, continuando en esta dulce armonía, y escoltados por los naturales de ambas riberas, hasta pisar llenos de júbilo la entrada de las reducciones.

Por estos y otros medios empezaron á reclutar los Padres sus primeros neófitos; y cuando hubieron favorecido el impulso de estas inclinaciones, trataron de aplicarlos á los trabajos manuales. Estableciéronse numerosos talleres, á cuya cabeza colocaban un hermano coadjutor, y en los que se enseñaban todos los oficios. Dejaban al indio, como se hace con un niño, el cuidado de elegir la profesion á que mas se inclinaba; quién se improvisaba relojero, quién escultor, mientras que este elegia el oficio de cerrajero, y aquel el de tejedor. Habia plateros, mecánicos, herreros, carpinteros, pintores, albañiles y doradores. Trataron tambien de amaestrarlos en el arte de cultivar la tierra: este trabajo, es verdad, no halagaba tanto su fantasía; pero como no tenian otros recursos para proporcionar la subsistencia á esta reunion de hombres, no se desalentaron los Jesuitas. Veian que los neófitos no eran apasionados por la agricultura, y queriendo iniciarles en los secretos de la tierra, se pusieron ellos mismos á conducir el arado, y á manejar el azadon, á sembrar y recoger las cosechas. Con el auxilio de los Guaranis edificaron iglesias y casas, trazaron caminos, y procuraron que estas familias tuviesen la mayor comodidad posible.

Metodizados ya los trabajos de los hombres, se pensó en ocuparse de las mujeres, á quienes distribuian todos los lunes cierta cantidad de lana y algodon, que ellas hilaban y presentaban los sábados. Para hacerles adoptar el sistema de colonizacion á que

sojuzgaban su independencia, habian sabido los Jesuitas inspirarles nuevas necesidades. Con el amor á la Religion, habian adquirido el de la familia. Si no todos comprendian este doble beneficio, la segunda generacion, instruida desde la cuna, no podia mostrarse rebelde, y en un tiempo dado, llegaria la civilizacion mamada con la leche á hacerse en ellos una segunda naturaleza.

Mas, no bastando las nuevas colonias á contener tanto número de individuos, porque el país no producia lo necesario, idearon sacar partido de la yerba del Paraguay, conocida bajo el nombre de *Carmini,* especie de té muy en boga en la América meridional, y que era un preservativo contra cási todas las enfermedades. Los Jesuitas hicieron traer plantel del canton de Maracayo; y lo cultivaron en las colonias, como una riqueza que aseguraba el comercio á los indígenas. Les enseñaron á recoger en las selvas la cera y miel, géneros que servian á las transacciones, y cuya venta acarreaba la abundancia y el bienestar. No juzgaron prudente autorizar á los neófitos para que tratasen directamente con los extranjeros. Con el objeto de que no existiese punto alguno de contacto entre ellos y los españoles, después de prohibirles el idioma castellano, se contentaron con enseñarles á leer y escribir en él. Semejantes precauciones no podian menos de ofender la susceptibilidad europea; á pesar de que D. Antonio de Ulloa, comisionado, en union de La Condamine, Goudin y Bouguer, para determinar la figura del globo, prueba esta necesidad y dice: «La «perseverancia de los Jesuitas en prohibir que ningun español «mestizo ó indiano entrase en las colonias, ha suministrado ma-«teria á muchas calumnias. Sin embargo, las razones que han «tenido para obrar de este modo son aprobadas por todos los «hombres sensatos. Lo cierto es, que á no haber obrado así, sus «neófitos, que ahora viven en la mayor inocencia, mostrando «una perfecta docilidad; que no reconocen mas soberano que á «Dios en el cielo y al rey en la tierra; que se hallan persuadidos «de que sus pastores no les enseñan otra cosa mas que lo bueno «y lo verdadero; que no conocen la venganza, la injusticia ni «ninguna de las demás pasiones que devastan la tierra, dejarian «bien pronto de ser reconocidos [1].»

Dos Jesuitas gobernaban una aldea, el mas antiguo con las atri-

[1] *Relacion del viaje á la América meridional,* lib. I, cap. XV.

buciones de cura, y el mas moderno en calidad de vicario. La jerarquía, perfectamente establecida entre los jefes, lo estaba igualmente entre los súbditos: dirigíanla por medio de la confianza, y después de metodizar las horas del trabajo, del reposo y de la oracion, los seguian á los campos, á la iglesia, y aun hasta los juegos que inventaban para ocupar sus ocios, ó comunicar á sus cuerpos la agilidad y el vigor; siendo en un todo el Jesuita la sombra del salvaje; pero los andadores con que, por decirlo así, les dirigia, desaparecieron á impulso del interés que les manifestaban los Padres, y bajo el expansivo afecto con que les rodeaban los indios. En el orígen de las colonias, cuando la ley no era todavía uniforme, nadie poseia en propiedad. Antes de abandonarlos á sí mismos, los misioneros, que conocian la imprevision é indolencia de sus catecúmenos, no creyendo oportuno concederles la administracion de sus bienes, distribuian semanalmente á las familias lo que bastaba para su sustento, y las proveian de los vestidos necesarios en cada estacion. Mas luego que con la educacion nacieron en sus almas las ideas de órden y economía, empezaban por confiarles una porcion de terreno, y mas adelante los hacian propietarios, con el objeto de inspirarles adhesion al suelo patrio. Poseedoras cada una de las reducciones, y aun cada parroquia, de su porcion de terreno, depositaban los frutos y granos que pertenecian á la comunidad en graneros inmensos, con el objeto de que sirviesen para las necesidades imprevistas, y para socorrer á las viudas, huérfanos, caciques y demás empleados, así como para proveer á la subsistencia de los enfermos, incapaces de procurársela por su propia mano.

Rodeados de enemigos, que de cuando en cuando venian á perturbar esta venturosa situacion, importaba no entregar sus indefensos neófitos á los ataques de los españoles y de los salvajes. Persuadidos de esto los Jesuitas, el Rey católico autorizó á los moradores de las colonias cristianas para que pudiesen usar armas de fuego, y en todas las misiones construidas bajo un mismo plan habia un arsenal, donde depositaron todas las municiones de guerra. Formáronse en cada poblacion dos compañías de milicianos, á quienes sus jefes adiestraban en el manejo de las armas y demás evoluciones. Los infantes, á mas de la espada y el fusil, se servian de la macana, el arco y la honda, marchando los jinetes al combate provistos de su sable, lanza y mosquete. Ellos mismos

fabricaban todas estas armas, así como tambien los cañones; mas no eran temibles sino á los que pasaban á inquietarles: imponíanlos en el valor militar, los amoldaban á la mas estrecha disciplina, y les enseñaban á burlar las emboscadas, y á guardar como una ciudadela la patria que se habian apropiado; así es que, aguerridos por conviccion, se hicieron bien pronto soldados intrépidos, sin retroceder jamás, y dispuestos á reunirse á la primera señal.

El uniforme de estas tropas urbanas estaba regulado lo mismo que el de los hombres, mujeres y niños, y como las horas del trabajo, del reposo, oracion y recreo, á medida de la estacion y circunstancias. En cada parroquia habia una iglesia que daba á la plaza pública, y cerca la cual habia la morada de los misioneros, una escuela, un gimnasio de canto y baile, y los almacenes y talleres necesarios. Después de distribuir á cada uno los bueyes é instrumentos aratorios con arreglo á sus necesidades domésticas, vigilaban los Jesuitas á los colonos y operarios, que en un principio confesaban con franqueza su caprichosa volubilidad, manifestando sus faltas y deplorando su apatía; pero deseando los misioneros corregirlos de este vicio, que en una congregacion tan numerosa hubiera podido acarrear un dia el hambre y los desórdenes análogos á ella, condenaban á los indolentes á cultivar las tierras del comun. Estas tierras se llamaban *Posesion de Dios,* y en ellas se adiestraban los jóvenes al trabajo.

Siendo la ociosidad un crímen, convinieron para castigarlo, en establecer en las colonias el uso de las penitencias públicas; inculcándoles como un deber de caridad el amor al prójimo, y haciéndoles de esta virtud una obligacion tan solemne, que todos los neófitos se consideraban como otros tantos hermanos, con los que les era muy dulce compartir su pan, sus júbilos y sus tristezas. Los misioneros eran el alma de estas cristiandades; todo se hacia á su señal, y todo se ejecutaba con arreglo á sus órdenes; pero á mas de estos jefes, existian otras dos autoridades, cuyo poder eran los primeros en respetar: el Monarca español y los obispos diocesanos tenian en aquellos individuos unos súbditos fieles, al paso que unos fervorosos cristianos.

La corte de Madrid, que por distintas veces se habia hecho dar cuenta de este prodigio de civilizacion, no habia querido en un principio exigir impuestos de aquellas colonias; pero luego que

con el trabajo habian adquirido la abundancia, renovando Felipe por medio de un decreto expedido en 1649 el privilegio que eximia á los neófitos de todo otro servicio fuera del suyo, se contentó con que los hombres únicamente desde la edad de diez y ocho años hasta la de cincuenta, pagasen un peso duro por toda contribucion, y como para demandarles una prueba de vasallaje. Las elecciones de corregidores y alcaldes que celebraba el pueblo en épocas determinadas, eran sometidas á la aprobacion de los magistrados del Paraguay, representantes de la corona de España, siendo siempre dirigidas con tanto tino, que jamás tuvieron necesidad los oficiales de la metrópoli, ó los Jesuitas, de anular el voto popular.

La jurisdiccion del ordinario estaba tan perfectamente establecida como la autoridad del Monarca; porque aunque es cierto que solo los Jesuitas habian conseguido á costa de mil fatigas formar este rebaño, para gobernarle religiosamente se consideraban las mas veces como meros instrumentos de los prelados: nada emprendian sin consultarles; no afectaban independencia alguna en el ejercicio de sus funciones; y si alguna vez echaban mano de los privilegios que les otorgara la Santa Sede, solo lo ejecutaban con discrecion. Este es un testimonio que no han podido menos de tributarles la mayor parte de los obispos del Tucuman, Paraguay y Buenos-Aires. Convencidos de que para ser obedecido era indispensable dar á los indios ejemplo de sumision, y eran además demasiado sagaces para no practicar esta máxima, y para no rodear de veneracion al que en lontananza aparecia á los ojos de los neófitos como Pastor universal. Hubo no obstante en el Paraguay, Méjico y China, algunos prelados que, como muchos en Europa, se quejaron contra la ambicion y deseo de invadirlo todo que abrigaba la Compañía. Estos prelados, virtuosos y llenos de celo, combatian en favor de sus prerogativas, que temian ver vulneradas por la influencia que ejercian los Padres. Como la historia se halla interesada en fallar después de la Iglesia con respecto á estas tristes disensiones, nosotros procuraremos ocuparnos de ellas cuando las llegue su turno.

Si la llegada de un obispo á estas colonias venia á ser una fiesta enteramente cristiana, la de los gobernadores ó comisarios regios imprimia cierto aspecto marcial por la actitud que tomaban las tropas urbanas, á quienes se procuraba mantener en la aficion

á las armas, como única salvaguardia contra la turbulencia de sus vecinos y la codicia de los españoles. Mas cuando se presentaba el provincial de la Compañía á visitar las reducciones, parecian multiplicarse los indios para agasajar con mas dignidad al que todos honraban como á su comun padre. Los Jesuitas vivian, por decirlo así, con la vida de sus neófitos: se asociaban íntimamente á sus trabajos, á sus placeres, y especialmente á sus padecimientos, y gobernaban este universo, creado por ellos, con tan paternal solicitud, que los indígenas ignoraban cómo expresar su gratitud.

«Cuando un Jesuita, dice Raynal [1], debia llegar á alguna tri-«bu, salian los jóvenes á recibirle en tropel, ocultándose en los «bosques situados en el camino, y al acercarse tocaban sus pífa-«nos y sus timbales, haciendo resonar en los aires mil placente-«ros cánticos, bailando, y no omitiendo nada de cuanto podia «demostrar su satisfaccion. Luego que ingresaba en la poblacion, «los ancianos ó principales jefes de familias ostentaban un placer «mas vivo, aunque mas reservado. Algo mas adelante, se veian «las jóvenes y demás mujeres en una postura respetuosa y con-«veniente á su sexo; y todos reunidos conducian en triunfo á su «padre comun hasta el lugar donde debian reunirse: allí los ins-«truia en los principales misterios de la Religion, y después de «exhortarlos á la regularidad de costumbres, al amor de la jus-«ticia, á la caridad fraterna y al horror á la sangre humana, los «bautizaba.

«Como el número de estos misioneros era demasiado pequeño «para hacerlo todo por sí mismos, enviaban frecuentemente en su «puesto á los mas inteligentes de entre los indios, que orgullo-«sos de un destino tan noble, distribuian hachas, cuchillos, es-«pejos y otras frioleras á los salvajes que encontraban, y les pin-«taban á los portugueses como afables, humanos y benéficos; y «jamás volvian de sus excursiones sin traer consigo algunos bár-«baros, cuya curiosidad al menos habian sabido excitar. Y cuan-«do estos últimos habian visto á los Jesuitas, no podian separar-«se de ellos; ó si regresaban á sus domicilios, era para invitar á «sus familias y amigos á compartir su ventura, ó para mostrar los «presentes que les habian hecho.

«Si acaso dudase alguno de estos felices resultados de la be-

[1] *Historia política y filosófica de ambas Indias*, tomo II, pág. 373 y 74.

«neficencia y humanidad con aquellos pueblos salvajes, no tiene «mas que comparar los progresos que hicieron los Jesuitas en muy «poco tiempo en la América meridional, con los que las armas y «buques españoles y portugueses no han conseguido hacer en el «espacio de dos siglos.»

Habian echado de ver que las pompas exteriores del culto chocaban la imaginacion de los indígenas de una manera muy viva: así es que nada economizaron para presentar la Religion con todo aquel esplendor que tanto gustaba á sus neófitos. Prestándose á este deseo, les permitieron erigirse templos magníficos, sobrecargándolos de pinturas, y cubriendo su pavimento de flores y verdor en los dias de fiesta. Los Padres les cautivaban por su amor al lujo religioso, y á la par que ocupaban su imaginacion, les desviaban de esos vicios, que son el patrimonio de las clases bajas. Los europeos les prodigaban todos los vinos de España, y los embriagaban con el objeto de enervarlos; pero los Jesuitas consiguieron desarraigar esta pasion, y los indios se privaron en adelante de todo licor espirituoso, «porque, segun ellos, era un ve«neno que mataba al hombre.» Encerraban sus virtudes y piedad algo de tan extraordinario, que deseando D. Pedro Fajardo, obispo de Buenos-Aires, presentar al Monarca español una idea exacta de ellos, no temió escribirle lo siguiente: «No creo que en estas «colonias se cometa un solo pecado mortal en un año.»

Dotados los Jesuitas de aquella inteligencia para dominar á los hombres conduciéndoles á la felicidad de que tienen dadas tantas pruebas; habian establecido tal variedad de placeres inocentes y distracciones piadosas, que se sucedian las generaciones sin pensar en proferir una queja, y aun sin figurarse que fuera de su horizonte existian voluntades culpables y corazones corrompidos. Se limitaban á la atmósfera en que vivian, y siendo para ellos el infinito, no se ocupaban de buscarle en otra parte. Cada fiesta tenia para ellos su pompa, al paso que la Iglesia se las ofrecia ya placenteras ó melancólicas: si en el dia del Corpus seguian con orgullo en pos del Sacramento, recorriendo sus elegantes poblaciones y sus fértiles campiñas, en el de Difuntos acudian, llenos de desesperacion terrestre y de celestial confianza, á derramar lágrimas amargas sobre las tumbas de sus padres: oraban con efusion y cantaban con delicia, porque la música era la única pasion que les estaba permitida.

Mas, para mantener en su deber á un pueblo formado con tan distintos elementos, al paso que conducido á la civilizacion por unos medios que todavía parecen extraordinarios á los ojos de los legisladores, se hacia indispensable usar de severas medidas de prudencia. Los Jesuitas no perdian jamás de vista á sus neófitos, y la vigilancia que desplegaron el primer dia se continuó hasta el último. Estableciόse como principio que cada familia deberia retirarse á su morada en un tiempo señalado; y para conservar esta ley en su primitiva integridad, establecieron patrullas, que durante la noche recorriesen las calles desiertas: vigilaban á los indios hasta en su sueño, siendo para ellos un doble beneficio; porque así se evitaba la corrupcion de costumbres, así como al enemigo exterior que pudiera aprovecharse de las tinieblas para hacer alguna irrupcion. Los neófitos no salian de las colonias mas que para el servicio del Rey, y aun para esto iban siempre á su cabeza y en sus filas algunos Jesuitas, que les prohibian todo contacto con los indígenas ó europeos, y que respondian de su virtud delante de Dios, así como ellos respondian de su valor delante de los hombres.

Los Jesuitas habian encontrado en los Guaranis unos sugetos crueles, vengativos, inclinados á todos los excesos y salvajes por naturaleza y por gusto; pero supieron en breve metamorfosear tan admirablemente su carácter é inclinaciones, y cambiar de tal modo en virtudes sus mismas perversidades, que no tardaron en hacer de ellos un pueblo de hermanos unidos bajo sus leyes. El cristianismo tuvo sin duda la mayor parte en esta milagrosa metamórfosis; mas, al paso que se deba justificar la eterna gloria de la fe, seria una injusticia el olvidar que solo á la perseverancia de los Jesuitas ha debido el mundo semejante espectáculo. Porque si el Evangelio les suministró la idea de este gobierno, único en su clase, ellos solos osaron aplicarla. Solos en el mundo han conseguido su objeto. Mientras que los filósofos, los legisladores y los mas famosos teóricos solo enseñan utopías, viendo destruirse sucesivamente sus sistemas, ora como imposibles, ora como ridículos y absurdos, y como corruptores las mas veces de la sana moral; consiguieron los Jesuitas establecer la república de Licurgo, sin los vicios que la manchaban, y sin los ilotas que la deshonraban para hacer amar la sobriedad á los jóvenes espartanos; especie de falansterio inventado y realizado en el interior de las

selvas vírgenes de la América meridional, por medio de la abnegacion creadora de la virtud, y por medio del sacerdocio que inició á los salvajes en la idea de la familia y de los deberes sociales.

Las colonias, cuya organizacion y leyes hemos analizado y recordado brevemente, ocupaban una gran parte de terreno, y en los dias de su prosperidad contaban mas de trescientos mil ciudadanos. El clima era templado; pero las enfermedades pestilenciales ocasionaron mas de una vez horribles estragos. Los Guaranis, y después de ellos los Tapés y los Guananas formaban la mayor parte de las reducciones, sin que esto obstase para que los Jesuitas introdujesen en diferentes épocas tribus enteras, á quiénes convertian, tanto en el Paraná como en el Uruguay, ó en los confines del Brasil. Las naciones en quienes no habia aun tenido la sangre mescolanza alguna, eran las que se les prestaban con mayor docilidad. Encerrados en la materia no tardaban en asociarse á un género de vida, que aun en este suelo les procuraba una ventura, cuya posibilidad no hubieran jamás podido vislumbrar aun en sus mas gratos ensueños.

Eran libres, porque eran felices; ricos, porque carecian de ambicion y deseos, sucediéndose todos los dias la oracion al trabajo como un nuevo placer; y tampoco tenian nada que solicitar de los demás hombres, así como ni esperar nada de ellos. Habíanles inspirado las tiernas afecciones de la paternidad y piedad filial, y como por otra parte concurria la Iglesia á bendecir su union conyugal, los esposos adoraban á sus mujeres, convertidas en madres tiernas y castas, después de haber sido pundonorosas é inocentes vírgenes. Pero el sentimiento que en ellos dominaba á todos los otros, era sin duda el de la caridad. A vista de los pacíficos dias que les habian proporcionado los Padres, estos salvajes, que hallaban una caridad idéntica en las generaciones nacientes de la Compañía, pudieron comprender con facilidad los sacrificios que habian debido imponerse para predisponerlos á la felicidad de que gozaban, y así fue que amaron á sus apóstoles, como un hijo cariñoso idolatra á sus padres; y de aquí provenia la amargura que manifestaban siempre que se trató de cambiar á los misioneros Jesuitas con otros pastores, dispersándose en el mismo instante. Luego que les retiraban á los que les habian enseñado el secreto de la civilizacion, renunciaban á este beneficio, y, pa-

ra no verse precisados á maldecirle un dia bajo la férula de otros directores, se internaban en los bosques, y solo conservaban la cruz como un recuerdo de su pasada existencia.

Ochenta y cuatro años van transcurridos desde que el Paraguay dejó de pertenecer al imperio de los discípulos de Ignacio; habiendo cambiado en este intermedio de dominadores sin número, y habiendo experimentado, como toda la América, por mas de una vez, el rechazo de las revoluciones. Se han puesto en juego todos los recursos de la malignidad para desarraigar de sus almas hasta la imágen de los misioneros; y si bien el corazon del hombre se siente mas naturalmente inclinado á la ingratitud, y el beneficio se olvida mas pronto que la ofensa, el nombre de los Jesuitas es aun bendecido en el Paraguay. «Hase hablado con fre-«cuencia, dice un viajero contemporáneo que ha vivido durante «el espacio de ocho años entre las tribus indianas [1], del excesivo «rigor empleado por estos religiosos (los Jesuitas) con los indí-«genas. Si tal hubiese sucedido, no los tendrian tan presentes «aun en el dia; pues no existe un solo anciano que no se incline «con emocion al escuchar su nombre, y que no recuerde con «efusion aquellos felices tiempos, siempre presentes á su imagi-«nacion, y cuya memoria se reproduce de padres á hijos, en to-«das las familias.»

Estos reglamentos, esta policía y esta administracion no fueron obra, como ya se deja conocer, de un solo dia, sino que fueron obra del tiempo; porque los Jesuitas no improvisaban leyes sin haber antes experimentado su virtud y necesidad. Sin embargo, por los años de 1623 se hallaban ya aclimatadas la mayor parte de sus medidas disciplinarias, al paso que su sistema colonizador, establecido en modestas proporciones, no necesitaba mas que ser aplicado en una escala mas vasta. En esta época del Paraguay, ó mas bien en esta edad de oro, que jamás vió sucederse las otras tres series que marcan la decrescencia progresiva de la felicidad, el P. Cataldino gobernaba la residencia del Guaira y el P. Gonzalez las de Paraná y el Uruguay. Además de estas misiones poseian los Jesuitas algunos otros colegios en las provincias de Tucuman, el Paraguay y el Rio de la Plata: habíanse propuesto educar á los salvajes para que fuesen libres, y supieron inspirar á los jóvenes

[1] *Viaje á la América meridional*, tomo II, pág. 47, por M. Alcides d'Orbigny.

españoles el interés que se merecian aquellas naciones reunidas en sociedad por medio de la fe.

Si tantas vigilias y atenciones en nada alteraban el principio del Instituto; tan inmenso poder adquirido á consecuencia de una idea civilizadora no les comunicaba orgullo, ni destruia en ellos la perfecta armonía que debia existir entre las diferentes sociedades religiosas que trabajaban sobre un mismo terreno, aunque no con igual resultado. Los misioneros pertenecientes á las otras Órdenes, que no se sentian con bastante energía para emancipar á sus neófitos, los abandonaban á merced de los españoles, y de aquí nacian diariamente numerosas contiendas y escisiones que interceptaban la accion apostólica. El ejemplo de las reducciones de la Compañía preocupaba el pensamiento de sus émulos, que estaban dotados del mismo celo que los Jesuitas; pero no se aprovechaban de todo el bien que podia practicar su ministerio, y eran demasiado débiles para contrarestar la avidez de los españoles, contentándose con las súplicas, cuando era preciso luchar con todo el lleno de la constancia y firmeza.

Apenas desembarcado en Buenos-Aires el Jesuita Nicolás Mastrilli que pasaba á reemplazar á Oñate en el cargo de provincial, cediendo á las instancias del gobernador, D. Manuel de Frias, mandó al P. Romero que ensayase una nueva excursion al país de los Guaycurus. Tres meses después invitaban estos salvajes al Padre provincial á que pasase á visitarlos, como en efecto lo hizo, destinando á los PP. Rodriguez y Orighi para que amaestrasen aquellas naturalezas rebeldes. Queriendo los Jesuitas subyugar á los que no podian civilizar todavía, arrostraban toda clase de peligros, con el objeto de proteger, por medio del prestigio inherente á su nombre, á los pobres indios que abrazaban el cristianismo; y pasando á ser guerreros por humanidad, de hombres pacíficos que eran, marchaban contra los salvajes para vengar la muerte de sus catecúmenos. La tribu domiciliada en el bosque de Itirambara habia asesinado y devorado en 1623 á uno de estos últimos, y no consintiendo los PP. Çataldino, Montoya y Salazar en dejar impune semejante atentado, salieron á su encuentro y los dispersaron. Este triunfo, debido á la energía de Cataldino, les hizo concebir la idea de conquistar á los antropófagos residentes en Guibay. Visitó Montoya sus tribus, en cuya excursion perecieron siete neófitos; sin embargo, estos desastres no modifica-

ron en nada el plan adoptado. En 1625, D. Luis de Céspedes, gobernador del Rio de la Plata, concertó con el P. Gonzalez una expedicion á las gargantas del Uruguay.

Parte Gonzalez acompañado del P. Miguel Ampuero y de algunos cristianos, y habiéndose encontrado en el camino con algunas hordas de salvajes, empezó á instruirlos, echando en seguida con ellas los cimientos de otras dos reducciones, que tomaron el nombre de los Tres Reyes y de San Francisco Javier. La de la Candelaria tuvo el mismo orígen; pero destruida por un ejército de bárbaros, reunió tres mil Casaappaminas en el Piratini, y les impuso aquel mismo título. Mientras que los tres Jesuitas obraban en estas riberas prodigios de civilizacion, el Padre Claudio Ruger conducia á la colonia de Santa María la Mayor á los neófitos, á quienes el hambre acababa de expulsar de ella; y como al mismo tiempo creaba el P. Maceta la de Santo Tomás, cedió Montoya al P. Espinosa la custodia de los salvajes, á quienes habia reunido bajo la advocacion de los Arcángeles. El Padre Mendoza retenia al mismo tiempo en su colonia de la Encarnacion á los Coronados ó cabelludos, tribu indómita ó intratable, que, después de haber mirado por largo tiempo la reduccion naciente como una batería levantada contra su libertad, habian por fin aceptado el yugo. Estas tribus salvajes, y siempre en guerra abierta con los españoles ó con los naturales, habian inventado mil lazos para hacer caer en sus manos al enemigo; y como por otra parte se habian ocupado los Jesuitas en un principio de rechazar los tigres al interior de las selvas, no hallando estos bárbaros en quien poder experimentar la actividad de sus flechas, se lanzaron en busca de hombres, precipitándose, antes de ser domesticados por los Padres, sobre las reducciones sin órden alguno, aunque no sin un furor sanguinario. Como aun no se habia introducido en el servicio militar la regularidad y disciplina, no bastaban á garantirlos de las invasiones nocturnas, así como tampoco impedian á los holandeses el pasar á sondear los rios, y practicar en estas riberas lo que habian emprendido en el Japon y Brasil.

En el aislamiento de su culto, no poseia el protestantismo los medios de que se valian los sacerdotes de la religion católica: privado de convocar á la vida intelectual por medio de la fe, se veia condenado á la impotencia, y trataba de paralizar al menos la obra que se sentia incapaz de emprender. Los holandeses es-

parecieron por las márgenes del rio una multitud de manifiestos contra la Santa Sede y el Monarca español, fomentando la sublevacion entre los indios, para imponerles en seguida la ley de Lutero y el yugo de la esclavitud. Mas esta tentativa no produjo en el Paraguay los mismos resultados que en el Japon: los neófitos indios abrigaban mejores condiciones, y como la obediencia debida al Monarca no se oponia á la conviccion, corrieron á las armas, é hicieron desaparecer al buque protestante.

No bastaba el número de los Padres para hacer caminar á tantos bárbaros por la senda de las mejoras. Las enfermedades, fruto de las interminables correrías y fatigas de toda especie, diezmaban todos los años la Compañía: los primeros apóstoles del Paraguay habian sucumbido; otros agotadas sus fuerzas se veian próximos á morir en la flor de su edad, y faltaban sucesores que continuasen la mision. En 30 de abril de 1628 desembarcaron en Buenos-Aires otros cuarenta y dos Jesuitas, y con este refuerzo pudieron internarse en los bosques los mas antiguos. Mientras que el P. Gonzalez se internaba en el de Caro, fundando en él la colonia de San Nicolás, el 15 de agosto del mismo año se estableció la de la Asuncion, no léjos de la primera, confiando su direccion al P. Juan del Castillo. Gonzalez habia emprendido y realizado tan grandes cosas, que solo le restaba cimentarlas con su sangre; pero no tardó el martirio en coronar las penalidades de su existencia. Un desertor de la colonia de San Francisco Javier, llamado Potirava, y enemigo declarado de los Jesuitas, después de perseguirlos personalmente con encarnizado odio, trataba de inspirársele á cuantos no habian abrazado el cristianismo, y penetrando el 15 de noviembre de 1628 en la reduccion de Todos los Santos, donde se hallaba Gonzalez, y en compañía de los conjurados á quienes habia seducido, le tendieron muerto á sus piés. El P. Rodriguez, su compañero, espiró á impulso de la misma maza: y dos dias después sucumbió al mismo género de muerte el P. Castillo: triple asesinato, que pasó á ser el preludio de otros muchos. Sabida esta noticia por los Guaranis, se pusieron en marcha, atacaron á los tránsfugas, y después de batirlos en regla, los acorralaron en el fondo de las selvas.

Los Jesuitas no solo tenian que evitar los lazos que les tendian los apóstatas, los cuales no eran muchos en el Paraguay: existia en esta provincia una raza indómita de salvajes, á quienes los eu-

ropeos daban el nombre de Tetudos, y que desde el orígen de la ocupacion habian declarado una guerra á muerte á los españoles, y especialmente á los Jesuitas; porque al ver los progresos de las reducciones, habian juzgado que tarde ó temprano se verian precisados á renunciar á su existencia nómada. Acrecentó de tal modo su odio esta idea, que después de poner en juego todos los recursos de su imaginacion para satisfacerle, y advirtiendo que los misioneros se sustraian á su encono, se decidieron á devastar á sangre y fuego las nuevas colonias. Después de saquear la de San Antonio, primera víctima designada por ellos, practicaron lo mismo con la de San Miguel y Jesús María; y esparciendo el terror y la muerte do quier que se dirigian, degollaban á sus moradores, y se llevaban cautivos á sus hijos y mujeres. Exasperados al ver la resistencia de los neófitos que trataban de contrarestar su barbarie, los estrechaban por hambre, como sucedió en la colonia de la Concepcion, donde el P. Salazar, así bloqueado, se vió reducido á alimentarse con la carne de las víboras, hasta que fué el P. Cataldino á hacer levantar el sitio.

El Tucuman no estaba tampoco mas al abrigo de las hostilidades que el Uruguay. Invadido por los Calchaquis, veia permanecer á los europeos indiferentes espectadores de aquella lucha entre el cristiano y el salvaje, dejando á los Jesuitas el cuidado de proteger á aquellas tribus á quienes habian emancipado, y en cuyo favor hubieran tomado las armas, si hubiesen estado reducidas á su primera condicion de esclavas. Pero, ni aun este mismo cuidado era ya suficiente, porque los Tetudos habian reunido las hordas errantes, con las que solo se dirigian á donde pudieran oponerles una débil resistencia. En menos de un año, desde 1630 á 1631, estaban ya enteramente destruidas las reducciones de San Francisco Javier, San José, San Pedro, la Concepcion, San Ignacio y Loreto. Apoderóse la desesperacion de los corazones de algunos neófitos, que, sin ser bastante numerosos ni aguerridos para hacer frente á aquellas nubes de bárbaros que combatian con los venenos, las flechas y toda clase de armas europeas, imputaron á los Padres la culpa de sus reveses, por no haber podido precaverlos á costa de su sangre. Estos infortunados, habituados ya al bienestar de la civilizacion, al verse reducidos á la indigencia, sin asilo, sin familia, y escondidos en los bosques, no sabian sino deplorar sus calamidades; mientras que los Jesuitas, á vista de tamaños pa-

decimientos, que se les hacian cada vez mas dolorosos, tomaron de improviso una resolucion atrevida. Visto que no podian esperar socorro alguno de los españoles, á quienes los Tetudos habian formado el proyecto de sitiar á Villarica y demás ciudades, y queriendo salvar á toda costa á sus neófitos, se deciden á ensayar una emigracion. Comunican su pensamiento á los caciques; dícenles que es indispenble abandonar sus cosechas, sus rebaños, la morada que se han construido y la iglesia donde tantas veces han ido á implorar la proteccion del cielo; y los Guaranis se levantan, y declaran que marcharán como unos ciegos do quier que los misioneros se propongan conducirlos.

El P. Montoya, que ha propuesto este último medio, es quien se encarga de realizarlo. Acompañados los Guaranis de los misioneros, que tratan de compartir con ellos sus penalidades guiándolos al desierto, se embarcan todos en el Paranapané, descienden el Paraná hasta el Gran Salto, y conduciendo sobre sus hombros á los enfermos, ancianos y niños, se internan en los arenales: bajo los rayos de un sol abrasador caminan en pos de los Padres, costean por entre las rocas circuidas de precipicios, y dividiéndose en seguida en cuatro fracciones, á las órdenes de los Jesuitas Montoya, Suarez, Contreras y Espinosa, se dirigen hácia los rios de Acaray é Iguazu, esperando encontrar hospitalidad en aquellas cristiandades. Fue una de esas emigraciones que con tanta frecuencia se advierten en las poblaciones cuyos moradores lanza la guerra de su patria: verificáronse en ella padecimientos de toda especie y muertes horribles; pero por último, después de tres meses de penalidades, los que pudieron sobrevivir á esta peregrinacion llegaron á las orillas del Jubaburrus. De mas de cien mil almas que componian las colonias del Guaira en el momento de la invasion, cuando los Jesuitas lograron arrancar su última presa de manos de los Tetudos, solo pudieron reunir unos doce mil indios en derredor de la Cruz que izaban todavía: y fundando con ellos dos nuevas reducciones, inauguraron la toma de posesion, consagrándolas bajo la advocacion de Loreto y San Ignacio, como las dos que habian servido de modelo á los Guaranis.

Los españoles no habian querido convencerse de que estas colonias eran para ellos una muralla viva contra las incursiones de los salvajes. Los neófitos habian sucumbido por falta de socorro,

dejando al morir expuestas las ciudades europeas al furor de los bárbaros, quienes no encontrando ya víctimas en el Guaira, cayeron sobre Villarica y Ciudad Real, y las devastaron completamente.

Apenas habian devuelto la paz á sus neófitos, y apenas habian comprado, con el dinero de las pensiones que el Monarca español pagaba á los misioneros, los bueyes é instrumentos de labranza indispensables para el cultivo, cuando el P. Montoya encarga á los Jesuitas Juan Ranconier, Mausillo, Henart y Martinez, que visitasen á los Itatines. Esta nacion, careciendo de un centro, habitaba una comarca inundada irregularmente por los torrentes que se desprendian de las montañas; y sus relaciones con los españoles se limitaban á las noticias de un sacerdote portugués, que pocos años antes habia tratado de esclavizarla. Al ver á los Jesuitas, manifestaron su temor, sospechas y encono; pero no tardaron los misioneros en persuadirles que no entraban en su país con ánimo de sojuzgarlos á los españoles, y bien pronto crearon cuatro residencias. Sabedores los Tetudos de este resultado, invadieron repentinamente estas colonias nacientes. Ranconier quiere incitar á los indios á que se defiendan; pero los Tetudos han logrado persuadir á sus moradores, que vienen llamados por los Jesuitas: les dicen que los Padres son sus guias y sus espías, y que á ellos deben los triunfos de que hace algunos años es teatro el Paraguay. Este rumor produjo un efecto tan terrible en sus ánimos, que desde luego amezanaron la existencia de Ranconier: iba ya á perecer, cuando intervinieron los caciques, y reconciliando á los Jesuitas con el populacho, hicieron desaparecer á los Tetudos; y cuando estos hubieron abandonado aquel territorio donde habian sembrado la ruina y desolacion, volvieron á continuar la obra que la guerra acababa de interrumpir.

Mientras que las tribus itatinas empezaban su aprendizaje bajo la férula de los Padres, otros discípulos de Loyola, en quienes jamás tenia entrada el desaliento, marchaban á la conquista de nuevas poblaciones. Entraron por los años de 1632 en el Tapé los PP. Romero, Mendoza, Bertoldo y Benavides. Los indios de estas tribus, que no eran tan crueles ni antisociales como los demás, los acogieron como á sus libertadores; y estos erigieron otras tres reducciones en derredor de la primera, que habia tomado el nombre de la Natividad. No era bastante para saciar la

caritativa ambicion de los misioneros el tener que combatir con tanto ardor en nombre del cristianismo; exponíanse á continuados riesgos, no solo por salvar las almas de sus prosélitos, sino tambien para suministrarles los alimentos necesarios á su subsistencia. Los Tetudos y Guapalaches interceptaban de tal modo los pasos, que aventurarse á transitar á alguna distancia de los domicilios, era lo mismo que querer perder la vida. Este peligro, sin embargo, no basta á intimidar al P. Espinosa. Sus neófitos están reducidos á perecer de hambre, y se hallan reducidos al último extremo, y siendo superior en él la caridad al temor, se dirige á Santa Fe; mendiga de puerta en puerta el pan que debe llevar á sus fieles, y al regresar lleno de júbilo, cae en poder de los Guapalaches, y muere atravesado de sus flechas. Con algunos meses de intervalo, el 25 de abril de 1635, sucumbió al mismo género de muerte el P. Mendoza, víctima de la caridad.

De la época de este asesinato data la imponente y marcial actitud que van á tomar en adelante las colonias cristianas. Luego que los neófitos del Tapé hubieron sabido que el P. Mendoza habia dejado de existir, resolviendo vengar su muerte, y marchando so pretexto de ir á buscar su cadáver para tributarle los honores fúnebres, atacaron el ejército de Tayuba, y le derrotaron completamente, á pesar de que el P. Mola habia tratado de oponerse á su proyecto. Preso Tayuba por el cacique de San Miguel, é interrogado por este último sobre el sitio en que habia muerto al Jesuita, lo arrastró al mismo paraje, donde le aplastó con su maza la cabeza. Esta victoria reveló á los neófitos un pensamiento militar, que los acontecimientos se encargaron de desarrollar despues, á pesar de que los españoles estaban tan interesados en sufocarle como los mismos salvajes.

Algunos comerciantes, cuyas culpables esperanzas se veian arruinadas por la política de los Jesuitas, habian pactado con los Tetudos y demás tribus guerreras la compra de los prisioneros hechos en los combates, transformando en esclavos, á pesar de los Jesuitas y con desprecio de los reales decretos, á aquellos hombres á quienes los Padres acababan de sustraer á la barbarie. Esta situacion se hacia cada vez mas alarmante; y siendo indispensable hacerla cesar á toda costa, comisionaron á los PP. Diaz Tano y Ruiz de Montoya, esos dos hombres tan apreciados aun para los indios, como célebres en Europa, para que se presenten en

las cortes de Roma y Madrid, donde deben exponer, el primero al Papa y al General de la Compañía, los progresos y necesidades de la Religion en el Paraguay, y el segundo al Monarca español y Consejo de Indias, para pedirles poderosos socorros contra los Tetudos. Hé aquí la carta que con este motivo dirigió á Felipe III el obispo de Tucuman, Melchor Maldonado, religioso de la Órden de san Agustin:

«Señor: V. M. se ha servido mandar repetidas veces á mis «predecesores que le informasen sobre la necesidad que pudiera «tener la diócesis de Tucuman de religiosos que se dedicasen á «trabajar en la conversion de los indios, para que el Consejo real «de las Indias pudiese suministrarlos. Habiendo, en el espacio de «tres años que estoy encargado de esta iglesia, visitádola toda en«tera, he adquirido un conocimiento bastante exacto de ella, y «voy á dar cuenta á V. M. del estado en que se halla.

«Esta provincia, Señor, viene á tener unas cuatrocientas le«guas de extension, y cuenta ocho ciudades y un gran número «de poblaciones indianas, de las que las menos considerables «tendrán doce ó catorce mil almas. Todos han recibido el Bau«tismo, si bien es verdad que la mayor parte de ellos han apos«tatado, siendo la causa su volubilidad natural y la falta de ins«truccion. Los Padres de la Compañía de Jesús habian converti«do mas de cincuenta mil indios; pero estos religiosos se han «visto precisados á abandonar la mision por culpa de los españo«les, que han entrado á mano armada en el Chaco, cuyos habi«tantes son generalmente dóciles, no van desnudos como los de«más indios, y están reunidos en aldeas, de las que ocho son «cristianas, aunque carecen de pastores, y me es imposible pro«porcionárselos; porque aun en las parroquias españolas apenas «hay un sacerdote que se halle en disposicion de poder ejercer «su ministerio. Cuando puedo, remito dos veces al año algunos «eclesiásticos que las visiten; pero aun esto no puedo hacerlo «siempre: de esta manera tengo el disgusto de ver perecer sin «socorro á un gran número de almas confiadas á mi cuidado, «rescatadas con la sangre de Jesucristo, y que están bajo la pro«teccion de V. M.

«Necesitábase una gran reforma respecto á las aldeas indianas «gobernadas por sacerdotes seglares; pero no veo medio alguno «de hacerlo, porque estos sacerdotes son unos ignorantes, y no

«tienen capacidad para desempeñar sus obligaciones é instruir á «los que tienen á su cargo. Por otra parte, el número de los re- «gulares es tan insignificante, y los religiosos de san Francisco «apenas son suficientes para el servicio de sus iglesias, que se- «gun mi dictámen, solo los Padres de la Compañía pudieran des- «cargar la conciencia de V. M. y la del obispo. En todas las ca- «sas de la Sociedad se encuentran operarios dispuestos á cuanto «se quiera exigir de ellos noche y dia, quienes, á mas de ins- «truir á la juventud, se ocupan en visitar á los indios enfermos, «en asistir á los moribundos, y cuidan con especial esmero á los «negros y demás salvajes. En este concepto, he suplicado al pro- «vincial que acaba de llegar á esta ciudad con algunos religiosos «para celebrar en ella una congregacion, que remita algunos «operarios evangélicos al Chaco, con el objeto de que estos pue- «blos, que han tenido tan buenos principios de instruccion, pue- «dan ser sometidos sin violencia al cristianismo. Al mismo tiem- «po le he rogado se sirva enviar á los pueblos mas abandonados «de mi diócesis algunos predicadores, que al paso que se ocupen «en predicar la reforma de las costumbres á los españoles, por- «tugueses y mestizos, cuya conducta libertina es un gran escán- «dalo para los indios, les administren los Sacramentos, que tan «poco se conocen.

«El provincial me ha contestado que sus religiosos no podian «hacer lo que yo deseaba, sin exponerse á ser víctimas de una «persecucion semejante á las que sufrieron los años pasados, tan- «to en la provincia del Paraguay como de parte de los españoles «y de los moradores de San Pablo de Piratininga y los del Tapé. «Y en efecto, los españoles profesan una gran antipatía á los Je- «suitas, porque defienden cuanto les es posible la libertad de los «indios, segun que V. M. se ha dignado otorgársela. Mas á pe- «sar de eso, cuando yo le hablé en nombre de V. M., haciéndole «presente que estaba interesado en ello el servicio de Dios, co- «municó sus órdenes sin demora á todos los colegios; y estoy se- «guro que abandonarán antes todas sus casas, que dejar de con- «formarse con mis deseos: por desgracia, empero, su número es «muy limitado.

«Suplico á V. M. por las entrañas de Jesucristo, y en conside- «racion al inmenso número de almas, cuya salvacion me ha con- «fiado este divino Salvador, y por las que ha derramado su san-

«gre en una cruz, que se digne enviarme cuarenta Padres de la «Compañía, los cuales solo tengan permiso de ejercer su minis-«terio en el Tucuman; pues no creo que en toda la Iglesia haya «una diócesis mas desprovista de auxilios espirituales. Y puedo «protestar, Señor, que si mis indispensables desembolsos no ab-«sorbiesen toda mi renta, que solo asciende á cuatro mil escudos, «los haria venir á mi costa. Creo haber descargado mi concien-«cia, representando á V. M., que es el soberano de estas provin-«cias y patrono de sus iglesias, la triste situacion de esta, al paso «que le he indicado el remedio oportuno para poner un término «á tamaños males. Dios guarde y conserve vuestra real persona «para la defensa de la Religion. — Córdoba del Tucuman, el «dia 11 de 1637.»

Como el obispo del Tucuman habia tomado tan á pechos la consolidacion del cristianismo en el Chaco, queriendo complacerle en un todo el superior de los Jesuitas, dió órden al P. Osorio para que se encaminase á este sitio. Obedece el Jesuita, y emprende su marcha por el país de los Ocloias, y funda de paso una residencia en este territorio; pero apenas habia logrado adquirir algunos prosélitos, cuando reclaman los Franciscanos este pueblo como una mision que les pertenecia. Osorio abandonó en seguida á sus neófitos, y atravesando en union del P. Ripario, que se le habia agregado en el camino, las montañas de aquel país, caen en poder de los Chiriquanes, los cuales lanzándose sobre un jóven español que acompañaba á los misioneros, le devoran sin compasion, y asesinan en seguida á los Padres, después de hacerles experimentar las mas atroces torturas.

Mientras espiraban aquí bajo la maza de los bárbaros, en otras partes reanimaban el espíritu abatido de los indios, á quienes, en vez de la paz que se les prometiera, obligaban á fugarse de sus colonias entre el Uruguay y el Piratini, declarándoles do quiera la guerra; pero una guerra que ya no les era dado sostener como salvajes, ni sabian hacer como hombres. Ya no eran bastante crueles para recurrir á las flechas emponzoñadas de su país: no se hallaban suficientemente amaestrados para utilizar su valor. Hallábanse en ese estado de transicion tan funesto para las naturalezas débiles. Mas, luego que los Jesuitas obtuvieron la facultad de usar armas de fuego, disciplinándoles y enseñándolos á economizar su sangre, no tardaron en hacer de ellos verdaderos soldados, que

hostigados por los Tetudos, y convencidos de que les iba en ello la esclavitud ó la muerte, se decidieron á vender sus vidas tan caras como su libertad; y resistiendo desde este dia á sus enemigos, señalaron con grandes batallas este nuevo período. En estos combates, en que los Jesuitas se colocaron siempre á la vanguardia, y en que los PP. Alfaro, Borea y Romero prestaron servicios inmensos, ora animando á las tropas, ora llevándolas numerosos refuerzos, siempre obtuvieron ventajas los Católicos. Sin embargo, viéndose incesantemente acometidos, porque la Religion les prohibia asesinar á los prisioneros, tuvieron que buscar un asilo en la emigracion, y les señalaron para su residencia el país situado entre el Paraná y el Uruguay.

Por un cálculo, cuyas previsiones tenian mas de políticas que de humanas, el Consejo de Indias no habia permitido el uso de las armas de fuego, sino solamente á los españoles, porque de esta manera les aseguraban la dominacion. Pero los Jesuitas hacian reconocer como vasallos de la corona de España á todos los pueblos que se sometian al imperio de la Cruz, formando con ellos la vanguardia de los ejércitos europeos: bajo este punto de vista presentó Montoya la cuestion á Felipe IV, quien la resolvió en el mismo sentido que el Jesuita, decidiendo que desde aquella misma fecha todos los indios residentes en las colonias podrian usar armas de fuego, con las reservas, sin embargo, que los misioneros de la Compañía, mirando el interés general, hubiesen impuesto respecto á esta facultad.

Como la fuerza de que disponian los Cristianos servia ya de freno á la audacia de los Tetudos y sus aliados, no fue menester mas que reparar las pérdidas que la muerte, la desercion ó la esclavitud habian ocasionado á las colonias. El P. Antonio Palermo costeó el Paraná hasta la embocadura del Monday, mientras que otros Jesuitas se lanzaron en distintas direcciones, unos á los bosques, y otros á las montañas, regresando todos acompañados de una multitud de salvajes. Estos Padres reclutaban cristianos, y el P. Diaz Tano, después de haber terminado su embajada en Roma bajo los mas felices auspicios, regresó al Paraguay en 1640, con nuevos refuerzos, y habiendo obtenido del soberano Pontífice cuanto estaba encargado de solicitar. Montoya habia sido igualmente afortunado en Madrid; mas la justicia hecha á los neófitos indios por su Soberano y por el jefe de la Iglesia universal, en-

contró detractores interesados. El Papa fulminaba sentencia de excomunion contra los españoles y portugueses residentes en el Brasil, así como tambien contra sus compatriotas del Paraguay, que especulaban con los indios comprados á los Tetudos, ó con los que dominaban ellos mismos; y habiéndola promulgado el P. Tano en Rio-Janeiro, en Santos y en San Pablo de Piratininga, exasperados los comerciantes españoles al escuchar estas amenazas de la Iglesia, deponen todo miramiento, y su encono no conoció límites. No podian dirigir su encono contra el papa Urbano VIII, pero se encarnizan contra los Jesuitas, autores de aquel rescripto, ó por mejor decir, que habian sido los que impulsaron al Pontífice á promulgarlo, y por lo tanto resuelven exterminarlos: los gritos de expulsion y muerte resonaron mas de una vez en sus oidos. Mas estos, que por medio de Tano habian cumplido un gran deber, anunciaron que se debia respetar el breve pontificio y las órdenes del Rey, y que una vez que habia solicitado uno y otro, sabrian hacerlo cumplimentar.

En medio de estos obstáculos, el obispo y D. Felipe Albornoz, gobernador del Tucuman, deseaban con ferviente ardor que los Padres penetrasen en el Chaco; porque si bien es verdad que las hostilidades de los Calchaquies y sus incursiones en el territorio del Paraguay habian turbado por un momento las nuevas cristiandades, formadas con tanto trabajo; aquellos escuchaban al fin la palabra de Dios, y acogian con todo respeto á los PP. Fernando de Torreblanca y Pedro Patricio, que habian sido enviados á sus montañas. Semejante empresa no dejaba de ofrecer numerosas dificultades; era preciso principiar por pedir hospitalidad á unos antropófagos, y recorrer países desconocidos, en donde durante los calores es imposible hallar una sola gota de agua potable, y que durante los otros seis meses, por un contraste horrible, no son otra cosa que un vasto mar [1]. El P. Pastor, rector del colegio de Santiago, fue el primero que solicitó el honor de arrostrar estos peligros, y, acompañado de Gaspar Cerqueira se

[1] Los Anglicanos, que no pensaban entonces que vendria un tiempo en que el protestantismo tendria sus traficantes en Biblias y sus especuladores en conversiones, han evocado hasta el númen de los poetas para calumniar á los Jesuitas, á quienes degollaban en Londres, expulsándolos á la vez por medio de odiosas intrigas de los continentes que habian civilizado, y haciéndolos acriminar hasta en el desinterés propio de los misioneros católicos. En el segundo

puso en camino, resuelto á penetrar en el país de los Abipones, á la extremidad oriental del Chaco. Detuviéronse en Matara, donde oyeron terribles amenazas contra sus vidas, mas sus palabras bastaron á calmar esta irritacion. Los Mataranes, pueblos embrutecidos por la ignorancia, el desenfreno y la crápula, y en los que no existia huella alguna de cristianismo ni vestigio alguno de razon, sabian que los Padres no hacian causa comun con los españoles para sojuzgarlos, y que los indios no podrian jamás encontrar defensores mas intrépidos de su libertad; y conociendo por otra parte que solo un sacrificio á toda prueba podia conducirlos al interior de los valles, se dejaron instruir, sin oponer resistencia.

Desde Matara al país de los Abipones hay que atravesar un desierto inmenso, habitado solo por jaguares, especie de onza americana, y un lago pestilencial formado por las avenidas del Rio-Rojo. Pero todos estos peligros no bastaron á intimidar á Pastor, que á pié y sin otro guia mas que su celo, llegó á esta region en 1641. Los Abipones manifestaban un carácter tan terrible como su clima. Iban enteramente desnudos: su mirada feroz é inquieta, los cabellos largos y horripilados, los venablos y mazas que blandian por encima de sus cabezas, la piel pintada á manera de piel de tigre, y cubierta de plumas de avestruz, lo mismo que sus labios y narices, comunicaban á su fisonomía un conjunto de ferocidad selvática, que hubiera hecho retroceder al mas audaz. El Jesuita no se intimidó al verse rodeado de aquellas hordas que lanzaban gritos agudos; manifestóles el objeto de su viaje, y la confianza que tenia en Dios y en su buena fe, y admirados los bárbaros de aquella actitud tan tranquila, le acogieron con demostraciones de júbilo; siendo desde este dia su amigo y su guia, como tambien su protector: inicióles en los primeros rudimentos de la civilizacion; estudió sus costumbres, su carácter; y

tomo de los *Viajes de Fransier* (edicion de Holanda), después de referir el autor á su manera lo que habia visto en el Paraguay, termina su relacion con estos dos versos ingleses:

No Jesuite cer took in hand
To planta church in barren land.

Ó lo que es lo mismo: *Ningun hijo de Loyola plantó su iglesia y su fe en tierra que estéril fue.* El anglicanismo no teme mentir en la historia; ¿qué tiene de extraño que mienta en sus poesías?

haciendo entre ellos lo que cada uno de los Jesuitas habia emprendido en otras tribus, les enseñó á privarse de la carne de sus semejantes, transformándoles poco á poco en unos hombres nuevos.

En tanto que volvian á empezar los hijos de Ignacio sus excursiones, con el objeto de hacer prosélitos en los bosques y montañas, los Tetudos, estimulados por sus anteriores proezas, volvieron á la carga, disponiéndose á saquear las nuevas colonias. Pero aleccionados los misioneros y neófitos por la experiencia, pusieron en estado de guerra un ejército, en el cual los oficiales llevaban fusiles, y lanzándose contra el enemigo, le derrotaron completamente. Los Tetudos habian sido destruidos ó desalentados, y no podian amenazar ya á las colonias; mas no tardó en levantarse contra los Jesuitas un adversario mas formidable: era este un sacerdote, un obispo, un sugeto de brillante imaginacion, y que poseia todas las cualidades propias para seducir á las masas, D. Bernardino de Cárdenas. Misionero en otro tiempo de la Órden de san Francisco, habia llevado á cabo grandes cosas, y para recompensar su celo y sus talentos el rey de España, de concierto con la Santa Sede, acababa de nombrarle obispo de la Asuncion. Aun no habian llegado de Roma sus bulas, cuando en el mes de octubre de 1641 se hizo consagrar por el obispo de Tucuman, y presentándole las cartas que aseguraban hallarse ya expedidas aquellas.

Esta consagracion era nula por muchos títulos; pero engañados los Jesuitas del colegio de Salta, como el obispo, le habian prestado su apoyo; pero mas avisados los de la universidad de Córdoba, trataron desde luego de oponerse á ella. Apenas hubo Cárdenas recibido la plenitud del sacerdocio, cuando exigiendo de la mencionada Corporacion que reconociese por escrito su legitimidad, y viendo que el P. Borea rehusaba acceder á sus deseos, no tardó en manifestar todo su resentimiento. En 1644 trató de apoderarse de una casa de los Jesuitas, sita en la Asuncion; y viendo que se oponia á su proyecto el gobernador del Paraguay, publicó un escrito, en el que despues de aconsejar la expulsion de los misioneros, habla á los españoles, se dirige á sus intereses, y despertando en sus corazones los antiguos odios que todavía fermentaban en ellos, acusa á los discípulos de Loyola de ser los únicos apóstoles de la libertad de los indios. Este folleto, salido de la pluma de un obispo, y que adulaba abiertamente la co-

dicia de los europeos, no podia menos de hallar un eco funesto en el corazon de los españoles y en todas las colonias. D. Bernardino no se limitó á simples palabras. Verdad es que apoyados los Jesuitas en el gobernador, apelaban de su encono á la real audiencia de Charcas, y que se habian pronunciado ambos cleros en favor suyo; pero pertrechado el Obispo en las simpatías del comercio y de la nobleza, después de fulminar un decreto de excomunion contra ellos, prohibió á todos los Cristianos el que recurriesen á su ministerio. Empezaba ya á tomar sus medidas para expulsarlos de sus residencias, y aun de su diócesis, cuando intimándole el Gobernador al frente de seiscientos neófitos una órden de extrañamiento y secuestro de sus temporalidades, se vió precisado á ceder á la fuerza, y se retiró sin demora. Sus partidarios, es decir, todos aquellos cuyas esperanzas se veian arruinadas con la emancipacion de los indios, no se dieron sin embargo por vencidos. Un obispo habia suscitado la tormenta, y ellos se disponian á engrosarla.

Empezóse á esparcir el rumor en esta misma época de que los Jesuitas poseian minas de oro que explotaban en secreto, y cuyos productos eran remitidos desde Buenos-Aires á Roma; y sin detenerse en la imposibilidad material de semejante imputacion, tomó el Consejo de Indias un partido que le habian aconsejado hacia ya mucho tiempo las susceptibilidades españolas. El afecto que los indios manifestaban á los Padres, y el amor con que los rodeaban los cristianos del Paraguay, habian llegado á ser un motivo de alarma para algunos ministros de Felipe IV. No pudiendo poner obstáculo á sus progresos, trataron de paralizarlos al menos, determinando que las residencias del Paraguay solo pudiesen ser regidas por súbditos del Rey católico.

El delator de los Jesuitas, el que denunció las minas de oro, era un indio, llamado Buenaventura, que habia residido algunos años en una de las colonias del Uruguay, y cuya veracidad justificó el obispo de la Asuncion. Á instancia del rector del colegio de Buenos-Aires toman los magistrados informaciones juiciales, y el gobernador del Rio de la Plata ordena que se instruya un sumario. Demostróse en diferentes épocas y por los comisarios regios [1] que las supuestas minas de oro no eran mas que una fá-

[1] Una nueva comision nombrada en 2 de octubre de 1657 por el Rey de España, y presidida por el oidor de la real audiencia de la Plata, gobernador y

bula; aunque fábula que acusaba á los Jesuitas, y á la que sus adversarios simularon prestar crédito para excitar la credulidad popular. Y como si no bastasen las dificultades interiores que surgian á cada paso, en 1645 los PP. Romero y Francisco Arias perecian asaeteados por los salvajes, siendo el primero degollado por un cacique mientras anunciaba el Evangelio á los Guiropores, y muriendo el segundo á manos de los Tetudos.

Cárdenas, refugiado en Corrientes, no se daba por vencido: en 1648 D. Diego Osorio es nombrado gobernador del Paraguay con órden expresa de oponerse á toda hostilidad contra los Jesuitas. Al saber este cambio, el Prelado vuelve á su diócesis, y hace que sean expulsados los Padres del país de los Italinos. Los Jesuitas lo abandonan, y al dia siguiente no era mas que un desierto; sus habitantes habian huido. La Audiencia real de Charcas restableció á los Padres en su establecimiento; pero los indios

capitan general de las provincias del Paraguay, D. Diego Velazquez de Valverde, pronunció la siguiente sentencia definitiva:

«Es un deber de la comision el declarar, como de hecho declara, nulos y de «ningun valor todos los actos, decretos, fórmulas, averiguaciones y demás «procedimientos verificados con respecto á este asunto por los referidos al«caldes y regidores, debiendo ser tachados de los libros y registros, como lle«nos de falsedades y calumnias contrarias á la verdad que ha sido justifica«da y reconocida en las citadas provincias del Paraná y Uruguay en presencia «de los mismos delatores jurídicamente citados. Además, ha declarado y de«clara no haber notado señal alguna por donde pueda creer que haya minas de «oro en este país, ni que jamás se haya encontrado este metal en los rios exis«tentes en él, como lo habian temeraria y maliciosamente declarado y de«puesto los susodichos, con el objeto de desacreditar la conducta de una Ór«den tan santa como lo es la Compañía de Jesús, cuyos individuos hace ya «cincuenta años que están ocupados en este país en la predicacion de la fe y en «la instruccion de un gran número de infieles, á quienes han convertido por «medio de su ejemplo y doctrina.»

El Gobierno español, que tenia un interés inmenso en la investigacion de estas pretendidas minas, y que lo probó empleando todos sus esfuerzos para obtener este resultado, atestigua, no obstante, que todo fue una impostura, y que ni aun habia apariencias de minas en el Paraguay: pero esta demostracion, concluyente á los ojos de todo el mundo, no lo es, sin embargo, á los de los adversarios de la Compañía de Jesús, como puede verse en el tomo II de los *Viajes* de Fransier, cuyo autor ha sentado de ella una version errónea, aunque mas adecuada á sus miras. «Todas las mercancías, dice este viajero, ci«tado con elogio por los enemigos de los Jesuitas, así como todas las materias «y especies de oro y plata que sacan estos Padres *de sus minas*, son transpor«tadas por agua á Santa Fe, que es su puerto de depósito.»

se imaginaron, que persiguiendo á sus misioneros se queria atentar á su libertad, cuya salvaguardia eran, y se retiraron al fondo de sus bosques, de donde solo pudo lograse que volviese una parte de ellos á sus colonias.

Mientras que el obispo del Paraguay sostenia solo la guerra alimentada por los intereses y engañada avidez de los españoles, D. Juan de Palafox, obispo de Puebla de los Ángeles, hacia resonar sus quejas en Méjico; ó por mejor decir, cubiertos los adversarios de los Jesuitas con sus virtudes, ultrajaban á estos, y ultrajaban al mismo tiempo al Prelado, prestándole un lenguaje acusador que jamás hubiera usado un obispo. Este Prelado habia tenido en 1647 varias contestaciones con los Jesuitas, creyendo que su jurisdiccion se veia amenazada por el uso de algunos privilegios otorgados á los misioneros; y en una carta de 25 de mayo del mismo año, elevó la cuestion al tribunal del soberano Pontífice. Apareció otra con fecha del 8 de enero de 1649, tan extraña en el fondo y en la forma, que los Jesuitas no pudieron menos de denunciarla al Monarca español. El obispo de la Puebla tomó de aquí ocasion para expresar sus verdaderos sentimientos respecto á la Sociedad de Jesús, presentó á Felipe IV su *Defensa canónica* [1], en la que se lee: «La Compañía de Jesús es un Instituto admira-«ble, sabio, útil, santo y digno de toda la proteccion, no solo «de V. M., sino de todos los prelados católicos, porque hay mas «de cien años que los Jesuitas son los auxiliares útiles de los «obispos y del clero.»

Es cierto que sobre algunos puntos de disciplina y sobre la interpretacion de ciertos privilegios que otorgaban facultades mas ó menos amplias á los misioneros, estaba discorde Palafox de los Padres, y habia solicitado de la Santa Sede que decidiese la cuestion. No habia en todo esto nada que no fuese muy lícito; pero valerse de una contienda de jurisdiccion para imputar á su adversario los mas horrendos crímenes, es lo que jamás hubiera hecho Palafox: no obstante los Jesuitas le citaban á que respondiese á aquella carta, publicada en su nombre. El obispo de la Puebla, despues de haber emitido su opinion acerca de la Compañía de Jesús, continuaba diciendo al Rey católico [2]: «¿En qué época he «hablado yo en ese tono? ¿Dónde está esa pretendida carta que

[1] *Bulario*, tomo IV (Lyon, 1635).
[2] *Defensa canónica de D. Juan de Palafox.*

«se cita? ¿Se la he comunicado al soberano Pontífice? que mues-« tren mi firma.» D. Juan Palafox se defendió con aquella energía que solo inspira la conviccion; pero su defensa no llegó sino cuatro años después de la impostura; y como esta no necesitó tan prolongado espacio de tiempo para convencer corazones crédulos, y poner en movimiento las perversas inclinaciones, el colega de Palafox en el episcopado, al par que amigo suyo, inevitablemente engañado por estas inculpaciones, se apoyó en ellas sin discutir su orígen. Impulsado el Méjico por la voz de un prelado cuyas virtudes veneraba el Nuevo Mundo, habia lanzado un grito de indignacion contra la Sociedad de Jesús; no fue menester mas para que D. Bernardino de Cárdenas llevase su ceguedad hasta el extremo de terminar en el Paraguay la obra que los falsarios inauguraran en Méjico. Reasumidas ambas autoridades en sus manos por muerte del Gobernador, no quiso, sin embargo, usar de la civil hasta haber consultado al pueblo, que, compuesto de una turba de traficantes, especuladores é hidalgos empobrecidos ó europeos ambiciosos, cuyos crueles cálculos habian perjudicado los Jesuitas, no tardó en votar por unanimidad su extrañamiento.

El papa Gregorio XIII, por una bula expedida en 25 de mayo de 1572, otorgaba á los Padres en mision el derecho de nombrar un juez conservador, para examinar las cuestiones de alguna gravedad que pudiesen suscitarse entre los Jesuitas y los obispos. Este juez pronunciaba la sentencia en nombre de la Santa Sede, cuyo delegado era, por su misma investidura. La bula, concesion amplia que la prevision de los sumos Pontífices hacia al Instituto, habia sido aceptada por Felipe II, previa la condicion de que los tribunales superiores deberian ratificar la eleccion de los Padres. Estos eligieron al P. Nolasco, comendador de los religiosos de la Merced, quien condenó al Obispo por sentencia pronunciada en 19 de octubre de 1649, mientras que el dean de la catedral de la Asuncion, D. Gabriel de Peralta, redacta, con el mismo título que Nolasco, un enjuiciamiento contra los partidarios de aquel Prelado. La real audiencia de Charcas mandó la reinstalacion de los Jesuitas en su colegio, y el gobernador del Paraguay, Sebastian de Leon, se encargó de hacer ejecutar estos decretos.

Con la tenacidad española, y las animosidades que los Protestantes y jansenistas se esforzaban en mantener en Europa con el objeto de minar el Instituto de Jesús, no bastaba una justicia tan

solemnemente tributada á los Padres para reducir al silencio á sus detractores. Ocurrian estos sucesos en regiones tan lejanas, llegaban á la metrópoli adulterados de tal modo, y los paliaban con tantas circunstancias, que algunas plumas sútiles hacian coincidir con sus propias faltas, que nada tiene de extraño ver eternizarse este debate. D. Juan de Palafox habia dado, es verdad, un leal y franco mentís en presencia de los mismos falsarios que usurpaban su nombre para dar un colorido á sus calumnias; mas no por eso dejó de ser menos auténtica su carta á los ojos de todos los adversarios de los Jesuitas, viniendo á ser para ellos una fuente inagotable. Palafox era un gran escritor, un obispo digno y virtuoso, y esto solo bastó para que transformasen su nombre en un pasaporte para todas las miserias de una enardecida polémica. Si D. Bernardino de Cárdenas, que sostenia solo en el Paraguay la lucha que se habia entablado, se veia derrotado en todos los palenques á donde conducia su querella, á fuer de infatigable atleta, no se cansaba jamás ni se desalentaba. Semejante polémica encontraba en las Indias numerosos improbadores; pero en Francia contó, entre los jansenistas, con algunos sugetos que la admiraron, y que supieron hacer un mártir de este Prelado.

Al publicar los jansenistas en aquella época varios escritos contra la relajada moral de los teólogos de la Compañía, decian, hablando de Cárdenas[1]: «Era un gran predicador del Evange-«lio que habia hecho grandes prodigios en la conversion de los «indios, y fue elegido por el Monarca español para desempeñar «aquel cargo, cuando llevaba cerca de cincuenta años de profe-«so. Vuestros Padres vivieron por espacio de tres años en una «perfecta armonía con él, dispensándole grandes elogios; porque «vosotros no os mostrais avaros con los que no os incomodan; «pero cuando se propuso visitar algunas de las provincias en que «domínábais y donde teníais depositados vuestros tesoros, seria «difícil imaginar las persecuciones que le suscitásteis, y las cruel-«dades que con él ejercísteis. Se ve por los procesos, que le ha-«beis expulsado muchas veces de su silla episcopal, que habeis «usurpado su autoridad, trasladando su silla á vuestra iglesia, y «levantado patíbulos, para asesinar á los que no quisieran reco-

[1] *Noveno folleto contra la moral relajada*, 1693. — Véanse tambien *Los Jesuitas comerciantes*, pág. 185 á 210, y la *Moral de los Jesuitas*, por Antonio Arnauld, tomo V.

«nocer ese altar cismático. Pero lo que mas debe complacer á los
«de vosotros que están dotados de un espíritu marcial y guerre-
«ro, son los hechos de armas de vuestros Padres: obsérvaselos á
«la cabeza de los batallones de indios mantenidos á sus expensas,
«enseñándoles el ejercicio, pronunciando arengas militares, dan-
«do batallas, saqueando ciudades, encadenando eclesiásticos, si-
«tiando al obispo en su misma iglesia, reduciéndole á capitular
«para no perecer de hambre, arrancándole el Sacramento augusto
«de las manos, lanzándole en seguida en un calabozo, y extra-
«ñándole, conducido en una mala barca, á doscientas leguas
«de su diócesis, donde fue recibido como un apóstol y un mártir.»

Estas acriminaciones, que han pasado por tantas bocas, no concuerdan, sin embargo, con la verdad de los hechos que llevamos expuestos; pero nosotros, sin curarnos de los odios ó afecciones de que la Sociedad ha sido objeto á un tiempo, creemos que la historia debe investigar la verdad en todas partes. Sabido es que en esos movimientos religiosos ó políticos que cambian la faz de las naciones, existe siempre un lado vulnerable; que las empresas mas difíciles al genio ó á la caridad encuentran inevitablemente entre sus contemporáneos algunos sugetos que, impulsados por la inclinacion de la naturaleza humana, se hallan siempre dispuestos á pronunciar sobre las grandes obras con sus preocupaciones y antipatías; que, consejeros obligados del error ó de la injusticia, no se juzga bien de las cosas sino en lotananza, y hé aquí por qué en tiempos de agitacion es muy raro ver acordarse las opiniones divididas sobre un acto ó un carácter. Uno y otro se ven expuestos á tantas apreciaciones y á tantos relatos contradictorios; se vitupera tantas veces en un paraje lo que se elogia en otro, que no hay cosa mas fácil que dejarse arrastrar por ese torrente de encontradas pasiones. Los hombres mas bien procuran apropiarse sus contemporáneos, que explicarlos; y cuando ven que aquello es imposible, acuden á la calumnia, abandonando á los historiadores concienzudos el cuidado de desenredar el caos que se han complacido en crear.

Tal es, á nuestro modo de ver, la posicion que cada uno se ha distribuido en el combate: si los jansenistas, émulos naturales de los Jesuitas, se han apoderado del nuevo texto de acusaciones que en ellos descubrieran, los obispos de Méjico y del Paraguay contemplaron en las maravillas realizadas por ellos, lo que cada

cual contempla en la obra de su vecino ó rival, una cosa ordinaria, que se mide en consideracion á su autor, y que solo se mira con los ojos de la duda ó de la incredulidad: eran hombres, y fueron apreciados por sus semejantes con aquella aversion que les inspiraban sus cálculos desbaratados por la incesante accion de los Jesuitas en el Paraguay, trastornadora de sus ideas, y que lastimaba su amor propio. Contaban con recursos, y los ponian en juego: negaban los resultados, y aun la posibilidad de los mismos. Esa necesidad de crítica, inseparable del corazon humano, era causa de que á fin de satisfacer un orgullo pasajero, se pusieran obstáculos á un bien, que no estaba al alcance de los que le miraban con prevencion.

Esta teoría intelectual, que desconfia incesantemente de la accion ajena, y que explica con tanta naturalidad las injusticias de que fue testigo el pasado como será á su vez el porvenir, es tan verdadera en el mundo político como en la Iglesia: y así fue, que se convirtió en un arma ese sentimiento de celos, que penetrando á través de las mas felices organizaciones, convierte en injusticia á la misma equidad. Se enconaron las heridas todavía sangrientas, aumentaron las faltas cometidas por ambos lados, faltas que una fraternidad de trabajos y sacrificios hubiera hecho olvidar en breve; y partiendo de un punto cási insignificante de jurisdiccion eclesiástica, llegaron á fomentar odios eternos y dificultades cási insolubles. Este ardor de prerogativas por una parte; esta pasion de privilegios por otra; la guerra naciente en el seno mismo de los que evangelizaban la paz; todo esto debió de producir en el corazon de los indios un efecto deplorable, del que se resintieron durante muchos años las nuevas colonias.

La calma se dejó sentir al fin hácia el año de 1665, después de transcurridos quince años. Se habia perdido un tiempo precioso, y pesaba una calumnia inmortal como todas las imposturas, sobre el nombre de los Jesuitas. Encargado el P. Gabriel de Guillestiguy, comisario general de los Franciscanos, por el rey de España, para examinar este negocio, y remitirle después su opinion respecto á los agravios cometidos contra la Compañía de Jesús, formuló este proceso eclesiástico en los mismos sitios, desarrolló en una memoria los motivos que militaban en pro y en contra de ambas partes, y Felipe IV solicitó de la Santa Sede la traslacion de D. Bernardino á otra diócesis. El 15 de diciembre de

1666 fue promovido el Franciscano al obispado de la Asuncion, vacante por nombramiento de Cárdenas para el de Santa Cruz de la Sierra [1], y con este acto de autoridad se puso un término á tan prolongados debates: sin embargo, el ejemplo dado por algunos obispos del Nuevo Mundo suscitó imitadores, que, como siempre sucede, llevaron mas adelante las cosas que sus mismos maestros.

Gaspar Arteaga, hermano converso de la Órden de san Francisco, concibió en 1658 un odio tan encarnizado contra los Jesuitas del Paraguay, que, para satisfacerle á sus anchuras, inundó con sus obras todos los países en que la Compañía fundaba sus misiones. No contento con esto, segun dice una carta dirigida al Rey de España por el obispo de Tucuman, con fecha 9 de junio de 1659: «Este religioso manifiesta una aversion tan mortal «contra los Padres de la Compañía, que no satisfecho con dise-«minar sus libelos infamatorios hasta la ciudad de Angola, en «el África, los hace circular hasta en la misma Holanda, segun «consta de una informacion, donde los manda imprimir, para des-«de allí repartirlos por todas partes.»

Pero tantos y tan continuados obstáculos no habian sido suficientes á cansar la constancia de los Jesuitas. En 1653, superando dificultades invencibles, penetraron los PP. Medina y Lujan en el país de los Mataguayez, y llegaron al Chaco, mientras que otros plantaban la Cruz en otros puntos mas lejanos. Habíanles acriminado que aislaban á los indios, de haberlos encerrado en su dicha, y que por consiguiente, cerraban las fronteras del Paraguay á los sacerdotes seculares; pero no tardaron en contestar con hechos á semejante imputacion, llamando en su ayuda á varios eclesiásticos extraños á la Compañía, como puede verse por una carta de uno de los Padres franceses que trabajaban á la sazon en aquellas colonias. Dice así: «Hay mas de veinte al-«deas compuestas de indios civilizados, escribia el Jesuita [2] en «1656, en las que existen cerca de mil familias, y en cada fa-«milia de cinco á seis personas; de manera, que se pueden con-«tar cinco ó seis mil almas en cada aldea: á mas de las veinte «residencias ya establecidas, se ha dado principio á la funda-«cion de otras tres, cuyo cargo hemos confiado á algunos bue-

[1] *Registros del consistorio apostólico.*
[2] *Manuscritos del abate Brotier.*

«nos sacerdotes, una vez que el Papa ha otorgado á nuestro re-«verendo Padre provincial la facultad de elegir á los sacerdotes «que quisiese para el servicio de estas nuevas iglesias. Nuestros «Padres se ocupan particularmente en reunir á estas pobres gen-«tes, pasando á buscarlas á los bosques. y conduciéndolas á la po-«blacion.»

Un acontecimiento inesperado vino á probar á los españoles por los años de 1660 que no eran los neófitos unos vecinos sospechosos ó rebeldes, y que tampoco trataban los Jesuitas de usurpar las provincias que habian civilizado. Los españoles de la Asuncion tenian en esta ciudad mas de quince mil indios como esclavos, los que insurreccionándose de repente, ocuparon la ciudad, degollaron á sus principales moradores, y obligaron al gobernador, D. Alonso Sarmiento, á refugiarse en el campo, donde estrechado de cerca por los insurgentes, no le quedaban medios ni oportunidad para llamar tropas en su ayuda. Sabedores los neófitos del peligro que amenazaba á los españoles, se lanzaron inmediatamente en su socorro, y como tenian armas de fuego y conocian su uso, se sirvieron de ellas para defender á los que tantas veces les habian arrebatado su libertad, pudiendo aquellos ya una vez libres regresar á su ciudad, cubierta de sangre y de ruinas. Los neófitos del Paraguay habian dado muestras de su bravura; pero los Padres habian obtenido de su obediencia otra cosa mas importante que el mismo valor: aleccionándolos en la abnegacion y en las máximas cristianas, los hacian fieles para siempre, aun en contra de sus compatriotas, al príncipe, de quien aceptaban la ley por fuerza.

Los Jesuitas se dejaban ver entonces por todas partes, ora como misioneros, ora como pacificadores: cerrábaseles una region por la sospechosa vigilancia de sus moradores; ellos buscaban medios para entrar en ella con el objeto de ofrecerla el beneficio de la paz. Cási nunca cesaban las hostilidades entre los españoles y los Calchaquis, aliados de los Mocobys, quienes devastaban las cercanías de Esteca. Conociendo el gobernador del Tucuman, Matías Mercado, la necesidad de terminar aquella guerra desastrosa, se resolvió á negociar con los indios. El ascendiente ejercido por los Padres sobre aquellas tribus bárbaras era tan notorio, que decidido el Gobernador á no buscar sus plenipotenciarios en ninguna otra parte, suplicó al P. Andrés Rada, provincial

del Paraguay, que le designe dos Jesuitas. Los PP. Agustin Fernandez y Pedro Patricio parten á la voz de su superior, y llegando al fuerte de Puno, enviaron á llamar los caciques de los Mocobys, y dirigiéndoles palabras de conciliacion, obtuvieron lo que no habia podido conseguir el prestigio de las armas españolas. Los salvajes, que habian rehusado constantemente asentir á las promesas de los europeos, creyeron en ellas cuando los Padres les aseguraron su sinceridad; y una vez terminada la paz por espacio de seis años, la mantuvieron los indios hasta la espiracion del pacto, porque se hallaban comprometidos los Jesuitas, á quienes miraban como sus amigos y sus únicos protectores. Aprovecháronse estos de los seis años de tregua para propagar el cristianismo, y comunicar á sus proyectos de civilizacion toda la extension posible.

El cuadro de felicidad que disfrutaban las colonias del Paraguay, las relaciones que de ella se hacian en Europa, inspiraron á algunos ingleses la idea de una emigracion. El anglicanismo, ese declamador eterno de la independencia, esclavizaba á los Católicos en la misma isla de la *Libertad;* negábales hasta el derecho de educar á sus hijos, y no les era permitido ejercer su culto sino en la oscuridad, y bajo pena de prision ó multas exorbitantes. Carlos I era mas tolerante que su padre Jacobo Estuart; pero débil como él, no se atrevia á resistir á las exigencias de los Protestantes, que persiguiendo á las familias católicas las hicieron suspirar durante el espacio de doscientos años por la imágen de una ventura que las leyes opresivas les rehusaban en su patria comun. Persuadidas estas familias de que los Jesuitas realizarian en favor suyo el continuo prodigio de que eran teatro las misiones trasatlánticas, se decidieron á hacerse á la vela para el Maryland; y habiendo obtenido sir Jorge Calbet (lord Baltimore) del rey de la Gran Bretaña la concesion de aquel país ignorado de América, desembarcaron los emigrados el 27 de marzo de 1634 en la isla de San Clemente, sobre las costas del Potomac. El buque que los habia traido se llamaba *el Arca de la Alianza.*

El Jesuita Andrés White, natural de Londres, era el jefe espiritual de aquella colonia cristiana, á donde pasaban los Padres Juan Altham, Knonles y Tomás Gervack, individuos del mismo Instituto, con el objeto de plantar la Cruz entre los salvajes, y

sustraer á la persecucion anglicana una parte del rebaño confiado á su custodia. Queriendo lord Baltimore y los Jesuitas que le acompañaban anunciar al gran jefe del Piscataway sus intenciones pacíficas, y su deseo de difundir las luces del Evangelio entre los indígenas, remontaron hácia el orígen del Potomac, donde ya era conocido el nombre de los Padres, y donde los acogió el gran jefe como hermanos; pues segun dice el historiador americano Mac-Mahon, «encontraron los débiles emigrados un mo-«tivo bien fundado de júbilo, mas racional todavía que profundo. «Prefiriendo toda especie de privaciones á la de la libertad de «conciencia, habian renunciado á cuanto tenian de mas apreciado en su país natal, para lanzarse, pertrechados en el apoyo de «la Providencia, en medio de los peligros á que podia exponer-«los una region desconocida y habitada por un pueblo salvaje; «pero el Dios en quien confiaban estaba con ellos, y con el ob-«jeto de prepararles una acogida favorable, aquel Ser que tiene «en su mano los corazones de los mortales, habia dotado á aque-«llos bárbaros de una extremada afabilidad. ¿Dónde hallarémos «en la historia de ningun reinado un acontecimiento mas digno «de conmiseracion que el desembarque de la colonia en el Ma-«ryland? Hállase identificado con el orígen de un Estado ventu-«roso y libre; nos pone á la vista los fundamentos de nuestro «Gobierno basados en el principio vasto y sólido de la libertad «religiosa y civil, y nos patentiza con orgullo á los fundadores «de esta República como hombres, que, por disfrutar de su in-«dependencia, cambiaron los placeres del lujo, la compañía de «sus amigos, y los placeres de una existencia civilizada, por las «privaciones y riesgos de un país bárbaro. En un siglo en que «la crueldad y perfidia caracterizaron con demasiada frecuencia «la superioridad de la vida europea á la vida nómada, nos los «presenta desplegando en sus relaciones con los indígenas toda «la amenidad y buen gusto, de que es capaz la naturaleza huma-«na, y toda la caridad que inspira la Religion. Nosotros querría-«mos evitar un contraste odioso, y olvidar la grosería del espíri-«tu puritano, que tantas veces se ha engañado, tomando la in-«tolerancia por un celo santo; pero no podemos menos de hacer «girar nuestras desoladoras miradas hácia los peregrinos de Ma-«ryland, fundadores de la libertad religiosa en el Nuevo Mundo. «Ellos fueron los que la erigieron el primer altar en aquel con-

«tinente, donde el primer fuego sacro que se encendió subió al «cielo junto con las bendiciones de los salvajes.»

El P. Andrés White era ya cási un anciano, tenia cincuenta y cinco años; pero las penalidades toleradas en la madre patria no habian podido alterar en él la energía de su alma, ni aquella savia de empresas, carácter distintivo de la Sociedad de Jesús. Ofreciéronle una choza indiana, que transformó inmediatamente en capilla, y que después pasó á ser la primera parroquia de Maryland, sita en las fecundas praderas del rio de Santa María. Los emigrados habian huido de un país que los devoraba embruteciéndolos; y allí, bajo las sombras de aquellas selvas vírgenes, en medio de una naturaleza iluminada por los primeros rayos de un sol de primavera, les era al fin permitido ensanchar sus corazones. Excitados por la elocuencia de los Jesuitas, podian tributar gracias al Altísimo en reconocimiento de haberles otorgado la paz y la libertad de que los privara el protestantismo. Consagrando á la gratitud los dias que se siguieron al desembarco, oraban estos infortunados con el fervor de los marineros escapados de un naufragio; y mientras que hacian ascender al cielo sus cánticos de gratitud, atraidos los salvajes por este espectáculo extraordinario, parecian querer rogar con ellos. Procuraban acomodarse á sus ceremonias, imitando sus gestos, y aun derramando lágrimas con ellos: conducíanles en seguida á sus cacerías, ofrecíanles el producto de su pesca, y formaban ya, segun Bozman, parte de la familia inglesa, las esposas é hijos de los indígenas.

Los naturales de Maryland eran compasivos y afables; pero ofrecia su lenguaje tanta dificultad por la multiplicidad de dialectos de que se servian, que desanimados los Jesuitas, y mirando como imposible el acelerar la venturosa fusion que proyectaban, escribieron después de un año, el de 1635, al General de la Compañía: «Pocas son las cosas que podemos decir con res«pecto á esta mision recientemente inaugurada: los numerosos «obstáculos con que nos es preciso luchar, no nos permiten eva«luar los resultados obtenidos hasta ahora entre los salvajes, cuyo «idioma aprendemos con bastante dificultad. Somos tres sacer«dotes y dos coadjutores los que soportamos con júbilo las pe«nalidades presentes, por la esperanza de los triunfos futuros.»

Mas estos triunfos no podian obtenerse sin combates. Los An-

glicanos residentes en Virginia persuadieron á los indígenas que los colonos católicos no podian menos de ser españoles, pues habia Jesuitas entre ellos; y como el nombre de españoles resonaba tan tristemente en los oidos de los habitantes del Nuevo Mundo, empezaron desde luego á entrar en sospechas. Pero juzgando el P. White que el porvenir de su colonia dependia quizás de la marcha que iba á adoptar, se lanzó con el Crucifijo en la mano en medio de los Patuxentes, y presentándose á su rey, llamado Makaquomen, que apreciaba á los Cristianos, y les habia concedido tierras, marchó, previo su permiso, á recorrer su tribu, evangelizando de paso las de los Ackintunachsuah y Mattapanients. El P. Brock le sigue, y el cristianismo empezó á progresar á despecho de los Anglicanos, y de las sospechas que habian infundido en los corazones de los salvajes. El P. Juan Gravener atravesó las islas de Kent y Palmer; se detuvo en la embocadura del Susquehannah, y se inició en el idioma de los naturales, con el objeto de conducirlos por la senda del Evangelio; pero agobiado por el peso de estos trabajos corporales é intelectuales, carecia á veces del vigor necesario, y la fuerza del cuerpo no correspondia al valor y caridad de su alma.

Mientras que el P. Felipe Fischer continuaba la obra emprendida por White, se lanzaba este al interior de los Piscataway, donde le esperaba Chilomacan, su jefe, en la ciudad de Kittamacundi. Las máximas del cristianismo y las virtúdes que inspira á sus partidarios habian prevenido en su favor el corazon de este Príncipe, y por consiguiente el Jesuita no tuvo mas que hacer que desarrollar tan eminentes cualidades: enseñóle los misterios de la Religion, amoldó á la práctica de la moral aquellas tribus dóciles, y en seguida confirió el Bautismo, el dia 5 de julio de 1640, á Chilomacan, su esposa, y toda su familia. Tal fue la toma de posesion del cristianismo en el Maryland: los súbditos siguieron el ejemplo de su Soberano, y pocos meses despues espiraron bajo el peso de las fatigas los PP. Gravener, Altham y Juan Brock. Algunos dias antes de su muerte, el 3 de mayo de 1641, escribia Brock á su General en los términos siguientes: «Preferiria morir de hambre y de sed en una tierra estéril, y privado de todó humano auxilio, con tal de trabajar en la conversion «de estos indios, á admitir una sola vez la idea de abandonar esta santa obra por temor de carecer de lo necesario.»

Lo necesario para los Jesuitas de Maryland se reducia á disfrutar el beneficio de la salud: agotábaseles la existencia rápidamente en aquellas correrías sin término, y bajo la influencia de tan diversos climas; y cuando llegaban á presentir su consuncion, trataban de limitarla, sirviendo este presentimiento, que jamás llegó á engañarles, para añadir nuevo pábulo á su celo. La revolucion fomentada en Inglaterra por el puritanismo, y explotada por Cromwell, resonaba á la sazon en el seno de las colonias, obrando especialmente en Maryland una terrible reaccion contra los Católicos. Tenian estos en Virginia dos implacables enemigos, llamados Claiborne y Ricardo Ingle, cuya codicia favorecia la diferencia de religion. Habian visto, no sin pesar, aclimatarse el catolicismo en Maryland; y persuadidos de que una vez escapados sus compatriotas á la persecucion anglicana, pasarian á ser felices, trataron de aprovecharse de los primeros rayos de la tempestad anglicano-puritana, para arruinar las esperanzas de los emigrados. «Los comisarios á cuya cabeza se hallaba Claiborne, di-«ce Burke en su *Historia de la Virginia*, estaban ocupados en la «*santa* obra de exterminar las *abominaciones* del papismo y de la «prelacía en el país de Maryland.»

Así en el Potomac como en las orillas del Támesis, volvia á principiar la guerra de ambas religiones. Claiborne sublevaba la Virginia en nombre del Parlamento; y queriendo hacerles comprender su manera de interpretar la libertad de conciencia que proclama, se lanza sobre los Católicos, y lleva por todas partes el terror y la devastacion. Los Jesuitas eran los enemigos declarados de la herejía, y les obliga á refugiarse en los bosques para sustraerse á su barbarie. La revolucion establece su imperio en el Maryland durante el espacio de seis años, 1642 á 1648. En este intervalo cae en su poder el P. White; cárganle los herejes de cadenas, y le remiten á Inglaterra como un trofeo. La mision se dispersó; pero White y sus hermanos habian sembrado en una tierra fértil, y el P. Fischer, que volvió á comparecer por los años de 1648, escribia al General de la Órden: «Al fin hemos «llegado mi compañero y yo á la Virginia en el mes de enero, «después de un viaje de siete semanas, y habiéndole dejado en «esta comarca, he aprovechado una ocasion favorable para con-«tinuar mi camino, llegando á Maryland en febrero. Por una pro-«videncia particular, he hallado reunida mi grey después de tan-

« tas calamidades como han ocurrido en el espacio de tres años,
« encontrándola en un estado mas floreciente que nunca. Seria
« imposible describir el júbilo con que los fieles me han acogido,
« así como tambien mi regocijo al verme entre ellos; me han re-
« cibido como á su ángel consolador, y ahora que me dispongo á
« una separacion, reclaman mi auxilio. ¡Han sido tan maltrata-
« dos por sus enemigos desde que me arrancaron de entre ellos!
« Apenas sé lo que debo hacer; no puedo acudir á todo. Verda-
« deramente que hay flores en esta tierra. ¡Ojalá pudieran reco-
« gerse los frutos! »

El rechazo de la revolucion inglesa habia arrebatado á las colonias nacientes los misioneros que las fundaran; pero los misioneros regresaban á ellas á pesar de las amenazas de los Protestantes; y cuando los Puritanos llamaban los indígenas á la insurreccion, ellos por el contrario, solo dejaban escuchar palabras de paz y de sosiego.

CAPÍTULO XXIII.

Los Jesuitas en España. — Traslacion del cuerpo de san Francisco de Borja.— Consulta Felipe III al P. Jaime Ruiz de Montoya sobre la creacion de un nuevo impuesto. — Opónese el Jesuita. — Su contestacion. — Muerte de Felipe III. — Nuevos colegios. — Los Jesuitas quebrados en Sevilla. — Acusaciones contra ellos sobre esta materia. — Pujanza del Instituto en Portugal. — La conspiracion de 1640 y la casa de Braganza.— Política de los Jesuitas. — Luisa de Guzman, duquesa de Medinasidonia, y el P. Correa.— Insurreccion de Evora.— Es proclamado rey el duque Juan de Braganza.— Apóyase en los Jesuitas. — Son expulsados estos de la isla de Malta.— Motivos de su expulsion. — Los PP. Talavia y Cassia: — *El Teatro jesuítico.* — Antonio Arnauld y Vertot. — Carta de Luis XIII al Gran Maestre Lascaris.— Son restituidos en Malta los Padres. — Gustavo Adolfo y Tilly. — Principio de la guerra de los Treinta Años. — Los Jesuitas en los ejércitos católicos. — Sus progresos en Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia y en las fronteras de Rusia. — Los *Monita secreta* condenados por la Santa Sede y los obispos polacos. — Movimiento en favor de los Jesuitas. — El metropolitano ruso y los Padres del Instituto. — Colegios fundados en Polonia. — La universidad de Cracovia y los Jesuitas. — Sublévase contra el rey Segismundo. — Sus cartas de queja á las demás universidades. — Primeros triunfos de Gustavo Adolfo. — Atácale Alejandro Corvino y le derrota. — El P. Pazmany, misionero en Hungría. — Es nombrado arzobispo de Gran. — Sus triunfos. — Lucha de los Jesuitas con los protestantes alemanes. — Saquean los Luteranos los colegios de la Compañía. — Los Jesuitas en el ejército de Maximiliano de Baviera y en el de Wolfango de Neuburgo. — La peste y los Padres. — Persíguelos Betlem-Gabor. — Concluye este el tratado de paz, abdicando la corona de Hungría. — Muerte de los PP. Juan Pfiffer, Wisman y Thelen. — El duque de Friedland funda un colegio á la Compañía. — Cristian de Brunswick y su bandera. — Muerte del P. Martin Becan, confesor del emperador Fernando II.— Juramento del Emperador.— Maximiliano de Baviera, Tilly, Walstein y Piccolomini.— Retrato de Fernando II.— Su política y carácter. — El P. Guillermo Lamormaini, su confesor. — Influencia de los confesores. — Los Jesuitas en Moravia. — Esfuérzanse los Protestantes en paralizar sus triunfos. — La persecucion y la guerra. — Richelieu sondea los Protestantes. — Fernando II, aconsejado por el P. Lamormaini, confisca los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado los Luteranos. — Edicto de restitucion. — Carta de Sciopplus, pidiendo que los referidos bienes pasasen á los Jesuitas. — Política de estos en la mencionada cuestion. — Jesuitas asesinados por los Protestantes. — Tratado entre Francia y Suecia. — Gustavo Adolfo se compromete á patrocinar á los Jesuitas. — Carta de Luis XIII al mariscal Barinier. — Batalla de

Lutzen. — Muerte de Gustavo Adolfo y de Tilly. — Una vez vencedor Fernando, realiza su idea católica. — Sus medidas de rigor. — Destierra de su imperio á los ministros protestantes. — Su muerte. — Sitio de Praga. — El P. Plachy y los estudiantes de la universidad. — Corona mural consignada al Jesuita, y carta del Emperador. — Los Jesuitas en presencia del luteranismo vencedor. — Dirígense á Holanda. — Progresos del catolicismo. —*Occultus Mercatus Jesuitarum*. — Los Gomaristas y Arminianos. — Mauricio de Nassau y Barnevelt. — Division de ambos partidos. — Sínodo de Dordrecht. — Ejecucion de Barnevelt. — Aprovéchanse los Jesuitas de este suceso. — La peste de Mansfield, en Bélgica. — Muerte do los PP. Coster, Lessio y Sailly. — Los Jesuitas entre los apestados y prisioneros protestantes. — El P. Guillermo de Pretere convierte á Felipe de Mansfield, prisionero en Amberes. — El P. Florencio de Montmorency. — Nuevos colegios. — El P. Boddens recibe la abjuracion del duque de Bouillon. — Conspiracion de los católicos de Utrecht contra los Luteranos. — Acusan á los PP. Boddens y Paesman. — Suplicio de ambos Jesuitas.

El último eco de las tormentas que habian agitado á la Compañía de Jesús resonaba todavía en los ángulos de la monarquia española, cuando el nuevo general, Mucio Vitelleschi, se ocupaba desde el año de 1616 en cicatrizar la herida interior que tantas pasiones puestas en juego habian desarrollado. Reinaba la discordia entre los Jesuitas de la Península, y queriendo reunirlos en un mismo pensamiento, les llama á las obras exteriores. Las campiñas de Aragon, Andalucía y Castilla, y las montañas de Asturias abrigaban en su seno un gran número de cristianos pobres é ignorantes, y anhelando sacarlos del abandono en que yacian, dió órden á los Padres residentes en Gandía, Tarragona, Bilbao, Salamanca, Tortosa, Cádiz, Barcelona, Santiago, Jaen, Leon y Zaragoza, que vayan por los pueblos á llevarles la palabra de Dios y los consuelos de la fe; comunicando las mismas órdenes á los Jesuitas residentes en Sassari, con respecto á la Cerdeña, y á los de Portugal, que no se habian cuidado de aguardarlas. Mientras que las discusiones teológicas y las intrigas monásticas cedian el puesto al movimiento apóstólico y á las inspiraciones de la caridad, á fines del año de 1617 trasladaron de Roma á Madrid, en medio de las aclamaciones populares, el cuerpo de Francisco de Borja, á quien la Iglesia debia colocar en el número de los bienaventurados el 24 de noviembre de 1624: la España entera se anticipaba á la Santa Sede tributando su homenaje á un Santo, cuya vida habia honrado á la humanidad, y cuyas virtudes eran un título de gloria para la Sociedad de Jesús.

Colgáronse las fachadas, y hermoseáronse las calles por donde pasó el cortejo fúnebre con esa profusion que embellece á la misma muerte, asociándose á los festejos el mismo Felipe III y el duque de Lerma, nieto de Francisco, quienes fundaron á los Jesuitas nuevos colegios; mas esta proteccion y estos beneficios no les distrajeron del cumplimiento de su deber, como lo probaron en 1618 al Monarca y á su ministro.

Encontrándose Felipe por un momento apurado, creyó cubrir el déficit de sus rentas imponiendo á los habitantes de Sevilla una nueva contribucion. Expidió un decreto á este efecto, encargando á los magistrados que lo hiciesen ejecutar. Existia á la sazon en dicha ciudad un Jesuita, llamado Jaime Ruiz de Montoya, que, por la profundidad de su ciencia y la sabiduría de sus consejos, habia llegado á ser el oráculo de la poblacion, y creyendo el Rey que el impuesto proyectado no encontraria obstáculo alguno si el P. Montoya le prestaba su apoyo, encargó al duque de Lerma que tratase de sondearle, prometiéndole en su nombre que si llegaba á convencer á los magistrados y moradores de Sevilla, se empeñaria él mismo cerca del sumo Pontífice para obtener la publicacion de su obra sobre los auxilios de la divina gracia. Alarmado el Padre al escuchar esta proposicion que pretendia cubrir un impuesto ilegal con el velo del amor propio de un escritor, contestó: «Es verdad que en todas las cosas de«seo someterme á la voluntad de mi Soberano; pero con res«pecto á esta nueva gabela, que seria una manifiesta opresion, «prefiero quemar con mi propia mano todas las obras, fruto de «mis trabajos, que aprobar la órden del Rey.» Este Príncipe era absoluto, y sin embargo, no pudo menos de aplaudir tan generosa libertad, y su decreto no fue puesto en ejecucion.

Tres años después, en 1621, y cuando apenas habia cumplido Felipe los cuarenta y cuatro de su edad, hallándose este Monarca á las puertas del sepulcro, mandó llamar al P. Gerónimo de Florencia, el Bourdaloue español; y como si quisiese dar al Instituto una última y solemne prueba de confianza, quiso morir en sus brazos. Apenas hubo Felipe IV tomado las riendas del Estado, cuando proponiéndose otorgar á los Jesuitas un grado mayor de influencia que el que habian tenido bajo su predecesor, estimuló á sus súbditos á edificarles colegios, á los que concedió una multitud de prerogativas. El plan que se habian propuesto los Pa-

dres no era ciertamente el de concentrar la educacion, distribuyéndola únicamente á las clases privilegiadas: llamaban á los hijos de los pobres y á los herederos de las casas nobles á disfrutar en comun del beneficio de la instruccion; y estableciendo la igualdad cristiana, la hacian reinar sobre la juventud, para grabar su principio en el corazon de los hombres. Mientras que Ildefonso de Santa Ana en Orense, Pedro Miralles en Segorbe, Francisco Royo, obispo de Cusco, en Baeza, Lorenzo Diaz en Moron, Antolinez de Burgos, obispo de Tortosa, Mateo Boterello y el Dr. Gerónimo Astor, en esta ciudad, y Miguel Simoneto en Palma, secundaban las miras de la Compañía, fundándola nuevos colegios; las ciudades de Manresa, Vich, San Sebastian y Alicante se los erigen tambien. Todo sonreia al Instituto en la Península; todo le era favorable y halagüeño, y con dificultad se hubiera podido descubrir en el horizonte ibero una sola nube en el espacio de treinta años. Porque aunque es cierto que en este intervalo aparecieron los folletos del Dr. Juan Espino contra el Jesuita Poza y la Sociedad entera; las querellas suscitadas por este heredero de Melchor Cano, así como la *Epifania*, dada á luz por el italiano Francisco Reale, son indignas de ocupar un lugar en la historia, á pesar del incontestable talento que encierran estas obras. Un hecho solo, mas no verificado en España, sino en Francia, donde el espíritu de partido no se adormece nunca, vino en 1646 á dar nuevo pábulo á las acusaciones. Era una primera experiencia de la bancarota del P. La Valette, que si produjo menos eco que la misma bancarota, dimanó de un mismo pensamiento, y suscitó las mismas injurias.

Habia en la Península un gran número de casas y de colegios, que se hallaban en una cási completa desnudez. Era uno el de Sevilla, cuyo administrador temporal era un hermano coadjutor, quien deseando procurar algun bienestar á aquella casa, se dedicó al comercio. Hizo empréstitos, aglomeró capitales, y los impuso sobre buques, esperando aumentar las provisiones sin que los Padres lo supiesen; pero frustrados sus cálculos por los vientos y las olas, se tragó el mar su capital, ó fue consumido en falsas especulaciones. Sus acreedores, que al otorgarle su confianza habian creido que disponia de sus fondos en nombre de los demás Jesuitas, cerciorados de su malversacion, reclamaron contra estos últimos, quienes afirmaron no haber sabido nada del suce-

so sino por el rumor público, que les acusaba; pero no obstante, obraron como exigia el honor de la Sociedad y su conciencia. Después de declarar que todos los acreedores serian reembolsados, lo que en efecto se verificó, el hermano coadjutor, que por un culpable celo los habia comprometido, se vió expulsado de la Órden; y pobre, después de haber experimentado tantos reveses de fortuna, jamás acusó á nadie mas que á sí mismo. Tales son los hechos. Sin embargo, los autores de la *Enciclopedia* en el artículo *Jesuitas*, no se han tomado siquiera el trabajo de examinarlos, y se contentan con decir: « En 1646 hicieron los Padres en Sevilla una bancarota que sumió en la miseria á muchas familias.»

Este asunto, tan sencillo en su orígen y consecuencias, suministró á los adversarios de la Sociedad un texto fecundo en hipérboles. Los Jesuitas se ven condenados á no ejecutar cosa alguna de lo que hacen los demás hombres: se les supone una idea, un objeto en el acto mas indiferente, y se les juzga con pasion, porque se supone que todo es inspirado y dictado por una voluntad inmutable. Mas para comprender mejor el partido que pueden sacar los ingenios preocupados de una imputacion aislada, cuya solidaridad afectan pertenecer á toda una corporacion religiosa, creemos deber reproducir la mas enérgica invectiva que haya provocado este hecho, reducido á sus justas proporciones. Es una acusacion terrible encerrada en pocas páginas, y que citamos para demostrar cuán diestra es para aumentar los objetos una animosidad encarnizada.

«¿Á dónde van á parar todas esas riquezas que se extraen del «Paraguay por medio del comercio?» se pregunta el jansenista Quesnel, y se responde en seguida: «Mantener un ejército de se«senta mil hombres; fundar y alimentar colonias; hacer arma«mentos considerables para los indios y para la Europa; mante«ner hasta dos mil esclavos en una sola casa; sostener guerras «contra unos enemigos celosos de las inmensas riquezas adqui«ridas por medios indignos; procurarse la entrada en las nacio«nes donde no se puede todavía penetrar; enviar embajadas para «solicitar el volver á aquellas de que han sido expulsados; pro« veer á los inmensos gastos de una Compañía, que desde su esta«blecimiento no ha hecho otra cosa mas que correr de un extremo «del mundo al otro; pagar en cási todos los puertos del universo «comisionados y factores, bajo cuyo nombre se verifica el comer-

«cio; asalariar espías en todas las cortes; comprar á dinero con-
«tante la direccion de la conciencia de un monarca, de cuya de-
«bilidad se abusa para gobernar sus Estados á la sombra de su
«nombre; separar de su lado á los ministros perspicaces para
«reemplazarlos con otros, con cuya adhesion se cuenta; comprar
«dignidades y cargos para investir con ellos á los sugetos que se
«les han vendido; hacerse árbitros del destino de las coronas;
«decidir de la paz y la guerra; negociar alianzas y matrimonios
«aun entre los príncipes; sublevar á los pueblos contra ellos
«cuando no satisfacen todas sus exigencias; suscitar y pagar ase-
«sinos para deshacerse de ellos cuando disgustan; tramar con-
«juraciones contra los Estados, tanto en los que no han podido
«penetrar, como en los que los han colmado de beneficios; ha-
«cerse á precio de oro y de lisonjas con los favores de un tribu-
«nal, del que se dispone después de doscientos años, y del que
«no ha emanado un decreto que no haya sido, digámoslo así,
«dictado; ponerse en disposicion de resistir, contra viento y ma-
«rea, á todas las potencias, tanto espirituales como temporales;
«apoyar contra toda la Iglesia la extraña corrupcion introducida
«en su moral y doctrina, conservadas en su pureza hasta la ac-
«tualidad; provocar persecuciones de las mas violentas contra
«sus mas celosos defensores; pensionar á los ministros de su fu-
«ror y de sus venganzas; remover de todos los empleos á los su-
«getos de mérito que pudieran ocuparlos; pretender estos mismos
«empleos para sí ó sus criaturas; corromper á fuerza de dinero ó
«presentes la integridad de un juez, y aun á veces la de un se-
«nado ó un parlamento entero, ante el que producen sus injus-
«ticias y crímenes; sofocar por los mismos medios el rumor que
«esparcen en el público los excesos mas escandalosos; sobornar
«falsos testigos para perder á los inocentes, ó para arrebatar la
«fortuna del huérfano ó de la viuda; ganar á los escribanos para
«ingerirse en los testamentos, ó para comprometerlos á extender
«actas falsas; derramar el oro para pagar gentes que preconicen
«sus acciones; asignar pensiones á otros para que contrabalan-
«ceen por medio de panegíricos, tan falsos como fastuosos, el
«odio del público, que tan justamente se han acarreado por sus
«rapiñas y crímenes; hacer imprimir á su costa esos volúmenes
«enormes de historia, en los que la verdad se encuentra falsifi-
«cada, y que solo se hallan en las bibliotecas, porque se las han

«dado de regalo, distribuir á sus beatas esos fastidiosos compen-«dios de relaciones apócrifas que nadie compra ni lee, porque «es sabido que se hallan atestados de imposturas; dar á luz pú-«blica y despachar esos libelos infamatorios y sediciosos, de que «han estado inundadas por tanto tiempo la Inglaterra, Francia, «España, los Países Bajos y muchos otros reinos; formular pro-«cesos á todo el género humano; suscitar contiendas; originar «disputas; excitar odios; perseguir por toda la tierra de un mo-«do tan cruel como indigno á los patriarcas, obispos y demás «ministros de Jesucristo; humillar y perder á cuanto les des-«agrada; en una palabra, encender y conservar en todo el uni-«verso la fatal tea de la discordia que en él impera hace mas de «doscientos años. ¿Se ejecutan por ventura todas estas cosas sin «desembolsos inmensos? pues hé aquí el uso que han hecho y «hacen los Jesuitas de esos tesoros, que tan justamente les acri-«minan haber adquirido por medios tan indignos como crimi-«nales.»

Quizás sea esta la primera vez que una causa tan mínima ha producido tal explosion de elocuencia: pero como en vez de una discusion encontramos el extravío de una animosidad sin límites, estas líneas tan vehementes, dictadas por la injusticia de un mal sacerdote jansenista, serán para nosotros una leccion de imparcialidad; mucho mas cuando siendo el deber del historiador el de limitarse á referir, narramos los hechos tales como los hallamos después de serios estudios.

En Portugal, sometido á la dominacion española, y que habia pasado á ser una de las provincias del imperio formado por Carlos V y su hijo Felipe, era idéntica la marcha del Instituto; extendíase el poder de los Jesuitas, aumentábanse sus riquezas, y se multiplicaban sus colegios, siendo la protectora del de Coimbra doña Beatriz de Lara, viuda de Pedro de Médicis. La ciudad de Santarem seguia en 1620 el movimiento que en 1617; inauguran las de Portalegre y Faro; pero estas prosperidades siempre en aumento, se veian amenazadas de hundirse bajo el huracan de la revolucion. Felipe IV carecia del vigor necesario para sostener en sus sienes el peso de la corona de Portugal que le legara su abuelo. El orgullo del ministro omnipotente, el duque de Olivares, arrastraba al Gobierno español á cometer unas faltas políticas, que le hacian decaer poco á poco del rango á que habia llegado á

elevarse; al paso que la dinastía austríaca se enervaba en las solitarias pompas del Escorial, acaeciéndola lo que á todas las razas de soberanos afortunados, que ignoran el modo de prepararse en la ventura á hacerse superiores á las calamidades, ó para cubrirlas con su sangre, como con una especie de bautismo regenerador.

El reino lusitano, impulsado secretamente por el gabinete francés, aspiraba á la independencia: conspirábase en las ciudades, en el pueblo, en las universidades y en el ejército; la conjuracion germinaba en todos los corazones, si se exceptúa el del duque de Braganza, único que iba á recoger sus frutos. La separacion era inminente, y los Jesuitas podian trabajar en ella con éxito. Teodosio, Fulgencio y Francisco de Braganza trataron de atraerlos á su partido. Entre todos los príncipes que ambicionaban la diadema de su familia, solo existia una persona de genio y valor, Luisa Guzman de Medinasïdonia, esposa de Juan de Braganza. Esta mujer intrigante y audaz, de concierto con Pinto, uno de esos aventureros que suelen poner el genio para la intriga al servicio de una causa, improvisó conspirador á su esposo, esperando crearle rey á pesar suyo; pero era indispensable obtener el resultado de la conspiracion, ó por lo menos la neutralidad de los Jesuitas.

Habian ya estos asistido á tantas conmociones políticas, y se habian visto mezclados en tantos sucesos, que sabian ya por experiencia que los mas activos promotores de las revoluciones son los que menos partido sacan de ellas. No ignoraban tampoco que los héroes de insurreccion desaparecen después del triunfo que podrian comprometer con sus exigencias; ni se les escondia que después de embalsamarlos en su estéril gloria, los sepultan en la oscuridad, dejándoles maldecir al poder y acusarle de ingrato, hasta el dia en que se siente bastante vigoroso para proscribirlos ó encadenarlos. Entonces los que han aguardado hasta el fin de la crísis para adoptar una bandera, les suceden en los empleos y honores, ya porque jamás puede ensalzar el principio de insurreccion todo Gobierno que tienda á regularizarse, como porque si se ha valido de ella para instalarse, tiene con precision que destronarla para no ser destronado por ella. Todas estas cosas estaban al alcance de los Padres, que colocados entre su deber de portugueses y la obediencia debida al Soberano, se encontraban en una posicion difícil.

El sentimiento de independencia nacional electrizaba muchos corazones; pero como los mas prudentes deseaban permanecer en expectativa, sin tomar parte alguna hasta que fuese proclamado el vencedor, semejante actitud alejaba á los Jesuitas del teatro de la accion. La duquesa de Braganza no se resignaba, sin embargo, á semejante táctica. Convencida de que el influjo de los Padres era indispensable á sus proyectos, se atrevió á impulsarlos á que se pronunciasen; y cuando en 1635 empezaban ya á madurar sus planes, se presentó Juan de Braganza en la ciudad de Evora. Sus partidarios habian sabido dotar á este Príncipe tímido de todas las virtudes heróicas, preconizándole un hombre extraordinario; y el pueblo le acogió desde luego como la última tabla de salvacion, saludó su llegada con aclamaciones entusiastas, improvisó fiestas por todas partes, especialmente en la Iglesia. Allí eligieron los habitantes al Jesuita Gaspar Correa para que predicase delante de él formando su panegírico, y terminó su discurso con estas palabras: «Yo mismo he de ver, ó Príncipe, sobre vuestra «cabeza la corona... de gloria, á donde plazca al Señor llevarnos «á todos.»

Esta suspension del orador habia lisonjeado con demasiada vivacidad el delirio de sus oyentes para dejar de excitar aplausos sin fin: solo un corazon habia permanecido indiferente al advenimiento de los Braganzas, que esta multitud creia profetizado en aquella reticencia; el del duque D. Juan, quien retirado todo el dia en el colegio de los Jesuitas, segun dicen los manuscritos de la Compañía, se abstuvo siempre de proferir una sola palabra que hubiera podido infundir sospechas de que aspiraba á la corona. Dos años después, el de 1637, dejándose sentir los resultados de este acontecimiento, la alusion de Correa pasó á traducirse como una insurreccion, siendo la primera y la única que señaló la revolucion portuguesa de 1640.

Olivares habia dictado á Felipe IV un decreto, en que se mandaba que se hiciese el censo de las rentas de Portugal, exigiendo el quinto por una vez solamente; pero los habitantes de Evora creyeron que semejante promesa era ilusoria, y que una vez entrase el Gobierno español en la senda de la arbitrariedad, no sabria salir de ella. Jamás se ofreció pretexto mas plausible á la revolucion: explotáronle los amigos de Braganza, y comunicándose el fuego de la insurreccion de ciudad en ciudad, desde el punto

de su partida, que lo fue Evora, no tardó en incendiar al reino lusitano. El provincial de los Jesuitas habia pronosticado el movimiento y previsto sus consecuencias; pero fiel á la ley que le trazaron las congregaciones generales, prohibió á todos los individuos del Instituto el inmiscuirse en la sedicion, ya directa, ya indirectamente, por aprobacion tácita ó expresa.

Pero habia cundido ya demasiado la efervescencia en los ánimos para que semejante órden fuese obedecida: vínose á renovar en Portugal, con la diversidad de costumbres y países, lo que habia sucedido en Francia en tiempo de la Liga. El mayor número de los miembros de la Sociedad se resignó á ejecutar las órdenes de su jefe; pero el patriotismo de algunos y el entusiasmo que, en la víspera de las revoluciones, á la manera de una fiebre, se sube al corazon y á la cabeza, impulsaron á cinco ó seis Jesuitas á salir de los límites de la neutralidad. Adhiriéndose el P. Francisco Freire á la reaccion que agitaba al Portugal, pronunció en la dominica tercera de Adviento de 1635 un discurso desde lo alto de la cátedra evangélica, que produjo un efecto mágico en la ciudad de Evora, extendiéndose por todos los ángulos del reino: el Provincial condenó á prision al orador; pero en el mismo instante las familias mas nobles abrazaron con calor su querella, y después de interpretar y atenuar sus palabras, escribieron al rey de España quejándose de la injusticia de que era víctima el P. Freire. Los Padres castigaban á uno de sus súbditos que habia llamado al pueblo á las armas para sacudir el yugo del dominio español, y el rey de España se colocaba de parte de la nobleza portuguesa.

En vísperas de perder este reino, era tal la ceguedad de Felipe IV y Olivares, que ambos tomaban medidas para que Freire fuese inmediatamente puesto en libertad; mientras que el pueblo, cerciorado ya de la imprevisora debilidad del Conde duque, no aguardó á que se promulgase esta órden para ponerla en ejecucion. Hallóse desairado el superior de los Jesuitas, como era de esperar, y entonces los PP. Sebastian Conto, Álvaro Perez, Diego Areda y Gaspar Correa, trataron de comprimir el movimiento que se les imputaba haber fomentado. La duquesa de Braganza, que habia ensayado sus fuerzas, creyó oportuno aplazar su designio; y en el mes de noviembre de 1638 obtuvieron del pueblo los cinco Jesuitas una sumision completa, aunque momentánea.

Calmada ya esta primera sedicion, y deseando la corte de Ma-

drid castigar á sus autores sin investigar los motivos, mandó llamar el Rey al Escorial á los mencionados Padres, escribiéndoles que necesitaba de su prudencia y luces, y que deseaba consultarlos sobre la situacion de los ánimos; pero adivinando tres de ellos el lazo que les tendian bajo aquella amistosa invitacion, pretextaron los motivos mas especiosos para diferir su marcha, y solo Correa arribó á la corte de Madrid. Este Jesuita, que cuatro años antes habia hecho descender la corona de Portugal sobre las sienes de Juan de Braganza, anunciándolo así en el púlpito, trató de sincerar su conducta y explicar las palabras de su discurso; pero á pesar de su justificacion, le desterró el Monarca á San Felices, y pocos meses después estallaba en Lisboa la conspiracion tan sabiamente urdida, consumándose la separacion de España y Portugal, y subiendo al trono la casa de Braganza.

Agradecida esta á los esfuerzos de los Jesuitas, tuvo en cuenta lo pasado y lo presente, y queriendo asegurarse por ellos el porvenir, les otorgó una influencia ilimitada: ellos fueron los primeros embajadores del rey Juan IV. El P. Mascareñas partió para Cataluña, Villena para el Brasil, y Cabral para Flandes, encargados todos tres de misiones secretas. En 1647 la reina Luisa eligió por su director espiritual, y de su hijo el infante Teodosio, al P. Juan Nuñez. El P. Vieira, predicador del Monarca, fue enviado á Francia y Holanda para abrir negociaciones con estos Estados. La separacion del Portugal en dos provincias de la Órden llegó á producir en 1653 un gran descontento en la corte y entre algunos Jesuitas; y creyendo el P. Ignacio de Mascareñas verse debilitar con esta division el celo de varios colegios todavía mal consolidados, avisó al General, quien comisionó al P. Juan Brisacier, confesor del duque de Orleans, confiándole sus plenos poderes para zanjar esta dificultad; y el Jesuita francés allanó los obstáculos, y ejecutó lo que habia resuelto Vitelleschi.

El quinto generalato viene á ser una era monótona de ventura, á pesar de haberse suscitado en Malta una tormenta, que dió por resultado el ser expulsados de la citada isla los Jesuitas. Habiendo creado Tomás Gargallo, obispo de la diócesis, un colegio de Jesuitas en la ciudad de Lavalette por los años de 1592, adjudicó á esta fundacion, cuyos protectores se habian declarado el Gran Maestre y el Consejo de la Órden, una parte de sus rentas. Un Jesuita restableció en la Isla la concordia, desterrada por al-

gunas querellas interiores en el mes de marzo de 1617. Habíanse formado dos partidos entre los caballeros, adhiriéndose unos al Gran Maestre, y otros á los ancianos; y aunque varios príncipes habian tratado de reconciliarlos, no habian sido, sin embargo, tan felices como el P. Carlos Mastrilli, quien condujo á los jefes de los dos bandos á hacerse concesiones mutuas, y calmó con esto la disidencia. Pero la buena armonía que hasta entonces habia reinado entre los caballeros y Jesuitas, cesó de repente por los años de 1639, siendo por cierto harto ligero el motivo de la discordia. En la falta de inculpaciones diarias en que se encontraban los antagonistas de la Sociedad, el asunto de Malta fue un lance providencial, al que agregaron circunstancias imaginarias, y publicaron como un hecho de gravedad.

La Isla habia llegado á ser presa del hambre; faltaban granos, y la flota turca impedia toda comunicacion con la Sicilia. Pero los Jesuitas guardaban en sus graneros más de cinco mil sacos de trigo, y temiendo que les obligase el Gran Maestre á venderlo á un precio bajo, ocultaron lo que tenian, y simularon hallarse tambien en la mayor necesidad. Pablo Lascaris, que á la sazon era el jefe de la Órden, socorrió liberalmente á los Padres, aunque algunos caballeros protestaron contra una generosidad tan mal empleada. «Al mismo tiempo, continúa el *Teatro jesuítico* [1],

[1] *El Teatro jesuítico*, obra española, tan rara como virulenta, y en la que muchas veces sustituye el epigrama á la calumnia, fue quemado por decreto de Felipe IV. El tribunal de la Inquisicion promulgó contra él la misma sentencia en 18 de enero de 1655; el 16 de febrero de 1656, fue tambien condenado por la Santa Sede; y por último, el dominico Tapia, arzobispo de Sevilla, le quemó públicamente con sus propias manos. Tal es la obra de quien Antonio Arnauld ha tomado la mayor parte de las acusaciones publicadas en su *Moral práctica de los Jesuitas;* y queriendo dar mas peso á sus plagios, tuvo el descaro de colocar su obra al abrigo de la autoridad de un nombre respetable. «En «cuanto al autor del *Teatro jesuítico,* dice en el primer tomo de su *Moral prác-«tica*, página 211, ha tomado el pseudónimo de *La Piedad,* no siendo este su «verdadero nombre. Eslo, sí, un dominico llamado Ildefonso de Santo Tomás, «que es en la actualidad obispo de Málaga.»

Apenas llegó á oidos del referido Prelado semejante imputacion, cuando escribió al papa Inocencio XI en los términos siguientes: «Hace poco hemos te-«nido entre manos un libelo infamatorio, indigno de la luz pública, y com-«puesto en el tenebroso caos del infierno: su título es el de *Moral práctica de «los Jesuitas.*» El Obispo de Málaga prueba no ser el autor de este *Teatro,* y añade: «Queda demostrado matemáticamente que es imposible que hayamos «publicado esa obra, en el hecho mismo de asegurar el escritor citado que la

«sucedió que el P. Cassia cometió un crímen tan abominable, que «indignados todos los magistrados, y queriendo castigar á su au- «tor de una manera proporcionada á su delito, le lanzaron sobre «un falucho con sus colegas, y los enviaron á Sicilia: en seguida «visitaron todo el colegio, donde descubrieron una gran canti- «dad de trigo, que bastó para proveer á la Isla por espacio de «muchos meses.»

Vertot, ese historiador de imaginacion, que jamás tuvo simpatías por los Jesuitas, guarda un profundo silencio respecto á estas imputaciones, y refiere en estos términos la causa de su destierro: «Algunos caballeros que no acababan de servir de paje, «se disfrazaron en los dias del carnaval con el traje de Jesuitas: «estos llevaron á mal semejante acto, quejáronse á Lascaris, y «este último hizo prender á algunos de aquellos jóvenes. Sus com- «pañeros pasaron inmediatamente á la cárcel, forzaron las puer- «tas, y los pusieron en libertad: en seguida se dirigen al colegio, «lanzan los muebles por las ventanas, y obligan al Gran Maestre «á expulsar á los Jesuitas de la Isla. Solo once Padres fueron de- «portados, y otros cuatro se quedaron ocultos en la ciudad de «Lavalette. El Consejo y los Grandes Cruces no manifestaron gran «disgusto al ver el extrañamiento de los Padres, que en perjui- «cio suyo gobernaban á los Gran Maestres [1].»

La narracion de Vertot se aproxima mas á la verdad que el relato del *Teatro,* plagiado por Antonio Arnauld, pero tampoco lo dice todo: es preciso ser mas exactos... Pablo Lascaris apreciaba á los Jesuitas, especialmente á dos, los PP. Jorge Talavia y Jacobo Cassia, que poseian toda su confianza. En el centro de esta roca, de donde los caballeros se lanzaban con tanto valor contra

«dí á luz en 1654, es decir, cinco años después de mi profesion, cuando la falta «de tiempo, la debilidad de temperamento, y una constante aplicacion á otros «estudios, me imposibilitaban de tratar una materia tan difícil como enojosa. «Hé aquí lo que confunde la temeraria audacia con que atribuís el *Teatro je- «suítico á un docto y piadoso regular de la Órden de santo Domingo, llamado «Ildefonso de Santo Tomás,* en una edad en que no solo no enseñaba, sino que «estaba empezando á tomar nociones de las bellas letras.»

Este solemne mentís, lanzado á la faz de la Europa entera, no impidió sin embargo á los escritores Arnauld y Pascal, así como á los demás adversarios de la Compañía de Jesús, el que atribuyesen al Obispo de Málaga una obra en que jamás le hubieran permitido pensar su juventud y equidad.

[1] *Historia de Malta,* lib. XIV, año de 1639.

los infieles en defensa de la Religion, reinaba un libertinaje cási sin freno: los peligros que á cada paso arrostraban sus moradores comunicaban á su existencia y carácter un no sé qué de aventurero: consagraban al placer el tiempo que no pasaban en cruzar los mares; degenerando aquel, vino á parar en corrupcion. Juzgando oportuno Lascaris poner un coto á estas demasías, llamó á estos monjes soldados á la observancia de las reglas á que ellos mismos se habian sujetado, empleando medidas severas, prohibiendo á las mujeres el disfrazarse de hombres, y vedándolas el presentarse en la escena en una comedia que los jóvenes italianós preparaban para el carnaval. Los caballeros trataron de hacer revocar la prohibicion, y así lo solicitaron, y valiéndose de sugetos de influencia que lo solicitasen del Gran Maestre; mas este respondió: «He dado esta órden, para obedecer á lo que la «Religion y nuestros votos exigen: si el P. Cassia declara que «pueda autorizar vuestras diversiones, no me opondré á ellas.» Consultado este, rehusó acceder á los deseos de los demandantes. Acaloráronse los ánimos, púsose Salvatici, gentil hombre de Padua, á la cabeza de los descontentos; disfrazáronse con el hábito de la Compañía, y así disfrazados, recorrieron la ciudad proclamando que los Jesuitas perturbaban los placeres públicos, y que eran los autores del edicto. Lascaris ordena que inmediatamente sea encerrado Salvatici en el fuerte de San Telmo; pero apenas llega á oidos de los italianos esta noticia, cuando corren furiosos á las armas, invitan á los demás extranjeros á la insurreccion, ponen en libertad al preso, dirígense todos juntos al colegio de los Jesuitas, después de saquearles, apresan á once de ellos, y los depositan en un buque que estaba para hacerse á la vela para Sicilia.

Era mas bien un motin propio del carnaval el que habia determinado semejante acto, que un movimiento reflexionado: participóselo Lascaris á Urbano VIII (de la familia de los Barberini) y este Pontífice se apresuró á dar órden para que los Jesuitas fuesen restablecidos en la Isla. Durante este intervalo, Luis XIII, que no habia creido deber permanecer espectador indiferente del escándalo, escribió con fecha 5 de mayo de 1639 al Gran Maestre la siguiente carta:

«Querido primo: Me ha parecido por cierto muy extraño el «proceder de algunos caballeros franceses é italianos, con res- «pecto á los Padres Jesuitas de Malta. Como la violencia que han

«cometido ha sido pública, no cabe duda en que el castigo debe «ser severo y ejemplar. El afecto que, como es sabido, profe- «so á la Compañía de los Padres Jesuitas, puesto que confio la «direccion de mi conciencia á uno de ellos, me estimula á dis- «pensarles mi proteccion en todas las ocasiones, como lo ejecuto «en esta cuanto me es posible, recomendándoos de todo mi co- «razon lo que es de su interés en este negocio: paréceme que os «conviene no dejar impune semejante accion, en sumo grado re- «belde y sediciosa. Escribo acerca de esto á mi embajador en Ro- «ma, para que practique todas las diligencias posibles cerca de «nuestro Santo Padre, á fin de que Su Santidad interponga, si es «necesario, su autoridad en apoyo de la vuestra; de manera, que «nada pueda impedir que los citados caballeros sean castigados «de su insolencia. Si os parece, enviadme algunos á Francia, y «veréis cómo les hago sentir cuánto me ha desagradado su por- «te; pero, ante todas cosas, deben ser restablecidos en su casa «los Jesuitas que fueron expulsados con los que han quedado en «ella. No dudo que los protegeréis en adelante, guardando con «ellos toda especie de atenciones, y procurando que no vuelva á «ocurrir semejante atentado. Sin mas, suplico á Dios, primo mio, «que os conserve en su santa y digna guarda [1].»

Hallábase entonces la Francia bajo la voz poderosa y la mano fuerte de Richelieu, en estado de imponer la ley á estos isleños; así es que para el 12 de diciembre del mismo año se hallaban ya reintegrados los Jesuitas en sus posesiones, ingresando en su colegio en medio de los aplausos de los caballeros y del pueblo; mas por una medida llena de prudencia, los PP. Talavia y Cassia fueron á desempeñar otro destino. Como el crédito de que disfrutaba la Compañía cerca de Lascaris empezaba á producir algunos recelos en ciertos dignatarios de la Órden de Malta, encerrándose los Padres en el ejercicio de sus funciones, usaron una reserva de la que nada pudo separarlos. Entre tanto, próximos á estallar los disturbios acaecidos en el carnaval de 1640, y habiendo obtenido Salvatici una órden del Gran Maestre para representar la comedia proyectada en el año anterior, dirígese aquel al teatro; trábase una disputa entre él y un caballero llamado Roberto Solaris; créese ofendido; da un paso atrás; echa mano á la es-

[1] *Manuscrito de la Biblioteca real de Paris*, 144, vol. 623.

pada; anticípasele Solaris, y le pasa la suya á través del cuerpo. Este fin deplorable, en que el pueblo creyó ver una especie de juicio de Dios, sirvió de desenlace á una intriga, de cuyo plan y resultados se han dado tan distintas versiones.

En tanto que en el Mediodia de Europa reinaba la paz, estallaba la guerra en el Norte de la misma. Gustavo Adolfo, el héroe del protestantismo, y su rival, el conde de Tilly, derramaban por todas partes el terror de su nombre y de sus armas. Tilly habia en un principio querido entrar en la Compañía de Jesús; pero el entusiasmo por los combates superó en él á la piedad. Los Jesuitas le hicieron renunciar á su Instituto para que llegase á ser un gran capitan, y el afecto constante que profesaba á los que en el claustro le habian permitido desarrollar con libertad su pasion militar, fue un nuevo estimulante para los herejes. Los Jesuitas habian formado el corazon de Tilly, Walstein y Piccolomini, los tres grandes campeones de la causa católica de los treinta años, que tan profundamente conmovió á la Alemania; pero no tardaron en expiar este triple honor con persecuciones sin término y peligros de todos los dias. El primero tenia en su campamento algunos Padres, los cuales, aunque víctimas de la guerra, no cesaban de predicarle la humanidad, oponiéndose siempre á que las tropas imperiales vengasen en las personas de los prisioneros los desastres que arruinaban sus colegios: acompañaban al ejército en sus marchas; seguíanle en los campos de batalla, y después de la victoria conseguida en Starlo, disputaron á los croacios los cautivos de aquella jornada [1]. Los Protestantes se mostraron poco sensibles á semejante ejemplo. Sin tener en cuenta las consideraciones políticas que habian introducido en Alemania la tea de la discordia, se batian como se baten la mayor parte de las naciones, sin poder precisar los motivos de la lucha; si bien es verdad que encontraban uno mas que suficiente en su odio al catolicismo y á la Sociedad de Jesús.

[1] El número de los prisioneros, dice el *Mercurio Francés*, tom. IX, página 657, ascendia al de unos cuatro á cinco mil; siendo una lástima el verlos conducir por los croatos, como rebaños de bestias, por la Westfalia hasta las puertas de Munster, donde, segun escribe Arthus: *Ibi ipsis cibo potuque et vestimentis per summam commiserationem prospectum fuit, tametsi paulo ante hostes fuissent.* Varios eclesiásticos, y entre ellos los Jesuitas, Capuchinos y algunos seglares, consiguieron arrancar un gran número á las garras de sus vencedores, proporcionándoles en seguida lo necesario para volverse á su país.

Esta habia hecho inmensos progresos en el corazon del Austria, y en las fronteras de Rusia; se hallaba establecida en Polonia, Bohemia, Hungría y en las provincias livonianas; pero la guerra de los Treinta años suministró una ocasion para anonadar su pujanza. Habian parecido en Cracovia los *Monita secreta* [1] por los años de 1612. Este libro en que se da por supuesto que el General de la Compañía inculca á sus subordinados unos consejos que deben eternizar su poder y acrecentar su fortuna, no es mas que un tipo infernal de depravacion, que pone en claro y justifica toda clase de iniquidades. Una sociedad cualquiera que partiese de este principio, solo seria una caverna de bandidos; y no bastarian todas las venganzas humanas para infamar semejante código. Demasiado bien comprendieron esto mismo sus inventores, y por lo tanto se contentaron con fascinar á los espíritus crédulos, ó á los que tienen necesidad de mentiras. Para ellos esto era cuanto podian esperar; no era posible que su triunfo pasase mas adelante. La congregacion de cardenales decretó con fecha 10 de diciembre de 1616 que, «condenaba absolutamente los *Monita* «*secreta*, COMO FALSAMENTE ATRIBUIDOS Á LOS JESUITAS.» Empero, semejante acto nada declaraba de nuevo, ni modificaba opinion alguna; la obra tendia á paralizar la confianza, al paso que su objeto manifiesto se reducia á presentar á los Jesuitas como ciegos instrumentos de unas leyes perversas y de un sistema inva-

[1] Los *Monita secreta* vieron por primera vez la luz pública en Cracovia por los años de 1612, disfrazados bajo el velo del anónimo; pero el obispo de esta ciudad, Pedro Tilicki, entabló en 1613 un proceso jurídico contra Gerónimo Zaorouski, cura de Gordzice, autor presunto de la citada obra, que ha permanecido en el estado de un oscuro folleto hasta el año de 1761, que fue reimpresa en Paris. Los Jesuitas iban á sucumbir entonces á los tiros que les lanzaban los ministros que gobernaban á los príncipes de la casa de Borbon; sin embargo nadie tuvo bastante descaro para confesarse autor del mencionado libelo, y le ocultaron bajo el nombre supuesto de Paderborn. Para dar mas autoridad á esta obra, anunció el editor haberle encontrado Cristian de Brunswick en la biblioteca de los Jesuitas de Paderborn ó de Praga; pero apenas llegó á oidos de los obispos polacos, protestaron todos con la Santa Sede contra semejante impostura, á la que solo han podido asentir los ignorantes, ó aquellos sugetos para quienes el error es una necesidad. Barbier, á quien nadie podrá ciertamente tachar de parcialidad en favor de los Jesuitas, confiesa en su *Diccionario de los anónimos y pseudónimos*, tom. III, número 20983, que es una obra apócrifa. El P. Gretzer se toma la molestia de refutar este libro, que ha servido de basa á cuantos se complacen en partir de un falso principio para deducir falsas consecuencias.

sor, que sembraba el disturbio en las familias y en los Estados.

Sin embargo, el metropolitano de ambas Rusias, José Velamin, no se dejó alucinar. Cerciorado de los graves desórdenes que se habian introducido en los conventos de Lituania que seguian la regla de san Benito, y juzgando conveniente una reforma, suplicó á dos Jesuitas que pasasen á establecerla en el monasterio de Biten, y desde allí la propagasen en los demás. Mientras que en las selvas de Samogitia inauguraban los Padres la fundacion de un colegio, invitando por medio del Evangelio y la educacion á abrazar el cristianismo á sus habitantes cási paganos; el canciller del reino, Leon Sapicha, fundaba otro en Brestonitza, y en Grodno se elevaba un tercero; pero la universidad de Cracovia debia sentir por precision el peligro de tener un rival. Segismundo habia querido que se crease una nueva casa de Jesuitas en la misma ciudad de Cracovia, á fin de compensar las pérdidas que les causara la guerra con los turcos; pero la universidad se opone á que se funden otras escuelas, y eleva al Rey sus quejas, que parecen haber sido inspiradas por la lectura del *Monita secreta.*

Los Jesuitas, segun la universidad de Cracovia, «son astutos, «diestros en inventar mil artificios, é instruidos en fingirse senci-«llos.» El Rey lleva con todo adelante su propósito, y los universitarios, que veian su patria amenazada por los Luteranos y turcos que infestaban las fronteras, se valieron de este pretexto, para obtener por medio de la insurreccion lo que se habia denegado á sus ruegos. La Polonia era á la sazon lo que siempre ha sido; es decir un reino electivo gobernado por la anarquía. En 1621 avanzaron las tropas contra los universitarios, y en una carta que estos escribieron á la universidad de Lovaina, con fecha 29 de julio de 1621, se lee lo siguiente [1]: «Los Jesuitas hicieron correr «mas de una vez la sangre de los inocentes hasta inundarse la «ciudad; aunque viniéndose á cansar el brazo de los asesinos «que empleaban en estos crímenes, luego que habian saciado su «carnívora sed, se negaron, impulsados por un resto de compa-«sion, á continuar los asesinatos.»

Tales ó semejantes misivas eran remitidas á cada una de las universidades. La de Paris recibió tambien la suya, y contestó con elocuentes maldiciones contra los Padres. Quejábanse los

[1] *Litterae academiae Cracoviensis ad academiam Lovaniensem,* die 29 julii, 1627.

doctores polacos de que un monarca, rodeado de enemigos exteriores, castigaba vigorosamente la rebelion interior que le privaba de una parte de sus fuerzas; esto basta para que todas las universidades consignasen de comun acuerdo elogios y lágrimas á todas las revoluciones. En aquel momento sucumbian los Jesuitas víctimas de las primeras victorias de Gustavo Adolfo.

En este mismo año (1621) en que la universidad de Cracovia habia soñado que la perseguian, lanzándose los suecos en la Livonia, y obligando á capitular la ciudad de Riga, fueron expulsados de ella los Padres por convencion luterana, y ocho dias después experimentaron en Venden la misma suerte que les habia reservado Gustavo Adolfo. Fuerza era contener la impetuosidad juvenil del Sueco, ó perecer. Alejandro Corvino Gosiewski, palatino de Smolensko, marcha á su encuentro, alcánzale cerca de Dunamunde, triunfa de su valor, y como para consagrar la memoria de esta jornada, establece un colegio de Jesuitas en la ciudad libertada por sus armas.

Lanzábales la guerra de un punto, la misma guerra los reunia en otro. Corvino les abrió un vasto campo que aceptaron inmediatamente; porque pensando que en el fondo de estas selvas, en donde la civilizacion no habia aun aclimatado sus beneficios, era posible ver brotar una savia cristiana, sin dejarse intimidar por supersticiosas amenazas, ni abatir por los padecimientos, trataron desde luego de consagrarse á esta tarea, llegando á realizar los deseos del donatario. Cada victoria de este Palatino era para ellos una nueva mision. Apoderándose este de una fortaleza en las fronteras de Rusia, iba ya á transformarla en colegio de la Compañía, cuando haciéndole ver los Padres que seria mas útil la fundacion de una casa en Vitepok, ó sea el centro de la provincia, y no en un país abandonado, accedió á sus deseos, y ocho años después se abria el colegio.

Nicolás Telski, gobernador de Pinsk, en donde penetraban al par el cisma griego y el luteranismo, trató de oponerse á los estragos que ambas sectas hacian en el rebaño católico, y para conseguirlo mandó llamar á los Jesuitas; pero habiéndole impedido la muerte ejecutar sus proyectos, su sucesor, el príncipe Estanislao Radziwill, canciller del reino, terminó la obra con el concurso de la nobleza del Palatinado, mientras que el general polaco Estanislao Konicepolski aumentó en 1629, de concierto

con Isabel Strzyzeroska, el colegio fundado en Polonia por el canciller Zoldkiewski.

Hacia pocos años que circulaban por el mundo los *Monita secreta*, y que la universidad de Cracovia habia declarado la guerra á los Jesuitas, cuando la nobleza y el pueblo de Polonia respondian del modo que acabamos de referir al supuesto escrito. Esta respuesta en accion, mas elocuente que todas las amplificaciones de los universitarios, y mas convincente que todos los argumentos de una lógica acorralada, es la moral del hecho opuesto á las acriminaciones de la envidia ó de la animosidad. Y no se contentaron con esto los católicos polacos: mientras que los Protestantes rehusaban acomodarse con aquella activa Sociedad, que despojada en unas partes y calumniada en otras, sacaba nuevas fuerzas de sus mismos desastres, Ana Chodkiewska, hija del duque Ostrog, fundaba un colegio de la Compañía en la Volhynia; Jaime Bobda, escanciador del palatinado de Sandomir, y Andrés Trzebicki, obispo de Cracovia, introducian los Jesuitas en este palatinado; Alejandro Prasecrynski, gobernador de Kiow, y la familia Kalinowski imitaban este ejemplo en la Ukrania; Pedro Trizna en Bobruisk; Lucas Tolkienoski en el Borísteues, testigo de sus victorias, y Adan Nowodwoski en Lonza.

Si los Jesuitas se veian perseguidos en su enseñanza, en sus misiones, en su piedad sacerdotal, y hasta en sus mismas virtudes de hombres y ciudadanos; el emperador Matías, despreciando semejantes odios, les fundaba un colegio en Trinan, y los estableció en la universidad de Praga. Su sucesor trataba de otorgar al rector del colegio el título de presidente de aquella academia; pero hallándose mal este elevado rango con la prerogativa de humildad de que se mostraban tan celosos los Padres, suplicó el General de la Compañía al emperador Fernando II, que se dignase apartar de la Órden semejantes honores, y el Príncipe accedió á su demanda.

Despues de la muerte del cardenal Forgacz, el Emperador y los magnates de Hungría suplicaron al sumo Pontífice, por uno de esos acuerdos tan raros entre ellos, que nombrase por sucesor al Jesuita Pedro Pazmany, misionero de los húngaros, que los ilustraba con sus discursos y los arrebataba con sus obras. «Po-«seia, dice el protestante Ranke, el talento de escribir con per-«feccion en su lengua materna, como lo prueba su obra intitula-

«da, *Kalans*, libro espiritual y erudito, que produjo una sensacion «irresistible. Dotado de una elocucion fácil y seductora, ha con-«seguido personalmente la conversion, segun dicen, de cincuen-«ta familias, entre las cuales vemos los ilustres nombres de los «Zrinyi, Forgacz, Erdœdy, Balassa, Jakusitu, Homanay, Adan «Thurso y Adan Zrinyi, quien expulsó por sí solo veinte minis-«tros protestantes, que reemplazó con otros tantos curas católicos. «El Gobierno húngaro tomó necesariamente otra direccion, por-«que habiendo obtenido el partido católico la mayoría en la Dieta «de 1625, fue nombrado palatino uno de los nobles, cuya con-«version era ansiada vivamente por la corte, llamado Ester-«hazy.»

Este libro, parto de un Jesuita, y del que los Luteranos hacen un elogio tan pomposo, despertaba en el corazon de los húngaros las tradiciones católicas que la herejía creia haber ahogado; lo demás lo hacia la virtud del P. Pazmany. Habia combatido con tal éxito los dogmas del error cuando solo era simple misionero, que persuadidos los Católicos de que él solo podria conservar la fe en el corazon de los pueblos, al paso que vencer á los predicantes, se obstinaron en conferirle el arzobispado de Gran, que habia ya renunciado; y accediendo el Papa y el General de la Compañía á una solicitud emanada al mismo tiempo del Príncipe y del pueblo, se vió precisado el Jesuita á aceptar esta dignidad. Bien pronto su mansedumbre para gobernar y sus raras cualidades para instruir, le granjearon la confianza de todos, y no tardó en verse promovido al cardenalato á instancia del emperador Fernando II.

Teodoro, príncipe de Furstemberg y obispo de Paderborn, transformó en universidad por los años de 1616 el colegio que habia fundado en esta última ciudad. El archiduque de Carinthia, Leopoldo de Austria, obtuvo el mismo privilegio para el establecimiento de Molsheim, que habia creado en su diócesis de Estrasburgo. Fernando de Baviera, elector de Colonia, y el obispo de Munster, introducen los Jesuitas en los países que baña el Ems. La ciudad de Meppen les ofrece una residencia, desde donde combatieron á la herejía que acababa de invadir el país. Arrastrada la Bohemia en 1618 por el espíritu de insurreccion, habia izado su bandera contra el Soberano; y aspirando algunos sectarios á propagar en la turbulencia de su sistema el principio de la

anarquía, después de expulsar á los Jesuitas de su territorio, y haberse estos refugiado en la Moravia, les obligaron tambien á salir de Brunn, incendiando en seguida el colegio de la Compañía como para destruir hasta la esperanza de un nuevo regreso.

En Olmutz las mismas causas produjeron los mismos resultados. Vese al luteranismo combatiendo siempre á sangre y fuego; y porque juzga que los hijos de Ignacio son sus mas terribles adversarios, se vale de todos los medios para vencerlos. En la Alemania superior se ocupaba el P. Miguel Sibold, apoyado por el duque Wolfango de Neuburgo, en restaurar el culto católico, reconduciendo al gremio de la Iglesia á un gran número de sectarios. Los Protestantes ocupan la Bohemia; y Maximiliano, duque de Baviera, discípulo de los Jesuitas, entra en ella con su ejército, llevando en su compañía diez y ocho Padres, á cuya cabeza se halla Jeremías Drexel, cuyo nombre resuena tantas veces en la historia de esas guerras. El príncipe Federico, jefe de la confederacion herética, fue batido completamente en Praga y en el Monte Blanco. Los alemanes apellidaron *Rey de invierno* á este elector palatino, que solo habia reinado en la Bohemia durante algunos meses de usurpacion.

Estos movimientos de tropas, estos combates interminables y estas marchas continuas, no tardaron en engendrar el contagio, de que fueron los soldados las primeras víctimas. Seis Jesuitas espiraron prodigando sus atenciones y cuidados á los moribundos. Sin embargo, coronadas ya con la victoria las armas católicas, y una vez dueño Maximiliano de la Bohemia, trató de restablecer en este país á los Jesuitas, que un año antes habian sido expulsados de él por los Protestantes. El decreto de su expulsion, apoyado en esta fórmula sacramental: *á perpetuidad*, existia en su vigor; pero á pesar de esta amenaza de las revoluciones, á quienes los hechos posteriores dan siempre un mentís, este mentís solemne no se hizo mucho de aguardar.

Mientras Gustavo Adolfo, que sostenia una guerra religioso-política, lanzaba delante de sí al catolicismo y á los sacerdotes que le defendian, otro capitan, llamado Betlem-Gabor, príncipe de Transilvania y aliado de los turcos, invadió de repente el territorio húngaro. Dotado Gabor de una gran persuasiva para arengar á las masas, y arrastradas estas por su elocucion, no tardaron en proclamarle soberano de Hungría. Cométense todo género

de excesos; porque la violencia del pueblo es sin comparacion mayor que las que pretende vengar por medio de la insurreccion. Dirigiéronse contra él los imperiales: el conde de Buengoy, su jefe, muere en el primer encuentro; pero como Gabor es tan profundo diplomático como soldado intrépido, y comprendiendo en 1622 que no podria aguantarse sobre sus sienes la corona de Hungría, en un tratado de paz con el emperador Fernando II, la cambió con el título de príncipe del imperio. Al verificar esta calculada abdicacion, se contenta el Protestante con exigir una satisfaccion que bastase á compensar los ambiciosos ensueños que sacrificaba, y puso por condicion del tratado, el destierro perpetuo de los Jesuitas. Rechazada por el Emperador su propuesta, continuó sus incursiones, y mandó asesinar al P. Wisman, cási en la misma época en que el P. Goltfried Thelen sucumbió víctima de la rabia de los herejes.

Los Jesuitas eran para los generales del imperio unos auxiliares que valian por un ejército entero, puesto que jamás esperaban otra recompensa de su abnegacion, sino la facultad de sacrificarse de nuevo luego de terminada la paz. Pero en esta guerra tan fecunda en peripecias, donde los excesos pasaban de un campo á otro lo mismo que la victoria, y donde la misma derrota hallaba en su feroz desesperacion nuevos motivos de crueldad, el triunfador de la víspera experimentaba cási siempre un revés el dia siguiente: los jefes eran demasiado hábiles, y sus súbditos demasiado exaltados, y de esta manera no se podia terminar la doble querella en una sola batalla decisiva. En 1622 el indómito protestante Ernesto Mansfeld hizo una irrupcion sobre la diócesis de Spira: penetró en la Alsacia; se apoderó de la ciudad de Hagueneau, y puso en la plaza pública un gran número de horcas destinadas á los Jesuitas.

Todos los príncipes herejes, cualquiera que hubiese sido anteriormente su comunion, se coligaron para expulsar de Alemania á los españoles; y no era por cierto la presencia de los soldados de la Península en las orillas del Rhin, ó la pujanza de la casa de Austria, las causas que motivaban el objeto secreto de este movimiento de opiniones y ejércitos: los Protestantes aspiraban á destruir el catolicismo; y en este concepto, hacian la propaganda con las armas en la mano. Cristian de Brunswick, general en jefe de los conjurados, se apropiaba el título de obispo de Herbers-

tadt; y caminando bajo un doble pendon que revelaba toda su idea, hacia flotar al aire en uno de ellos el emblema de una tiara abatida por el rayo, y en el otro esta inscripcion grabada con caractéres indelebles: *El amigo de los hombres, enemigo de los Jesuitas.* Alcanzóle Tilly cerca de Hoesting, preséntale la batalla, y triunfa de la estrategia orgullosa del Protestante; luego se lanza sobre Heidelberg, que habia caido en poder de Federico. Los Jesuitas ingresaron en la poblacion con el vencedor, mientras que el P. Sand sucumbió al sable de los Luteranos, mandados por Ernesto Mansfeld, y mientras que el P. Bacop perecia víctima de sus venenos. Mas como si los peligros continuos no bastasen á inspirar terror en el ánimo de los Padres, salieron en la misma época para Constantinopla Jorge Nag y Gaspar Puckler, individuos del mismo Instituto, con el objeto de consolar á los Cristianos y rescatar á los que las últimas guerras habian sometido al poder y cadenas de los musulmanes.

En medio de esta complicacion de sucesos, murió en Viena el 20 de enero de 1624 el P. Martin Becan, confesor del Emperador, teólogo consumado, y adversario infatigable de la herejía; habia sabido inspirar de tal modo el sentimiento católico en el corazon de la familia imperial, que el emperador Fernando II, la emperatriz su esposa, y el canciller Ulrico Eggemberg, se comprometieron en 25 de marzo por medio de un voto público á sostener y hacer triunfar la religion de los Apóstoles en todos los Estados del imperio germánico.

Para cumplir un juramento tan solemne en las circunstancias en que se habia colocado la Alemania, era indispensable una extraordinaria energía de alma; mas no bastó esta consideracion para hacer retroceder á Fernando y á Maximiliano de Baviera. Formados ambos en la escuela de los Jesuitas, emprendian una tarea que habia aterrado al mismo Carlos V; sin embargo, á pesar de emprenderla en ocasion mas difícil que lo era el año de 1545; á pesar de sus reveses sin número, y de que sus triunfos parciales no compensaban sus derrotas, cumplieron exactamente su promesa. Maximiliano, Tilly, Walstein y Piccolomini venian á ser el brazo que ejecutaba, siendo Fernando la cabeza que dirigia.

Lo mismo que Carlos V de Francia, no salió jamás este Príncipe de su gabinete; pero los Duguesclin que conducian sus ejér-

citos seguian los planes que él habia trazado de antemano, ejecutaban sus órdenes, y viendo que el Monarca no desesperó jamás de su causa, aun en medio de los reveses, se hacian superiores como él á los sucesos. Fernando II poseia las virtudes, defectos, carácter y costumbres de su familia y país: apático y reconcentrado, irresistible en sus proyectos, é impasible do quiera, agregaba la firmeza al genio, y la desconfianza á la sagacidad: Príncipe que jamás habia sacado la espada, pero que en diez y ocho años de reinado, vió conjurarse contra su cabeza á Gustavo Adolfo, Richelieu, Mansfeld, Gabor, Barinier y los jefes mas ilustres del protestantismo, haciendo frente á todas estas coaliciones, y venciéndolas ó desarmándolas todas. Católico por su fe y por sus principios conservadores, los Protestantes le atribuyeron las ideas de un fanático. Gustavo Adolfo, á quien no deslumbraba la rapidez de sus triunfos, solia decir: «Solo temo las virtudes de «Fernando.» Sin embargo, este hombre, que ha legado al mundo la idea de un príncipe verdaderamente cristiano; este Monarca, á quien jamás pudo cegar la prosperidad, como ni tampoco abatir el infortunio, se vió hecho el blanco de todos los ultrajes.

Combatió á sus súbditos insurreccionados, y á los sectarios de Alemania, coligados con los extranjeros, y que invocaban la devastacion y el incendio. Fue maldecido, y por una de esas anomalías inexplicables, que son sin embargo harto frecuentes, acusaban al Príncipe, fiel á su Dios y á su patria, de intolerante y de cruel, esforzándose en presentarle bajo los mas sombríos colores aquellos mismos que trataban de arrancarle de las sienes la diadema que honraba. En tanto que calumniaban al Soberano católico, ensalzaban hasta las nubes la clemencia de Isabel de Inglaterra y la moderacion de Gustavo Adolfo, que habia asolado diez provincias enteras para glorificar á Lutero. Pero estas inconsecuencias de las sectas y partidos no fueron suficientes á desalentar á Fernando: estábale reservada una gran mision, que habia empezado entre los Jesuitas, y quiso continuarla con ellos: el P. Becan acababa de morir, y siéndole preciso elegir un confesor, confió la direccion de su conciencia al P. Lamormaini.

Los emperadores de Alemania, y la mayor parte de los príncipes católicos, confiaban su direccion espiritual á los discípulos de Ignacio; lo que, á pesar de la sabia pragmática de Aquaviva, *pro confessariis regum,* era otorgarles una influencia directa en los ne-

gocios del Estado, que á la sazon estaban íntimamente unidos con los de la Religion. Los Jesuitas practicaron en la corte de Viena, como en la de Munich y Polonia, lo que sus colegas ejecutaban en la de Francia; porque hallándose todos bajo el influjo de una misma ley, debian por precision observar una misma conducta. Los PP. Martin Becan y Guillermo Lamormaini ejercieron en el espíritu de sus penitentes imperiales una accion de tal manera determinante, que bastó á borrar completamente la que en Paris acababan de aminorar ó modificar tantas causas diversas. Sin embargo, las acusaciones contra los confesores de los príncipes no han salido jamás sino del seno de los círculos germánicos. La historia escrita seriamente por los Protestantes, es muda; consigna la verdad de los hechos sin acriminarlos: déjase conocer su móvil; pero este, emanado de un pensamiento católico, aparece á los ojos de los Luteranos como una consecuencia natural de la situacion. Los Jesuitas han hecho en Alemania, como confesores de los reyes, iguales cosas que en Francia; pero apenas son citados sus nombres.

No sucedió lo mismo en el reino de san Luis. Los alemanes no hacen jamás mencion de un sugeto para cimentar sobre él una discusion de principios; los franceses, por el contrario, arrebatados siempre hácia los extremos, procuran sustituir la individualidad al hecho ó á la idea; y sin apreciar las consecuencias de un acto, mas que por el que las ha producido, no juzgan, sino que aman ó detestan. Estas dos maneras de ver las cosas explican con bastante claridad los diferentes papeles que representan los Jesuitas confesores de los monarcas, en la historia germánica y en los anales de Francia. Mientras que los publicistas de la otra parte del Rhin guardan un absoluto silencio respecto á la influencia de que pudieron disfrutar los PP. Becan, Lamormaini, Keller y sus sucesores, manifestándola rara vez y con reserva; los franceses, mas amantes de la publicidad, y empeñados siempre en disfrazar los hechos mas sencillos con misteriosas complicaciones, han ensanchado desmesuradamente el círculo trazado á los Jesuitas.

Como poseian la confianza y atencion del príncipe, se hizo de ellos el eje de la política: podíanse explicar naturalmente las circunstancias mas graves como las mas fútiles; se guardaron muy bien de dar semejantes explicaciones. El confesor de los reyes fue

destinado á una intervencion secreta, á intrigas de gabinete ó de camarilla, que si muchas veces falsas, y muchas mas todavía materialmente imposibles, permitian no obstante al carácter nacional divagar por el caos de esa indecision histórica que tantos encantos presta á las memorias privadas. En Francia cada uno pretende adaptar á sus miras la solucion de un suceso, arreglándole segun sus simpatías ó antipatías, y cási nunca con la verdad. Así es como se han centuplicado las fuerzas y el influjo de que disponian los Jesuïtas; mientras que en la misma época, este mismo influjo, mas decisivo y cooperador, no se halla mencionado sino muy raramente por los historiadores alemanes [1].

Fernando II otorgaba á los Jesuitas toda la latitud posible. El cardenal de Dietrichstein los instalaba en Iglau, círculo de la Moravia, donde, como en Znaym, no se encontraba un solo católico. Tres años después, vencido ya el protestantismo, podian sus ciudadanos, como los de Znaym, ofrecer al Emperador un Crucifijo de oro con esta inscripcion: *Prenda de fidelidad regalada á Fernando II por la ciudad católica de Znaym.* Los herejes de Glazt, que arrebatados por la fiebre de persecucion habian expulsado de su ciudad á los Jesuitas, suplicáronles después que les alcanzasen el indulto del Emperador: hiciéronlo así estos, y la fe volvió á ingresar en Glazt con la clemencia, virtud que se dejaba ver rara vez en ambos campamentos; pues que solo ansiaban excederse en valor y en atentados contra la humanidad. Á vista de este desencadenamiento de las pasiones luteranas contra la Compañía de Jesús, cási estaríamos tentados á creer que ella sola era el móvil de la guerra, y que para protegerla ó derrocarla, los mas ilustres capitanes del siglo XVII, tan fecundo en héroes, se daban esas batallas de las cuales se ha constituido Schiller el historiador poeta.

Por la enseñanza que propagaban, por sus predicaciones y controversias, y principalmente por aquella caridad que no cejaba ante los padecimientos corporales, ni ante las enfermedades del espíritu, habian conquistado los hijos de Loyola aquel ascendiente sobre las poblaciones de que se mostraban tan celosos los pas-

[1] Léese en una carta dirigida al nuncio apostólico por el cardenal Barberini: « Lamormaini es un digno confesor; un hombre que no cede ante consideraciones temporales. » *Littera del cardinale Barberini al nuncio Baglione*, 17 *martii* 1635.

tores de la herejía. No atreviéndose á marchar sobre sus huellas, creyeron serles mas fácil el calumniarlos, que el luchar contra ellos con armas iguales. Extraviado por consiguiente el fanatismo de los pueblos, probaron á demostrarles que aquellos Jesuitas á quienes era seguro encontrar al mismo tiempo en el palacio de los reyes y en la cabecera del lecho de los pobres; así en el aduar del salvaje como en el seno de las universidades; ora en el interior de las ciudades como en el fondo de los bosques y desiertos, eran los enemigos de su culto. Los Jesuitas militaban siempre y por todas partes, y los jefes de la Reforma creyeron que derrocar á esta Corporacion, era lo mismo que dar un paso de gigante para aproximarse á su objeto. Mas si los herejes no ocultaban sus proyectos, y se encarnizaban cada vez contra la Sociedad de Jesús, los Católicos por el contrario, la demostraban tanta mas deferencia, cuanto mayor era el odio de los sectarios. Los partidarios de la Reforma saqueaban las casas y colegios de la Órden; y los del catolicismo, impulsados por un sentimiento de religiosa gratitud, al paso que por sus previsiones políticas, reparaban al instante estos desastres: y si los primeros degollaban á los Jesuitas alemanes, la ciudad de Rómulo formaba otros en el colegio Germánico, y los enviaba en seguida al Rhin y al Danubio, para que sostuviesen en la fe á los ejércitos que militaban por su causa. La Sociedad de Jesús venia á ser la ciudad de refugio donde se abrigaban todos los proscritos. La Alemania, Irlanda y Escocia poseian en Roma un colegio, semillero de apóstoles y mártires, plantel que la Inquisicion anglicana no habia podido destruir, y contra el cual no fueron mas felices todas las victorias de Gustavo Adolfo, Mansfeld y Brunswick.

Richelieu asalariaba á todos estos generales que se armaban contra la tranquilidad de su patria, y á fuer de mercenarios ilustres, hacian la guerra en su mismo país por cuenta de la Francia. El gran Gustavo Adolfo recibia el oro extranjero, mientras que el extranjero se empeñaba en devolver á la Francia el dinero que esta nacion prodigaba á los suecos y á los sectarios. Habia en el reino cristianísimo hugonotes siempre dispuestos á insurreccionarse; los Rohan, Soubise y demás jefes del calvinismo, ponian á sus correligionarios al mercenario servicio de España. Mientras que el Emperador y Felipe dejaban á Richelieu que se apoyase en los protestantes de Alemania, impulsaban á los disidentes á la insur-

reccion; y cuando estos últimos izaron el pendon de la guerra civil, se dejaron ver los príncipes y ministros católicos, Fernando II y Luis XIII, Richelieu y Olivares, haciéndose cada uno un broquel de los Protestantes. De manera, que si los Calvinistas se levantaban en Francia para secundar los intereses de la Alemania, los Luteranos alemanes inundaban el imperio de sangre y de ruinas, para favorecer los planes de Richelieu.

Resuelto Fernando á extrañar de sus Estados hereditarios á los Protestantes que trataban de aniquilar su poder, y secundado en sus planes por los Jesuitas, sus mas celosos auxiliares, ordenó en 1626 formar en su imperio una especie de empadronamiento de los herejes convertidos por los Padres, ascendiendo aquel al número de un millon y quinientos mil [1]. Hallábanse los Padres á un mismo tiempo en su gabinete imperial, en sus ejércitos, en medio de los sectarios vencidos, y aun osaban penetrar en los campamentos del luterano vencedor. En Bohemia, el príncipe de Lichenstein los estimulaba á reedificar sus colegios demolidos, y segun dice el historiador protestante Ranke [2]: «Hasta el mismo «nuncio, Carlos Caraffa, estaba asombrado de la afluencia de «gentes que concurria á las iglesias de Praga, donde se juntaban «los domingos por la mañana de dos á tres mil personas, cuya «humildad y recogimiento le dejaban pasmado.» El Emperador exigia que se concluyese de una vez con los rebeldes de Bohemia, Hungría y Austria; pero como las armas solo ejercian una influencia momentánea, se propuso dominarlos por medio de la educacion: tal era el consejo que le habian dado con frecuencia el Pontífice y los Jesuitas; y para realizarlo, mandaba despojar á los Protestantes de los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado. Es verdad que no dudaba del derecho que le asistia; pero pareciéndole cási imposibles los medios de ejecucion, se hallaba perplejo; hasta que triunfando de su irresolucion el nuncio Caraffa, los cuatro príncipes electores y el P. Lamormaini, promulgó el edicto de restitucion con fecha 28 de agosto de 1629.

Esto era dar á la herejía un golpe de muerte. Como todas las revoluciones, centuplicaba el número de sus adictos, asociando el despojo á sus ideas de independencia y libertad; y era atacarla sus obras vivas, ó romper su mas activo resorte, no consagrar

[1] *Inventa sunt quingenta supra decies centena millia.*
[2] *Historia del papado.*

el latrocinio que ella habia autorizado. Una vez admitido y aplicado este principio tutelar, no temieron los Protestantes hacer escuchar sus quejas. Habian despojado al clero, y acusaban al Emperador de injusto, porque les obligaba á restituir lo que habian arrebatado por la fuerza. La apostasía de su antigua religion parecia darles el derecho de consagrar como lícito el robo de la Iglesia católica, y con el que se habian enriquecido. Pero estos clamores, hijos del interés, no fueron suficientes á intimidar el corazon del Soberano. La victoria que acababa de conseguir Tilly en las márgenes del Lutter sobre el ejército dinamarqués, agregada á las que al mismo tiempo obtenian las armas del duque de Friedland, no permitieron á los herejes resistirse, mas que por medio de maldiciones, á las órdenes de Fernando. La Iglesia recobraba sus bienes, mas entonces se suscitó una grave dificultad.

Proponiéndose la herejía arrastrar por la senda del error á los sacerdotes y conventos, adjudicó á los apóstatas la propiedad de las tierras de que hasta entonces solo habian disfrutado el usufructo; y engolosinados algunos monjes con estas promesas, no tardaron en hacer causa comun con el protestantismo. Pero siendo preciso distribuir al clero fiel, al clero activo, aquellas propiedades que habian pasado á ser la herencia de una generacion nacida de un perjurio, ó transmitida á unos herederos sin mas derechos que los de la violencia, y hallándose los Jesuitas en primera línea, para fecundar por medio de la educacion aquellas nuevas riquezas, en cuya posesion iba á entrar la Iglesia católica, después de concertarse la Santa Sede con el Emperador, decretó en el mes de julio de 1629: «Que una parte de los bienes res-«tituidos pudiese ser empleada en la ereccion de colegios, semi-«narios, escuelas y casas de pensionistas, tanto por los Jesuitas, «que fueron los principales autores del edicto imperial, como por «las otras Órdenes religiosas.»

Zanjada ya la cuestion por Urbano VIII, el cardenal Barberini su sobrino comunicó los motivos de este proceder al nuncio de su Santidad, Paleotta, escribiéndole con fecha 25 de enero de 1630 lo siguiente: «El interés del Estado exige que se construyan se-«minarios, que se funden colegios, y se creen parroquias en este «momento en que la cosecha es tan abundante. No cabe duda que «si viniesen los fundadores, y fuesen testigos de las calamidades

«y miserias que afligen á su patria, no querrian dar otro destino «á sus propiedades, que el mas idóneo para impedir la ruina de «la fe. Añádase á esto, que no queda ya una persona interesada «á quien deban ser restituidos, puesto que los monasterios han «sido demolidos, y ya no existen los religiosos; esta es la ocasion «de recurrir á la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, «para que disponga de estos bienes, y los aplique segun lo exija «la mayor gloria de Dios.»

Las intenciones del Papa y de Fernando II estuvieron paralizadas, hasta que un hombre, cuya pluma ejerció no poca influencia en los ánimos, y que se valió de toda especie de armas para luchar contra los Jesuitas, Gaspar Schopp, mas conocido bajo los nombres de Scioppius, Alfonso de Vargas, Melandro, Junípero de Ancona ó de Geraldo, vino á dar á su plan una aprobacion inesperada. Hallábase este en el centro de Alemania: conocia sus necesidades; habia tratado de estudiarlas; traducia hasta su mismo pensamiento, y en este concepto, el infatigable adversario de la Compañía de Jesús, el Átila de los escritores, como entonces le llamaban, dirigió á Cornelio Mottmann, auditor de la Rota, la carta siguiente:

«Creo obrar con prudencia, sugiriéndoos algunos medios que «debeis aconsejar al Papa y á los cardenales, si desean utilizar «las rentas de los bienes eclesiásticos, que segun el edicto deben «ser restituidos á la Iglesia. Es preciso, en primer lugar, considerar cuán grande es el número de los operarios evangélicos «que se necesitan en esos países devastados por la herejía. La «Baja Sajonia es por sí sola un reino bastante vasto: ¿dónde se «encontrarán sacerdotes suficientes para cultivar esta provincia? «En el Bajo Palatinado se han visto precisados los Jesuitas á ejercer todas las funciones de los curas de las parroquias, y tienen «que hacerlo así, si no quieren abandonar á esos pobres pueblos. «Si el Emperador persevera en sus designios, me parece que el «cielo ofrece por este lado algunos recursos al soberano Pontífice, «porque solamente el ducado de Wirtemberg encierra sesenta «monasterios, cuyas rentas serian empleadas muy útilmente en la «fundacion de seminarios: el duque de Wirtemberg mantenia mas «de cuatrocientos jóvenes herejes con las rentas de estos dominios sagrados, y lo mismo puede decirse de las demás provincias. Así que el mayor bien que pudo hacerse, fue educar una

«numerosa juventud en los principios de la religion católica, al «paso que formar doctores y maestros para los pueblos.

«Por lo que á mí toca, si conociese otros sugetos mas capaces «que los Jesuitas para desempeñar tan importantes funciones, me «apresuraria á designárselos; pero aunque no apruebo todo lo que «se hace entre los Jesuitas, me veo precisado á confesar, y no «me atrevo á negarlo, que la religion católica debe, después de «Dios, á los Padres de la Compañía el no haber sido enteramente «desterrada de Alemania. Ejecutaríase una excelente obra, si con «la renta de un solo monasterio de Wirtemberg, cuya suma as- «ciende á 20,000 florines, se fundasen cuatro colegios de Jesui- «tas, donde enseñasen las letras divinas y humanas, y si, como «lo han hecho con tan felices resultados en Dillingen, tomasen «á su cargo la formacion de buenos súbditos para los monasterios «é iglesias. La misma conducta deberia seguirse en la Sajonia, el «Palatinado y las demás provincias, á menos que el soberano «Pontífice discurra otro medio mas ventajoso [1].»

Esta reparticion en la que se otorgaba á la Compañía de Jesús la mayor parte, y esto por consejo de sus mismos enemigos, no podia menos de suministrar un pretexto para lanzar contra ella nuevas imputaciones [2]. Los religiosos de San Benito y del Cister se quejaron á la Santa Sede, la que no tuvo por conveniente escuchar sus quejas, creyéndolas mal fundadas. Tachaban á los Jesuitas de ambiciosos, y aun se decia que abusando del favor que les dispensaba Fernando II, trataban de excluir á las demás Órdenes religiosas de los parajes en que tenian algun interés humano ó espiritual; pero esta última imputacion se encuentra únicamente en las obras de los Protestantes; y aunque no parece apoyarse en ningun documento histórico, es preciso aceptarla ó rechazarla sobre su palabra. Nosotros la anotamos, aunque desnuda de pruebas, sin hacer lo mismo con la primera. Es verdad que los Luteranos, á quienes el edicto de 1629 arrancaba un semillero de riquezas, han empleado palabras amargas para denigrar lo que ellos llaman insaciabilidad de la Compañía, en esto de adquirir nuevas posesiones; tambien lo es que han vituperado (y al hacerlo estaban en su derecho de herejes), su infatigable necesidad de apostolado: así como lo es, por último, que su acriminacion ha

[1] *In notis ad Poggianum*, tomo IV, pág. 425.
[2] *Moral práctica*, por Antonio Arnauld, tomo I, pág. 138.

encontrado eco hasta en el seno del catolicismo; así pues, importa examinar la realidad que pueda haber en estas imputaciones.

Los Jesuitas del siglo XVII, como los que les precedieron, conocian que para emprender y consumar grandes cosas, eran indispensables grandes recursos: imbuidos en el pensamiento de un vasto plan, se proponian un objeto útil á la cristiandad; nacian, vivian y morian para combatir á la herejía, y para someter los espíritus al yugo de la moral evangélica. Este objeto no podia ser obtenido, sino valiéndose de medios proporcionados á la empresa; ora porque al despojar á sectarios del fruto de sus rapiñas, legaban al mundo y á los príncipes un ejemplo saludable, como porque, admitiendo y hasta solicitando una parte, y la mejor y mas considerable de aquellas propiedades que la herejía habia arrebatado á la Iglesia, no se enriquecian individualmente, puesto que ningun Jesuita puede poseer; pero daban á su Instituto una nueva fuerza, sirviéndoles los ricos despojos de la apostasía para fundar colegios, acrecentar su influencia, y disminuir la del protestantismo. Habia, por consiguiente, en este modo de obrar tanta prevision como inteligencia política. Critíquenla en hora buena en los Jesuitas; pero los mismos que se lo acriminan se hallarán siempre dispuestos á imitarlos, en cuanto puedan, porque tal es la condicion precisa de las sociedades, corporaciones, y aun de los mismos individuos.

Las escisiones políticas de que Alemania fue teatro durante el período Sueco, agregadas á las victorias obtenidas por Gustavo Adolfo y Barinier, que tomó el mando del ejército, después de la muerte del héroe protestante, y á las conseguidas por Bernardo de Sajonia-Weimar, Condé y Turena, no permitieron poner en ejecucion sino en parte el edicto de restitucion, é hicieron aplazar el proyecto de los Jesuitas, hasta que el tratado de Westfalia cambió el aspecto de los negocios.

En 1629, elevado ya Walstein al apogeo de las grandezas, pero tan ambicioso de gloria como de poder, habia hecho concebir sospechas al Emperador de su fidelidad: vivia retirado en su principado de Friedland, herencia de su victoria de Praga. Se habia servido de los Jesuitas durante la guerra, y empleábalos durante el reposo á que le condenaban las sospechas del Emperador, y franqueábales su territorio después de haber expulsado á todos

los ministros luteranos. El P. Mateo Burnat se ocupaba á su vista en diseminar el Evangelio por las campiñas, y habia convertido al catolicismo á la ciudad de Daben. Pero no bastando la palabra de los Jesuitas para producir el bien con tanta rapidez como deseaba el soldado, puso este sus tropas en campaña para acelerar los progresos de la fe. Los Padres trataron de hacer comprender á Walstein que este medio militar no era el mas idóneo para popularizar la religion católica; pero todo fue en vano: al saber los Husitas que salian tropas contra ellos, corrieron á las armas, y apoderándose del P. Burnat en 9 de agosto de 1629 le asesinaron al pié del altar de la aldea de Liburn. Walstein habia fundado á los Jesuitas un colegio en su ciudad de Sagan; mas apenas se habian instalado en él los nuevos moradores, cuando ingresó tambien el martirio con los sectarios: lo mismo verificaron los suecos con los Padres que en 1630 pasaron á crear un establecimiento en Leitmaritz á ruego de los habitantes. Pasados algunos meses, hizo una incursion el protestante Weimar á la cabeza de sus correligionarios, y después de destruir el colegio que habia fundado en Eger el conde Enrique Sehliek; el que habia establecido en Haradek el conde Olhen de Oppersdorf; el erigido por María Maximiliana de Hohenzollern, condesa de Sterberg, en la nueva Praga, y el creado por el burgrave Carlos de Donau en la ciudad de Glogan, asesinó al P. Juan Meagh, irlandés, y á los hermanos Martin Ignacio y Wenceslao Tronoska; por el mismo tiempo sucumbia de igual género de muerte el P. Jeremías Fischer.

La alianza pecuniaria del cardenal de Richelieu con los protestantes de Alemania, era un hecho consumado; pero hecho que duplicaba sus fuerzas. Gustavo Adolfo se lanza en el corazon del imperio; el 7 de diciembre de 1631 marcha Tilly á contener sus progresos, y se encuentran ambos ejércitos bajo los muros de Leipsick, quedando la victoria por el primero. Pero como si los triunfos ó la derrota de los Católicos debiesen ser perpetuamente sellados con la sangre de algun Jesuita, son hallados después entre los heridos, á quienes exhortaban en su última agonía, los PP. Lorenzo Passok y Mateo Cramer. Los Luteranos, que no respetaban semejante ministerio, después de apoderarse de Passok, le ofrecen la vida si consentia en blasfemar de la Vírgen, y viendo que no cesaba de bendecirla, inmediatamente le asesinaron.

No léjos de aquel sitio vió el príncipe de Lawenburg al P. Cramer que se ocupaba en administrar el sacramento de la Penitencia á un soldado agonizante: aproxímase á él, y le rompe la cabeza de un pistoletazo, y luego exclama en presencia de Tortenson y demás generales: «He muerto á un perro papista en el ejercicio «de su idolatría »

Por una singular mescolanza de política y religion, Luis XIII y su ministro Richelieu, que procuraban debilitar el poder de la casa de Austria suscitándola numerosos adversarios, estipulaban con Gustavo Adolfo que los ejércitos protestantes respetarian en todas partes, y aun en Suecia, el apostolado y establecimientos de los Jesuitas. Pero los Padres alemanes y franceses no aprobaban los planes del gabinete de Paris, que sacrificaba á terrenos intereses la suerte de la Iglesia y el porvenir del catolicismo. El Cardenal ministro se habia propuesto aminorar su oposicion á favor de esta cláusula que los Protestantes olvidaron mas de una vez, pero que no por eso ha dejado de existir, y es un hecho que demuestra hasta la evidencia el influjo que ejercian los Padres. Escribiendo Luis XIII desde Dijon después de la muerte de Gustavo Adolfo, al mariscal Barinier, comandante en jefe del ejército sueco, después de invocar el tratado concluido por el marqués de Fenquieres, reclamaba su ejecucion cerca de la hija y heredera del héroe sueco.

« Primo, escribia el Rey al general protestante, con fecha 11 de «setiembre de 1639, muchas razones recomiendan á mi proteccion la Compañía de Jesús; porque á mas de ser sus individuos «unos hombres de gran piedad y consumada prudencia, sus vir«tudes me prestan la bien fundada persuasion de que los asuntos «de nuestra hermana, la reina de Suecia, no podrán recibir de«trimento alguno por parte de ellos en los lugares ocupados por «los ejércitos que vos mandais. En este concepto deseo que mi «recomendacion obtenga de ella por vuestra mediacion el permi«so para que estos Padres puedan residir en esas poblaciones con «entera libertad para desempeñar su ministerio, y que les garan«tice todas las posesiones que en ellas tenian. Mi demanda es con«forme con los tratados hechos con mi hermano el difunto rey, «y renovados con mi hermana la reina de Suecia. Confio que pro«curaréis su ejecucion con respecto á los Padres Jesuitas lo mas «ampliamente posible; seguro de que para recompensar vuestra

«diligencia, os manifestaré mi satisfaccion todas las veces que se «presente una ocasion [1].»

Vencido Tilly, y ofuscada su antigua fama ante la gloria del jóven Gustavo, mandó el Emperador salir de su destierro al duque de Friedland, que entrando en combate con el Sueco, le batió y fue batido por él; pero conociendo que estas derrotas ó triunfos parciales en nada modificaban la situacion, y decidido de una vez á perderlo ó ganarlo todo, le presentó en 16 de noviembre de 1632 una batalla decisiva en las llanuras de Lutzen, donde Gustavo Adolfo triunfó de Walstein como habia triunfado de Tilly; mas esta fue su última victoria. El vencedor quedó sepultado bajo sus laureles en aquellas llanuras ilustres que, como las de Leipsick, verán todavía, después de dos siglos de intervalo, grandes ejércitos y eminentes generales disputarse el imperio del mundo; pero murió como todos los héroes deberian morir, y como Tilly habia muerto algunos meses antes en el paso de Lech.

La pérdida del general en jefe de la Liga protestante vino á ser para los Católicos un acontecimiento de la mayor importancia; porque si bien es cierto que Barinier y Bernardo de Sajonia-Weimar luchaban todavía al frente de los suecos, una jornada feliz podia destruir esta coalicion, cuyos intereses eran distintos. Dos

[1] El 9 de octubre de 1630, el conde de Guebriant, por la Francia, y el mayor general Erlack, por la Suecia, firmaban en Brissach un tratado en el sentido que indica la carta de Luis XIII; y el 25 de agosto de 1640, los generales protestantes que se habian prestado á sus deseos, daban á todos los Jesuitas y á sus colegios cartas de seguridad, de las que tenemos algunas en nuestro poder otorgadas por Barinier á los de Erfurt, Hagueneau y Molsheim. Los Jesuitas invocaban la proteccion de la Francia, y en cada carta la hacian una súplica de intercesion, como lo vemos por la correspondencia del General de la Órden con los PP. Sirmond y Dinet, confesores de Luis XIII. El 8 de julio de 1639, escribia Vitelleschi: «Estoy en gran manera avergonzado de molestar tantas «veces la benevolencia del Rey en favor nuestro; pero como los pobres tienen «derecho en algun modo para importunar á los príncipes misericordiosos y «clementes, y esto sin ofenderlos, desearia que viese V. R. si podia obtener «alguna cosa del Rey cristianísimo con respecto á nuestros Padres de Bohe«mia, donde después de haber perdido cinco colegios, se han visto precisados «á fugarse al aproximarse el ejército de Barinier. Y no se crea que lo han he«cho sin motivo, puesto que habiéndose apoderado el general citado de las per«sonas del Padre rector y de otros tres mas, ha prometido cortarles la cabeza «si no le daban diez mil ducados en el término de tres dias por el rescate del «primero. ¿No podríais obtener del Rey cristianísimo una recomendacion en «favor de los nuestros residentes en Bohemia y demás países inmediatos?»

años despues los imperiales vencen en Nortlingen; y Fernando, á quien tantos desastres no han podido desalentar, volvió á empezar su obra en el mismo punto en que la habia dejado. Los Jesuitas eran sus mas activos auxiliares, y Scioppius, que no habia obtenido de ellos lo que aguardaba, se colocó en el número de sus detractores, calumniándolos con tan audaz grosería, que el mismo Emperador escribió al general de la Órden, Mucio Vitelleschi: «Mi reverendo Padre en Jesucristo, envio á V. R. la impos-«tura de las imposturas que me ha hecho reir, al paso que me ha «irritado. Si V. R. desea de Nos un testimonio de lo contrario, «tendrémos un placer inmenso en ejecutarlo, para conservar ile-«so el honor de la Compañía de Jesús, nuestra madre, exten-«diéndole en la forma mas amplia y con la mayor solemnidad. «Dios conserve en su santa guarda á la Sociedad y á V. R., á cu-«yas oraciones me recomiendo. Todo de V. R.—Fernando.

«En Ebersdorff, el 17 de setiembre de 1633.»

Al mismo tiempo que Fernando se ofrece por fiador á los Jesuitas, los disemina por todo el imperio. Convencido por una fatal experiencia de que las divisiones religiosas solo producen desgracias en todos los reinos, y deseando aclimatar la unidad, dió órden á su ejército y magistrados para que secunden su pensamiento apoyando á los Padres de la Compañía de Jesús. Sin embargo, durante este último período de su vida, es cuando el Monarca católico se ha visto acusado de fanatismo, de intolerancia y crueldad.

No es nuestro ánimo vindicar ó acusar aquí su memoria; pero lo que no podemos callar, porque seria ofender la mas sincera expresion de los hechos, es que en este movimiento que siguió á tantos trastornos causados por el soplo de la herejía, el Emperador, aconsejado por los Jesuitas, no empleó las torturas ni los verdugos para reconducir á sus súbditos al culto de sus abuelos, ni puso la conviccion al lado de los suplicios, como lo hicieran Enrique VIII, Isabel, los holandeses, y la mayor parte de los príncipes luteranos. A fuer de soberano que conocia el valor de sus ideas y convicciones, no trató de ocultar los medios que empleaba, ni se valió de la hipocresía ó de la infidelidad. Permaneció hombre político, mientras que los soberanos protestantes se habian convertido en perseguidores, y no permitió que se derramase sangre para provocar las creencias. Tomó, sin embargo, me-

didas de rigor, mas estas no tendian á violentar la conciencia para introducir una fe nueva, como se habia ejecutado en Inglaterra é Irlanda. Para realizar su idea de unidad católica, no vaciló Fernando en acudir á los confinamientos, y extrañó de las tierras del imperio á los ministros de la Reforma y á cuantos invocaban la fuerza en su apoyo; encarceló á algunos de los mas exaltados, y concedió la facultad de emigrar á los que preferian su culto á la patria que les viera nacer.

Con las ideas de libertad que el tiempo y la indiferencia han inspirado á los hombres en materias de religion, quienes por otra parte han llegado á proscribirse y matarse por teorías políticas, semejantes hechos deberán ser severamente juzgados. Nosotros no los aprobamos ni reprobamos: sentamos, sin embargo, que la tolerancia no es un principio en todas las circunstancias, y que el príncipe está al menos tan obligado á defender la Religion y la verdad como los demás bienes de sus súbditos. En esa época en que el protestantismo habia cubierto de ruinas el imperio germánico, se vió Fernando precisado á recurrir á la violencia moral para cicatrizar las heridas, y especialmente para precaverlas. Su sistema tendia á comprimir, y no á degollar; no permitia la libertad de discusion, pero otorgaba el derecho de enajenar su patrimonio, y dirigirse á buscar bajo otros climas una region en que fuese permitido permanecer fiel á su modo de pensar. Pocos luteranos se sintieron asaz convencidos para tomar el camino del destierro: la inmensa mayoría habia cedido al impulso de las pasiones ó á una ignorancia grosera; así es que los Jesuitas se vieron obligados á calmar la efervescencia general y á ilustrar á un pueblo á quien los vicios de muchos miembros del clero, agregados á los escándalos y apostasía de algunos otros, habian precipitado en el abismo de la herejía, mucho mas que las doctrinas de Lutero, ó las entusiastas teorías de sus discípulos.

En un período de veinte años, se los encuentra en todos los campamentos; en unas partes prisioneros de los Luteranos, y sufriendo todas las amarguras del cautiverio, y coadyuvando en otras á las miras católicas de los príncipes de Alemania. El 29 de octubre de 1639 espira en Praga el landgrave de Leuchtemberg entre los brazos del P. Gaspar Lechner; los Martiniez, Forgacz, Pablo de Mansfeld, Christiern de Brandeburgo, Rubna, Kolowratt, Metternich, Eggemberg, Collata, Rieffenbach, Zampach, Bren-

ner, Hartowig, Oppersdorff, Paar, Piccolomini, Waldstein, Wratislaw, Colloredo, Harranch, Federico de Hesse, Lichstenstein, Kinski y Wrangel, á quienes ellos han sostenido en la fe, los protegen en su apostolado. Los Jesuitas saben que la mayor parte de sus colegas deben sucumbir al acero de los herejes, ó que como los PP. Andrés Calocer, Mateo Cuber, Hermann, Kadisk, Knippmann, Leon Jorge, Stredon y Laubsk se verán arrastrados á la esclavitud; pero como al lado de estas miserias y asesinatos está la Alemania, á quien es preciso preservar de la herejía, marchan sin temor á unos combates, cuya gloria no debe hallarse para ellos sobre la tierra.

En tanto que con sus pacíficas misiones reparaban la obra de destruccion multiplicada en ambos campos, exhalaba el Emperador el último aliento en brazos del P. Lamormaini, que le asistió en este supremo instante; y el mismo año de 1637 le sucedió en el trono su hijo, bajo el nombre de Fernando III. Las hostilidades volvieron á empezar con nuevo encarnizamiento, y si Fernando II habia encontrado un rival heróico en Gustavo Adolfo, su sucesor no halló otro menos digno en Bernardo de Sajonia-Weimar. Menos afortunado el nuevo Monarca que lo habia sido su padre, y atacado á la vez por los suecos y por los franceses, teniendo que luchar contra Weimar, Condé, Turena, Guebriant, Barinier y Fortenson, de reveses en reveses se vió reducido á la última extremidad. En 1648 el tratado de paz de Westfalia le dejó un imperio desorganizado, triunfando los cultos luteranos y calvinistas sobre las ruinas que habian amontonado.

En esta guerra de treinta años, en que cada dia se dió una batalla, los Jesuitas se vieron reducidos á representar un papel enteramente pasivo, es decir, predicaban, padecian y morian; solo en el sitio de Praga se hicieron soldados por patriotismo, y se igualaron con los mas intrépidos. El príncipe Carlos Gustavo, que sucedió á Cristina en el trono de Suecia, pasó en 1648 á bloquear la ciudad de Praga con el ejército de Wrangel. El P. Jorge Plachy, catedrático de Escritura sagrada en la universidad, y uno de aquellos hombres á quienes el sacerdocio no hace perder en nada su virtud guerrera, forma un batallon de voluntarios de los estudiantes, que tienen confianza en su valor ya experimentado; se colocan sobre la brecha, y conducidos por el Jesuita, combatieron con una bravura que no se desmintió jamás. El ejemplo de

Plachy fue imitado por todos los religiosos y sacerdotes seglares, los que viendo á la patria amenazada, y no quedándoles otro recurso que morir ó ver perecer el catolicismo, se mezclaron en la lucha, en la que sucumbieron muchos de ellos, siendo los mas heridos. El príncipe de Colloredo, que mandaba las tropas de la ciudad, hizo una resistencia tan heróica, que siendo secundado en sus planes por los sacerdotes de todos los Institutos y jerarquías, obligaron á los suecos á levantar el sitio. Como el P. Plachy se habia dejado ver continuamente en la primera fila, los jefes de los imperiales le prepararon una corona mural; y con el objeto de consagrar sus altos hechos militares, dirigió el Emperador una carta autógrafa al General de la Compañía de Jesús, que traducimos del original latino:

«Reverendo y apasionado Padre, apreciadísimo á nuestro co-«razon.

«Doy gracias á Dios por el feliz triunfo de ese patriótico amor y «de ese ardiente celo por el bien comun de la Religion, de que «han dado un ejemplo muy útil los Padres de la Sociedad de Je-«sús en la gloriosa defensa de esta amada ciudad de Praga, don-«de se hallan establecidos. Su excelente conducta nos es cada «vez mas expresamente recomendada: y como entre las hazañas «de los demás defensores, nos citan con elogios unánimes los «grandes servicios que ha prestado el P. Plachy, cuyo valor y «estrategia han alentado, armado y sostenido á la juventud de «nuestras escuelas, hemos creido su cooperacion y los servicios «de vuestra Compañía dignos de recibir la noticia y seguridad «de que nos han sido muy satisfactorios. En cualquiera ocasion «que se presente, nos mostrarémos reconocidos y dispuestos á «favorecer á toda vuestra Órden con una munificencia imperial. «Sí, os prometo mi imperial y real benevolencia.

«En Viena á los 16 de diciembre de 1648. — Fernando.»

El tratado de Westfalia, tan honroso para la Francia, venia á ser la muerte del catolicismo en Alemania. Solo los Jesuitas, en la esfera de sus funciones, fueron los únicos que no desesperaron de la causa de la Iglesia abandonada momentáneamente por el rey de Francia por grandes motivos políticos. Proponiéndose continuar los planes que por muerte del P. Lamormaini, llegado á Viena en 22 de febrebro de 1648, quedaban por realizar, minaron por su basa al protestantismo, que, merced á su alianza con el Go-

bierno francés, habia obtenido el derecho de ciudadano en Alemania, popularizando la educacion, y abriendo en todas partes escuelas, donde la elocuencia secundaba á la lógica. Si los acontecimientos dominaban su incesante accion, si trataban de interceptar la libertad de su ministerio, los Jesuitas aprendian á rechazarlos, y obrando en la oscuridad, iban consiguiendo poco á poco la ruina de la herejía.

Esta ya no se hallaba sostenida por la idea de emancipacion, ni podia entablar otra especie de lucha que algunas cuestiones teológicas; no se ostentó tan temible en las cátedras como en los campamentos. Como por otra parte no conocian todas esas sectas centro alguno de direccion, ni lazo alguno de unidad; si un peligro comun habia reunido á sus individuos separados por un abismo de orgullo, no tardó la prosperidad en dividirlos por segunda vez. Entre tanto, los Jesuitas, que habian prudentemente presagiado que tantos proyectos de reforma vendrian á encallar en el mismo puerto, y que el triunfo seria mas fatal á los Luteranos que su misma derrota, se prepararon á recoger los frutos de su prevision, que fueron por cierto muy abundantes. Gobernáronse de tal modo los Padres, é hicieron resaltar tan perfectamente la nada de las creencias aisladas y el vicio del libre exámen, que en el espacio de veinte años, pasó á ser el protestantismo mas bien una oposicion habitual contra la corte de Roma, que un culto susceptible de ofrecer á los talentos reflexivos un cuerpo de doctrinas homogéneas.

Lo mismo en Alemania que en Bélgica y Holanda, se encontraban frente á frente con dos principios religiosos: en estas provincias de los Países Bajos, reunidas frecuentemente por la victória, aunque hostiles siempre por las costumbres, por el espíritu de nacionalidad y por sus mismos intereses, se ventilaba á mano armada una cuestion idéntica; pero allí, como en todas partes, experimentaban los Jesuitas el rechazo de los triunfos luteranos.

Ya hemos visto que la Bélgica se habia dividido por los años de 1612 en dos provincias de la Órden, y que la provincia flandro-belga comprendia la Holanda, donde Alejandro Farnesio habia establecido misiones militares; es decir, habia deseado que los Jesuitas marchasen al abrigo de la enseña militar, con el objeto de inspirar á sus soldados mas confianza en su propia causa. Adaptando en seguida Spínola á la armada naval el ejemplo que

Farnesio habia emprendido en favor del ejército de tierra, interpola á los Jesuitas con sus marinos, como aquel lo habia practicado con sus tropas. Mientras que los PP. Scribani, Coster, Lessio y Sailly asisten á los campamentos y escuelas como centinelas avanzadas de la Religion, defendiéndola contra las usurpaciones del protestantismo, continuaban otros en la misma Holanda la obra de sus predecesores. Proscritos de los Estados de la República, esta proscripcion y las torturas con que les amenazaban Mauricio de Nassau y sus adherentes, solo servian para acrecentar su celo. Después de haber regularizado su accion, marchaban los Jesuitas á poner en ejecucion la obra de su apostolado. En 1617 ocupaban las principales ciudades de las provincias confederadas: hallábanse en Amsterdam, en el Haya, Utrecht, Leyde, Harlem, Delft, Rotterdam, Gonda, Hoorn, Alkmaer, Harlingem, Groninga, Bolsward, Zutphem, Nimega y Vianen. Publicábanse cada dia nuevos edictos contra ellos, porque sus esfuerzos producian diariamente nuevos triunfos; y siéndoles allí como en todas partes favorable el misterio, obraban y hablaban parapetados en el misterio. Los holandeses católicos permanecian invencibles; los Luteranos trataron de comprometer á los Jesuitas, imprimiendo sus correspondencias íntimas con el General del Instituto. En aquellos tiempos de controversias y peligros, rodeados siempre los Padres de enemigos vigilantes, y no siéndoles posible tratar los asuntos religiosos sino con mucha reserva, trataron de poner á cubierto sus secretos, y salvaguardiarlos de las siniestras interpretaciones, sirviéndose de un lenguaje convenido. Hallábanse en Holanda, y habian adoptado el estilo comercial; pero habiendo caido su correspondencia en manos de los agentes de Mauricio de Nassau, y siendo un enigma para ellos, se la dieron al pueblo para que la comentase bajo el título de: *Occultus mercatus Jesuitarum.* Apenas se hubieron dado á luz pública las referidas cartas, cuando hallada la clave por el buen sentido público, se vieron precisados los Protestantes á retirar de la circulacion todos los ejemplares que habian diseminado, para no tener que glorificar á la Compañía de Jesús, cuyos trabajos revelaba esta correspondencia.

La España habia negociado con Holanda, y los Reyes católicos reconocian la confederacion que les arrancaba por medio de las armas su libertad y su nuevo culto; pero apenas habia triunfado

el protestantismo, cuando empezó á introducirse la division en sus doctrinas. Los sectarios se habian separado de la unidad para caminar por la senda del libre exámen; este los arrastraba á la confusion; la confusion á la intolerancia, y esta al asesinato jurídico. Divididos los holandeses en dos campamentos, merced á las lecciones de Gomar y Arminio, discípulos ambos de la escuela de Calvino, empezó la política á inmiscuir sus teorías con las de los doctores, y bien pronto se convirtieron las Provincias-Unidas en un vasto campo de batalla donde cada uno combatia, segun Voltaire (*Ensayo sobre las costumbres*) «por cuestiones oscuras y «frívolas, en las cuales ni siquiera se sabe definir las cosas por «que se disputa.» Mauricio de Nassau se hallaba á la cabeza de los Gomaristas que secundaban sus ambiciosos proyectos, mientras que el gran pensionista Barnevelt y Grocio se pusieron de parte de los Arminianos, esforzándose á restringir el poder que se atribuia.

Semejante situacion no podia menos de producir colisiones tan sangrientas. Mauricio de Nassau se mostró inclemente con sus adversarios, á la manera que lo son todos los revolucionarios afortunados. Mientras que aquellos se habian coligado contra el despotismo de uno solo, proclamando en seguida la libertad de cultos y la de pensamiento; mientras que aquellos hermanos de la víspera solo aspiraban á reemplazar con otro absolutismo mas atroz el ejercido por los reyes de España y el duque de Alba; y mientras que Barnevelt y Grocio raciocinaban y discutian como todas las oposiciones, hablando de derechos imprescriptibles, de igualdad y justicia, se ocupaba Mauricio en combatirlos con la espada, ó haciéndoles morir en un patíbulo; y cuando la guerra civil no le ofrecia lances de honor, apelaba entonces á sus teólogos. Habiéndose reunido en Dordrecht un sínodo por los años de 1618, después de condenar la doctrina de los Arminianos; esta asamblea que con menos autoridad, menos ciencia y virtud que la que desplegaban los concilios ecuménicos, ajaba las doctrinas de los novadores, y sin embargo, exclusiva como todas las sectas, invitó á los extraviados de la Iglesia á unir su causa á la suya. «Cuatro provincias de Holanda rehusaron, segun dice Mos«heim, escritor protestante y teólogo [1], adherirse al sínodo de «Dordrecht, el cual fue recibido en Inglaterra con desprecio,

[1] *Institutiones historiae ecclesiasticae.* (Helmstad, 1764).

«porque los Anglicanos manifestaban respetar á los Padres de la «Iglesia.»

Mauricio de Nassau hallaba resistencia hasta en sus mismos correligionarios, y por lo tanto acudió al verdugo para hacer triunfar sus doctrinas y ambicion. El anciano Barnevelt luchaba por la emancipacion de su patria, y no queria doblegarse á los errores de los Gomaristas. Fiel á los que habia abrazado, evocaba la fantasma de libertad, que solo encontró en la muerte. Decapitáronle «porque, segun la sentencia promulgada en una comi«sion, habia contristado cuanto pudo á la Iglesia de Dios.» Estas ejecuciones, mas odiosas aun que las con que habia ensangrentado el duque de Alba el suelo de los Países Bajos; estas divisiones que estallaban entre unos sectarios, que repudiaban la autoridad de la Santa Sede para abandonarse á su razon individual, eran muy adecuadas para inspirar un saludable regreso á los espíritus cuerdos. El protestantismo se mostraba mas intolerante que la religion romana; apoderáronse los Jesuitas de esta reaccion al pié mismo del patíbulo de Barnevelt, y á la puerta del calabozo de Luwenstein, de donde arrancaba la mujer de Grocio á este gran jurisconsulto; y supieron sacar tan buen partido, que la persecucion dirigida contra Barnevelt se transformó en simiente católica. Empezáronse á multiplicar los oratorios tras los mostradores de los mas ricos comerciantes; hasta que renovándose las hostilidades entre Mauricio de Nassau y la Península ibera por muerte del archiduque Alberto, ocurrida en 1620, apareció un azote todavía mas terrible que el de la guerra en ambos ejércitos. Este azote fue la peste de Mansfield, llamada así por los Católicos, del nombre de Felipe, conde de Mansfield y general al servicio de la Holanda. Corríanse mas peligros en los hospitales que en los campos de batalla. Presentáronse los Jesuitas do quiera que habia un moribundo, y sacrificándose así en Bruselas como en Lovaina, sucumbieron á sus estragos en Malinas los PP. Proot, Gaillard, Wiring y Seriantz; como sucedió en Amberes á los Padres David, Taleman, Jorge, Vanderlanchen, y los coadjutores Vanderbos y Spernmaher.

Los padecimientos que arrostraban por sí mismos, y que mitigaban en los demás, no les pudieron hacer olvidar que en todo tiempo y en todos lugares debian ser los portaestandartes de la Iglesia. En 1623, durante lo mas recio de la lucha que ilustró los nom-

bres de Mauricio de Nassau y Ambrosio Spínola, se atreven algunos Padres á penetrar en Dinamarca; marchan otros á través de la flota holandesa á conducir á los prisioneros protestantes, que se hallaban en Dunkerque y Amberes abandonados y sin socorro, el tributo de su celo: no importa que entre ellos haya algunos ingleses, alemanes y escoceses; los discípulos de Ignacio sabrán confundirlos á todos en un mismo sentimiento de conmiseracion. Habiendo caido su jefe Felipe Mansfield en poder de los españoles en la batalla de Fleurus, hácese franquear la fortaleza el Padre Guillermo Pretere; pide permiso á Gonzalo de Córdoba para ver al preso, y después de haberse insinuado en su confianza, entra con él en discusion, y á la voz del Jesuita desciende la conviccion al espíritu del feroz partidario, que apenas estuvo en libertad cuando abrazó el catolicismo, abjurando la herejía al pié del altar de los Jesuitas.

Como la provincia galo-belga era la mas inmediata á la Francia, se veia menos expuesta á los desastres. de la guerra, y por consiguiente la Compañía de Jesús hacia progresos rápidos en este rico país. En 1616 los príncipes Juan y Gil de Méan fundan un colegio en la ciudad de Huy, su patria; Francisca Brunelle erigia otro á sus expensas en Maubeuge; mientras que los religiosos de San Waast dotaban á los Jesuitas de Arras, y las canonesas de Santa Gertrudis y el obispo de Namur les ofrecian una casa en Nivelles; y Florencio de Montmorency y Francisco Grenier los establecian en Armentières, donde el P. Carlier por medio de la predicacion reformaba las costumbres. En Lila, donde acababa de declararse la peste, se improvisaban enfermeros de los moribundos, y sucumbian con ellos; en Tournai se empeñaba una piadosa contienda entre los Agustinos y los Jesuitas, en la que estos últimos perdieron su causa, por haber invocado en favor suyo la anterioridad del sacrificio. En 1620, no era ya la peste sino el hambre la que diezmaba á los moradores de Douay. Los magistrados habian agotado ya todos los recursos existentes en la poblacion: los ricos é indigentes se veian condenados á perecer de inanicion; ningun auxilio encontraban sobre la tierra, cuando acudiendo los Jesuitas, reunen á sus discípulos, los cargan de canastos llenos de víveres, y distribuyen el pan de la caridad en todos los domicilios. Testigo Francisco de Montmorency de la sublimidad de estas obras, que la historia, arrastrada por el cho-

que de las pasiones, no tuvo ocasion de anotar, y que se olvidan con la misma facilidad que se pierden los beneficios en la memoria de los hombres, trata de consagrar esta abnegacion sacrificándose á sí mismo; y renunciando al colmo de las grandezas, tan merecidas por su cuna como por sus cualidades, se despojó de todas ellas para tomar el hábito de los Jesuitas.

La Bélgica aceptaba en todos sus ámbitos á los Jesuitas, como un baluarte inexpugnable contra la herejía, y como una fortaleza para el porvenir; y mientras que los holandeses los proscribian por este doble motivo, los Católicos no temian caminar por una senda opuesta. Ana y Esther Jansen, y su parienta Juana Reyser ofrecen en 1628 á los hijos de Loyola una casa de noviciado en Bierne. Francisco Vander-Burg, arzobispo de Cambrai, y Juan de Florbecque, fundaron en 1632 el colegio de Ath. En 1636 perecen once Padres de los veinte y cuatro que se habian reunido en Bethune para socorrer á los apestados; y habiendo sucedido la guerra al azote del contagio, fue destruido enteramente el colegio; si bien no tardó en levantarse de sus ruinas, por la generosidad del P. de Libersaert, y de su tio el conde de Nedonchel.

Tantos y tan continuados triunfos no eran á la verdad muy á propósito para tranquilizar á los Protestantes. El P. Juan Bautista Boddens acababa de arrebatar á los sectarios una de sus mas ilustres columnas en la persona del duque de Bouillon, gobernador de Utrecht, cuya abjuracion é ingreso en el gremio del catolicismo habia sido obra del Jesuita. Viendo los herejes que no podian vengarse del Príncipe, dirigieron su encono contra los Jesuitas. Habíase sometido á los holandeses esta ciudad en 1633, con la previa condicion de que los Católicos é individuos de la Compañía de Jesús disfrutarian, los primeros del libre ejercicio de su culto, y de la facultad de desempeñar su ministerio los otros; pero habiendo provocado algunas medidas opresivas la abjuracion del Duque y los triunfos que coronaban los esfuerzos del Instituto, los PP. Boddens y Gerardo Paezman recordaron al vencedor las ofertas estipuladas en el tratado, por las que los Católicos se habian comprometido á la sumision política, y los Protestantes á la tolerancia religiosa.

Como se habian violado las estipulaciones del tratado, ambos esuitas atacaron con energía semejante atentado contra los dere-

chos de la conciencia y de la justicia: lo cual visto por los Luteranos, y conociendo el profundo eco que habian hecho sus reclamaciones en el corazon de los Católicos, acusaron á los Padres de estar tramando una conspiracion, para introducir en la fortaleza á los españoles. Nada mas cierto que esta acusacion: el complot existia en realidad: un soldado que se hallaba iniciado en él, reveló los planes y nombres de los conjurados; pero en él no vemos á ningun Jesuita, hasta que prometiéndole los Protestantes la libertad y una fortuna considerable, si inculpaba á los Padres Boddens y Paezman, acepta el mercado, y declara que ha conversado con ellos sobre el complot.

Esta declaracion era mas que suficiente: verifican un careo entre Boddens, Paezman, el coadjutor Felipe Nottin, y el pretendido cómplice de los tres Jesuitas; interróganle precipitadamente y sin órden; vacila, titubea, nada en la incertidumbre; y conociendo los Protestantes el compromiso de su irresolucion, la pusieron un término, decapitándole sin mas fórmula de proceso.

Aun cuando nuestra conviccion no se halle basada en prueba alguna legal ni en ningun material indicio, creemos que, por mas que se defendieron con destreza, no ignoraban al menos la trama de los Católicos; pero léjos de acriminarlos, aprobamos su conducta, por haber querido castigar semejante violacion del derecho de gentes. Mas esta defensa exasperó de tal modo á los Luteranos, que no pudiendo arrancarles una declaracion con amenazas, recurrieron á las torturas. Colocaron á los dos Padres y al coadjutor Nottin sobre unas planchas de hierro candente y puestas en aspa; los ataron de piés y manos con cadenas erizadas de puntas de acero que les atravesaban la carne; encerráronles en seguida el cuello en un enrejado de plomo, guarnecido de un triple encaje, y así colocados los rodearon de braseros. Apenas habia tostado el fuego sus carnes cuando les aplicaron sal, vinagre y pólvora. Y no pararon aquí las crueldades de los herejes: pusiéronles sobre el pecho siete hachones encendidos; les mutilaron hueso por hueso los dedos de piés y manos, y habiendo declarado los médicos despues de veinte y dos horas de suplicio que el espíritu vital se extinguia en los Jesuitas con mas celeridad que el valor, los condenaron no obstante á perecer bajo el hacha del verdugo, sin haber confesado nada en tantos tormentos.

Pasado un intervalo de pocos dias, los condujeron uno en pos

de otro al patíbulo, porque no podian sostenerse sobre sus piés, y espiraron en el mes de junio de 1638, suplicando á Dios que perdonase á sus asesinos. Habíanlo hecho así; y como si quisiesen legar al mundo una huella viva de la iniquidad de los jueces, é inocencia de los ajusticiados, amenazó el Consejo de las provincias con las mas severas penas á cualquiera que publicase ningun escrito que recordase, aun en el sentido del Gobierno holandés, la conspiracion que tan bárbaramente habian expiado los tres Jesuitas.

CAPÍTULO XXIV.

Los Jesuitas llamados al Bearn. — Luis XIII y el P. Arnoux. — Predica este al Rey la tolerancia en favor de los Protestantes. — Júranle estos un odio eterno. — Empeña al Rey á reconciliarse con su madre. — El P. Seguiran, confesor del Príncipe. — El cardenal de Richelieu, ministro. — Razones que alega respecto de su aprecio á los Jesuitas. — La universidad de Paris se muestra celosa de los Jesuitas. — El P. Coton, provincial. — Política de Richelieu. — Acusacion contra los Padres. — El cardenal Barberini, legado en Francia, y el P. Eudemon Juan. — Mateo Molé y Servin. — El P. Keller, autor de varios folletos contra Richelieu. — Eudemon Juan y el P. Garasse son acusados. — *Mysteria politica et admonitio ad regem.* — Condenacion de estas obras. — — Santarelli y el Parlamento. — Muerte de Luis Servin. — Omer Jalon ataca á los Jesuitas. — Toma su defensa Mateo Molé. — Son citados á la barra. — El P. Coton y el primer Presidente. — Calma Richelieu la tempestad que ha suscitado. — Muerte del P. Coton. — Carta del P. Suffren al General de la Compañía. — Empadronamiento de los estudiantes de la provincia de Paris. — Richelieu y los Jesuitas. — La ciudad de Paris y el preboste de los comerciantes ponen la primera piedra del colegio de los Jesuitas. — Cólera de la universidad. — Contestacion del preboste y de los regidores. — Guerra de las universidades del reino contra la Compañía. — Memoria del P. Garasse. — Richelieu y el P. Teófilo Raynaud. — El P. Suffren sigue á la reina madre en su destierro. — Elogio de Suffren, por el abate Gregorio. — El duque de Montmorency es condenado á muerte: llama al P. Arnoux. — Cinq-Mars y De Thou. — La corte y los confesores del Rey. — Luis XIII y Richelieu. — El Padre Caussin y la alianza con los protestantes de Alemania. — La señorita de Lafayette y los Jesuitas. — El P. Caussin desterrado por Richelieu. — La *Gaceta de Francia* calumnia al Jesuita. — El P. Bagot, confesor del Rey, se retira de la corte. — El P. Sirmond. — Carácter de Richelieu. — Prepara una revolucion. — Aspira al patriarcado. — Trata de reunir un concilio. — Secúndale el P. Rabardeau. — Muerte del Ministro. — Muerte de Luis XIII. — El P. Dinet. — El gran Condé en Rocroi. — El mariscal de Rantzaw abjura el protestantismo en manos de los Jesuitas. — Grandes fundaciones y grandes hombres. — Asócianse los Jesuitas á todas estas obras. — Apostasía del P. Jarrige. — Su libro de los *Jesuitas en el cadalso,* y su retractacion. — Lo que es un confesor de un rey. — Carlos IV, duque de Lorena y los Jesuitas. — Francisco de Gournay y Carlos de Harcourt en el noviciado de Nancy. — El P. Cheminot aprueba la bigamia del duque de Lorena. — Se pone en lucha con la Compañía. — Amenazas del Duque. — Obstinacion del Jesuita. — Cheminot excomulgado. — Carta del P. Toccius Gerard al General. — Arrepentimiento de Cheminot.

Graves y serios acontecimientos se consumaban en el Norte de Europa en los que se hallaban mezclados los Jesuitas, ora triunfantes, ora perseguidos. En la misma época la justicia del pueblo y el favor de la corte les permitian en Francia hacer frente á las agresiones y tomar la ofensiva. Las guerras de religion no iban á ser ya mas que un ligero recuerdo, porque libertada ya la Francia por Enrique IV de ese cáncer funesto, se creaba la influencia que España habia conquistado bajo el reinado de Felipe II. Solo la restaba apaciguar algunos descontentos parciales, y contrarestar los esfuerzos de las grandes familias calvinistas que soñaban en federalizar el reino, dividiéndole en ocho círculos republicanos, cuyas porciones se repartian ya en sus ensueños. Los Protestantes, siempre rebeldes y contumaces, se habian armado en las márgenes del Loira, en el Poitou, en el Mediodia y en el Bearn; pero habiéndose puesto el Monarca á la cabeza de sus tropas, dispersó á los rebeldes. Era preciso dar á los bearneses una prueba de fuerza moral; porque aunque es verdad que Enrique IV, su compatriota, habia logrado establecer en esta provincia á los Jesuitas, tambien lo es que aprovechándose de las faltas cometidas durante la regencia de María de Médicis, y atrincherados los bearneses en sus montañas, habian siempre rehusado admitirlos en su territorio. «Bueno es advertir, dice el presidente Gramond «en su *Historia de las guerras de Luis XIII* [1], cuán profundo es el «odio de los herejes contra los Jesuitas, sugetos de costumbres «irreprensibles, á quienes seria difícil referir todo lo que les de«be la Francia victoriosa durante esta guerra.» Después de haber incorporado el Rey á la corona el territorio de Bearn, por un decreto expedido en 1620 restableció en él el culto católico. Este necesitaba misioneros, y echó mano de los Jesuitas que le habian seguido en los campamentos, y que, segun la expresion del citado Presidente, habian animado á los soldados en las trincheras de San Juan de Angely; y no le salieron fallidas sus esperanzas.

Luis XIII, príncipe jóven todavía, y cuyas cualidades, lo mismo que sus defectos, para nadie eran un secreto, habia heredado de su padre una parte del valor y su afecto á la Religion; pero tímido en el trono, y agobiado su corazon bajo el peso de incesantes melancolías, solo aspiraba á dejarse gobernar. Así es que

[1] *Historia prostratae à Ludovico XIII sectariorum in Gallia religionis*, libro II, cap. 2.

empezaba el reinado de los favoritos: los nombres del condestable de Luynes, del duque de San Simon y Cinq-Mars se hacian históricos solo por la amistad con que los honraba el hijo de Enrique: los Jesuitas no se granjearon una posicion menos elevada, disfrutando del favor del Monarca, y dirigiendo su conciencia.

Hacia ya largo tiempo que ansiaba el P. Coton volver á comunicar á su alma una nueva energía en la soledad, y accediendo el Rey á sus deseos, fue llamado el P. Arnoux en 1617 para desempeñar el cargo de confesor. «Este Jesuita, dice el abate Gre«gorio [1], sucesor de Coton, era hábil controversista y gran pre«dicador como aquel.» Habiendo atacado la profesion de fe de los Calvinistas, en un sermon predicado en Fontainebleau en presencia del Rey, Dumoulin y Metretat; reunidos á otros dos ministros, publicaron en seguida la defensa de la citada profesion de fe, que después fue refutada por varios escritores católicos, entre los que se contaba el obispo de Luzon, poco después cardenal de Richelieu. Como el motivo de esta polémica habia sido el sermon del P. Arnoux, el partido protestante le juró aquel odio eterno del que pasó á ser órgano Elías Benito en su *Historia del edicto de Nantes,* donde á falta de pruebas acumuló sobre su cabeza invectivas y acusaciones, refutadas ya completamente por el P. Mirasson, barnabita, en su *Historia de las revueltas del Bearn.*

En el sentir de este sacerdote, cuyo nombre se ha hecho célebre en los anales de la revolucion francesa, el P. Arnoux pasó á ser el blanco de la cólera de los Protestantes, por haber suscitado al pié del trono una controversia, que los Calvinistas sostenian á sangre y fuego. Y como aborrecer á un individuo de la Compañía de Jesús era lo mismo que odiar á la Órden entera; al constituirse los Protestantes en campeones del libre exámen, rechazaban con toda la fuerza de su raciocinio, y hasta con desden, las tradiciones y doctrinas del catolicismo, sin que fuese permitido combatir sus principios. El Jesuita no supo transigir con ellos, sino que en un tiempo en que los furores religiosos fermentaban en todos los ánimos, supo hacer distincion entre la tolerancia y el deber. Los sectarios, á quienes verémos bien pronto levantar el estandarte de la revolucion, exigian la expulsion de los Jesuitas;

[1] *Historia de los confesores de los emperadores y reyes,* por Gregorio, página 332.

al paso que estos, que no experimentaban en presencia de sus enemigos unos de esos terrores que el destierro hubiera podido únicamente calmar, se ostentaban mas confiados en la justicia de su causa, y mas humanos en su proselitismo. «El odio de los re«formados contra Arnoux, añade el obispo constitucional de «Blois (ibid.), era tanto mas injusto, cuanto que en otro sermon «predicado por él, habia recordado á Luis XIII que les debia pro«teccion como á los demás súbditos, conviniendo todos los histo«riadores en que constantemente inspiraba al Monarca sentimien«tos de moderacion con respecto á ellos.» Arnoux, confesor del Rey, era tolerante; pero no carecia de valor y energía, cuando desde la cátedra del Espíritu Santo inculcaba á su regio penitente esas grandes lecciones, que solo puede autorizar la santa libertad de un sacerdote.

Divididos hijo y madre en 1619 á consecuencia de varias intrigas políticas, habíala confinado Luis XIII al castillo de Blois, de donde la sacó el duque de Epernon para conducirla á Angulema; conducta que dió motivo á rumores siniestros. Decíase que mal aconsejado el Rey por sus jóvenes favoritos, pretendia quizás hallar en una guerra parricida el reposo de que le privaban las quejas de María de Médicis. Alarmado Arnoux por la noticia de este crímen improbable, cuya sola idea consternaba á la Francia, y conociendo que le era indispensable desempeñar un deber imperioso, se atrevió á decir, predicando un dia en presencia de la corte: «No se puede creer que un príncipe religioso saque la «espada para derramar la sangre de la persona que le dió el ser: «vos no permitiréis, Señor, que haya yo anticipado una impos«tura en la cátedra de la verdad; y por lo mismo os conjuro por «las entrañas de Jesucristo, que no presteis oidos á los consejos «violentos, ni deis ese escándalo á la cristiandad.»

Esta audacia heróica, segun Voltaire, produjo resultados felices: pues llamado el Rey á su propio corazon por un hombre cuyo carácter veneraba, comprendió que su dignidad no le dispensaba de honrar á la que le habia llevado en su seno. Nada hasta entonces habia podido calmar la irritacion de su ánimo; mas las palabras del Jesuita bastaron para preparar la tan deseada concordia. Sin embargo, un hombre tan arriesgado en el cumplimiento de su deber no podia menos de ser un antagonista de todas las adulaciones: el condestable Luynes se declaró adversario su-

yo, y dos años despues aceptó el P. Seguiran unas funciones que parecian hereditarias en la Compañía de Jesús. Mas si el primero habia sido acusado de intolerancia, su sucesor fue tachado de orgullo; apenas habia tomado posesion de su empleo, cuando dijeron que trataba de establecer una etiqueta particular en favor de los Jesuitas confesores del Rey, y que sus pretensiones no tendian á menos que á conquistarse la presidencia sobre los obispos y príncipes de la Iglesia. Los cardenales de La-Rochefoucauld y Richelieu, demasiado interesados en la cuestion para dejar de profundizarla, manifestaron que semejante rumor era una calumnia; mas en medio de las intrigas de que era teatro en 1621 la corte de Luis XIII, se ponian en juego tantos amaños secretos contra los Padres, que por mas que la declaracion de ambos prelados no dejaba lugar á la duda ni al error, sobrevivió sin embargo la impostura. El P. Arnoux habia caido en desgracia, por haber tenido la suficiente energía para abrazar el partido de María de Médicis proscrita; y el 20 de diciembre de 1625 sucumbió Seguiran, por haber desagradado á esta Princesa reconciliada ya con su hijo; quien, á instancia de los cardenales citados, eligió para director de su conciencia al P. Juan Suffren, confesor de la Reina madre hacia ya catorce años.

En este momento empieza á fijarse la política incierta del gabinete francés. Elevado Richelieu al poder, se ha visto precisado á luchar contra todos los obstáculos: ha logrado vencer la repugnancia del Soberano; se ha formado un pedestal de María de Médicis, y aun se ha arrastrado quizás para sobreponerse al trono; pero ahora, que ha pasado á ser rey, va á gobernar por su voluntad de hierro y por su genio, que sabrá arrostrar las dificultades, ó triunfar de ellas á fuerza de perseverancia. Richelieu conoce á fondo el carácter francés, y amante de todas las glorias, va á presentarse en la escena como poeta, soldado, teólogo, administrador, obispo y hombre del mundo. Sin otro afecto que el que le inspiran sus cálculos, va á constituirse en defensor de los Jesuitas, porque conoce que ellos solos podrán hacer frente á la herejía; ámalos por lo mismo que los odian los Protestantes; de modo, que cuando los ministros de Charenton reclamaron la abolicion de la Órden de Jesús en Europa, este hombre de Estado dió á los Católicos una leccion, que jamás hubieran debido perder de vista. «Es tan grande la bondad divina, decia dirigiéndo-

«se á los Calvinistas [1], que regularmente convierte en bien todo «el mal que se trata de hacer á los suyos. Pensais perjudicar á «los Jesuitas, y les haceis por el contrario un servicio inmenso, «puesto que no hay un solo sugeto que ignore la gran gloria que «les resulta de ser vituperados por los mismos labios que acusan «á la Iglesia, calumnian á los Santos, injurian á Jesucristo, é in«culpan á la Divinidad. La misma experiencia nos enseña que la «impostura es para ellos una ventaja, porque á mas de las con«sideraciones que les merecen el aprecio de todo el mundo, los «estiman muchos particularmente por lo mismo que vosotros los «detestais.»

Richelieu solo aspiraba á formar causa comun con los Jesuitas: era demasiado perspicaz para no apreciar su sagacidad, al paso que demasiado justo para no tenerles en cuenta las animosidades y odios de que los veia hechos el blanco; pero si el obispo habia sabido defenderlos con tanto vigor, el ministro de Estado se creia con derecho á esperar que le secundarian en sus planes políticos. El Parlamento y la universidad sabian que el Cardenal se irritaba fácilmente cuando veia ajado su amor propio, y no siéndoles posible atacar de frente á la Compañía de Jesús, dejaron á cargo del ministro la satisfaccion de su propia venganza. Acababa la universidad de experimentar cierto contratiempo que habia renovado sus cuitas. Enrique de Borbon, discípulo de los Jesuitas, quiso, al hacer su acto público de teología, luego de su promocion al obispado de Metz, tributar á sus maestros una prueba de gratitud, eligiendo su colegio para sufrir el exámen; y aunque trataron estos de comprometerle á dispensar este honor á la Sorbona, segun afirman los antiguos manuscritos del tiempo, no pudieron jamás retraerle de su propósito. Luis XIII, que profesaba una amistad sincera al hijo de Enrique IV y de la marquesa de Verneuil, se decidió á honrar con su presencia esta tesis, y acompañado de toda la corte, se presentó en el colegio de la Compañía: esto solo bastaba para suscitar las rivalidades y encono de la universidad.

En esto, llegó de Roma el P. Coton, nombrado provincial de Francia; quien desde luego empezó á encontrarse en una posicion excepcional. Habia visto crecer en derredor suyo aquellos

[1] *Defensa de los principales puntos de la fe católica contra los cuatro ministros de Charenton*, cap. 9, pág. 190. (Chalons 1683).

jóvenes ambiciosos que se disputaban el favor del Monarca; honrábale Richelieu con su amistad, al paso que el condestable de Lesdiguières, que en 1622 habia abjurado el calvinismo; y Sully en su retiro le acogia como un recuerdo del buen Rey : era como un lazo que unia el pasado al presente. Apenas de regreso entre sus hermanos de quienes era jefe, trató Coton de rechazar los ataques. Cuanto salia de la pluma de los Jesuitas era en el mismo instante acriminado: la universidad los acusaba de monopolizadores de la educacion; los Calvinistas los tachaban de avaros y atesoradores: pero tratando el Jesuita de defender á su Órden, dirigió una carta al Monarca, en la que se lee: «Los enemi-«gos de la Iglesia y del Rey quisieron hacer creer al dicho difunto «Rey, nuestro padre, que nuestra Compañía era tan rica que na-«daba en beneficios; por cuya razon me ví precisado á presentar «una estadística de todas nuestras posesiones al señor de Bellièvre, «canciller del reino á la sazon, al señor de Sully, superintendente «general de rentas, y á los señores secretarios de Estado, hacién-«doles ver lo mismo que ahora pretendo, que no llega á doscientos «francos lo que cada uno de nosotros tenemos, comprendiendo en «ellos la subsistencia, el vestido, la biblioteca, sacristía, edificios, «procesos, viáticos y demás gastos, tanto comunes como particu-«lares; y pudiéramos nombrar varios eclesiásticos franceses, el «menor de los cuales posee por sí solo mas beneficios que todos «nosotros juntos, como ya fue probado entonces, y como estamos «prontos á probarlo en cualquiera ocasion que V. M. lo desee.»

Una nueva tempestad rugia sobre sus cabezas, cuyos primeros chispazos habia hecho estallar un sacerdote de Dieppe. Este eclesiástico acusó al P. Ambrosio Guyot de conspirar con los españoles contra el Rey y el Cardenal, con motivo de la guerra de la Valtelina. Richelieu trataba al mismo tiempo de la prosecucion de dos planes: el exterminio del calvinismo en Francia, y el abatimiento de la casa de Austria en Europa. Esta política no era por cierto hija de una idea caballeresca; no entraba en sus proyectos el vengar la derrota de Pavía y la cautividad de Francisco I: sus planes miraban mal al presente. En el interior se mostraba inexorable con los Hugonotes, mientras en el exterior alentaba su espíritu de revolucion, asalariaba á sus jefes, y hacia causa comun con ellos. Los Católicos, para quienes venia á ser un enigma la clave de esta doble diplomacia, después de extrañarla en alto gra-

do, acusaron al P. Guyot como fautor de los extranjeros. El delator confesó mas adelante, y en el momento en que expiaba en el patíbulo su crímen de traicion, que el Jesuita estaba inocente; mas no por esto desvaneció la sospecha en el corazon del ministro. El Parlamento vió una ocasion propicia, y trató de aprovecharla.

En esto, envió Urbano VIII á Paris al cardenal Barberini, en calidad de legado apostólico, pasando tambien agregado á la legacía en clase de teólogo y consejero el P. Eudemon Juan, cuyo nombre y escritos habian resonado tantas veces en la polémica [1]. Apenas hubo llegado, cuando corrió la voz de que este Jesuita tenia pocas simpatías por el reino de san Luis; y luego que este rumor hubo adquirido alguna consistencia, el abogado general Servin, que sabia que Richelieu no lo desmentiria, acusa al Jesuita como autor de varios escritos sediciosos, y después de proponer en pleno parlamento la violacion del derecho de gentes y del de embajadores, se atrevió á proponer contra él un arresto personal. Irritado el procurador general Mateo Molé, al escuchar las amargas expresiones de Servin, impuso silencio al orador judicial con tono imperativo. Molé, á mas de hallarse estrechamente ligado por los vínculos de la amistad al P. Coton, habia podido seguir la huella de los Jesuitas, estudiándolos en todas las situaciones, y manifestándoles un afecto fundado en la valuacion de su mérito (porque este magistrado, haciéndose superior á las animosidades, solo buscaba la justicia de las inspiraciones de su conciencia).

Apenas calmada, pues, por su influjo esta tormenta, cuando la conducta del P. Keller, Jesuita aleman, suscitó otra nueva. Convencido este Padre de que los católicos de Alemania habian pasado á ser víctimas de la política del Cardenal, y sabiendo que aquellos eran acreedores á que les dijese la verdad, usó del derecho que asiste á todo hombre; y después de censurar, segun el punto de vista de su nacion, la direccion que el ministro de Luis XIII imprimia á los negocios, publicó á fines de 1625 los *Mysteria politica, y* su *Admonitio ad Regem Christianissimum.* Era mas peligroso ofender al Ministro que al Monarca; y como estas dos obras ponian al descubierto el fondo de la idea del Cardenal, al paso ajaban su orgullo, y amenazaban derrocar su poder mal ase-

[1] Andrés Eudemon Juan era natural de Gandía.

gurado aun: á pesar de haberse dado á luz bajo el velo del anónimo, la universidad y el Parlamento no tardaron en vislumbrar la mano de un Jesuita. Y no les costó gran dificultad el adivinarlo: el P. Eudemon Juan era á la sazon el blanco de sus tiros; nadie mas que él podia ser el autor de semejantes escritos, que solo tenian de malo el haber ocultado la verdad bajo la máscara del anónimo: el Jesuita trató de sincerarse, negando ser obra suya aquellos folletos; pero pasando en seguida á inculpar á otros colegas de aquel, recayeron las sospechas en los PP. Garasse y Scribani, provincial de Flandes.

Tenia el primero de los mencionados Padres demasiada verbosidad y mal gusto, demasiada conviccion religiosa y aspereza, para producir aquellos libelos; pero en medio de su licencia para lanzar invectivas y ridículas antítesis, este Jesuita, á quien los sarcasmos del jansenismo han entregado á la irrision pública, poseia un carácter probo y una ardiente caridad. Trató de sincerarse contra las inculpaciones de que era objeto, y tuvo la fortuna de encontrar en tres hombres elevados á la sazon al emporio de las grandezas por sus virtudes, valor militar y talentos, unos verdaderos amigos, que salieron garantes de su probidad. Esta triple amistad del cardenal de La-Rochefoucauld, del duque de Montmorency y Mateo Molé, es un título de gloria para el nombre de este sacerdote, que poseyó en un grado eminente las cualidades y defectos de los escritores de su tiempo, y que algunos años después (el de 1634) murió en Poitiers, víctima de su caridad en favor de los apestados. Visto por Richelieu que el autor presunto de la obra se hallaba á cubierto de la égida de los citados personajes, quiso al menos hacer recaer su cólera sobre aquella; y como el Parlamento y la universidad estaban á sus órdenes, no tardaron en condenarla por unanimidad. La asamblea del clero fulminó contra ella una sentencia análoga.

Esta venganza no bastaba para calmar el encono del Cardenal, como ni el de las dos mencionadas corporaciones, y habiendo sido conocido en Paris el 20 de enero de 1626, pocos dias después de promulgarse el decreto contra los *Mysteria* y la *Admonitio*, el tratado del Jesuita Santarelli [1], después de examinarle el doctor

[1] Dióse á luz esta obra en Roma bajo el epígrafe: *De Haeresi, schismate, apostasia, sollicitatione in sacramento Poenitentiae, et de potestate summi Pontificis in his delictis puniendis.*

tor de la Sorbona, Filesac, y el abogado general, Servin, hallaron en los capítulos 30 y 31, abundante materia para una acusacion. Santarelli establecia los principios ultramontanos, los desarrollaba en Roma, y sin curarse demasiado del eco que iban á producir sus doctrinas, al discutir sobre unas materias que debian aun hacer mas arduas las mismas desconfianzas de la política, sostenia en su obra la potestad pontifical en toda su pureza primitiva, atribuyendo al Papa el derecho de castigar á los príncipes, y aun extendiendo esta misma autoridad hasta dispensar á los súbditos, habiendo un motivo justo, del juramento de fidelidad.

La autoridad de la Santa Sede en lo temporal habia sido frecuentemente una ventura y un beneficio para los pueblos; pero habiendo prevalecido en la Iglesia galicana una nueva jurisprudencia, este tratado que mereciera la aprobacion de la curia romana y del General de la Compañía, debia suscitar en Francia, como en las otras cortes extranjeras, vigorosos contradictores. Esforzábanse los reyes por emanciparse de la tutela de la Silla apostólica, y no sabian que se lanzaban en manos de otra, que no tendria ni la justicia, ni el sentimiento paternal de la primera. Los príncipes creian bastante fuerte la soberanía para marchar por fin sin andadores ni obstáculos, y expiaron cruelmente este su error. Ignoraban entonces que manumitiéndose del yugo pontificio, vendrian á caer bajo la férula de las masas. El Jesuita no habia tratado de guardar esas consideraciones que Roma sabe emplear con tanto arte: expresábase sin reticencias, y como si su obra no debiese jamás atravesar los Alpes; resultando de aquí; que, ora fuese errónea ó verdadera, suministró esta doctrina un pretexto á los adversarios de la Compañía, principalmente á Servin, que la tomó por su cuenta, y á fin de dar mas realce á su manifestacion galicana, la difirió hasta el 6 de mayo de 1626, dia en que el Monarca debia ocupar su solio en el Parlamento. Llegado este dia, tomó Servin la palabra, pero en el momento en que iba á lanzarse con toda su vehemencia contra los principios del ultramontanismo, y á blandir la espada parlamentaria contra la Compañía de Jesús, responsable á sus ojos de la obra de Santarelli, cayó á los piés de Molé asaltado de un accidente de apoplejía que no le dió tiempo mas que para invocar en una suprema plegaria al que juzga á los jueces de la tierra.

Esta muerte tan rápida no paralizó, sin embargo, el proceso entablado por Servin, antes bien reemplazado en el mismo instante por el magistrado Omer Jalon, usó este de la palabra con tal calor, y adujo tales datos, que los Jesuitas echaron de menos á su antecesor. Si Servin los habia perseguido con tanta acrimonia que mas bien parecia una lucha de amor propio que un asunto de equidad, consistia en que este magistrado se habia declarado enemigo suyo en todo tiempo; pero Jalon tenia para con ellos una deuda de gratitud, y sin embargo, á pesar de hallarse dotado de un ánimo mas sereno que el que abrigaba su predecesor, secundó con toda la fuerza de su elocuencia los planes de Richelieu, que se habia propuesto ver humillado el poder de los Jesuitas ante su autoridad.

Pasando secretamente el presidente Lamoignon el 13 de marzo á la casa profesa, participó al P. Coton que Santarelli habia sido condenado, y que el Parlamento pensaba pronunciar al dia siguiente una sentencia de destierro, confundiendo así á todos los Jesuitas franceses en una acusacion intentada contra una obra italiana. El Cardenal se habia hecho de la opinion de aquel cuerpo juicial, y era ya sabido que un deseo de Richelieu tenia fuerza de ley. Mateo Molé no temió, sin embargo, incurrir en su cólera, y presentándose delante del Monarca, le recordó en términos enérgicos sus deberes, y los servicios que la Órden de Jesús habia prestado al mundo, al catolicismo y á la Francia, declarando en alta voz que jamás pasaria á sancionar una iniquidad semejante. El Rey, que no tenia otra voluntad ni otras inspiraciones que las que le dictaba el Cardenal ministro, escuchó con frialdad las palabras de Molé; y la obra de Santarelli fue quemada en la plaza de Grève por mano del verdugo, pasando en seguida á discutir la cuestion del destierro. Algunos miembros del Parlamento de los mas exaltados trataron de prohibir en aquel mismo instante á los Jesuitas el púlpito y confesonario, cuando levantándose Deslandes, decano de los consejeros, exclamó: «¿En qué pensamos? «¿Hemos de prohibir al Rey y á la Reina madre que se confiesen «con el P. Suffren y que les nombremos otro director?»

Estas palabras bastaron á calmar la efervescencia: decidióse á continuacion que el Parlamento escucharia en su tribunal al Padre Provincial y á los superiores de los Jesuitas; y habiendo comparecido los PP. Coton, Filleau, Brossald y Armand ante el

primer presidente Verdun, les ordenó firmar después de un prolongado interrogatorio los cuatro artículos cuyo tenor habian rechazado los Estados generales en 1614. Coton iba ya á morir; pero supliendo á su debilidad el peligro que amenazaba á su Órden, después de contestar á todas las preguntas, añadió en nombre de aquella, que firmaria todo cuanto firmase la Sorbona y la asamblea del clero. La proposicion de los Jesuitas nada tenia de nuevo, mas no por eso pareció menos embarazosa para el Parlamento.

Sin embargo, el mismo Richelieu que habia provocado la tormenta, el mismo la calmó: acababa de probar á los Jesuitas que sabia ser un enemigo implacable; y contento con esta victoria, no tardó en ofrecerles una compensacion. El P. Coton, que se hallaba herido de muerte, restándole únicamente cinco dias de vida, dió cuenta, en 14 de marzo de 1626, al General de la Compañía de su comparecencia en el tribunal. El Rey le habia acogido con frialdad el 15, y el 16 el Cardenal renunció á llevar las cosas mas adelante, dándose por bastante satisfecho con que los Jesuitas hubiesen aceptado la censura que la Sorbona y el clero acababan de adjudicar á la obra de Santarelli. El 18 de marzo entró un ujier en el aposento del P. Coton, que se hallaba en la agonía, á comunicarle la sentencia del Parlamento. El Jesuita escuchó su lectura hasta el fin, y cuando estuvo terminada, murmuró estas palabras: «¡Con qué al fin es preciso que muera como un cri«minal de lesa majestad y como perturbador del reposo público, «después de haber servido durante el período de treinta años á «dos soberanos de Francia con la mas acrisolada fidelidad!» Coton espiró al dia siguiente... Esta muerte cambió en el momento el curso de las ideas, verificándose una completa reaccion. Queriendo honrar á este Jesuita, cuyos últimos momentos habian sido turbados por una lucha jurídica, el arzobispo de Paris pronunció la absolucion pontifical sobre sus mortales restos, y el mismo Richelieu fué á orar sobre aquel lecho mortuorio que habia preparado con su encono.

La facultad de Paris se ocupó en 1.º de abril en redactar las decisiones sorbónicas que los Jesuitas se habian comprometido á adoptar, mas no sin que en el seno mismo de aquella corporacion se originasen dificultades de mas de una especie. Los doctores Du Val, Poulet, Mauclert, Reverdi é Isambert se oponian con pleno

teson á cuanto, ya en las palabras, como en la idea, tuviese una apariencia de hostil á los verdaderos derechos de la Santa Sede, así como al respeto que se la debia. La discusion amenazaba eternizarse, y vino á parar en un compromiso; por lo que el 29 de marzo de 1627 el Rey decretó en su Consejo, que á fin de terminar estas controversias dejase á su cargo el nombramiento de los cardenales y obispos que deberian juzgar «en qué términos ha- «bria de ser concebida la censura de la *detestable* y *perniciosa* doc- «trina contenida en la obra de Santarelli, para que en su vis- «ta S. M. mandase lo que fuese mas conforme á justicia.»

Antes de la publicacion de este decreto, tomando el P. Suffren la iniciativa y dirigiéndose al General de la Órden, escribió á este mismo jefe con fecha del 6 de mayo de 1616 lo siguiente: «Yo «me esforzaré en demostrar, como he procurado hacerlo hasta el «dia, que al aprobar V. R. la obra de Santarelli ha obrado co- «mo podia y debia en semejante materia, y que no se debe acu- «sar y condenar á nuestros Padres de Francia, porque un Padre «italiano haya dado á luz un libro compuesto sin dañada inten- «cion, aunque quizás escrito con ligereza, y sin bastante consi- «deracion y prudencia. No hay duda que si se consulta la razon, «nada puede decirse con mas justicia; pero en esta infortunada «época no es tanto la razon como las pasiones las que dirigen á «los hombres. Tenemos muchos enemigos declarados, al paso que «son pocos los amigos que tengan el suficiente valor para abra- «zar nuestra defensa; y mientras que nadie repara en los nume- «rosos servicios públicos ó privados que hemos prestado y esta- «mos prestando al reino, todo el mundo se conjura en alta voz «contra la menor falta que se descubra en uno de los nuestros.»

Una vez satisfecho Richelieu, trató de hacer olvidar á los Jesuitas los sinsabores que les habia ocasionado, y sirviéndose de ellos como de los mas diestros auxiliares para desarrollar sus planes de engrandecimiento nacional, así como para reconducir á la unidad á los franceses que se habian separado de ella, los empleó en las misiones. Los Jesuitas no podian, sin embargo, bastar á todo. Viendo madama de Gondi, protectora de Vicente de Paul, que en la primera mision que habia hecho este último habia tenido por colaboradores al rector del colegio de Amiens y al P. Fourché, y presagiando, por este feliz ensayo de la amalgama de un santo con un gran Instituto, las maravillas que la fe

podria realizar, aun concibió la idea de dotar á sus posesiones con una mision quinquenal, hipotecándola una renta de mil sesiscientas libras, y encargando á Vicente la comision de buscar una congregacion que aceptase el legado. Dirigióse Vicente de Paul en 1617 al P. Charlet, provincial de los Jesuitas, quien después de consultar al General de la Compañía, rehusó el donativo; y habiendo hecho lo mismo los Padres del Oratorio, este grande hombre, cuyo celo crecia con las dificultades, viendo que los Jesuitas ni los Padres de san Felipe Neri ya no podian secundarle, reune varios sacerdotes seglares, les inspira su poderosa caridad, y de la doble negativa tuvo orígen la congregacion de los Lazaristas, que tan inmensos servicios ha prestado y presta á la religion católica.

Durante estos años que dan principio al ministerio del Cardenal, habian visto los Jesuitas introducirse en sus colegios la turbacion y el desórden, al paso que las amenazas de la universidad y del Parlamento habian alejado de ellos á un gran número de discípulos; sin embargo, si se ha de creer á las listas enviadas á Roma á fines de 1627, el número de los jóvenes á quienes instruian los Padres en solo la provincia de Paris, asciende al de trece mil ciento noventa y cinco [1]; contábanse en Francia cinco provincias de la Órden además de la de Paris, á saber: las de Lyon, Tolosa, Guiena, Champaña y Lorena, de las que cada una contaba tantos alumnos como la primera, y cuyo número se acrecentó aun mas cuando Richelieu permitió á Luis XIII que favoreciese á los Jesuitas. El 7 de marzo de 1627, después de sellar el Monarca su reconciliacion con los Padres, fué, acompañado de su ministro, á poner la primera piedra de la iglesia de la casa profesa, calle de San Antonio; pero si aquel cooperaba con sus beneficios y prodigalidades á la construccion del establecimiento, Richelieu no se mostró menos espléndido. Concluida ya la obra, asistió el Monarca en 9 de mayo de 1641, acompañado de toda la corte, á la misa solemne que celebró el Cardenal, rodeado de una pompa regia y de una multitud de prelados y superiores. En aquel tiempo en que nadie se avergonzaba de las prácticas de su religion,

[1] Este total está repartido de esta manera en el catálogo: colegio de Clermont, en Paris, 1827; La Flecha, 1350; Bourges, 713; Ruan, 1968; Rennes, 1484; Caen, 940; Nevers, 381; Amiens, 1430; Moulins, 400; Orleans, 412; Eu, 440; Blois, 239; Quimper, 950; Alenzon, 370.

si bien los intereses, las pasiones ó los placeres arrastraban á los hombres por sendas poco cristianas; cuando importaba dar al mundo un ejemplo de fe, y al Ser supremo un testimonio de adoracion, todos los intereses, todas las pasiones y todos los placeres daban lugar á la piedad. El Rey, la Reina, los duques de Orleans, de Enghien, Conti, Nemours, Chevreuse, Monthazon, Ventadour, Uzes, y Luynes, los mariscales de Brezé, Saint-Luc y La Meilleraye, el canciller Seguier y el superintendente de Hacienda Bouthillier, así como tambien los cuatro secretarios de Estado, se acercaron á la sagrada mesa y recibieron la comunion. Pocos meses despues, otra ceremonia profana reunió á los Jesuitas y al ministro omnipotente, y á los grandes del reino. Acababa el año escolar de 1641, y como donde se hallaba Richelieu era preciso ostentar toda la poesía del teatro y el heroismo de la escena, los Jesuitas, que habian inventado este nuevo resorte de emulacion, mandaron á sus discípulos representar una comedia. Entre los jóvenes actores se contaba Armando de Borbon, príncipe de Conti, y el príncipe de Saboya-Nemours, quienes se mezclaban en las diversiones de sus condiscípulos, despues de haber compartido con ellos sus estudios. De esta manera, por medio de una educacion nacional, confundian los Padres á todas las clases de la sociedad, y enseñaban á los hijos de los príncipes á confundirse con los hijos del pueblo.

La corte favorecia á los discípulos de Ignacio, y la ciudad, que no queria quedarse atrás, se preparaba á reedificarles su colegio de Clermont, mientras que el preboste de los comerciantes, en union de los regidores de la capital, que se habian declarado sus protectores, les adjudicaron diez mil libras para proveer á los gastos de la casa. Hicieron mas todavía; colocaron con gran pompa la primera piedra del establecimiento. Este favor despertó los celos de los universitarios, quienes reuniéndose el 9 de agosto de 1628, pasaron al ayuntamiento quejándose de la prodigalidad que habian ejercido los magistrados, añadiendo [1]: «Los Jesuitas «abusarán de este beneficio para hacer creer á la posteridad que «su colegio, á cuya fundacion se ha opuesto esta ciudad desde «el año de 1564, está ahora autorizado por unanimidad de la «misma, y aun construido y fundado á sus expensas.» Bailleul,

[1] D'Argentré, *Collect. jud.*, pág. 277.

preboste de los mercaderes, no se dejó intimidar por estas lamentaciones amenazadoras, y contestó que los ciudadanos de Paris habian tomado por modelo á su mismo Rey, y que no podian elegir otro mejor: la universidad se retiró avergonzada del papel que hacian representar á su apasionada rivalidad, y trató de llevar la querella á otro terreno.

En el momento en que el Cardenal habia creido, conforme á sus intereses, deber revolver la antigua palanca de los celos doctorales, no contento con armar á la Sorbona, habia incitado á las demás facultades del reino, que no tardaron en contestar á su llamamiento. El colegio de Tournon, creado por el cardenal de este nombre, habia sido transformado en universidad, á instancia de sus herederos: la Santa Sede y el Monarca francés habian sancionado tambien este proyecto en 1622, y el parlamento de Tolosa habia confirmado los privilegios que se le otorgaron; pero habiendo infirmado su sentencia el parlamento de Languedoc, y habiendo abocado la causa el Consejo privado del Rey, las universidades de Burdeos, Reims, Poitiers, Caen, Orleans, Bourges, Angers y Aix, hicieron causa comun con las de Valencia, Cahors y Tolosa, y lanzaron, como su hermana la de Paris, el grito de alarma, presintiendo que si los Jesuitas disfrutaban, aun cuando no fuese mas que en un rincon del Vivarés, el derecho de conceder los grados literarios, acudirian todos los jóvenes á recibirse á Tournon. La guerra era mas encarnizada: comprendiendo los hijos de Loyola que seria prudente aplazar una idea que suscitaba tales adversarios, desistieron en una memoria dirigida á la Sorbona. Dicha memoria, escrita por el P. Garasse, termina de esta suerte: «Si solo se tratase de sufrir en particular, «besaríamos las huellas del rector, y haríamos como san Igna-«cio, el gran mártir de Antioquía; acariciaríamos á los osos y «leones que nos persiguen. Pero tratándose de una corporacion «infamada y vilipendiada; tratándose de un asunto, que en vez «de hacer de nosotros unos mártires como á san Ignacio, nos «entregaria á la execracion pública y universal, permitidnos al «menos que nos queden cuatro cosas que nadie tiene derecho á «arrebatarnos sin injusticia, á saber: la pluma para defendernos, «la voz para quejarnos justamente, los pulmones para suspirar «con desahogo en nuestras cuitas, y nuestros votos para presentár-«selos devotamente á Dios en favor de nuestros perseguidores.»

Los Jesuitas desistian de unas pretensiones apoyadas en bulas y decretos del Pontífice y del Monarca, y se retiraban de la liza cuando no habia hecho mas que abrirse. No contenta la universidad de Paris con haber obtenido un triunfo sin combate, reasumió en sus escritos todas las imputaciones que los protestantes de Alemania, Inglaterra y Holanda habian lanzado contra los Padres, y no pudiendo parapetarse en los decretos del Parlamento, favorables siempre, recurrió al insulto calvinista. Mas como esto era ir mas allá de los deseos de Richelieu, á una señal del Cardenal-rey desapareció la universidad, acechando una ocasion de hacer revivir su odio. Entre los Jesuitas franceses, residentes á la sazon en Paris, habia uno llamado Teófilo Raynaud, natural de Solpello, en el condado de Niza, que, dotado de una memoria prodigiosa y de una imaginacion volcánica, se habia mezclado muchas veces, y aun contra la voluntad de su Órden, en las contiendas teológicas ó literarias de su época. Era amigo del Jesuita Monod, preso á la sazon por el Cardenal en el castillo de Montmelian [1]. Richelieu era el blanco de los sarcasmos y maldiciones de los escritores españoles y alemanes que continuaban vituperando sus alianzas con los Protestantes. Pone los ojos en el P. Teófilo, y le elige por estribo, digámoslo así, de sus venganzas. El estilo lleno de originalidad del Jesuita, su genio mordaz y su erudicion le parecieron otras tantas prendas del buen éxito. Teófilo se resistió á encargarse de semejante causa. Persiguióle sin mas el Cardenal en Saboya y en el condado Venesino; y el Jesuita, que no queria escribir en favor suyo, lo hizo en contrario. Pasados algunos años después de arrostrar la persecucion, y dar á Richelieu una prueba de su independencia, ofreció al mundo católico otra mas sublime de abnegacion. Habiendo vacado el obispado de Ginebra por muerte de Juan Francisco de Sales, hermano y sucesor del Santo de este nombre, la corte de Saboya, como tambien el senado y pueblo de Chambery, llamaron á esta silla á su sabio compatriota, á quien la cólera del Cardenal habia engrandecido;

[1] El P. Monod, de la Compañía de Jesús, habia nacido en Saboya por los años 1586. Siendo confesor de Cristina de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Víctor Amadeo I, fue enviado por este príncipe á la corte de Francia para continuar las negociaciones relativas al título de rey de Chipre; negociaciones á que se opuso Richelieu, castigando al Jesuita después de la muerte de Víctor por el celo que habia desplegado. Estuvo unido Monod por los vínculos de la amistad al P. Caussin y á la señorita de Lafayette.

mas el Jesuita rehusó desde luego los honores del episcopado [1].

Prescindiendo del encono que conservaba Richelieu contra los PP. Monod y Raynaud, habia hecho las paces con la Compañía de Jesús para declarar la guerra á su bienhechora. María de Médicis le habia dejado hacerse grande en su palacio, protegiéndole contra el Soberano; y en cambio Richelieu, árbitro de la Francia, trataba de sacrificarla á su ambicion. María de Médicis era intrigante, y abrigaba los caprichos y costumbres de una italiana; pero se hallaba dotada de los recursos de astucia que Maquiavelo habia comunicado á su familia. Esta política de moratoria y sagacidad no se atemperaba con el carácter lleno de decision del Cardenal, que solo abordaba las cuestiones para zanjarlas. La Reina madre le servia de obstáculo, y quiso cortarle. Esta desgraciada Princesa perdió en un solo dia todos sus amigos y cortesanos; encaminábase hácia un destierro perpetuo, é iba á morir en un suelo extranjero, sin lujo, sin consuelos, pobre y abandonada. Solo un Jesuita osó arrostrar la cólera del Ministro que imponia á un Monarca, y á un hijo, tan áspera condicion. El Padre Suffren se veia precisado á elegir entre las dos conciencias reales que dirigia; María de Médicis se hallaba sin apoyo, y como la caridad es su deber primero, su solo deber, renuncia á la amistad de Luis XIII, y como única gracia solicita del Soberano el honor de seguir á su infortunada madre. «Esperaba, «dice el abate Gregorio [2], que sus consejos calmarian la amargu- «ra de aquella mujer, é inocularian en su alma sentimientos mas «moderados. El Rey, que apreciaba á Suffren, consintió en se- «pararse de él. Este apreciable religioso murió en Flesinga, con

[1] Este Teófilo es el autor de los *Heteroclita spiritualia*, y de muchas otras obras, tan singulares por el título como por la eleccion del objeto; pero poseia virtudes mayores que sus talentos. Hé aquí cómo se expresa Baltasar de Monconys en su *Diario de viajes*, parte II, hablando del concienzudo desinterés del Jesuita. Después de referir la renuncia del obispado de Ginebra, de que le habló el prior de Jugeact, en Lyon, como testigo presencial, añade: «El men- «cionado prior era testigo de un acto de la mas heróica virtud; pues habiendo «recibido órden del cardenal de Sourdis y varios otros sugetos que ofreciese al «P. Teófilo, en tiempo de sus adversidades, algunos beneficios y 2000 libras «de renta afianzadas en Lyon, si queria únicamente emplear su pluma para es- «cribir en favor de ciertas doctrinas, contestó el Jesuita al mismo Mr. Jugeact, «besando su sotana: *Prefiero morir perseguido bajo este hábito, que vivir en la «opulencia, faltando á Dios en la fidelidad que le he prometido.*»

[2] *Historia de los confesores de los emperadores y reyes*, etc. pág. 339.

«gran sentimiento de la Reina, cuya conciencia habia dirigido por «espacio de treinta años.»

Mientras que María de Médicis, víctima del ascendiente del Cardenal ministro, marchaba en 1631 al destierro acompañada del P. Suffren; otro Jesuita, á quien Luis XIII habia honrado con su amistad, y que expiaba léjos de la corte la sabiduría de sus consejos, se veia llamado, con algunos meses de intervalo, por el duque de Montmorency para asistir en su agonía al descendiente de los primeros barones cristianos. Enrique de Montmorency, engañado por Gaston de Orleans, y fiado en su valor, habia levantado el estandarte de la rebelion contra Richelieu; pero hecho prisionero en el combate de Castelnaudary, fue condenado á muerte. Comprendiendo, aunque jóven, que no debia esperar conmiseracion de parte del Cardenal, como ni tampoco socorro de su miserable aliado, se resignó á su suerte; pero dispuesto á terminar sus dias como cristiano, y sabiendo que se hallaba en Tolosa el P. Arnoux, le llamó cerca de sí, para que preparase su entrada en la eternidad. En los dias de su ventura, el ilustre adversario de Richelieu no habia simpatizado con los Padres, y aun se habia opuesto á sus progresos; mas en su última hora, recordando únicamente sus virtudes y elocuencia, pidió como última gracia que le permitiesen confesarse con aquel Padre. El mariscal de Brezé fué de parte del Rey á abrirle las puertas de su calabozo, y el 30 de octubre de 1632, él y otros tres Jesuitas acompañaron la víctima hasta el patíbulo. Luego que hubo colocado la cabeza en el tajo: *Herid sin miedo,* dijo al verdugo el heredero de los condestables, y cayó su cabeza á los piés del Jesuita. Apenas hubo cumplido este triste deber, Arnoux fue llamado á la corte, donde al hallarse en presencia del Monarca, exclamó: «Señor, V. M. ha hecho un gran escarmiento con la «muerte del señor de Montmorency; pero Dios, por su infinita «misericordia, ha dado al cielo un gran santo.»

Diez años después espiraban en Lyon otros dos cómplices de Gaston de Orleans por haberse mezclado en una nueva conspiracion tramada por este Príncipe. Cinq-Mars y Francisco Augusto de Thou acababan de ser juzgados y condenados. Richelieu, en su agonía, ahogaba en la sangre de sus enemigos todo gérmen de agitacion intestina. Cinq-Mars, el favorito del Monarca, y de Thou, amigo del caballerizo mayor, aceptaron su sentencia con

valerosa resignacion; y como si quisiera este último reparar las injusticias parlamentarias del ilustre historiador su padre, deseó en este momento solemne caminar al suplicio apoyado en el brazo de un Jesuita. El P. Mambrun recogió sus prostimeros pensamientos y le siguió al patíbulo, mientras que el P. Malavalette enseñaba al insigne Cinq-Mars á mirar con ojos cristianos aquella muerte ignominiosa; porque do quiera que se ofrecia una expiacion, se sentia la víctima con mas vigor, poniendo sus últimos dias bajo el amparo de los discípulos de Loyola.

Diseminados los Jesuitas por las provincias, al paso que trabajaban por mostrarse dignos de la confianza del pueblo, evangelizaban en las campiñas, reconducian al gremio de la Iglesia á los que la herejía ó las pasiones habian separado de ella, formaban en el interior de sus colegios aquella brillante juventud que preludiaba el siglo de Luis XIV, popularizaban la aficion á las bellas letras, y abrian las inteligencias al culto de lo hermoso y de lo grande. No teniendo ya rivales á quienes temer en la enseñanza, ni antagonistas que combatir en los tribunales judiciarios, porque Richelieu habia reducido al silencio todas estas enemistades, y porque temblaban en su presencia como los príncipes y señores del reino, cuya cabeza y libertad estaban siempre á merced del Cardenal; podian los Jesuitas con desahogo entregarse á sus afanes literarios. La madre, la esposa y la hermana del Rey vivian en la desgracia; y los generales, los diplomáticos, los magistrados, y aun los obispos que no se prestaban á las miras del ministro, se consumian lentamente en la Bastilla ó en el destierro. El mismo Rey no se atrevia á levantar la voz para quejarse de la esclavitud en que se le tenia, esclavitud gloriosa, es verdad, porque restableció su vigor á la Francia. Solo un Jesuita supo arrostrar por deber la omnipotencia del Cardenal.

Era este el P. Nicolás Caussin. La historia de aquella época se reasume toda entera en la historia de la corte: todo se preparaba, todo se arreglaba en ella á voluntad de Richelieu, quien habia organizado con tanta destreza los pormenores de su gobierno, que todos y cada uno de los súbditos obedecian á su freno. El Jesuita, que en 1637 habia pasado á dirigir la conciencia de Luis XIII, tenia ciertas ideas respecto á las obligaciones inherentes á sus funciones que debian estar poco conformes con las del Cardenal. Estableciendo un paralelo entre los servicios de los cortesanos y los

de un confesor de reyes, y reasumiendo de este modo su pensamiento, escribia al General del Instituto, con fecha 7 de marzo de 1638: «El silencio en los cortesanos es muchas veces un de«ber, pero en un confesor seria un sacrilegio.» Richelieu solo habia observado en Caussin lo que todos observaban, es decir, un talento cultivado, al par que un carácter igual y apacible, cualidades que, segun el abate Gregorio, le conciliaban la estimacion general. Apenas hubo entrado el Jesuita en el ejercicio de sus funciones, cuando comprendió la gravedad de su posicion. El Cardenal habia aislado al Soberano, para condenarle á no vivir mas que para su gloria sacerdotal y su política. El Rey se ofuscaba y anonadaba para que su mentor no hallase la mas leve sombra de oposicion á sus deseos. Todo se doblegaba ante aquella voluntad inmutable como el destino, que sabia recompensar á sus esclavos con tanta generosidad, como castigar severamente á los que no aplaudian su política ó sus versos.

No ignoraba el Jesuita que el confesor del Rey debia ante todo incensar á la estatua viva del Cardenal, y hacerse su servidor y panegirista, pues que sin romper con él, y aun sin rehusarle las eminentes cualidades que los hombres dispensan únicamente á los finados, palpaba de cerca las desgracias del pueblo, y procuró cicatrizar las heridas de la Francia. Hizo entender á Luis XIII que importaba á su salvacion eterna el aligerar las cargas que pesaban sobre el país; vituperó las desavenencias que no cesaban de sucederse en la real familia, y expuso el peligro que resultaba al catolicismo de su alianza con los protestantes del imperio germánico. El Rey, que solo sabia ocultarse con la timidez de un niño bajo la púrpura de Richelieu, al suplicarle su confesor que derogase el tratado concluido con los sectarios, replicó: «El Car«denal me ha enseñado, sin embargo, una consulta de varios doc«tores, que con respecto á este asunto no piensan como vos: ella «está firmada tambien por muchos Jesuitas.—¡Ah! Señor, contes«tó Caussin, eso consiste en que pretenden edificar una iglesia[1].»

[1] *Historia de los confesores*, etc., por el abate Gregorio, pág. 343. Esta respuesta del P. Caussin se encuentra por primera vez en la historia de Luis XIII, escrita por el calvinista Levassor, quien igualmente cita algunos fragmentos de una carta atribuida al Jesuita, en los que se lee: «¿Podia yo ignorar que habia «en nuestra Órden algunos Padres que se amoldaban á los caprichos del Car«denal, llevados del interés de la casa profesa ó del particular suyo?»

El chiste no dejaba de ser audaz en boca de un Jesuita; pero solo sirvió para arrancar una amarga sonrisa á los impotentes labios del Rey, y para probar á Richelieu que Caussin venia á ser en la corte un riesgo permanente para él. «Este religioso, dice «madama de Motteville, fue verdaderamente incorruptible; po-«dia haberse elevado fácilmente á las dignidades eclesiásticas con «solo capitular con su conciencia; pero se portó con arreglo á «sus luces y creencia, á riesgo de encontrar en el Cardenal el «enemigo mas poderoso y temible.» En aquella corte donde Luis XIII, enemistado siempre con su esposa Ana de Austria, no tenia otro remedio que el de someter sus pasiones á la virtud, una doncella de elevado linaje se habia granjeado un ascendiente extraordinario sobre este Monarca. Amaba con tal delirio á la señorita de Lafayette, que confiado Richelieu en esta pasion, esperaba asegurarse para siempre su dominacion sobre el Príncipe por medio de la jóven; pero queriendo esta sustrarse al papel que le reservaba el ambicioso ministro, al par que indecisa entre el cielo y la tierra, trató de consultar al Jesuita. «Lo cierto es, añade «madama de Motteville en sus memorias [1], que Dios la destinaba «para esta felicidad; porque no obstante la malicia y falsos razo-«namientos de los cortesanos, en vez de adherirse el P. Caus-«sin al dictámen del Cardenal, como sospecharon algunos, la «aconsejó, en atencion á las inocentes intenciones que la supo-«nia, que no ingresase en el claustro, pensando servirse de ella «para inspirar al Rey el noble pensamiento de hacer regresar á «la Reina su madre, y de gobernar su reino por sí mismo.»

Caussin dió además otros muchos consejos á la señorita de Lafayette. Guiada esta jóven por el Jesuita y Vicente de Paul se retiró del mundo; y después de verificada la reconciliacion del Monarca con Ana de Austria, habiendo observado el Cardenal que Luis XIII escuchaba con placer los consejos del confesor, y sabiendo que para estimular al Rey á sacudir el yugo del capelo le habia hecho escuchar verdades amargas, no temiendo repetirle con bastante frecuencia: «Vos no decís todo lo que pensais; «no haceis todo lo que quereis; no quereis todo lo que podeis,» le desterró sin demora del reino. El 26 de diciembre se leia en la

[1] Memorias de madama de Motteville, tomo I, pág. 75.— Los mismos detalles suministra la *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, por Oroux, tributando al P. Caussin un homenaje idéntico; tomo II, pág. 413 y siguientes.

Gaceta de Francia: «El P. Caussin acaba de ser relevado del car-«go de confesor de S. M. y extrañado de la capital, tanto porque «no empleaba la debida reserva, cuanto porque su conducta era «tan mala, que hasta los individuos de su Órden han extrañado «mas que hubiese permanecido tanto tiempo desempeñando este «cargo, que no que haya sido privado de él.»

Teofrasto Renaudot fue el primero que concibió en Francia la idea de publicar un periódico, que hacia servir para lisonjear al poder y para calumniar á los adversarios de Richelieu. El P. Caussin, desterrado primero á Rennes, y después á Quimper, se contentó con justificarse cerca del General de la Órden; lo que debió serle bien fácil, atendido á que el historiador de los *Confesores de los reyes*, reasumiendo las imposturas dictadas á la *Gaceta* por el Cardenal, no pudo menos de decir: «Acusacion vaga y «que parece desnuda de pruebas.» En el momento de desaparecer Caussin de la escena palaciega, mandó el Rey al P. Bagot que pasase á sustituirle en la direccion de su conciencia; pero este cargo, tal como Richelieu lo queria, no estaba de acuerdo con el carácter independiente de aquel. Bagot era breton. Apenas ha puesto el pié en la corte, suplica al Rey que le conceda el permiso de retirarse: obtenido este, entró á reemplazarle el P. Sirmond. Este Jesuita poseia en alto grado las cualidades análogas á un religioso y las virtudes de un ciudadano: grande por su erudicion y la variedad de sus talentos, y mas grande aun por su modestia, habia desempeñado, bajo el generalato de Aquaviva, las funciones mas importantes; su recuerdo era grato en Roma, y el Pontífice queria tenerle á su lado para rodearse de sus luces. «Pe-«ro no queriendo el Rey ni el Cardenal, dice Enrique de Va-«lois [1], que fuese arrebatado á la Francia el que era el honor de «la Iglesia galicana, le nombró Luis XIII confesor suyo, como «para unirle á la patria con lazos mas estrechos.» Sin embargo, como el Monarca conocia su debilidad, quiso sostener á Richelieu, que si bien era un mal, se habia hecho indispensable y aun necesario quizás á la monarquía. El P. Sirmond se ocupó en tanto en poner de acuerdo con el trono sus religiosos deberes, y las obligaciones que su título le imponia. Las circunstancias eran mas críticas que nunca.

[1] *Ne tantus vir, ad illustrandam ecclesiae gallicanae antiquitatem natus, Galliae eriperetur.* (Elogium Jacob Sirmond).

Richelieu, por esa necesidad de dominar que con dificultad sabe disfrazar el mismo genio, aspiraba á concentrar en sus manos todos los poderes. Continuaba la obra de Luis XI matando al feudalismo, y sacrificaba la monarquía al despotismo de los reyes: en su sistema, era indispensable siempre en el trono un Enrique IV ó un Luis XIV, el valor unido á la grandeza, ó bien un ministro como él: el dia en que la corona de Francia pasase á ceñir las sienes de un príncipe impotente y sin energía, ó bien bajo la direccion de hombres pusilánimes, aquel dia el reino seria presa de una revolucion. Mas Richelieu no hizo ó no quiso hacer estas reflexiones: improvisábase revolucionario por apego al mando; y como habia ya conseguido humillar el orgullo de los últimos grandes vasallos, proyectó luchar contra el poder de Roma. Árbitro de la Francia, y mas aun de su Soberano, ansiaba regentar á la Santa Sede, si no hubiera encontrado en Urbano VIII una especie de antemural que contrarestara sus miras. Este Pontífice, poeta como Richelieu, al par que hombre de Estado como él, si bien mas morigerado en sus pretensiones, habia formado de su astucia italiana un baluarte, contra el que se estrellaban las impetuosidades del Cardenal, que hubieran podido un dia turbar la tranquilidad de la Iglesia.

Deseando consolidar cada vez mas su autoridad, solicitó Richelieu de la Santa Sede la investidura de legado apostólico cerca del Rey cristianísimo, funciones que habia desempeñado en otro tiempo el cardenal de Amboise, ministro de Luis XII. Pero Roma conocia demasiado su ambicion, y el Pontífice se negó á otorgarle un empleo que le hubiera proporcionado los medios de usurpar una pujanza sin límites. Viendo que la Santa Sede no accedia á sus arrogantes súplicas, pretendió al menos tener bajo su dependencia las antiguas Órdenes monásticas, como el medio mas seguro de conseguir su objeto. Era ya abad de Cluny, y en 1636 se hizo nombrar jefe de las del Cister y Premonstratenses; pero negándose Urbano á remitirle las bulas de entronizacion, el ambicioso ministro, que habia ya vivido en Roma, y conocia los resortes de su política, irritado con tantas repulsas, trató de declararla la guerra, obteniendo primero un decreto del Consejo, por el que se prohibia solicitar expediciones á la corte de Roma, y remitirla el dinero destinado á la Dataría. Algunos prelados, que le eran adictos hasta lo sumo, solicitaron la revocacion de las

Anatas y la reunion de un sínodo nacional con el objeto de coartar las usurpaciones de la corte pontificia; mientras que el presidente del parlamento de Pau, Pedro de Marca, que mas adelante fue promovido al arzobispado de París, dió á luz una obra sobre la armonía del sacerdocio y del imperio.

Profundo jurisconsulto, al par que literato erudito y de un gusto excelente, habia consagrado sus talentos á complacer á Richelieu; y viendo que se quejaba el Cardenal de la desconfianza con que le miraba el Pontífice, como de un ultraje á sus sentimientos católicos, é injuriosa á su fe episcopal, y un obstáculo á sus instintos dominadores, después de proponerle un medio de conciliar su ambicion con su deseo de venganza, le trazó un plan, por el que todas las iglesias catedrales cedian al Rey el derecho de elegir sus obispos, poder que se les habia arrebatado por el Concordato. Dado este primer paso, fuerza era reunir un concilio nacional, que debia nombrar á Richelieu patriarca de Francia. Creia el astuto ministro poder contar con la mayoría de los obispos; mas á fin de ocultar sus intenciones secretas, confió la direccion del sínodo futuro á los prelados que profesaban el mas respetuoso afecto á la cátedra de san Pedro. Así las cosas, proponiéndose Richelieu agravar las dificultades que el Parlamento, sobornado por él, no cesaba de suscitar á la Santa Sede, se decidió á preparar la opinion pública para el cisma que proyectaba.

Mas no creyéndose obligado el doctor de la Sorbona, Carlos Hersent, á guardar la misma moderacion que Roma y Urbano VIII en coyunturas tan delicadas, publicó en 1640 su *Optati galli de cavendo schismate*, obra mordaz y sangrienta, en que se acriminaba la conducta del Cardenal, y cuya profunda elocuencia debia con precision sacar de su estupor á los Católicos. Denunciado Richelieu por un miembro de la universidad, encargó el ministro su defensa, á fuer de táctico sagaz, á un Padre de la Compañía de Jesús; y no pudiendo dar con el autor, que se habia disfrazado bajo el velo del anónimo, después de hacer condenar el libro por el arzobispo de Paris, Francisco de Gondi, y por los prelados de las provincias, confió al P. Rabardeau la comision de refutar al doctor de la Sorbona. Trocábanse los papeles, y esta confusion era uno de los mas bien combinados cálculos de Richelieu. Esperaba alucinar de esta manera á los fieles, y probar que supuesto que un Jesuita reconocia la necesidad de un

patriarcado francés, no habia en semejante innovacion cosa alguna contraria á la fe católica. Pero si los Padres de la Compañía en Francia rehusaron suscribir á esta doctrina, los de Roma, Alemania y la Península no fueron menos diligentes en rechazarla; mas Richelieu habia ya logrado su objeto deseado. Este sacerdote, que habia obligado á los potentados de Europa á modular sus intereses por la norma de su política, siendo el motor invisible de todas las guerras y transacciones políticas, habia ya tomado su broquel para combatir á Roma; no le restaba ya mas que poner en práctica sus designios, cuando asaltado por la muerte, espiró en 4 de diciembre de 1642. Hízose odioso á los príncipes, á la corte y al pueblo; pero aquellos mismos odios, que reprimia con una de sus miradas, llegaron á desvanecerse ante una tumba glorificada por la posteridad.

Acometido al mismo tiempo Luis XIII de una enfermedad mortal, y conociendo que no le restaban sino muy pocos meses de vida; este Príncipe, que solo tenia de soberano el valor y la justicia, experimentaba siempre la necesidad de tener á su lado un amigo, un favorito, ó quizás un dominador. El anciano Sirmond habia conocido sus flaquezas: á la edad de mas de ochenta años, trataba de inspirar á un monarca jóven todavía la energía del bien, y le acompañaba al sitio de Perpiñan. Mas cuando observó que ya no se trataba de prepararle á la vida sino mas bien á la muerte, sus fuerzas no bastaron á desempeñar semejante tarea: solicitó el permiso de retirarse, entrando á reemplazarle el P. Dinet, á quien el Rey mandó llamar á San German en 18 de marzo de 1643. Richelieu, que como todos los hombres de Estado, no cedia á los sentimientos de la naturaleza el derecho de contrariar sus proyectos, habia hecho de Luis XIII, y á pesar suyo, un mal hijo, un mal esposo y un mal hermano, aun cuando los Jesuitas trataron durante largo tiempo de emancipar esta real esclavitud. Queriendo Dinet sacarle al menos en su última hora de esta degradacion, le representa, «segun refiere el convencio-«nal Gregorio [1], lo importante que seria dar un testimonio públi-«co de arrepentimiento acerca del inicuo trato que habia emplea-«do con su madre, como tambien lo necesario que le era concluir «la paz, y aliviar al pueblo; y habiendo accedido el Monarca á sus «instancias, dió órden que pusiesen en libertad á cuantos suge-

[1] *Historia de los confesores*, pág. 348.

«tos se hallaban sumidos en los calabozos, y que se llamasen los «proscritos por el ambicioso ministro que temia su influencia; en «seguida mandó que se pagasen los salarios de los servidores de «su madre.»*

Tales fueron los pensamientos que sugirió á Luis XIII su último favorito. El Rey, que veia aproximarse su hora postrera, oyó los votos que el amor de la patria dictaba al Jesuita, espirando en seguida en sus brazos el 14 de mayo de 1643. Cinco dias después se dejaba ver en los campos de Rocroi el jóven duque de Enghien, discípulo de los Jesuitas de Bourges [1], quien, como para celebrar el funeral de Luis XIII y el advenimiento al trono de Luis XIV, derrotó las antiguas compañías españolas; y general á los veinte y dos años, consiguió un completo triunfo en esta batalla de tres dias, de la prudencia de Mello, y del arrojo y bravura de Fuentes.

Apenas acababa de salir un héroe de la escuela de los Jesuitas, cuando entraba en ella un veterano, el mariscal Josías, conde de Rantzaw, compañero de armas de Gustavo Adolfo, amigo del canciller Oxenstiern, y el Richelieu del Norte, que después de la muerte del Monarca sueco renunció á Holstein, su patria, y entró al servicio de Francia. En menos de diez años habia perdido en el campo de batalla un ojo, una pierna y una mano, y en el sitio de Bourbourg le arrebató una bala la oreja izquierda; mostrando un valor á toda prueba, que después fue recompensado con la dignidad de mariscal de Francia. No quedándole ya otra cosa entera mas que el corazon, y tratando de ofrecérselo á Dios, el General luterano, que en medio de su vida agitada habia llegado á concebir algunas dudas sobre la verdad del dogma protestante, y á quien la conducta poco evangélica de los pastores reformados y la lectura de las controversias de Belarmino habia triunfado por fin de sus convicciones, se dirigió á los Jesuitas, con quienes gustaba conversar. El P. Marchan, provincial de los Franciscanos en Bélgica, habia en 1642 en Gante cási obrado su conversion. Cuando tres años después hubo perdido su oreja, reputando esta su última herida como un aviso del cielo, llamó á su tienda á dos Padres del Instituto; y mientras que en 9 de agosto de 1645 se apoderaba de la ciudad de Dunkerque, abjuraba el 15 el lute-

[1] El gran Condé tuvo por maestro en Bourges, en el arte de las fortificaciones, al hermano coadjutor Dubreuil, matemático distinguido y eminente artista, que escribió una obra curiosa sobre la perspectiva.

ranismo, y firmaba el acta de católico en manos de uno de ellos. Apenas hubo recibido la comunion, cuando, impulsado por su nuevo fervor, se dirige á la morada del mariscal de Gassion, su compañero de armas, y calvinista decidido, y después de practicar con él las funciones de misionero, se retiró del servicio, perseverando hasta la muerte en la religion que habia abrazado.

Era esta la época de las grandes creaciones, precursora en Francia de la de los hombres grandes. Los Jesuitas preparaban en sus colegios el siglo de Luis XIV, mientras que en las cátedras y en el mundo se asociaban á las obras de prevision nacional de que la Religion inundaba el reino. En el fondo de los calabozos, á donde descendian á consolar á los culpables, obtenian la gracia de que los condenados á muerte pudiesen recibir la sagrada Eucaristía, con el objeto de probarles que á pesar del abandono en que los tenia el mundo entero, hallarian en su arrepentimiento un padre menos inflexible que la justicia de los hombres. Bernardo, llamado el pobre sacerdote, hacia fecunda la beneficencia; san Francisco de Sales, el cardenal de Berulle [1], Juan Santiago Olier, Pedro Fourier y Juan Eudes, discípulos todos cin-

[1] El cardenal de Berulle se hallaba tan estrechamente unido á los Jesuitas, que no se puede leer sin asombro en su *Vida*, escrita por Habert Cherisy, que para manifestar los Jesuitas la entera confianza que tenian en un amigo tan verdadero, le enviaron un poder para examinar y recibir á los que solicitasen ingresar en la Compañía, sin necesidad de someterse á otro exámen. Hé aquí una preciosa anécdota que refiere el historiador del fundador del Oratorio, apoyándola en el aprecio recíproco que honra á los discípulos de san Ignacio y al Cardenal: «Dice el R. P. D. Juan de San Malaquías, religioso fuldense y prior «en otro tiempo del convento de Paris, que estando en Roma le suplicó el «R. P. Claudio Aquaviva, general de su Órden, que cuando pasase á Paris «tuviese la bondad de avistarse con el citado Cardenal, y le comunicase algu-«nos negocios importantes á la Sociedad. Este buen religioso, que no conocia «aun todo el mérito de este grande hombre, é ignoraba que hasta los mismos «oráculos de la justicia, los Sres. Seguier, sus tios, le consultaban como á un «oráculo acerca de la justicia del cielo y los negocios de la eternidad... no pu-«do menos de extrañar que el jefe de una Compañía tan juiciosa y venerable «hubiese elegido, si así puede decirse, á un niño (el Cardenal no tenia á la sa-«zon mas que veinte años) para consultor en aquella gran ciudad, donde po-«dria encontrar tantos sugetos de una edad madura y de una prudencia consu-«mada. Pero luego que el Padre se avistó con él, cesó todo su estupor, se-«gun lo refiere el mismo en una carta, de la que citamos las siguientes entre «otras expresiones: *Ya no me admiro de que estos venerables y grandes reli-« giosos depositen en él su confianza, á pesar de ser tan jóven.*» (*Vida del cardenal de Berulle*, lib. I, cap. VI, pág. 99).

co de los Jesuitas de Paris, de Pont-à-Mousson, Lyon y Ruan, se entregaban al ardor de un celo atemperado por la sabiduría y la prudencia. Francisco de Sales y la baronesa de Chantal creaban la Órden de la Visitacion; Berulle fundaba el Oratorio; Fourier reformaba á las canonesas de la congregacion de San Agustin; Olier instituia á los Sulpicianos, y Eudes, el hermano de Mezerai el historiador, daba orígen á las congregaciones de los Euditas, y á las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio.

El P. Bagot apenas logró escaparse de la corte de San German, reunió en derredor suyo á varios jóvenes, á quienes amoldó á las virtudes y al deseo del martirio: contábanse entre estos el primer obispo de Quebec, Francisco de Montmorency-Laval; de Meurs, primer superior de las misiones extranjeras en Paris; Pallú, obispo de Heliópolis; Jognes, uno de los apóstoles del Canadá; el célebre arcediano de Evreux, Enrique Boudon; Chevreuil y Fermanel. «Esta reunion de jóvenes, dice Boudon [1], fue en un prin-«cipio un pequeño manantial, que después pasó á ser un gran «rio, por el gran número de obispos y vicarios apostólicos que «se eligieron entre ellos para el Oriente y Occidente. De ellos han «salido obispos para Siam, la China y el Canadá. Ellos son los «que han dado orígen al seminario de las Misiones extranjeras «en Paris, el cual derrama do quiera el olor de la doctrina del «Evangelio, que es el buen olor de Jesucristo.»

Entre tanto, Vicente de Paul, cuyo nombre solo es un triunfo de la Iglesia católica y de la humanidad, creaba la congregacion de los Lazaristas, al paso que inauguraba la fundacion de las Hermanas de la Caridad, y proporcionaba millares de asilos á los niños expósitos. Los Jesuitas, colocados hacia ya largo tiempo al frente de todos los sacrificios y abnegaciones, alentaban tan gloriosas empresas, las secundaban con toda la energía de su caridad, haciéndose sus amigos, y se improvisaban colaboradores de aquellos hombres á quienes el mundo venera. Combatian con ellos el desenfreno de las costumbres que popularizaban el ateismo de Vanini y las poesías de Teófilo. Exhalaba entre ellos su último aliento Francisco de Sales, espirando entre los brazos del P. Juan Ferrier, y «Vicente de Paul proclamaba, segun dice el

[1] *El Cristiano desconocido,* lib. II, cap. 1.

«historiador de su vida [1], la profunda veneracion que siempre «habia profesado á la sagrada Compañía de Jesús.»

En el momento en que se consumaban tan grandes cosas en la Iglesia y en el mundo, se vió expuesto el Instituto á los tiros de un apóstata. En el seno de las sociedades religiosas se encuentran tambien, como en el seno de los partidos, ciertos hombres revoltosos, descontentos siempre de su posicion, y siempre dispuestos á apreciar sus talentos ó sus servicios mucho mas de lo que son en realidad. Creyéndose desairados, tratan al principio de hacerse temer, y visto que no consiguen su objeto, se pasan al campo enemigo, llevando por única arma la calumnia. Los adversarios explotan sus revelaciones, si bien desprecian á quien las hace. Compran el oprobio, y lo venden de nuevo sin reflexionar que aun la misma verdad, emanada de una transaccion vergonzosa, no puede ya ser aceptada como tal. La Compañía de Jesús habia ya visto salir de su seno algunos apóstatas, tales como Hasenmuller, Reihing, Daniel Peyrol y otros cinco ó seis, á quienes el protestantismo habia acogido, apresurándose á transformarlos en ministros de su culto; escándalo que fue renovado por un Jesuita francés, llamado Jarrige, nacido en Tulle en 1605. Este Jesuita, de quien dice Bayle [2] «que llegó á concebir un re«sentimiento profundo, al ver que no se le daban en su Órden «los empleos que ambicionaba y de que se creia digno, se deci«dió á hacerse protestante;» y pasando á la Rochela en 25 de diciembre de 1647, el consistorio calvinista le abrió sus brazos; y como entonces era la apostasía un crímen contra el que se imponia la pena capital, se refugió el apóstata en Holanda. Siéndole preciso explotar aquella ignominia, especie de pension de los extraviados, empezó á explicar en la cátedra de Leyde los motivos que le habian impulsado á separarse de la Iglesia romana y de la Compañía, y en seguida desarrolló estos motivos en una obra intitulada: *Los Jesuitas en el patíbulo por muchos crímenes capitales.* Este libro, cuyo título solo era un borron de ignominia, llenó de indignacion á las almas concienzudas, aun de aquellas que seguian el protestantismo; mas como los partidos no se creen obligados á la probidad, que sus individuos reclaman y profesan en la vida privada; viendo en la obra de Jarrige una excelente

[1] Collet, *Vida de san Vicente de Paul,* tomo II, pág. 88.
[2] Bayle, *Diccionario histórico-crítico,* artic. *Jarrige.*

arma contra los Jesuitas, aunque el apóstata acababa de ser ahorcado y quemado en efigie en la Rochela, ¿qué extraño es que presentasen su folleto como la expresion mas verdadera de los sentimientos y actos de la Compañía de Jesús?

Exaltado este libro por el espíritu de secta, habia llegado á obtener un éxito escandaloso. Entre tanto, el Jesuita Ponthelier, que á la sazon se hallaba en el Haya, tuvo ocasion de hablar con Jarrige. A fuerza de destreza y prudencia llegó á arrancarle una confesion de su crímen; y el apóstata, renunciando á sus nuevas amistades y á la fortuna que le proporcionaban los Estados generales de Holanda, se retiró en 1650 entre los Jesuitas de Amberes, y publicó desde este asilo una retractacion tan amplia como completa, en la que se lee [1]: «Destituido en aquella época de to- «da humana razon, y estimulado por un espíritu de venganza, «escribí un libro mordaz y cruel contra la provincia de Guiena. «Si hallé la mas leve ocasion de hacer algun comentario, no de- «jé de hacer pasar mis conjeturas por prueba; y si alguna vez ha «sucedido que con verdad ó mentira hayan sido sospechados al- «gunos individuos, por los extraños ó por los domésticos, he tra- «tado de hacer pasar como grandes criminales á unos sugetos, «que pesados en la balanza de la justicia, serian culpables úni- «camente de alguna simpleza, ó á lo mas de una ligera falta. «Cualquiera que examine mi obra con detencion y ánimo desin- «teresado, no podrá menos de advertir los infinitos y artificiosos «episodios que he procurado intercalar en ella, con el objeto de «hacer mas agradables mis imposturas. He dicho demasiado para «que se me crea, y los mismos herejes, aunque en el porvenir «se forjen un arma de mis imputaciones, las han desaprobado «en el sínodo de Middelbourg: preciso es abrigar un alma tan «apasionada como yo la tenia cuando escribí ese folleto, para «prestar asenso á mis ultrajes, y dar crédito á las sandeces que «abortó mi pluma. Si algo ha habido de verdadero, los culpables «han sido al momento expulsados de la Compañía, que semejan- «te en un todo al gran océano, no ha consentido en su seno los «cadáveres. Por lo tanto, mis acusaciones no pueden ser mas in- «justas, puesto que acriminan á una religion ilustre, imputándo- «la delitos que expele de su seno, como indignos de morar bajo

[1] *Retractacion de Jarrige*, pág. 77 y 79.

«el mismo techo que habitan los santos, y de conservar un espí«ritu de demonio entre los ángeles.

«Mi furor extremado me ha impelido á decir el mal, y ocultar «el remedio. He publicado las faltas que algunos habian cometi«do en ciertos parajes; pero dejé de añadir que habian sido al «momento expulsados como una peste. Quien conoce á los Je«suitas no puede menos de mirar como forjados por mi deliran«te encono los crímenes de regicidio, infanticidio y otros tales «que les atribuyo. ¡Cuántas y cuántas veces me he servido, con«tra todos los principios de un buen raciocinio, de reflexiones «capciosas, para haber de concluir de un caso particular con«tra la generalidad de los individuos, atribuyendo á la Socie«dad en masa lo que no hubiera podido justificar en uno solo «de sus miembros, si me hubiesen estrechado á una prueba jurí«dica!»

Estas confesiones, siempre penosas al amor propio, llevan consigo un carácter de justicia y un reconocimiento de las debilidades humanas, que debian inspirar confianza. Los Protestantes se avergonzaron del papel que les habian hecho representar, y guardaron un profundo silencio; pero en cambio intervinieron los Jansenistas, declarando poco concluyente la retractacion de Jarrige; si bien Bayle se encargó de contestar á semejante lenguaje, diciendo: «Dejo á la consideracion de mis lectores, di«ce, el juzgar si van bien fundados ó no los señores de Port«Royal al sostener que Pedro Jarrige publicó una retractacion «insuficiente, acusándose de haber escrito con demasiada ani«mosidad su libro contra los Jesuitas, mas no desaprobando en «particular ninguna de las escandalosas historias que habia re«ferido [1].»

Arrepentido al fin este apóstata, se sometió á la obediencia, poniéndose á discrecion de la Santa Sede y de la Compañía de Jesús; y retirándose en seguida á Tulle, vivió entregado á sus remordimientos y al ejercicio de las virtudes sacerdotales, condenándose voluntariamente á la oscuridad. Los Protestantes y los Jansenistas propalaron la noticia de que habia desaparecido, y que los Jesuitas le habian hecho morir en un calabozo subterráneo. El erudito Esteban Balucio [2], bibliotecario de Colbert y com-

[1] Bayle, *ibidem*.

[2] Léese en la *Historia urbis Tutelensis*, compuesta por Esteban Balucio,

patriota de Jarrige, ha desmentido con hechos esta imputacion en su *Historia de la ciudad de Tulle*. La acusacion sobrevivió sin embargo á las pruebas materiales, porque lisonjeaba los odios, y permitia á la calumnia ocultarse detrás de un suplicio imaginario. Si Jarrige habia colocado á los Jesuitas en el patíbulo, otro apóstata, Julio Clemente Scotti, lanzó á la palestra pública en 1652 la *Monarquía de los Solipsos*; sátira que, como todos los folletos, solo prueba la virulencia de su autor, quien solo es conocido de algunos filólogos y bibliógrafos [1].

Hemos visto ya por las contiendas originadas entre el cardenal Richelieu y los Jesuitas confesores de los reyes, así como por la confianza que Enrique IV y los emperadores dispensaron á los PP. Coton, Becan y Lamormaini, cuál era en Francia y Alemania el poder de la Sociedad creada por san Ignacio; poder que se ejercia sin censura y de una manera oculta; siendo tanto mas grande, cuanto que el Príncipe, árbitro de la existencia y fortuna de todos sus súbditos, acostumbrado á los homenajes y adulaciones, no encontraba otro censor mas que el sacerdote á cuyos piés humillaba su orgullo. El Jesuita sondeaba las miserias, pasiones y ambiciosos deseos del Monarca; consolábalos ó los calmaba; dirigíalos en sus actos; aprobaba ó vituperaba las medidas gubernamentales, y venia á ser, por la misma fuerza de las

lib. III, cap. 30, pág. 290 y 291, lo siguiente: «Pedro Jarrige publicó en 1651, «en Amberes, un libro que contenia su abjuracion y arrepentimiento. Permaneció seis meses en la casa profesa de Paris, donde fue recibido y tratado con «benevolencia y caridad. Durante este tiempo obtuvieron los Jesuitas del Papa «el permiso para que permaneciese en el siglo con traje de sacerdote seglar, «aunque sin ser relevado de los votos religiosos. En seguida regresó á Tulle, «donde vivió honrado y estimado aun de los mismos Jesuitas, hasta que murió en 1670, siendo enterrado al dia siguiente, 26 de setiembre, en la parroquia de San Pedro. Falleció á la edad de sesenta y cuatro años, habiendo pasado veinte y cuatro en la Sociedad antes de su apostasía.»

[1] Unos han atribuido esta obra al P. Melchor Inchofer, muerto en 1648, y que, por consiguiente, no podia desmentir este aserto; al paso que otros se la han apropiado á Scioppius ó á Oton Tàbor, jurisconsulto aleman. Deckheer, en su obra *De scriptis adespotis*, pág. 95, se la atribuye á Gabriel Bariacus Laermœus, caballero del Languedoc: Antonio Arnauld y Bayle acusan á Inchofer, mientras que Weis no participa de su dictámen. El P. Oudin (Vide las *Memorias de Niceron*) y Barbier, en su *Diccionario de los anónimos y pseudónimos*, número 12090, dicen ser obra de Scotti. En 1812, y con ocasion del aniversario del colegio de Zeitz, mereció los honores de una disertacion: *De auctoritate libelli de monarchia Solipsorum*.

cosas, el medianero entre el Rey del cielo y los soberanos de la tierra. La vida pública y privada, los pensamientos mas recónditos de los príncipes, las medidas mas ocultas, todo era de su resorte, todo debia pasar por el crisol del confesonario, para ir á abrigarse en seguida bajo el esplendor de la diadema. Esta posicion excepcional engendraba al lado mismo del poder una multitud de descontentos y de enemigos, al paso que comunicaba á los Jesuitas una preeminencia que podia muy fácilmente degenerar en abuso, tanto en favor de su Órden, como en detrimento del Estado. Pero si hasta entonces habian respondido tan juiciosamente á la eleccion de los soberanos, que aun en medio de las agitaciones políticas y de los conflictos religiosos y militares, no suministraron el mas leve motivo para que se pudiese fundar contra ellos una queja histórica; ahora verémos un Jesuita, confesor de un monarca, que no sabiendo concentrar su ministerio en los límites de la moderacion, favoreció tristes escándalos, que provocaron un severo castigo sobre su cabeza.

La casa de Lorena, cuya rama segunda formaban los de Guisa, se habia declarado, desde el orígen de la Compañía, su mas ardiente protectora. Los Jesuitas de la provincia de Champaña poseian en este ducado numerosos establecimientos. Carlos de Lorena, obispo de Verdun, no se contentó con seguir el ejemplo de los de su familia, sino que en vez de apoyar á la Sociedad con su influencia, abdicó las dignidades eclesiásticas; y pasando del obispado al claustro, y de príncipe á Jesuita, vivió y murió en el ejercicio de las mas modestas funciones. El ejemplo de sus virtudes fue tan santamente contagioso, que á los pocos años de haber fallecido acogia el noviciado de Nancy á los herederos de las familias mas ilustres. En 1641 se contaban entre los jóvenes, Carlos de Harcourt y Francisco de Gournay. El padre de este habia muerto en desafío al del primero, y esta sangre derramada alimentaba un odio eterno entre ambas familias. Apenas habia ingresado Harcourt en el noviciado, cuando se presentó Gournay como candidato; y aspirando ambos, y quizás por los mismos motivos, á sofocar bajo el hábito jesuítico la aversion que pudieran tenerse, solicitó el primero la gracia de servir al segundo durante los dias de la primera prueba: obtenida esta, se lanza en sus brazos, inunda con sus lágrimas las manos de su futuro compañero, declárale que todo lo ha olvidado al pié de la

Cruz, apellidándole su hermano, y con arreglo al uso del Instituto, le lava los piés.

Este perdon de las injurias, tan fraternalmente otorgado bajo los auspicios de los Jesuitas, no era el único triunfo que habia conseguido en Lorena la Compañía. Asoladas las campiñas de este Estado á consecuencia de una guerra de veinte años, dejábase ver la penuria con un aspecto tan horrible, que solo la caridad de Vicente de Paul pudo conjurarla, enviando á ellas a los Lazaristas y Hermanas de la Caridad. Los Jesuitas de Pont-à-Mousson y Langres habian agotado todos sus recursos para alimentar á los pobres; su colegio y su casa se habian convertido en un hospital ambulante; y coligándose los hijos de Loyola con los de Vicente en un mismo pensamiento, dispensaron en comun inmensos socorros, haciendo desaparecer poco á poco las calamidades producidas por el hambre.

Mientras que los miembros de la Sociedad satisfacian con todo el lleno de su caridad la deuda de gratitud que habian contraido con la casa de Lorena; el P. Cheminot, por una culpable condescendencia, se desentendia de sus deberes, y exponia á su Órden á las mas tristes sospechas. Llamado este Jesuita en 25 de marzo de 1637 á dirigir la conciencia de Carlos IV, duque de Lorena, jóven de un talento tan brillante como su valor, pero caprichoso é inquieto, dispuesto siempre á dar su mano con su corazon, y haciéndose de la santidad del matrimonio la mas extraña idea, se ostentaba tan voluble en el amor como infiel en sus alianzas políticas, se propuso contemporizar con las pasiones de este Príncipe. Apenas transcurrieron ocho dias desde que Cheminot habia pasado de súbdito á confesor, cuando entregó Carlos su mano con su corazon, en vida de Nicolasa de Lorena, su primera mujer, á Beatriz de Cusance, viuda del conde de Cantecroix. Indiferente á las súplicas de sus hermanos, Francisco de Lorena, y Enriqueta, duquesa de Phalsbour, así como á las de la duquesa de Orleans, trató de llevar adelante su empresa; y aceptando Cheminot la misma posicion á la faz de su Órden, vióscle, después de haberle aconsejado, ó al menos aprobado la bigamia, publicar una memoria para sostener la validez de esta segunda union. Muy bien podia habérsele reputado como débil ó demasiado complaciente en un principio; pero ya no dejó lugar á la duda, cuando se le observó mas adelante apoyar su obstinacion

en argumentos culpables, y cuando desdeñando los consejos de unos, y despreciando las amonestaciones de otros, llegó á improvisarse una moral exclusivamente suya.

Con los resentimientos de que era objeto la Sociedad de Jesús; con los celos y los temores que habia llegado á inspirar su posicion cerca de los soberanos, semejante escándalo no podia pasar desapercibido. Un casuista tan indulgente, un confesor tan tolerante, salido de la Compañía, no podia menos de suscitar contra ella acriminaciones de toda especie. Es verdad que no perdonaron al P. Cheminot; pero la tempestad no rugió solamente sobre su cabeza... Todos los Jesuitas han pasado á ser solidarios del mal que uno de sus hermanos ha cometido; aunque semejante solidaridad no se ha hecho jamás extensiva al bien que han practicado. Después de acusar á la Compañía de haberse prestado vergonzosamente á las pasiones de un príncipe, sirviendo á sus caprichos para no perder su lucrativa proteccion, afirmaron que catorce teólogos de la misma habian tomado por su cuenta la defensa del duque de Lorena, buscando razones para disculpar á su colega. Muchos escritores han adoptado esta opinion; pero después de haber estudiado nosotros en los archivos del Gesu las cartas autógrafas de los PP. Florencio de Montmorêncy, Claudio Maillard, Juan Bruanus, Bartolomé Jacquinot y Juan Tollenare, todos los cuales tomaron una parte muy activa en este negocio, creemos imposible perseverar en esta idea.

Estas cartas, en número de ciento cincuenta, y que abrazan un espacio de cinco años, contienen el relato de las tentativas hechas cerca del duque de Lorena y de Cheminot para conducirlos á la enmienda; y demuestran hasta la evidencia que en vez de contemporizar y ser bien quistos los Jesuitas de Carlos IV, no tenian á la sazon un enemigo mas encarnizado. Experimentaba el Duque cierta resistencia, que tarde ó temprano debia concluir por enemistarse con su confesor y dejarle solo, expuesto á las acriminaciones de su familia. Los Jesuitas no consentian en ninguna especie de capitulacion; y creyendo que si destruia sus casas de Alsacia, cometiendo en algunos dias mas estragos que los que habian hecho los suecos en diez años de guerra, llegaria á convencerlos por el terror, de la legitimidad de su union adúltera, puso en juego toda su estrategia, aunque es verdad que los excesos cometidos por su ejército fueron tan impotentes como sus ruegos. Los

provinciales inmediatos á la Lorena, así como tambien los del Alto Rhin, y aun el mismo General de la Compañía, instaban á Cheminot para que se retirase de la corte; pero negándose este á verificarlo, escribió el Duque desde Bruselas á Vitelleschi, con fecha 4 de junio de 1639: «El P. Maillard me acaba de decir de «parte de los Jesuitas de esta ciudad que no recibirian en su ca- «sa al P. Cheminot; y como creo que se hallan resueltos á ha- «cerle esta afrenta, que tambien lo es mia, impulsados quizás «por alguna persona ó razon poco considerable, me he visto obli- «gado á enviar á cierto sugeto á las puertas de esta capital con «el objeto de avisárselo así á dicho Padre.»

Cheminot se ponia en rebelion abierta contra su Instituto, y los consejos de sus superiores le habian hallado sordo ó indiferente; pero suscitando en su alma alguna incertidumbre su patente proscripcion, creyó oportuno, para ocultar sus futuros remordimientos bajo una violencia de su príncipe, hacerse dirigir desde Worms, con fecha de 24 de marzo, la órden siguiente: «Mi reve- «rendo Padre, le decia el duque de Lorena, considerando que «me habeis advertido que vuestro reverendo Padre General os «estrechaba á que abandonáseis mi corte solicitando primero mi «permiso, os debo advertir que no puedo permitirlo por justas ra- «zones, ni vos verificarlo; de lo contrario incurriréis en mi in- «dignacion, y me obligaréis á arrestaros, para que aprendan mis «súbditos á no desobedecerme en cosa que yo mande.»

Creyendo cubierta su responsabilidad con tales amenazas, cuya eficacia era bien conocida á los Jesuitas, esperaba Cheminot que las cosas no pasarian mas adelante, y que la misma complicidad de Carlos IV seria para él una especie de salvaguardia; pero se engañó en sus cálculos. Como el escándalo habia sido público, la Santa Sede y el General de la Compañía, que habian agotado todos los medios de persuasion, trataron de recurrir á las vias de rigor, y lanzaron contra él un anatema, que ningun oficial público se atrevió á participárselo, sabiendo que era terrible la cólera del Duque. Hé aquí los términos en que dió cuenta al General Mucio Vitelleschi el P. Gerardo Tocius, encargado de esta comision:

«El 27 de abril de 1643, escribe desde Worms con fecha 2 «de mayo, recibí órden de nuestro reverendo Padre provin- «cial para intimar al P. Cheminot la sentencia de excomunion,

«con arreglo á las órdenes de V. P. Quedé sumido en el estupor, «y mis cabellos se crizaron. Muchas veces he leido y experimen- «tado la verdad de estas palabras: *El espíritu está pronto, mas «la carne es flaca.* Pensaba tambien en el furor del Duque y de «su concubina. Sin embargo, me he acriminado mi cobardía, y «he dicho para mí: vale mas que perezca uno solo, que el honor «de toda la Compañía, con gran detrimento de las almas. El 28 «de abril llamé á mi cuarto al Padre que habia venido un instan- «te al colegio, y que ni aun soñaba en la próxima ejecucion de las «amenazas tantas veces reiteradas. Le leí clara y distintamente, «en presencia de otros dos Padres, la fórmula de la excomunion, «que escuchó hasta el fin, saliendo del colegio triste y abatido.»

Separado Cheminot de la comunion de los fieles, habia pasado á ser un objeto de repulsion y de escándalo para sus hermanos y demás católicos; por lo que, conociendo tanto él como el Duque que no podian hacer frente á la Santa Sede, se sometió el excomulgado al General, manifestó un profundo arrepentimiento de sus errores, y se puso á la disposicion de Vitelleschi. Los Jesuitas entre tanto, después de perdonarle el daño que habia acarreado á su Órden, arrastrados tal vez por el movimiento de los ánimos, ó repugnándoles quizás conducir al tribunal de la opinion pública un negocio en que se veia tristemente mezclado el empleo de confesor, condenaron al olvido los documentos que acabamos de aducir; mientras que estos documentos, en vez de presentar como culpable á una sociedad en masa, solo dejan á la historia el derecho de acusar á un solo individuo de ella.

CAPÍTULO XXV.

Posicion que toma el General de la Compañía de Jesús en Roma.— Los Jesuitas en Italia. — El P. Gonfalonieri evangeliza en Córcega. —Su sistema para reprimir el robo. — Nuevos colegios. — Muerte de Paulo V y de Belarmino. — El P. Mazarini y Juana de Austria. — Insurreccion de la Valtelina. — Llaman á los Jesuitas.— Negativa del General. — El papa Urbano VIII.— Canonizacion de san Ignacio de Loyola y de san Francisco Javier. — Ambicion del P. Vermi. — Es electo obispo. — Es excomulgado. — Misiones en Sicilia.— El P. Pepé y los odios sicilianos. — Peste en Palermo. — Es nombrado visitador el P. Piccolomini. — Año secular. — Fiestas de los Jesuitas. — La *imago primi saeculi*. — Muerte de Vitelleschi. — Congregacion general. — Es nombrado general el P. Caraffa. — Su muerte. — Eleccion de Piccolomini. — Nueva congregacion. — El cardenal de Lugo. — Muerte de Piccolomini. — Nombramiento del P. Gottifredi.— Su muerte.— Eleccion del P. Goswin Nickel. — Los Jesuitas en Inglaterra bajo el reinado de Carlos I. — Convierte el P. Fischers á la condesa de Buckingham. — Reaccion puritana. — Carácter de Carlos I. — Fermentos de revolucion. — Son perseguidos los Jesuitas por los Puritanos.—Agréganse al partido de Carlos.— Impuestos contra los Católicos.— El Parlamento y los Jesuitas. — Ejecucion de los PP. Holland y Corby. — El embajador de Francia y la duquesa de Guisa en su calabozo. — El P. Mors en la víspera de su suplicio. — Condena el Parlamento á los Jesuitas por ser sacerdotes católicos. — Muerte de Carlos I. — Acusan á los Jesuitas de haber provocado el regicidio. — El ministro Pedro Jurieu y los Jesuitas. — La república inglesa y Cromwell.— Las Cabezas-Redondas en Irlanda.— La peste y sacrificio de los PP. Dillon, Valois y Dawdal. — La décima congregacion general expide un decreto para que cada provincia de la Órden se encargue de formar un Jesuita irlandés. — Son perseguidos los Católicos. — La Fronde y los Jesuitas. — Misiones de san Francisco Regis en el Vivarés y en Velay.— Sus virtudes y amor á los pobres. — Su muerte. — El P. Mannoir en Bretaña. — El P. Macedo en la corte de Suecia. — Cristina y el Jesuita. — Iníciala secretamente en los misterios de la fe. — Termina Descartes su conversion de consuno con los PP. Casati y Molinio. — Abdica y se hace católica. — Es restablecida en Venecia la Compañía. — Su situacion en Europa y en el Nuevo Mundo. — Nombres ilustres que recibe en su seno. — Mr. Guizot y los Jesuitas. — Injusticias del calvinismo.

La influencia ejercida en Europa por los Jesuitas es un hecho incontestable; y su accion tampoco tiene necesidad de ser demostrada : solo puede concebirse una idea de las obras que en el mismo espacio de tiempo han podido realizar en Italia, si se para la

atencion en los grandes resultados que obtuvieron aun en medio de insuperables obstáculos. El generalato de Vitelleschi fue para la Órden de Jesús una era de prosperidad, á pesar de que por una extraña coincidencia de sucesos es en la misma época en la que se paraliza el poder exterior del General. Hasta entonces, Ignacio de Loyola, Laynez, Francisco de Borja y Aquaviva, habian sido el centro á donde todo se dirigia; ellos habian dirigido el timon del Instituto, desplegando todo el lleno de su santidad, virtudes, talentos y rigor; pero desde el mando de Vitelleschi, los jefes de la Sociedad van á ofuscarse, porque aun cuando gobernarán con el mismo prestigio de autoridad que sus predecesores, y aun cuando por todas partes encontrarán obediencias activas, corazones que tengan una especie de júbilo en someter su cerviz al yugo, é inteligencias superiores que se sometan sin murmurar; mas esas inteligencias, que se harán grandes en todos los hemisferios, y que consumarán grandes cosas tanto en las letras como en las ciencias y civilizacion, están destinadas á sobrevivir á la tumba; el nombre del jefe que los habrá amaestrado en el combate y en el triunfo, solo será conocido de los Jesuitas. Los generales de la Compañía desaparecen desde este momento, y parecen reservarse un papel pasivo en la historia, cuando la Sociedad de Jesús va á llenar en su apogeo los anales del mundo con la multiplicidad de sus trabajos.

Estas reflexiones tienen un principio de aplicacion aun bajo el régimen de Mucio Vitelleschi. Este hombre á quien el soberano pontífice Urbano VIII llamaba el Ángel, por su carácter dulce y la inocencia de su vida, no ejerció accion alguna ostensiblemente determinante sobre los Jesuitas; satisfecho con crearse un empleo de consejero ó precursor secreto de sus hermanos, se ocultó, por decirlo así, en el recinto del Gesu, y se limitó á estimularlos por medio de este retiro voluntario. Desde allí se consagró exclusivamente á calmar las efervescencias del celo, á excitar el valor, á dar impulso á los talentos, y á desarrollar las virtudes; pero con dificultad se le advierte surcar por este océano de hechos á que ha dado orígen, y apenas se le ve tomar la iniciativa pública de una medida importante en medio de todas las ilustraciones del martirio, apostolado, ciencia ó gloria literaria que va á evocar. Vitelleschi ha trazado á sus sucesores el papel que adoptó: contentóse con ser un amigo, un padre y un regulador de los

Jesuitas, que van á combatir á la luz del dia y en secreto. La Europa no ha escuchado el eco de su fama, ni ha llegado á su noticia su nombre, como los de Loyola, Laynez, Borja y Aquaviva; y apenas podrá la misma Roma tener presente su memoria, y decirnos si ha sentido el contrapeso de su poder, á pesar de que los Jesuitas no trabajaban con menos ardor en Italia que en el resto del mundo.

Mientras que el P. Pedro Ferragut, compadecido de los prisioneros, y secundado por el duque de Osuna, virey de Sicilia, fundaba en Nápoles la cofradía de la Misericordia por los años de 1617, un decreto del Senado ponia al año siguiente la ciudad de Mantua bajo el patrocinio de san Luis Gonzaga. En Luca el P. Constancio, que acababa de acompañar á Petrucci en su visita, á la diócesis de Sena, es elegido como medianero entre las autoridades eclesiástica y civil, ó sea entre el obispo Alejandro Guiddiccioni y los habitantes, llegando á calmar los ánimos y terminar las diferencias. El P. Gonfalonieri pasó á evangelizar en Córcega. Esta isla, cuyas costumbres cási salvajes no podian ser desarraigadas sino por el influjo de la Religion, habia, digámoslo así, consagrado el robo, viniendo á ser en sus habitantes una segunda naturaleza: las leyes eran impotentes, y ninguna fortuna estaba segura; mas no tardó el Jesuita en suplir la falta de energía de las autoridades por medio de una industriosa combinacion, llegando á obtener de todos los que habian sido ladrones y robados, es decir, de la cási totalidad, una espontánea donacion, y un perdon recíproco de todos los daños mutuamente irrogados. Después que los Jesuitas, que trabajaban de concierto con Gonfalioneri, decidieron al pueblo de las campiñas á aceptar la transaccion, para evitar en lo sucesivo la renovacion de semejantes delitos que engendraban tantos odios entre las familias, impuso el Misionero un convenio mutuo que fue insertado en los registros públicos, y en el que se ordenaba que en caso de robo, á mas de quedar el culpable obligado á la restitucion, pagaria una multa al fisco, y una suma de dinero á la Iglesia, proporcionada al valor de la cosa robada. Obligábanse tambien los corsos por la misma ley á denunciar á los magistrados á los autores de todos los robos que fuesen descubiertos en el acto: así es, que componiéndose la policía de los mismos interesados, produjo en pocos dias resultados tan felices, que nadie temió en adelante por

su fortuna. En todas partes se creaban colegios de la Compañía, en Siracusa, Tarento, Monteleone... Isabel Feltria, princesa de Bisiniano, construia en Nápoles, de consuno con Roberta Caraffa, una casa profesa. Catalina de la Cerda, condesa de Lemos y vireina de Sicilia, mandaba erigir á sus expensas un colegio: Gerónimo Portelli, rico comerciante de Roma, dotaba á la ciudad de Spoleto, su patria, con un establecimiento semejante; mientras que Julian Bucconio, comerciante de Savona, y Marco Antonio Doria fundaban otro en dicha ciudad. En Parma, el duque de Rainucci; en Ravena, el arzobispo Capponi, y en Faenza el cardenal Valenti, favorecian la extension del Instituto: todos estos príncipes, eclesiásticos ó seglares, miraban en los Jesuitas unos auxiliares indispensables.

Paulo V iba á morir, y queriendo este Pontífice antes de su muerte recompensar los servicios que el Instituto habia prestado al catolicismo durante su pontificado, trató de promover al cardenalato á su general Mucio Vitelleschi. Á la noticia de semejante proyecto, reunió Vitelleschi á sus asistentes, y después de suplicarles que procuren con todas sus fuerzas desviar el golpe que le amenazaba, apela á la fuga, como el único recurso que le quedaba. La muerte de Paulo V, á quien sucedió Gregorio XV (de la familia de Ludovisio) no dió lugar á que el P. Baltasar, asistente de Francia, pusiese á los piés del Papa las alarmas de la Compañía y los terrores del General. El 17 de setiembre de este mismo año (1621), terminaba el cardenal Belarmino con la mas santa muerte una existencia de setenta y nueve años, consagrada toda entera á inmensos y prolongados trabajos [1]. La Igle-

[1] El cardenal Belarmino habia intervenido por órden del Papa en 1612 en las contiendas suscitadas entre la Inquisicion y Galileo. Segun el historiador Guicciardini, ministro plenipotenciario á la sazon de Toscana en Roma, «Galileo pedia que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema de Copérnico «fundado en la Biblia.» La corte romana nombró una comision de cardenales y literatos, presidida por Belarmino. Este apreciaba los talentos de Galileo, aunque no aprobaba todas sus teorías: encargado de participarle que la Santa Sede veria con disgusto que continuase sosteniéndolas, le dejó marchar en seguida como habia llegado. Hizo mas: en 1620, y á propuesta de Belarmino, fue autorizado el filósofo para explicar su sistema como una mera hipótesis astronómica; pero en 1632, después de la muerte del Jesuita-cardenal, Galileo, dejándose arrastrar por la fuerza de sus demostraciones, volvió á enseñar lo que antes, viéndose sentenciado en 21 de junio de 1633 por una comision compuesta de siete cardenales, á tres años de cárcel. Esta severidad solo se redujo á la

sia católica lloró al grande hombre que perdia, mientras que la Compañía colocó en el rango de sus mas acrisoladas glorias al Cardenal que habia formado ella misma, y que habia permanecido Jesuita, tanto bajo la púrpura como en el rincon de su celdilla. Un mes antes acababa de espirar el hermano Juan Berchmans, jóven que seguia las huellas de Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka, muriendo tambien como ellos en la flor de su edad.

El 5 de noviembre habia muerto de repente en Bolonia un Jesuita, cuyo nombre ha llegado en Francia á granjearse una inmensa celebridad: era este el P. Julio Mazarini, tio del Cardenal ministro durante la Fronde; hombre que, como su sobrino, y como cási todos los Jesuitas, no poseia esa elasticidad de carácter italiano que, con cierto fondo de hilaridad francesa y de hombría de bien alemana, es el distintivo sello de la Órden de Jesús. Du-

fórmula, pues Galileo solo permaneció ocho dias de su arresto en la Minerva, en el aposento de un amigo suyo y uno de los jefes de la Inquisicion, pasando el resto de su condena en el palacio del ministro de Toscana, su mas ardiente partidario. Este arresto ha prestado suficiente materia á los herejes y sofistas para desencadenarse contra la intolerancia de Roma. Quien le supone cargado de cadenas, quien torturado y condenado á las agonías del aislamiento; siendo mirado todo esto como un artículo de fe por los incrédulos. Pero Mallet-Dupan, á quien su calvinismo ginebrino no impedia ser un crítico imparcial, publicó en el *Mercurio de Francia* del 17 de julio de 1774, una carta autógrafa de Galileo que desmentia palpablemente esta farsa de persecucion. La carta en cuestion existe aun: es tan clara y tan auténtica, que no deja lugar á la duda, al paso que se da en ella un solemne mentís á los historiadores filósofos y poetas; si bien es verdad que en nada ha modificado los errores del vulgo. «El «Pontífice, escribe Galileo á su discípulo el P. Receneri, me trató como á un «hombre digno de su aprecio, dándome por cárcel el delicioso palacio de la «Trinita del Monte. Cuando llegué al Santo Oficio, después que el Padre co«misario me presentó con finura y agasajo al asesor Vittrici, dos dominicos «me intimaron obsequiosamente que adujese mis razones, las cuales obliga«ron á mis jueces á encogerse de hombros, único recurso de las almas preo«cupadas. Me he visto precisado á retractar mi opinion; y para castigarme me «han prohibido conversar con nadie, y me han despedido después de haber pa«sado cinco meses en Roma. Como la ciudad de Florencia era á la sazon vícti«ma de la peste, me designaron como morada el palacio de mi mejor amigo «el arzobispo de Sena, donde he disfrutado de la mas dulce tranquilidad: en «la actualidad me encuentro en mi campiña de Arcetra, donde al fin respiro el «aire libre de mi cara patria.»

Si se comparasen las cartas de los hombres que la libertad, la filantropía ó las revoluciones han condenado al cautiverio con el escrito de Galileo, no seria la Inquisicion romana la que llevaria la nota de fanatismo y crueldad.

ro é inflexible, habia este Jesuita inaugurado su carrera oratoria lanzando diatribas contra san Carlos Borromeo, terminándola con hacer de Juana de Austria, nieta de Carlos V, una irreconciliable enemiga de la Sociedad. Treinta años antes se le habia visto en Génova resistir á las súplicas y amenazas de toda la ciudad, y exigir sin dilacion la marcha del P. Loarte, que los habitantes querian conservar. Inmutable su voluntad de hierro á los embates de la edad y de las desgracias, las mismas Constituciones de Ignacio no fueron tampoco capaces de doblegarla. En medio de estos arrebatos, tan extraordinarios en un Jesuita, se hallaba dotado de un gran talento oratorio, y no estaba desprovisto de virtudes; pero la acrimonia de su genio debia comprometer siempre y do quiera á la Compañía. Nombrado en este mismo año (1621) superior de la casa profesa de Palermo, y habiéndole manifestado Juana de Austria el deseo que abrigaba de tener á su lado un Jesuita, como predicador de su real casa, contestó: «Nuestro templo está abierto para todo el mundo, y los oficiales de la Princesa no deben tener á menos el frecuentar una iglesia á donde acuden las personas del mas alto rango.» Pero, conociendo que después de semejante contestacion no podia menos de comunicársele otra nueva órden, se retiró espontáneamente, legando á los Jesuitas enemistades, cuya causa estaba tan en oposicion con su carácter.

En 1612 los herejes habian arrojado de la Valtelina á los Jesuitas, y en 1621 Jaime Robustello, ayudado secretamente del duque de Feria, gobernador del Milanesado, excitó á los habitantes de aquellos valles católicos á sacudir el yugo de los grisones. Pocos dias antes de hacer estallar la revolucion, el duque de Feria previene al P. Menochi, provincial de Milan, y le pide Jesuitas para fortalecer el valor de los sublevados. La Religion no era mas que un pretexto para tomar las armas; Menochi lo comprende, y responde que los Padres del Instituto no deben tomar parte ni con palabras ni con acciones en los intereses políticos. La empresa de los Católicos tuvo buen resultado: apenas dueños de sí mismos, llaman á los Jesuitas expulsados de su territorio por la herejía. Menochi consulta al obispo de Como, que extiende su jurisdiccion á la Valtelina. Durante este tiempo los grisones abren las hostilidades, y el general Pimentel al frente de la caballería española marcha para resistirles. Pimentel va acompa-

ñado de dos Jesuitas, Horacio Torelli y Francisco Reina, hijos de aquellos valles, teatro entonces de la guerra. Vitelleschi les manda retirarse; mas se interponen los ciudadanos de Ponte, dentro de cuyos muros fundara Antonio Quadrio un colegio de la Compañía, y declaran «que es preciso restablecer por todos los «medios posibles la muy ilustre Compañía de Jesús, á fin de que «la universidad de Ponte y las ciudades vecinas puedan gozar de «los frutos abundantes y saludables que este santo Instituto pro«duce de continuo por medio de la enseñanza.»

Los Jesuitas se dejaron vencer, cediendo á un deseo manifestado por toda una poblacion.

Entre tanto los monarcas de Europa, y entre ellos el emperador Fernando, Luis XIII, Felipe de España, Segismundo de Polonia, Maximiliano de Baviera y los príncipes de Italia, impulsados por el ejemplo de Enrique IV, solicitaban la canonizacion de Ignacio de Loyola y de Francisco Javier; y el Oriente, á quien el apóstol de las Indias habia anunciado el cristianismo, unia sus instancias á las de los soberanos católicos. Paulo V habia beatificado á estos dos hombres que honraban á la Iglesia tanto por sus virtudes creadoras como por sus milagros; y Gregorio XV, educado desde su infancia en el colegio Germánico, no creyó deber dilatar por mas tiempo el homenaje solemne que exigia la memoria de tan grandes héroes. En el consistorio celebrado en 12 de febrero de 1622 pronunció el panegírico de ambos Santos; celebró en 15 de marzo la fiesta de su canonizacion [1]; pero anticipándose la muerte á su deseo, dejó á Urbano VIII el cuidado de terminar su obra. Este Pontífice, en el mismo dia de su elevacion al solio,

[1] Gregorio XV adoptó dos textos de la sagrada Escritura al panegírico que pronunció de estos dos Santos. Hablando de Ignacio dijo: «Fuit magnus se«cundum nomen, maximus in salutem electorum expugnare insurgentes hos«tes ut consequeretur haereditatem Israël.» *(Eccli.* XLVI, 2). Y hablando de Javier: «Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum «terrae.» *(Isaias*, LXIX, 6.)

Los Jesuitas debian mucho á Gregorio XV y al cardenal Ludovisio, su sobrino, que habia mandado construir á sus expensas la iglesia de san Ignacio del colegio Romano. Los restos de este Papa fueron trasladados algunos años después de su muerte á dicha iglesia, panteon de la familia Ludovisio. Los Jesuitas erigieron al tio y sobrino dos magníficos mausoleos, y queriendo tener presente la memoria del beneficio, mandaron grabar en el mármol esta inscripcion, modelo de estilo lapidario: UNUS IGNATIUM ARIS, ALTER ARAS IGNATIO.

publicó las bulas apostólicas, por las cuales reunia la Iglesia en un mismo altar al fundador de la Compañía de Jesús, y al sublime discípulo que habia conducido la fe á los confines de la tierra. El Papa hablaba en nombre del catolicismo, y al compendiar la vida de san Ignacio, recopilaba la de sus hijos y el objeto de la Sociedad. «Este era, decia, el hombre á quien Dios habia ele- «gido por sí mismo, para que fuese el jefe de los que debian con- «ducir la buena nueva de su santo nombre á las naciones y á los «pueblos, atraer á los infieles al conocimiento de la verdadera «fe, á los herejes á la unidad, y defender la autoridad de su Vi- «cario sobre la tierra.»

El 6 de agosto de 1623 subió al trono pontificio el cardenal Maffeo Barberini, sugeto de apacibles costumbres, y tan profundo helenista [1], que la Europa ilustrada le apellidaba la *Abeja ática,* de un ingenio recto y juicioso, á pesar de poeta, soberano que hermanaba la energía á la moderacion, inauguró Urbano VIII su dominacion con la canonizacion de dos Jesuitas, y la continuó sosteniéndolos á través de las crísis que el jansenismo preparaba á la Iglesia. En los primeros dias de su pontificado distinguióse en la Compañía un sentimiento de ambicion personal. El P. Onufrio de Vermi habia llegado á insinuarse en Nápoles en el favor de los grandes; confesor del conde de Elda, general de las galeras de Sicilia, y admitido en la intimidad del cardenal Doria, del virey Francisco de Castro, y de Filiberto de Saboya; Vermi, á pesar de las órdenes de su provincial, hizo un viaje á Madrid, donde la Reina de España le tenia preparada una mitra. Pero apenas habia llegado á noticia de la corte romana este deseo de la Princesa, cuando Vitelleschi remitió al mencionado Jesuita los despachos de expulsion, que aceptó sin vacilar, siendo en seguida promovido al obispado. Mas, como si un pensamiento ambicioso en un miembro de la Sociedad fuese suficiente para acarrear la desgracia del que le abrigara, Onufrio de Vermi, obispo de Scala, cae de error en error y de crímen en crímen, falleciendo en breve, desgraciado, desterrado y entredicho por la Santa Sede.

[1] Llámase en la actualidad helenista al sugeto versado en el idioma de los Homeros y Demóstenes. En la antigüedad se aplicaba este nombre al hebreo de Alejandría que hablaba el griego, al judío que abrazaba los usos griegos, ó al griego que abrazaba el judaismo. Derívase su etimología del nombre de la mujer de Menelao y concubina de Páris. *(N. del T.).*

El ascendiente de los Jesuitas era incontestable: su talento, costumbres y política encerraban un no sé qué, que entusiasmaba á la muchedumbre, y la arrastraba do querian los Padres. Ya no se negaba ni aun se combatia su influencia; habian sabido captarse de tal modo la aficion de ese pueblo italiano, cuyas pasiones están tan fraccionadas como sus principados, que valiéndose de unos medios incógnitos aun á los ministros de estos pequeños Estados, gobernaban y dirigian, viéndoseles mas de una vez ser el único recurso de los soberanos. Al paso que en 1624 acababan de organizar en Girgenti las nuevas misiones para la ciudad y las campiñas, en Castro-Nuovo, donde habian estallado y se agravaban cada vez mas los odios sicilianos, fue elegido como árbitro entre ambos partidos el P. Pepé, que acababa de llegar á esta ciudad en compañía del P. Alfonso Bucconio. Ya en esta época habian tratado de interponer, aunque en vano, su autoridad el cardenal Octavio Rodolphi y el virey Filiberto de Saboya; pero apenas estuvo al frente el Jesuita, cuando convoca al clero, á los magistrados, á la nobleza y al pueblo, y arrodillándose á los piés de estos enemigos irreconciliables, se los besa con humildad, llega á enternecerlos con sus discursos, y á la mañana siguiente, reunidos todos en el templo, recibieron en señal de reconciliacion, y de mano del Padre, al mismo que murió predicando el perdon de las injurias y el olvido de las ofensas. En Palermo hizo la peste horrorosos estragos en 1624; y siendo impotentes los esfuerzos de Filiberto para conjurar tamaños desastres, mandó llamar á los Jesuitas, que se lanzaron impávidos á la muerte; falleciendo víctimas de su caridad los PP. Pedro Curtio, Gerónimo Calderari, José Zafarana, el escolástico Cagliano y los coadjutores Santiago Amato, Mario Scaglia y Plangio. El P. Merulla, que habia desertado de la Compañía, solicitó reingresar en ella; y habiéndosele otorgado esta gracia, quiso para merecerla compartir el martirio de aquellos héroes de la caridad cristiana, y desembarcando en Palermo, murió víctima de su compasion nacida del arrepentimiento. De la misma manera sucumbieron en 1630 los PP. Vicente Galetti, Buongiorno y Platamonio.

El peligro reinaba en todas partes en Sicilia. Apenas habian transcurrido algunos meses desde que la Sociedad habia experimentado tantas pérdidas, cuando, para alentar á los que tuvieron la dicha de sobrevivir á sus colegas, emprendieron la visita de esta

provincia los PP. Francisco Piccolomini y Pablo Oliva, los cuales ascendieron en breve al generalato; pero ínterin les llega su turno, aprenden ambos á obedecer. Habian desplegado tanta energía y caridad estos Padres durante su residencia en Palermo, que impulsados por un deber de gratitud, el príncipe de Roca-Florita, Beatriz de Aragon y Carlos de Vintimilla, les fundaron en dicha ciudad el colegio de San Francisco Javier.

En medio de estos acontecimientos que, tanto en el antiguo como en el Nuevo Mundo, colocaban á los Jesuitas en el candelero, dando lugar á que se fijasen sobre la Compañía todas las miradas, ordenó Vitelleschi, por medio de una carta dirigida en 1636 á cada una de las provincias que componian el Instituto, celebrar el año secular de su fundacion. Los Padres diseminados por todos los ángulos del universo celebraron con regocijos públicos el mencionado año, que cerraba el primer siglo de su creacion; pero semejantes fiestas, debidas á la emulacion y gratitud, no hubieran, como la mayor parte de las solemnidades religiosas y civiles, dejado tras sí ningun vestigio histórico, si la provincia de Flandes no hubiese proyectado consagrarlas un recuerdo permanente. Refiriéndonos nosotros á la época de esta solemnidad, é identificándonos con ese sentimiento de admiracion que cada corporacion conserva en su seno, para exaltar los ánimos y producir nuevos sacrificios, creemos que ciertas exageraciones literarias debian serles permitidas á los Jesuitas, por la misma razon que nadie las acrimina en las demás academias mas ó menos célebres, que se hacen ellas mismas su gloria á puerta cerrada, y distribuyen á sus individuos diplomas de inmortalidad.

Los Jesuitas flamencos hicieron que sus escolásticos modulasen en todos los tonos y lenguas un ditirambo en honor de la Compañía, que siendo para ellos la única patria y una madre adoptiva á quien idolatraban en su soledad, y cuyo nombre les habia enseñado á venerar el catolicismo, se habia adquirido un derecho á que la glorificasen, ya con sus talentos y virtudes, ya con una vida santa y laboriosa, ó bien por medio del martirio. Inspirados estos jóvenes por el impulso mismo de su corazon, despues de elogiar sus glorias con acentos de amor y expresiones entusiastas, como no se habian propuesto formar una historia fria é imparcial, sino solamente pronunciar un panegírico, quisieron admirarla en versos griegos y latinos. Cantaban en prosa el pa-

sado de su Instituto, cantaban tambien en un estilo figurado el porvenir que le estaba reservado; y como este libro, enriquecido con todo el lujo de la tipografía y del grabado, venia á ser para unos el emblema de la vida eterna, al paso que para otros no pasaba de ser una ficcion venturosa, pero tierna y patética, aglomeraron en él todas las pompas del ingenio y la gratitud, apropiándole el título de: *Imago primi saeculi.*

Mas, como acontece cási siempre, el entusiasmo de unos vino á ser para otros un objeto de escarnio. No era regular que pudiese mirarse como cosa seria esa ventura literaria in folio. Los puritanos del jansenismo creyeron mas oportuno á su causa el presentarle como una especie de manifiesto político, en el que se ocultaban bajo símbolos poéticos el orgullo y el pensamiento secreto de la Sociedad de Jesús. Estos pasatiempos de pura imaginacion, con los que se interpolan á veces los sentimientos exaltados y un ardor de neófitos, solo podian ser juzgados por la crítica. Fueron, sin embargo, citados ante otro tribunal, y trocando las citas, y tomando cada una de las alegorías como otras tantas verdades matemáticas, llegaron á dar á esta obra laudatoria una importancia histórica que jamás ha merecido. Olvidando que en las bibliotecas de todas las Órdenes religiosas existian panegíricos semejantes, pasaron por alto las extravagancias, por no decir impiedades que contenia el libro de las *Conformidades de la vida de san Francisco con la de Jesucristo,* por el P. Bartolomé de Pisa; no se acordaron tampoco del *Origo seraphica Familiae franciscanae,* por el fraile capuchino Gonzaga; ni tuvieron presentes las *Entrañas de la santísima Vírgen en favor de la Órden de los frailes Predicadores,* por el dominicano Chouques. Explicábanse con la mayor naturalidad los éxtasis literarios y las admiraciones de un Franciscano, de un Capuchino y de un Dominico por sus Órdenes respectivas; mas no se concedió el mismo privilegio al Jesuita. Leíase en la portada de la obra flamenca, que no pasaba de ser un juguete de aniversario [1], un ejercicio oratorio, y se presentó como un misterioso resúmen de los planes de la Sociedad de Jesús.

[1] Tenemos á la vista este libro, y hallamos en él: *Exercitatio oratoria.* Hé aquí como principia: *In ludis hisce saecularibus, si ludere liceat.* Arnauld asegura en su *Moral práctica,* que segun la *Imago primi saeculi,* nacen todos los Jesuitas con el casco en la cabeza. Tan desnaturalizado esta el pensamiento co-

El papa Urbano VIII y el general Mucio Vitelleschi, que la habian conducido á este grado de prosperidad, fallecian ambos con algunos meses de intervalo, perdiendo la Iglesia su Pontífice en 29 de julio de 1645, á tiempo que la Compañía habia perdido su jefe el 4 de febrero del mismo año. El P. Sangrins, nombrado vicario general por Vitelleschi, convocó en 21 de noviembre la octava congregacion, que se reunió en el indicado dia, y á la que asistieron veinte y ocho profesos, entre los que se contaban los PP. Florencio de Montmorency, Esteban Charlet, Bartolomé Jacquinot, Gonzalez Mendoza, Tomás Reina, Juan de Mattos, Nuñez Acuña, Esteban Menochi, Francisco Piccolomini, Goswin Nickel, Valentin Mangioni, Eduardo Knott, Francisco Aguado, Pedro de Avales, Gerónimo Vogado, Francisco Pimentel y Claudio Lingendes.

El hijo del duque de Andria, Vicente Caraffa, hombre verdaderamente segun el corazon y el espíritu de la Compañía, fue elegido General en 7 de enero de 1646, por una mayoría de cincuenta y dos votos. Nacido en 9 de mayo de 1585, contaba á la sazon sesenta años. Pero el nuevo Pontífice que daba el conclave á la Iglesia católica era mas anciano que él, y la Sociedad de Jesús no esperaba menos de la robusta vejez de Caraffa, que la Santa Sede podia esperar de la del cardenal Pamphili, que tomaba el nombre de Inocencio X. Luego que subió al solio pontificio, publicó en 1.° de enero de 1646 una constitucion, por la cual ordenaba á los Jesuitas convocar la congregacion general cada nueve años: segun los términos del mencionado breve, *Prospero felicique statui,* no podian dilatarla bajo ningun pretexto; y como por otro lado estaba ya establecida la trienalidad respecto á los cargos de provinciales, visitadores, rectores y superiores, aceptaron sin discusion la órden del Papa, separándose el 14 de abril del mismo año, después de haber promulgado sesenta decretos.

El P. Francisco Turco, general de los Predicadores, habia dado un público testimonio de afectuosa fraternidad á la Compañía de Jesús en la sala capitular de su Órden y en presencia de todos

mo la expresion. *Galeatos nasci oportere;* parécenos que quiere decir que *convendria que naciesen con casco.* Con idénticos ojos ha mirado el texto cuando asegura que: « Todos los Jesuitas son perfectos; que todos abrigan la pureza « de los Ángeles, que la sabiduría mora en la Sociedad, y que aquella dirige á « todos sus individuos. »

los vocales. Así es que agradecida aquella, sancionó el duodécimo decreto en contestacion á sus manifestaciones afectuosas. Después de prescribir á todos los miembros del Instituto una amistosa deferencia hácia los hijos de santo Domingo, les ordena que solo hablasen de la venerable Órden de los frailes Predicadores para elogiarla, y para prestar á sus individuos los deberes de una mutua hospitalidad. Estas dos poderosas Compañías, que trabajaban cada una en su esfera por el sostenimiento de la fe en Europa, así como por su propagacion en el Nuevo Mundo, habian llegado á comprender que les importaba mas coligarse contra un enemigo comun, que no eternizar las contiendas escolásticas. Las preeminencias de escuela y las discusiones teológicas conservaban en algunos corazones cierta irritacion y algunas rivalidades á que no se habian asociado jamás los veteranos de ambas milicias; pero estos debates, en que la erudicion podia tarde ó temprano hacer lugar á sentimientos mas humanos, debian estar circunscritos á unos estrechos límites, con el objeto de sufocar las pasiones en su orígen ó llamarlas á otro terreno. Los hijos de santo Domingo habian tomado la iniciativa, y los de san Ignacio se apresuraron á seguir una marcha idéntica: ambos se encontraban en todos los continentes, y algunas veces la emulacion degeneraba en celos. El citado decreto tendia por lo mismo á confundir á los teólogos y misioneros de ambas Órdenes en un pensamiento idéntico de laboriosidad y concordia.

Vicente Caraffa no estaba destinado á gobernar largo tiempo á la Compañía: después de haber elegido por vicario general al P. Florencio de Montmorency, asistente de Alemania, espiró en 8 de junio de 1649. Reunida el 13 de diciembre del mismo año la congregacion general para la eleccion de un nuevo jefe, salieron empatados en la votacion los PP. Florencio de Montmorency y Piccolomini; pero habiéndose aquella reunido de nuevo en 21 del mismo mes, obtuvo Piccolomini cincuenta y nueve votos de ochenta, y fue nombrado General. Agregáronle como asistentes á los PP. Fabricio Banso, de Italia; Goswin Nickel, por Alemania; Annat, que habia ya desempeñado este cargo bajo el generalato de Caraffa, por Francia; Montemayor, por España, y Brandano, por el Portugal: el P. Esteban Menochi continuó en el cargo de admonitor.

Piccolomini, lo mismo que Caraffa, no hizo mas que pasar por

este trono de humildad y trabajo, y en el que la muerte del jefe no llevaba consigo ningun disturbio, ni podia modificar en nada sus leyes: estaba todo tan previsto, que la accion del General desaparecia cada vez mas, bajo la inteligente obediencia de los subalternos. Reunióse la décima congregacion general de los profesos después de la muerte de Piccolomini, acaecida en 17 de junio de 1651, y el 21 del mismo mes fue elegido por unanimidad el P. Alejandro Gottifredi para jefe de la Sociedad.

El cardenal Juan de Lugo, á quien el brillo de sus talentos y la heroicidad de sus virtudes habian sacado de la Compañía para colocarle en el rango de los príncipes de la Iglesia, y que si era el amigo íntimo de Urbano VIII, no dejaba por eso de ser el padre de los pobres, pronunció el discurso de apertura, glosando por una feliz inspiracion el siguiente texto de Landulfo, citado por el cardenal Hugon [1]: «En el reino de los cielos serémos to«dos llamados Jesuitas por boca del mismo Jesús.»

Aun no se habia disuelto la congregacion, cuando la muerte arrebató á Gottifredi. El 12 de marzo del mismo año entregó su alma al Criador, y el 17 fue nombrado para reemplazarle el Padre Goswin Nickel por cincuenta y cinco votos de setenta y siete. Al dia siguiente dirigió á todos sus hermanos una carta dándoles parte de su nombramiento y añadiendo: «Los dias del hombre «son cortos, y sus proyectos inciertos: bien convincente es la lec«cion que nos da acerca de esta verdad la muerte del P. Gotti«fredi, General de nuestra Compañía, á quien Dios apenas trans«curridos dos meses desde su promocion al generalato, acaba de «llamar á sí, reuniéndole, así lo esperamos, á la congregacion «de los justos.»

La sucesiva pérdida de tres generales, las asambleas de profesos tan próximas unas á otras, solo fueron apercibidas en Roma en el fondo de la Sociedad; mas estos años, que para unos Jesuitas pasaron entre las peripecias del funeral y las elecciones, fueron para los demás hijos de Ignacio una no interrumpida serie de triunfos y martirios.

[1] *In gloria coelesti omnes ab ipso dicemur Jesuitae.* Segun estas palabras tomadas de Landulfo, historiador del siglo XIV, por el cardenal Hugon, en sus *Comentarios sobre el Apocalipsis*, deberá atribuirse á este escritor, llamado *Sagax*, la invencion del nombre de Jesuitas, con dos siglos de antelacion á la Órden de Jesús.

Enrique VIII, Isabel y Jacobo Estuart habian preparado á sus sucesores en el trono fatales calamidades y disensiones sin término. Una vez organizado el protestantismo, el monarca que no sabia ser un tirano ó corruptor, debia resignarse al papel de esclavo coronado. Carlos I no heredó ni los arrebatos coléricos de Enrique, ni las sanguinarias y gloriosas pasiones de la Reina vírgen, ni abrigaba aquella aficion á las disputas dogmáticas y al pedantismo, tan natural en Jacobo. Los últimos años del Rey teólogo fueron, como los primeros, una larga serie de persecuciones y controversias: cuando no se entretenia en mandar asesinar á los Jesuitas ó sumirlos en los calabozos de la torre, discutia con ellos de viva voz ó por escrito sobre las cuestiones eclesiásticas; y si llegaba el caso de que sus argumentos no producian en los ánimos la conviccion que apetecia, se hacia secundar por los carceleros y verdugos; siendo necesaria en mas de una ocasion la intervencion francesa y española para sustraer al rigor de sus torturas á los católicos de la Gran Bretaña. Algunas veces, después de considerar estas intervenciones como una prueba de su pujanza, solia tambien, á riesgo de desagradar á los Puritanos, otorgarles alguna tregua; pero estos favores excepcionales no bastaban á contener los furores del anglicanismo. La lucha no podia ser tampoco mas desigual: los Jesuitas no ignoraban que permanecer en su suelo natal, era sinónimo de condenarse á todos los tormentos del espíritu y á todas las penalidades del cuerpo; pero importándoles conservar la última semilla del cristianismo en el Reino-Unido, se consagraban á todo género de suplicios. Los PP. Tomás Everard, Enrique Mors, Ricardo Holtbey, Francisco de Walsingham, Tomás Strang, Guillermo Bath, Jorge Dillon, James Walsh, Worthington, Eduardo de Nevit, Scot, Haywood y Jungh, inauguraron en los calabozos ó en el caballete, entre las agonías del hambre ó en las miserias de una vida errante, el aprendizaje de las torturas á que va á entregarlos la revolucion inglesa.

Los Jesuitas han hecho todo el sacrificio de su existencia: en sus colegios de Pont-à-Mousson, Douay, San Omer y Salamanca, todos aquellos á quienes la Religion engordaba para el martirio, segun la expresion del cardenal Baronio, solo aspiraban á derramar su sangre por la fe; pero antes era indispensable utilizar este ardor, y crear en favor de los Católicos de los tres reinos

una suerte futura. Apenas salido Percey, mas conocido en Inglaterra bajo el nombre del Jesuita Fischers, de los calabozos de la Torre, cuando emprende la conversion al catolicismo de la madre del favorito de Carlos, el célebre Buckingham, del hombre que todo lo podia con Jacobo, y que estaba destinado á regentar un dia el timon de la Gran Bretaña. Dotada aquella señora de corazon recto y de un verdadero discernimiento de lo justo y verdadero, no tardó en abjurar el anglicanismo, trabajando después de concierto con España y Francia para hacer menos crueles las leyes de proscripcion. Jacobo se hallaba exasperado en extremo al observar los triunfos que el emperador Fernando y los ejércitos católicos conseguian sobre los protestantes de Alemania; al paso que los Anglicanos, que creian deber vengar las derrotas sufridas por el Elector palatino, yerno de Jacobo, y nombrado soberano de la Bohemia por ellos mismos, perseguian en su Isla á los correligionarios de sus vencedores en el Moldau. «El primer cuidado de los Comunes, dice el Dr. Lingard [1], «fue el responder al llamamiento de las animosidades religiosas, «castigando en los Católicos del interior los triunfos que acom«pañaban á los ejércitos del exterior. Reuniéronse á los lores pa«ra comprometer al Monarca á desterrar á todos los refractarios «á una distancia de diez millas de Londres, á reducirlos á oir la «misa en sus casas ó en las capillas particulares de los embaja«dores, y á poner en ejecucion las leyes penales promulgadas «contra ellos.»

Estas leyes penales, que invocadas por el anglicanismo, cubrieron con cierta apariencia de legalidad todos los atentados contra la fortuna y existencia de los individuos, fueron aplicadas con un rigor revolucionario; pero la mayor parte de los Jesuitas se habian sustraido á las medidas inquisitoriales. Ocultos en impenetrables asilos, desafiaban á las investigaciones, ocupándose únicamente en sostener la fe en el corazon de los fieles. Solo una conspiracion existia en Inglaterra, la del puritanismo contra el trono; y no pudiendo implicarlos en los complots, dieron á luz una proclama en 1624, en la que se les ordenaba salir del reino bajo pena capital; mas como la muerte no era para ellos mas que el cumplimiento de un deber, no se cuidaron de obedecer á semejante intimacion. Cuando el 27 de marzo de 1625 dejó de exis-

[1] Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo IX, pág. 281.

tir Jacobo, habia secundado con tal arte los proyectos de la herejía, que su hijo se encontró aislado y sin poder en medio de los entusiasmos y arrebatos de los Independientes.

Carlos I reunia á la vez todas las calidades de un hombre de bien, y todas sus debilidades. Criado mas bien para la vida privada que para dominar las pasiones desde lo alto de su solio, solo sabia ceder á la violencia moral, pretextando que á fuerza de concesiones llegaria á calmar la efervescencia religioso-política. Su equidad natural le inclinaba á la conciliacion, mientras que los *Toris* y los *Wighs*, esos dos partidos creados en el año de 1621, y que iban á verse momentáneamente ofuscados por unos excesos mas en armonia con la turbulencia del populacho, se disputaban el mando, proclamándose cada uno de ellos enemigo de los Católicos. La toma de la Rochela suministró un nuevo pábulo á su exasperacion, que se volvió contra los Jesuitas.

Los Puritanos predicaban la libertad indefinida: Edmundo Arowsmith, individuo de la Sociedad de Jesús, salió de su retiro, y desafiando en 1628 á un combate teológico al obispo de Chester, quedó este vencido; y apelando su falta de lógica al auxilio del verdugo, expió el Jesuita en el suplicio el 7 de setiembre del mismo año el triunfo que su fe habia conseguido. Los Puritanos se mostraban insaciables de sangre y libertad, al paso que sus murmullos, que se transformaban ya en amenazas bíblicas y en predicaciones feroces, arrancaron al Monarca varios decretos, renovando la intolerancia de Enrique VIII é Isabel. Perseguíase á los Católicos en nombre de Carlos I, y juzgando estos que, en la situacion en que le habian colocado su carácter y los acontecimientos, le era imposible obrar de otro modo, trataron de colocarse bajo la real enseña, aun cuando tenian que probar que la conspiracion de la *Pólvora* era obra de algunos individuos. No ignoraban que Carlos I los abandonaria, como lo habia hecho en el Parlamento con la cabeza de Strafford, su amigo y su ministro; sabian tambien que en el campo del Monarca, así como en el de los Independientes, contaban con numerosos adversarios; pero no escuchando el sentimiento de la venganza ni del egoismo, no se dejaron abatir por unas previsiones que debian todas justificarse un dia.

Creyendo los Jesuitas que no les era dado permanecer neutrales en la lucha empeñada entre la revolucion y el trono, después

de aconsejar la accion, quisieron ellos mismos dar á su país una prueba de la fidelidad con que sabian cumplir sus juramentos. Pero esta fidelidad era un crímen á los ojos de las Cabezas-Redondas. Enriqueta de Francia, reina de la Gran Bretaña, habia inspirado á su esposo pensamientos de moderacion que la violencia hacia muchas veces inútiles. Agradecíase á la hija de Enrique IV, cuyo valor fue mucho mas grande que sus infortunios, su poderosa intervencion, que mas de una vez habia provocado contra ella el odio de los Puritanos. Los Católicos y Jesuitas padecian y morian en silencio como para conjurar los desastres. La revolucion reducia la soberanía al último apuro; se declaraba mas fuerte que el principio monárquico representado por Carlos Estuart, y le aisló para que careciese de energía moral y de defensores, en el momento que ella se decidiese á derrocarle: para conseguirlo, empezó por exigir del Rey todos los decretos que autorizaban sus crueldades.

El Parlamento rehusaba votarle subsidios, sitiándole legalmente por hambre para reducirle á adoptar medidas de rigor; mientras que el ministerio, que se hallaba sin recursos, agobiaba á los Católicos con numerosos impuestos. El número de los *recusantes convencidos* ascendia en veinte y nueve condados, segun Butler, al de once mil novecientos setenta. Los consejeros de Carlos imaginaron sacar de ellos el dinero necesario para cubrir los gastos del Gobierno, y cada católico fue condenado á pagar todos los meses una multa de veinte libras esterlinas. Prohibiéronles el derecho de litigar, testar, heredar, tener armas y alejarse á una distancia de cinco millas de su domicilio. Si estas leyes, arrancadas á la debilidad de Carlos I, no se leyesen aun en los antiguos archivos de Inglaterra nos veríamos tentados á poner en duda su autenticidad. Ellas acusan tan alto al anglicanismo y le infaman con tanta justicia, que el Dr. Ricardo Challoner no ha podido menos de decir: «Tal era la iniquidad de la época y la importuni-«dad de los parlamentos; siempre quejándose de los progresos «del papismo, pero apresurando siempre la ejecucion de los «edictos que les llenaban las arcas, y á los que el Príncipe daba «curso, empleando toda especie de vejaciones contra sus súbdi-«tos católicos.»

No creyéndose bastante fuertes los Puritanos para derrocar la monarquía, negociaban con ella y la envilecian con sus transac-

ciones. En el mes de junio de 1642 presentó el Parlamento á Carlos I, residente á la sazon en Yorck, un tratado que debia servir de basa á su reconciliacion, y cuyo artículo 6.° contiene: «Los edictos vigentes contra los Jesuitas, sacerdotes y papistas «recusantes serán rigurosamente ejecutados, sin ningun mira-«miento ni excepcion.»

Necesitábase la sangre de Jesuitas para cimentar esta paz imposible, y el P. Tomás Holland, acusado de alta traicion, ó lo que es lo mismo de pertenecer á la Compañía, fue preso y conducido ante el jurado, donde no teniendo contra sí prueba ni testigo alguno, el procurador le intima que afirme bajo juramento que no es Jesuita. «En nuestra jurisprudencia, contesta Holland, «no se acostumbra que el encausado se disculpe por medio de un «juramento, puesto que las leyes del país no otorgan valor algu-«no á sus juramentos ni á sus palabras. A vos os toca convencer-«me de lo que llamais mi crímen, y caso de no poderlo hacer, «debo ser absuelto.» Los jurados declararon que efectivamente era Jesuita; y sin mas, fue arrastrado sobre la carreta fatal en 22 de diciembre, siendo ahorcado en seguida y descuartizado.

En el momento en que se volvia á renovar la era de las persecuciones, los discípulos de Loyola se ostentaban tan dignos como sus antepasados. Conducido el Jesuita irlandés Rodolfo Corby, cuyo padre y dos hermanos formaban parte del Instituto, ante los magistrados, en compañía del eclesiástico inglés Duckett; y no queriendo, como Holland, dejar un momento de perplejidad á la injusticia del jurado, proclama desde luego que es Jesuita, y escucha con impasibilidad su sentencia, concebida en estos términos: «El culpable será ahorcado, y se le arrancarán las entrañas en «vida; sus miembros serán ofrecidos al Rey, y después serán ex-«puestos en un lugar público.» El embajador de Alemania propuso un canje entre el Jesuita y un general escocés, prisionero de Fernando; pero no consintiendo Corby en ser despojado de la gloria del martirio, señalaron el 17 de setiembre de 1644 para su ejecucion. Esperábala el P. Rodolfo en los júbilos del cautiverio, cuando en la noche que precedió á su muerte se transformó en capilla su calabozo. El presidente de Bellièvre, embajador de Francia en Londres, la duquesa de Guisa y la marquesa de Brossay quisieron recibir su última bendicion. El Padre celebró el santo sacrificio de la misa, confesó, y dió por su mano la comu-

nion á los franceses, que inundaban con piadosas lágrimas sus cadenas, y después de haber pasado la noche en oracion con ellos, marchó impávido al suplicio.

No será esta la última protesta que harán escuchar los plenipotenciarios católicos. Ya en aquella época abandonaban los reyes de Europa á merced de las revoluciones á sus hermanos coronados; y en vez de armarse para destruir al enemigo comun, solo dejaban á sus enviados el triste cuidado de prestar á la virtud un homenaje estéril. El calabozo donde yacia aherrojado el P. Rodolfo Corby habia visto al presidente Bellièvre saludar con respeto al Jesuita que iba á morir en manos del verdugo; mientras que los ministros de Alemania, Francia, España y Portugal se presentaron en vísperas de la ejecucion del P. Enrique Mors, en el que yacia entre cadenas este Padre. Tenia el P. Mors un hermano al servicio del Parlamento, que después de ofrecer una parte de sus bienes para rescatarle la vida, vió rechazada su proposicion por su inexorable amo; y el 1.° de febrero de 1645 subió el encausado al patíbulo, donde murió como un héroe, después de haber vivido como un santo.

Mas, si la hija de Enrique VIII no habia jamás osado confesar que asesinaba á los Jesuitas por el solo hecho de serlo, el Parlamento, dueño ya de los negocios, porque Carlos I habia dado principio á su odisea de negociaciones, mas fatales aun que sus batallas, se creyó bastante osado para no necesitar del disimulo. Sin inventar complots ni buscar subterfugios, proclamó sin rebozo que asesinaba á los Jesuitas para exterminar al catolicismo. «Durante estos años de disturbios, dice Voltaire [1], se mezcló muchas veces el exceso del ridículo con las demasías del furor. Ese «ridículo, que con tanta frecuencia habian echado en cara á los «partidarios de la comunion romana, fue el patrimonio de los «Presbiterianos. Los obispos se portaron como cobardes, pues «que debian morir en defensa de una causa que creian justa; «pero los Presbiterianos obraban como insensatos. Sus trajes, sus «costumbres, sus discursos, sus bajas alusiones á los pasajes del «Evangelio, sus ademanes, sermones, pláticas; todo, en fin, hu«biera merecido, en tiempos mas tranquilos, ser representado en «la feria de Londres, si esta farsa no hubiera sido demasiado as«querosa. Pero desgraciadamente las ridiculeces de estos fanáti-

[1] *Ensayo sobre las costumbres.*

«cos se hermanaban con el furor; de manera que los mismos «hombres de quienes se hubieran burlado los niños, inspiraban el «terror bañándose en sangre, y eran á la vez los mas locos y te«mibles de los hombres.»

¡Cobardes é insensatos! Tales son los títulos que da Voltaire á los revolucionarios de la Gran Bretaña; y estos títulos que tan bien les sientan serán siempre la señal distintiva de todas las insurrecciones que, so pretexto de emancipar al linaje humano del yugo de los reyes y de los sacerdotes, pasarán con sus manos ensangrentadas á predicar la libertad política y la emancipacion religiosa. En medio de aquellos actos de cobardía episcopal protestante, y de estas locuras puritanas, cuyas vergonzosas consecuencias han pesado sobre la Francia en sus dias de horror, los Jesuitas no siguieron el ejemplo de desercion que les ofrecia el anglicanismo. Eran católicos, y se atrevieron á enseñar á los fieles á morir como tales. El Parlamento preparaba sus cadalsos y abria sus calabozos, sumiendo en ellos á los PP. Ricardo Bradley y Juan Gross, y después de cargarles de cadenas les sometieron á todas las privaciones, sin concederles un poco de aire para respirar, un mísero alimento para sostenerse, ni una suficiente extension para dilatar sus encogidos miembros. Mientras que Bradley espira acosado del hambre y los padecimientos en 30 de enero de 1645, se le preparan á Gross inauditos tormentos, entre los cuales sucumbe veinte y ocho dias después, como lo habia hecho dos años antes el P. Cansfeld. Diez meses mas adelante, el P. Edmundo de Nevil, después de haber sido expuesto á los rigores de una noche glacial en una barca, y enteramente desnudo, fue condenado á los tormentos del hambre y de la sed, á los ultrajes de las Cabezas-Redondas y al furor sanguinario de los predicantes, quienes, después de haber agotado el resto de sus fuerzas, le pusieron en libertad. Pero apenas habian transcurrido ocho dias, cuando exhaló este anciano el último suspiro, expiando de esta manera el glorioso crímen de su sacerdocio.

El Parlamento, á la manera que todas las asambleas políticas, era mas implacable en nombre de la igualdad, que todos los tiranos y déspotas en nombre de sus caprichos. Existen mil medios para dulcificar la ferocidad de un tirano; pero no hay ninguno para desembarazarse de las tropelías de uno de esos cuerpos legislativos, en que embriagándose cada individuo con la cólera

general, después de recibirla y duplicarla en los demás, se entrega sin temor á todos los excesos, porque nadie se declara solidario de una corporacion entera, que trata de eludir su misma responsabilidad moral. El Parlamento habia salido vencedor, zanjando la cuestion entre él y el trono en la batalla de Naseby: solo le faltaba á Carlos ser juzgado y morir. Este Príncipe, que solo habia cometido yerros, ostentó en su muerte toda la sublimidad del valor que hubiera debido tener en el trono; pero esta resignacion que, en un hombre aislado, encierra cierto heroismo, no basta en un soberano.

Un monarca no llena su mision con mirar con ojos tranquilos los fúnebres aparatos de su suplicio; no ha sido elevado al solio para tan poca cosa; tiene otros deberes que cumplir, y es preciso que los cumpla, so pena de escuchar la voz de la posteridad vituperando su mansedumbre, y condenando unas virtudes tímidas que han expuesto la corona á calamidades sin cuento. No, Dios no ha hecho á los monarcas para ver rodar sus cabezas por el tablado de un patíbulo; antes de dejarse asesinar como corderos, deben caer sobre las gradas de su trono, ó bañar con su sangre el último campo de batalla concedido á sus súbditos fieles. Carlos I no comprendió que este era el único papel reservado á su honor: envolvióse en el manto de su longanimidad, se dejó tocar por el verdugo, cuando hubiera debido, en defensa de los principios monárquicos, entregar á la venganza de las leyes indignadas á los culpables de lesa majestad. Habia sido tímido é irresoluto en la prosperidad, y se contentó con ser sublime el 30 de enero de 1649 en el cadalso de White-Hall. Pero si una muerte semejante basta á colmar la gloria de un hombre cualquiera, un soberano no indemniza con ella el crímen de su debilidad.

Los Católicos, guiados por los Padres del Instituto, habian hecho en union con los caballeros de la Gran Bretaña todos los sacrificios imaginables, con el objeto de preservar á su patria de este borron sangriento que deplora el pueblo inglés en cada uno de los aniversarios, manifestando un luto público y unos remordimientos solemnes. Esta actitud, tomada por los Jesuitas en la mencionada revolucion, era la única racional y moral. Los protestantes franceses y holandeses quisieron hacerles desempeñar un papel menos bello. Los Jesuitas eran víctimas de todos aquellos Independientes, á quienes Cromwell amoldaba á la victoria y

esclavitud. Los acusaron de haber atizado el fuego de la discordia, y de haber elevado las pasiones republicanas hasta su parasismo, á fin de provocar la confusion, y llegar de este modo á la restauracion de la fe. Pasóse mas adelante; inventáronse á su arbitrio circunstancias imposibles, imaginaron que se habian improvisado los jefes ocultos de las Cabezas-Redondas con el objeto de hacer morir al Soberano, y comunicar á la revolucion inglesa ese sello de crueldad, que no hubiera jamás tenido sin las maniobras de los Jesuitas; y constituyéndose en eco de estos rumores aquel famoso calvinista Pedro Jurieu, á quien la lógica de Bossuet ha inmortalizado al querer ajarle, refiere lo siguiente, en su *Política del clero francés* [1]:

«Un eclesiástico inglés, capellan en otro tiempo del rey Car-«los, abrazó el catolicismo, algun tiempo antes de la muerte de «su amo, insinuándose en seguida de tal modo en la confianza «de los Jesuitas ingleses, que no tardaron estos en participarle «un documento terrible, una consulta contestada por el Papa so-«bre los medios mas oportunos para propagar en Inglaterra la re-«ligion católica. Viendo los católicos ingleses que su Soberano se «hallaba preso y en poder de los Independientes, y queriendo «aprovechar la ocasion para derrocar el dogma protestante y res-«tablecer el *papismo*, concluyeron, que el único medio de reali-«zar su proyecto y anular las leyes que contra él se habian pro-«mulgado, era el de deshacerse del Monarca, y acabar con la «monarquía. Para ser autorizados y sostenidos en esta gran em-«presa, comisionaron á diez y ocho Jesuitas, con el objeto de «que se presentasen en Roma, conducidos por uno de los gran-«des del reino, y solicitasen el dictámen del Pontífice. La mate-«ria fue discutida en varias asambleas secretas, y fue decidido «que era lícito y justo hacer perecer al Rey. Al pasar por Paris «los diputados, consultaron á la Sorbona, quien sin aguardar el «parecer de Roma, habia juzgado que esta empresa era justa y «legítima; y habiendo regresado á Londres, confirmaron en su «designio á los Católicos. Para conseguirlo, se insinuaron los *ce-«losos* en la confianza de los Independientes, disimulando su re-«ligion, y persuadieron á estos hombres que era preciso desha-«cerse del Rey, como en efecto se verificó algunos meses des-

[1] *Política del clero francés, ó conversaciones curiosas; segunda conversacion*, por Pedro Jurieu. (*El Haya*, 1682).

«pués. Pero no habiendo obtenido con la muerte de este pobre «Príncipe los resultados que esperaban, trataron de retirar todas «las copias que se habian hecho respecto á la consulta del Papa «y de la Sorbona. Sin embargo, el referido capellan inglés no «quiso entregar jamás la suya; y se la manifestó, luego del re- «greso de la familia de los Estuarts, á varios sugetos que exis- «ten en el dia, y son testigos oculares de lo que acabo de decir.»

Esta manera de componer la historia, cuyo ejemplo han dado infinitas veces Esteban Pasquier y los antagonistas de la Compañía de Jesús, hace imposible todo género de discusion. El que refiere no se apoya en autoridad alguna, ni cita ningun nombre propio; conténtase con dejar á su calumnia que divague en la inmensidad, persuadido de que por ser impostura no dejará de hallar corazones bastante dóciles para adoptarla, y plumas bastante pérfidas para ponerla en circulacion. Los hombres sensatos rechazaron con desprecio una paradoja, basada únicamente en delirantes ensueños. El calvinista Isaac Larroy, en su *Historia de Inglaterra*, escrita en vida del mismo Jurieu, no tuvo bastante osadía para sostener esta fábula. Mas como si los hombres estuviesen condenados á no salir jamás de un círculo de ideas, la imputacion de Jurieu no dejó de encontrar imitadores. Habia este acusado á los Jesuitas ingleses de excitar hasta el delirio las pasiones de los Independientes, atizando los furores de que no ignoraban serian las primeras víctimas. Los apologistas de la revolucion francesa siguieron el mismo método; y á fin de no manchar con demasiada sangre las manos de los setembristas y asesinos de 1793, resucitaron el mismo tema contra los amigos del órden, de la monarquía y de la paz. Los Padres son los únicos culpables de haber formado á Cromwell, Harrison y Brasdhaw; ellos solamente pudieron inspirar á Milton su feroz *Defensa del pueblo inglés*, y nadie mas que ellos enseñaron á los Independientes á degollar á los Católicos, y á torturar á los Jesuitas. Jurieu no se lanza en la senda del absurdo, deja este cuidado á sus herederos.

Ya no existia Carlos I; la Inglaterra se proclamaba república; la libertad hizo salir de sus entrañas un hijo del pueblo á quien la victoria, el genio y el crímen invistieron con una autoridad ilimitada; en una palabra, Oliverio Cromwell iba á reinar en la Gran Bretaña con el título de protector. Como todos los hombres que toman por asalto el poder derrocando la monarquía, debia

el dictador burlarse de las mismas leyes que habia sancionado, de los derechos que habia consagrado, y del pueblo por quien habia combatido. Empero, no hallándose todavía en el apogeo de su criminal gloria, diéronle los Católicos vencidos la Irlanda para que la pulverizase, á la manera que se le arroja á un hambriento perro la última res para que la devore; y el usurpador condujo la desolacion al seno de las ciudades como al interior de las campiñas, bañándose en la sangre de aquellas poblaciones católicas. Habíase propuesto obligarlas á la apostasía; pero en todas partes halló mártires, y en ninguna un perjuro.

Dos años antes, el 13 de setiembre de 1647, los Cabezas-Redondas de Cromwell habian inaugurado su dominio, bañándose en la sangre de siete mil católicos irlandeses. El Jesuita William Boyton habia hecho de la ciudad de Cashel un templo para la virtud y un asilo para la desgracia: un gran número de familias, huyendo de las armas inglesas, se habian refugiado con él en una iglesia, denominada la Roca de san Patricio. No ignora el Jesuita que esta multitud infortunada va á ser víctima de la Religion: pero sabe que tiene necesidad de un consolador, y sin atender á mas, se encierra con ella, y el 15 de junio de 1649 muere como ella y con ella, bajo la espada de los Independientes. Cansado ya el Protector de asesinar, da principio á la época de las proscripciones. Después de promulgar el Parlamento un decreto, por el que debian ser expulsados los Católicos de Dublin y de Cork, sanciona la pena capital contra cualesquiera que se propasase á proporcionar un albergue bajo su techo, aun cuando no fuese mas que por algunos minutos, á un sacerdote de la Compañía. Mientras que los PP. Roberto Netervil, Enrique Cavel y Juan Bath fallecen víctimas de la crueldad revolucionaria, el P. Vorthington, provincial de Inglaterra, sucumbe al mismo género de muerte. *La Santa República Britana* proclamaba la libertad, al paso que se convertia en perseguidora: oyósela declarar en sus púlpitos y en el seno de su Parlamento, que todo individuo tenia derecho á servir á Dios segun el impulso de su conciencia; mientras que el 26 de febrero de 1650 comentaba á su modo esta tolerancia la hipocresía de los legisladores, ofreciendo por medio de un acta oficial las mismas recompensas que otorgaba la ley á los agentes de la fuerza pública que prendian á los salteadores, á los que descubriesen el asilo de un Jesuita oculto, ó denuncia-

sen á sus encubridores. Habíase elevado el espionaje al rango de las virtudes cívicas: habian llegado á abusar de tal modo de la esclavitud en la libertad, que las propiedades y las fortunas ajenas no fueron en adelante mas que una burla [1]. Apoderáronse de todos los Jesuitas; sumiéronlos en los calabozos, y ejecutaron al P. Pedro Wright el 20 de mayo de 1651. Cromwell solo era sanguinario por ambicion. Su poder se robustecia con el envilecimiento y degradacion de las Cámaras. Quiso desviar de sí la odiosidad de estos suplicios, y mandó deportar al continente á los prisioneros. «Mas si los Independientes fueron menos crueles que «los Presbiterianos, dice Lingard [2], los igualaron al menos en ra-«pacidad, pues aplicaron con la severidad mas activa y obstina-«da las leyes de secuestro y confiscacion.» «Difícil seria decir, «añade, quién padecia mas, si las familias afortunadas que se «vieron reducidas á un estado de indigencia, ó los colonos, cria-«dos y artesanos, que negándose á pronunciar el juramento de «abjuracion, se vieron privados de las dos terceras partes de lo «que habian ganado con el sudor de su rostro, y hasta de sus «muebles y vestidos.»

La ley revolucionaria proclamaba que todos los ingleses estaban facultados para servir á Dios segun su conciencia. Todos podian entregarse á todas las bacanales religiosas que puede inventar la locura humana en sus dias de entusiasta ignorancia; solo los Católicos estaban exceptuados de esta pragmática. En Inglaterra los despojaban de sus propiedades, haciéndolos esclavos del derecho comun, y en Irlanda se extendia la persecucion sobre una escala mas vasta. Ya en el año de 1651 no quedaban mas que diez y ocho Jesuitas en este reino: habiendo perecido unos á manos de sus asesinos; otros, como el P. Patricio Lea, sepultando á los difuntos, ó bien consagrándose al socorro de los apestados, como los PP. Jacobo de Valois y Jorge Dillon en Waterford, y como el P. Dawdal, y el hermano Brion, en Ross.

Testigo de estos desastres la décima congregacion general, no

[1] En la misma época apareció un edicto por el que se permitia á los Protestantes apoderarse arbitrariamente de los caballos pertenecientes á las familias católicas. No podian estos poseerlos por mas valor que el de cinco libras esterlinas; de manera que cualquiera protestante tenia derecho á coger el caballo de un católico do quiera que le encontrase, con tal de desembolsar esta módica suma.

[2] Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo II, pág. 208 y siguientes.

quiso abandonar la Irlanda á la suerte que la reservaban los ingleses. Los Puritanos habian llegado á comprender que el martirio era mirado por los Jesuitas como una recompensa que servia de eterna predicacion á los irlandeses; y en su consecuencia dejando á un lado los asesinatos, se contentaron con proscribir, seguros de que viéndose privados de sacerdotes, se verian precisados los católicos de Irlanda á olvidar, en la miseria á que se les reducia, al Dios que adoraban y á la religion que confesaban. Este cálculo no dejaba de ser profundo; pero no tardó en frustrarlo la congregacion general, promulgando un decreto, por el que se ordenaba á cada una de las provincias formar un Jesuita irlandés, y tenerle siempre dispuesto para pasar á su patria. Los edictos de Cromwell tenian visos de selváticos, pues proscribian á los Jesuitas, y tendian á embrutecer á los Católicos. Los discípulos de Ignacio que pudieron sustraerse al destierro, y los que hallaron medio de ingresar en este país de desolacion, se refugiaron en las montañas, y descendieron á lo interior de los bosques, donde, en medio de las privaciones de toda especie, enseñaron á sus conciudadanos el arte de mostrarse valerosos y sufridos.

Allí, unos sucumbian de hambre, como el P. Juan Carolan; otros perecian á la violencia del frio; vióse uno, que durante un año entero pasó su mísera existencia, á imitacion de san Atanasio, en la tumba de su padre. La mayor parte de ellos divagaban errantes por los lagos insalubres, ó habitaban en el fondo de las cavernas. Los Católicos conocian sus asilos, sabian que estos sacerdotes vigilaban por su virtud, y no ignoraban que permanecian allí para sostenerlos en las luchas en que debian combatir, y combatian efectivamente por medio de la perseverancia. Se les habian quitado todas las armas; las tropas del Parlamento acampaban en sus ciudades y asolaban sus campos; y siéndoles imposible recurrir á la fuerza contra la opresion, resistian á las atrocidades del enemigo por medio de la fe. Cromwell, aunque omnipotente, veia salir fallidos sus planes: habia puesto en juego todos los resortes de la astucia y el poder para prohibir á los Jesuitas el acceso á esta desolada Isla, y los Jesuitas renacian como el fénix de sus cenizas, y conservaban en ella el fuego sagrado.

No pudiendo el despótico dictador conseguir el privar á los Católicos de sacerdotes que arrostran todos los tormentos para fortalecerlos, quiso al menos arrebatar el rebaño á los Jesuitas. Es-

tos osaban aun poner el pié en Irlanda menospreciando sus decretos; él se propuso vengarse deportando á la generacion naciente, y haciendo de este país un vasto desierto. Después de vender á un vil precio á los míseros parvulillos, se les embarca y se les deporta á las colonias conquistadas por la Gran Bretaña; y para llenar el vacío que dejaban, introdujeron á los Anabaptistas en las principales poblaciones de Irlanda. Todo lo habian empleado Cromwell y sus parlamentos, todo lo habian consumido para destruir la fe en el corazon de esta Isla; pero esta misma fe, que los Jesuitas cimentaba con su sangre, y que en una comunidad de dolores legaban á sus prosélitos como un consuelo y una esperanza, triunfó por último de sus perseguidores.

En tanto que los católicos de Inglaterra é Irlanda expiaban su crímen de fidelidad religiosa, la Francia, escapada apenas de las convulsiones de la Liga, se fraccionaba en campos rivales; y, bajo la bandera de dos príncipes de la Iglesia, trataba risueña de marchar hácia una nueva era de revoluciones. La Fronde que nacia, Mazarini que se levantaba contra el cardenal de Retz, Pablo de Gondi, y los príncipes de la sangre fraccionados entre sí, combatian por bagatelas que no merecian la pena. Corrian á las armas por la insignificante fruslería de una cinta ó de un folleto; deponíanlas por una cuarteta ó por una intriga de camarilla, para volverlas á tomar sin conviccion y sin gloria por unas causas tan fútiles como las anteriores; y gastando en estos complots mas ingenio que pólvora, sustituia el epigrama á la espada, y sucedia la sátira á las inspiraciones apasionadas de los predicadores de la Liga. Trocados al mismo tiempo los papeles, veíase á los generales mas afamados, á los hombres mas circunspectos, los Condé, Turena y La-Rochefoucauld, suspirar por los poemas eróticos, y abandonar al cargo de sus mujeres la direccion de los negocios y combates. Venia á ser una agitacion sin motivos, una ambicion sin objeto, y unos acontecimientos sin carácter ni resultado. Los Jesuitas no tomaron parte alguna en estos asuntos, y permanecieron neutrales, entre las corteses astucias de Mazarini y las ingeniosas turbulencias del Coadjutor; y como en vez de tratarse de una cuestion de principios se ponia en juego otra de vanidades, se contentaron con permanecer fieles al rey menor, prosiguiendo en el fondo de las provincias las misiones que debian corroborar el espíritu cristiano.

Juan Francisco de Regis, nacido el 31 de enero de 1597 en Fuencubierta, en la diócesis de Narbona, y llamado desde su infancia á ese apostolado de regeneracion que tan opimos frutos ha dado á la Iglesia, á pesar de hallarse en estado de aspirar á los honores, por estar enlazado con las familias Segur y de Plas, solo aspiró á formarse en la piedad, bajo la direccion del P. Lacasse, y luego de concluido su noviciado, pasó á evangelizar á las campiñas, haciéndose el amigo de los pobres. San Ignacio de Loyola habia conocido, así como sus sucesores, que para restaurar el catolicismo y devolver á las costumbres su antigua pureza, era indispensable empezar por hablar al corazon y al espíritu de los pueblos, y organizaron las misiones en España é Italia; Enrique IV aprobó el plan que el P. Coton le presentó, y pronto pudieron los Jesuitas franceses, tanto en su reinado como bajo el mando de Richelieu, restablecer entre las clases medias de las provincias aquella fe tan llena de pudor y probidad, contra la que han sido cási impotentes las depravaciones cometidas durante la regencia de Felipe de Orleans y las saturnales de la revolucion de 1793. Habian tomado los Jesuitas la iniciativa, y á principios del siglo XVII encontraron gloriosos imitadores entre unos hombres animados de un mismo pensamiento católico. Pedro de Berulle, Vicente de Paul, Francisco de Sales, Eudes, Coudren, Abelly, Fourier, el Pobre Sacerdote, Nobletz y Olier, y mas adelante Bossuet y Fenelon, hicieron descender los raudales de su elocuencia sobre las campiñas. Los PP. Seguiran, Gonthier, Bordes, Rigoleu, Baillos y Medaille [1], daban y recibian el ejemplo de los anteriores. Mas el que en esta época realizó mas grandes cosas en las misiones, fue sin contradiccion el P. Francisco de Regis, á quien la Iglesia agradecida ha colocado en el número de los Santos.

Sabia muy bien este Jesuita que para inocular el Evangelio en la plebe, y arrancar las preocupaciones y los vicios, toda la estrategia de un orador debia limitarse á una vida ejemplar, á una

[1] El P. Pedro Medaille, conocido en el mundo religioso por sus misiones en Velay, Auvernia, Aveyron y en el Delfinado, habia concebido el proyecto de fundar, en union de Enrique Maupas, obispo de Puy, una Congregacion de viudas y doncellas dedicadas á la instruccion, bajo el nombre de Hermanas de san José. Este proyecto ya estaba ejecutado en parte, cuando Lucrecia de la Planche, señora de Joux, mandó llamar á Puy á las mujeres que Medaille destinaba á este género de vida, las dió un asilo, y consolidó su establecimiento.

caridad de todas las horas, y á una sencillez en que se oculta el saber bajo las apariencias humildes. Como desde luego se habia destinado á los pobres, supo rebajar su inteligencia para realzar ante Dios á sus groseros oyentes; y cuando en el retiro y en la soledad se hubo preparado á sus oscuros afanes, se le vió, á fines de 1631, inaugurar su carrera apostólica. Hijo del Mediodia, quiso consagrarse á sus compatriotas, siendo la pequeña ciudad de Sommieres la primera que escuchó sus palabras. Y no se limitaba su mision á extirpar los vicios: en medio de aquellas ricas comarcas habia tomado asiento la herejía, y deseando exterminarla de raíz alentando el celo de los Católicos, después de crearse un arma de su humildad, se resignó á todo género de afrentas y penalidades: hízose el servidor del indigente, el médico del enfermo, el tesorero del pobre, y el hermano de los que padecian; abnegacion continua y elocuencia fascinadora, que debieron producir por precision una impresion profunda en el ardoroso corazon de los meridionales. Después de haber sometido á la Religion todas las comarcas colindantes con Nimes y Montpeller, le llamó el obispo de Viviers, Luis de la Baume de Susse, á su diócesis, donde apenas quedaba vestigio alguno del catolicismo. Las guerras civiles habian demolido sus iglesias, y solo reinaba la herejía ó el desenfreno en los corazones de sus habitantes. Accediendo el P. Francisco á los deseos de este Prelado, se presenta en su diócesis, y de mision en mision, de villa en villa, y de aldea en aldea recorre enteramente este país devastado.

Érale preciso sostener crudos combates y terribles pruebas: ultrájanle en el púlpito, calúmnianle en el mundo, y tratan de entrabar su accion por todos los medios imaginables; pero Regis permanece inalterable: ni las fatigas de esta peregrinacion oratoria, ni los peligros á que se ve expuesto á cada paso, ni los cuidados que le ofrece la caridad, ni los vicios que debe combatir, ni los obstáculos que encuentra incesantemente, nada es suficiente á intimidarle ó aterrarle, nada es capaz de abatir su ánimo. Después que ha conseguido renovar al Vivarés, pasa lleno de celo al Velay. Testigos las poblaciones de los prodigios que obraba, le miran, no como á un hombre que se dirige á sus semejantes, sino como á un ser descendido del cielo; siguen todos sus huellas, escuchándole con recogimiento, y aceptan sin vacilar, y aun con júbilo, sus lecciones y sus consejos. El mismo cle-

ro se conmueve á los acentos de aquella voz á la que prestan una autoridad sobrenatural las mismas virtudes del orador. Apenas hacia nueve años que habia emprendido su tarea, y viendo ya dos provincias regeneradas, corre presuroso á la conquista de nuevos triunfos: iba á dar principio á una nueva mision en la de Louvesc, cuando el 23 de diciembre de 1640 cayó agobiado de fatiga. «Estaban los caminos tan espantosos, dicen las actas de su cano-«nizacion, que el santo hombre se vió precisado muchas veces á «romper el hielo con las manos para franquearse un paso; arras-«trándose otras sobre sus manos y piés, ora encaramándose so-«bre escarpadas rocas, ora subiendo por senderos estrechos y res-«baladizos circundados de precipicios, con un riesgo continuo de «caer en profundos abismos.»

Ocho dias después sucumbia al exceso de sus afanes apostólicos el P. Francisco, y entregaba en manos de su Criador un alma que le habia consagrado toda entera. Santo durante el transcurso de su vida, habia muerto con las señales características de santo. El pueblo del Vivarés y Velay quiso anticiparse á la Iglesia en el culto que la gratitud ansiaba tributar á la memoria del Jesuita; estrecháronse los pueblos en derredor de su tumba, y testigos los arzobispos y obispos del Languedoc de las maravillas obradas por su intercesion, escribian al papa Clemente XI, con fecha 12 de enero de 1704, sesenta y cuatro años después de su muerte, en estos términos: «Nos damos el parabien y nos felici-«tamos á nosotros mismos, al ver que Dios nos ha dispensado el «alto honor de hacer nacer entre nosotros un hombre apostólico, «dotado del don de los milagros, de suerte que podemos excla-«mar con el Profeta: *Regocijaráse el desierto y florecerá como el lirio, «porque serán abiertos los ojos de los ciegos, y los oidos de los sordos. «El cojo correrá como el ciervo por los valles, y la lengua de los mudos «será desatada.* Porque nosotros mismos vemos con nuestros pro-«pios ojos renovarse estos prodigios sin cesar sobre las desiertas «montañas de Louvesc: nosotros somos testigos de que ante el «sepulcro del P. Juan Francisco de Regis los ciegos ven, los co-«jos andan, los sordos oyen, y los mudos hablan, esparciéndose «el rumor de estas maravillas por todas las naciones. Quiera el «cielo, Santísimo Padre, que por juicio supremo de vuestra San-«tidad este hombre de Dios aumente el número de los Santos, á «quienes la Iglesia tributa su culto.»

En el mismo año de 1640, y mientras que el P. Francisco exhalaba su último aliento, el P. Julian Mannoir emprendia en favor de la Bretaña, su patria, lo que aquel acababa de consumar en favor de la suya. Este Jesuita, nacido el 1.º de octubre de 1606 en San Jorge-de-Raitambaut, habia visto los esfuerzos de Nobletz y otros misioneros para sacar á esta provincia de la corrupcion é ignorancia en que la habian sumido las guerras civiles; é impulsado por aquel amor al suelo natal que jamás se borra en los corazones, especialmente en los de los hijos de este país, despues de ceder á otros los peligros desconocidos, los trabajos literarios, las negociaciones terrestres y los triunfos oratorios, hizo voto de consagrarse á su patria; y durante los cuarenta y tres años de su apostolado, no hubo una aldea de la Bretaña Baja, ni una roca del Océano, ni un solo páramo que no escuchase la palabra del Jesuita. Así en las ciudades como en las islas cási salvajes, se le oyó excitar á la virtud y á la piedad, viniendo á ser su voz un agente poderoso que recordaba á las poblaciones sus costumbres primitivas y sus santas creencias; mientras que estas poblaciones, sobre las que han pesado tantas calamidades políticas, conservan aun en el dia la sencillez de sus tradiciones y el recuerdo del Jesuita, que habia enseñado á sus antepasados á vivir y morir en el servicio de Dios.

La Compañía de Jesús amaestraba hombres para todas las luchas, al paso que contaba individuos en todos los continentes; teníalos en Irlanda, Inglaterra y Provincias-Unidas, que combatian lo mismo que en la China y en el Japon. El P. Francisco Veron, el indomable atleta de las controversias, imponia silencio á los ministros de Ginebra; Gonthier y Langeron hacian ingresar en el redil de la Iglesia á Huet, padre del sabio obispo de Avranches, y á La-Grange, jefe de una de las familias mas ilustres del Vivarés. Otros Jesuitas obtenian la abjuracion del príncipe Eduardo, de Luisa María Holandina y de los dos hijos del Elector palatino, yerno de Jacobo Estuart, que habia sido uno de los que habian promovido la guerra de los Treinta años. Los Padres se vengaban convirtiendo al hijo y á la hija; pero aun les estaba reservada otra satisfaccion mas brillante. Cristina de Suecia, heredera del gran capitan luterano, iba bajo su inspiracion y la de René Descartes, su discípulo de La Flecha, á aceptar el catolicismo, contra el que habia combatido Gustavo Adolfo con tanta gloria militar.

Cristina reinaba sobre un pueblo guerrero; y sus gustos estudiosos, su pasion por las ciencias, y su apego á las artes y á la libertad, la hacian insoportable el peso de la corona de Suecia. Distraíase del fastidio de la grandeza en las conversaciones de Grocio, Descartes, y Pedro Chanut, ministro de Francia en su corte; pero no teniendo de mujer mas que las menos cualidades posibles, y abrigando por otro lado un espíritu voluble, que se sentia incómoda en el trono, y de un corazon ardiente, y dispuesto siempre á ceder á un capricho de amor, ó á una verdad demostrada, gustaba de provocar los combates intelectuales y tomar parte en ellos. El tratado de Westfalia la colocaba en el rango de las primeras soberanas de Europa; pero debia este rango á la herejía, y esta nada decia á su alma, dejando en ella un vacío, y ni aun satisfacia á su razon. En esto llegó á Stockolmo el P. Antonio Macedo, natural de Coimbra [1], Jesuita que habia conducido la fe á las costas del África, y que agregado ahora á la embajada de José Pinto Pereira, en union del P. Juan Andrada, en calidad de secretario, tuvo por conveniente vestirse en traje de seglar, como en otro tiempo lo habia hecho Possevino, para no ofender la suceptibilidad de los Luteranos. Por la modestia de su continente, por su vida retirada y por la profundidad de sus conocimientos en materias religiosas, sospecha Cristina que bajo el disfraz de secretario de embajada se ocultaba un Jesuita, y buscó ocasion de conversar con él á solas. Macedo, que espiaba con ansias este momento, descubre á la Reina el misterio de que estaba envuelto, y se hizo misionero en la corte de Suecia, como lo habia sido entre los negros del África. Cristina, que tenia un juicio recto, reconoció fácilmente lo absurdo del culto reformado, y le prometió abjurar su error, aun cuando su abjuracion debiese costarla el sacrificio de su corona.

Habiendo exigido de Macedo al salir de Stockolmo que la remitiese otros dos Jesuitas capaces de ilustrarla [2], hízoselo saber el Jesuita al vicario general Goswin Nickel, y este diputó á los

[1] Antonio Macedo era hermano del célebre franciscano Francisco Macedo, que tante parte tuvo en la revolucion de Portugal, y que legó al mundo literario ciento nueve obras impresas y treinta manuscritas. Este sugeto habia sido antes Jesuita: pero no ligando con el Instituto su carácter orgulloso y colérico, se separó de él amistosamente, permaneciendo amigo de los Jesuitas hasta la muerte.

[2] Bayle, *Diccionario histórico-crítico*, art. Macedo.

PP. Pablo Casati y Francisco Molinio, profundamente versados ambos en las matemáticas y en la teología, que fueron á consumar la obra de Macedo. Disfrazados ambos Jesuitas de mercáderes, se embarcaron en Venecia, arribaron á Stockolmo, y secundados en su celo por el católico genio de Descartes y por la buena fe de Cristina, se decidió la hija de Gustavo Adolfo á renunciar á la herejía, abdicando el trono, para seguir con mas desahogo las inspiraciones de su conciencia. Pero este grande espectáculo y este grandioso ejemplo ofrecido á la faz del mundo, y del que fueron los motores el gran Descartes y los Jesuitas, no bastó á dar á la Reina todas las virtudes en herencia. Cristina perseveró en la fe que habia abrazado; mas no siempre se mostró cristiana en la práctica. En medio de su agitada vida, durante la cual retrocedió mil veces á sus sangrientos arrebatos de despotismo, y pasiones, por decirlo así, vagabundas; á través de sus proyectos de ambicion de gloria, de viajes, de soledad y de trabajo, permaneció siempre fiel á la Iglesia católica.

Hemos dicho mas arriba que después de algunos acontecimientos, medio religiosos, medio políticos, los Jesuitas fueron expulsados de Venecia. Habia transcurrido la mitad de un siglo desde que Fra Paolo, aliado de los Calvinistas franceses, ginebrinos, y Presbiterianos ingleses, habia arrastrado al Dux y á una parte del Pregadi á su idea de protestantismo, cuya principal exigencia era la expulsion de los Jesuitas. No consintiendo los venecianos asociarse por mas tiempo á un complot, cuyos fautores habian descendido á la tumba, accedieron sin dificultad á los deseos del papa Alejandro VII (de la familia Chigi), que habia solicitado la restauracion de la Compañía de Jesús en la república veneciana; porque el luteranismo empezaba ya á concentrarse á la sazon en su propia esfera, y le habia llegado la época en que no podia aspirar á nuevas conquistas. Los Jesuitas, que á pesar de la proteccion de Enrique IV, y del soberano Pontífice, tuvieron que sufrir un destierro que la herejía quisiera que hubiese sido eterno, regresaron por último á sus posesiones; y en el momento se entregaron al olvido los odios y los edictos de una generacion pasada, para no recordar sino los servicios que la Sociedad habia prestado y podia prestar aun en el Adriático; pudiendo felicitar el Papa en estos términos á la República y al Dux, con fecha 28 de enero de 1657:

«Nuestros muy queridos hijos y nobles personajes, salud y «apostólica bendicion. Vuestras noblezas han llenado mi corazon «y mi espíritu de un excesivo júbilo por medio de los despachos «en que me manifestais haber recibido á los religiosos de la Com«pañía de Jesús en vuestra ciudad y en todos vuestros dominios. «Vosotros habeis emprendido y terminado con un celo y alegría fi«lial, solo á persuasion y á instancias nuestras, este asunto tan lle«no de dificultades, y tantas veces intentado, aunque en vano, has«ta el presente; de suerte que habeis inundado nuestra alma de «gozo, y nosotros por nuestra parte, os abrazamos en el espíritu, «y con los sentimientos de afeccion del mas tierno padre. Porque «no solamente hemos recogido el fruto preciosísimo de vuestro res«peto y adhesion á la Santa Sede, sino que esperamos que vues«tra ciudad los recogerá abundantes y muy duraderos de esos re«ligiosos que son efectivamente buenos, verdaderos y fieles servi«dores de Jesucristo. Esperamos que ayudados por vuestra bene«volencia, se mostrarán dignos de su santo orígen, y circundarán «vuestra ciudad floreciente de un nuevo muro, instruyendo á la «juventud, y trabajando en la gloria de Dios.»

El mismo dia en que el Pontífice remitia este breve á los venecianos, en reparacion de una larga injusticia debida á las previsiones de los Calvinistas, el general de la Órden, Goswin Nickel, escribia á todas las provincias de la Sociedad dándolas parte de este suceso, y expresándose de este modo: «Hásenos otorgado este regreso sin «gravámen ni condicion de ninguna especie[1]; restituyéndonos ade«más todos los bienes que poseíamos anteriormente en esta repú«blica.» Los Jesuitas habian sabido esperar; se habian sacrificado por el catolicismo y la Santa Sede, como tambien la República les tenia en cuenta los ultrajes de los Protestantes, y querian vengarlos de la herejía, ofreciéndoles cuanto habia perdido su Instituto.

[1] Hé aquí cómo explica Antonio Arnauld en sus *Memorias*, tomo XXXIV, serie II, pág. 235 (edic. Petitot) la reintegracion de la Compañía: «Los Jesui«tas, dice, se aprovecharon de las urgentes necesidades de la república para «ser acogidos en Venecia, mediante el desembolso de gruesas sumas.» Esta asercion no se halla justificada por Arnauld, ni se halla vestigio alguno en los archivos de la República, así como ni en los de la Sociedad. Lo que tal vez ha podido dar orígen á este aserto, es la promesa de socorro contra el Turco que hizo el Papa á los venecianos; pero seria difícil hallar un acto de venalidad en esta promesa tan natural en un Pontífice, y en la que están igualmente interesadas la política y la Religion.

El generalato de treinta años de Vitelleschi, como los de Caraffa, Piccolomini y Goswin Nickel, habian producido grandes resultados, pues sirvieron para enlazar á la Compañía con los nombres mas ilustres. Hasta entonces habia encontrado protectores en las casas mas nobles; pero pocos habian sido bastante humildes para resignarse á una vida de privaciones, peligros y abnegacion. Cuéntanse algunos, como los Borja, Gonzaga y Aquaviva, los que rompiendo con el mundo, se sometieron á una vida, cuyo único término de reposo se limita á una ignorada tumba en algun rincon de Europa, ó en el fondo de los desiertos de América. No sucede otro tanto en el generalato de Vitelleschi, y sucesivos. Cada familia que contaba ya en su patria con una ilustracion lanza á la Compañía de Jesús un individuo, segura de que el Jesuita añadirá un nuevo floron á la auréola que se ha granjeado este nombre célebre por sus hazañas militares, ó por sus servicios civiles. Así es, que recorriendo los archivos de la Compañía, hallamos no sin asombro tanto número de personajes, que ya en las misiones como en la enseñanza, en la ciencia como en la caridad, se señalaron por los beneficios que prestaron á la humanidad.

Italia, Francia, España, Alemania, Polonia, Inglaterra, todas estas regiones han suministrado celebridades en el período corto de cuarenta y cinco años. De un lado vemos á Carlos de Lorena, que renunciando al obispado de Verdun y á los honores de la púrpura que le esperaban, ingresa en el noviciado de los Jesuitas, donde encuentra á Fabio Albergatti, Orsini y Jacobo Sertorio; del otro encontramos al duque de Bracciano, Alejandro de los Ursinos, que emparentado con los Médicis, y cardenal á los veinte y dos años, abandona las dignidades eclesiásticas, y abraza el Instituto.

Francisco de Beauvau, Walpole, Justiniani, los dos Suffren, los dos Pimentel, Chiaramonte, Juan de la Bretesche, Gonfalonieri, Guillermo de Metternich, Francisco Boufflers, tres Borghese, Antonio de Moncada, Truschez, dos Piccolomini, Santiago de Lavalliere y Pedro Gottau de Friburgo, tres Spínola, dos príncipes de Mean, Lord Gordon y de Nobili, Brienne, Gregorio, Hermann Hugo, Max de Wurtemberg, Everardo de Merode, de Ossat, Tomas Holland, Pedro de Sesmaisons, Antonio de Padilla, Gil de Santa Ildegunda, cinco Gaetano, Visconti, Pablo Far-

nesio, dos Doria, Trevisani, de Carné, Marini, César de La Tremouille, Francisco de Machault, Felipe Contarini, Marcos Garzoni, Gussoni, Montalto, Terranova, Altieri, Patrizzi, Rubempré, Conrado de Gaure, Alburquerque, Tavora, Meneses, Cabral, Lobo, Silva, Rodriguez de Villaverde, dos de Arcos, Luis de Velasco, Pedro Manrique, Gabriel de Lerma, Francisco Porto-Carrero, Verthamon, Escipion Coscia, Trausmanstorff, Herberstein, Nicolás Lanciski, Guillermo de Campenberg, Fernando Palfi, Bernardo Thanhausen, Nicolás Radkai, Kuesten, Micinski, Ventadour, Kriswski, Vilcanowski, Tisckiewitz, tres Valsh, Luis de Gourgues, Galiffet, Norogna, cinco Mendoza, Courtenay, Santarem, Tolgsdorff, Phelippeaux, Libersaert, Spinelli, Britto, Aubigny, Konisek, Antonio de Médicis, dos Montmorency, Sotomayor, Zea, Pedro Talbot de Shrewsbury, Rodriguez Mello, Jacobo de Fuentes, Aguado, Jimenez, O' Mahoni, Guzman de Medinasidonia, Pignatelli, Grimaldi, Aranda, Mascareñas, Rougere, Dillon, de L' Angle, Pallavicini, Sandóval, Vasconcellos, Lugo, Almazan, Durazzo, Critton, Berg, Caprara, Langeron, Chanowski, Jorge Giedroyez, de la familia de los príncipes de Lituania, Rougemont, Conti, Casimiro de Polonia y Lelio Gracchus, desertaron todas las pompas mundanas, se sustrajeron á los placeres y honores, y se consagraron á esa existencia que no tenia para ellos mas atractivo que el de un peligro continuo.

Unos, como el P. Guillermo de Metternich, evangelizaron su patria; otros, como Francisco Boufflers, murieron asistiendo en los hospitales á sus hermanos, á quienes sus parientes condujeron á la victoria. Entre estas notabilidades históricas, los habrá que siguiendo las huellas del P. Lavalliere, se lanzarán hácia el Oriente para predicar la fe á aquellos pueblos sentados en la sombra de la muerte, y que en la primavera de su edad, sucumbieron como él á los afanes de su caridad; otros consagrándose á la soledad, donde formarán á los novicios, como el P. Florencio de Montmorency, que se sepultó en la oscuridad y en el fondo de las bibliotecas, para rescatar ante Dios las glorias mundanas de que su nombre habia pasado á ser el eco.

Todos estos favoritos del nacimiento, de la fortuna y de las grandezas, no tienen mas que dar un paso, dirigir una sonrisa, ó expresar un deseo para ver satisfecha su ambicion. Eran ricos, y se hicieron pobres; agregaban el poderío de la cuna á los esplen-

dores del ingenio y al prestigio de un valor hereditario; pero hollando todo el brillo que deslumbra á los mundanos, y arrancándose á las maternales caricias y á los ambiciosos ensueños de un padre, han recorrido todos la senda que las Constituciones de la Órden trazaron á los Jesuitas. Consagráronse todos ellos á todos los géneros de martirios, ora arrostrando en los campos de batalla una muerte que solo podian recibir; ora despreciando en los desiertos del África la mordedura de los reptiles ponzoñosos y demás fieras selváticas y feroces; ora tolerando las torturas del hambre y de la sed, y se han expuesto gustosos á las envenenadas flechas del indio, y á la feroz estupidez del salvaje.

En un tiempo en que los nombres ilustres ejercian un poderoso influjo, semejante multitud, reunida de todos los puntos de Europa para engrosar las filas de la Compañía de Jesús, debió con precision hacer brillar sobre ella el reflejo de todas las glorias nacionales; mucho mas cuando cada reino vió á las primeras familias consagrar alguno de sus miembros al Instituto: entonces cada reino aprendió á amar á los Jesuitas, porque en su Sociedad contaban hijos, cuyas grandezas habia adoptado su patria: entonces, siguiéndolos al otro lado de los mares, se interesaron en sus peligros, aplaudieron sus trabajos, honraron sus talentos, los saludaron durante el período de su existencia, y los elogiaron después de su muerte. Era aquello una vasta aglomeracion de votos y sacrificios que, dejando á un lado las rivalidades de pueblo á pueblo, los confundió á todos en un mismo sentimiento. La Órden de Jesús era cosmopolita, y mientras que la dejaron caminar bajo el impulso de su propia fuerza, se dirigió á todas las naciones, y todas las naciones la contestaron.

Cuando el calvinista Mr. Guizot, en su *Historia de la civilizacion en Europa*, llega á ese primer período de la Sociedad de san Ignacio, desaparece en él lo historiador y lo filósofo, para dar lugar al discípulo del reformador de Ginebra, y poniendo en parangon la reforma protestante con la Compañía de Jesús, dice [1]:

«Nadie ignora que el principal poder instituido para luchar con-
«tra ella (la Reforma), ha sido la Órden de los Jesuitas. Echad
«una ojeada sobre la historia: en todas partes han malogrado sus
«empresas; do quiera que han empleado su intervencion á sus an-

[1] *Historia de la civilizacion en Europa*, por Mr. Guizot, pág. 363 y siguientes.

«churas, han acarreado la desgracia de la causa en que se han «mezclado: en Inglaterra han perdido á los reyes; en España á los «pueblos. El curso general de los sucesos, el desarrollo de la ci«vilizacion moderna, la libertad del ingenio humano, todas las «fuerzas, en fin, contra quienes habian sido llamados á luchar los «Jesuitas, se han sublevado contra ellos, y los han vencido. Y no «solamente han encallado ellos, sino recordad por un momento «los medios de que se han visto precisados á valerse: nada de «esplendor, nada de grandeza; no han provocado grandes suce«sos; no han puesto en movimiento numerosas masas de hom«bres; por el contrario, solo han obrado por medio de intrigas y «manejos subterráneos, oscuros, subalternos, y de ningun mo«do aptos para sorprender la imaginacion, y conciliarles ese in«terés público inherente á las grandes cosas, cualquiera que sean «su principio y su objeto. El partido contra quien luchaban, por «el contrario, no solo ha vencido, sino que venció con brillo y «majestad. Este partido ha consumado cosas grandes y por gran«des medios: ha sacado á los pueblos de su letargo, ha llenado «la Europa de hombres grandes, ha cambiado á la faz del sol la «suerte y la forma de los Estados, y en una palabra [1], todo ha

[1] Ha derrocado, debiera decir, á unos monarcas que no tenian otros defectos mas que la ineptitud, la impericia en el conocimiento de los que rodeaban su trono, la indolencia, ó quizás la demasiada lenidad ydulzura, para enseñar á los incautos pueblos, á esos pueblos acreedores en justicia á que se les diga la verdad, á servir de escala á otros mil tiranos para que asciendan al poder, lanzándolos, en seguida de apoderarse de la presa, el miserable y descarnado hueso que se le arroja al perro tras el opíparo banquete. Sí, ha inspirado á unos cuantos famélicos el pensamiento mágico de libertad é independencia, para que poniéndole en juego en los dias de la revolucion y de la anarquía, transmigre el sudor del pobre artesano, del laborioso colono, del sencillo labrador, del infatigable artista, y para decirlo de una vez, el sudor de las masas, á manos del intrigante, del perjuro, del egoista, del incesante declamador de los *derechos* del pueblo, mientras no ve satisfecha su hambre, colmada su ambicion y saciada su sed de tesoros; pero que lanza después un puntapié á la escala que le sirvió de ascenso al puesto que ambicionaba. ¡Abre bien los ojos, pueblo incauto, rompe ya el velo que ofusca tu vista, distingue bien tus intereses! Ese tribuno que hoy declama en tu presencia en favor del principio seductor, mágico, risueño, fascinador y halagüeño de libertad é independencia, es otro tirano en gérmen, que trata de emplearte como instrumento de su elevacion, para entregarte al olvido y á la miseria; es una nueva sanguijuela que anhela chuparte lo poco que te dejaron sus predecesores en el arte de la intriga, y un futuro déspota que empleará en tu exterminio las mismas armas con que

«estado contra los Jesuitas, la fortuna y las apariencias. Ni el «buen sentido, que aspira al triunfo, ni la imaginacion, que ne-«cesita brillo y fama, han sido satisfechos por su destino. Y sin «embargo, nada es mas cierto; han tenido épocas de grandeza; «una gran idea va agregada á su nombre, á su influencia y aun «á su historia. Y es que sabian lo que hacian y lo que anhelaban, «y que han tenido un claro y distinto conocimiento de los prin-«cipios segun los cuales obraban, así como del objeto á que ten-«dian; es que poseian la grandeza del pensamiento y la magnitud «de la voluntad, salvándose así del ridículo tan natural á los re-«veses obstinados como á los medios mezquinos. Allí, por el con-«trario, donde el acontecimiento ha sido superior ó mas potente «que la idea, ó donde parece haber faltado el conocimiento de «los primeros principios y de los últimos resultados de la accion, «ha quedado cierto vacío, cierta inconsecuencia y cierta estre-«chez, que ha colocado á los mismos vencedores en una especie «de inferioridad racional y filosófica, cuya influencia se ha deja-«do algunas veces sentir en los mismos sucesos.»

No pertenece ciertamente á la historia el entrar en discusion sobre teorías mas ó menos fundadas: el historiador no puede como un orador ó un sectario violentar las inducciones para sacar de ellas un principio verdadero; así como ni deducir consecuencias falaces de un hecho averiguado. Hemos expuesto sin animosidad los sucesos concernientes al primer siglo de la Compañía de Jesús; y sin ocuparnos de las contradicciones que la verdad, en pugna con el espíritu de partido, acaba de arrancar al eminente publicista, debemos, no obstante, consignar aquí un pensamiento que acudirá á cualquiera por poco que á reflexionar se detenga.

En todos tiempos será y ha sido mas fácil desencadenar las pasiones que comprimirlas. Los Protestantes, como todas las herejías celosas del triunfo de su sistema, acudian, con la lisonja en los labios y la corrupcion en los corazones, á inocular en los pueblos las ideas de emancipacion y de pillaje; y apelando á un mismo tiempo á la libertad en favor de su causa, y á la esclavitud contra los demás, se arrogaban todos los derechos, el de creer y el de

ayer le elevaste. Aprende, repetimos, á conocer tus intereses; aprende á conocer tus hombres. El principio no puede ser mas augusto ni mas santo; los que le proclaman no son todos justos.

negar, el de usurpacion y el de sacrilegio, el de confiscacion é inmoralidad. De manera que los hombres que caminaban resueltamente contra el torrente de tantas pasiones, conducidas á su parasismo por la esperanza de la fortuna, han debido por precision sucumbir mil veces en la lucha, antes de llegar á soñar un solo triunfo en presencia de semejantes doctrinas, que en todos los tiempos y ocasiones hallarán corazones que las adopten, voces que las preconicen, y brazos que las defiendan. El protestantismo rompia por todo; nada le importaban las tradiciones de la Iglesia ni los recuerdos monárquicos: anhelando aclimatar sus doctrinas, desconcertaba la marcha de los siglos; calumniaba el catolicismo con el objeto de exterminarle; servíase de los vicios del clero, para hacer de la Iglesia universal una prostituta; acariciaba las inclinaciones depravadas, con el santo fin de crearse un broquel de ellas, y su posicion habia llegado á ser inexpugnable: desde la humilde choza del artesano y desde el albergue del indigente ascendia á las gradas de los tronos; reyes y pueblos, letrados é ignorantes, criminales ó virtuosos, todos eran arrastrados á su paso.

Los Jesuitas, empero, no retrocedieron á vista de este torrente al que era indispensable poner diques, ó al aspecto de una sociedad que aspiraba á suceder á la antigua, á quien trataba de matar sofocada en sus brazos. No tenian á su disposicion otras armas que el consejo y la palabra: el primero, escuchado por los soberanos con distraccion, y condenada la segunda á una impotencia relativa sobre las masas, porque amantes estas de lo nuevo y de lo imprevisto, solo exigian hallar en sus dominadores ó en sus doctores unos panegiristas del desórden, dispuestos siempre á incensar á sus vicios. Ahora bien, ¿es cierto que los Jesuitas hayan sido vencidos por todas partes después de una lucha de ciento veinte años que acabamos de bosquejar?

¿No han arrancado de las garras de la herejía á la Polonia, Hungría, Bohemia, Moravia, Silesia, Baviera, Austria, una parte de los cantones suizos y las provincias rinianas? ¿No han rechazado de Italia y Francia el calvinismo que empezaba ya á inocularse en el corazon de estas dos potencias católicas? ¿No han sido los promotores de la educacion? ¿No han enseñado al clero la regularidad y disciplina? ¿No han conservado en Inglaterra el gérmen que se desarrolla con tanto vigor, y que ha pasado en Ir-

landa, después de trescientos años de martirios, á ser una revolucion legítima? ¿No han conducido el Evangelio y la civilizacion á todos los rincones del globo? ¿no han combatido, en fin, enseñado, padecido, é inmolado sus vidas por el principio cristiano?

Si han llevado á cabo todo esto; si por la sola fuerza de la persuasion han podido realizar tantas cosas; si sin mas palanca que la Cruz, y sin otro apoyo ni auxilio que el de la Santa Sede y el clero, han podido estrechar los triunfos de la herejía; y si dividido en la actualidad el protestantismo, solo logra encerrar en sus templos corazones sin unidad, ingenios que se estacionan en una revolucion intelectual; ¿deberémos divinizar al luteranismo y calvinismo porque sublevaron las masas, y sentaron como una necesidad de todos los tiempos la rebelion contra la autoridad?

Hasta la época actual ha podido ser un crímen absuelto por el tiempo el impulsar á las masas á la insurreccion; pero este crímen ha sido mas fácil que venturoso: hanse visto hombres sin energía y faltos de virtudes consumar por medio de una bajeza lo que el protestantismo adopta como un título de honor; pero siempre será una gloria bien mezquina la que resulta de remover la hez popular, de lisonjear la inconstancia de sus caprichos, y de provocar sus ambiciones, con el objeto de formarse un pedestal de todas esas ignominias, que se desprecian ó se comprimen despues que han elevado á un sugeto al poder. Estimular á los miserables al robo y al pillaje, á los indigentes á la saciedad de riquezas, al vicio particular al desenfreno público, y al pueblo á la licencia, no será jamás la obra de un ser pensador; pero es bello, es magnífico el lanzarse á través de las pasiones, cuando estas han llegado á desencadenarse; es mas bello, mas grande todavía luchar contra ellas, escudar la muchedumbre, compartir sus infortunios, ilustrar su ignorancia, enseñarles la felicidad que resulta de la obediencia á las leyes, y domesticar sus tendencias, al paso que se las prepare gradualmente á la emancipacion cristiana.

Los Jesuitas han caminado por esta escarpada senda, y por mas terrible que fuese su aspereza, han enseñado á las naciones á seguirla. Comparando los medios de influencia empleados por ambos antagonistas, no puede uno menos de convenir en que el protestantismo juzga con parcialidad, cuando se empeña en ne-

gar la luz que tanto brilla; pero existe una justicia superior á los ultrajes de partido, que debe reducir á su justo valor las ambiciones é intereses contrarios, y esta justicia está en la historia.

No hay duda que los anales de los Jesuitas son excepcionales. Aunque proceden del claustro, tienen un gran punto de contacto con el mundo, y se apoyan por un lado en la escuela, y en el púlpito por el otro. La Compañía marcha algunas veces en la sombra, por senderos subterráneos, y se sirve de medios terrenos para llegar á un fin religioso; pero encuéntrasela á cada paso con los piés inundados en sangre, y esta sangre es la que ella ofrece; de sus venas la han sacado siempre sin poder jamás agotarla.

Al erigirse el protestantismo en dictador de doctrinas, y al quererlas sentar sobre una basa sólida, ha contado con cuanto constituye la fuerza de los nuevos cultos; todo ha estado de su parte, excepto la verdad. Ha contado en sus filas héroes y genios, príncipes destituidos de piedad, y entusiastas á quienes no aterraba el imponer ó dar la muerte, como ni tampoco el recibirla. Aquí ha combatido por la intriga, allí por la audacia; se le ha visto amenazar á los tronos y sostenerlos, calumniar á los pueblos y adular á sus adversarios; ha sido ardiente y flexible, perseguidor y perseguido, verdugo y víctima. ¿Y á dónde le ha conducido todo esto?

Los discípulos de Loyola, á pesar de las coaliciones de la fuerza bruta, y en despecho de los odios sordos, han conseguido aclimatar el principio católico; y si las revoluciones han arrancado de sus tronos á los soberanos que se habian constituido sucesivamente sus adversarios ó sus amigos; si estas mismas revoluciones han sumergido en el naufragio monarquías de la Órden de Jesús, vendida por estos mismos reyes, ciertamente que el protestantismo no se atreverá á reclamar por sí solo una gloria tan triste.

Así pues, es preciso mirar esta cuestion, no bajo el punto de vista del triunfo material, sino del moral. Los Jesuitas no ambicionaban crearse una fama que les hubiera proporcionado una gloria culpable; no aspiraban á la celebridad, ni ansiaban granjeársela á toda costa: no tendian á *conciliarse ese interés público que*, segun el escritor calvinista, *es inherente á los grandes resultados, cualquiera que sea su objeto y principio*. ¡Fatales expresiones, que un retórico puede muy bien echar á la multitud para atraerse los aplausos de la corrupcion social; pero que el hombre de Estado debe

maldecir como un manantial de crímenes, y como un poderoso cebo tendido á los groseros instintos!

Los Jesuitas no se han dejado deslumbrar por ese brillo impostor; pero ¿deberá imputárseles como un crímen esta sagacidad, propia de una sociedad bien organizada? ¿No han obtenido mas de lo que pudieran haber esperado, y aun mas de lo que hubieran podido humanamente soñar? ¿No legaron á la Iglesia católica muchos mas pueblos que los que la arrebataba la herejía de Lutero y Calvino? En los archipiélagos y continentes del Asia, África y América fundaron nuevas cristiandades, que, aun en el dia saludan á la cátedra de san Pedro como á la norma de su fe; en Europa fecundizaron el amor á la virtud y á las bellas letras; asociáronse á todas las ideas de caridad, y pusieron en práctica todas las obras que tendian á mejorar la condicion de los hombres. Si en este conjunto de acciones; si en esta incesante lucha, que ha humillado á la herejía, al paso que ha vivificado la unidad católica, no se deja ver nada de brillo, nada de esplendor y grandeza; creemos al menos que el calvinismo no podrá menos de convenir en que han ostentado los Jesuitas un valor continuo, una abnegacion constante y un entusiasmo por la fe evangélica, cuyo principio puede muy bien ser desconocido por los ambiciosos, pero cuyas consecuencias deben bendecir todos los Cristianos, sea cual fuere la secta á que pertenezcan.

CAPÍTULO XXVI.

El jansenismo.—Jansenio y Duvergier de Hauranne, abad de San-Cyran.—Sus caractéres.—Intrigas de San-Cyran.—Motivos de su odio contra los Jesuitas.—Procura atraer á su partido al cardenal de Berulle, á Vicente de Paul, á los Oratorianos y Lazaristas, con el objeto de oponerlos á la Sociedad de Jesús.—Vista su repulsa, gana en favor de su causa á las religiosas de Port-Royal-des-Champs.—La madre Angélica y el *Rosario secreto* del santísimo Sacramento.—Atácanle los Jesuitas.—Constitúyese San-Cyran su defensor.—Compone este el *Petrus Aurelius*, y Jansenio el *Mars Gallicus*.—Muerte del obispo de Ipres.—Somete al juicio de Roma su tratado inédito del *Augustinus*.—Política de San-Cyran para acrecentar el número de sus prosélitos.—Las mujeres y los grandes señores.—Los primeros solitarios de Port-Royal.—Prision de San-Cyran en la cárcel de Vincennes.—Antonio Lemaître y su humildad.—Constituciones de Port-Royal.—Antonio Arnauld y Sacy.—Procúranse los Jesuitas algunos ejemplares del *Augustinus*.—Piden que este libro sea privado antes que se publique.—Idea fundamental del *Augustinus*.—Atacan la obra los Jesuitas belgas y franceses.—Defiéndenla los Jansenistas.—Condénala la Santa-Sede.—Antonio Arnauld ingresa en la liza.—El P. Sesmaisons y la princesa de Guemené.—El libro de la *Frecuente comunion*.—El P. Petavio y Arnauld.—El Jesuita Nouet y su retractacion.—Declaracion de san Vicente de Paul.—Muerte de San-Cyran.—Reemplázale Singlin.—El jansenismo pasa á hacerse de moda.—Método de enseñanza de los Jansenistas.—Sus libros elementales.—Sus grandes hombres.—Logran seducir á varios obispos.—Biografía de los discípulos de Jansenio.—Hácese discípulo suyo el cardenal de Retz.—Toman parte en la Fronde.—La universidad abraza las doctrinas del jansenismo.—El Dr. Cornet y las cinco proposiciones.—Confedéranse la Sorbona, los Jesuitas, Mr. Olier y Vicente de Paul.—El *jansenismo confundido*, y el P. Brisacier.—Condena promulgada por el coadjutor contra aquel Padre.—Se niegan Olier y Abelly á leer en cátedra el acta del coadjutor.—Envian los Jansenistas á Roma á tres de los suyos.—Diputacion del clero francés.—Es condenado el jansenismo.—La madre Angélica y los Jansenistas acogen bajo la proteccion de su virtud los vicios del cardenal de Retz.—Por su medio se hacen dueños de la diócesis de Paris.—Arnauld y la Sorbona.—Provoca Arnauld la primera *Provincial*.—Biografía de Pascal.—Las *Provinciales*.—Entusiasmo que producen.—Silencio de los Jesuitas, y los motivos que les impulsan á guardarle.—Sagacidad de Pascal.—El probabilismo y el probabiliorismo.—Consecuencias de ambas opiniones.—Teófilo de Corte y Alfonso Ligorio.—Aconsejan los Jansenistas sucesivamente el libertinaje, el asesinato y la rectitud de intencion.—Condena el Parlamento

las *Provinciales.* — Contesta á ellas el P. Daniel con las *Conversaciones de Cleanto y Eudoxia.* — Creacion del consejo de conciencia. — El P. Annat. — El jansenista Fouquet. — Hardouin de Perefixe, arzobispo de Paris, y Bossuet, quieren distraer de sus ideas á las religiosas de Port-Royal. — Los PP. Annat y Ferrier negocian con Gilberto de Choiseul, obispo de Cominges. — Cartas de este último al obispo de Angers, Enrique Arnauld. — Son dispersados los solitarios y las religiosas de Port-Royal. — Relacion de la *madre Angélica de San Juan.* — Nicole y el canciller Le Tellier. — Rompe Arnauld el tratado de paz, por ser obra de los Jesuitas. — El arzobispo de Sens y el obispo de Chalons, pacificadores. — Paz de Clemente IX. — *La Moral práctica de los Jesuitas.* — El abate Pontchateau y Arnauld. — La *Perpetuidad de la fe* y los *Ensayos de moral.* — Arnauld y Nicole. — Causas de division entre los obispos y Jesuitas. — Excomúlgalos el arzobispo de Sens. — Persíguelos en Grenoble el cardenal Le Camus. — Acúsalos el obispo de Pamiers. — Sus debates con D. Juan de Palafox. — Este y los Jansenistas. — Carta de Palafox al Papa. — ¿Por qué Palafox no ha sido canonizado? — El cardenal Callui en presencia del consistorio en 1722.

La Sociedad de Jesús acaba de luchar en Europa con el luteranismo y calvinismo sin conseguir mas que debilitar aquella formidable herejía, que fraccionada en mil sectas diferentes, y marchando bajo distintas enseñas, reducia al mas completo silencio sus odios y ambiciones, cuando se trataba de atacar á la Iglesia. Las armas de Gustavo Adolfo y de Bernardo de Weimar, secundadas por la política de Richelieu, la habian conquistado en Alemania el derecho de ciudadanía; al paso que del seno de tantas pasiones puestas en movimiento no tardó en surgir una innovacion religiosa. Lutero, Calvino y sus adictos, se habian separado con violencia de la comunion romana, habian roto el yugo de la fe católica para inaugurar la libertad de exámen y el triunfo del pensamiento individual, y no habian perdonado medio para desarrollar aquella crísis. Ya no era posible provocar otra sublevacion tan estrepitosa. Mas presentáronse en la arena otros nuevos hombres que, con máximas menos absolutas, trataron de colocarse entre ambos campos, con el objeto de hacer revivir por medio de eternas discusiones los sistemas teológicos sufocados por la guerra de treinta años, y por la espantosa voz de las batallas. A estos hombres se les llamó Jansenistas, del nombre del obispo flamenco que dió orígen á esta secta, con su obra titulada el *Augustinus.*

Nacido Jansenio por los años de 1585 en la villa de Ackoi en Holanda, pasó á cursar la teología en el colegio de los Jesuitas

de Lovaina, donde, habiendo solicitado su admision en el Instituto, y no habiendo sido oidos sus ruegos, se declaró desde luego su antagonista, ya que no le habian querido por hermano. De la escuela de los Jesuitas corrió á la de Jaime Bayo, que en la cátedra que regentaba en la universidad, resucitaba del polvo las doctrinas de su tio. Las ideas son como las pasiones; modifícanse y se transforman, pero no se dan por vencidas hasta que se hallan cercioradas de su impotencia. Belarmino y Toledo habian forzado á Miguel Bayo á una retractacion, la cual obtenida por ambos Jesuitas, fue para los discípulos del canciller universitario un nuevo motivo de desconfianza y animosidad contra los Jesuitas. Mancomunóse el prurito de la discusion con el orgullo ajado, y del bayanismo muerto en la cuna nació un nuevo error.

En Lovaina tenia Jansenio por amigo y condiscípulo á Juan Duvergier de Hauranne, nacido en Bayona por los años de 1581, y mas conocido en la historia por el abate de San-Cyran. Aleccionados estos dos jóvenes en las escuelas de Bayo y del canciller Janson, en la interpretacion de las obras de san Agustin, que á la sazon servian de palenque á todos los novadores, se entusiasmaron por las doctrinas del doctor de Hipona, por creerlas capaces de suministrar á su odio abundantes argumentos contra las teorías escolásticas de la Órden de Jesús. Difíciles fueron los principios de su carrera: emprendieron viajes, estudiaron; y viviendo separados unas veces, y reunidos otras, jamás perdieron de vista el plan y el objeto que su encono les propusiera, participándose mutuamente sus trabajos, así en sus entrevistas como en su correspondencia. Seguíale Jansenio con aquella flema germánica, que á veces encubre una obstinacion invencible; mientras que su colega de Hauranne, ardiente y fogoso siempre, é incesantemente dispuesto al combate, no concedia un solo instante de treguas á su ingenio quisquilloso y á los continuos raptos de su fantasía. Venian á ser ambos el cuerpo y alma de este negocio. Jansenio, dialéctico mas cerrado, se encargó de elaborar la doctrina que esperaban diseminar, en tanto que el segundo debió contentarse desde luego con un papel adecuado á su carácter movedizo. La idea fue obra de Jansenio; San-Cyran la desarrolló, y la buscó y le proporcionó adeptos. Aun no habia visto la luz pública el *Augustinus*, y la fama de sus bellezas literarias habia ya divagado por todos los círculos de su intimidad, en los que, mer-

ced al genio intrigante del abate, se proclamaba este libro como un prodigio de perfeccion y de genio, que, sin embargo no pasaba de ser un árido comentario de san Agustin, ó mejor dicho, una tesis sobre la predestinacion y la gracia; tesis mil veces debatida, y mil veces resuelta. Mas, como en el abate era, digámoslo así, una especie de necesidad el presentarla como una maravilla del genio, no perdonó medios para conseguirlo aun antes de su publicacion. «Muchos sugetos distinguidos por su piedad y erudicion, tanto seglares como regulares, dice Liberto Fromond en la *Vida de Jansenio,* su maestro, le estimulaban á este trabajo, temiendo que el mencionado libro, que sus adictos comparabán con la Vénus de Apeles, quedase por concluir, si la muerte llegaba á cortar el hilo de los dias á su autor.»

La doctrina del futuro obispo de Ipres, como todas aquellas cuya última palabra es un arcano, elevada al apogeo de la sublimidad por San-Cyran, no pudo menos de suscitar do quiera prosélitos, que trató de elegir el abate entre las clases mas elevadas de la sociedad; y á fin de hacer mas seguro su triunfo, no perdonó medio alguno, hasta forzar su semblante grave y severo á simular adulaciones y lisonjas, cuyo precio duplicaba su reputacion de hombre austero. Sin pasar á divulgar sus designios, después de construirse un pedestal cerca de los magnates y prelados de sus interesados elogios, supo manejar de tal modo la intriga, que llegó á granjearse numerosos apoyos tanto en la corte como entre los individuos del clero, y en el interior de las provincias, á quienes recomendaba la discrecion, como si les hubiese confiado sus planes. *Occulte, propter metum Judaeorum:* ocultadlo por temor de los Judíos; *esos pajarracos son temibles*, era su consigna [1]. Los Judíos á quienes aludia eran los Católicos, y especialmente los Jesuitas.

Un maravilloso trabajo se obraba á la sazon en Francia. Derrotado el calvinismo, marchaba la Iglesia con rapidez en pos de gloriosos destinos. El abate que, como su colega, no aspiraba sin duda á romper con la unidad católica, conoció sin demora que, ya en los institutos religiosos como entre los eclesiásticos seculares, no dejaria de hallar hombres de erudicion y energía, y bastante fuertes para dar á su sistema una sancion pública. Solo aspiraban á despertar cuestiones que la sabiduría de los Pontífices,

[1] *Interrogatorio sufrido por San-Cyran en Vincennes, y publicado por un jansenista en* 1740.

y la prudencia de los Jesuitas y Dominicos habian dejado adormecer en las congregaciones de *Auxiliis*. Jansenio y San-Cyran, así como todos los que se dejan llevar de una idea, debian ir mucho mas léjos del punto que habian previsto. Si en un principio cedieron á un impulso de escuela, ó bien al deseo de presentarse como eruditos antagonistas de los teólogos de la Sociedad, este deseo, no obstante, que autorizaba el estudio, y que la erudicion agregada á la fe podia contener en sus justos límites, fué degenerando poco á poco en animosidad. El orgullo se apoderó de aquellos ingenios vigorosos, y el odio que profesaban á los hijos de Loyola les arrastró á tocar el extremo á que jamás habian creido llegar.

El cardenal de Berulle y Vicente de Paul acababan de crear dos congregaciones, en que el talento, asociado á una piadosa abnegacion, engendraba prodigios; y persuadido San-Cyran de que tal vez en el corazon de ambos sacerdotes podria abrigarse un sentimiento de emulacion, ó quizás de celos, y que sabiendo hacerle vibrar pudiera muy bien inocular en él sus doctrinas; seguro ya de poseer cierta afinidad científica con Richelieu, obispo de Luzon, cuya elevacion presentia, trató de formarse unos vínculos mas estrechos con el fundador del Oratorio y con el padre de los Lazaristas. Empezó, pues, por sondear á Berulle, y cuando se formó la ilusion de que sus principios no serian rechazados, consultó á Jansenio sobre si seria oportuno dar un golpe decisivo. El teólogo belga, que no tenia la cabeza tan exaltada como el sacerdote bearnés, y que no se alimentaba como él de ilusiones, ni tomaba las quimeras como realidades, contestó á su amigo, con fecha 2 de junio de 1623, en los siguientes términos: «Semejan-«tes sugetos son muy particulares cuando abrazan algun negocio «por su cuenta: por esto creo que no seria cosa de poca monta el «que mi obra fuese secundada por alguna congregacion semejan-«te, porque una vez empeñados, serán capaces de caminar con-«tra viento y marea; pero juzgo mas del caso que no mencioneis «el *Augustinus* al General del Oratorio; paréceme que aun no es «tiempo.»

La sagacidad del doctor de Lovaina evitaba una derrota al abate. El carácter de Vicente de Paul, que bastaba á inspirar confianza á primera vista, la amistad que profesaba al apóstol del jansenismo aun en gérmen, sus ideas de perfeccion, todo en fin

contribuia para creer que el fundador de las Hijas de la Caridad no se mostraria tan rebelde á sus insinuaciones como el cardenal de Berulle, y de aquí tomó un pretexto para franquearse un acceso á su corazon por medio de la lisonja; pero en el momento en que el abate se hubo quitado la mascarilla, rompió Vicente con él, y escribió á Origny [1] en estos términos: «Hé aquí la manera con «que me habló San-Cyran un dia: —Dios me ha dado y me da «grandes luces; me ha hecho conocer que hace ya quinientos ó «seiscientos años que no existe la Iglesia. Antes de esta época la «Iglesia se asemejaba á un gran rio, por el que traia aguas cris-«talinas y puras; pero ahora lo que parece ser la Iglesia no es «mas que fango. El álveo de este rio es aun el mismo, pero no lo «son las aguas. —Ese mismo pretexto, le contesté, ha servido de «basa á todos los heresiarcas para apoyar sus errores... y le cité «el ejemplo de Calvino. —Calvino, me replicó, no obró mal en «todas sus empresas; pero se defendió mal.»

Estas palabras fueron suficientes para abrir los ojos á Paul, quien en adelante solo miró en San-Cyran un eclesiástico perjudicial, de quien se separó públicamente. Viendo el embaucador frustradas sus primeras tentativas, y conociendo los obstáculos contra los que le era indispensable luchar para suscitar en favor de su causa partidarios en las congregaciones de hombres; obstáculos que le parecieron desde luego insuperables, probó otro plan. Después de haberse visto obligado á estudiar las debilidades de la humanidad con el objeto de reclutar prosélitos á su coalicion teológica, se dirigió á los institutos de mujeres, visto que el clero se resistia á sus seducciones. Las religiosas estaban, segun él, dotadas de una imaginacion entusiasta, y dispuesta, por la soledad y aislamiento en que yacian, á recibir toda especie de impresiones; y como las juzgaba materia mas idónea para aceptar la impostura, que lo podian ser unos sacerdotes envejecidos en su ministerio ó en las controversias, parecíale tambien posible inspirarlas cierta dósis de entusiasmo en favor de las innovaciones. Al darlas cierta importancia en el mundo, no era difícil esperar que semejante espectáculo llamaria vivamente la atencion de la multitud.

[1] Carta de san Vicente de Paul, del 25 de junio de 1648, á Mr. de Origny, sacerdote de la Mision. Hállase en su *Vida*, escrita por Abelly, obispo de Rhodez.

En las inmediaciones de Chevreuse, ó bien en un valle distante seis leguas de Paris, existia un monasterio de vírgenes, sometidas á la regla de san Benito, y cuyo establecimiento habia tomado el nombre de Port-Royal, porque habiéndose extraviado en una cacería Felipe Augusto, fue hallado en este sitio por los que le acompañaban en ella [1]. Enrique IV habia nombrado á principios del siglo XVII para esta abadía á Angélica, una de las hijas del famoso abogado Arnauld. Angélica, jóven, hermosa é instruida, utilizaba estas cualidades en su propia perfeccion y la de sus hermanas, emprendiendo con ardor la reforma de su comunidad, cuyas reglas y disciplina se habia relajado en gran manera á consecuencia de las discordias intestinas. Consagróse como ella, su hermana menor, la madre Inés, á aquella vida de abnegacion y humildad, granjeándose cási una gloria mundana con el esplendor de sus virtudes. En 1624 su reputacion habia llamado tan gran concurso de novicias, que fue indispensable tratar de proveer al acrecentamiento de la piadosa familia. Sentíase Angélica llamada á representar su papel en un teatro mas vasto: la abadía de Port-Royal-des-Champs no la permitia ya la libre respiracion; y dos años después tuvo por conveniente cambiarla por la de Port-Royal de Paris, en el arrabal de San Jaime.

El obispo de Langres, Zamet, que profesaba á esta mujer extraordinaria una profunda veneracion, de que habia dado ejemplo san Francisco de Sales, la habló de crear un nuevo Instituto, cuya idea principal fuese la adoracion perpetua del santísimo Sacramento. Angélica acogió con avidez esta idea, componiendo de concierto con su hermana el *Rosario secreto del santísimo Sacramento,* en el cual, ya fuese error ó cálculo, dejó traslucir algunas opiniones bastante aproximadas á la doctrina que Jansenio y San-Cyran intentaban resucitar. Los Jesuitas, para quienes no era por cierto una recomendacion el nombre de Arnauld, atacaron desde luego este escrito, y le censuraron con acrimonia, dando lugar á que declarada la guerra se lanzase como un tercero en discordia, ó mas bien como un auxiliar de las religiosas de Port-Royal, el mencionado abate. Verdad es que las hijas de Arnauld no le conocian, y que jamás habia tenido con ellas ninguna clase de relacion espiritual; pero como ellas disfrutaban de una incontestable reputacion de virtud, como eran tan célebres

[1] *Memorias de Difossé*, lib. I.

en el mundo como en el claustro, admirábaselas, y ellas mismas se engolfaban á plenas velas, y aun á insabiendas, en el piélago de sus teorías. Persuadido de Hauranne que en el fondo de este suceso existia todo un porvenir de polémica contra la Compañía, y aun acaso el triunfo de su pensamiento agustiniano, defendió con toda la vivacidad que le inspiraban tantos pensamientos apenas concebidos, la obra de las religiosas de Port-Royal; y despues de haberse constituido su asesor, pasó á improvisarse su director y su oráculo. La madre Angélica ejercia sobre su familia y sobre una parte de los cortesanos un ascendiente, debido tanto á la superioridad de su virtud, como á la de su talento: al paso que imperaba sobre la voluntad de su hermano Andilly, uno de los hombres mas amables de Paris, imponia la suya á los protectores que daba á su monasterio; así es que, una vez posesionado el abate de la confianza de esta mujer, no le costó gran dificultad iniciarla en sus proyectos de reforma. Con el objeto de conservar el fuego que habia insuflado en aquellos corazones ascéticos empezó por recomendarlas el secreto: rodeóse de misterios; mandólas que entregasen á las llamas sus cartas despues de haberlas leido, para no traslucir el mas débil vestigio de los medios que empleaba [1]; llegando á fascinar de tal modo al P. José, por el influjo que disfrutaba cerca de la abadesa de Port-Royal, y al que su hipócrita fisonomía y sus ardientes expresiones le habian conquistado, que el engañado religioso le confió sin vacilar la direccion de las religiosas del Calvario [2]. San-Cyran se valió de los mismos resortes que habia puesto por obra en Port-Royal, y por consiguiente, obtuvo los mismos resultados. Pero apenas tuvo ocasion el célebre Capuchino de observar el cambio obrado en los corazones de las religiosas, cuando reveló al cardenal de Richelieu el orígen y los peligros de una nueva secta.

Entre tanto la corte de Roma prohibió el *Rosario secreto*, que habian atacado los Jesuitas. Preciso era, ó someterse á la decision de la Santa Sede, ó emanciparse de una oscuridad apacible, para resistir por medio de la controversia al juicio de la Iglesia. Alentólas San-Cyran en su obstinacion; y dando él mismo el ejemplo, empezó á caminar con la frente erguida y á las claras hácia la realizacion de sus designios, diseminando por do quiera el gér-

[1] *Interrogatorio de San-Cyran.*
[2] *Historia de Port-Royal,* por Racine, 1.ª parte.

men de su error: queria vengarse de los Jesuitas, y le importaba por tanto crearse algunos apoyos en el episcopado. Los Padres del Instituto habian tenido algunos debates sobre jurisdiccion con el obispo de Calcedonia, vicario apostólico en la Gran Bretaña; y tomando de aquí un pretexto el abate para constituirse en campeon de la autoridad episcopal, en detrimento de las Órdenes regulares, dió á luz en 1636 su obra intitulada, *Petrus Aurelius*, impresa á expensas del clero francés; quien apenas habia pasado un año, el 13 de setiembre de 1637, vió disiparse su ilusion como el humo, y revocó su primer juicio. Sintiendo Jansenio en la misma época la necesidad de granjearse partidarios en Bélgica, empezó por predicar lo útil y prudente que seria el sacudir el yugo español, ora acantonándose como los suizos, ó bien confederándose con los Estados generales de Holanda. Pero su plan de república aristocrática no era el mas idóneo para captarse el favor de Felipe II; y queriendo insinuarse en su amistad á toda costa, publicó una sátira contra los reyes de Francia, bajo el epígrafe de *Mars Gallicus*. Este folleto, dividido en ochenta y ocho capítulos, viene á ser una especie de manifiesto, en el que recapitulando la memoria de cada monarca, desde Clodoveo hasta Luis XIII, «Jansenio declama, segun la expresion de Bayle [1], del modo mas «odioso y maligno.» El eclesiástico flamenco prodiga los insultos mas atroces á un pueblo que le habia otorgado una prolongada hospitalidad. El Cardenal infante, gobernador á la sazon de los Países Bajos, recompensó esta ingratitud, á instancia del presidente Rose, nombrándole obispo de Ipres; pero apenas transcurrieran tres años desde la época de su promocion, el 6 de mayo de 1638, cuando murió el obispo víctima de la peste, aunque con sentimientos cristianos, y sometiendo su obra á la aprobacion ó censura de la Santa Sede. Ora fuese presentimiento, ó quizás temor de fomentar una herejía, el *Augustinus* habia sido condenado por su autor á la oscuridad durante su vida.

Por una carta dirigida al Papa, por su testamento, y por una declaracion contenida en el texto de su obra, el obispo de Ipres proclamaba, que él era hijo de obediencia, y que los decretos emanados de la cátedra de san Pedro serian siempre los guias de su fe. «Estoy resuelto, escribia [2], á seguir hasta la muerte, co-

[1] *Diccionario histórico-crítico*, por Bayle; artic. *Jansenius*.
[2] *Augustinus*, proëm. c. XXIX. Epilog. in t. III, p. 443. (Edic. de Rotterd.).

«mo lo he practicado desde mi infancia, y á tomar por árbitros «de mis opiniones á la Iglesia romana y al sucesor de Pedro. Sé «muy bien que la Iglesia está basada y construida sobre esta pie-«dra; que cualquiera que no edifica con Pedro es un destructor, «y que el Pontífice es el depositario fiel de la fe de los Padres. «Por lo tanto, yo quiero vivir y morir en la fe y comunion de es-«te sucesor del Príncipe de los Apóstoles, de este Vicario de Je-«sucristo, de este Jefe de los Pastores, y de este Pontífice de la «Iglesia universal. Adopto cuanto ha prescrito; rechazo, conde-«no y anatematizo todo cuanto él anatematiza, condena y recha-«za: y como, por otro lado, no me lisonjeo de haber concebido «con la perfeccion que es necesaria el sentido genuino de san «Agustin, porque soy hombre, y sujeto á errar como los demás «hombres, abandono mi obra al juicio de la Santa Sede y de la «Iglesia romana, mi madre. Desde este momento acepto, retrac-«to, condeno y anatematizo cuanto ella tenga por conveniente «aceptar, retractar, condenar y anatematizar.»

Unas palabras tan explícitas no admiten reticencia alguna del heresiarca; sino que son dignas en un todo de un obispo que desea conservar en su corazon la fe que ha transmitido á su rebaño. Nosotros no podemos menos de aceptarlas como la expresion del pensamiento íntimo de Jansenio; y sin ocuparnos demasiado de las misteriosas correspondencias entre él y San-Cyran, por medio de las cuales busca subterfugios y moratorias para resistir á la Silla apostólica, opinamos que si Jansenio hubiese sobrevivido á la publicacion de su obra, no hubiera vacilado en desaprobarla. Este sugeto no abrigaba en su corazon ni en su cerebro la culpable tenacidad que produce los sectarios; pero encontrábase al lado suyo, y aun le dominaba por medio del encono y la intriga, otro hombre que jamás perdonaba. El obispo de Ipres solo veia al componer el *Augustinus* una guerra teológica que debia suscitarse contra los Jesuitas; pero habian avanzado tanto las represalias del bayanismo, que retrocedia horrorizado ante el espíritu de su obra. «San-Cyran es Vasco, decia el cardenal de Richelieu al «P. José; tiene unas entrañas volcánicas, súbensele á la cabeza «los vapores, y se forma ideas extravagantes, que erige en otros «tantos dogmas y oráculos.»

Después que Jansenio hubo dado á su libro la última mano, falleció, sometiéndole oficialmente á la censura de la Iglesia. Pero

su discípulo, ó mas bien su maestro, que habia sabido predisponer por medio de intrigas subterráneas y de manejos ocultos á algunos talentos distinguidos, á saludar el *Augustinus* como una obra maestra de moral y ciencia espiritual, habia tambien lisonjeado con tal destreza las pasiones hostiles á la Compañía de Jesús, que no era ya una conspiracion teológica la que estaba próxima á estallar, sino mas bien un complot político, cuyo misterioso jefe queria aparecer el Abate. Atreviéndose desde luego á disputar á los Jesuitas, que reinaban por medio de la educacion, esta augusta preeminencia que les otorgaba la misma universidad, pasó á crear escuelas en Port-Royal, reuniendo como por una sagacidad incontestable y como en un manojo, todas las glorias literarias que los Jesuitas no habian podido reclutar bajo su bandera. Apoderábanse así, ó por mejor decir, monopolizaban en favor suyo la generacion naciente, y amoldándola á unas doctrinas, cuyos resultados nadie era capaz de prever ni menos de evaluar, contemplaba el reformador un porvenir abierto á sus planes, y así solo pensó en asegurarse del presente.

En esta época de austeridad y de galantería, de intrigas políticas y de abnegacion, de animosidades literarias y de contiendas escolásticas, las mujeres y los escritores habian sido llamados á ejercer sobre la sociedad francesa una influencia prodigiosa. Creyendo oportuno los adictos de San-Cyran atraerlos á su campo á toda costa, estudiaron y aprendieron el arte de conformarse con todos los caractéres; y utilizando el descontento de unos, el disgusto de otros, las afecciones y prevencion de todos, se improvisaron rígidos con los que profesaban principios severos, y flexibles con los que no tenian objeto determinado. Oraron con los devotos; sepultaron en la oscuridad los vicios de aquellos cuyo apoyo creian necesitar un dia; se esforzaron en tributar á las mujeres comprometidas en alto grado por sus inconstantes amores un esplendor de virtud, cuyos pasajeros remordimientos se eclipsaban á sus ojos con algunas demostraciones públicas; ensalzaron hasta las nubes á los escritores á quienes Richelieu improvisaba académicos; pusieron en juego todos los recursos de la intriga para conciliarse su amistad; vióse subir á Chapelain, Scudery y Gomberville como la espuma, y aun tomaron bajo el patrocinio de su austeridad la novela de *Clelia*, que en uno de sus episodios les prodigaba algunos enfáticos elogios.

Este plan estaba en oposicion con el de la Órden de Jesús. Destinado San-Cyran á batirla en brecha y á contrarestar su ostensible crédito por medio de vias subterráneas, no limitaba á esto solo sus esfuerzos: habíanle ya ofrecido las hijas de Arnauld una comunidad de mujeres aptas para propagar sus doctrinas, y juzgó útil fundar una congregacion de solitarios, cuya mision única se redujese al estudio, y cuyo objeto y deber fuesen los de rodear su retiro con una bella auréola literaria. Religiosos en el mundo y publicistas en el claustro, debian aislarse completamente de sus familias, renunciando al matrimonio y á los empleos civiles, con el objeto de consagrarse en cuerpo y alma á la ciencia y bellas letras. Ofrecíanles como un cebo una perfeccion quimérica, que no dejaba de fascinar á unos corazones, á cuya candidez contribuia la erudicion y la misma inocencia de su vida. Conciliábanse la severidad de las reglas monacales con las delicadezas de un gusto acrisolado; enseñábanles á confundir las innovaciones mas ingeniosas con el amor á los antiguos; y persuadidos de que con la calma de la soledad y las imágenes de una paz exterior de que se verian rodeados, pasarian estos ingenios profundos desde el bien que formaba sus mas gratos ensueños, al mal relativo que no podria menos de llamar su atencion en la organizacion de la sociedad humana, esperaban que este contraste de ideas engendraria inevitablemente otra respecto á los escritos. Amoldados de esta manera, podian hacerse un dia formidables palancas, prestar asenso como unos niños á los sueños que dictasen á su fe, y luchar con la pluma en la mano, para hacer triunfar en el exterior un pensamiento, que con tanto aliciente les presentaba su apacible soledad. Esta idea exageraba la servitud del hombre con respecto á Dios, y su libertad en lo respectivo á los príncipes de la tierra.

Este conocimiento del corazon de los literatos encierra un no sé qué de maravilloso. Duvergier de Hauranne y sus primeros adictos habian escudriñado hasta en sus abismos esos caractéres independientes, que arrastra el entusiasmo mucho mas de lo que quisiera su voluntad: sabia que al presentar un móvil religioso ó político á esos genios fervientes, á esas imaginaciones á quienes el contacto del mundo no ha despojado aun de su dureza primitiva, llevan tan adelante el que prevalezca la verdad, que no se detienen hasta llegar á los últimos límites del error. No ignoraba

tampoco que un estudioso retiro encona los odios literarios, transformando en un acerado puñal la pluma que el entusiasmo de la fe ó la necesidad de la polémica confian á unas manos hasta entonces conducidas por los impulsos de la mas cristiana caridad. Por otro lado, el espectáculo de tantas almas virtuosas, cuya calma iba á turbar, no era capaz de retener á este sectario, en cuyo seno fermentaban pasiones tan opuestas, y que las hacia servir todas á un solo fin. No se curó de respetar aquellas inteligencias católicas que separaba de su orígen, para asociarlas á mezquinas animosidades ó á pensamientos de herejía, que ellos proclamaban; al paso que confesaban como Jansenio ser hijos obedientes y sumisos de la Iglesia católica. Dotado el abate de una pertinacia increible, hubiera sido un peligroso enemigo con otro genio que el de la intriga; pero fue como la gota de agua que cae sobre la roca, y que no forma jamás hueco, porque no abriga en sí un principio disolvente.

Si seducia á los hombres provectos por medio de la rigidez, cautivaba á las jóvenes por medio de una excesiva indulgencia, y reservaba á las mujeres para hacerlas instrumentos y víctimas de partido. San-Cyran trazó en Port-Royal unas Constituciones, en que el fundador encubre su austeridad bajo las formas mas halagüeñas. «Se las enseñará, dice hablando de las novicias [1], «que no deben alarmarse por sus frecuentes recaidas en algunas «faltas; que se juzgará de ellas no tan solo por las faltas que co«metan, sino por el modo con que se levanten de sus caidas, y «que todas las almas que aman á Dios pueden decir como la es«posa de los Cantares: *Nigra sum sed formosa:* soy negra, pero «hermosa.»

El poder del Abate se concentraba en algunas casas, en las que venian á ser hereditarias las virtudes y talentos, ó que por espíritu de familia eran opuestas á la Compañía de Jesús. En ellas fue donde eligió á los fundadores de Port-Royal-des-Champs; y después de haber constituido á la madre Angélica por órgano suyo para hablar á las mujeres, designó á Antonio Lemaître, uno de los abogados mas célebres de Paris, y consejero de Estado á la edad de veinte y ocho años, como el abanderado de su nueva institucion. Bien pronto acudieron otros tres jóvenes sacerdotes, distinguidos por su talento, Antonio de Singlin, Claudio Lancelot

[1] *Constituciones de Port-Royal* (edic. de 1665).

y Santos Desmares, á compartir con de Lemaître, seducido por su tia Angélica, el retiro en que ejercia su humildad. Estos solitarios, que rompian con el mundo, que sacrificaban sus miras de ambicion, grandeza y fortuna á unas piadosas quimeras, ostentaban por otra parte un espíritu de orgullo que no concordaba con las mortificaciones que se impusieran. Cualquiera que haya leido las palabras y escritos que hemos citado referentes á Francisco de Borja, Luis Gonzaga, Aquaviva y Javier, no podrá menos de observar la gran diferencia que va entre las cartas de Antonio Lemaître, y los elocuentes discursos de abnegacion de los primeros Jesuitas. Vamos á poner en paralelo con ellos una obra del primer neófito de Port-Royal: «Hace ya tal vez mas de un siglo, es«cribia Lemaître á Singlin [1], que no se ha oido decir que un hom«bre en el paraje y estado que yo me encontraba, es decir, en «medio de la corrupcion palaciega, en la primavera de mi edad, «y con las ventajas y vanidad de la cuna y elocuencia, princi«palmente cuando su reputacion era cosa sentada, cuando sus «bienes tomaban mayor incremento, cuando su profesion era mas «honrosa, su posicion mas elevada, y sus esperanzas mas legíti«mas; haya roto todas estas cadenas; haya abandonado todos es«tos bienes; se haya hecho pobre; en vez de aspirar á dar mayor «aumento á sus riquezas haya abrazado las austeridades; en vez «de abismarse en las delicias, haya cambiado por la soledad el «continuo roce con las personas y negocios, y se haya condena«do á un silencio eterno cuando solo hablaba entre innumerables «aplausos. Y sin embargo, aun cuando este milagro sea mayor «que el de dar vista á los ciegos, y voz á los mudos, es nuestro «siglo tan poco espiritual, que solo ha merecido considerarse co«mo una cosa extraordinaria lo que se debia reverenciar como «un rasgo de santidad.»

Este homenaje que tributa Lemaître á su propia modestia, este balance de humildad depositado al pié de la Cruz, y con un candor que respira orgullo por todos sus poros, no solo no se encuentra en Jesuita alguno, sino que le creemos incompatible con la santidad. Tan cierto es que los hijos de Loyola no se han propasado jamás á admirarse á sí mismos, con el objeto de imponer á los demás la admiracion de sus personas, que desde luego da en ojos la línea de demarcacion que va á separarlos. Los solitarios de

[1] *Memorias de Fontaine*, tomo I.

Port-Royal no pasarán de ser el tipo del envanecimiento y amor propio, aun cuando hicieran milagros, porque todo lo referirán á su propia individualidad; mientras que los Jesuitas, por el contrario, se anonadarán ante la gloria personal, para arrostrar el desprecio público y exponerse al peligro; y no tratarán de engrandecerse, sino cuando esté de por medio el honor de la Iglesia ó de su Instituto. Partiendo los unos del principio del aislamiento, al paso que los otros del de asociacion, hacíase imposible entre ellos toda comunidad de opiniones; la guerra únicamente debia estallar, y estalló en efecto, aun antes del establecimiento de los ermitaños de Port-Royal. Todavía se hallaba en gérmen el jansenismo, del que se habian improvisado misioneros, y ya estaban convencidos los Jesuitas de que se levantaba contra ellos y la Santa Sede un nuevo enemigo, y se prepararon á combatirle.

El 5 de junio de 1638, un mes después de la muerte de Jansenio, se vió encerrado el Abate en uno de los calabozos de Vincennes por órden del cardenal de Richelieu; pero la prision de un hombre no ha influido jamás en la marcha de una idea, ni ha sido suficiente á entrabar sus progresos. El Cardenal habia penetrado los planes de San-Cyran, y le extrañaba de su cenáculo, esperando paralizar de este modo el mal gérmen intelectual, cuyo desarrollo preveia su perspicacia tan lleno de peligros desconocidos á la sazon. San-Cyran en su encierro brillaba con aquella fama que da á un nombre la persecucion. Richelieu era temido y odiado, como sucede á todos los ministros que permanecen largo tiempo al frente de los negocios, y que gobiernan haciéndose superiores á todos los obstáculos. La oposicion cuenta inevitablemente en su favor con todas las mudanzas de situacion, y toma venganza del poder ensalzando á sus víctimas. San-Cyran se mostró como un mártir del Cardenal y de los Jesuitas, y sus discípulos se apresuraron á acogerle y á presentarle como tal á la faz de todo el mundo.

Dominábalos desde lo interior de su prision de una manera absoluta; viendo acrecentarse su nueva secta en este espacio de tiempo de un modo prodigioso, y pudiendo contar con orgullo entre sus conquistas á Sericourt y Sacy, hermanos de Lemaître; á su tio Antonio Arnauld, cási tan jóven como los anteriores; al Dr. Guillebert, Bascle, caballero de Querey, Tomás Fosse, y

otros varios que solicitaron ser admitidos en Port-Royal. La conmiseracion ó la benevolencia inspiraron al secretario de Estado, Chavigny, y á las familias mas ilustres, la idea de tomar parte por el cautivo. Y aunque la compasion y la benevolencia les habian inspirado estos sentimientos, se tuvo la astucia de persuadirles que no era ya solamente un efecto de la compasion, sino mas bien un acto de adhesion ó de favor el interés que por él se tomaban. Los discípulos y partidarios de Jansenio intrigaban sin descanso en Lovaina, cási en la misma época en que acababa de fallecer el Doctor, abandonando el *Augustinus* á la decision de la Santa Sede; y sin aguardar la contestacion de esta, dieron á luz la mencionada obra.

Era este un libro, sobre el que recaian hacia ya veinte años todas las conversaciones de los doctores: su contenido excitaba la curiosidad en el mas alto grado: esforzábanse todos á penetrar el misterio con que se rodeaba el comentador del gran obispo de Hipona. Pero mas sagaces que el Gobierno en esta materia los Jesuitas de Bélgica, y sirviéndose de unos medios que jamás autoriza la buena fe literaria, aun cuando la política los aconsejará siempre, apoyándose en aquel texto de san Gerónimo: «No se «debe tolerar la acusacion de herejía, y la indiferencia en este «asunto es ya un escándalo,» supieron, repetimos, hallar el secreto de hacerse con el original manuscrito del *Augustinus*. El Padre Guillermo Wiskerk, valiéndose de un cajista del impresor Zheghers, dió este ejemplo de indiscrecion.

Estudiaron á fondo la obra, y después de haber sondeado toda su extension, comunicaron al internuncio pontificio, Paulo Stravius, el original inédito que se habian procurado de un modo subrepticio. Hacíase en él ostensible el veneno del jansenismo; y queriendo prevenir las agitaciones y disturbios que necesariamente deberian seguirse de su publicacion, pidieron que se prohibiese el libro antes que se pusiese en venta. Empero la actividad de los Jesuitas en una causa en que oponian hacia ya largo tiempo una escuela á otra escuela, y un sistema á otro sistema, fue mirada por los indiferentes mas bien como una satisfaccion otorgada al P. Lessio, que como un asunto en que iba el interés de la Iglesia entera. Se creyó que bajo las apariencias de celo se ocultaban las miserias de la humanidad, y que so pretexto de servir al catolicismo, empleaban unas armas vedadas; sospechándose de que

por amor propio abultaban los Padres el error para deshacerse de un enemigo importuno. Los partidarios de Jansenio se apoderaron de la opinion, mientras que la universidad de Lovaina, á cuya cabeza se hallaban Gerardo Van-Vern y Liberto Fromond, se coaligó con ellos, publicando á pesar de los mandatos de Roma la obra del *Augustinus* por los años de 1640.

El principal argumento del novador se funda en que toda gracia interior es irresistible. Esto era negar el libre albedrío, ó como dice La Motte, uno de los ingenios mas razonables del siglo XVII [1], «este sistema venia á reducirse á una pureza pura«mente pasiva, que significa únicamente el diferente uso que el «Criador puede hacer de nuestras voluntades, y de ninguna ma«nera el que podemos hacer nosotros mismos con su socorro.» Enseñábase en la referida obra que, segun el dictámen de san Agustin, el placer es el único resorte que nos impele á obrar; que cuando aquel emana de la gracia, nos inclina á la virtud, así como nos impulsa al vicio, si procede del apetito; porque la voluntad del hombre está siempre necesariamente determinada á seguir aquel de los dos placeres que triunfa en su alma. «El punto ca«pital del libro de Jansenio, dice Laffiteau [2], así como el fondo «de su sistema, se fundaba en que después de la caida de Adan, «nos vemos invenciblemente necesitados á obrar el bien y el mal: «el primero, si predomina en nosotros la gracia; el segundo, si «es el apetito el que prevalece en nuestra alma.»

Esta obra echaba por tierra los fundamentos de la libertad humana, y bajo una afectada apariencia de piedad, se constituia en orgullosa menospreciadora de la fe y la tradicion. Los Jesuitas, que no habian carecido de prevision, no retrocedieron ante unos enemigos que, proyectando combatir con mas seguridad contra la Iglesia, proclamaban en alta voz que la respetaban de lo interior de su corazon, y que nada podria jamás separarlos de la comunion romana. Lutero y Calvino, maestros de Jansenio, se habian mostrado menos diestros al atacar de frente el dogma y la moral: Jansenio se presentaba mas circunspecto; colocábase en el corazon de la ciudadela que aspiraba á desmantelar, mientras que solicitaba, acaso de buena fe, una decision solemne, á la que no le permitió suscribir su imprevisto fallecimiento. Verdad es

[1] *Carta de La Motte á Fenelon*, 1.º de enero de 1714.
[2] *Historia de la constitucion* Unigenitus, tomo I, pág. 14.

que el folleto en fóleo no carecia de audacia y sagacidad. Predicado continuamente en Francia por San-Cyran, y ensalzado hasta las nubes por sus adictos de Bélgica, obtuvo en pocos meses los honores de la persecucion, y la persecucion le propagó. Los Jesuitas habian probado sofocarle en su cuna, pero sus conatos tuvieron oposicion; y viendo que el escándalo se introducia á la par del cisma, no tardaron en aceptar la batalla que habian procurado evitar.

Los sectarios del jansenismo fueron atacados vigorosamente por los PP. Juan Jonghe é Ignacio Derkennil, en Lovaina; y en Paris por los PP. de Champs y Petavio. Los doctores de la Sorbona, Hallier, Habert y Cornet, asociaron sus esfuerzos á los de los Jesuitas, y los Jansenistas contestaron á sus objeciones con amargura. En Paris como en Bruselas, así en las escuelas como en el foro, no se oia otra cosa mas que argumentos sobre gracia eficaz y gracia suficiente; al paso que San-Cyran que, desde lo interior de su calabozo dirigia esta andanada de cañonazos teológicos, no quiso quedarse en zaga al movimiento impreso por la corte de Roma. Los partidarios del *Augustinus* eran ya designados por el soberano Pontífice con el nombre de Jansenistas; pero queriendo estos limitar el número de sus antagonistas, empezaron por difundir el rumor de que en este debate solo se ventilaba una nueva fase de la guerra suscitada entre los Tomistas y Molinistas, señalando á sus detractores, para dejar concebir mejor su pensamiento, bajo el nombre de discípulos de Molina. De esta manera atribuian á la Iglesia cierta apariencia de cábala, puesto que el sistema, al que se referian sus doctrinas y censuras, era el mismo que seguian los Jesuitas. Los amigos del *Augustinus*, que podian decir sin empacho que solo disentian de las opiniones de los hijos de Ignacio, afirmaron que las sentencias fulminadas por la Santa Sede en esta espinosa discusion, la eran sugeridas por estos últimos, parte interesada en el proceso. Una idea tan audaz como hábil, á mas de servir á los Jansenistas para poner en duda la independencia de la corte romana, vino á ser el punto de partida de su polémica, á la que jamás renunciaron, porque ofrecia una tesis siempre nueva á sus interminables debates. El historiador inglés Gibbon, que no se ha dejado sorprender por este ardid, y que, en medio del escepticismo de su pensamiento, ha podido reasumir la discusion, dice: «La autoridad de san Pablo

«basta pará anonadar á los Molinistas, así como los partidarios «de Jansenio se deshonran por su semejanza con Calvino [1].» Hallábanse los del *Augustinus* en Bélgica tan decididos como los de Francia á no aceptar sino condicionalmente el juicio del Sucesor de los Apóstoles. Sin propasarse á negar rotundamente su autoridad, la discutian, y aun prometian someterse á ella en caso de levantar su voz; pero no bien se habia dejado escuchar su voz paternal, cuando todas las órdenes, todas las admoniciones y todas las súplicas emanadas de la cátedra de Pedro, eran atribuidas á alguna violencia jesuítica. Jactábanse de obedientes; pero Roma no hablaba en su concepto sino por boca de los Jesuitas; cualquiera sentencia que fulminase era sospechosa á sus ojos. Aleccionados los Jansenistas por Bayo y sus secuaces, que habian puesto en discusion las bulas de Pio V y Gregorio XIII, inventaron sofismas acerca de las fechas, caractéres y doctrina, con el objeto de anular la que Urbano VIII lanzó contra ellos en 9 de marzo de 1642.

Hemos referido la situacion en que la política ambigua de Richelieu colocaba á la sazon á la corte de Roma y á la Iglesia galicana. El Cardenal aspiraba al patriarcado, si bien sus ambiciosos proyectos se modificaron algun tanto en presencia del cisma cuya profundidad y extension habia ya medido; y habiendo sido presentada la bula *In eminenti* al tribunal de los negocios eclesiásticos poco después de su muerte, que precedió algunos meses á la de Luis XIII, el Consejo, á que asistieron el cardenal Mazarini, el canciller Seguier, Vicente de Paul y algunos doctores de nombradía, aceptó el mencionado rescripto que condenaba al jansenismo; pasando á revelarnos el héoe de la caridad cristiana cuáles fueron los motivos en que basaron su opinion Mazarini, él y Seguier. «En una carta dirigida al abate de Origny, «dice el historiador de su *Vida,* Collet [2], declaró Vicente de Paul «que las doctrinas de Bayo, anatematizadas ya por muchos «Papas, habian sido renovadas por el obispo de Ipres; que los «designios de este y de San-Cyran debian hacer naturalmente «sospechosas sus teorías, puesto que el abate habia confesado á «Mr. de Chavigny, secretario de Estado, que su intencion era «desacreditar á los Jesuitas, tanto sobre el dogma, como sobre

[1] *Historia de la decadencia*, tomo VIII, cap. XXXIII.

[2] *Vida de san Vicente de Paul*, tomo II, pág. 583.

«la administracion de Sacramentos, y que en el asunto que se «discutia, no se trataba de Molina ni de la ciencia media.»

Empero, ni San-Cyran, á quien acababa de sacar la Reina regente de la prision de Vincennes, ni los solitarios de Port-Royal, que celebraban su libertad como la aurora de un hermoso dia de primavera, se intimidaron por semejante demostracion: antes bien, juzgando que si el Papa y los hombres mas prudentes de Francia se pronunciaban contra ellos, no dejarian sus opiniones de sacar un partido ventajoso de las agitaciones y disturbios inseparables de una larga minoría, persistieron con tenacidad en su propósito. Nada importaba que la enseñanza de Jansenio hubiese sido anatematizada; San-Cyran tuvo buen cuidado de suscitarle un vengador, y Antonio Arnauld se lanzó á la arena. Atleta pertrechado de todas las armas, violento en el ataque, y ardiente é impetuoso en la defensa, el jóven doctor, que habia obtenido la borla en la Sorbona *ad stuporem* de los examinadores, poseia tambien todos los secretos de la polémica, sin carecer de su energía ni de los coloridos de la elocuencia. Irascible en la lucha, anonadaba á sus competidores, y sin piedad no los dejaba hasta haber agotado todos los dardos de su lógica mordaz ó de su implacable hipérbole. Y sin embargo, el Judas Macabeo del jansenismo poseia, como el P. Garasse, y como cási todos los hombres habituados al pugilato del talento, grandes cualidades de alma. Su vida privada no era sino un acto continuo de bondad, la cual estaba en tan poca armonía con sus escritos, que tratando du Fossé, uno de sus admiradores, de resolver este problema, y queriendo hacerle comprender, dijo: «El ejemplo de Moisés á quien «Dios llamó el mas manso de los hombres, á pesar de haber muer- «to á un egipcio por defender á uno de sus hermanos, á pesar de «haber roto en un acceso justo de cólera las tablas de la ley, y «de haber pasado á cuchillo veinte y tres mil hombres para cas- «tigar la idolatría de su pueblo, nos da á conocer cuán perfecta- «mente se pueden amalgamar la dulzura de una caridad sincera «para con el prójimo, y un ardoroso celo por los intereses de «Dios.» Sin embargo, distaba mucho Arnauld de parecerse en nada á Moisés.

Arnauld, invitado por el Abate, disponíase á lanzarse á la palestra, cuando vino á suministrarle el texto de su primera obra una carta dirigida por el Jesuita Pedro de Sesmaisons á la princesa

de Guemené, Ana de Rohan, en la que la retraia de confiar la direccion de su alma á los Jansenistas; pero la Princesa, hermosa todavía y ávida de placeres, tenia mas que esperar de la austeridad de San-Cyran que de los acomodamientos de conciencia de los Padres del Instituto. Habitaba en Port-Royal-des-Champs, y era la amante de Pablo de Gondi, coadjutor del arzobispado; ponia sus amorios de coqueta bajo la salvaguardia del anciano Arnauld de Andilly. «De Andilly, dice el cardenal de Retz en sus *Memo-* «*rias*, estaba aun mas enamorado de ella que yo mismo, pero en «Dios, pura y espiritualmente [1].» La carta de Sesmaisons hizo concebir á los Jansenistas la idea de iniciar á todas las clases de lectores en los arcanos de la nueva doctrina; para lo cual, dice el protestante Schœll [2], «publicó Antonio Arnauld en 1643, y á la «edad de treinta y un años, un libro que hace época en la histo- «ria eclesiástica de Francia, dirigido contra los Jesuitas, y cuyo «título era: *De* (es decir, *contra) la frecuente comunion.*»

Si esta sustitucion de preposicion, obra del analista prusiano, revela mas una agudeza de su ingenio que un juicio profundo de la obra, el estilo nervioso de Antonio y sus frases cortantes como una cuchilla, revelaban á los franceses un nuevo lenguaje, que fue leido con avidez, porque habia sabido, para deslumbrar á la multitud, ofrecerlas una sagaz combinacion del error y la verdad. Los Jansenistas ensalzaron hasta las nubes al Dr. Arnauld, mientras que los Jesuitas trataron de rebajarle hasta el infinito: tal es siempre la condicion de los que á ciegas se precipitan en los partidos. El P. Petavio, uno de esos hombres á quienes la erudicion no impide ser elocuentes, se lanzó á la liza en favor de su Compañía, y demostró con todo el fuego de su facundia el peligro á que la doctrina de Arnauld exponia á las almas. La cuestion estaba controvertida; pero habia logrado presentarla Arnauld bajo formas tan capciosas, que sedujo á unos, y arrastró á otros á entablar distinciones tan sútiles, que, en estos debates en que tomaban parte la cátedra y la prensa, consiguió provocar una confusion científica. Quince prelados de la Iglesia galicana aprobaron la obra del doctor de la Sorbona, á quien las refutaciones del P. Petavio y los interesados elogios del jansenismo habian popularizado. Apasionábanse las gentes en pro ó en contra de *la fre-*

[1] *Memorias del cardenal de Retz*, tomo I.
[2] *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXVIII, pág. 72.

cuente comunion, con aquella vivacidad que jamás otorga á la reflexion otro derecho, sino el de deplorar el mal consumado: acalorábanse por buscar el sentido genuino del autor; comentábanle; le aprobaban ó desaprobaban, y todos tenian derecho á manifestar su animosidad en esta querella de palabras, de que la Francia será siempre teatro. El P. Nouet, no contento con atacar á Arnauld, desde el púlpito de la iglesia de San Luis de los Jesuitas acriminó, y con mas celo que prudencia, á los quince arzobispos ú obispos adictos á las doctrinas profesadas por el Jansenista. Luis XIII acababa de fallecer, y viendo la Reina regente y Mazarini que su autoridad se hallaba aun mal consolidada; y como el clero estaba reunido en asamblea general, no se atrevieron á disgustar á una oposicion que, aunque en evidente minoría, no dejaba de alarmar al poder. Estos prelados pedian una satisfaccion, á que no se negaron los Jesuitas, segun dice el proceso verbal de la asamblea. El P. Nouet, en presencia y con el beneplácito de sus superiores, la dió por escrito. Hé aquí su contenido: «Yo el infrascrito Jaime Nouet, sacerdote de la Compañía de Je«sús, habiendo sido advertido de que los señores prelados se «creian ofendidos por el relato que les han hecho sobre algunos «sermones que he predicado en la iglesia de San Luis durante los «meses de agosto, setiembre y octubre, en los cuales se me acu«saba de haber sostenido que la doctrina contenida en el libro «*De la frecuente comunion*, compuesto por Mr. Arnauld, doctor de «la Sorbona, y aprobado por muchos de los referidos señores, «era peor que la de Lutero y Calvino; que la mayor y mas sana «parte de los mencionados señores prelados condenaban la refe«rida doctrina, y por último, que era preciso huir de los que la «habian aprobado como de otros tantos leprosos:

«Declaro no haber dicho cosa alguna en mis citados sermones «de cuanto me han imputado: protestando además, que si en el «calor de mis discursos se me han escapado algunas expresiones «de las referidas, estoy pronto á subir al púlpito para retractar«me y pedir perdon á dichos señores. Paris 29 de noviembre «de 1643.»

Esta retractacion negativa vino á ser un triunfo bajo la pluma de los Jansenistas, así como una derrota para la Órden de Jesús. Como el pueblo no podia comprender su alcance, se la presentaron como un hecho mas palpable para él, diciendo que Nouet se

habia visto obligado á pedir perdon de rodillas, aun en presencia de la asamblea del clero. Verdad es que los sectarios no estaban en mayoría, y que la mayor parte de los obispos y doctores de la Sorbona censuraban sus principios; pero á pesar de tantas oposiciones dirigidas por manos tan diestras, sabian muy bien que para conmover á las masas era indispensable presentar á sus ojos lo imposible como una realidad, y aumentar los triunfos, con el objeto de corroborar la fe de sus adictos. El P. Nouet se retiraba del combate, y abandonaba el púlpito; por lo que esperaron los Jansenistas que les seria igualmente fácil vencer á todos sus detractores. Entonces se les vió abusar de su triunfo, para consagrar la opinion emitida por Antonio Arnauld.

Persuadida Ana de Austria de que no existia otro remedio para curar un mal tan inveterado que el de someter el asunto á la decision de la Santa Sede, y juzgando el canciller Seguier en el Consejo de ministros, segun dice Omer Jalon [1], que no podia ser discutido y sentenciado en Francia, por las aprobaciones que habia merecido este libro de muchos obispos que se habian comprometido por este medio, trataron de llevar adelante este proyecto.

No eran solamente los Jesuitas los que criticaban el libro *De la frecuente comunion:* el clero de Francia, á cuya cabeza se hallaba Vicente de Paul, no quiso faltar á su deber, á pesar de la aprobacion de algunos obispos. Arnauld y sus adeptos no cesaban de jactarse del asentimiento de estos prelados, y le llevaban hasta el pié del trono, á guisa de un pararayos. Mas Vicente de Paul, que no queria permitirles ni aun este último subterfugio: «He contestado, dice, á la Reina, en una carta dirigida á un vicario general de Chartres con fecha 29 de mayo de 1653, que era verdad que monseñor de N... habia suscrito á los libros de Jansenio y al *De la frecuente comunion;* pero sin haberlos leido, por no haber tenido ocasion; mas que se hallaba penetrado de los mejores sentimientos. Á esto ha replicado S. M., preguntando si se podia poner la firma á una obra sin verla. Yo la he dicho, que monseñor de N... me habia asegurado, que sin leerlo habia firmado el libro *De la frecuente comunion.*»

Semejante declaracion de un hombre tal como Vicente de Paul ofreció á la polémica de los Jesuitas una autoridad, que, á los ojos

[1] *Memorias de Omer Jalon* (coleccion Petitot), tomo LX, pág. 280.

de los Católicos, debia justificarlos del grado de vehemencia con que habian obrado. La obra de Arnauld, censurada en Paris con tanta acrimonia, fue por fin deferida al exámen de la corte de Roma, que por un decreto expedido en 25 de enero de 1647, condenó su prólogo. Pero la muerte no permitió al abate Duvergier recrearse en la ventaja que habia obtenido. Este hombre, cuya existencia habia sido un continuo tejido de trabajos, intrigas, movimientos y austeridades, se vió acometido de un ataque de apoplejía, que le condujo á la tumba en 11 de octubre de 1643. Los solitarios de Port-Royal hicieron de él un mártir, y sucedióle Antonio Arnauld en los honores de la persecucion, y Singlin en la direccion del partido.

No siendo los Jansenistas los mas numerosos, duplicaron sus fuerzas, exagerando sus triunfos; y como tenian necesidad de protectores y entusiastas para diseminar los principios que fomentaban, monopolizaron las virtudes vacilantes, que los abrigaban con el prestigio deslumbrador de un gran nombre, y de aquellos prelados, cuyas costumbres eran un mentís formal lanzado á los votos del sacerdocio. Confundiendo en un mismo espíritu las voluptuosidades de María Gonzaga, y la rigidez de la madre Angélica; la piadosa austeridad del médico Hamon, y el desenfreno del cardenal de Retz, llegaron en poco tiempo á crearse una posicion inexpugnable. Gloriábanse de su humildad, admirábanse de su abnegacion, é invitaban á la Europa entera á saludar su genio; y como verificaban todo esto con tanto candor, hablando y haciendo hablar de sí con absoluta conviccion de superioridad, lograron seducir á la Francia con este orgullo colectivamente sinuado. Creyóse en su conciencia, porque poseian elocuencia y talento; y persuadiéronse de que el error no debia jamás manchar sus labios, porque se pretendian irreprensibles: de manera, que una vez establecida y basada la preocupacion, pudieron aclimatar por largo tiempo aquella reputacion que se fabricaban por sus propias manos.

En la corte iban engrandeciendo su influjo, y su dominio en las escuelas. Por un lado el duque de Luynes y Bernardo de Sevigné, los Liancourt y Claudio de Santa María, la duquesa de Longueville y Cambout de Pont-Château, sobrino del cardenal de Richelieu y marqués de Coislin; de otro, Pedro Nicole y Blas Pascal, el duque de Roannez y Domat, no perdonaban medio alguno

para secundar las miras de los primeros solitarios; y como la popularidad les llegaba con el poder, con el objeto de conservar la una eternizando el otro, se pusieron á redactar obras elementales, cuya necesidad conocia tan vivamente su ilustrada aficion á las bellas letras. Mientras que Lancelot, Arnauld y Nicole preparaban los métodos de enseñanza de las lenguas muertas y vivas, inclusos los principios de gramática general, lógica y geometría; se encargó Sacy de resucitar las raíces de la lengua griega, y acabó Lemaître su Tratado sobre las reglas de la traduccion francesa. Al mismo tiempo aplicaban otros solitarios este nuevo curso de instruccion, formando en sus aulas á los Racine, Pompone, Boileau y el duque de Chevreuse, los dos Bignon y de Harlay, du Fossé y Tillemont, laborioso analista, de quien dijo Gibbon: «Es el mulo de los Alpes que sienta el pié con seguri- «dad, y jamás tropieza.» Colocados sobre un terreno resbaladizo, expuestos á las hostilidades de los Jesuitas y universitarios, y hechos siempre el blanco de las censuras pontificias, se sancionaron una ley de la tolerancia para con los indiferentes. Los hombres políticos de Port-Royal ponian en práctica, aun en las ocasiones menos solemnes, las ideas que Sacy recomendaba con tanta penetracion para conciliarse los buenos oficios de los escritores. Cuando Sacy enseñaba los estudios mayores, ó los sistemas religiosos, decia á sus discípulos, como refiere Fontaine en sus *Memorias*, tomo IV: «He cuidado mucho de hablar siempre favora- «blemente, en cuanto me ha sido posible, de las obras de todo el «mundo, ya sagradas ó profanas, así en prosa como en verso. «Todo lo he apreciado siempre, sin exceptuar el poema de *La* «*Pucelle*, porque me parece que teniendo alguna reputacion de «elocuencia, seria despreciar á los autores el obrar de otra ma- «nera.»

Esta táctica, que la superioridad del talento podia inspirar, del mismo modo que el apego al proselitismo y los cálculos de secta, dió los resultados previstos; porque «desgraciadamente, dice «Voltaire [1], los solitarios de Port-Royal fueron mas celosos en «propagar sus doctrinas, que por el buen gusto y la elocuencia.» Ostentábanse únicamente implacables con sus enemigos declarados, y la Compañía de Jesús aparecia en primera fila. Existia, por decirlo así, una guerra de tradicion entre estas familias ilus-

[1] *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXVII.

tradas por la magistratura ó por servicios prestados á la nacion ó á las letras, y la Órden de san Ignacio. Eran los Gibelinos y Güelfos de la polémica, que luchaban con toda especie de armas; y si los Padres del Instituto contaban en su favor á la Santa Sede, al Gobierno y á los talentos juiciosos, que se aterran á la sola idea de una innovacion en materias religiosas, los Jansenistas, con su ambiciosa divisa: *Ardet amans spe nixa fides*, reunian en derredor suyo algunos obispos seducidos por el brillo de su talento, á los hombres á quienes atormentaba la prosperidad de los Jesuitas, y á esas masas flotantes que forma la opinion pública, y que se inclinan tan pronto de un lado como de otro, segun las impresiones y caprichos del momento. Vicente de Paul y Olier marchaban en union de la Compañía contra los nuevos teólogos, mientras que la madre Angélica no titubeaba en describir la posicion del Padre de los huérfanos con estas palabras: «Mr. Vicente, escribia esta religiosa con fecha 12 de mar«zo de 1655, desacredita á Port-Royal con mas dulzura á la ver«dad que los Jesuitas; pero, impulsado por un celo sin ciencia, «desea tanto su ruina, como los otros por una malicia osten«sible.»

Colocándose el rigorismo de unos enfrente de la supuesta laxitud de otros, si los partidarios de San-Cyran acusaban á los hijos de Loyola por su demasiada indulgencia con los grandes y con los pequeños, ellos se oponian en cambio á un exceso que les placia fingir por medio de otro real, que en teoria hacia el cielo inaccesible á las fragilidades humanas; duplicada posicion que con su filosófico escepticismo ha caracterizado de Alembert de un modo mas ingenioso que verdadero en su conjunto.

«El Jansenista, dice en la *Destruccion de los Jesuitas en Fran«cia* (pág. 64), implacable por naturaleza, lo es tanto en el dog«ma como en la moral que enseña: la naturaleza del Dios que «predica (que afortunadamente para nosotros no es mas que el «suyo) es la de un ser duro, como lo son sus doctrinas, tanto en «lo que pretende que se obre, como en lo que manda que se crea. «¿Qué opinion podríamos formar de un monarca que dijese á uno «de sus súbditos: Te he puesto grillos en los piés, y no está «en tu mano quitártelos; sin embargo, te digo que si no caminas «al instante, por largo tiempo y muy derecho por el borde de «ese precipicio en que estás, serás condenado á un eterno supli-

«cio? Tal es el Dios de los Jansenistas; tal es su teología en su «primitiva y original pureza (mejor *impureza*). Pelagio era menos «insensato en su error; pues decia al hombre: — Tú lo puedes «todo; pero aun te resta mucho que hacer. — Esta doctrina era «menos repugnante, aunque incómoda y penosa todavía. Los Je«suitas, si así puede decirse, han rebajado algun tanto el mer«cado de Pelagio; puesto que han dicho á los Cristianos: — To«do lo podeis, y lo que Dios exige de vosotros, es cosa de poca «monta. — Hé aquí cómo se debe hablar á unos hombres carna«les, y especialmente á los poderosos del siglo, cuando uno quie«re hacerse escuchar.

«No son estas las únicas precauciones que han tomado; por«que no hay duda que han pensado en todo. Han tenido (á la ver«dad en corto número) casuistas y directores severos para el re«ducido número de los que, por carácter ó por conciencia, que«rian llevar en todo su rigor el yugo del Evangelio. Por este me«dio haciéndose, digámoslo así, todo para todos, segun una ex«presion de la sagrada Escritura (cuyo sentido en verdad torcian «algun tanto), se preparaban por un lado amigos de toda especie, «al paso que rechazaban por el otro ó al menos creian rechazar «las objeciones que podian hacérseles de enseñar universalmen«te una moral relajada, y de haberla puesto en uso, sancionán«dola como doctrina uniforme de su Compañía.»

Hasta entonces no habia producido esta guerra resultado alguno; pero en 1648 empezaron á esperar los solitarios que no seria así en adelante. Pablo de Gondi á la sazon gobernaba la diócesis de Paris, con el título de coadjutor del arzobispo su tio. Era el amigo de infancia de Antonio Arnauld, y buscaba en los recursos de su turbulento genio, mas bien que en los méritos de una vida regular, el poder de que se mostraba tan ávido. Alimentada su vanidad con numerosos proyectos, y siéndole preciso para realizarlos apoyarse en alguna corporacion, viendo que los Jesuitas ni poseian ni buscaban su confianza, hizo alianza con los discípulos de San-Cyran para que le sostuvieran en las sediciones é intrigas que meditaba, quienes le perdonaron la depravacion de sus costumbres, «en consideracion, dice el jansenista Fontaine [1], «á sus eminentes cualidades, y á su gran deseo de contar como «amigos á los hombres de mérito.» Luego que se hubo termina-

[1] *Memorias de Fontaine*, tomo II.

do este pacto entre el vicio ambicioso y la *virtud* turbulenta, arrojaron la máscara. Resonó la universidad en apasionadas discusiones, y se convirtió en un palenque en donde los jóvenes candidatos, seguros de la proteccion del Coadjutor, pudieron desarrollar con toda libertad las doctrinas del obispo de Ipres. Nicolás Cornet, maestro de Bossuet, ejercia á la sazon las funciones de síndico de la Sorbona; y dotado de aquella suprema inteligencia, cuya moderacion ha encomiado el inmortal obispo de Meaux, después de estudiar y profundizar la doctrina de Jansenio, reasumió en siete proposiciones los errores acumulados en el *Augustinus*, denunciándolos en 1649 á la Sorbona, que los redujo á cinco, «y de la experiencia, dice Bossuet [1], del exquisito conocimiento, «y del concierto de los mejores talentos de la Sorbona nos vino «el extracto de las cinco proposiciones, que vienen á ser como «los justos límites que separan la verdad del error, y que siendo, «por decirlo así, el carácter propio y singular de las nuevas doc-«trinas, han suministrado un medio á todas las otras para correr «unánimemente entre sus inauditas novedades.»

Los Jesuitas, por la fuerza misma de los acontecimientos se hallaban los aliados de la universidad de Paris, habiendo levantado el estandarte Cornet y la Sorbona. Acusaban á los Padres de fautores misteriosos de la medida tomada; y un año después se abrió la asamblea del clero en Paris, y transmitiendo al papa Inocencio X los ochenta y ocho obispos que la componian las cinco proposiciones, las sometieron á su juicio soberano. Y no fueron solamente los Jesuitas los acriminados por haber dirigido el golpe que los prelados de Francia lanzaban al *Augustinus;* pues si bien habian tenido una gran parte en ello, otros tambien reivindicaron con ellos la porcion de gloria que les resultaba; «señalando «Mr. Olier, segun dice Faillon, ó sea el biógrafo del fundador «de San Sulpicio [2], en esta ocasion su ardoroso celo. Los mismos «Jansenistas le han acusado de haber sido otro de los solicitantes, «que emplearon hasta las amenazas para obtener las firmas de «los ochenta ú ochenta y cinco obispos; y así nos parece inútil de «todo punto justificarle sobre esta materia, puesto que semejan-«tes inculpaciones deben ser miradas como elogios, cuando ve-«mos que el historiador del jansenismo llama á san Vicente de

[1] *Oracion fúnebre del Dr. Nicolás Cornet*, por Bossuet.
[2] *Vida de Mr. Olier*, tomo II, pág. 162.

«Paul un devoto ignorante, semipelagiano y molinista, á quien «se vieron precisados á ceder los obispos, para librarse de sus «importunidades.»

El ajado orgullo de los solitarios les impulsó á unas injusticias que deplora la posteridad; y dejándose llevar los Jesuitas de un acceso de cólera que jamás puede legitimar el buen derecho, contestaron á las calumnias con otras calumnias. Pareció en esta ocasion el *Jansenismo confundido*, obra que el P. Brisacier dirigia contra Arnauld, y fue acogida en Port-Royal como una buena fortuna. Es verdad que tenian la razon en su favor; pero olvidaron que los que la sostienen no deben presentarla bajo la forma de un folleto. Llegados á su punto culminante, se sentian apoyados; pero prefiriendo, en presencia de los controversistas que se lanzaban contra ellos, valerse del sarcasmo que de la razon para vindicar á la Iglesia y á su Instituto; el sarcasmo traspasó todos los límites, y el *Jansenismo confundido* fue mas bien un triunfo para la causa de estos que un resultado favorable para los Jesuitas. Apenas se hubo publicado este libro, cuando los solitarios se quejaron con amargura de los ataques de que eran objeto las religiosas de Port-Royal, y el Coadjutor se vió obligado á pronunciarse. En la misma época aspiraba al capelo de cardenal, y creyóse obligado á contemporizar con la verdad. No ignoraba que las cinco proposiciones serian condenadas en Roma, y por lo mismo se guardó muy bien de aprobarlas; pero Brisacier, en el exceso de su celo, habia franqueado un camino á las censuras. Pablo de Gondi se aprovechó de esta oportunidad, y en 29 de diciembre de 1651 otorgó á los Jansenistas la siguiente satisfaccion: «No há «mucho, dice el Prelado con una reserva que debió ser tan cos«tosa á sus gustos belicosos, como á la no saciada venganza de «las religiosas de Port-Royal, se dió á luz cierta obra, intitula«da el *Jansenismo confundido*, en la cual el autor so pretexto de de«fender las sanas doctrinas del Evangelio, ha desfogado de tal «manera su animosidad, que no satisfecho con emplear un esti«lo mordaz contra los que él tiene por sus adversarios, se ha ol«vidado tanto de su deber, que ha imputado á una comunidad de «religiosas una infinidad de calumnias y oprobios, hasta propa«sarse á acusarlas de herejía en lo que respecta á su doctrina, y «en lo concerniente á sus costumbres, de impureza. Después de «haber considerado el referido libelo, y de haberle hecho ver y

«examinar por personas doctas y piadosas, le hemos condenado, «y condenamos por las presentes, como injurioso y calumnia-«dor, así como por contener numerosas mentiras é imposturas.»

La venganza ofrecida á los Jansenistas por su cómplice político no era tan completa como ellos hubieran deseado. Sin embargo, este fallo pastoral debia leerse en todas las iglesias de Paris, y esto fue precisamente á lo que se negaron los curas mas célebres por su ciencia y piedad. «De este número eran, segun refie-«re Faillon en la *Vida del cura de San Sulpicio* [1], los señores Cha-«pelas, Olier y Abelly, á quienes acusaron después, y es muy «verosímil la conjetura, de haber gestionado de concierto con el «Dr. Hallier y los Jesuitas, para impedir que el Arzobispo die-«se esta censura, ó al menos obtener que no fuese publicada. «Compelidos no obstante por los superiores mandatos de su pre-«lado, pasaron á publicarla, mas no sin añadir que no se enten-«diese por esto que el Arzobispo condenaba los principios emiti-«dos en el *Jansenismo confundido,* sino que su ánimo se habia limi-«tado á tomar la defensa de las religiosas de Port-Royal, de las «que se hablaba en aquel escrito.»

Con unos adversarios como los primeros discípulos de Jansenio, dispuestos siempre al combate, y no pudiendo ver el triunfo de sus ideas sino á través de esas luchas incesantes, un acto semejante ofrecia bastante materia, aun á pesar de sus reticencias, para continuar la guerra contra los Jesuitas. En este caso como en todos los otros, las formas podian mas que el fondo de la cuestion. Creyéronse dispensados los contrarios de contestar á las demostraciones del P. Brisacier, y no querian ver en su obra sino los pasajes en que la vehemencia teológica se envolvia desgraciadamente en la hiel de la sátira, y tomaba la verdad el acento de la cólera. Los Jansenistas, que no eran por cierto mas templados que Brisacier, se indignaron y continuaron sus ataques. Habian triunfado en Paris, y se disponian á prepararse en Roma una victoria menos fácil, aunque mucho mas decisiva. La asamblea general del clero habia sometido al dictámen de la Santa Sede las cinco proposiciones. Los Jansenistas diputaron á Roma á Luis de Saint-Amour, Natal de La Lane y Desmares, en nombre de los once obispos, únicos que habian rehusado asociarse á la censura que pronunciaba la Iglesia galicana. Entre tanto Vicente de Paul,

[1] *Vida de Mr. Olier,* tomo II, pág. 185 (nota 7.ª del libro IX).

el P. Dinet, confesor del jóven monarca, y Olier, que no querian quedar atrás, comisionaron á los DD. Loisel, Hallier y Legault que tuvieron el encargo de representar al clero francés en las discusiones que iban á abrirse cerca de la Santa Sede, y acompañándolos el P. Brisacier como mandatario de los Jesuitas de Paris.

No ignoraban los sectarios que siempre les resultaria una ventaja de eternizar los debates, y de cambiar de la noche á la mañana el terreno de su polémica: es verdad que tenian que luchar contra Roma y contra la Iglesia de Francia. La Compañía de Jesús, la Sorbona, y la cási unanimidad del episcopado y doctores de las sociedades religiosas eran abiertamente hostiles á las innovaciones que predicaban aquellos; pero el esplendor literario que cubria su nombre, y aquella tenacidad que un orgullo de secta hace concebir á hombres aislados, menos grandes aun por el talento que por una obstinada resistencia al poder establecido, todo esto debia provocar en los Jansenistas una alta idea de su posicion. Por otro lado, las medidas de lenidad empleadas por la Santa Sede, y la vivacidad con que se desplegaba la teología de los Jesuitas persuadian á los novadores que su prestigio debia acrecentarse cada vez mas, y que aquellas reuniones solemnes á las que eran llamados á discutir sus principios vendrian á tener un eco y una celebridad muy en provecho de su causa, pues el ruido y el boato eran para ellos una necesidad. Sirviéndose Luis de Saint-Amour en Roma con una destreza pérfida de las mismas armas que ponia la Iglesia á su disposicion, en su diario explicó á su antojo todas las circunstancias, desnaturalizó los caractéres, calumnió á los sugetos, y tuvo el suficiente descaro para dejar aparte la intervencion de Vicente de Paul, Olier, y de la cási unanimidad del clero francés. Dirigíase todo su encono contra los Jesuitas: estos eran para él, así como para todos los partidarios de Jansenio, la muralla que era preciso demoler; y proponiéndose penetrar á toda costa en el corazon de la Silla apostólica, pusieron en juego todos los artificios imaginables; pero la Iglesia no tardó en ver el lazo que la tendian. Las conferencias habian empezado el 12 de abril de 1651, y el 31 de mayo de 1652, despues de haberse hecho dar cuenta de ellas el papa Inocencio X, y de haber examinado por si mismo las cinco proposiciones, declaro por una bula, que efectivamente se halla-

ban contenidas en el *Augustinus*, y que la Santa Sede las condenaba como heréticas.

A datar de esta fecha, el jansenismo que, en aquellas almas tan vigorosamente templadas, y que en aquellos ingenios que rebosaban en audacia literaria, no podia ser sino un error, se convirtió en un cisma. Tenian suficiente candor para humillar su cerviz á la decision de la autoridad pontificia; pero como su odio se dirigia mas bien contra la Compañía que contra la Iglesia universal; una vez que esta los condenaba, su vulnerado orgullo les persuadió que tal vez los Jesuitas iban á vanagloriarse de su triunfo. Para no verse humillados bajo aquella ovacion hipotética, que anonadaba los ensueños de vanidad acariciados por tanto tiempo, hicieron servir su turbulenta inteligencia al servicio de una envidia de momento.

Los Padres de la Compañía no habian querido tomar parte alguna en las agitaciones y disturbios que desde la Fronde se diseminaban por todo el reino: adoptados, favorecidos y apreciados por la Francia entera, tenian cosas mas útiles que emprender, y concepciones mas felices que llevar á cabo. La Fronde no era mas que una reunion sediciosa de mujeres coquetamente políticas, y de príncipes que aspiraban á la vez á los honores de la popularidad y al beneficio algo mas real del poder. Los Jesuitas permanecieron ajenos á este altercado: no pertenecian á Mazarini ni al Coadjutor, asi como tampoco escudaban la gravedad de su ministerio bajo las inconstancias de la duquesa de Longueville, ó bajo las belicosas pasiones de la gran Señorita.

Empero los Jansenistas no quisieron resignarse á esta discrecion: habíanse lanzado á la palestra en compañía del cardenal de Retz, y continuaron la guerra por su cuenta, aun después del arresto y voluntaria expatriacion del Coadjutor, que conducia al extranjero su cinismo de costumbres, su desordenado lujo y sus bulliciosos placeres. En Paris, en los púlpitos y en los altares, los Jansenitas, á quienes habia colocado al frente de la administracion diocesana, hacian de Pablo Gondi el mártir de la autoridad episcopal; y después de ordenar plegarias públicas mas bien por su regreso que por su conversion, derramaban hipócritas lágrimas por los infortunios de un prelado, cuyos intereses habian abrazado por cálculo, y cuya depravada conducta tomaba alas con su austeridad por una miserable condescendencia. El Coad-

jutor, en los dias de su pujanza, se habia apoyado en los solitarios de Port-Royal; y cuando, errante por la Europa, no tuvo ya que luchar contra unos adversarios cuyo número no cesaban de aumentar los excesos de su disolucion, vióse á la madre Angélica salir garante de los escándalos del cardenal de Retz. Prodigaba este sus venales ternuras del mismo modo que su fortuna. Corrieron á su ayuda las religiosas de Port-Royal, y por espíritu de partido [1] garantizaron torpezas, cuyo relato, por mas que fuese atenuado con púdicas palabras, las hubiera ruborizado. El pudor de estas mujeres se habia altamente indignado á la sola idea del vicio, y sin embargo, para representar hasta el fin el papel á que las consagraban las necesidades y oposicion del jansenismo, fuelas preciso cerrar los ojos sobre algunos rumores que se divulgaban por todas las encrucijadas y callejuelas de Paris.

La intriga política se lanzaba en ayuda de la intriga religiosa. Dueños los Jansenistas de la diócesis de Paris, de la que el Coadjutor habia sido proclamado arzobispo por ellos, en despecho del Gobierno, después de la muerte de su tio, trataban de arruinar totalmente á la Compañía de Jesús. Merced á las escisiones que pesaban sobre el reino, se habian adjudicado un poder ilimitado que parecia consagrar la misma celebridad de sus talentos. El Papa habia condenado las cinco proposiciones extractadas del *Augustinus,* y por consiguiente no les quedaba otro medio que el de obedecer ó lanzarse en la herejía; pero no encontrando en sus corazones la suficiente humildad para someterse, ni bastante dósis de audacia para romper con la Iglesia, condenaron tambien á su vez las mencionadas proposiciones; pero declarando no hallarse contenidas en la obra del obispo de Ipres, y sosteniendo con una obstinación mas científica que nunca la inocencia de sus doctrinas y la ortodoxia de sus partidarios. Para combatir á la Sociedad de Jesús con mayores ventajas, se colocaban en su mismo campamento; de manera que hasta la misma autoridad pontificia era impotente para arrojarlos de su posicion.

Singlin, Arnauld, Lemaître, Nicole, Lancelot, Sacy, Domat, y demás jefes del jansenismo se unieron en el ataque, persiguiendo sin descanso á los Jesuitas, y con toda especie de armas. La causa de las cinco proposiciones tomaba incremento á medida que

[1] *Historia eclesiástica,* del abate Racine, tomo X. — *Historia de Port-Royal*, 1.ª parte.

se forjaban los folletos teológicos, pasando á convertirse en un negocio de Estado, y secundando los duques de Luynes y Liancourt el movimiento de los ánimos. Proyectando Arnauld desarrollarle con mas rapidez, en una carta dirigida á un duque y par de Francia arrojó el guante á sus antagonistas. Esto venia á ser sinónimo de reclamar la persecucion, cuya necesidad sentian los Jansenistas: la citada carta fue sometida al juicio de la Sorbona. Ocultóse al instante su autor, siguiéndole en su misterioso asilo sus colegas Nicole, Lemaître y Fontaine; la Sorbona, que obraba bajo la inspiracion del Dr. Seguier, declaró en 29 de enero de 1656 impías, escandalosas y heréticas las proposiciones sentadas por Antonio Arnauld.

Este hombre tan amigo de la controversia se habia separado del proceso, y no pretendia llevar sus quejas á los piés de un tribunal, aun el mas ilustrado del mundo, sino ante la opinion pública, que tan fácilmente se deja seducir por paradojas ó arrastrar por sagaces imposturas. Los Jesuitas eran del todo extraños á la Sorbona, y la universidad abrigaba hácia ellos un sentimiento de eterna rivalidad; sin embargo, esta vez habia tenido por conveniente asociarse á sus principios por medio de un decreto. Arnauld habia compuesto una apología; pero, como sucede con harta frecuencia á los mas terribles polemistas, este escritor, cuya facundia era interminable cuando atacaba, se habia quedado en su defensa muy inferior á su talento, y aun á su misma energía. Sus amigos al leerle quedaron atónitos de semejante transformacion; y observando Arnauld aquella fria acogida, exclamó meneando su cabeza con cierto ademan de amargura: «Vosotros no «aprobais mi obra; tambien yo confieso que no vale nada.» Al decir estas palabras, se vuelve hácia un solitario cuyas facciones enflaquecidas, cuyos ojos brillantes de febril energía, y cuya ancha frente circundada de unos hermosos cabellos flotantes habian hecho traicion mas de una vez á la inspiracion de su talento, y fijando en él su penetrante mirada, le interpeló de este modo: «Pero «vos, que sois mas jóven, deberíais hacer algo de vuestra parte.»

La excitacion no podia ser mas directa: Blas Pascal contestó á ella publicando la primera *Provincial*.

Empero Voltaire, que en materias de calumnia era buen conocedor, escribió estas palabras [1]: «Hablando de buena fe, ¿debe-

[1] *Cartas al P. Latour*, año 1746.

«rase juzgar de la moral de los Jesuitas por la sátira de las *Car-*
«*tas provinciales?*»

El conde de Maistre las ha dado el nombre de impostoras, y en sus *Veladas de San Petersburgo* [1], dice: «Pascal, polémico superior, hasta el punto de tomar por diversion la calumnia.»

El vizconde de Chateaubriand fulmina el mismo juicio en sus *Estudios históricos* [2]: «Y sin embargo, exclama, Pascal es un genio calumniador, que nos ha legado en sus escritos una mentira inmortal.»

El genio puede, hablando de otro genio, servirse de expresiones semejantes que pasan á ser juicios; pero la historia, que no debe abrigar entusiasmo ni cólera, no se contenta con una palabra poética arrancada á un sentimiento de justicia ó rivalidad. Solo á los talentos privilegiados es lícito mostrarse crueles con la memoria de Pascal, así como es propio de los adversarios de la Compañía de Jesús el aceptar sin garantía las aserciones, cuyo órgano se hizo el autor de las *Provinciales*. Importa, pues, preservarse de la admiracion de unos, como de la acerba censura de otros, siendo preciso permanecer en una completa calma al hablar de un libro que de doscientos años á esta parte ha conservado siempre el secreto de exaltar las pasiones.

Pascal, hombre de una imaginacion vigorosa al par que de una ciencia profunda, y reuniendo en el mas alto grado la inteligencia que concibe y la facultad que perfecciona; escritor, á quien la fe inspiraba la sublimidad de ideas, habia ya lanzado al mundo literario torrentes de viva luz. Geómetra y filósofo al par que erudito y célebre prosista, habia consagrado á la defensa del cristianismo su maravillosa facilidad en comprenderlo y explicarlo todo. Hallaba su embeleso en aquel amor de la soledad y en aquellas doctrinas severas, predicadas con tanta elocuencia por hombres de talento. Su espíritu enfermizo no desplegaba fuerza alguna sino cuando daba un cuerpo á la energía de sus ideas: verdadero siempre en las ciencias exactas, y siempre admirable cuando, descendiendo de las alturas celestes, lanzaba una mirada sobre el mundo, se dejaba arrastrar á unas cóleras indignas de su genio, y á unas ilusiones que deslucian su gloria. Si la primera *Provincial* fue una obra modelo de aticismo sarcástico y de senci-

[1] *Veladas de San Petersburgo*, tomo I, conversacion sexta.
[2] *Estudios históricos. Historia de Francia.*

lla elegancia, las otras diez y siete que la siguieron en indeterminadas épocas apuraron el arte de la chocarrería. Venian á ser la buena, la excelente comedia antes de Molière, pero esto no es verdad. «Al atribuir á sus adversarios, dice Mr. Villemain [1], el «designio formal y premeditado de corromper la moral, hace una «suposicion exagerada.» ¿Quién es, pues, el hombre que, al reprochar á los otros una moral relajada, olvida bastante los primeros deberes de la probidad literaria, para exagerar una hipótesis?

Cada una de sus *Provinciales* encubre una prodigiosa malicia; y sin embargo esta malicia, cuya mordacidad han celebrado los contemporáneos de Pascal, mas habituados que las generaciones siguientes á las sutilezas teológicas, ha perdido para nosotros una gran parte de su sabor primitivo. Cuando aun existian los Jesuitas, algunas mujeres de un gusto mas mundano, y entre otras madama de Grignan, en quien la marquesa de Sevigné encontraba tanto talento, decia: «¡Siempre es la misma cosa! y con «fecha 21 de diciembre de 1689 le reñia su madre por esto mis«mo [2].» La monotonía del plan era tambien un defecto capital que no podian rescatar todas las imbecilidades atribuidas al Jesuita interlocutor.

Las *Provinciales* han pasado á ser en la actualidad una obra á la que, como al *Tartufo*, se aplaude en confianza, y que penetra de un fastidio lleno de admiracion á cuantos creen deber á sus preocupaciones contra los Jesuitas una lectura atenta de ambas obras; al paso que sus títulos conservarán por mas largo tiempo que su texto la popularidad. Pascal habia mas que colmado las esperanzas del jansenismo. Su tono burlon, su estilo, que se amoldaba á todas las exigencias, y su implacable causticidad, revelaron á los Padres de la Compañía de Jesús un antagonista superior á cuantos habian encontrado hasta entonces, así como los solitarios de Port-Royal un defensor bastante dócil en sus complacencias para prestarse á todas las supercherías que tratasen de confiarle. Con el objeto de defender al abogado Arnauld, á quien saludaba como á su maestro, y á quien aceptaba como amigo, habia dado á luz Pascal un folleto. Logróse hacerle adulterar y tener hasta los sentimientos de respeto y afeccion que le animaban, y del

[1] *Discursos y misceláneas literarias*, por Mr. Villemain. p. 362 (edic. 1823).
[2] *Cartas de madama de Sevigné.* (Carta 803).

apoyo que prestaba su genio á un hombre que se hallaba comprometido en su reputacion, se le hizo pasar al ataque contra aquellos á quienes le representaban sin cesar como sus mas implacables enemigos.

Pascal que, como todos los escritores sepultados en estudios abstractos, no conocia las pasiones humanas, las definia por intuicion; y escudriñaba las almas sin haber tenido jamás motivos de estudiar sus inclinaciones. Embriagado por los elogios, se alucinaba con su obra, porque, en rededor suyo se apresuraban todos y cada uno á celebrar en nombre del cielo la sátira que las pérfidas excitaciones inspiraban á su pluma. Lanzado á la palestra en clase de vengador de Port-Royal, no tardó este en abusar del entusiasmo que habia soplado en el corazon del sublime solitario, para emplear los inagotables recursos de su ingenio en mezquinas alianzas de partido. Se le hizo entrar para perderle en el laberinto de las sutilezas acerca de la Gracia, convirtiéndole en instrumento de los odios jansenísticos, facilitando á su genio calumniador por instigacion textos enteramente truncados, y mutilados pasajes en los que debia derramar la sal de sus epigramas. Entonces Pascal escribió un libro que, segun el dictámen de Lemontey, hizo mas daño á la Religion que honor á la lengua francesa. «Es, dice el protestante Schœll, mas equitativo en es«to que muchos católicos, una obra de partido que atribuye á los «Jesuitas unas opiniones sospechosas, vituperadas hace tanto «tiempo por ellos mismos, y que pone por cuenta de la Sociedad «entera ciertas extravagancias de algunos Padres españoles y fla«mencos.»

No es nuestro intento poner á Pascal en contradiccion con los autores en quienes se apoya; pero, aun cuando no sea mas que por el interés de la historia, hemos debido remontarnos á las fuentes que indica, y averiguar por nosotros mismos algunos de los textos citados por el autor de las *Provinciales:* para ello hemos elegido aquellos de quienes saca las mas terribles consecuencias contra la Sociedad de Jesús; y de los tres que citarémos podrá inducirse la fidelidad de la mayor parte de los otros.

En la sexta *Provincial* establece que los Jesuitas profesan máximas relajadas y adecuadas á todos los estados; y añade: «Han «eximido de simonía lo que efectivamente lo seria segun santo «Tomás, como lo darán á conocer estas palabras de Valencia.»

Redúcense á la conclusion de un largo discurso en que aduce varios expedientes, de los que el mejor en mi concepto es el que se halla en la página 2039 del tomo III, y dice así: «Si se da un bien «temporal por otro espiritual, es decir, dinero por un beneficio, «dándose aquel como precio de este, es una simonía visible; pe«ro si se da el dinero como el motivo que inclina la voluntad del «colator para conferirle, no es simonía, aun cuando el que le «confiere mire y considere el dinero como su fin principal.»

En la primera edicion de las *Provinciales*, impresa en 4.°, emplea su autor el verbo *resignar* ó *renunciar* en vez del de *conferir*, como lo prueban estas palabras latinas: *Non tamquam pretium, sed tamquam motivum ad resignandum.* Estas expresiones no se encuentran en la teología del Jesuita Valencia. Es verdad que las quitaron de las ediciones posteriores de las *Provinciales*, por parecerles la impostura demasiado palpable; mas el texto primitivo fue conservado. Nosotros hemos recurrido á la misma obra de Valencia, y nos ha sido imposible encontrar en la página citada por Pascal, ni antes ni después, un solo texto al que puedan aludir las *Provinciales*. Pascal no se ocupa mas que de los beneficios, y Valencia habla en este tercer punto de las funciones ó actos del ministerio eclesiástico, tales como celebrar la misa, rezar el oficio divino, etc. Y se pregunta desde luego si por estos actos se puede admitir dinero sin cometer simonía, y responde que sí.—«Pues «de otra manera, añade en esa famosa página 2039 del tomo III, «seria preciso condenar el uso universal de la Iglesia, segun el «cual los servicios espirituales que prestan los eclesiásticos á los «pueblos, se practican á condicion de ciertas retribuciones tem«porales que sirven para el sosten de los ministros.» En seguida apoyándose en la doctrina de santo Tomás, declara «que la re«tribucion temporal que se da ó se recibe no debe ser considera«da como el precio de lo espiritual, sino solamente como el mo«tivo que conduce á conferirle ó á recibirle.»

Santo Tomás dice efectivamente (2, 2, 100, art. 2.) «que de«be reputarse como simoníaco el dar ó recibir alguna cosa como «recompensa ó pago de lo espiritual; pero que es permitido el «aceptarlo como una retribucion en favor de su necesidad ó sos«tenimiento.»

Pascal evidentemente se ha engañado ó trató de engañar á costa del P. Valencia. Los textos son mas convincentes que el mas

agudo chiste, y los textos están bien claros y en toda su pureza. Vengamos ahora al P. Bauny, cuya *Suma* ha inmortalizado el *Facistol* de Boileau. Hablando Pascal del mencionado Padre, que sin salir de su sexta *Provincial*, exclama: «Es un gusto el ver á «este sabio casuista penetrar en el pro y contra de una misma «cuestion concerniente á los sacerdotes, y hallar razones para to-«do, merced á la sutileza de su ingenio.» Dice en un paraje (en el tratado X, página 474): «No se puede hacer una ley que obli-«gue á los párrocos á decir misa todos los dias, porque semejante «ley los expondria indudablemente, HAUD DUBIE, al peligro de ce-«lebrarla algunas veces en pecado mortal.» Y sin embargo continúa Pascal, en el mismo tratado, pág 441, dice: que «los sacer-«dotes que han recibido estipendio por decir misa todos los dias, «deben hacerlo así sin que puedan excusarse con que no están «siempre bien preparados para decirla, puesto que siempre pue-«den hacer un acto de contricion; y en caso de no hacerlo así, «será culpa suya, y no del que les ha mandado celebrar el santo «sacrificio.»

La contradiccion no hay duda que es bien palpable; pero ¿se halla efectivamente en el P. Bauny, como lo afirma Pascal? Hemos hojeado el tratado X de Bauny, hemos visto la página 474 y leemos: «Possevino y otros teólogos han escrito que no podia «darse una ley que obligase á celebrar todos los dias el santo sa-«crificio, porque esta ley expondria sin duda alguna al peligro «de cometer un pecado mortal á los que no estuviesen bien dis-«puestos.» Y en la página 441 del mismo tratado hemos leido tambien: «Digo en tercer lugar, que cuando un sacerdote convie-«ne con una persona en celebrar por ella la misa una vez cada «año ó cada dia, peca si no cumple este deber por sí ó por otro.» Bauny es aun mas explícito, y declara que si el sacerdote no dice ó manda decir la misa, está obligado á devolver la suma entera á su propio dueño.

Y haciéndose por fin la objecion de que esto seria poner al tal sacerdote en una ocasion cási inevitable de pecar, responde el Jesuita dos cosas: la primera, que *este sacerdote puede en todo tiempo hacer un acto de contricion, que puede á cada instante volver á Dios por la caridad, y por el odio del pecado; y que si no lo hace, culpa suya es y no del otro;* la segunda es que *no estando obligado á cumplir por sí mismo con este sagrado ministerio, y pudiendo hacerlo por medio de*

otro, de él depende si no se halla dispuesto para el santo sacrificio, el hacer celebrar la misa por otro sacerdote, en lo cual no hay peligro ni pecado.

Olvidó Pascal en sus *Provinciales* este texto de la página 441, que explica todo el pensamiento de Bauny, y si aquel sintió «una «complacencia en ver como este sabio casuista penetraba el pro «y el contra de una misma cuestion, preciso es confesar que los «hombres de bien, al advertir tamañas imposturas, deben ruborizarse en honor de las letras.»

Así podríamos ir siguiendo una por una todas las alteraciones y todas las falsificaciones de textos á que Pascal ha tenido la desgracia de prestar su nombre. Pero bastarános una última, mas grave aun que las demás, para demostrar que con semejante sistema seria fácil desnaturalizar hasta el mismo Evangelio. — En la quinta *Provincial*, queriendo probar su autor que los Jesuitas han abandonado la moral de los santos Padres para sustituirla con otra nueva y opuesta á la suya, hace hablar así á su Jesuita: «Es«cuchad á nuestro P. Cellot *(De Hier.*, lib. VIII, cap. XVI, «pág. 914) que sigue en esta materia al P. Reinaldo: *Respec«to á las cuestiones de moral, los casuistas modernos son preferibles á «los antiguos Padres, aun cuando sean los mas próximos á los Após«toles.»* Y con arreglo á esta máxima, habla el P. Diana de este modo (pág. 5, tratado VIII, reg. 31): «¿Están obligados los be«neficiados á restituir la renta de que disponen mal? Los anti«guos decian que sí; pero los modernos dicen que no. No aban«donemos esta opinion que exime de la obligacion de restituir.»

El sabio Diana no es Jesuita; pertenece al Instituto de los Teatinos, y no saliera á relucir en esta causa á no ser por una astuta confusion de Pascal, que ha juzgado oportuno alterar los textos, como ha truncado los de la Compañía de Jesús. La quinta *Provincial* cita á Cellot y Reinaldo. Escuchemos lo que dicen ambos Padres: la acusacion es grave é importa á la moral. Hé aquí las palabras de Reinaldo, de que Pascal abusa de un modo tan extraño:

«En la eleccion de autores he tenido siempre presente la sal«vacion de las almas y la mayor gloria de Dios, persuadido de «que, para definir las dificultades que se originan en materias de «fe, cuanto mas antiguos son los autores, mas autoridad adquie«ren sus decisiones, por lo mismo que se han hallado mas próxi-

«mos á las fuentes de la tradicion y de las doctrinas apostólicas; «pero en cuanto á la solucion de los casos intrincados de la mo-«ral, es preferible la autoridad de los doctores modernos conoci-«dos por la eminencia de su saber, por lo mismo que tienen un «perfecto conocimiento de las costumbres y usos de su tiempo.»

El P. Cellot se conforma tambien con esta doctrina; leemos en la página indicada por Pascal: «Débese, dice Reinaldo, sacar de «los antiguos la decision de las dificultades que pertenecen á la «fe; pero en lo concerniente á las costumbres del cristiano, de-«bemos buscar la solucion en los autores modernos, que conocen «perfectamente las costumbres y usos de su tiempo.»

En ambos textos copiados del original se trata, es verdad, de los *autores antiguos,* pero jamás de los *santos Padres:* sin embargo, como esta no se amoldaba tanto á los Jansenistas, por eso quiso Pascal, por su propia autoridad, evocar de sus tumbas á los santos Padres, ignorando quizás que aun no existia en su tiempo la teología respecto á los beneficios eclesiásticos. Poniendo estos dos formales textos al lado de la cita de las *Provinciales,* nos vemos precisados á convenir en que hay error manifiesto, así en la interpretacion, como en la conclusion, en el derecho, y sobre todo en el hecho.

Creemos que en esta obra no debíamos extendernos mas en investigaciones semejantes. Basta lo dicho para tranquilizar nuestra conciencia, pues muy á menudo se han presentado á nuestra vista los mismos abusos de alteracion.

Los puntos dogmáticos tratados por Pascal han sido resueltos contra él por la Iglesia universal; pero los Jansenistas, como hábiles paladines, se ocupaban mucho menos en justificar su teología que en reconfundir á sus enemigos. Tenian en su mano una palanca que les facilitaba la comodidad de batir en brecha á la Compañía de Jesús; pero renunciando al proyecto de perseguirla en las alturas siempre arduas y frecuentemente inaccesibles de la Gracia, la atacaron en las obras vivas de la moral. Abultando los sueños escolásticos de unos, y desnaturalizando los sistemas creados por otros, impulsaron á Pascal á que sospechase de todos los hijos de Loyola. Verdad es que el genio es indulgente como la fuerza; pero despojáronle los Jansenistas de este carácter para hacerle el intérprete de su animosidad; y olvidando Pascal el respeto debido á su gloria, ocultó las virulentas diatribas de Port-

Royal con un flexible y festivo gracejo, para prodigar en medio de las cuestiones mas difíciles las gracias de una viva sátira y la austeridad de los principios mas absolutos.

La corte, la ciudad y la Francia entera, fijaron su atencion, junto con la Europa, al grito de alarma que se lanzaba desde la Soledad; y Pascal por un prodigio de talento, tuvo el arte de hacer aceptar á los hombres del mundo una teoría que no se amoldaba á su gusto ni á sus costumbres. Oponia el rigor á la indulgencia, y desnaturalizaba la lógica del Evangelio para impeler á los Cristianos á la desesperacion. Hacia á Dios inaccesible, para hacer imposibles á los Jesuitas, que habian tratado de realizar una transaccion entre la perfeccion infinita y las miserias de la humanidad. Profundamente versados los hijos de Ignacio en el conocimiento del corazon humano, pensaban que la extremada severidad solo producia el relajamiento extremo, mientras que una prudente templanza vigorizaba á los débiles: respetaban la misteriosa majestad del dogma, y por lo mismo trataban de popularizar la Religion, combinando algunas prácticas de moral con los sentimientos del mundo.

Y entre ambas prescripciones el mundo no vaciló. Las frivolidades de tertulia, las elegancias de la corte, las pasiones que jamás se habian ocultado, ni aun bajo la transparencia de un velo, las tibiezas cristianas, el trato corruptor de los salones y los extravíos del genio, habian fulminado con Pascal el anatema contra las composiciones y acomodamientos propuestos por algunos casuistas de la Compañía. El mundo se quejaba desde el orígen del cristianismo de la austeridad de ciertos preceptos: los Jesuitas venian al socorro de sus aflicciones, y este mismo mundo, por un inexplicable retroceso, cuyo honor es solamente debido á las *Provinciales* de Pascal, se dedicaba á inculpar á los Jesuitas. «Pretendíase, dice Voltaire [1], probar que tendian sus miras á «prostituir las costumbres humanas: designio que ninguna secta «ni sociedad han podido abrigar jamás; pero no se trataba de de«cir la verdad, sino de divertir al público.»

La explicacion de las *Provinciales* está contenida en estas últimas palabras, cuyo prestigio tan bien supo aprovechar el mismo Voltaire. El público, á quien habia divertido Pascal, se sublevaba á la sola idea de que los Jesuitas, condescendiendo á las ne-

[1] *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXVII.

cesidades mil veces proclamadas, intentaban hacerle menos espinoso el camino del cielo, y se colocó de parte de los casuistas que erizaban la moral de insuperables obstáculos. Secundando este concepto los solitarios de Port-Royal, quedó averiguado y probado por el coquetismo, el adulterio, la mala fe en los negocios, el egoismo y la indolencia que se introdujo en todas partes, que los rigores de un Dios creado á imágen de Jansenio, eran mucho mas condescendientes con nuestras debilidades que los tesoros de indulgencia, cuyo depósito colocaban los Jesuitas en sus manos celestiales. El mundo fue por aquella vez inconsecuente, y los discípulos de Jansenio, y entre ellos Pascal y Arnauld, columnas ambos del establecimiento de Port-Royal, no consintieron en dejarle disfrutar solo de esta prerogativa. Acometieron con toda clase de armas, apoyándose el insulto en la calumnia, y sirviendo la cólera de guia á la dialéctica. El P. Garasse habia ya quedado muy atrás, y proyectando Arnauld autorizar estos abusos de la inteligencia, publicó una disertacion «para justificar á los «que, en ciertas ocasiones, emplean en sus escritos algunos tér«minos que el mundo reputa duros.» Llegando hasta querer probar en una obra salida de su pluma «que cualquiera tiene dere«cho á injuriar, y aun á burlarse cruelmente de sus adversarios.»

En vista de estas hostilidades que tendian al exterminio de la Sociedad de Jesús, hostilidades cuyas esperanzas no ocultaban los jefes de Port-Royal, los Jesuitas se pusieron en una quietud inexplicable (*). Decíales Pascal por su silencio: «Vuestra «ruina será semejante á la de un elevado muro que se desploma «de improviso, y á la de un vaso de tierra que se rompe y pi«sotea, y que por un esfuerzo poderoso y universal se desmenu«za de tal modo, que no quedará un solo fragmento con el que se «pueda sacar un poco de agua, ó llevarse un poco de fuego, por«que habeis afligido el corazon del justo.» Empero, ni estas elocuentes amenazas, ni toda esta descarga de insultos, que minaban al fin la muralla tras la que se parapetaban los Jesuitas, ni el general entusiasmo que acogió semejante polémica, porque la inconstancia francesa se cansaba de la ventura de los Padres, nada fue capaz de sacarlos de su silencio. Habian lanzado el grito

(*) Se explica muy naturalmente este silencio por el de Jesús en casa y poder de Pilato. Los Jesuitas, como la Iglesia, en todo han de parecerse á Jesús.

(Nota del Traductor).

de guerra, y ahora que los combatientes se hallaban en el ardor de la pelea, parecian querer dejar pasar por encima de sus cabezas el dardo que iba asestado á su corazon. Y no fue el temor de enconar estos debates, ó una confianza demasiado grande en la bondad de su causa, el motivo que les impulsó á guardar una completa reserva: habíanse ostentado hasta entonces teólogos harto hechos á los combates, para que su silencio pudiese ser atribuido á semejante causa. Sabian, es verdad, que no se ha de despreciar jamás al enemigo por insignificante que sea; y cuando estos enemigos se lanzaban á la arena con el vigor de Pascal, Sacy y Arnauld, el desden hubiera sido un delito imperdonable: delito que no cometieron los Padres. En esta revista escolástica, á la cual convocaba el genio á la Europa entera, no ignoraban los Jesuitas que contaban en su apoyo con el jóven monarca Luis XIV y la Santa Sede; que la autoridad de ambas potestades se pondria de su parte, y que la Religion y su Sociedad se hallaban interesadas en su contestacion: y callaron no obstante, y guardaron un absoluto silencio. Pero esto consistia en que hacia largo tiempo no habian tenido necesidad de formar talentos audaces para la controversia, y especialmente en que, agobiados bajo la acrimonia de las *Provinciales*, ni fueron bastante atrevidos para buscarse un vengador, ni bastante diestros para devolver á los Jansenistas los sarcasmos que lanzaban en detrimento suyo. Esos mismos Jesuitas, á quienes tantas y tan repetidas veces se ha acusado, no han sabido jamás, ó tal vez no han querido defenderse con otras armas que las de la razon, por ser las que daban impulso á su brazo. Con muy cortas excepciones se han mostrado siempre frios y discretos como la prudencia. Cuando su Órden ha sido puesta en tela de juicio, rara vez les ha faltado la elocuencia de la palabra, y particularmente la de los hechos. Si hacian la apología de su Instituto, procedian con aquella sobriedad, que no excluye el entusiasmo íntimo, pero que tampoco le comunica á todas horas. Diseminados por toda la extension del globo, desarrollaron sus talentos, adaptándolos á las necesidades de la Iglesia mas bien que á los cálculos de la humana prevision; y cuando llegaba para ellos el dia de la lucha, solo presentaban inteligencias convencidas y corazones rendidos á la obediencia, si bien pocos hombres dignos de medir sus fuerzas con un coloso tan excepcional como Pascal. Verdad es que en 1654 habian

publicado la obra del P. Champs, intitulada *De haeresi Janseniana*, libro claro y sustancial, escrito en latin, y que por consiguiente solo los doctos podian ser llamados á consultarle: tambien lo es que el P. Pirot habia emprendido la apología de sus casuistas, apología insulsa y que prestaba argumentos á Pascal, siendo por lo tanto desaprobada por la Compañía, al paso que condenada por un gran número de obispos; y lo es por último, que el P. Annat salió á luchar cuerpo á cuerpo con Pascal, empleando para convencerle el lenguaje de la lógica y la verdad; pero todo esto no era suficiente para triunfar de un hombre irresistible, porque no se dejaba asir, y porque con solo un epigrama eludia la cuestion precisa que le sentaban.

Pero echándose los Jésuitas sus cuentas respecto á la posicion en que los habian colocado, intentaron amortiguar el golpe, intimidando á Luis Montalto, autor todavía anónimo de las *Provinciales*. Para conseguirlo, dió el P. Fretat algunos pasos cerca de Perrier, consejero en el tribunal de subsidios de Clermont, á quien iban dirigidas las primeras cartas; pero estas gestiones quedaron sin efecto. El P. Annat quiso interponer la autoridad de su nombre, de su ciencia y virtud, y Pascal entonces le dirigió la séptima *Provincial*. «El crédito que podeis tener, Padre mio, decia al «confesor del Rey, es inútil respecto á mi persona, pues, á Dios «gracias, no necesito del bien ni de la autoridad de nadie; de «esta manera, eludo vuestras gestiones. Podeis muy bien descar-«gar vuestras iras contra Port-Royal, pero no contra mí. Ha si-«do fácil desalojar de la Sorbona á varios de sus individuos; pe-«ro nadie será capaz de sacarme de mi casa. Podréis muy bien «preparar violencias contra los sacerdotes y doctores; pero no «contra mí que ni soy uno ni otro. De aquí es, que tal vez no os las «hayais habido jamás con persona que estuviese tan fuera de vues-«tros tiros, ni tan idónea para combatir vuestros errores como yo «lo estoy; independiente, sin compromisos, sin relacion, sin ne-«gocios, bastante instruido en vuestras máximas, y resuelto á lle-«var mi polémica tan adelante como crea que Dios me incita á «ello.»

En la décimasexta *Provincial* avanza aun mas en su encono. No se contenta ya su autor con aquella bufonería delicada que le aseguró su eterno resultado. Sentíase atacado por la razon, y este genio audaz, que por otra parte sabia muy bien que el público no

aceptaria las razones concluyentes que oponian los Jesuitas á sus sarcasmos, se confesaba sin embargo, si bien en su interior, que habia sido vencido, menos por el talento que por la verdad. Mientras que todo el mundo le proclamaba vencedor, su conciencia íntima le reprochaba su derrota. Esta idea desvanecia la gloria del triunfo, difundia tal amargura en su alma, que muchas veces le arrancaba expresiones que son al mismo tiempo una impostura y un oprobio, y solia exclamar: «¿Quién lo creyera? ¿Seríais «capaces de creerlo vosotros mismos, miserables?» Y dirigíanse estas palabras contra el P. Annat, cuya moderacion han elogiado los mismos Jansenistas; contra el P. Dionisio Petavio, el hombre mas erudito de su tiempo, y cuyo único recreo se reducia á amaestrar en la virtud á los niños y á los indigentes mas groseros; contra Vicente de Paul, el modelo de la caridad, y contra todos los que á su ejemplo rechazaban las doctrinas de Jansenio. Estos *miserables*, denominados así por Pascal, y que se transformaban, segun él decia, en corruptores públicos de la moral, eran, hacia ya mas de cien años, las antorchas y columnas de la Iglesia universal. Los Papas, los reyes, los obispos y los Santos, como Carlos Borromeo, Francisco de Sales y Vicente de Paul, se dejaban dirigir por ellos por las sendas de la perfeccion, ó marchaban con ellos en las obras de caridad. Ellos debian sacrificar á su ambicion y política el Evangelio, la moral, el honor de la Santa Sede, la paz de la Europa y la de sus conciencias; y á pesar de eso se les mostraba el mismo aprecio. Pascal les arrancaba la venda de los ojos, y no obstante los Pontífices, los reyes, y los pueblos no querian abrir los ojos *á la verdad.* Sin conocer mas que por presciencia la táctica de los partidos, se colocó el Solitario como víctima, y asiendo con una mano la pluma con que asesinaba á los Jesuitas, señalaba con la otra la palma del martirio que no sufria sino en sueños. Y á pesar de eso le creyeron sobre su pabra: y como habia tomado por su cuenta denigrarlo todo y confundirlo todo; y como su arte de presentar las cosas era irresistible, la opinion pública se dejó dominar por este hombre que, con solo un chiste, con una agudeza á veces inoportuna, formaba una revolucion en las ideas. Acriminando el pasado y el porvenir de los Jesuitas; llamando á juicio sus doctores y principios; adulterando los textos de Vazquez, Sa, Toledo, Sanchez y Escobar, con el objeto de embellecer su obra; exhumando los libros

desconocidos destinados á la misma tortura, y aceptando y dando por sentadas todas las citas que sus amigos le extractaban, acometió á la Compañía de Jesús con una enorme maza, cuya pesantez no habia aun probado. Esta maza lanzó rudos golpes, é hizo odiosas ó ridículas algunas opiniones que yacian sepultadas en el olvido: sin embargo, todavía aparece una que no debe pasar por alto el historiador, puesto que de ella emanan, segun las *Provinciales*, todos los desórdenes y todo el relajamiento con que se ha visto afligida la moral y la Iglesia. Esta doctrina fue vituperada por Pascal, Arnauld, Nicole y demás adversarios del Instituto, bajo el nombre de probabilismo. Así, tócanos estudiar un sistema que por sus consecuencias ha sido, segun afirman los Jansenistas, y pudiera aun ser tan funesto.

Cualquier hombre que tenga alguna experiencia sabe que, á pesar de la precision y claridad de las leyes así divinas como humanas, se ofrecen, sin embargo, una multitud de casos en que se hace difícil determinar su aplicacion. Ora se ofrece un conjunto enlazado de deberes sin poder fijar á cuál de ellos se debe la preferencia; ora existe un concurso de circunstancias imprevistas que impide conocer á fondo la voluntad del legislador. Y como los tratados de moral y jurisprudencia, antiguos y modernos, ofrecen á cada una de nuestras obligaciones una infinidad de casos en que se hallan fraccionadas las opiniones de los mas doctos, suele ocurrir que estas opiniones se rodean de motivos tan graves, que transcurren siglos y siglos, y ellas se mantienen no obstante en el mismo grado de verosimilitud. Ahora bien, si se juzga del porvenir por lo pasado, durará esta divergencia hasta el fin del mundo, á menos que interviniendo la Iglesia no termine por medio de una solucion decisiva estas controversias que se adormecen á veces bajo la lasitud, para dispertarse de repente segun las pasiones ó necesidades del momento. Muchas veces sucede que no podemos abstenernos, y por otro lado nos está prohibido obrar con una duda práctica de la moralidad de un acto. ¿Qué deberémos hacer, pues, cuando no hay una ley cierta, y cuando los dictámenes son mas ó menos favorables, ya á la libertad, ó á una ley que se presume existente?

Sostienen unos que se puede con seguridad de conciencia adoptar una opinion que no tiene contra sí ningun deber cierto, y que por el contrario tiene grandes motivos en su favor. Denomínanse

probabilistas estos teólogos, porque el carácter esencial de una opinion probable consiste en no tener contra sí nada cierto, al paso que poderosas razones en su favor.

Pretenden otros que no es permitido seguir una opinion probable; y no concediendo extension alguna á la libertad sino en el caso ó en el momento en que se apoya, parecen mucho mas fundados en razon que los del sistema favorable á la ley. Desígnanlos con el nombre de *probabilioristas*, porque no aprueban hasta despues de haber comparado.

Siendo indispensable reprimir los abusos que podian deslizarse en estas distintas maneras de pensar, al paso que pertrecharse contra el exceso de ambos extremos, la sabiduría de la Iglesia trató de obviar á este doble peligro, prohibiendo apoyarse en opiniones probables á los que por su estado deben procurar un efecto por medios seguros: á los sacerdotes en la forma y materia de los Sacramentos; á los médicos en la eleccion de los medicamentos; á los magistrados en el fallo de las causas civiles; y á todos los hombres, cuando se trata de evitar algun daño al prójimo. Y al sentar esta decision, condena la Iglesia á los que afirman que nadie está jamás autorizado á seguir una opinion que favorezca á la libertad, aun cuando fuese la mas probable entre todas las probables; vituperando igualmente á los que enseñan que basta una probabilidad cualquiera, aunque sea la mas leve.

Si nos hemos de atener á la letra del sistema, el probabiliorismo supone un estudio y un discernimiento imposible de exigir de la mayoría de los confesores ordinarios, puesto que deben examinar todos los sentimientos, profundizar todos los motivos en que se apoyan, constituirse en jueces, y adoptar el dictámen que les parece mas probable. Decidiendo por sí mismos, ó colocando su conciencia bajo la salvaguardia del maestro cuyas lecciones han seguido, de simples magistrados eclesiásticos que eran, se erigen en legisladores, haciendo ligero ó pesado el yugo segun los caprichos de su imaginacion. El probabilismo por el contrario, se muestra inexorable respecto á las exigencias de la ley; al paso que se contiene en los límites del consejo respecto á lo que es mas útil, aunque de una obligacion no reconocida.

Cuando fue creada la Compañía de Jesús, la ordenó su fundador que se amoldase siempre y en todas partes á la doctrina mas comun, mas aprobada, mas sana, mas segura, mas sólida, me-

jor y mas conveniente. El probabilismo, que no habia nacido con los Jesuitas, está destinado á sobrevivirles, y solo se enlaza con su existencia por haberle adoptado el mayor número de los teólogos del Instituto, y porque sus rivales hicieron de él un arma que todo el mundo se propuso manejar contra los Padres. En el momento en que los Jesuitas veian la luz pública, ó lo que es lo mismo, en 1540, imperaba ya el probabilismo en las escuelas. El dominico Bartolomé Medina, en su obra intitulada *De las exposiciones doradas*, habia ya coordinado en sistema las eternas máximas de equidad que rigen á los códigos del mundo civilizado. Parecia efectivamente mas natural no manifestarse mas severos en la reparticion de las divinas misericordias que en la interpretacion de las leyes civiles, ó en la administracion de la justicia criminal. Aquel era el siglo de la teología, y sin embargo, los mas célebres casuistas enseñaban en él los principios del probabilismo, profesándole Nider, Prieras, Hacquet, Mercado, Lopez, Victoria, Ildefonso, Álvarez, Duval, Gamaches, Isambert, Bonacina, Maldera, Bail, y Du Metz, ya antes que los Padres de la Compañía, ya tambien al mismo tiempo que ellos.

No le faltaron tambien antagonistas, y entre ellos un Jesuita italiano, llamado Pablo Comitolo, de quien se asegura ser el primero que le combatió; pero la querella suscitada no salia del recinto de las universidades católicas. Pascal y Nicole, después de él, bajo el pseudónimo de Wendrok, se valieron de los argumentos de Comitolo, y los volvieron en contra de la sociedad religiosa, de la cual este habia sido miembro. Los hijos de san Ignacio habian abrazado la doctrina del probabilismo: Pascal le sacudia tan vivos golpes de malicia sarcástica y de originalidad, Nicole la atacaba con tan docta confusion de textos alterados y de mentirosos dilemas, que cualquiera refutacion, reducida precisamente á la verdad mas descarnada, no podia jamás contrabalancear los efectos de una agresion tan terrible. La disputa era transportada desde la escuela á los salones y á los bufetes, y segun la expresion de Voltaire, Pascal divertia al público.

Una parte del clero no tardó en mirar como perdida la causa del probabilismo. Un rigoroso probabiliorismo, opuesto por los sectarios de Jansenio, se empezó á infiltrar por todas partes, pasando á ser el sistema cási exclusivo de las escuelas francesas. Esta enseñanza, que tomó el nombre de moral exacta, no obtu-

vo sin embargo un completo triunfo; pues los Jesuitas no renunciaron á su modo de pensar, y la mayor parte de los demás institutos religiosos y de las universidades siguieron sus huellas.

No pretendemos indagar las invectivas y razones con que los dos partidos opuestos llamaban la atencion de la multitud, intentando hacer prevalecer sus ideas. Tampoco nos toca averiguar, si desde que el probabilismo fue mirado en Francia como el orígen de todos los desórdenes, han sido las costumbres mas puras, y han pasado los hombres á mejorar su conducta: tampoco queremos saber si los solitarios de Port-Royal, descontentos del mismo Pascal que los habia vengado, le han echado en cara las variaciones de su opinion, y si han publicado contra él ciertas acusaciones en que se acusan á sí mismos. Poco nos importa en efecto, que devorados los Jansenistas interiormente por la guerra civil, ó por los envidiosos odios que la provocaban, hayan puesto en duda la solidez de su juicio, y hayan escrito acerca de este inmortal polemista las siguientes palabras [1]:

«Es imposible contar con su testimonio, ya sea en los hechos «que refiere, por estar poco instruido en ellos, como con res«pecto á las consecuencias que saca de ellos, y de las intencio«nes que atribuye á sus adversarios, porque sobre unos funda«mentos falsos ó inciertos basa unos sistemas que solo existian «en su imaginacion.» La cuestion capital para nosotros no es ni con Pascal ni con los Jesuitas: redúcese á una tesis que no pueden decidir los epigramas de los unos, ni los silogismos de los otros; y como importa á la moral cristiana, la Iglesia únicamente es quien tiene derecho á fallar sobre ella. Cuando esta tuvo por Pontífice uno de los hombres mas eminentes de su siglo; cuando parecia que la Órden de Jesús iba á desaparecer bajo los golpes de los Jansenistas y filósofos reunidos en una comunion de ideas y odios contra ella, adquirió el probabilismo la mayor y mas esplendente gloria que pueda ambicionar una idea.

En 1740 falleció en Toscana el P. Teófilo de Corte, religioso de la estrecha observancia de san Francisco, y cuyas virtudes y gracias obtenidas por su intercesion, que habian volado en alas de la fama, impulsaron á los superiores de su Órden y á varios obispos á solicitar de la Santa Sede su beatificacion. Sabido es que uno de los primeros cuidados de la Iglesia en semejantes cir-

[1] *Cartas de un eclesiástico á un amigo suyo.*

cunstancias, es el examinar las doctrinas profesadas en las obras impresas ó en originales manuscritos. El P. Teófilo habia enseñado el probabilismo, avanzando tanto en su doctrina, que se leia en su Teología inédita: «Los confesores deben hallarse iniciados «en todas las opiniones para servirse de ellas con prudencia, y «cuando se necesite, con probabilidad, para no imponer á los «fieles una carga que no puedan ó no quieran llevar.» A este axioma tan claramente formulado, el promotor de la Fe se negó á introducir la causa de beatificacion. No se contentaba Teófilo con aducir en favor de sus demostraciones las de los casuistas de la Compañía de Jesús; invocaba en sus manuscritos la autoridad de Diana, uno de los doctores mas célebres de la Órden de los Teatinos. En la misma época cundian por toda la Italia los clamores que Concina y Patuzzi elevaban contra Alfonso Liguori, obispo de Santa Águeda, quien, santo ya á los ojos del mundo antes que la Iglesia le expusiese á la pública veneracion de los fieles, habia sostenido y sostenia el probabilismo con la elocuencia de sus virtudes y la pureza de su moral. La negativa del promotor de la Fe en nada contuvo la marcha de los acontecimientos; y apareciendo por otra parte en las actas del proceso, depositadas en los archivos de la sagrada Congregacion de Ritos, que no habiendo sido jamás censurado el probabilismo, no podia perjudicar al resultado de una beatificacion; después de decidirlo así la corte de Roma en 1766, el proceso siguió su curso, y las virtudes de Teófilo fueron aprobadas mas adelante en grado heróico. Iguales dificultades se suscitaron luego del fallecimiento de Liguori, que tambien se desvanecieron por motivos idénticos.

De esta exposicion sencilla de los hechos se deduce que, si un sistema puesto en práctica por unos Santos, cuyo talento no puede sospecharse con mas fundamento que de su experiencia en materías de teología, y que fue juzgado exento de toda tacha por la Santa Sede, que en semejantes ocasiones despliega la mas minuciosa y severa circunspeccion, no puede jamás ser tachado como principio de una moral relajada, no es ciertamente la reputacion de los Jesuitas la que se encuentra en descubierto, sino el honor y la autoridad de Roma; y á pesar del anatema fulminado por Pascal y Nicole contra el probabilismo, preciso es convenir en que las agudezas mas ó menos mordaces no deben jamás prevalecer contra la sabiduría de la Iglesia.

Los Jansenistas, por el órgano de Pascal, vituperaban á los sacerdotes de la Compañía de Jesús su demasiada condescendencia, en el momento mismo en que Singlin, ó sea el jefe de Port-Royal, aprobando con su silencio el vicioso comportamiento del cardenal de Retz, decia á la elegante duquesa de Longueville [1]: «Las personas de vuestra esfera deben contentarse con ser «sobrias en su conducta, sin entregarse á abstinencias ó auste«ridades que serian tan perjudiciales al alma como al cuerpo.» Pascal, Arnauld y Nicole acusaban á los Jesuitas de tener siempre á su disposicion los argumentos mas extraños para legitimar un atentado, mientras que en una carta dirigida por el cura de San German, limosnero y capellan de honor de María de Médicis, al caballero Chamontel, se lee: «Lo que sé es, que por ór«den y permiso de Jansenio, un sugeto llamado Alfeston trató «de asesinar al cardenal de Richelieu, y descargando el tiro en «el palacio de Bruselas contra el difunto Mr. de Puy-Laurens, «hubiera podido dejar en el sitio á muchos sugetos, si el instru«mento de que se sirvió no hubiese perdido diez y siete balas de «las veinte que contenia, hiriendo gravemente las tres restantes «á otros tantos sugetos [2].»

Singlin aconsejaba la molicie, Jansenio el asesinato, y San-Cyran la rectitud de intencion, con el medio de aplicar de tal suerte las máximas del Evangelio, que fuesen susceptibles, segun la acriminacion dirigida por Pascal á los Jesuitas, de satisfacer á todo el mundo. «He oido decir á Mr. de San-Cyran, es«cribia Vicente de Paul á Origny con fecha 10 de diciembre [3], «que si en un aposento cualquiera hubiese acabado de decir las «verdades á sugetos capaces de entenderlas, y, pasando despues «á otro, se hallase con otros que no lo fuesen, les diria todo lo «contrario.»

Semejante confesion, salida de los labios de uno de los fundadores de la secta, merece quedar consignada. Pascal, Arnauld, Nicole y Sacy, esos despreciadores de la moral relajada, de los equívocos y restricciones mentales, suministraban las armas para ser batidos en regla; pero los Jesuitas no supieron ó no quisieron volverlas contra el jansenismo. Descuidaron su defensa, y cuan-

[1] *Memorias de Fontaine*, tomo III.

[2] *Historia* de Duchesne.

[3] *Diario de Trevoux*, marzo 1726.

do muchos años despues de la muerte de Pascal tuvo á bien emprenderla el P. Daniel en sus *Conversaciones de Eudoxia y Cleanto*, tuvo de su parte la fria razon, pero no á los burlones. Los escritores que se esforzaban en rechazar al autor de las *Provinciales*, carecian del talento inimitable y de la facundia cómica de Pascal; y aun cuando les era fácil probar los errores en que á cada paso incurria, como lo demostró victoriosamente el P. Daniel [1]; pero el hombre que, en una vida de treinta y nueve años siempre débil y enfermiza, habia podido llegar á ser el rival de Arquímedes y de Galileo, el precursor de Molière y de Boileau, el igual de Demóstenes y de Bossuet, el émulo de Tertuliano en la apología de la religion cristiana, al paso que, segun una juiciosa observacion de Nicole, parecia haber nacido para inventar mas bien que para aprender, difícilmente podia encontrar antagonistas tan colosales como él. El P. Daniel sucumbió en esta desigual lucha, pues la impresion producida por Pascal era indeleble.

El parlamento de Aix mandó quemar estas cartas: censuráronlas los obispos, y condenólas el Papa en 14 de marzo de 1658; sin embargo, volvieron á aparecer y volvieron á ser quemadas en la plaza de Grève por un decreto del Consejo expedido en 14 de octubre de 1660. No obstante, los Jansenistas se hacian cada vez mas temibles: la persecucion, que siempre ha engrosado las filas de la minoría comunicándolas un nuevo vigor, aumentaba visiblemente la de estos sectarios. Pedro de Marca, uno de los mas sabios jurisconsultos de su época, redactó un formulario que, adoptado por la asamblea general del clero, debió proponerse á los disidentes para que lo firmasen. Los Jansenistas se resistieron con cuatro prelados, Enrique Arnauld, obispo de Angers; Pavillon, obispo de Aleth; Buranval, obispo de Beauvais; y Caulet, obispo de Pamiers. Luis XIV gobernaba ya por sí mismo. «Uno «de los primeros cuidados del Rey, dice Schœll [2], fue el insta- «lar bajo el nombre de *Consejo de conciencia*, una comision encar-

[1] Grande fue, sin embargo, el éxito de esta obra, si se ha de dar crédito á Bayle. En sus *Obras diversas*, tomo IV, pág. 711, escribia con fecha del 26 de agosto de 1694: « La contestacion dada por el P. Daniel á las *Provinciales*, ha « desaparecido cási antes de aparecer. Su precio eran 30 sueldos, y segun vo- « ces se ha ofrecido un luis de oro de 24 francos á los que la habian comprado « si querian deshacerse de ella. Créese que no se ha querido dejarla salir á luz « por no chocar con Mr. Nicole. »

[2] *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXVIII.

«gada de examinar á los sugetos presentados para los altos be-
«neficios eclesiásticos que se hallasen vacantes. Componíase el «mencionado Consejo del arzobispo de Tolosa, Pedro de Marca, «de Perefixe, obispo de Rhodez, preceptor que habia sido del Rey, «y del P. Annat, su confesor y uno de los miembros mas ilustres «de la Compañía.» «Difícil hubiera sido, añade el historiador pro-«testante, reunir tres hombres mas virtuosos, mas desinteresados «y mas exentos de prevencion.»

El excluir de todas las dignidades clericales á los partidarios de Jansenio, era lo mismo que asesinar el jansenismo; pero era indispensable ante todo proveer á las necesidades del momento. El Monarca mandó cerrar las escuelas de Port-Royal. La oposicion de los solitarios invadia la política por medio de los asuntos religiosos. El superintendente Fouquet, que merced á la mediacion de Pomponne, hijo de Arnauld de Andilly, conservaba misteriosas relaciones con los jefes de los Jansenistas, fue preso en Nantes el 5 de setiembre de 1661; mientras que el cardenal de Retz, que presagiaba ya al gran rey á través de la adolescencia de Luis XIV, no juzgando oportuno continuar la lucha que habia sostenido durante tanto tiempo, hizo dimision del arzobispado de Paris, entrando á reemplazarle, después de la muerte de Marca, Hardouin de Perefixe. Resuelto este á calmar los disturbios que Pablo de Gondi habia suscitado en su diócesis, encargó á Bossuet que pasase á vencer la obstinacion de las religiosas de Port-Royal. La lógica del futuro obispo de Meaux tuvo que ceder ante aquellas mujeres cegadas por la vanidad y orgullo, las que creyéndose mas doctas y eruditas que él en materias de teología, y refugiándose en su ambicion por el martirio, rechazaron la mano que les tendia el genio. Tampoco el Prelado fue mas feliz que Bossuet, y queriendo caracterizarlas, exclamó en su presencia: «Verdad es que sois puras como ángeles, pero sois so-«berbias como demonios.»

En tanto que el arzobispo de Paris y Bossuet por un lado procuraban con toda mansedumbre conducir al aprisco de la Iglesia á estas religiosas, de quienes habian formado su vanguardia los Jansenistas; mientras que el P. Annat, á quien Racine ha descrito, en su *Historia de Port-Royal*, bajo los rasgos de un encarnizado perseguidor de los solitarios, buscaba algun expediente para poner un término á tantas escisiones, Gilberto de Choiseul,

obispo de Cominges y partidario de Jansenio, y que habia recibido órden del Monarca en agosto de 1662 para trabajar en esta transaccion de consuno con Annat y el Jesuita Ferrier, escribia con fecha 20 de mayo de 1663, dirigiéndose á Enrique Arnauld, obispo de Angers, en los siguientes términos [1]:

«El P. Ferrier, uno de los mas hábiles teólogos de la Compa-«ñía, y que ha enseñado la teología en Tolosa durante el espacio «de doce años, ha tenido varias conferencias con estos señores, «y gracias á Dios han tenido un feliz resultado; porque habien-«do tomado la palabra los señores La Lane y Girard, cuyo mé-«rito os es sin duda conocido, han expuesto su doctrina sobre «las cinco proposiciones condenadas, que se reducen no solo al «sentir de los Tomistas, sino á servirse de los mismos términos «de su escuela con tanta precision y claridad, que no puede ca-«ber en ellos la menor sospecha de error. Pero el P. Ferrier cre-«yó que no bastaba el sincerarse de la sospecha de herejía res-«pecto á las citadas proposiciones; ha sido de parecer que era «necesario que diesen pruebas mas particulares de su adhesion «y obediencia á la Santa Sede. Por lo tanto, les ha propuesto que «declarasen que aceptan las decisiones promulgadas en sus cons-«tituciones por los papas Inocencio X y Alejandro VII sobre es-«ta materia, y que se someten á ellas enteramente.»

Gran trecho va de las *Provinciales* de Pascal, las *Ilustraciones* de Sacy, y las *Imaginarias* de Nicole, á las conferencias referidas por este prelado jansenista á un hermano del jansenista Arnauld. Los solitarios de Port-Royal y sus adictos conocian que habia sonado para ellos la hora de entrar en negociaciones. Y así como los Jesuitas se habian mostrado los mas débiles en las guerras de sarcasmos, no solo recobraron las ventajas perdidas en el terreno de una discusion tranquila y profunda, sino que cedian á sus rivales el derecho de adoptar el tomismo, ó lo que es lo mismo, el de seguir las doctrinas de los Dominicos, opuestas al molinismo. Sin embargo al hacerles todas las concesiones posibles, concesiones de amor propio y de escuela, exigian que los novadores se sometiesen á la autoridad pontificia. La Compañía de Jesús tenia derecho á ejercer crueles represalias contra una secta que acababa de atacar sus Estatutos, sus principios y teólogos, y que habia tomado todo esto por blanco de sus burlas y dicterios. No

[1] *Cartas de Mr. Antonio Arnauld,* tomo I, pág. 432.

obstante portóse en un todo con moderacion; y para conseguir la paz, se prestó á todos los sacrificios. «Como este negocio, añade «Choiseul en la misma carta al obispo de Angers, se ha inaugu-«rado de concierto con los Jesuitas Annat y Ferrier, con ellos se «continúa, y debo deciros en testimonio de su sinceridad que en «todo el decurso de este negocio me han parecido verdadera-«mente amigos de la paz, que trabajaban con la mejor fe del «mundo por conseguirla, y que si en alguna ocasion han mostra-«do toda su energía contra el dictámen de los denominados Jan-«senistas, esta energía no era motivada en ninguna especie de «aversion contra los individuos del jansenismo, sino de la adhe-«sion que profesan á la Santa Sede, y del deseo de consolidar la «tranquilidad á que aspiramos todos.»

La posicion está ya distintamente trazada: las mismas gestiones de los Jesuitas han producido ya una reconciliacion, y ya nos es permitido esperar que una paz próxima sufoque hasta el último gérmen de estas discordias. Le Nain, el abate Barcos, sobrino y heredero de San-Cyran, Enrique Arnauld y de Andilly, hermanos del Doctor, aceptan la transaccion propuesta por los Padres del Instituto; no obstante el Doctor permanece inflexible. El mismo Nain escribe [1]: «Y para servirme de los términos de uno «de los primeros magistrados del reino, el primer presidente La-«moignon, os veréis condenado ante Dios y los hombres, si re-«husais creer á un prelado tan ilustrado, tan virtuoso y tan dis-«tante de toda sombra de sospecha como es Mr. de Cominges.» Pero inflexible Arnauld en presencia de semejante abjuracion, no quiso doblegar su férreo carácter ante unos enemigos á quienes con tanto encarnizamiento habia perseguido, aun cuando sus hermanos se unieron á Le Nain para instarle á que aceptase unas condiciones ofrecidas, dictadas é inspiradas tal vez por los Jesuitas. Persistiendo en sus belicosas ideas, aun cuando le invitaban con la paz, hizo romper los tratados; y el 24 de agosto de 1664 fueron sacadas de su convento las religiosas de Port-Royal y trasladadas á otras casas por la fuerza militar.

La madre Angélica habia dejado de existir; pero en su lugar quedaba su hermana Inés y sus tres sobrinas, hijas de Andilly, Angélica de San Juan, María Teresa y María de Santa Clara, que habian heredado sus prendas naturales al par que su obstinacion.

[1] *Cartas de Mr. Arnauld,* tomo I, pág. 414.

Quisieron, pues, mostrarse dignas de su familia. Mas no tardó en difundirse el rumor de su dispersion por todos los ángulos de la monarquía francesa; y en 11 de febrero de 1665 una bula del papa Alejandro VII aplaudia la medida que el Gobierno se vió forzado á tomar. Cualquiera hubiese creido que este golpe de Estado bastaria para abatir el corazon de estas mujeres, á quienes la sociedad y estudios de bellos modelos de literatura habian dado vigor á sus ideas y la elegancia del estilo. Pero sucedió todo lo contrario: después de trazar su pluma el relato de sus padecimientos, la madre Angélica de San Juan, desde el convento de las Anunciatas donde se la habia destinado, lanzó una voz tan elocuente como persuasiva. «Esta era, dice un escritor jansenista [1], «una jóven de quien se puede asegurar con certeza que no tenia «ninguna de las debilidades de su sexo: todo en ella era grande «y varonil; pareciendo su ingenio tan superior á todos los de«más, que los hombres mas ilustres la admiraban como un pro«digio.»

Esta comunidad de las Anunciatas, adonde vivia retirada la mariscala de Rantzaw, tenia por directores á los Padres de la Compañía de Jesús. «Difícil me seria expresar, refiere Angélica «de San Juan [2], la impresion que de repente ocasionó esto en mi «alma: temblaba como una azogada desde la cabeza á los piés, «tanto de sorpresa como de temor.» Sin embargo, no tardó en calmarse este terror jansenista, escuchando de allí á poco al Padre Nouet, y aun haciendo justicia á sus principios y erudicion. Después de haber asistido á una conferencia dada por otro sacerdote del Instituto, escribia: «Escuché á un buen hombre que se «expresa todavía en un francés anticuado, pero que, en el fondo, «pronunció un excelente discurso, que suponia buenas máximas «sobre la gracia. Tuve particular satisfaccion de ver á la gracia «triunfante en boca de sus enemigos, aun cuando este buen hom«bre no lo fuese personalmente; sin embargo, viste el hábito de «ellos.» En seguida, y después de tan extraños elogios, arrancados por la conviccion, volviendo á recobrar sus preocupaciones de familia, exclamaba: «Esto es lo que tenia que decir de los Je«suitas: después acá no he visto ninguno de cerca, gracias á «Dios.»

[1] *Memorias de Du Fossé*, lib. III, cap. X.

[2] *Relacion del cautiverio de Angélica de San Juan* (imp. anónima).

Idéntica suerte les cupo á los solitarios de Port-Royal, quienes dispersados por la fuerza armada, pasaron unos á refugiarse en los pueblos de provincia; otros se albergaron en los asilos que les ofrecian la admiracion ó la amistad; mientras que los mas célebres fueron acogidos en el palacio de la duquesa de Longueville, hermana del gran Condé. Doce prelados acababan de ser comisionados para entablar el proceso de los obispos de Beauvais, Aleth, Pamiers y Angers, oráculos del jansenismo. Una violenta tempestad amenazaba á esta secta, que encontraba en Lyonne y Le Tellier, secretarios ambos de Luis XIV, un apoyo del que supo sacar toda la ventaja posible. Le Tellier, primer promotor de la revocacion del edicto de Nantes, conferenció con Nicole, le instruyó acerca de las decisiones del Consejo, y aceptó de su mano los argumentos contra las acusaciones de que era objeto el jansenismo.

El cardenal Rospigliosi, que acababa de suceder al papa Alejandro VII, bajo el nombre de Clemente IX, continuó la obra comenzada. Los Jansenistas, á cuya cabeza se hallaba Arnauld, estaban persuadidos de que ya no era posible luchar á banderas desplegadas. Los prelados que hasta entonces los habian abiertamente sostenido, así como los que tomaban una parte menos activa en esta oposicion religioso-política, se sentian colocados sobre un terreno resbaladizo. La Santa Sede y el Monarca se habian cansado ya de dejar fermentar tantos gérmenes de discordias. Los solitarios diseminados se prestaron á la mediacion de Gondrin, arzobispo de Sens, y de Felix Vialart, obispo de Chalons sobre el Marne, prelados ambos, que en union de otros diez y nueve colegas suyos, dirigieron al Papa una peticion, suplicándole que tuviese á bien acoger unas proposiciones que abrigaban el carácter de pacíficas. Clemente comisionó para tratar este asunto al nuncio Bargellini, quien, apenas llegado á Paris, cayó en el lazo que le tendian los Jansenistas. Verdad es que Arnauld consintió desde luego en someterse á la autoridad del Pontífice romano; pero habiéndose propuesto excluir á los Jesuitas de toda conferencia, exigió que se les encubriese el hecho de aceptar aquella paz que habia rehusado, y que iba á recibir con unas condiciones mas rigorosas. Seguro de satisfacer su odio, aun cuando le sea indispensable rebajar su gloria, pasa en compañía de Nicole y La Lane á negociar con el Nuncio á presencia de la princesa de

Conti y la duquesa de Longueville. «Así es, dice el jansenista «Fontaine [1], que estas señoras venian á ser la antorcha de los «obispos á quienes conducian como por la mano, manifestándo-«les todos los pasos que debian dar, y colocando en su boca las «expresiones de que debian servirse.»

Satisfecho Arnauld de concluir una paz forzada sin la intervencion de la Sociedad de Jesús, prodigaba á la sazon á Luis XIV numerosos elogios, en que se ve confundida la erudicion con la gracia del estilo; pero mientras él lo aceptaba todo de manos del Nuncio apostólico, Pavillon, uno de los cuatro obispos disidentes é indómitos como él solo, se resistió á las instancias de Barcos y del mismo Arnauld, sin querer deponer su obstinacion, hasta que una carta del arzobispo de Sens, enemigo declarado de los hijos de Loyola, vino á ponerla un término. «¿Qué triunfo, le es-«cribia, para los Jesuitas, que el ver frustrarse un asunto de tal «consecuencia, que se les habia querido ocultar, y el ver que «se hallan ahora mas ensalzados que nunca por lo mismo que de-«bia arruinarlos sin recurso?»

Este argumento de partido no podia ser mas decisivo; y en odio del Instituto se adhirió Pavillon á los actos que se le proponian; y después de mil altercados de palabras promovidos por los discípulos de Jansenio, ya sobre la adopcion del formulario, ya sobre la distincion establecida por ellos entre la firma pura y sencilla, y la firma sincera, aceptó Clemente IX su sumision en el mes de febrero de 1669. Verificada ya la paz, volvieron á aparecer los Jansenistas en Paris, donde Arnauld fue objeto de la mas viva curiosidad: habíase prestado á esta última mas bien como jefe de partido, que como hombre cuyo talento debia hacerle superior á esta admiracion demasiado plebeya. Pero los antiguos solitarios de Port-Royal, que no habian renunciado á sus intrigas, con el objeto de ganar tiempo se resignaron á una obediencia condicional, que les permitió reunir sus esfuerzos contra la Sociedad de Jesús. El P. Bourdaloue, que inauguraba en este mismo año el ministerio de la predicacion difundiendo la fama de su talento por todos los púlpitos de la capital, se vió hecho el blanco de sus odios. Bourdaloue era ya el competidor con el famoso Desmares de los Jansenistas, de quien Boileau hizo el elogio [2], y trataron de in-

[1] *Memorias de Fontaine*, tomo IV.

[2] *Desmares, dans Saint Roch, n'aurait pas mieux prêché.* (Satire).

molar el orador naciente al predicador envejecido en el arte de la palabra. Pero el Jesuita supo, á fuerza de genio y moderacion, reducirlos á un respetuoso aprecio.

La paz que se habia concluido no pasaba de ser un armisticio. Las *Provinciales* habian lanzado un golpe terrible á los Jesuitas. Intentaron renovar este gran triunfo literario, desfigurando la historia como Pascal habia alterado los textos. El abate de Pontchateau, aquel marqués de Coislin tan activo, tan travieso y tan pródigo de su fortuna y libertad en favor de su partido, concibió la primera idea de una obra que preparó de consuno con Saint-Martin y Gil de Asson, y á la que Antonio Arnauld dió la última mano. Esta obra, que vió la luz pública bajo el título de *Moral práctica de los Jesuitas*, era una recopilacion de crímenes, indigna de los solitarios de Port-Royal. El pretexto de la caridad pareció cubrir este brusco ataque, al que parecian no bastar sus ocho volúmenes, y en el que los autores, disfrazados entonces bajo el velo del anónimo, no temieron decir contra los Padres de la Sociedad: «Dios nos es testigo de que no la emprendemos con el designio «de desacreditarlos ó de hacerles daño; que solo hemos sido im- «pulsados por la caridad, y por el sincero dolor que nos inspira «el verlos empeñados en tan infortunada causa; y por último, nos «lamentamos de que sean el orígen de la perdicion de tantas al- «mas, á quienes seducen y arrastran consigo al precipicio.»

Este subterfugio de lenguaje, que ocultaba la violencia bajo el manto de la caridad, no engañó á nadie. La *Moral práctica* tenia por objeto representar á los Jesuitas como un agregado tan funesto á la Iglesia como al poder temporal: veíaselos en ella sucesivamente pescadores de perlas en Cochin, usureros y traficantes en Cartagena, monederos falsos en Málaga, judíos en Ginebra, idólatras en el imperio chino, herejes en el Japon, generales de ejército y soberanos en el Paraguay, comerciantes en todas partes, y con quiebra en muchos puntos. Semejante caridad, cuyo carácter no habia imaginado describir san Pablo, fue denunciada al Parlamento, que expidió con fecha 10 de setiembre de 1669 un decreto formal, concebido en estos términos: «Con arreglo á la «representacion que nos ha hecho el procurador del rey, respec- «to á habérsele avisado que hace algunos dias que ciertos suge- «tos poco afectos á la Compañía de Jesús diseminaban por esta «capital un libelo escandaloso, intitulado *Moral práctica de los Je-*

«suitas, y que se supone impreso en Colonia, en casa de Gervi-
«no Quintel en 1669, del cual, atendidas las falsedades de que
«está lleno, la aglomeracion de piezas forjadas y datos supuestos
«que contiene, como por la acrimonia de su estilo, es fácil dedu-
«cir que lo ha publicado su autor con el objeto de infamar á la
«Sociedad y la conducta de los Jesuitas, etc.»

La sentencia se reduce á que el mencionado libro sea rasgado y quemado públicamente por mano del verdugo en la plaza de Grève, lo que se ejecutó pasados tres dias.

Conociendo, por último, Arnauld que semejantes rivalidades ó enconos teológicos no debian ser llevados tan adelante; este hombre tan mordaz en sus pasiones de estudio, se ocupó para rescatarlas á componer su inmortal obra de la *Perpetuidad de la fe*, cási al mismo tiempo en que escribia Nicole sus *Ensayos de moral*, en los que se confunden la solidez de los pensamientos y la fuerza del raciocinio con la penetracion y la delicadeza. El ser jansenista era ya un prurito de oposicion. Ambas obras hallaron una favorable acogida en los hombres sensatos; pero las mujeres no se contentaron con hacer justicia á los ingenios de Arnauld y Nicole, sino que los hicieron de moda, y segun el testimonio de madama de Sevigné, devoraron los *Ensayos de moral*. Hé aquí revelado el secreto de partido por esta graciosa ahijada de Port-Royal, la que creyendo no hablar sino al oido de su hija, hacia resonar su voz en todos los ángulos del orbe: «El Espíritu San-
«to, escribe, inspira á quien le parece, y se prepara por sí mis-
«mo los corazones donde quiere habitar. Él es quien en nuestros
«profundos gemidos ruega por nosotros, y todo esto habla en
«nuestro interior por medio de ayes indelebles. Me lo ha dicho
«san Agustin, á quien hallo muy jansenista como lo fue san Pa-
«blo. Los Jesuitas han ideado una especie de fantasma, á que
«dan el nombre de Jansenio, diciendo de él mil injurias, y sin
«que dén indicios de mostrar de dónde esto procede [1].»

El jansenismo dió lugar á algunas diferencias entre los obispos y la Compañía de Jesús; mas cuando aquella secta aun no existia, se suscitaron contestaciones entre el clero seglar y regular, entre los obispos y religiosos; siendo cási en todas partes la predicacion el motivo de estas querellas, que nos parece oportuno explicar en este paraje de la historia.

[1] *Cartas de madama de Sevigné*, tomo II, carta DXXV.

Antes del concilio de Trento los monjes y regulares, en virtud de sus privilegios, tenian muy extenso el ejercicio de su jurisdiccion. Pero habiéndose aquel propuesto restringir este poder, después de establecer que ningun sacerdote, aun cuando fuese regular, pudiese ser facultado para oir confesiones, á menos que no desempeñase las funciones curiales, ó que fuese aprobado por el ordinario [1], declaró que ningun eclesiástico pudiese predicar la palabra divina sin anuencia del obispo, no obstante cualquiera uso ó prerogativas que tuviesen en contrario [2]. Esta doble decision del santo Sínodo era bien terminante; pero en la práctica no dejó de producir muchos conflictos, y aun á veces dividió el episcopado y los religiosos. A medida que unos y otros se alejaron del literal y verdadero sentido que habian querido darla los Padres de la asamblea, introdújose el error, y solo la Santa Sede es la que procuró siempre establecer el equilibrio entre las pretensiones exageradas de unos y de otros; y si la balanza se inclinó alguna vez en favor de uno de los dos partidos, fue siempre en favor de los derechos imprescriptibles del episcopado.

En Alemania, los obispos, que eran en su mayor parte príncipes temporales, abandonaron desde luego á los regulares toda la libertad de que disfrutaban antes de la celebracion del Concilio; pero en Francia, donde se ocupaban los prelados con mayor vigilancia en los intereses de sus diócesis, y en los países nuevamente conquistados por el cristianismo, donde los diocesanos eran todos misioneros; los regulares, y especialmente los Jesuitas, vieron suscitarse numerosos obstáculos en derredor suyo, originándose infinitos debates sobre la misma interpretacion de los decretos del Tridentino [3]. Proyectando el cardenal de Richelieu sufocar este gérmen de divisiones sin cesar renacientes, hizo firmar en 19 de febrero de 1638 á todos los Franciscanos, Dominicos, Jesuitas y demás Órdenes residentes en Paris, una especie de protesta, por la cual declaraban tanto en su nombre como en el de sus hermanos, no poder predicar sin aprobacion del ordinario. Esta protesta reconocia en los prelados el derecho de revocar, cuando lo juzgasen oportuno, las licencias de los predicadores ya por incapacidad notoria ó por escándalo público. Mas

[1] *Conc. Trid.* sesion XXIII.
[2] Ibid. ses. XXIV.
[3] *Proposiciones de los regulares mendicantes de Angers.*

tarde, en 1670, Clemente X, de la familia Alfieri, habiendose propuesto no consentir pretexto alguno para los abusos, dió la bula *Superna,* en la que despues de sentar como un principio las actas del Sínodo, añade: «que los regulares una vez aprobados por el «ordinario, pueden oir las confesiones en todas las épocas del «año, y aun en tiempo pascual.» Segun la referida bula, que tiene fuerza de ley, los regulares no pueden ser privados de la autoridad de absolver sino por una causa determinante y relativa á la administracion del sacramento de la Penitencia.

Tal era la situacion de ambos partidos. Discutíase mas bien sobre el derecho que sobre el hecho; si bien estas discusiones no salian jamás del recinto del claustro ó de las oficinas eclesiásticas. Solo para los Jesuitas trataron de enmarañar la cuestion, presentándola como una usurpacion de parte suya. Algunos obispos quisieron prohibir á los regulares la facultad de confesar y dar la comunion á los fieles en tiempo pascual, y les fue conservado este privilegio por varios breves de Roma. El obispo de Langres, Zamet; Sourdis, arzobispo de Burdeos, y Caumartin, obispo de Amiens, tuvieron que sucumbir en diferentes épocas en esta lucha clerical; pero todas estas contiendas se han borrado de la memoria de los hombres; únicamente subsiste indeleble la que suscitó á los Jesuitas el arzobispo de Sens, Luis Enrique de Gondrin.

Educando este de los Padres, y elevado por su influencia á la silla arzobispal de Sens, era sin embargo uno de los mas fervientes apoyos del jansenismo. Apenas colocado en su silla, se ocupó en poner en práctica las lecciones que habia recibido clandestinamente. Port-Royal no exigia sino un poco de aire y libertad para hacer triunfar sus principios. La tolerancia invocada en favor de los Solitarios no debia jamás extenderse á los Padres de la Compañía. El jansenismo tenia su accion sobre el pueblo y los niños, y por lo tanto fueron excluidos del derecho que Arnauld y Pascal reclamaban con una dialéctica tan vigorosa. Gondrin se creyó obligado á seguir al pié de la letra las teorías de Port-Royal sobre la libertad, y en los *Registros del Consejo privado del Rey* (Decreto del 4 de marzo de 1653), se encuentran relatadas todas las circunstancias del debate. «El orígen de las contiendas entre «ambas partes, dicen, ha empezado por algunas prohibiciones «que quiso ponerles el mencionado Arzobispo, cuatro ó cin-

«co dias antes del domingo de Ramos de 1650, de oir las con-
«ferencias durante la semana de Pascua, bien que ellos estuvie-
«sen en posesion para oirlas en todo tiempo, así en Sens como en
«todas las ciudades del reino en que se hallan establecidas, con
«arreglo al derecho y libertad que las bulas de los Papas han
«otorgado á todos los fieles, y lo recibió por la costumbre toda la
«Iglesia de tiempo inmemorial; y para conseguir este designio,
«juzgó oportuno suscitar una querella á los religiosos respecto á
«su aprobacion, sabiendo que no se la podian mostrar por escri-
«to, puesto que no la habian recibido sino verbal, lo que era su-
«ficiente, segun se habia practicado en las otras diócesis. A este
«fin dió órden al señor de Benjamin, su oficial, que hiciese com-
«parecer á su presencia al Padre rector del Colegio, para decirle
«en virtud de qué permiso oian las confesiones él y los demás
«Padres; y no habiendo comparecido al tercero dia, que fue el
«sábado antes de Ramos, el referido oficial, contra toda forma
«de justicia, pronunció una sentencia, que fue seguida de otras
«tres ó cuatro, y de una órden de dicho señor Arzobispo, y en la
«que se prohibia á los Padres Jesuitas, so pena de excomunion,
«el oir las confesiones en toda su diócesis, por no haber mostra-
«do las licencias.»

El P. Nicolás Godet, rector del colegio de Sens, apeló á la Santa Sede, suspendiéndose con esta apelacion la ejecucion de las sentencias del Ordinario; y en adelante no cesaron los Jesuitas legítimamente aprobados de administrar el sacramento de la Penitencia. El Arzobispo trasladó al confesonario las sutilezas de la escuela, y queriendo vengarse los Padres de su entredicho, publicaron un libro, intitulado *Teótimo, ó Diálogo instructivo sobre el presente negocio de los Jesuitas de Sens.* Como Gondrin estaba filiado en la secta, no quiso incurrir en contradiccion. Hizo censurar la obra por su sínodo provincial. El Pontífice intervino en la cuestion, y habiendo comisionado á tres prelados en clase de jueces, eligió la Compañía al obispo de Senlis, y ante él fue emplazado el promotor de la metrópoli. Los Jesuitas habian apelado á Roma, Gondrin invocó la autoridad del Parlamento. Este conflicto de jurisdiccion dejó á las partes bastante tiempo para avenirse ó para complicar mas la cuestion. Gondrin, cuyos abusos de poder estimulaban los solitarios de Port-Royal, no cesaba de lanzar letras admonitorias contra los Jesuitas, quienes, seguros

de la justicia de su causa, no quisieron ceder á ciertas enemistades, cuyo orígen era demasiado conocido. Resistian á las exigencias del Prelado, y este se decidió á excomulgarlos. El 26 de enero de 1653 se presentó en el púlpito de su catedral, donde, si se ha de creer á una carta del P. Godet [1], el Arzobispo haciendo descender la gravedad episcopal al nivel de las pasiones de partido, exclamó: «La moral de los Padres de la Órden apellidada «de Jesús, es mas digna del Alcoran que del Evangelio: su teo«logía no es mas que una filosofía plagada de sutilezas mas bien «gentílicas que cristianas.» Y en seguida añadió, dirigiéndose á los fieles: «Os amenazarán con cerrar sus colegios, pero se guar«darán muy bien de hacerlo; y si lo hacen, ya os daré yo maes«tros muy superiores á esos rebeldes: así, expulsemos á esas Ór«denes heréticas, cismáticas y perniciosas. Habitantes de la dió«cesis de Sens, os advierto que después de las moniciones pú«blicas que se han fulminado contra ellos, cuantas confesiones «hayais hecho con ellos son nulas y sacrílegas, y me reservo á «mí solo la censura en que habeis incurrido.»

«Entonces, continúa la relacion manuscrita por el P. Godet «dirigida al General de la Compañía, tomando una bujía encen«dida el Arzobispo, revestido de sus ornamentos pontificales y «rodeado de su clero, leyó en alta voz la fórmula de excomunion. «Al instante se extinguieron los cirios. Era tal la vehemencia en «su voz y tan desordenados sus ademanes, que varios sugetos de «gravedad me han asegurado que después de semejante escena, «su adhesion á la fe católica solo habia podido sostenerse por una «gracia especial de Dios. Vea, pues, V. P., si por sí mismo ó por «sus amigos puede empeñar al Santo Padre á tomar medidas pa«ra conducir á nuestro señor Arzobispo á que use con nosotros «una conducta mas equitativa, mas conforme con su elevada dig«nidad, y menos funesta á la Religion.»

La sentencia de excomunion echábase de ver habia sido arrancada por los solitarios de Port-Royal, y conociendo su orígen las cortes de Roma y Francia, tan bien como los Jesuitas, tenian interés en oponerse á aquel exceso. Conociendo el General de la Órden que una nueva lucha agravaria su posicion, ordenó á los Padres de Sens que aceptasen el entredicho. Este estado de cosas, que á pesar de varias negociaciones frecuentemente enta-

[1] Archivos del Gesu.

bladas y muchas veces rotas no pudo mejorarse, duró hasta la muerte de Gondrin; pero el primer acto de su sucesor, Juan Carbon de Montperat, fue el de levantar el anatema fulminado por su antecesor; mandando en seguida á los Jesuitas que abriesen sus iglesias, cerradas durante el período de veinte y cinco años, haciéndoles él mismo una visita, y como para darles una prueba de verdadera reconciliacion, ordenando al P. Chauraud que predicase el Adviento y la Cuaresma en su catedral.

Mas, apenas habia puesto un término á estos debates la muerte del arzobispo Gondrin, cuando se renovaron en otro punto. Ignacio de Loyola habia encargado en sus Constituciones el respeto y la obediencia á los Ordinarios; y sin embargo, cierto número de prelados no cesaron de clamar en el siglo XVII, elevando su voz contra las usurpaciones de la Sociedad de Jesús, que si ya no encontraba adversarios en la universidad y Parlamento, veia un gran número en el episcopado, cuyo auxiliar debia ser. Uno de los que en esta época manifestaron contra ella mayor animosidad fue Esteban le Camus, obispo de Grenoble, cuya piedad era tan notoria como su ciencia, siendo citado por su celo y regularidad de costumbres. Promovido este Prelado al cardenalato en 1686, manifestó hácia el Instituto de Loyola una de esas aversiones de instinto que nada parece justificar, y de la que, sin embargo, ofrece un ejemplo cada página de su vida. A instancia suya y sin exámen, removian de los púlpitos y de la enseñanza á todos los Padres que en la diócesis de Grenoble habian, por su popularidad, tenido la desgracia de incurrir en la suya; llegando á ser tan marcada esta repulsion, que los Jesuitas se habian visto precisados á entrar en cuentas consigo mismos. Hacia ya largo tiempo que duraba este estado de cosas, cuando alentado le Camus por las concesiones obtenidas, no tardó en solicitar otra nueva. Hacíale sin duda sombra el P. Saint-Just, prefecto del Colegio por espacio de quince años: amábanle las familias y los niños, y era preciso alejarle. Dirígense varios miembros del Parlamento á la duquesa de Saboya y al General del Instituto quejándose de tan extraña persecucion: sábelo el Obispo; lanza un anatema contra el Padre, y alega una grave imputacion; pero sin alegar él mismo la prueba. Saint-Just, escudado con su inocencia, se irrita al verse hecho el blanco de una acusacion sin haberle oido, y de hallarse cargado de imputaciones, que mira

como otras tantas calumnias. Con autorizacion de su jefe, el rector del colegio de Grenoble, entabla una queja en el Parlamento. Camus escribe á Oliva, General de la Compañía, exigiéndole que se someta el acusado á su autoridad. Oliva, conociendo que importaba mas dar un ejemplo de subordinacion sacrificando á un Jesuita, que dejar que se agravasen cada vez mas estas cuestiones, siempre difíciles, comisiona á Luis Camaret, provincial de Lyon, para que signifique á Saint-Just y al rector de Grenoble las penas que les impone por haber ofendido al Prelado.

Hé aquí los términos en que refiere Camaret al General de su Órden la ejecucion de su voluntad, escribiéndole con fecha de 21 de setiembre de 1679:

« Las órdenes de V. P. han sido acogidas con una perfecta y « pronta sumision por parte del rector del colegio de Grenoble y « por la del P. Saint-Just, aceptando uno y otro con generosidad « y amor el castigo que les anunciais. Debo, sin embargo, adver- « tiros que ambos Padres se han visto arrastrados por un ejemplo « que sin duda no debemos aprobar, ni mucho menos seguir: « hablo de las frecuentes y cási diarias apelaciones que todos los « eclesiásticos, tanto seglares como regulares, hacen en este rei- « no del tribunal ordinario al del Parlamento. Añadiendo que si « el P. Saint-Just ha comparecido ante un tribunal lego, no era « para apelar de la censura fulminada por el obispo de Grenoble, « que es una pena espiritual, sino para purificarse de la calumnia « que ha dado lugar á la censura. No ha ido á pedir justicia con- « tra el Obispo, sino contra los malvados que tachan su reputa- « cion. Por lo tanto, y teniendo en consideracion la completa obe- « diencia del Rector á los obstáculos que le suscita el Obispo, me « atrevo á suplicar á V. P. le levante el entredicho que ha lanza- « do contra él para castigarle de su falta. »

Dirigiéndose el Provincial de Lyon al General de la Órden en la intimidad de una correspondencia que jamás estuvo destinada á ver la luz pública, después de darle parte de las injusticias, justificaba á su súbdito, al paso que le acusaba de haber sido demasiado activo en la defensa de su honor atacado; y tratando de adormecer las susceptibilidades del cardenal Esteban pasaba el cargo al P. Saint-Just, injustamente condenado en su concepto.

Una querella, cuya primera causa procedia de rivalidades de jurisdiccion, ocupaba, cási en la misma época, á la perseguida

Iglesia de Inglaterra, la cual subsiste en el dia, aunque transformada. Coligándose en aquella ocasion los Jansenistas con los Puritanos y Episcopales de la Gran Bretaña, tomaron partido en favor de Ricardo Smith, obispo de Calcedonia y vicario apostólico. Creia Smith que los privilegios de las Órdenes religiosas estaban en contradiccion con el ejercicio de sus poderes; y habiéndose propuesto los PP. Floyd, Wilson, y Cellot, explicar la posicion de los regulares, se empeñó una violenta polémica, que dió por resultado la condenacion de los libros de los tres Jesuitas, y la exoneracion del Obispo por la Santa Sede. Los Jansenistas, que no se contentaban con alimentar y aun fomentar estas escisiones, habiendo llegado á ganar en favor de su secta á varios prelados, lograron tambien que estos últimos se asociasen de grado ó por fuerza á esta guerra minuciosa de sutilezas, que hacian tanto eco en las diócesis de Sens y de Grenoble. Mientras que los PP. María, Dupont y Masson luchaban en Agen contra Joly, obispo de aquella ciudad; Caulet, uno de los apóstoles del jansenismo, adoptaba en su catedral de Pamiers la misma marcha de Gondrin, y fulminando su anatema contra los Jesuitas, publicaba después, con fecha del 12 de mayo de 1668, la relacion de estos sucesos, terminándola de este modo: «Esta historia será muy «adecuada para confirmar la de la Puebla de los Ángeles, y á na«die le costará trabajo ya creer los excesos que los Jesuitas del «Paraguay y Méjico han cometido en América, cuando vea los «que han osado cometer los de Pamiers á vista de toda la Igle«sia galicana.»

Al referir las cuestiones ocurridas en el Paraguay entre don Bernardino de Cárdenas y los misioneros de la Sociedad, hemos aludido á los hechos invocados por el obispo de Pamiers. El nombre de Juan de Palafox ha sido pronunciado en esta obra con el respeto que inspiran su talento y virtudes; pero la historia no vive ni se nutre únicamente de la veneracion hácia los hombres ilustres; tiene una obligacion de apoyarse en los documentos, y de basar sus relatos en los testimonios que los archivos ponen á su disposicion. Palafox, ingenio despejado, corazon que rebosaba de caridad, y sugeto dotado de los dones apostólicos, ha visto servir su nombre de enseña contra una sociedad religiosa, á la que en diferentes épocas pagó un tributo de admiracion fraternal. Pero todos estos sentimientos de equidad, todos estos homenajes tribu-

tados á un celo, de que él mismo fue testigo ocular, se borran completamente ante las hostilidades que en seguida la suscitó. Los adversarios del Instituto han olvidado cuanto Palafox habia dicho por escrito en favor de la Compañía, para no recordar sino sus ataques: á sus ojos no tiene Palafox otra cosa de santo que el haber rivalizado y declarádose enemigo de los Jesuitas: sus virtudes, que nosotros honramos, solo fueron aceptadas á este precio; siendo lo mas chocante que estas condiciones tan extrañas se han conservado aun hasta nuestros dias. Veamos ahora lo que hay de real y efectivo en unos sucesos de que todos los partidos han procurado sacar las posibles ventajas.

Palafox, obispo de Angelópolis ó Puebla de los Ángeles, en Méjico, habia vivido por largo tiempo en buena armonía con los Jesuitas; cuando hé aquí que de repente empezó por exigir de ellos los diezmos y otros pechos no autorizados por el uso, dando orígen con este desacuerdo á un conflicto de jurisdiccion entre el Prelado y los misioneros. Resistiéronse los Jesuitas á pagar lo que no debian, y no estando Palafox habituado á esta resistencia de su parte, creyó vencerlos lanzando contra ellos un entredicho general. Transferida la causa á Roma, expidió Inocencio X un Breve, de 14 de mayo de 1648, en el que después de reasumir las dos sentencias de la congregacion de Cardenales, distribuia la acriminacion y el elogio con firmeza imparcial, diciendo: que el Obispo habia hecho mal en ceder á un primer impulso de cólera, y mucho peor en retirar los poderes eclesiásticos á unos religiosos aprobados, y que, en el ejercicio de su ministerio, no habian incurrido en ninguna falta.

Pero si el bien de los fieles y el interés de la Iglesia deben prevalecer sobre los resentimientos personales de un obispo, la obediencia clerical no puede jamás, en caso de duda, aceptar como injusta la órden que se le intima por la autoridad superior. Segun el tenor del mismo Breve, los Jesuitas se habian eliminado de aquella posicion que tantas veces les habia aconsejado la prudencia. En vez de someterse á una decision, inicua quizás á sus ojos, y de esperar el fallo de la Santa Sede, habian apelado á los jueces conservadores, en un caso en que la injuria no estaba mas palpable que la violencia.

En la sentencia pontifical es reconocido el derecho del Obispo; pero vituperóle en el hecho la congregacion de Cardenales, ex-

presándose en estos términos: «Resulta de todos los procedimien-«tos, que los crímenes imputados contra los Padres carecen de «pruebas, que ninguno de ellos ha incurrido en el caso de exco-«munion, y que las censuras pretendidas por el mencionado Obis-«po no se hallan justificadas.» Los cardenales al concluir aña-den: «Por lo demás la sagrada Congregacion exhorta en el nom-«bre del Señor, y advierte seriamente al citado Obispo que acor-«dándose de la dulzura cristiana, no solamente debe portarse con «afecto paternal hácia la Compañía de Jesús, que, segun su lau-«dable Instituto, ha trabajado y trabaja en la actualidad sin des-«canso y con tanto éxito en favor de la Iglesia de Dios, sino que «reconociéndola como una auxiliar demasiado útil para el buen «régimen de su Iglesia, la trate favorablemente, y continúe con «ella su primera amistad. La Congregacion se lo promete así, y «espera que lo hará, no dudando de su celo, de su vigilancia y «piedad.»

Si se exceptúan algunas reservas de derecho, los Jesuitas obedecieron al instante, y solicitaron licencias de D. Juan de Palafox; pero mientras que la corte de Roma conciliaba las disidencias y distribuia los elogios con tanta equidad, cediendo el Prelado á un inconcebible movimiento de terror, y alejándose de Angelópolis, escribió al Papa desde el lugar de su destierro voluntario en los términos siguientes: «Para aplacar el furor de mis enemigos «me ví precisado á fugarme á las montañas, buscando en la «compañía de los escorpiones y las serpientes, y otros animales «ponzoñosos, la seguridad y la paz que me habia sido imposible «encontrar en medio de esa implacable Compañía de religiosos. «Después de haber pasado veinte dias con grave peligro de mi «vida, y con tal penuria de alimento, que nos veíamos reduci-«dos á no probar otro manjar y otra bebida que el pan de la aflic-«cion y el agua de nuestras lágrimas, descubrimos por último «una cabaña donde me oculté por espacio de cuatro meses. Los «Jesuitas entre tanto nada olvidaron para hacerme buscar por to-«dos lados, prodigando sumas inmensas, con la esperanza de que «si llegaban á encontrarme, me harian abandonar mi dignidad, «ó me harian morir.» Semejante acusacion es tan formal como posible: sin embargo, en 1615 encontró en el Consejo real de España un refutador desinteresado, que presentó los hechos bajo un punto de vista muy diferente. Tratando el Sr. Gutierrez de

la Huerta la cuestion de los Jesuitas y del Prelado, decia en su informe que obra en los archivos de Madrid: «Nadie ignora que «la salida de Palafox fue espontánea y con objeto de recreo; que «pasó á la casa de campo del licenciado D. José María Mier, ha-«bitante de la Puebla; que este domicilio colindaba con el de «Otumba, perteneciente á los Jesuitas; que el licenciado Mier le «acompañó personalmente en este viaje con su familia y criados, «y que la gruta imaginaria fue transformada mas adelante en ca-«pilla sobre el camino real, que desciende desde la Puebla á «Salaya para ir á Veracruz. Habrá poco mas de medio siglo que «se veia aun en el mismo sitio la palmera á cuya sombra acos-«tumbraba el reverendo Palafox rezar el oficio divino, como cons-«ta por la tradicion, durante su mansion en aquellos campos.»

Gutierrez de la Huerta, atenido al testimonio de los enemigos de la Compañía de Jesús, demuestra que aquella comarca tan terrible en donde Palafox no habia encontrado sino escorpiones, serpientes, rocas y precipicios, no era á la sazon sino lo que es en el dia, un país rico y célebre por la belleza de sus perspectivas. Sabíanlo sin duda los Jansenistas tan bien como él; pero como semejantes exageraciones eran una buena fortuna para su causa, siendo á propósito para engendrar apasionadas credulidades, después de reproducir Arnauld, con compasion artificiosa, todas estas torturas que inventó un acceso de delirio, hasta hizo una arma contra la Sociedad de Jesús, de la virtud del mismo don Juan.

Hablando este último, en una carta dirigida al Papa en 8 de enero de 1649, carta que, segun las necesidades de su causa, ha confesado y negado sucesivamente, y cuya existencia han tenido los Jansenistas la crueldad de demostrar, porque al paso que acusaba á Palafox, los justificaba; hablando de sus tormentos y temores, atribuye á los Jesuitas crímenes IMPOSIBLES á una Sociedad religiosa [1]. Los mentís que el obispo de Angelópolis daba á

[1] Seguro Palafox del apoyo con que contaba en Europa, no se limitaba á publicar sus quejas personales, y añadia en el mismo escrito: «¿Qué otra «Órden religiosa, Santísimo Padre, ha sido tan perjudicial á la Iglesia ca-«tólica, ni ha diseminado tantos disturbios en todas las provincias cristianas? «Pero no hay por qué extrañarse. Esto consiste, si vuestra Santidad me permite «decirlo, en que la singularidad tan extraordinaria de esta Compañía la hace «mas bien onerosa á sí misma, que útil y respetable á los demás, porque ni es «enteramente eclesiástica secular, ni eclesiástica regular.» Y en otra parte:

su obra, y que los solitarios de Port-Royal rechazaban victoriosamente [1], colocaban en una situacion bastante difícil á este Prelado. Llamado á España y trasladado á la silla de Osma, pequeña ciudad de Castilla la Vieja, se encontró con nuevos obstáculos que le suscitaron las inquietudes de su celo, y el ardor de su espíritu. No teniendo ya que luchar con los Jesuitas, las tomó con el Gobierno de Felipe IV. «Segun la memoria que habeis mandado «imprimir, le decia el Monarca en una carta, cuyo original se «halla depositado en el archivo del ministerio de Hacienda de Es-«paña, habeis olvidado vuestras obligaciones de ministro y de «obispo; de ministro, porque sin tener en consideracion las ne-«cesidades urgentes de nuestros súbditos, os oponeis á su alivio; «y de obispo, porque exponeis lo que no es realidad, diciendo «que yo he mandado que no se hiciese caso de las censuras.... «Recordad que cuando llegásteis á España, encontrásteis al es-«tado eclesiástico tranquilo y libre de todo cuanto perturbaba en «las Indias al que regíais. Moderad la impetuosidad de vuestro «celo, y de no, yo pondré remedio.—Yo el Rey.»

Prescindiendo de estas demasías de virtud, habia dejado Palafox, tanto en Méjico como en España, una gran reputacion de piedad y ciencia; y apoderándose los adversarios de la Sociedad de Jesús de su ilustracion, se hicieron un arma de la santidad del Prelado contra los Padres. Era muy importante á su causa ver colocado en los altares al obispo de Osma, y solicitaron del Papa su canonizacion como un triunfo de partido; canonizacion á que se opusieron los Jesuitas con todas sus fuerzas, por dictárselo así su propio honor. Ya por los años de 1694 habia dado Carlos II los primeros pasos cerca de Inocencio XII, cuando presen-

«¿Qué otra Órden se ha separado tanto de los verdaderos principios de la «religion cristiano-católica? Su poder ha llegado á ser tan inmenso en la «Iglesia universal, que si no se trata de reprimirle, Dios solo sabe á donde «parará; sus riquezas son tan colosales y su crédito tan extraordinario, que «tratan de sobreponerse á las leyes, dignidades, concilios y constituciones apos-«tólicas; de manera que los obispos (al menos en esta parte del mundo) se ven «reducidos á morir y sucumbir combatiendo por su dignidad ó someterse á «sus caprichos, ó al menos á esperar el desenlace dudoso de una causa justa «y sagrada, exponiéndose á una infinidad de lances, incomodidades y dispen-«dios, y viviendo en un continuo peligro de ser acosados bajo sus falsas y ca-«lumniosas imputaciones.»

[1] *Diario de Saint-Amour*, 3.ª parte, cap. XIII.

tándole Tirso Gonzalez, general á la sazon del Instituto, una peticion, bastó para suspender el primer ataque, contentándose los promotores de la canonizacion con evacuar los informes. En 1726 admitió Benedicto XIII la causa del siervo de Dios, quedando en este estado, hasta que habiendo comisionado el pontífice Benedicto XIV al cardenal Passionei para que hiciese la relacion sobre las virtudes y fama de santidad de Palafox; este hombre célebre por mas de un título, pero que á pesar de todo se habia declarado enemigo de los Jesuitas, no encontrando en los escritos de D. Juan nada contrario á la fe y buenas costumbres, quizás por no detenerse á investigar lo que podian contener de hostil á la verdad y caridad cristiana, dió parte de su cometido, y en consecuencia, el 10 de diciembre de 1760, en el momento en que el huracan rugia sobre la cabeza de los Jesuitas, la congregacion de Ritos, instada á contestar por Carlos III de España, juzgó que se podia pasar mas adelante.

Suprimida la Sociedad de Jesús, exigió el Monarca como última satisfaccion la beatificacion de Palafox. En 28 de enero de 1777 pidió el papa Pio VI los votos de los cardenales. Cristóbal de Murr, uno de los protestantes mas eruditos del siglo XVIII, nos ha conservado en su *Diario para la historia de las artes y literatura*, tomo X, pág. 205, el discurso pronunciado por el cardenal Calini en presencia del sumo Pontífice y consistorio. Traducimos del texto latino estas palabras, tan llenas de graves imputaciones:

«No aduciré aquí, dice el orador, mas que un argumento que «desde la época en que fue introducida la causa de Palafox se «ha presentado siempre como un obstáculo para su beatificacion. «Este argumento, que siempre ha sido el objeto de nuestras de«liberaciones, y que hasta ahora subsiste en todo su vigor, es la «carta escrita por Palafox á Inocencio X, en la que el obispo de «Osma, entre infinitas injurias que vomita contra las demás Órde«nes religiosas, derrama torrentes de malicia contra la Sociedad «de Jesús, afirmando que abunda en corrupcion, y que es perju«dicial á la Iglesia de Dios. Hace ya mas de cien años que está es«crita esta carta, y desde entonces acá, ¿cuándo y en dónde hemos «visto señal alguna de corrupcion entre los Jesuitas? Acaba de ter«minarse, Santísimo Padre, ese largo y deplorable proceso que ha «seguido á la destruccion de la Órden de Jesús, y que hubiera de«bido precederla. Hanse puesto en vuestras manos todos los do-

«cumentos: ahora juzgad si se puede encontrar en ellos, no digo «un delito universal á todo el Instituto, sino ni aun la menor apa-«riencia ó la menor sombra de delito. Después de tantas investi-«gaciones, de tantos medios empleados y de tantas disensiones, «podeis justificarlo, Santísimo Padre, como yo lo puedo asegu-«rar con entero conocimiento de causa; nada, nada se ha po-«dido descubrir que sea un borron para la Compañía.»

La Órden de los Jesuitas habia sido suprimida tres años antes, y sus vencedores esperaban como un último triunfo la beatificacion de Palafox. Exigíanla los Católicos, los Jansenistas, los Protestantes ó filósofos, y exigíalo el Rey de España amenazando con un cisma. Pero después de haberse registrado en las actas este discurso, cuya conclusion nos impide reproducir la memoria de Palafox, añade Cristóbal de Murr, escribió Pio VI á Carlos III, que no podia en conciencia declarar en grado heróico las virtudes del obispo de Osma. Entonces el Rey desistió de este asunto, aunque en su orígen le habia procurado con mas ardor que la destruccion de la Compañía [1].

De aquí es que sosteniendo y demostrando la autenticidad de la carta de D. Juan, autenticidad que suministraba un nuevo pá-

[1] El mal éxito de la beatificacion de Palafox en un tiempo en que ya no existia la Compañía de Jesús, es un hecho grave que no han pasado desapercibido los historiadores. Hemos citado á Cristóbal Murr, protestante de buena fe; réstanos ahora aducir la version de un católico que trata de paliar estos sucesos con el velo de una piadosa parcialidad. El conde Alexis de Saint-Priest, Par de Francia, ha publicado en 1844 una *Historia de la caida de los Jesuitas*, en la que se lee en la página 196: «El nombre de Palafox se veia incesantemen-«te reproducido en el siglo XVIII en todos los despachos dirigidos á Roma. «El Rey de España se mostraba infatigable por llevar á cabo la canonizacion, «siendo secundado en sus gestiones por las demás cortes católicas; pero la re-«sistencia del partido jesuítico fue tan tenaz, como ardientes las solicitaciones «de España. Sin embargo nada pudo cansar á los combatientes, y el debate se «prolongó por el espacio de cincuenta y seis años, y bajo cuatro pontificados, «sin resultado alguno. Después de la última sesion celebrada por Pio VI, acer-«ca de la beatificacion de aquel piadoso varon, recogió el Papa los votos sin «decidir cosa alguna.»

«El Rey de España, continúa el citado Conde, exigia una canonizacion, y los «Jesuitas, que querian tambien un Santo, le buscaron por largo tiempo, y le «encontraron por último.... Era un francés.... llamábase Labre.»

Y en una nota, añadida al texto, no contento el escritor con las anécdotas de los circos diplomáticos que ha insertado en su obra, formula un hecho que no pasa de ser un error manifiesto. «Labre, dice en la página 199, no fue decla-

bulo á su encono, han perjudicado los Jansenistas á su autor mucho mas que los mismos Jesuitas; puesto que han provisto á la congregacion general de Ritos, presidida por Pio VI, un documento del que era imposible dejar de argüir en una canonizacion que no cesaban de reclamar los enemigos de la Compañía de Jesús. Y es digno de advertir que los Jesuitas se habian esforzado siempre, pertrechados en la palabra de Palafox, á negar este documento, á sospechar su orígen, ó á debilitar al menos sus efectos.

«rado beato hasta el pontificado de Pio VII; siendo esta una de las consecuen-«cias del triunfo de los Jesuitas.»

Hasta ahora estábamos persuadidos de que los Pares de Francia disfrutaban el derecho de confeccionar las leyes; pero jamás hubiéramos podido creer que disfrutasen el de hacer bienaventurados: el venerable Labre no lo es aun mas que en la historia del conde de Saint-Priest.

FIN DEL TOMO TERCERO.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO TERCERO.

CAPÍTULO XIX.

suitas.— Proscríbenlos en Venecia.— Fra Paolo y Fra Fulgencio tratan, de acuerdo con el Dux, de establecer el calvinismo.— Salen de Venecia los Jesuitas.— *Ande in malhora.* — Los Mínimos y Capuchinos imitan su resistencia á las órdenes del Senado.— Política veneciana.— El Consejo de los Diez y Enrique IV que se declara protector de los Jesuitas.— Hace las veces de mediador entre la Santa Sede y los venecianos.— Condiciones para el restablecimiento de los Jesuitas.— Opónese el Senado.— Los cardenales Joyeuse y Du Perron.— Suplica Aquaviva al Papa que renuncie al restablecimiento de los Padres en Venecia.— Causas que impedian este restablecimiento.— Intrigas de los Calvinistas y Anglicanos con Fra Paolo y Fra Fulgencio.— Tratan de protestantizar á Venecia.— Descubre Enrique IV el complot.— Ordena á su embajador Champigny que participe al Senado la conspiracion protestante.— Contestacion de este al Monarca.— Los Calvinistas y Fra Paolo se habian propuesto sostener el destierro de los Jesuitas para triunfar mejor de los católicos venecianos.— Nueva asamblea de los profesos en Roma.— Creacion de un Asistente para las provincias de Francia.— Carta de Enrique IV á la Congregacion.— Otra del mismo pidiendo la canonizacion de Ignacio y de Francisco Javier.— Asesina Ravaillac al Monarca.— Acusan á los Jesuitas el Parlamento y la universidad de participacion indirecta en este crímen.— Es condenado á las llamas el libro escrito por Mariana.— Predican contra los Jesuitas en la mayor parte de las iglesias de Paris.— La Reina regente, el canciller y el arzobispo de Paris desmienten estas imputaciones.— El *Anti-Coton.* — Contestacion de los Padres.— Bayle y los enemigos de la Compañía.— Denuncia la universidad al Parlamento la obra de Belarmino.— Es entregada á las llamas la obra del P. Suarez.— Pronúncianse en favor de los Jesuitas los Estados generales reunidos.— Armand de Richelieu, obispo de Luzon, y la universidad.— El tercer Estado propone á los Jesuitas para que la aceptasen cierta fórmula de juramento.— Recházanla el clero y la nobleza.— Sostiénela el Parlamento.— Anúlala el Rey.— Progresos de los Jesuitas en Francia.— Sus causas.— Protégelos el príncipe de Condé.— Los Padres son expulsados de Aix-la-Chapelle y de Praga por los Luteranos y Husitas. — El P. Suarez es condenado y aprobado en Roma.— Muerte de Claudio Aquaviva.— El P. Alberns, vicario general, convoca la congregacion.— Es elegido general el P. Mucio Vitelleschi. 5

CAPÍTULO XX.

Xogun II, emperador del Japon.— Su política con respecto á los Cristianos y á los Jesuitas.— Suplicio del P. Machado.— Prision de Spínola. — Su interrogatorio.— Horrible calabozo en que fue encerrado con otros religiosos.— Sus cánticos de alegría.— Los Jesuitas japoneses tan valerosos como los europeos.— Crueldades de los ministros de Xogun.— Muerte de los PP. Barretto y Fonseca.— Llegada del Padre Borghese.— Los protestantes holandeses é ingleses se unen á los idó-

CAPÍTULO XXI.

CAPÍTULO XXII.

libertad de los esclavos que abrazasen el catolicismo.— Los PP. Maceta y Cataldino en el Paranapané y en el Guaira.— Primera idea de la república cristiana. — Obstáculos suscitados por los españoles. — Fundacion de las reducciones.— Protégelas el Monarca español contra la codicia ó malevolencia de sus súbditos. — Los misioneros se constituyen en pacificadores. — Los españoles obligan á los Jesuitas á salir de la Asuncion. — Carácter de los salvajes. — Su inconstancia y sus astucias. — Peligros á que se ven expuestos los Jesuitas. — El P. Ruiz de Montoya.— El P. Gonzalez en el Paraná.— Vense precisados los Jesuitas á vivir aislados del resto de los europeos para conquistar á los salvajes. — Ignorancia y embrutecimiento de los indios.— Principian los Jesuitas á educarlos. — Medios de que se valen.— Improvísanse músicos en las orillas de los rios.— Establecen talleres, donde aplican á los salvajes á un trabajo adecuado á su gusto. — Comercio de la yerba del Paraguay. — Prohiben á los neófitos toda especie de relaciones exteriores. — Atribuciones de los Jesuitas. — Respeto con que se rodean. — Leyes promulgadas por ellos. — Espectáculo que ofrecen las reducciones. — Sus costumbres, fiestas, ocupaciones y ejércitos.— Explicacion de este gobierno. — Los obispos y los Jesuitas. — Prohiben el vino á los neófitos. — Motivos de esta abstinencia. — Felicidad que disfrutan las reducciones. — Sistema de posesion. — Cuadro de la vida de los neófitos. — El P. Romero entre los Guaycurus. — Montoya y los antropófagos de Guibay. — Gonzalez en las fuentes del Uruguay. — Nuevas reducciones. — Los salvajes y los Jesuitas. — Tratan de oponérseles los holandeses. — Martirio del P. Gonzalez.— Declárانse los Tetudos en guerra con los Jesuitas. — Calculada indolencia de los españoles.— Saqueo de las reducciones. — El P. Montoya propone la emigracion á los neófitos. — Resignacion de los Guaranis. — Las nuevas reducciones. — Los Jesuitas en Tapé. — El P. Espinosa es asesinado por los Guapalaches. — Muerte del P. Mendoza. — Sus neófitos tratan de vengarle. — Encamínanse á Madrid y á Roma los PP. Diaz Tano y Montoya con el objeto de solicitar la intervencion del Papa y del Monarca español en favor de los neófitos.— Carta del obispo de Tucuman al Rey. — El Padre Osorio en Chaco.— Asesinan los salvajes á los misioneros.— Otorga el Monarca español á los neófitos la facultad de usar armas de fuego. — Este favor cambia enteramente la situacion. — El P. Pastor entre los Mataranos y Abipones. — Tropas formadas por los Jesuitas. — Destruyen á los Tetudos. — D. Bernardino de Cárdenas, obispo de la Asuncion, y los Padres. — Causa de sus disensiones. — Acusan á los Jesuitas de poseer minas de oro. — Asesinan á los PP. Romero y Arias. — Los comerciantes y colonos toman parte en favor del obispo de la Asuncion.— Asóciase á sus esfuerzos D. Juan de Palafox. — Orígen de estas contiendas. — Oponen la jurisdiccion del Ordinario á los privilegios de los misioneros. — Triunfan los Jesuitas de D. Bernardino. — Toman su defensa en Europa los Jansenistas y Protestantes. — Gaspar Artiaga y sus folletos. — Marchan los neófitos, conducidos por los Jesuitas, contra los indios insurreccionados. — Obtienen una completa

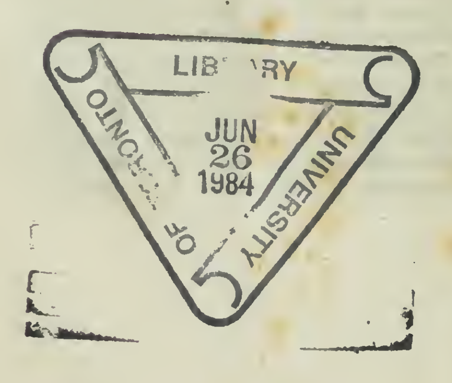
CAPÍTULO XXIII.

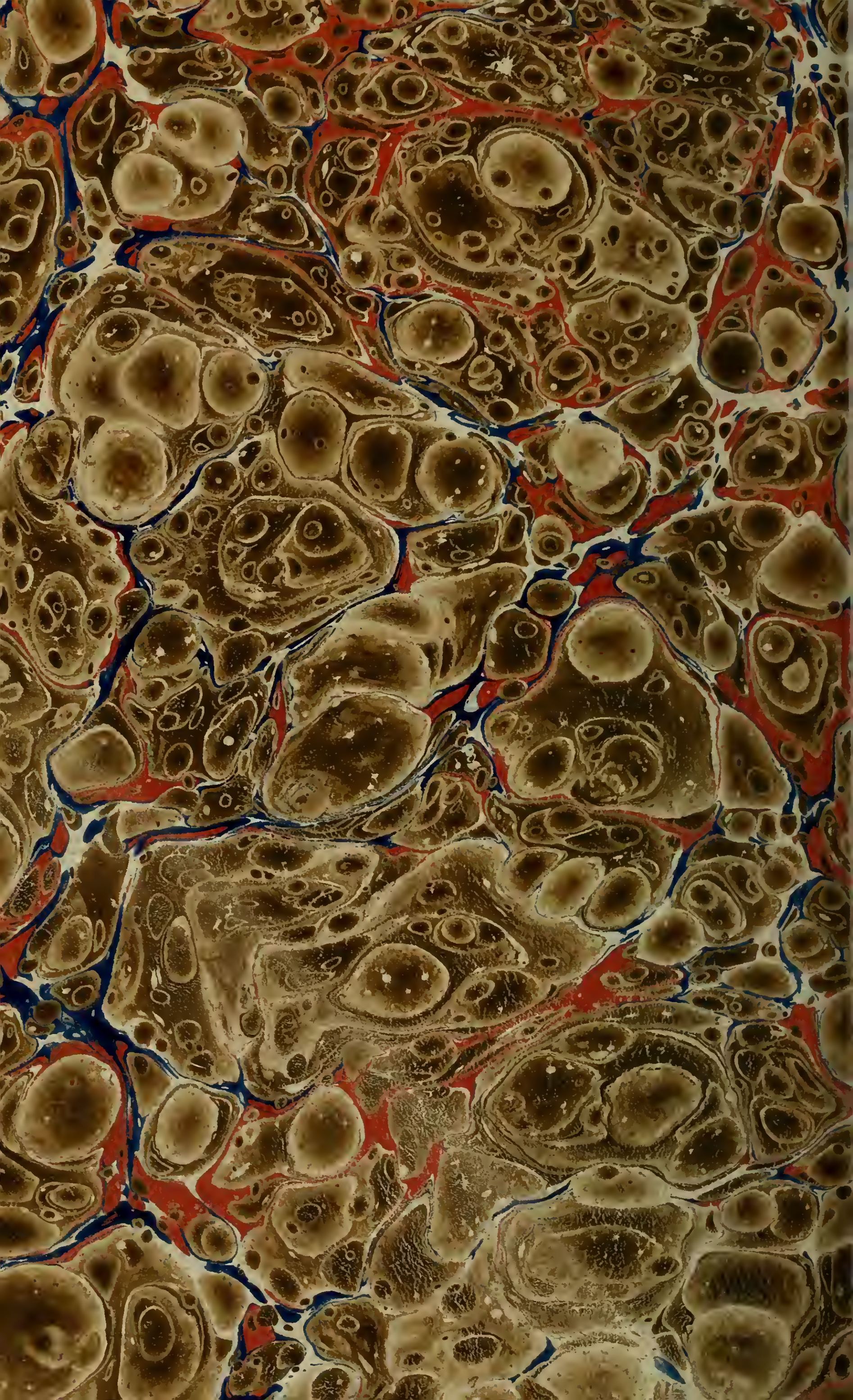
CAPÍTULO XXIV.

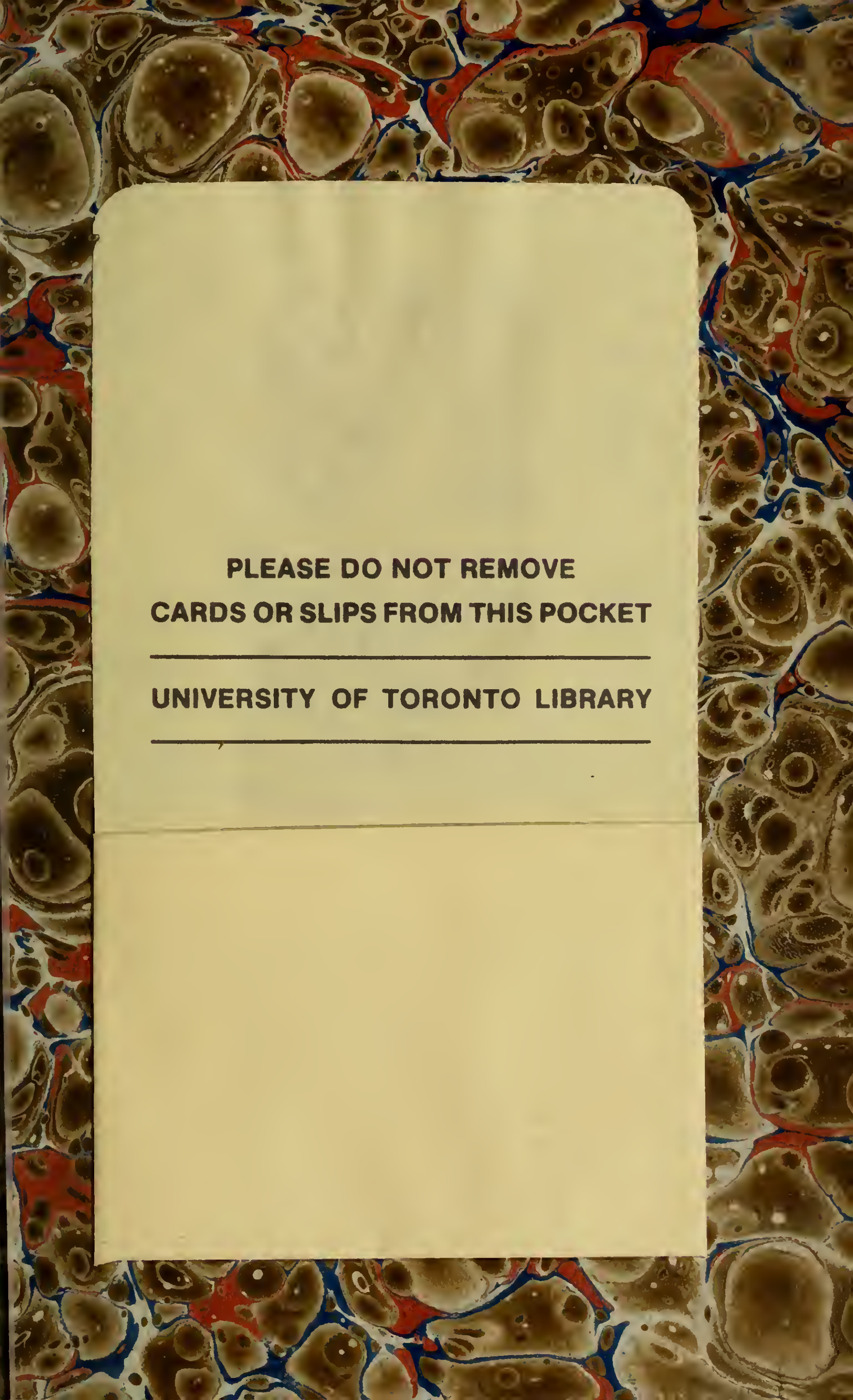
CAPÍTULO XXV.

CAPÍTULO XXVI.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.






PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 22 04 08 010 4